



TRILOGÍA COMPLETA
5º ANIVERSARIO

*Si tan solo
fuera*
Sexo

MYRIAM OJEDA

MÁS DE 9 MILLONES DE LECTORES EN **WATTPAD**
BEST SELLER EN **GOOGLE PLAY**

Si tan solo fuera sexo

Edición completa

Miriam Ojeda

1ª Edición: Junio 2019.

Copyright ©2019 Myriam Ojeda.

PORTADA: Alexia Jorques. MAQUETACIÓN: Oliver López.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso escrito del propietario del copyright.

La felicidad puede hallarse hasta en los más oscuros momentos, Si somos capaces de usar bien la luz. «Albus Dumbledore» (J.K Rowling)

INDICE

Si tan solo fuera sexo 7

Cada parte de mi 203

Cada parte de ti 377

Si tan solo fuer sexo

PRÓLOGO

—¡Jacqueline!, adelante, estaba deseando conocerte.

Me sorprendí ante aquellos ojos color aceituna que me miraban expectantes, miré su pelo rubio ceniza revuelto por su cabeza, y sonreí, para más tarde sonrojarme. Sí, mi futuro editor iba a ser él, iba a tener un serio problema. Me adentré en el espacioso despacho de una de las editoriales más importantes de España. Aún no me podía creer que hubieran aceptado mi manuscrito; ni siquiera podía creerme que hubiera tenido el valor de enviarlo, pero no me arrepentía en absoluto, hacía tiempo que no me sentía tan viva y con tantas ganas de empezar algo nuevo. Me acerqué hasta el sillón que estaba frente a su escritorio, el cual, ocupaba el centro de la estancia, sonreí al ver mi manuscrito sobre él, me volví y vi su mirada tierna recorriendo todo mi cuerpo. Cuando sus ojos se toparon con los míos, sonrió.

—Estaba intentando mentalizarme sobre como serías... —Metió las manos en los bolsillos—. Debo decir que eres mucho mejor en persona, tengo una imaginación penosa. —Me eché a reír—. Por favor, siéntate. —Hice lo que me pidió—. He de decir que esta historia me ha maravillado. Esto, nena, va a ser publicado, que no te quepa duda.

Intenté ocultar la emoción que empezaba a adueñarse de mí. —¿En serio cree que es lo suficientemente buena?

—No me cabe duda, tienes mucho talento. La prueba la tienes en la insistencia en quedar lo antes posible, ¿es que no me puedo creer que esta historia tenga este final! —le sonreí—. ¡Por Dios! Necesito que me cuentes que te llevó a esta historia.

—¿Todo? ¿Desde el principio?

—¡Oh sí!, desde el principio.

1

Hubiera estrellado el móvil contra el suelo si no fuera porque hacía dos semanas que me lo había comprado. ¿Quién osaba despertarme del magnífico y sugerente sueño que estaba teniendo? ¡Ah sí! La puñetera alarma que me recordaba que la realidad me estaba esperando. Me removí por la cama perezosa, y con las energías bajo cero. Me deslicé hasta acabar con la cabeza bajo la almohada y recé para que cayera un agua torrencial que me impidiera levantarme e ir a trabajar; después de cinco minutos esperando el milagro, tocó darme por vencida. Me incorporé sudorosa de la cama, era una fresca madrugada a principios de abril, «Las cinco y media... Dios, madrugar así debería ser un pecado.» Me susurré a mí misma mientras miraba por última vez a mi querida y amada cama. De lo único que tenía ganas era de volver dentro, cubrirme hasta los ojos y hacer el bicho bola, al menos, seis horas más.

Al poner un pie en el suelo me estiré y me di cuenta de que tenía las piernas prácticamente caladas, mi piel reflejaba un suave brillo de sudor, vale, acababa de entender que debía quitar las mantas, o meterme en la cama sin pijama; esto no podía ser normal, aunque quizá fueran mis sueños los responsables de que mi temperatura subiera cada dos por tres. Era la tercera noche en dos semanas que soñaba lo mismo, la idea de que mi mente no hiciera más que recurrir a tríos en sueños me tenía algo descolocada, y lo curioso, es que siempre eran los mismos los que me llevaban al descubrimiento de los orgasmos más impresionantes de mi vida,— obviamente en sueños. Porque ninguno era mi novio, ni si quiera un follaamigo; de hecho no tenía novio ni follaamigos— Abrí la ventana para ventilar la habitación, y un frío gélido recorrió mi cuerpo. ¡¡Buenos días, mundo!!

Me desnudé frente a la ducha, el agua caliente ya empezaba a desprender vaho y no podía evitar tiritar hasta incluso llegar a tener que retorcerme en una danza algo ridícula que todos hemos bailado alguna vez —de eso estoy segura—, por no hablar de que había forrado el suelo con varias toallas y mi pijama ahora para lavar; todo menos tocar el suelo frío con los pies. Estaba deseando que el agua saliera lo suficientemente caliente como para hervir unas patatas para saber que estaba a mi temperatura perfecta, en ese mismo instante noté

como quemó mi piel y solté un gemido de placer. ¡Dios eso era la gloria!

Aligeré la marcha viendo que llegaría tarde si me quedaba en los laureles —cosa que era habitual en mí—, sequé mi pelo castaño oscuro, y me lo recogí en un moño desenfadado que me había enseñado a hacer mi primo Carlos (está estudiando peluquería, y me tiene de conejillo de indias, pero al menos tiene ciertas ventajas, —cuando no la cagaba, que, por suerte para mí, había sido en pocas ocasiones—)

Como lo tenía tan largo, estaba cansada de llevarlo siempre o planchado o rizado, porque no tenía lo que se dice un pelo agradecido. Siempre tenía que dedicarle tiempo, ya que si no lo hacía lo tenía bufado y encrespado; sí, hasta ahí me llegaba la suerte, y hoy estaba demasiado vaga y me había levantado con la hora demasiado justa como para entretenerme con esas cosas. Me vestí a trompicones mientras iba a prepararme un vaso de leche, ¿adivináis? Sí, demasiado vaga como para hacerme un café; aun así no me preocupaba, teniendo en cuenta que ese era mi primer desayuno de los dos que tomaba diariamente. Me puse mis vaqueros, mis botas con un poco de tacón, una de mis camisetas preferidas con escote de pico negra y un pañuelo por mi cuello con estampado de leopardo, me maquillé sencilla, polvos, raya del ojo, rímel y colorete, mis ojos verdes aún estaban entrecerrados e hinchados... ¡La última vez que me quedaba hasta las tantas leyendo! Me tomé el vaso de leche de un sorbo y salí pitando de casa, vivía a dos calles de mi trabajo y siempre llegaba con la hora justa ¿Cómo puedo organizarme tan mal? Trabajaba en un gimnasio de masajista y/o recepcionista, en el turno de mañana; depende de si contrataban masajes o no. Hoy en concreto no había ninguno programado, simplemente me sentaría frente a la puerta a esperar que pasaran las horas. Abría a las seis y media de la mañana hasta el mediodía, que entraba Bea que terminaba el turno junto con el dueño —su novio—. No es que el sueldo fuera como para tirar cohetes, pero me sentía mejor sabiendo que algún dinero del que malgastaba era ganado por mí.

Llegué y abrí la persiana en un santiamén, encendí las luces; abrí las puertas; enchufé la calefacción en los vestuarios y me puse en la recepción a esperar a los más madrugadores del lugar. Siempre eran los mismos, una chica de unos treinta años que siempre hacía una hora diaria y salía de los vestuarios vestida de traje y chaqueta, —siempre pensé que era abogada, pero quien sabe, quizá fuera comercial, si fuera así yo le compraría lo que fuera—, tenía una pinta excelente. También dos chicos con el tamaño de osos gigantes que pasaban las mismas horas que yo en el gimnasio, de ellos siempre pensé

que eran gigolós, —Sí, podían ser porteros de discoteca que era lo más coherente pero me era más divertido imaginar que tenían que acostarse con viejas chochas con mucho dinero que malgastar—; no me caían del todo mal, pero odiaba cómo miraban a según qué mujeres por encima del hombro, odiaba esa actitud petulante; pero por alguna razón, conmigo eran simpáticos, y era lo que les salvaba de que los mandara a la mierda —bueno eso y el trabajo claro está—. Me dieron los buenos días, conversamos un rato sobre el fin de semana y pasaron sus tarjetas por el detector; así día, tras día, tras día. Temía que algún día por aburrimiento, cosa que sucedía muy a menudo, acabara acostándome con alguno de los dos; si llegara a pasar después me cosería la vagina y me metería a monja ¡Palabra!

Miré mi reloj, no tardaría en aparecer así que me arreglé las tetas para que quedaran lo más sugerentes, dentro del escote que llevaba, que tampoco era muy exagerado.

Miré mi Whatsapp, tenía varios mensajes del grupo que tenía con mis amigas. Laura trabajaba en un hospital como enfermera de quirófano; Martina como endocrina, yo en un gimnasio—sí, era incomparable y algo patético dado las profesiones de mis amigas—. Yo tenía el título de fisioterapeuta, pero no había conseguido trabajo en lo mío a tiempo completo. Al menos estaba mejor que Dana, que vivía explotada en el restaurante de su suegra, un auténtico mal bicho que seguro que era la reencarnación de alguna bruja a la que quemaron en Salem y juró venganza. —Apostaría mi vida a ello.

Estaba de espaldas a la entrada, esperando que la puñetera impresora no me diera el coñazo, como tenía por costumbre hacer cada mañana, —creo que aquel objeto entendía el idioma humano y decidía sacarme de mis casillas a placer, por eso había veces que se encendía el escáner solo, «eso era cuando se corría del gusto»—.

Mientras estaba en mi ensoñación escuché el tintineo de la puerta, me giré y simplemente lo vi, tan increíble como cada mañana, saludó con su maravillosa sonrisa y me tragué el suspiro, de puro milagro.

David

Era la tercera noche que no dormía, al menos sacaría buenas notas este cuatrimestre, eso me consolaba. Miré mi móvil y ni rastro de Lorena, había conseguido desesperarme hasta perder el juicio ¿Por qué narices no la dejaba? ¿Dónde había quedado aquel golfo que tanto me había hecho disfrutar en mi soltería? Mi reflejo en el espejo era un espanto, me notaba más delgado y eso me deprimía, me machacaba demasiado en el gimnasio como para adelgazar

de esta manera, «¡¡Puñeteros nervios, Puñetera vida. Puñetera novia!!» me grité a mí mismo mientras me secaba y me vestía para ir al gimnasio. ¿Quién se duchaba antes de ir al gimnasio para volver a sudar? Pues yo.

Desde que Jacqueline había entrado de recepcionista no podía evitar querer que me viera guapo, aunque era agotador. Días como hoy solo quería ir con mi barba de tres días y con un chándal viejo y horrible pero extra cómodo para hacer deporte; lógicamente, no quería que ella me viera así. No podía evitar sentirme alagado con la forma en que se sonrojaba cuando me veía entrar, y en cómo se le hinchaba el pecho y sonreía, adoraba su reacción física a mi presencia.

Nunca pensé que, cuando entré en la universidad para estudiar enfermería, mi compañera de mesa acabaría siendo tan buena amiga. Laura, ahora trabajaba en un hospital, yo viendo mi suerte me puse a estudiar la carrera que siempre había querido; derecho, y así fue como Laura me llevó a Jacqui. Sabía de sobra que le gustaba desde el primer día que me la presentaron, siempre llamó mi atención, aunque había chicas que me mantenían ocupado y como sabía que ella era algo seguro, no me importaba dejarla en la recámara esperando el momento oportuno. Pero empecé con Lorena y Jacqui se volvió la tía más impresionante y atractiva que había conocido, ¿y qué hacía yo? Estar con una puñetera loca obsesa de los celos con la que peleaba más que follaba. Daba gracias de que Lorena no había visto en persona a Jacqui, si no, me habría tenido que cambiar de gimnasio por quinta vez.

Aparqué el coche y me acerqué a la puerta del gimnasio donde a través del cristal vi el perfecto culo de Jacqueline, que aporreaba la impresora ,otra vez. «Me encantaría verla ponerse tan agresiva mientras la tomo como merece» ¡Joder! Otra vez me traiciona el subconsciente «respira David, respira»

Jacqueline

—¡Hola, pequeña! —Caminó hacia mí, me dio un pequeño abrazo y un beso en la cabeza—. ¿Qué tal estás?

—Hasta el gorro de esta mierda de impresora —dije después de darle un gran y sonoro beso en la mejilla.

—Tú y tu cuento de cada mañana. —Me siguió y se quedó apoyado en el mostrador, mientras yo me limitaba a auto tranquilizarme y acababa de sacar los papeles que habían quedado atascados. —¿Qué tal tú? —Volví a su lado y me crucé de brazos apoyándome junto a él. Hoy se había afeitado; una pena. Me encantaba la barba que había estado llevando estos días.

—Agg —gruñó—. Asqueado...—Se pasó la mano por su pelo negro, que no se movió ni un ápice.

—¿Las clases?

—Lorena...

—Vaya. —La imagen de su novia me vino a la cabeza—. ¿No va mejor la cosa?

—Yo que sé... —dijo fijando la vista al frente. Era tan guapo, que casi me dolía mirarle. Dana decía que exageraba, pero para mí, no podía ser más guapo. Tenía la mandíbula tensa y los ojos cansados, aun así, me resultaba irresistible; no me extrañaba que ocupara un puesto importante en mi aventura sexual nocturna, completamente ficticia muy a mi pesar.

Le sonreí mientras acariciaba su mentón, me cogió de la mano y la besó antes de entrar para sus dos horas diarias de ejercicios.

Conocía a David desde hacía tres años. Cuando Laura entró a estudiar enfermería, uno de los muchos jueves universitarios en los que coincidimos ella y yo, me presentó a su compañero de mesa y me encantó desde la primera noche, cabe decir que ella siempre me decía «Tengo un compañero de clase que estoy segura de que te gustaría». No se equivocó un ápice. Desde entonces, David y yo habíamos desarrollado cierta amistad a parte de la propia que tenía con Laura, siendo esta la que nos unía de todas formas. No sabía cómo podía gustarme una persona durante tanto tiempo y no intentar nada, pero estaba acostumbrada a que fuera así. David me importaba demasiado para que fuera solo sexo; y lo conocía demasiado bien como para pretender algo más que no fuera sexo. Pero él, ahora tenía novia y al parecer estaba enamorado; aún no entendía qué había podido verle a esa tipa, si se le puede llamar de alguna manera, pero bueno, las hay espabiladas y eso me había quedado claro.

Un Whatsapp me hizo salir de mi ensoñación, y una sonrisa apareció en mi rostro; mi segundo desayuno estaba de camino ¿Como podía un chico hacerme sonreír de esa manera con un: «Nena, voy de camino»? Me levanté y miré impaciente por el cristal de la puerta. Los siguientes diez minutos, se me hicieron eternos hasta que vi su silueta salir de la furgoneta de trabajo con dos cafés en la mano. Llevaba esos vaqueros que tanto me gustaban, bajos de cintura a conjunto con zapatillas Converse y una camiseta como la mía en línea de hombre de color azul marino. Una finita bufanda de chico ocultaba su cuello—era de anginas sensibles, como yo—. Llevaba su pelo negro alborotado, como a mí me gustaba... —bueno... vale, me gustaba todo él;

aunque llevara un saco de patatas como traje.

Su metro noventa de estatura se iba acercando, y su ancha y fuerte espalda parecía ágil, como si no tuviera esos músculos que tan bien se le marcaban en la camiseta. Siempre pensé que valdría como modelo de Armani o de cualquier marca de ropa; si hasta cuando vestía de sport parecía un Adonis.

—Buenos días por la mañana —dijo con su peculiar forma de pronunciar. Era alemán, pero hablaba perfectamente español, aunque tenía un cierto acento que me hacía reír.

—Señorito Klaus. —Hice la reverencia de cada día. —Miss Jacqueline —pronunció en su sexy alemán, a lo que me reí.

¿El alemán podía ser sexy? Si era Klaus él que lo hablaba me deshacía viva; aunque hablara el suajili.

Dejó los cafés en el mostrador y me dio un dulce beso en los labios. No podía evitar besarle y abrir un poquito el ojo derecho, no quería perderme ninguno de sus detalles, de él, no.

Y menos el movimiento que hacía antes de abrir los ojos después de besarme, cuando sus perlas azules volvían a abrirse al mundo, yo tenía que coger aire si no quería desmayarme.

No sabía qué relación tenía exactamente con él. Lo conocí la mañana de una Nochebuena hacia unos años, yo tenía dieciocho, y él dieciséis. Por aquel entonces, él era un chico en plena pubertad, con acné, flacucho y con una altura desproporcionada. Vestía con ropas demasiado anchas que le daba un aspecto un tanto peculiar. Salía de la consulta del que era mi psicólogo, iba enfundada en un chándal Adidas negro que me venía un tanto grande, él estaba sentado en la sala de espera, con los pies encima de la mesa donde estaban las revistas, estaba ojeando una cuando levantó el rostro en mí dirección, me miró durante unos segundos y luego apartó la vista. Me llamó la atención su color, un azul impresionante, aunque, a decir verdad, en aquella época estaba tan en mi mundo que tampoco hice mucho caso, me encaminé hacia la salida cuando a mis espaldas escuché como lo llamaban. «¿Klaus Grass? Pasa y ponte cómodo.» Me giré otra vez y vi como entraba, su mirada se posó en la mía, con la diferencia que esta vez me sonrió. En aquel momento me pregunté cuál podría ser su problema, el mío era evidente, estaba rematadamente loca; pero él no tenía esa mirada perdida que teníamos todos los que acudíamos allí. A partir de ahí, coincidimos varias semanas después; y así, poco a poco, fuimos haciéndonos amigos, buenos amigos. A decir verdad, incluso ayudó bastante a

mi recuperación. Me hubiera encantado poder hacer lo mismo por él, pero nunca me dijo cuál era su motivo para acudir a un «loquero», solo mencionó que lo hacía para que su madre lo dejara en paz. Siempre supe que había algo más, cuando rascabas un poco su superficie se escondía como un caracol; así que simplemente dejé de hacerlo, y me limité a hablar solo de mí, no recuerdo por qué, pero hacia unos años que habíamos perdido el contacto, hasta que coincidimos en la sala de espera del centro médico cinco meses atrás. Estaba claro que la medicina y nosotros teníamos algo en común. Quizá fuera cosa de la alineación de los astros o algo así. Nos dimos el Facebook, y luego el Whatsapp, hasta que una noche quedamos.

Recuerdo como si fuera hoy cuando lo vi en aquella sala de espera, casi me caigo hacia atrás, no podía dejar de mirar esa espalda musculada y ese pelo que seguía húmedo. Había entrado decidida a sentarme frente a la puerta de mi médico, entonces lo vi, y mis pasos empezaron a sonar algo extraños, me había ralentizado sin darme cuenta, podría haberme sentado en cualquier otro lugar, pero como si de una fuerza tirara de mí, acabé sentada a su lado. Cuando se giró pude notar que mi cara estaba igual que mi abrigo, «rojo». Era realmente guapo, ¡¿Qué digo guapo?! ¡Impresionante! En los minutos que estuvo sentado esperando su visita, pude comprobar por lo menos, como diez enfermeras pasaban por allí para admirar su belleza. Yo, ponía los ojos en blanco a cada una que pasaba por delante, cansada del número ridículo que estaban dando, miré hacia él, y me encontré con sus dos perlas azules mirándome con una sonrisa en la cara. Me puse aún más roja si cabía, no recordaba conocer a semejante varón, pero había algo en sus ojos, que me era tremendamente familiar. —¿Jacqueline? —Cuando oí mi nombre en sus labios una taquicardia me dio los buenos días.

2

—¿Cómo va la mañana, Klaus?

—Una mierda Jacqui. —Se recostó en la pared, mirando la furgoneta que había dejado aparcada en el vado del gimnasio.

—Madre mía cómo está el ambiente esta mañana —susurré, a lo que él sonrió.

—¿Y la tuya?, ¿Cómo va? —Me atrajo hacia él y me cogió fuerte por la cintura.

—Ahora mucho mejor... —Sonreí y le besé, el zumbido de su móvil nos separó de golpe.

Aún podía notar la electricidad que habían dejado sus manos en mi trasero.

—Nena tengo que irme, necesitan un pedido.

—Vale. Ten cuidado, ¿nos vemos después?

—Claro —dijo saliendo por la puerta después de darme un beso de despedida—, iré a tu casa a cenar.

Sonreí y vi cómo se metía de nuevo en el vehículo, me encantaba, pero no sé a dónde me llevaría esta relación—o lo que fuera que estábamos teniendo—. Antes de besarnos —que fue en la quinta cita—, hablábamos casi todos los días por Whatsapp. Ahora nos veíamos todos los días, pero aún no habíamos pasado a mayores. ¿Con veinticinco años era sano estar a base de morreos y calentones? No lo sabía, pero ya no podía más; miré mi Whatsapp y les hice una declaración de intenciones a mis amigas:

« **Jaqueline, 11:23:** *De esta noche no pasa viene a cenar*

Laura; 11:25: *¿Cuántas veces llevas diciendo eso?*

Jaqueline; 11:27: *Me encanta tu apoyo. (Ojos en blanco)*

Martina; 11:35: *Jajajajaja vamos, vamos ¡¡¡que hoy llega a tercera fase!!! (muñequito de risa)*

Martina; 11:38: *¿Has pensado qué vas a hacer que no hayas hecho ya? (muñequito pensador)*

Laura; 11:39: *paséate desnuda, ya te lo dije.*

Jaqueline; 11:42: *Mmm... ¿por qué veo tan raro que no me haya tocado una teta en un mes? ¡¡¡Pero dónde se nos ha ido el romanticismo!!!*

(muñequito furioso) **Martina; 11:43:** *Yo lo sé, a tu vagina.*

Laura; 11:43: *XD ... quizá quiera ir despacio.*

Jaqueline; 11:44: *¿Por qué me siento el tío de los dos?*

Martina; 11:45: *ya decía yo que últimamente tenías más pelo en los brazos. (Muñequito de risa)*

Jaqueline; 11:45: *«ja, ja, ja»*

Laura; 11:47: *¿Y no has pensado que sea virgen?*

Jaqueline; 11:48: *¿Chissss estamos locos? ¡Si es un puñetero dios griego! Además, me comentó por encima que tuvo novia, o algo así...*

Martina; 11:49: *Yo estoy con un hombre así y te juro por dios que no lo dejo en mi vida.*

Jaqueline; 11:50: *¿Y te crees que yo sí? Aún no sé qué ha visto en mí. Cada vez que lo veo... Me entran ganas de lamer cada parte de su cuerpo. (Muñequito ojos con corazones)*

Laura; 11:55: *¡Yogur de frutas alemán! ¡Marrchandooo!*

Martina; 11:55: *Eres preciosa, idiota jeso es lo que ha visto!*

Jaqueline; 11:56: *Estoy triste.*

Laura; 11:57: *Disfruta de tu yogur, que bien bueno está, cada uno es como es. quizá no quiera que pienses que solo quiere tema. Puede que haya pasado demasiado tiempo folliteando por ahí y ahora quiera hacer las cosas bien...*

Jaqueline; 11:57: *Creo que así no acabas de ayudar del todo, pero en fin.*

Martina; 12:00: *Anímate, no iría a verte todas las mañanas si no le gustaras... No te ansíes.*

Jaqueline; 12:01: *Quizá tengas razón.*

Laura; 12:05: *Mañana quedamos para comer y nos cuentas.*

Jaqueline; 12:06: *Ok.*

Martina; 12:06: *Ok.»*

Dejé el móvil cargando y terminé unas gestiones que tenía pendiente, estuve entretenida hasta que David salió recién duchado, con aquel perfume embriagador que me traía loca.

—Pareces contenta. —Me miró fijamente—. No me digas más, ha venido a verte tu «Heil Fuhrer»

Fruncí el ceño. ¿Por qué siempre era tan borde cuando a Klaus se refería?

—Klaus ... —le corregí —Disculpa —carraspeó—. ¿Ha venido Klaus a verte? Mi sonrisa le contestó y sonrió —Podrías traértelo este sábado — sugirió mientras buscaba algo en su chaqueta—. Le gustará.

—No puede —contesté no muy triste. Klaus me encantaba, pero no quería que se mezclaran en mi vida real, mis sueños originados por mi subconsciente era otra cosa—. Trabaja.

—Una pena ...

—Sí. —¿Por qué creía que no había un ápice de pena en su tono?

—Tú vendrás, ¿no?

—¿Lo dudas? —Sonreí y me guiñó un ojo.

—Bueno, me voy, pequeña, que tengo que comer e ir a clase, y no tengo ganas de que me maten —dijo colocándose bien la mochila en su ancha espalda.

—¡Venga hombre!, ¡Anímate! Mañana nos emborrachamos y que le den a todo.

—Te tomo la palabra —me dijo a la vez que me daba su beso en la cabeza de despedida—. ¿Te veré luego?

—No. —Sonreí—. ¡Mi «Heil fuhrer» viene a cenar a casa!

Soltó una carcajada y movió la cabeza de un lado a otro.

—¡Pásalo bien y haz todo lo que yo haría! —dijo recuperando su sonrisa.

—No lo dudes... —Levanté mis cejas y sonrió para sí mismo. Se despidió poco después, aquella noche había quedado todo el grupo, incluidos Laura y Leo —su novio— para cenar. Yo ya me había hecho un hueco en el grupo de amigos de Leo en el que también se encontraba David y contaban conmigo para cualquier plan o fiesta, eso me hacía sentir bien, aunque desde que David estaba con la chica esa mis visitas habían menguado. ¡Que dios me perdone! Pero no era plato de buen gusto ver lo acaramelados que estaban. Aunque para la fiesta del sábado no había podido negarme, si tenía que pasar por la tortura de verlos y comerse hasta la vida, estaba dispuesta a hacerlo; pero necesitaba correrme una buena fiesta, y el hecho de que no estuvieran pasando su mejor época me hacía tener más ganas de ir, me estaba dando cuenta de que era un poco cabrona.

—Un poco, bastante cabrona Jacqui... —resopló Dana al otro lado del teléfono —Si me vas a dar el sermón dímelo y te cuelgo.

—Tranquila mujer... —escuché que se reía—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy de camino al coche, hoy como en casa de mi madre.

—¿Te vas a vivir a un piso para ir todos los días a casa de tu madre?

—¿Tanto tiempo viviendo la vida para encerrarte en cuatro paredes a la orden de un marajá, con una madre nacida en la época de Salem? Tu vida es un puto reality de la MTV. —Se echó a reír, aunque escuché un resoplido—. Lo siento Dana —mentí—. ¿Vendrás este sábado?

—Trabajo... —escuché como resoplaba de nuevo y mi sangre empezó a hervir.

—¿Y si pides libre? —insistí.

—No puedo, ya hay reservas. Pasadlo muy bien ¡¡Y ya me cuentas el lunes!! —exclamó contenta y no entendía por qué. ¿Cómo podía ser feliz? Ni siquiera el novio merecía la pena.

—Bueno pues ya te contaremos, cuídate y no te canses.

—Hablamos Jacqui, te quiero.

—Y yo Dana. —Colgué.

No podía evitar sentir rabia cuando colgaba el teléfono después de cada llamada a Dana. Habíamos sido como hermanas toda la vida y ahora nos veíamos una vez al mes. Laura y Martina ya estaban decididas a no meterse más en su vida para intentar que volviera a ser ella misma; y yo, por muy triste que me pareciera, me había resignado a perderla. Solo vivíamos a veinte minutos en coche de ella, pero parecía que estuviéramos a días de distancia; algo se había roto entre nosotras cuatro, pero preferíamos pensar que, tarde o temprano, se daría cuenta de qué clase de persona tenía a su lado y lo acabaría dejando. O eso quería pensar. A veces pensaba en coger un palo y matarlo, o matarla a ella por imbécil, luego recordaba que aquello era ilegal y la idea se me iba temporalmente de la cabeza, aunque no la desechara del todo, para que negarlo «odiaba a su novio con toda mi alma», sé que odiar es malo, ¡pero joder! Los hay quienes se lo ganan a pulso. Después de una tarde de locos, en la cual mi hermano acabó por sacarme de mis casillas unas quince veces, no sin antes hacerme reír hasta la saciedad. Fui corriendo hacia mi casa, como siempre, llegaba tarde. Tardé mil horas en poder aparcar, al principio pensé en aquello de lo que hablaba un chico que iba al gimnasio sobre la buena energía, si piensas que encontrarás sitio, lo haces a la primera, no hay que desesperar, claro que no ¡Y una mierda! A la cuarta vuelta sin aparcamiento visible ya estaba cagándome en todo, ni los reyes godos se libraban. Fui quitándome la ropa mientras corría hacia la ducha, parecía el conejo de Alicia en el país de las maravillas.

« **Jaqueline; 21:35: *Qué narices me pongo ¡SOS! Laura; 21:35: ¡¡Desnuda!!***

Jaqueline; 21:36: *Voy en serio.*

Martina; 21:40: *Ponte los leggings; esos que te pones para dormir que no deja nada a la imaginación, y cualquier camiseta. Estará tan empanado viendo cómo se te clarea el culo cuando te agachas, que no mirará nada más*

Jaqueline; 21:40: *La culpa es mía, yo no sé por qué pregunto.*

Laura; 21:41: *¡Apoyo a Martina!*

Jaqueline; 21:42: *Ya os cuento, os quiero.»*

Dejé el Whatsapp tranquilo y me dispuse a vestirme. Klaus no tardaría nada en llegar y la cena estaba medio hecha. Después de mucho pensar, me cabreeé. Hacía demasiado frío como para ponerme los vestidos de dormir de verano, y no quería ponerme mi pijama de franela... ¿Y si ponía la calefacción a tope? No, aun así tendría frío, —hasta en verano tenía la necesidad de taparme para poder dormir—; si llevaba pantalones cortos o algo por el estilo mi castaño de dientes me delataría, o mis pezones como piedras, aunque quizá eso no fuera tan mala idea... ¡A tomar por saco! Me pondré la sugerencia de Martina, me puse los leggings y me miré en diferentes posturas «No se me clarea nada» pensé con el ceño fruncido, me puse una camiseta rosa pastel que me dejaba un hombro al aire, me sequé el pelo y me hice una trenza que me caía por un lado, me maquillé y me dispuse a terminar la cena. A las diez en punto el timbre de mi casa sonó, de un salto ya estaba en la puerta soplando suavemente para segundos después abrirle con una sonrisa.

—Klaus.

—Jacqueline.

Nos sonreímos y de repente... Me besó. Entró en mi casa seguido de su mejor amigo.

—¡¡Has traído a Play!! —exclamé poniéndome de rodillas para abrazar a su increíble pastor alemán de nueve meses. Era supersimpático, y a decir verdad me tenía enamorada.

—¿Te importa? mi compañero de piso tenía una cita.

—¿A mí? —Levanté la cabeza para mirarle, era difícil dado lo alto que era y mientras tanto Play aprovechaba que estaba de rodillas delante de él para lamer mi cara—. Para nada, sabes que me encanta que esté aquí.

—Ya... Ya lo he visto —sonrió. Yo seguía entretenida haciéndole monadas al perro, que ya se había tirado al suelo para que le acariciara la barriga.

—¡¡Play!! —gritó desde el sofá—. Ve a tu sitio, deja a Jacqui tranquila —dijo pronunciando mi nombre con un acento que me volvía loca.

—¿Celoso?

—Un poco, yo intento lamerte la cara, pero a mí no me de jas.—En ese instante me reventó un chakra, pero no dije nada. Nos miramos sonriéndonos, Play siguió la orden de su dueño y se sentó en la manta que le había comprado para cuando venía a mi casa, le llené el tarrito de agua y le puse comida en el otro. La verdad que lo tenía muy consentido, pero como no era mi perro y de la educación se encargaba Klaus yo podía mimarlo lo que quisiera. Que era mucho, para que vamos a engañarnos.

—No me extraña que te quisiera tanto, lo consientes demasiado.

—Pero ¿qué dices? Solo soy cariñosa... —sonreí—. Sí, por no hablar de que le compras cualquier chorrada que sale para perros. —solté una carcajada—. Como me lo amaricones te mato.

Me reí y volví a la cocina americana, lavé mis manos y seguí terminando la cena. Klaus se entretuvo instalándome unos programas en el portátil, mientras lo hacía estaba poniéndose al día de los programas que yo tenía grabados de Masterchef USA y luego puso la mesa.

En media hora estaba recostado acariciando sus abdominales —Creo que no voy a poder seguir viniendo tan a menudo a cenar.

—¿Por qué? —pregunté ensimismada mientras veía el movimiento que hacía su mano por sus abdominales... «quien fuera mano...»

—¡¡He engordado dos kilos!!

—¡Anda ya! ¡Exagerado! —exclamé poniéndome en pie, el empezó a reír—. Échale la culpa a Gordom Ramsay...

—Ven aquí, mujer. —Me tendió su mano, la cual acepté gus— tosa. Tiró de mí y me sentó en su regazo.

Lo miré durante unos segundos sin parpadear, metí mis dedos entre su alborotado pelo y rasqué su cabeza, el gruñó y entrecerró los ojos, miré su rostro, estaba tranquilo y relajado, con la otra mano que tenía libre le acaricié los labios, sonrió a mi tacto. Los tenía suaves y gruesos, rosas, más que los míos que siempre estaban blanquecinos, acaricié su delineado y fuerte mentón y pude notar el inicio de su barba, sonreí al ver sus perfectas pestañas rizadas —yo tenía que tirarme una hora con el rizador y aun así no se me rizaban del todo—; algo subió hasta mi garganta al sentir su aliento tan cerca de mí, en ese momento me di cuenta de lo mucho que me gustaba, y de que aquello, por mi parte, ya había dejado de ser un juego. Apenas podía controlar la situación y eso solo podía llevarme a una cosa... Me levanté de golpe y me miró sorprendido.

—¿Qué pasa?

—No quiero amariconarte como a Play.

Soltó una carcajada.

—Me arriesgaré... —Se dirigió hacia mí pasándose la lengua por los dientes, mientras yo intentaba que no se me notara que me temblaban las rodillas.

—Mmmm, ¿chico aventurero?

—No sabes cuánto...

—¿Y cuántos años dices que tenías? —Levanté una ceja, necesitaba una vía de escape, que se echara a reír y cambiara de tema.

—Veintitrés.

—¿Y cuánto tiempo llevas teniendo veintitrés?

De repente se paró y empezó a reírse...

—¿Crepúsculo?!

—¿Cómo lo sabes? —me eché a reír—. ¿Poco original? ¿Pre— fieres cincuenta sombras de Grey?

—¿Tienes una fusta de cuero trenzado? —Negué con la cabeza—. Entonces nos tendremos que quedar con Crepúsculo, y no, amiga, no es nada original; aunque si algo friki —dijo sonriendo y metiendo sus manos en los bolsillos. Me miró fijamente sin articular palabra durante unos segundos—. Y así es como el león se enamoró de la oveja.

—Vaya oveja tan estúpida. —Sonreí.

—Qué león tan morboso y masoquista.

Me reí a carcajadas asombrada de que se supiera aquello de memoria.

—¿Quién es el friki ahora? A quien le cuente esto no se lo cree.

Empezó a reírse mientras caminaba en mi dirección. ¡Dios! era tan dulce, se puso a mi altura y me agarró del trasero levantándome hasta quedar a su altura, le rodeé el cuello con las dos manos y metí mis dedos en su cabello, le besé con fuerza, con demasiada diría yo, fuerza, pasión y anhelo, mucho anhelo. Había merecido la pena esperar, porque lo que estaba sintiendo era algo que no había sentido nunca, al menos no lo recordaba. Me tumbó en la cama y se puso sobre mí. Mi metro sesenta y siete era nada entre sus manos y su cuerpo, me besaba con fuerza acariciaba mis piernas y mis caderas con suavidad, pero no sé por qué, sentía que se contenía, cogí su cara entre mis manos y le obligué a mirarme.

—¿Dónde estás Klaus?

—Estoy aquí... —dijo pegando su frente a la mía. —No, no estás. —Me

incorporé—. ¿Qué pasa?

Suspiró sentándose en la cama y todas las alarmas de mi cuerpo se encendieron, aquello no presagiaba nada bueno.

—Es solo que... —pensó en las palabras que iba a decir—. Que me gusta nuestra relación tal y como es sin necesidad de... —hizo una pausa.

—¿Sexo?

—Sí, si tenemos sexo, nuestra relación cambiará y no quiero, yo no quiero tener novia. Me encanta que estés en mi vida, de verdad. —Me miró a los ojos—. Pero simplemente como amiga, siento si mi comportamiento te ha confundido, no era mi intención. Es solo que eres una chica realmente atractiva y a mí me cuesta tener amigos del sexo femenino sin liar todo demasiado, y te pido disculpas por eso. Una bofetada que me girara la cara me habría dolido menos. Cogí aire y me pasé la mano por el pelo, ¿acababa de rechazarme? No podía ser... ¿Y todos estos meses de coqueteo?, ¿los besos cuando me veía o se iba? Miré a Play que me miraba con las orejas de punta, y volví a mirarle a él.

—¿Estás bien? —preguntó.

«¡Muérete insolente capullo!» Pensé para mí misma, pero asentí con la cabeza, no me salía la voz.

—Bien... —suspiró sonriéndome—. Creo que voy a bajar a Play un rato. —Me miró pensativo.

—¿Qué...

—¿Puedo quedarme a dormir? No quiero interrumpir a Samuel.

—Sí, claro —contesté antes de pensar y me di una patada simbólica en la espinilla—. Llévate las llaves, yo voy a acostarme.

Cogió las llaves y a Play y salió por la puerta. Solté todo el aire que estaba reteniendo y sin darme cuenta empecé a llorar ¿Se podía ser más ridícula? Me había ilusionado por unos cuantos besos. ¿Pero qué me pasaba? ¿Tan horrible era que no podía gustarle? Me desmaquillé enfadada y arrepintiéndome de haberle dicho que podía quedarse, ¿se puede ser más idiota? Encima ponía la otra mejilla, no tenía remedio.

Me quité la ropa, me puse una camiseta larga de mi hermano que a veces usaba de pijama y después de dejar una fina manta y unas sábanas en el sofá me tumbé en mi cama y me tapé hasta los ojos, enumerando los motivos por los cuales no le gustaba a Klaus; sí, yo era así de patética. Ya llevaba unos veinte cuando diez minutos después oí la puerta y a Play correteando para beber agua, poco después lo tenía medio subido a la cama intentando lamerme

la cara, empecé a sonreír por primera vez en bastante rato.

Klaus

El aire que me azotó la cara cuando salí del patio, me dio la serenidad que me faltaba. Solté a Play, que corrió hacia el parque que había justo delante, y yo le seguí en silencio. Esta vez había estado cerca, demasiado cerca, sabía que tenía que alejarme de ella pero no podía, y más cuando la veía con esos leggins que no dejaban nada a la imaginación... ¿Lo hacía aposta? ¡Dios! aún seguía empalmado y eso que hacía un frío horroroso para estar en Abril. Tenía que llamar a Carolina... Era con la única que me podía desfogar como a mí me gustaba, aunque cada vez me sentía peor después de hacerlo, y luego llamaba a Jacqui. ¿Qué me pasaba? Me encantaría tener sexo con ella, más que cualquier cosa en el mundo, pero si ella veía cómo me gustaba el sexo, no querría saber nada de mí. Por no hablar del miedo atroz que tenía de mí mismo; ya que perdía completamente el interés por las chicas una vez me había acostado con ellas. Pocas cumplían mis expectativas y poco a poco les dejaba de llamar haciéndome quedar como un cerdo que solo quería sexo, y no era así. La verdadera razón era que el sexo que había tenido con ellas no me llenaba, a mí me gustaba de una manera, nada de romanticismos, de misioneros ni miradas penetrantes durante el sexo; átame, pégame, aráñame, se bruta, fiera y me tendrás comiendo de tu mano, pero Jacqui, era demasiado dulce para eso; además no creo que me sintiera bien tratándola así.

Mi antiguo psicólogo había conseguido hacer que me integrara en la sociedad, dejar de ser un bicho raro no es fácil, aunque he de decir que su labor obtuvo resultados, ahora era bastante normal, aunque no sé qué pensaría de mí y de mis gustos en cuanto al sexo... Empecé a reírme al recordar el día que la conocí, lo horrible que le quedaba ese chándal negro. En aquel momento no imaginaba que esa esquelética y fea chica acabaría por caerme tan bien, al principio me costaba mirarla a la cara, por lo extremadamente delgada que estaba, no tuve que adivinar para qué visitaba al psicólogo, saltaba a la vista. Aunque cuando realmente me impresionó fue cuando la vi entrar aquel día en aquella sala de espera varios años después, con ese abrigo rojo que se

le ceñía al cuerpo y terminaba un poco más arriba de las rodillas, se lo quitó dejando a la vista su perfecto cuerpo, me puse como un tomate al sentir el efecto que causaba sobre cierta parte de mi anatomía, le di la espalda durante unos segundos; tenía que serenarme y pensar en flores y prados, en nada excitante si quería seguir en aquella sala de espera sin formar un espectáculo, la miré de soslayo, ella miraba a las enfermeras que pasaban delante de nosotros, cada vez que volvía la cara al lado opuesto no podía evitar aprovecharme de mi altura y mirar su maravilloso escote, a ese paso acabaría por darme un pasmo.

No fue hasta que puso los ojos en blanco cuando caí en que ese gesto lo conocía, pero no podía ser... Hacía años que no sabía nada de ella, la última vez que la vi, aunque había cogido algo de peso, seguía teniendo un aspecto algo enfermizo, no podía haberse recuperado de esa manera... ¡Era una jodida diosa! Me puse aún más tenso, ¿aquello podía ser posible? En aquel momento otra enfermera me distrajo tan solo unos segundos cuando me guiñó un ojo, en aquel momento estaba tan agobiado, que ni siquiera reaccioné, miré a aquella chica que estaba a mi lado cuando sin más volvió a hacer ese gesto y ya no me quedó más dudas.

—¿Jacqueline? —dije después de ver cómo sus pequeños ojos verdes se posaban en mí. Me latió tan fuerte el corazón que durante unos segundos creí que hasta ella lo había notado. En ese momento entrecerró los ojos, como si le costara adivinar quien era. Entonces me calmé, por suerte para mí no se había percatado que casi me explota el pecho. Le sonreí como un tonto, en su rostro puede vislumbrar la sorpresa cuando adivinó quien era yo, a la vez que abría sus ojos de par en par.

Jacqueline

—¿Qué pasa Play? ¿Te has divertido? Vamos, chico, hay que dormir...

—¡Play! —escuché como Klaus lo llamaba, me dio un pequeño lametón y acudió a la llamada de su dueño. cerré los ojos sonriendo, adoraba a ese perro, estaba intentando serenarme cuando sentí que mi cama se movía.

—¿Qué haces? —pregunté dándome la vuelta.

—¿En serio te crees que iba a dormir en el sofá? —bufó—. Vamos... Ni notarás que estoy aquí, descansa. —Me dio un beso en la mejilla y se dio la vuelta.

Me quedé en esa posición durante lo que me parecieron siglos, mirando su espalda, y notando como poco a poco su respiración se relajaba y se iba

quedando dormido. ¿Pero cómo se podía tener tantísimo morro? Me recosté en la cama con fuerza, me di la vuelta llevándome conmigo casi toda la sabana y manta, y después de varios movimientos espasmódicos para molestarle y que no pudiera dormir me di por vencida, no estaba dormido no, estaba cadáver, así que después de mirar al techo lo suficiente como para llegar a ver hoyos, intenté dormir.

No sé a qué hora me venció el sueño, solo noté los lametones de Play en mi cara, y parecía que solo llevaba dormida unos minutos. Me incorporé y pude ver a Klaus de pie en el baño, vestido y cepillando sus dientes.

—¿Qué hora es? —pregunté restregándome los ojos.

—Las cinco y cuarto de la mañana. —Me miró sonriendo ¿Por qué se despertaba tan feliz? ¡Imbécil!—. Pensé que sería la hora de despertarte.

—Sí... —tartamudeé—. Gracias.

Me levanté como si llevara una losa de cien toneladas encima, hoy necesitaba algo más fuerte que mi clásico vaso de leche. Así que me decidí por hacer café, Klaus se situó a mi lado y se sirvió, quien nos viera desde fuera supondría que éramos una pareja que desayunaban juntos, aquel pensamiento me puso triste...

—Hoy te vas de fiesta, ¿no?

—Sí.

—¿Cuándo vendrás?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No.

—¿Piensas quedarte una semana allí o qué?

—Puede... —Me miró frunciendo el ceño y después de dar mi último sorbo, resoplé—. El sábado de madrugada, o tal vez, el domingo por la mañana.

—Vale, ¿te veré el lunes? —preguntó dando el último trago de café y dejando la taza en la pila. Miré sus manos durante unos segundos mientras dejaba con suavidad la taza.

—Sí... —¿Sí? ¿Por qué había dicho que sí? Nena, ¡qué guantazo tienes! —. Ya sabes dónde encontrarme.

—Bueno, tengo que irme. Pásalo bien esta noche y ten cuidado; hablaremos cuando vuelvas. —Me dio un beso en la mejilla y abrió la puerta —. ¡Vamos Play!

El perro se acercó a mi moviendo el rabo, tenía una carita tan simpática

que me derretí, me agaché y le acaricié, después le besé entre los ojos.

—Nos vemos pronto amigo.

El día pasó superlento y más siendo sábado. Ni David ni Klaus habían hecho acto de presencia; tuve que hacer verdaderos esfuerzos por no dormirme.

Saqué una libreta que siempre llevaba conmigo y empecé a garabatear cosas sin sentido, siempre se me había dado bien la escritura, incluso me había planteado escribir un libro; pero siempre lo acababa dejando a medias, ya fuera por falta de tiempo, de interés o de inspiración. Cuando me cansé de escribir cosas absurdas y algo tristes llamé a mis amigas para cancelar la comida, estaba demasiado cansada, les conté por encima lo ocurrido y se quedaron en silencio... «genial, lo único que yo no quería». Poco después cerré y me encaminé a casa.

Solo de pensar en meterme en la cama me reconfortaba. Mis amigas no pararon en mandarme mensajes haciéndome bromas para que cambiara de humor, consiguieron que echara unas risas pese a las pocas ganas que tenía, ni siquiera me molesté en comer los macarrones que había preparado. Abrí la cama y me metí dentro. Dormí en el lado donde había estado Klaus, y la almohada y las sábanas olían a él, solo recuerdo quedarme dormida, llorando.

La noche iba sobre ruedas, ya iba por mi tercer tequila y David ya estaba algo ebrio. No había rastro de su novia por ningún sitio y eso me hacía inmensamente feliz. No quise pensar mucho en Klaus, y el alcohol y el suéter de pico negro que llevaba David hacían que llevara a cabo mi misión de olvidarme del alemán.

Cuando terminé de nuevo mi otro cubata, me fui directa a la barra; estaba a reventar de gente, pero no me importó, entre la música y tantas personas un poco de soledad interior no venía mal. Miré hacia donde estaba mi grupo y me quedé observando a David. Llevaba unos vaqueros desgastados de pitillo con unas Converse negras, y un suéter de pico de manga larga fino y ceñido, de color negro que le hacía más corpulento, iba sencillo pero increíble, como siempre. Hoy se había engominado el pelo y lo había peinado hacia atrás. Sonreí sin poderlo evitar, era sencillamente guapo, siempre le había visto con un aura que rodeaba su rostro, siempre sonriendo, siempre feliz, eso era lo que más me atraía de él. Contagiaba buen rollo por doquier. Ajeno a mis miradas, él seguía riéndose y gesticulando de una manera muy peculiar, muy «David».

Para cuando me atendieron, ya estaba bailando con Laura como el mismísimo Chayanne. Dios... menudo cacao tenía formado en mi cabeza, veía a Klaus y me gustaba, me gustaba mucho, a decir verdad, y estaba con David y me gustaba también.

Eran completamente distintos, en el físico —aunque ambos abrumadores—, en la forma de ser, y en la actitud. Pero, aun así, y pese a sus diferencias, ambos me gustaban en su conjunto... ¿Podía ser eso lógico? David era llamativo. Llamaba la atención con su actitud, contaba chistes, imitaba personajes, y nunca estaba quieto; me encantaba cada cosa que decía y me hacía reír hasta que sentía que me dolía las mejillas. Sin embargo, Klaus era soberbio, no le gustaba llamar la atención, siempre le rodeaba un aura de misterio que te atraía sin poderlo evitar, era reservado e interesante, inteligente como poca gente, tenía un humor algo negro y no siempre necesitaba hablar para expresar algo, sus ojos eran su mejor aliado, siempre lucía sexy y perturbador, y siempre sabía qué decir para hacerme reír. ¿Qué demonios me pasaba?

—Te gusta ¿verdad? —escuché a mi espalda haciéndome dar un pequeño brinco.

—¿Ya estamos otra vez? —Me volví y me encontré con los ojos vivaces de Roberto, un amigo del grupo.

—Vamos... míralo —dijo poniéndose a mi altura, volví a girar la cabeza hacia David—. Es guapo, ¿verdad?

—Claro. —Evité mirar los ojos de Roberto, e intenté aparentar indiferencia, era obvio que estaba intentando sonsacarme si me gustaba su amigo.

—¿Tanta vergüenza te da reconocerlo, que no puedes ni mirarme a la cara?

—No te las des de gran observador... vas borracho.

—Los borrachos y los niños siempre dicen la verdad.

—Eso díselo a mi primo Mario, tiene una teoría sobre eso.

—Se echó a reír—. No es broma, cuando va borracho siempre está enamorado, y declara su amor a los cuatro vientos, y no es verdad... ¿Qué tienes que decir ante eso?

—Que soy fan de tu primo, porque a mí se me ablanda la lengua y acabo diciendo las verdades, como que te gusta David y no es un secreto.

—No me digas... —susurré mirando hacia otro lado—. ¿Y qué me aconsejas, gran observador?

—Eres guapa y estás de muy buen ver, lánzate, no te dirá que no.

—¡¡Por dios!! me encanta que no seas nada superficial. —resoplé indignada.

—También eres una tía guay —matizó sonriéndome. —Vaya, ¿te doy las gracias por el alago ahora?

Me miró durante unos segundos, y me sonrió, por el fruncimiento que tenía en su frente estaba pensando en algo.

—¿Te vas a lanzar o no?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que David no me gusta? —mentí descaradamente mirándole a los ojos.

—¿Cuántas veces más vas a mentirme? —Volvió a sonreírme. Le miré fijamente sonriendo, Roberto era muy atractivo, tanto que no me importaría acostarme con él, sino fuera por el aforo completo que tenía en mi cabeza. Era de tez morena y delgado, pero tenía un rostro lobuno que le confería un puntazo interesante, le miré los labios y me relamí, ¡una parte de mi cabeza a la cual el alcohol no había alcanzado empezó a hablar en modo estéreo... «¡por dios qué coño estás haciendo!!» «¡Para!» «¿Estás coqueteando? ¿Coqueteando con Roberto?» Me repetía una y otra vez mientras me recogía el pelo suelto y planchado hacía un lado de mi cuello dejando mi hombro al descubierto, mi lenguaje corporal era tan obvio y tan patético que si estuviera delante de un espejo me daría vergüenza de mí misma, pero había obtenido resultado, porque Roberto me estaba mirando el cuello.

—¿Por qué crees que me gusta David y no tú? —pregunté.

—No me miras como lo miras a él —me sonrió con la boca torcida.

—¿Acaso me observas tanto como para saberlo? —Se sonrojó y tuve mi respuesta—. No es el único que me gusta.

—¿Ah, no?

—No... —Sonreí.

—¿Y cuántos más te gustan? —dijo dando un paso hacia mí.

—Unos cuantos. —Me mordí el labio.

—Me pones nervioso Jacqui. —Sonrió mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Tan valiente para allanar el camino a tu amigo y tan cobarde para facilitarte el tuyo. —Chasquéé la lengua, a lo que él sonrió. ¿En serio estaba a punto de liarme con el amigo de David, poniendo en riesgo cualquier oportunidad con el mismo? ¡Por Dios! La última vez que tomaba tantos tequilas, y más teniendo las hormonas como las tenía. Estábamos a escasos

centímetros cuando el olfato me avisó de cierta presencia.

—¿Qué está pasando aquí?

—Diferencia de opiniones, David. —dijo Roberto dando un paso hacia atrás y mirando a su amigo como si nada hubiera estado a punto de pasar.

—¿Y de qué se trataba el asunto? —habló pasando un brazo por mis hombros.

—Sobre los distintos gustos... —contesté sin apartar los ojos de Roberto, David frunció el ceño, pero no dijo nada, me miró y le sonreí—. ¿Cómo estás?

—¿Es una pregunta? —sonreí ampliamente—. Pues... borracho —dijo con una sonrisa que me dejó sin respiración.

—Dime algo que no sepa.

Ambos nos reímos y volvimos con el resto. Ya fuera por el alcohol o por mi corto vestido, David no se apartaba de mi lado, estaba más cariñoso de lo habitual y eso ya es decir bastante, ya que él era místico abrazos.

Canción tras canción me iba poniendo más nerviosa, ¿Qué pasaba? Hacía ya dos horas que no bebía nada y todo había vuelto a estar más claro, también el dolor de pies estaba haciéndose realmente insoportable, «putos tacones» gruñía ignorando el dolor, o al menos intentándolo sin mucho resultado.

No me di cuenta de que David ya no estaba hasta que Laura me señaló con la cabeza que mirara detrás de mí, me giré y allí estaba David gesticulando con las manos, mientras hablaba con una chica. No la veía muy bien, pero viendo el estado de nervios en el que estaba, intuía que era Lorena; miré a Laura otra vez y esta negó con la cabeza.

—Esa tía está loca —dijo ya a mi lado, mientras las dos mirábamos la escena.

—Y que pierda el tiempo con ella... —apreté mis puños.

—Últimamente le monta unas escenas que son impresionantes.

—La culpa es suya por imbécil. —Me crucé de brazos y aparté la mirada.

—Sí... —me miró fijamente.

—¿Qué pasa?

—¿Has estado a punto de enrollarte con Roberto? —¿Yo? —fingí sorpresa—. ¡Qué va!

—Te he visto... —Me sonrió—. ¿En serio ibas a hacerlo?

Me sonrojé y ella comenzó a reírse.

—Yo no tengo la culpa de que los amigos de tu puñetero novio me

atraigan ¡¡Joder!! —dije en un susurro a lo que ella empezó a carcajearse.

—No tienes remedio...

Me encogí de hombros riéndome, cuando iba a contestarle, David venia hacia nosotras hecho un loco, sin apenas darme cuenta el resto había hecho un círculo alrededor de él.

—Necesito salir de aquí ¡ya! —Levantó la voz enfadado, algo poco habitual en él, a no ser que estuviera de broma.

—Claro —contestó uno de los amigos—, yo te llevo.

—Espera. —Le paró Leo con la mano—. Hay controles de alcoholemia en las rotondas, te harán el alto y tendrás que soplar, te multarán.

—¿Cuánto hace que has bebido la última copa? —pregunté.

El levantó la mano que no había visto y allí estaba el vaso medio vacío.

—Así no puedes coger el coche —apuntó Laura—. Ninguno podéis, no vais en condiciones.

—Jacqueline hace horas que no bebe —dijo Leo mirando a David.

—Dos horas —apunté mirando a Laura.

—¿Estás bien como para coger el coche? —preguntó ella.

—Sí, creo que sí.

—Sí, o no...

—Sí, Laura, sí...

—¿Seguro? —le respondí levantando una ceja a lo que asintió.

—Yo estoy bien, David, ¿quieres que te lleve?

Asintió sin decir nada, todos fuimos hacia donde habíamos dejado las chaquetas, serían las seis de la mañana y no tardaría en amanecer. Nos despedimos de todos y justo cuando íbamos a salir, Roberto me miró sonriendo, agaché la cabeza solo por la vergüenza que sentía por lo que había estado a punto de suceder.

Llegamos al coche y me cambié los zapatos antes de arrancar, cuando sentí la comodidad de mis zapatillas suspiré sonriendo, nada mejor que unas manolequinas para devolverle a una a la vida. David miraba por la ventana sin hablar.

Me puse en marcha hasta llegar al control de alcoholemia, un policía me hizo el alto, bajé la ventanilla con una sonrisa seductora y un suave pestañeo de ojos...

—Buenas noches —dijo el chico mirándome a los ojos y ruborizándose.

—Buenas noches.

—¿A dónde se dirigen?

—A casa. —Sonreí—. Ya es bastante por una noche. —¿Sí, verdad? —
Me sonrió—. ¿Está muy lejos?

—A veinte minutos más o menos.

—¿Ha bebido?

—Hombre... —dudé—. Un poco la verdad, aunque estoy bien para conducir— dije con una sonrisa de oreja a oreja. —¿Cuánto hace que dejó de beber? —preguntó arqueando una ceja.

—La última ha sido hace tres horas —mentí—, y tampoco he bebido mucho.

Me estudió durante unos segundos, vale, había mentido... pero por una hora no creo que pasase nada, ¿no?

—¿Y su acompañante?

—El no está para conducir. —le volví a sonreír—. Por eso llevo yo el coche. —Levanté de nuevo mis ojos verdes hacia él y vi cómo se ponía rojo.

—Está bien —dijo al fin—. Continúe con cuidado.

—Muchas gracias —dije dando un respingo y sonriendo tanto que me dolía la boca, el me devolvió la sonrisa, dio un golpe al techo y se apartó.

Me puse en marcha y me destensé, seguro que habría dado positivo, o me habría librado por muy poco. Estaba completamente bien para conducir, aunque no hubiera eliminado por completo el alcohol de mi organismo, David siguió un rato más en silencio.

—Si llego a ser yo el que lleva el coche, me hubieran hecho soplar.

—Eso es porque no tienes mi encanto, señorito, ni mi par de tetas —dije guiñándole un ojo.

—Por lo visto no... —sonrió y respiré al ver que ya estaba algo mejor—. ¿Te han hecho soplar alguna vez?

—Negativo.

—En mi próxima vida, quiero ser mujer.

—No te lo aconsejo, la regla es un auténtico infierno, piénsalo.

Me miró y nos sonreímos, nos quedamos en silencio durante un rato.

—No me llesves a mi casa, no quiero estar solo. —Sentí como miraba mi perfil e intenté no mostrar nada, era una pésima actriz, de eso estaba segura.

—Bueno, ¿y qué propones? —Me giré sonriendo.

—No lo sé, solo sé que no quiero pensar.

—¿Tienes hambre?

—¿Qué pregunta es esa? —Me miró y sonreí—. Yo siempre tengo hambre.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? —dije segundos antes de que una imagen de su cuerpo desnudo apareciera en mi cabeza, moví la cabeza para desechar aquella portentosa imagen, para aquel entonces estaría ardiendo.

—¡Claro! —exclamó retomando de nuevo su humor—. Necesito comer y una ducha.

—Pues perfecto, creo que tengo esas dos cosas en casa. Me sonrió dándome un golpe en la mano, yo sujetaba la palanca de marchas con todas mis fuerzas, era una manera de sentir cierto autocontrol, el sentir sus dedos por mi mano me desestabilizó un poco. —Gracias... —dijo mirándome. —No hay de qué.

Aparqué el coche y subimos a casa, esta vez por suerte encontré sitio enseguida, justamente el día en el cual me hubiera dado igual estar un rato dando vueltas, curioso, ¿verdad? Intenté ocultar mi nerviosismo, necesitaba unos minutos de paz para convencerme de que iba a tener a David en mi casa, que íbamos a estar solos, sin amigos, sin carabinas, solos, él y yo, en un espacio reducido, al menos yo jugaba en casa. Cuando entramos, él recorrió la estancia con los ojos y me miró sonriendo.

—Bonito piso Jacqui.

—Gracias.

Paseó por el salón y recorrió la cocina mientras miraba todo con atención, miró hacia el corto pasillo y se volvió hacia mí. —¿Dónde está tu habitación? —Le miré con los ojos abiertos de par en par—. Quiero ver cómo es —me dijo sonriendo.

—Por el pasillo a la derecha —dije pensando mentalmente en cómo había dejado mi habitación antes de salir. Rezaba por no haberme dejado cualquier cosa tirada por ahí, a cualquier cosa incluía los pares de bragas y tangas que me había probado antes de salir de casa. (odiaba que se me marcaran con el vestido).

David se adentró por el corto pasillo, cogí aire y le seguí, cuando entré unos segundos después de él, vi que se había sentado en mi cama, estaba mirando el muro donde tenía un mural de fotos, miraba una a una cada foto y se echaba a reír, sentí una conexión extraña en aquel momento y a su vez ese sentimiento tan raro y tan gratificante que te produce la cercanía de alguien por quien sientes mucha atracción, esa cosilla en el estómago que te hace estar alerta a la vez que alejada, defensa e indefensa en el mismo instante.

—Renacer —susurró leyendo la palabra que había pintado mi padre en la pared frente a la cama, en unas letras grandes y cursivas, en un tono negro que contrastaba con el blanco de la pared—. Me gusta. —Me sonrió—. ¿A qué se debe?

—A que, con esfuerzo, se puede salir de casi todo—dije con un hilo de voz—renacer o resurgir de las cenizas.

—Como el Fénix ...

—Exacto... —agaché la cabeza.

—¿Tuviste que resurgir de las cenizas, Jacqui? —dijo levantándose y caminando hacia mí.

—Sí ... —Le miré— Y necesito recordarlo cada día, me hace más fuerte.

—Me gusta como piensas.

Le sonreí con cara de boba, me aparté para coger aire y fui directa al vestidor que tenía.

—¿A dónde vas? —dijo a mi espalda.

—Ten. —Le tendí ropa de mi hermano que tenía en mi piso. —¿No querías ducharte?

—Claro —contestó frunciendo el ceño de una manera graciosa, algo confuso, como si se le hubiera olvidado que ducharse era uno de los motivos por el que estaba en mi casa—. Muchas gracias.

Entró en el baño de mi habitación y cerró la puerta, cuando oí el agua caer me deshinché cayendo en la cama, entre lo rápido que me latía el corazón y lo que me costaba respirar, era raro que no me hubiera caído desmayada. Me fui hacia la cocina presa de los nervios, saqué de la nevera unos macarrones con queso que me sobraron del medio día, los puse en un plato y los introduje en el microondas. Antes de lo pensando David entraba por la cocina con los pantalones de chándal gris de mi hermano y una camiseta de manga corta blanca básica, tenía el pelo mojado y olía tan bien que me hizo sentir que ahora era yo, quien necesitaba una ducha.

—Qué bien huele —dijo sentándose en un taburete. —Macarrones con queso, ¿te gustan?

—¿Qué no me gusta a mí, Jacqui? —levantó una ceja. —Mmm ¿el pescado?

Me sonrió, le dije que me iba a dar una ducha con la esperanza de que se pusiera a comer y así tener unos minutos de soledad necesarios; muy a mi pesar se cruzó de brazos y me dijo que me esperaba. Así que mi intento por darme ese relajante baño se había ido al traste. Nunca me había duchado tan rápido, por no hablar de que casi me quedo ciega a causa del jabón que cayó en mis ojos. Me sequé en un segundo y me vestí rápidamente. Me puse los leggins que me recordaron a Klaus y una camiseta negra, me hice una coleta y salí hacia la cocina. Al ir acercándome a él vi cómo me miraba de arriba abajo, aquella sensación de nerviosismo me volvió de nuevo a recorrer el cuerpo. Jamás le había visto mirarme así, y debo reconocer que interiormente estaba dando brincos y aplausos, y mi ego saludaba educadamente a las

neuronas que habían empezado a bailar. Aun así, actué como si no me hubiera dado cuenta, volví a calentar sus macarrones mientras me hice un vaso de leche y saqué la bollería, le serví el plato junto a un trozo de pan y un vaso de agua y me senté a su lado, podía notar un brillo en sus ojos cada vez que me miraba, eso hizo que se me cerrara el estómago, aun así, me bebí el vaso de leche.

—Ibas a liarte con Roberto, ¿verdad? —Casi me atraganto con la leche, empecé a toser y él me dio unos suaves golpes en la espalda.

—¿Qué dices? —contesté ya una vez repuesta. Notaba toda mi cara ardiendo, al menos el hecho de que casi me ahogo había confundido el rubor de mis mejillas.

—No me lo niegues, si no hubiera aparecido se te habría lanzado —me sonrió y me ruborice otra vez.

—Bu... bueno —dije intentando hablar con claridad, pero terminé tartamudeando—. No, no eeera mi idea, aunque había bebido un poco y...y...

—Le gustas bastante, ¿lo sabías? —Me miró fijamente. —¿Yo? —me sorprendí —imposible.

—¿Tan segura estás?

—Claro, ¿cómo le voy a gustar si me anima a que me lie contigo...?

—Y paré en seco, «mierda, mierda, mierda, mierda, y otro capazo de mierda»

Había olvidado pensar ¡Joder! Notaba cómo me iba poniendo roja por segundos, ¡Dios! ¿Por qué no se abría el suelo y desaparecía en él?, ¡¿Por qué nada interrumpía el puñetero momento?! ¡Odio las películas! Te crean expectativas absurdas. David me miraba divertido, pero no decía nada, y a mí la función del habla se había perdido por alguna parte de mi cerebelo.

—¿Hace falta que él, te tenga que animar para que tú quieras liarte conmigo? ¿A qué altura queda mi ego, Jacqueline?

—No, no es que él me tenga que animar... Claro que no, solo hay que mirarte. —¿¿Mirarte?! Esto está empeorando por momentos, ¡corre córtate las venas!, ¡rápido! —.Bueno tú ya me entiendes...

—No, no te entiendo, explícate.

—Joder, David —dije apretando mi sien, intentado hilar pensamientos coherentes, él seguía mirándome fijamente con semblante divertido—. Eres un chico, guapo y muy atractivo, cualquier chica con un poco de gusto no descartaría la idea de liarse contigo.

—No pregunto por las demás chicas, pregunto por ti, no generalices.

—¿Qué quieres saber David? —pregunté exasperada. —¿Te liarías conmigo? —dijo poniéndose algo tenso y mirándome sin ningún rastro de humor.

—¿Qué abarca en si la palabra «liarse»?

—Deja de dar rodeos —sonrió—. Me refiero a besarme, acariciarme, ya sabes... Lo que pudiera surgir, dejarse llevar, ¿lo harías? ¿Conmigo?

Mantuvimos la mirada fija durante unos larguísimos segundos.

—Dejarme llevar... —susurré—. Sí, supongo que sí —contesté con un hilo de voz.

—¿Sí, porque somos amigos y te caigo bien? ¿O sí, porque te resulto atractivo como hombre?

—Por ambas cosas David —pensé durante unos segundos, ya la había cagado así que iba a regodearme en ello—. Pero no me resultas atractivo como hombre. —me miró torciendo la cabeza hacia un lado y no pudo disimular un gesto de decepción—. Me resultas «intimidantemente» impresionante desde el segundo uno que te vi entrar por la puerta de aquel club.

Él abrió los ojos tanto, que pensé que los parpados le darían la vuelta a la cabeza. Sin decir nada más, saltó de su taburete y antes de que pudiera darme cuenta tenía mi cara entre sus manos y su lengua abriéndose camino en mi boca. ¿Cómo actúas cuando algo que has deseado durante tanto tiempo empieza a materializarse? Esta vez no lo estaba soñando, estaba pasando de verdad. Algo que había imaginado millones de veces estaba pasado de verdad, tenía su cabeza entre mis manos y le besaba tan fuerte que empezaban a dolerme los labios, sentía tanto dentro de mí, que besarle no canalizaba del todo mi ansia. Toqué su espalda con mis manos y sentí como se estremecía a mi tacto; eso hizo que estallara de desesperación y le clavara las uñas en su espalda, gimió entre mis labios y de un empujón me acercó a su erección que ya era bastante importante...

David

El sentir cómo ella se retorcía en mis manos, me ponía como un toro, sus uñas empezaban a hacerme daño, me hacían notar lo fogosa que era, «Dios... Es mejor de lo que creía.» Casi no había podido contenerme al verla salir de la habitación con esos leggins, era realmente impresionante, su piel era tan suave... Sé que había sido algo cruel por mi parte hacerle esas incómodas preguntas, sabiendo la respuesta de antemano; pero el presenciar que casi se

enrolla con Roberto me había hecho dudar. Sé que mi estatus de amigo había quedado a la altura del betún después de mi comportamiento, pero no había podido resistir los celos de ver que iban a ser sus labios, y no los míos, los que iba a probar. Tenía que impedirlo, esta chica me ponía demasiado para que la tocaran otras manos; y menos las de un amigo mío, con el alemán de las narices no podía hacer nada. Pero no dejaría que nadie la tocara si yo podía impedirlo. Sé que sonaba a egoísta de mierda, y no solo porque yo tuviera novia, sino, porque sabía que Roberto sentía algo más por ella, algo más que atracción sexual, aun así, ella debía de ser mía.

La levanté del taburete cogiéndola del trasero, ella gimió, y sentí la sangre concentrándose en mi sitio más sensible. Mientras caminaba con ella en brazos su sexo rozaba el mío, dándome oleadas de placer que me dejaban sin aliento, la solté al lado de la cama y la miré durante unos segundos, tenía las pupilas dilatadas por el deseo y se mordía el labio inferior con ansia. La desnudé lo más rápido que pude, ansioso por ver su cuerpo desnudo. Metí sus suaves y duros pezones en mi boca y los lamí como si me fuera la vida en ello, podía notar como se le erizaba la piel del placer, eso me hacía sonreír. Jacqui tenía los ojos cerrados y gemía de una manera que me hacía tener ganas de lanzarla a la cama y penetrarla tan fuerte que tuviera que gritar, volví mis labios a su boca mientras acariciaba su espalda con mis dedos, los paseé por cada rincón de su cuerpo, pechos, cintura, abdomen...

Ella suspiraba cada vez que la acariciaba. Gimió cuando mis dedos se perdieron en su humedad, ya estaba lista para mí. Para mi sorpresa y con una fuerza que no sabía que tenía, me lanzó encima de la cama, y se puso encima de mí, me arrancó la camiseta rompiéndola en dos... «Joder» casi me corro de verla tan agresiva. Besó mi torso haciendo que me arqueara, toda mi piel estaba demasiado sensible. Bajó por mi estómago besando cada abdominal y riendo después, ahora estaba siendo dulce y no sabía cuál de las dos «Jacquis» me gustaba más. Llegó hasta la goma del pantalón y lo bajó suavemente mientras que sus ojos verdes me miraban fijamente. Estaba a punto de volverme loco, jamás había sentido nada así. Cerré los ojos unos segundos y cuando iba a abrirlos noté cómo me lamia... de arriba abajo, deteniéndose en lo más sensible. Su lengua recorría mi miembro con deseo, yo solo podía retorcerme, me pellizcaba la pierna para evadirme, mirando a todos los lados para desconcentrarme de todo el placer que estaba sintiendo, no quería llegar tan rápido, pero me lo estaba poniendo realmente difícil. Antes de darme cuenta, había parado, por fin pude coger aire sin miedo a correrme, pero no

duró mucho, se puso encima de mí y me miró fijamente mientras se introducía mi pene, cuando llegué a su interior por completo, echó su cabeza hacia atrás con los ojos cerrados mientras se mordía el labio evitando gemir, era una autentica diosa, miraba todo aquello como si de una película se tratase, no podía creer que esto estuviera pasando así. Poco después, empezó a moverse de arriba abajo devolviéndome al limbo. Me miraba fijamente a los ojos mientras me follaba como nadie lo había hecho en la vida, porque desde luego era ella la que me estaba follando a mi... ¿Dónde se había metido la chica dulce y tímida que se sonrojaba solo de verme entrar por la puerta? Ahora era otra persona... Adiviné que estaba fuera de mi cuando empecé a oírme gemir, no me gustaba oírme, pero no podía evitarlo, ella también lo hacía cerrando de vez en cuando los ojos.

Jacqui decidía cuando ir más rápido o más lento en función de mis reacciones, sabía leer qué era lo que necesitaba para aumentar mi placer y lo hacía desesperándome, después aflojaba el ritmo y me sonreía. Yo intentaba marcar un ritmo poniéndole mis manos en sus caderas, pero prefería su libre albedrío, porque alargaba más el clímax.

Cuando estaba a punto de llegar, paraba y cambiaba el ritmo, yo me había vuelto loco tocando y acariciando sus pechos, y había dejado sus pezones en carne viva de tanto lamerlos ante la desesperación que me creaban sus cabalgadas, esta chica era una diosa del sexo. Puso sus manos a ambos lados de mi cabeza, y empezó a moverse a un ritmo continuado, y fue acelerando, haciendo movimientos circulares con la cadera, empecé a gritar y cuando sentí que su sexo se contraía por el orgasmo, me dejé llevar como había estado reprimiendo. Me corrí, tan fuerte que creo que le hice daño de tanto apretarla, cayó encima de mi pecho, no podíamos evitar respirar entrecortadamente. La abracé mientras cerraba los ojos durante unos segundos, aún seguía dentro de ella, y seguía duro como una roca, volvía a estar igual de excitado que al principio... ¿Pero qué tenía esta chica?

Jacqueline

Hundí mi cabeza en su pecho exhausta del esfuerzo que acababa de hacer, el pobre había pagado mi frustración sexual de meses; pero me daba en la nariz que no le había importado, me había sentido increíblemente poderosa encima de él. Habían sido tres años deseando su cuerpo como una loca, como para andarme con rodeos, había momentos durante el acto, el cual, cerraba los ojos y pensaba en Klaus, y raramente eso me excitaba más... Estaba enferma.

Estaba super a gusto entre sus brazos y me parecía muy dulce la manera en la que me besaba la cabeza, pero tenía necesidades fisiológicas, la llamada de la naturaleza... Me levanté con cuidado y salió de mí, un calambre sacudió mi sexo cuando salió de mi interior, tan duro como cuando entró, eso nos activó a los dos a la vez, ya que nos miramos del mismo modo, la pupila dilatada y los labios apretados me daban a entender que me deseaba, corrí hacia el baño, y después de lo que necesitaba para seguir, volví a la cama, él se había metido dentro y me miraba mientras... ¿se tocaba?, eso me excitó más. Caminé hacia el pavoneándome y me sonrió. Abrió la cama mientras la golpeaba con una sonrisa torcida en sus labios, corrí a su orden y me tumbé, me besó desenfrenadamente poniéndose encima de mí, me faltaba el aire de tanto que lo deseaba, tanto tiempo, tanta frustración de ver como pasaban mil chicas por su vida, y yo seguía invisible para él, ahora ya no era así. Ahora lo tenía perdiéndose entre mis piernas lamiendo mi intimidad tan fuerte que tenía que apretar las manos en la pared para no empezar a arañarle. Cuando estaba a punto de llegar, paró, y me miró, puso mi temblorosa pierna encima de su hombro, se inclinó y me penetró tan fuerte que mi cabeza rozó la pared, era una marioneta en sus brazos y me encantaba. Me daba como a mí me gustaba, fuerte, haciéndome perder el sentido, me oía a mí misma pedirle que me lo hiciera más fuerte, ¡Me había vuelto loca! Quitó mi pierna de su hombro, y apoyó una mano al lado de mi cabeza mientras que con la otra acariciaba mis pechos, no había parado de moverse, aunque esta vez lo hacía suavemente y haciendo pequeños círculos con la cadera, eso hacía que me estremeciera bajo sus movimientos, sus miradas, todo lo que envolvía lo que estábamos haciendo

me extasiaba. Era como rozar lo imposible, algo que has deseando tanto que llegas a pensar que es irreal. De repente, apoyó los codos a cada lado de mí y pegando completamente su cuerpo al mío, se movió con mucha intensidad mientras me besaba con pasión, me abrí todo lo que pude para notarlo entero, y movía mi cadera a cada nuevo encuentro, me era imposible estar quieta, apreté su trasero con mis manos para que la penetración fuera todo lo profunda posible, estaba fuera de sí, luego anudé mis piernas a su cintura y apreté su espalda, evitando las uñas... No quería dejarle marcas, no tardé mucho en notar el fuego que me advertía de que el orgasmo estaba cerca, segundos después me arqueaba involuntariamente por el placer que me estaba envolviendo, cuando recobré el sentido, él se estaba corriendo con los labios apretando mi cuello, se quedó allí unos minutos, yo abrazaba su espalda mientras pasaba mis dedos entre su pelo. David me daba besos dulces, no sabía qué hora sería, pero el sol ya iluminaba la habitación por completo.

Seven Days, de Craig David hizo que abriera los ojos, no hacía falta levantarme para saber quién me estaba llamando, este tono solo se lo había puesto a Klaus, quizá por el significado de la canción, o porque Craig David me relajaba, no lo sé, restregué mis ojos mientras me desperezaba en la cama, sentí la respiración de David a mi lado, seguía durmiendo, miré mi reloj y pegué un salto que casi me caigo de la cama, eran las nueve de la noche ¿Cuánto habíamos dormido? Correteé desnuda hacia el baño y me metí debajo de la ducha.

Tenía todo el cuerpo dolorido, pero de ese dolor que cada vez que hace acto de presencia sonríes de una manera idiota, estaba lavándome los dientes cuando oí a David caminar hacia mí, solo llevaba el pantalón de chándal y me miraba divertido.

—Buenos días / noches.

—Buenos días /noches. —le sonreí.

—¿Tienes otro de sobra? —señaló mi cepillo de dientes.

Me agaché y saqué un paquete de tres cepillos nuevos por estrenar, eligió el verde y se lavó los dientes a mi lado, mirábamos nuestro reflejo en el espejo y hacíamos verdaderos esfuerzos por no reírnos. Estaba tan guapo recién levantado. Tenía el pelo revuelto, los ojos algo hinchados y una ligera sombra de barba. Acabó antes que yo y lo oí trastear por la casa, yo sonreía como una idiota cuando una punzada me hizo cambiar el semblante, Klaus... Me había llamado varias veces, ya que había soñado con la canción, no fue

hasta que me desperté del todo que caí que no era un sueño; sino las veces que había sonado, me llevé las manos a la cara, si no teníamos nada y hacia unas horas no me había importado pensar en él durante el sexo... ¿Por qué me sentía tan mal? Salí tragando saliva cuando vi en David el mismo semblante que segundos antes había tenido yo.

Miraba su móvil con los ojos como platos, y eso ayudó a que aún me sintiera peor, había sido el polvo de la venganza, algo a lo que recurrir cuando quieres no pensar. Mis ansias de él no me habían dejado pensar con claridad, el miedo a sentirme como estaba sintiéndome en ese momento era lo que me había mantenido con las bragas puestas delante de él durante tres años, y ahora lo había mandado todo a la mierda, estaba cavilando todo aquello con la mirada perdida en la nada, cuando le escuché hablar.

—¿Me habías llamado? —escuché que hablaba a alguien por el móvil—. No, no he dormido en casa. No Lorena, no estoy con ninguna chica. —Me miró, me sentí tan mal que me metí en mi habitación dándole intimidad, aparte me venía genial para ocultar mi cara que era que el orgasmo estaba cerca, segundos después me arqueaba involuntariamente por el placer que me estaba envolviendo, cuando recobré el sentido, él se estaba corriendo con los labios apretando mi cuello, se quedó allí unos minutos, yo abrazaba su espalda mientras pasaba mis dedos entre su pelo. David me daba besos dulces, no sabía qué hora sería, pero el sol ya iluminaba la habitación por completo.

Seven Days, de Craig David hizo que abriera los ojos, no hacía falta levantarme para saber quién me estaba llamando, este tono solo se lo había puesto a Klaus, quizá por el significado de la canción, o porque Craig David me relajaba, no lo sé, restregué mis ojos mientras me desperezaba en la cama, sentí la respiración de David a mi lado, seguía durmiendo, miré mi reloj y pegué un salto que casi me caigo de la cama, eran las nueve de la noche ¿Cuánto habíamos dormido? Correteé desnuda hacia el baño y me metí debajo de la ducha. Tenía todo el cuerpo dolorido, pero de ese dolor que cada vez que hace acto de presencia sonrías de una manera idiota, estaba lavándome los dientes cuando oí a David caminar hacia mí, solo llevaba el pantalón de chándal y me miraba divertido.

—Buenos días / noches.

—Buenos días /noches. —le sonreí.

—¿Tienes otro de sobra? —señaló mi cepillo de dientes.

Me agaché y saqué un paquete de tres cepillos nuevos por estrenar, eligió

el verde y se lavó los dientes a mi lado, mirábamos nuestro reflejo en el espejo y hacíamos verdaderos esfuerzos por no reírnos. Estaba tan guapo recién levantado. Tenía el pelo revuelto, los ojos algo hinchados y una ligera sombra de barba. Acabó antes que yo y lo oí trastear por la casa, yo sonreía como una idiota cuando una punzada me hizo cambiar el semblante, Klaus... Me había llamado varias veces, ya que había soñado con la canción, no fue hasta que me desperté del todo que caí que no era un sueño; sino las veces que había sonado, me llevé las manos a la cara, si no teníamos nada y hacia unas horas no me había importado pensar en él durante el sexo... ¿Por qué me sentía tan mal? Salí tragando saliva cuando vi en David el mismo semblante que segundos antes había tenido yo.

Miraba su móvil con los ojos como platos, y eso ayudó a que aún me sintiera peor, había sido el polvo de la venganza, algo a lo que recurrir cuando quieres no pensar. Mis ansias de él no me habían dejado pensar con claridad, el miedo a sentirme como estaba sintiéndome en ese momento era lo que me había mantenido con las bragas puestas delante de él durante tres años, y ahora lo había mandado todo a la mierda, estaba cavilando todo aquello con la mirada perdida en la nada, cuando le escuché hablar.

—¿Me habías llamado? —escuché que hablaba a alguien por el móvil—. No, no he dormido en casa. No Lorena, no estoy con ninguna chica. —Me miró, me sentí tan mal que me metí en mi habitación dándole intimidad, aparte me venía genial para ocultar mi cara que era saber nada, y más si la quieres. Puede que no sea muy honesto, pero también sé que si se lo dices cabe la posibilidad de que no te perdone. —No podía mentirle—. Y por lo poco que sé de ella tengo por seguro que no te perdonará. Si la quieres y quieres seguir, haz como si nunca hubiera pasado.

—¿Y qué pasará contigo?

—Es a ella a la que quieres David, vístete y vete, te está esperando. Yo voy a bajar a comprarme algo para cenar, no me apetece cocinar.

—Me levanté y cogí las llaves, no podía ver como se iba. —Cuando acabes cierra, nos vemos por el gimnasio. —Jacqueline...

—dijo a mi espalda. El corazón me latió fuerte en el pecho, pero era inútil darse la vuelta, aquella tarde y de la peor forma posible comprendí que había estado tan equivocada... él no era para mí.

—Hasta luego David.

—Jacqui ¡¡Espera!!

David

Ni siquiera me dio tiempo a terminar la frase, me cerró la puerta en las narices. Jamás una noche de locura me había hecho sentir tan miserable, ¡Dios!, lo sabía... Sabía que iba a cagarla con Jacqueline tarde o temprano, pero no pensaba que iba a hacerlo de esta manera. Había engañado a mi novia y le había hecho daño a la única persona que no debía. Ella siempre me sonreía, estuviera o no de humor, siempre se interesaba por mis cosas, siempre tenía algo bonito que decirme. Ella era, sin duda, especial. Tanto que me había jugado que mi amigo me mandara al infierno, y me planteaba una duda bastante seria; si estaba tan seguro de que quería a Lorena ¿Por qué me sentía tan mal? Me vestí y salí del piso, no sin antes mirarlo otra vez, ¿volvería alguna vez?

Jacqueline

Estuve en un banco del aquel parque, helada de frío esperando ver salir a David de mi casa. Tenía los brazos alrededor de las rodillas y miraba a la nada, vi movimiento y lo vi salir, caminaba con la cabeza gacha. Estaba enfadada, ya no tanto por él, sino por mí, me había prometido a mí misma que no volvería a ser un objeto, y había fallad. Pero ya no solo era por eso, tenía los ojos de Klaus grabados en mi mente. ¿Pero por qué? Klaus me había dicho que no quería que fuésemos más que amigos, en teoría no había hecho nada malo, entonces... ¿Qué me pasaba?

Tardé diez minutos más en atreverme a subir a casa, que no dejara de pensar en Klaus no quería decir que no me doliera lo de David. Era realmente frustrante y más si pensaba que durante años, había deseado conocer a alguien que me hiciera sentir lo que David conseguía con un suave beso en la frente. Deseaba sentir la electricidad, la atracción que David despertaba en mí, y nunca nadie lo conseguía, por mucho que me gustaran o me atrajeran, nunca era suficiente. Y me acababa de dar cuenta de que ahora sí había una persona que le llegaba a la altura, pero había un problema... Yo no le gustaba. Entré y me senté en el sofá, no quería mover nada, hacer como si nada hubiese pasado, hacer que mi mente no recorriera cada rincón que había estado con David. Al final acabé con la mirada perdida, no sé cuánto tiempo llevaría recostada en el sofá mirando el techo cuando oí que aporreaban la puerta. Pegué un brinco y me quedé quieta casi sin respirar; un escalofrío me recorrió la espalda.

—¡Jacqui!

—¿Klaus?

—Sí, ¡abre! —Me relajé, abrí la puerta y se adentró sin ni siquiera

mirarme a la cara, miró a mi alrededor, parecía tenso y nervioso, entró hacia la habitación la miró y volvió de nuevo al salón donde estaba yo mirándolo perpleja.

—¿Ha pasado algo Klaus?

—No sé, dímelo tú. —Me miró enfadado y se me paró el corazón.

—No sé a qué te refieres...

—Te he llamado mil veces, ¿se puede saber qué estabas haciendo? Estaba preocupado ¡Joder! —gritó levantando las manos.

—Lo siento Klaus, de verdad, yo... Me he levantado tarde y lo tenía en silencio —mentí—. No sabía que me habías llamado, sino te habría mandado un mensaje.

Me miró relajando el gesto, y no quitó ojo de mi indumentaria y sonrió, fue hacia el sofá, yo aún seguía sin entender nada de aquello, ¿desde cuándo se enfadaba tanto cuando no sabía de mí? Aquello me descolocaba, y sinceramente no me hacía especial ilusión ver a Klaus justo el mismo día en que me había acostado con David. Necesitaba aclararme, o al menos y, sobre todo, necesitaba tiempo para inventar una historia que pudiera ser creíble cuando Klaus empezara a preguntarme. El inventarme algo no era muy difícil para mí, tenía imaginación de sobra; lo difícil era decirlo mirándole a los ojos, a esos profundos ojos que muchas veces me intimidaban, sobre todo cuando su mirada era fría. Muchas veces creía que si mantenía su mirada más de dos minutos podría saber que pienso y lo que es peor... podría adivinar qué siento.

—¿Por qué vas toda de negro?

—¿Qué tiene de malo? Estiliza... —Me miré sin notar nada raro.

—Vestías de negro cuando te conocí, y acostumbrabas a hacerlo cuando algo no va bien.

—Qué observador —suspiré—. No me había dado cuenta, ha sido pura casualidad.

—Ya...—por alguna razón sabía que no me creía—. Y bueno ¿qué tal lo pasaste ayer?

Sentí un leve vértigo ante esa pregunta. No había tenido el tiempo suficiente como para preparar una respuesta, aun podía oler el perfume de David por toda la casa, me levanté y fui hacia la cocina a prepararme un vaso de leche; aunque a decir la verdad no me apetecía, de echo si me metía algo en la boca vomitaría, pero no podía mirarle a la cara, sentía sus ojos en mí espalda mientras estábamos en un incómodo silencio. Seguramente él ya se

había dado cuenta de que algo me pasaba, confiaba en que pensara que era su rechazo del viernes, prefería que pensara que estaba resentida, a que me había acostado con David.

—Bien, estuvo entretenida la noche...

—¿A qué hora llegaste?

—Pues no lo sé bien, sobre las siete de la mañana, creo. —¿Qué tal Laura?

—Bien...

—¿Y Leo?

—Bien.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—¿Por qué estás tan esquiva? —Se levantó y dio unos pasos hacia mí, inconscientemente yo retrocedí, me estaba delatando yo sola.

—¿Yo? Yo estoy normal, eres tú que estás sometiéndome a un tercer grado.

Sonrió ante mi comentario, aunque yo permanecía seria con el ceño fruncido. Me miró de nuevo, ya sin humor aparente, sus ojos estaban fijos en los míos, como si quisiera adivinar qué le ocultaba. Su color azul estaba más claro que nunca, y me di cuenta de que parecía cansado. Tenía ciertas ojeras que le caían a modo de cascada por la cara. Harto de ver que su mirada no conseguía hacerme hablar, se giró y recorrió el salón pensativo, ¿Qué estaba haciendo? Algo llamó su atención y se agachó, no vi lo que cogió, pero lo estuvo ojeando unos minutos, yo había vuelto al sofá y estaba mirando la tele que seguía apagada, me volví para observarlo dado su silencio, estaba tan raro que estaba empezando a preocuparme.

—¿Qué significa esto, Jacqueline? —dijo en un susurro dándome la espalda, estaba muy rígido.

—¿Qué pasa ahora, Klaus? —hablé con desgana. —¿Te has acostado con David? —Me levanté de golpe del sofá y caminé hacia él.

—¿Qué has dicho?

—Si te has acostado con David. —Me miró fijamente y esta vez no solo me intimidó, sino que me dio miedo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Jacqui espero que puedas perdóname —leyó el papel que había cogido del suelo—. Para mí eres importante, y más después de lo de anoche. Créeme cuando te digo que me importas... Lo de anoche fue realmente impresionante, no creo que lo olvide nunca, un beso y hablamos pronto. —Cuando acabó

volvió a mirarme, por aquel entonces mi cara era un poema y me retorció las manos para canalizar mi nerviosismo.

—Yo... esto, eh...—tartamudeé.

—¿Se te ha olvidado hablar?

—No. —Levanté la cabeza para mirarle fijamente.

—Contéstame, Jacqueline...

—¿Desde cuándo nos damos explicaciones de con quién nos acostamos? ¿Yo te lo he preguntado alguna vez en estos meses? —contesté visiblemente nerviosa.

—¡No esquives la respuesta con preguntas y contéstame joder! —me gritó.

—No me grites Klaus.

—¡Pues deja de tratarme como a un gilipollas!

Me tomé unos segundos para pensar que decir, pero su mueca de disgusto me hizo estallar.

—¡Sí! ¿vale? ¡Sí! Me acosté ayer con David ¿Qué hay de malo?

Me miró perplejo con los ojos abiertos.

—¿El viernes te enrollas conmigo... y el sábado te follas a David?

—¿Necesitas que te recuerde la mierda que me dijiste? —dije cortando la distancia que había, quedando frente a frente. —¿No tenía novia?

—Habían discutido —me avergoncé de lo que estaba pareciendo.

—Así que aprovechas que están mal, para follártelo ¿es eso?

—No te atrevas a juzgarme Klaus, no sabes nada...

—Sé una cosa. —Me miró sin parpadear—. Que te has comportado como una puta de esas que tu tanto criticas —dijo en un susurro, pero con la mirada tan penetrante que estaba empezando a marearme.

Se me cortó la respiración al oír aquellas palabras, ¿me estaba llamando puta? Pude notar como algo dentro de mi estómago se rompía, sentía la falta de aire y un ligero escozor en los ojos que a cada segundo iba a más, el tiempo se detuvo en ese instante.

—¿Qué me has llamado? —dije casi sin voz.

—¿Sabes? Salía con una chica, pero hemos discutido... ¿Qué te parece si follamos un poco? Lo justo para después irme a arreglarlo con ella. —Me sonrió de una manera que me dio asco.

Tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no llorar, aunque era inútil. Sentía mis lágrimas caer por toda la cara, sin saber cómo ni cuándo había pensado en cuál sería mi próximo movimiento, me vi dándole un guantazo tan

fuerte que podía notar como la mano se hinchaba por segundos, había conseguido girarle la cara de la fuerza, entonces volví en mí, ¿Qué había hecho?, ¿le había pegado? Había perdido los papeles.

Di varios pasos hacia atrás, él se sujetaba la mejilla con una mano y me miraba sorprendido.

—No quiero volver a verte. Eres un ser despreciable —Susurré con toda la dignidad que me quedaba, que era más bien poca. Él me miró asombrado, su expresión había cambiado, su mirada no era de ira, ni tan siquiera de rabia. No podía saber qué es lo que pensaba, porque se había quedado como una estatua. Segundos después, que a mí me parecieron minutos cogió su chaqueta y sin mirarme salió de mi casa dando un portazo tras de sí.

Caí de rodillas en el suelo, el aire tardaba en entrar por mis pulmones, conocía esa sensación demasiado y me aterraba; estaba empezando a ver borroso, notaba que aquel sudor frío se me acomodaba en la frente, y un dolor punzante en el estómago impedía que tuviera fuerzas para llorar; me estaba dando un ataque de ansiedad. Hacía años que no tenía ninguno, aunque era verdad que hacía años que no me sentía tan perdida.

Ocho días después...

Estaba recostada en la silla, detrás del mostrador de la recepción del gimnasio, aquella semana le había pedido a Bea hacer los dos turnos, necesitaba ocupar mi tiempo y mi cabeza, apenas había dormido, no tenía hambre ni ganas de nada, estaba realmente triste y solo hacía ocho días de todo aquello. Es curioso como a veces el tiempo se ralentiza, haciendo todo tan absolutamente largo que empieza a ser una tortura. Klaus no había llamado, ni había dado señales de vida por Whatsapp. A veces lo miraba para ver cuando había sido la última vez que se había conectado, me recorría algo por el estómago cuando lo veía en línea, sabía que estuviera donde estuviera tenía el móvil en sus manos, ¿mirando mi número tal vez? Le escribí varias veces, pero nunca di a enviar. Estaba dividida, una parte de mí me animaba a hablar con él, aclararlo todo y la otra me mantenía firme en mis trece, «Puñetero orgullo.»

Tampoco había sabido nada de David, y, a decir verdad, no me sorprendía en absoluto. Así que estaba tranquila, me había sorprendido a mí misma echando tanto de menos Klaus, que David había pasado a un segundo plano.

¡Dios! Tenía un nudo en mi estómago que me impedía respirar «otra vez» tampoco podía hablar del tema, porque se me saltaban las lágrimas ¿Qué mierda era todo aquello? Era obvio que algo me pasaba. No me arreglaba para ir a trabajar, no me apetecía, veía como Bea me miraba de soslayo mientras hablaba con uno de los monitores de spinning, —¿Sigues igual? —preguntó sentándose en el escritorio que había detrás de mí, giré mi silla sin cambiar de postura.

—¿Tan evidente es?

—Estas echa un asco Jacqueline...

—Yo también te quiero. —Fruncí el ceño, a lo que ella me sonrió de una manera tan dulce que terminó por contagiarme.

—Al menos he conseguido que vistas de sport.

—¿Ves? todo tiene su parte buena. —Me incorporé en la silla.

Durante todo el tiempo que llevaba trabajando allí, Bea me había sugerido que vistiera de sport para encajar con el gimnasio, pero no le había hecho caso, salvo los últimos cinco días que había ido en chándal. Ese día concretamente llevaba unas mallas negras, mis Converse negras, un suéter largo, ancho y caído de un hombro, color negro y un pañuelo anudado al cuello rosa pastel. El pelo lo llevaba recogido en un moño desecho, y mi cara con pequeñas pinceladas de polvos y rímel... La semana que estuve con la gripe, lucía mejor aspecto.

—¿Por qué no hablas con él, Jacqui? Mírate, estás hecha un trapo; al menos inténtalo...

—Yo no hice nada Bea, ya te lo he dicho. Fue él, que se volvió paranoico. Un día me dice que quiere que solo seamos amigos y al otro me monta un pollo del quince porque me he acostado con un tío ¿pero estamos locos o qué? Y no contento con ello me dice puta, ¿y tengo que ir yo a hablar con él? ¡Anda y que le den!

—¿Y no contesta esa actitud a tu pregunta? —preguntó alzando una ceja.

—¿Qué pregunta?

—A la pregunta de que siente por ti. —La miré sin entender nada—. Vamos, Jacqui, es obvio que le gustas, ¿en serio crees que reaccionaría así, si no le gustaras, aunque fuera un poco?

—Bea, él me dijo que...

—¿Que solo te quería como amiga? —interrumpió—. ¿Y en serio te tragas esa mierda? Dime una cosa, en todo el tiempo que estuvisteis liados o como lo llames... ¿Se comportó únicamente como un amigo?

—No.

—¿Te trató como una simple y buena amiga? —insistió —No.

—¿Y tú en serio te crees la mierda que te dijo sobre que no quería que fuerais nada más? ¿En qué mundo vives, tía?

—¿Entonces por qué me soltó todo aquello?

—Miedo.

—¿Miedo? Bea... —Me eché a reír—. Klaus no es un tío que se asuste con nada.

—¿Tan bien lo conoces Jacqueline? ¡Por Dios! Hasta el ciego que se pone en la esquina vendiendo cupones, se ha dado cuenta de cómo te mira.

—Pero ... no tiene sentido. —la miré confundida.

—Mira, la reacción que tuvo era lo que necesitabas para ver que está por ti, sino ¿por qué enfadarse tanto? ve a hablar con él, e intenta ver qué pasa

ahora que ha visto que puedes estar con otras personas. Has herido su ego de macho... Ahora ve a afrontar el resultado.

—Me llamó puta. —Me crucé de brazos.

—No te llamo puta... —me miró—puso un ejemplo. ¡Por Dios estaba rabioso!, además le diste un guantazo y le dijiste que no querías volver a verlo.

—Sí, ¡ahora échame a mí la culpa! —bufé

—Deja el orgullo para otro día y tira a hablar con él ¡pero ya!

—dijo levantándose y señalándome la puerta.

—¿Y si no quiere saber nada de mí?

—Me apuesto lo que quieras, a que tú comportamiento tendrá resultados...

—¿Y si no es así?

—¡¡Quieres parar ya y largarte de aquí!! —dijo levantando la voz—. Necesito que quites esa cara de una vez.

Me levanté y salí de allí después de haberle dado dos besos de despedida. Me encaminé dirección a casa de Klaus sin estar muy convencida, sentía unos nervios en el estómago que me hacían pensar que en cualquier momento me iban a fallar las piernas. Sabía que estaría en su casa, o al menos eso esperaba. Aunque si resultaba que iba y no estaba, al menos, ya había dado el paso y ahora le tocaría a él mover ficha. Me paré frente su patio, justo una vecina salía y aproveché para subir. En pocos segundos estaba frente a su puerta intentando recobrar el aire, las manos me temblaban y las rodillas estaban a punto de fallarme, respiré y toqué al timbre, y fue entonces cuando empecé a arrepentirme.

Klaus

Salí de su casa como alma que lleva el diablo, había dado tal portazo que me había quedado medio sordo de un oído, aun sentía los dedos marcados en mi mejilla, me había pegado, ¡Dios!... Jamás había pensado que podría sacarle así de sus casillas, me esperaba cualquier reacción, que me gritara, que me lanzara lo primero que pillara a mano, incluso que se echara a llorar, pero no. Me había dado tal guantazo que aún me dolía. Me había echado de su casa y, probablemente, de su vida. Al pensar eso el estómago se me revolvió, tuve que apoyarme en la pared de la calle durante unos segundos. Quizá me merecía eso por capullo, ¿la había llamado puta? ¡Dios! Me merecía que jamás volviera a mirarme a la cara. Estaba cabreado con ella, pero sobre todo

conmigo mismo. Esto había pasado por mi culpa, solo por mi culpa y la de mi cobardía. ¿Qué esperaba? ¿Que me esperara incondicionalmente? Era una chica preciosa, era cuestión de tiempo que ese imbécil la tocara.

Solo de pensar en esas sucias manos recorriendo su precioso cuerpo sentía náuseas, necesitaba desahogarme, pero no tenía ganas de nada. Llegué a mi casa y me acosté, pasé en vela aquella noche y las tres siguientes. Cada vez que escuchaba el móvil saltaba a cogerlo, pero nunca era ella, al cuarto día ya no podía más con esta tortura, necesitaba desconectar y sabía qué persona podía hacer que me distrajera.

—¿Carolina? Te necesito ya —dije sin esperar un no por respuesta.

—Ahora no puedo Grass, estoy ocupada —contestó algo molesta.

—No te estaba preguntando, en tu casa en media hora.

Conduje hasta allí y aparqué, permanecí en el coche hasta que la vi caminar hacia su casa. Sus andares contoneándose me hicieron reír, llevaba su larga melena negra suelta, y esos tacones que tanto me gustaban, salí del coche y la seguí hasta que me intuyó.

—Me has hecho salir de una reunión muy importante, Klaus. Espero que me des un buen motivo. —Me señaló con el dedo, miré sus ojos asiáticos y volví a sonreír—¿te hago gracia?

—Mucha.

—Pues a mí ninguna, ¿Qué quieres? —Abrió la puerta de su casa y entré tras ella.

—Follar. —Su expresión cambió, como sabía que lo haría.

Entrecerró sus ojos mirándome, luego se relamió los labios, era tan preciosa... Carolina era de Tailandia, fue adoptada cuando tenía tres años, era hija de un empresario con bastantes posibles de la ciudad, era lista e increíblemente divertida. La conocí cuando coincidimos en la farmacia hacía varios años, los dos íbamos a comprar condones, ahí surgió la chispa. Sentía una atracción sexual muy fuerte por ella, nunca nada emocional, y la conexión se hizo más notoria cuando follamos por primera vez. A ella le gustaba el sexo duro como a mí y fue un gran alivio. Con ella podía ser realmente yo sin pensar en qué podría pensar la otra persona. Podía atarla; morderla sin miedo a hacerla daño; ser brusco; follarla hasta el dolor, porque sabía que a ella le gustaba. Incluso había días en los que si mi frustración era muy grande me permitía ciertas palabras que con otra hubiera sido incapaz de pronunciar. Con ella me ahorra tener que decirle que era lo que me gustaba, ella lo sabía. Sabía cuándo morderme, sabía cómo me excitaba que me clavara sus uñas

hasta hacerme daño, incluso cuando atizarme un bofetón para elevar el orgasmo a niveles impensables. Yo no hacía el amor, no sabía ser dulce, al final siempre acababa siendo brusco. Con el resto de las mujeres me tenía que contener, con ella podía ser yo mismo sin necesidad de ser juzgado.

Centré mis ojos en ella, que estaba desnudándose sensualmente delante de mí. Tenía un cuerpo delgado y fino, sin mucho pecho, ni tampoco un culo llamativo, pero era muy sexy, no había visto mujer tan sensual... Bueno mentía, no había visto mujer tan sensual hasta que me encontré con Jacqueline en aquella sala de espera. Pero no quería acordarme de ella en ese momento, así que moví mi cabeza y seguí concentrándome en la ya desnudez de carolina, trepó por mi cuerpo aun vestido y me besó, después se fue escurriendo hasta quedar de rodillas frente a mí, me levanté y ella me quitó el pantalón seguido del bóxer, hundió su cabeza en mi intimidad y me dejé hacer, para mi sorpresa no sentí nada.

—¿Se puede saber qué coño te pasa Grass? —preguntó aun arrodillada ante mí, con mi flácido ego en sus manos.

—Lo, lo siento Carol. —Me avergoncé y subí mi bóxer—. Esto no me había pasado nunca.

—Ya ... —Arqueó una ceja—. ¿Me vas a decir qué te pasa?

—Nada—mentí.

Me miró durante unos minutos mientras se ponía su bata de leopardo y se sentaba en la cama.

—Ya veo...

—Qué.

—¿Es por esa chica verdad? —Me miró—¿Jalie?

—Jacqueline —la corregí—. Y no, no es por ella...

—Genial, ahora dime eso un poco más convincente y quizá te crea.

—No dije nada y me senté de nuevo en el sillón, deseando que la tierra se abriera justo a mis pies—. ¿Sabes? —me sonrió—. Sabía que esto iba a pasar, era cuestión de tiempo.

—¿Por qué dices eso?

—Grass... Es obvio, esa chica te gusta. Es de idiotas que lo sigas ocultando.

—Carol, sabes que no puedo estar con ella... —Pasé los dedos por mi pelo—. Ella... No podría hacer esto con ella. —¿A qué te refieres con esto? ¿Al sexo? —preguntó sorprendida.

—Sí —me avergoncé.

—¿Y cómo sabes que a ella no le gusta todo esto? ¡por Dios!, tampoco haces nada del otro mundo. —La miré enfadado—. Cambia la cara Grass, sabes a qué me refiero.

—Con ella no podría ser brusco ¡Joder!... Ya lo sabes, y tengo miedo de que si me ve como me pongo cuando me excito, deje de gustarle. Además, ya sabes que tengo que controlar mis emociones. —Claro, y prefieres hacer el capullo, pudiendo estar con ella. Cada vez entiendo menos a los hombres...

—Se acostó con su amigo. —Por primera vez lo decía en voz alta y se me quebró la voz al hacerlo.

—¿Y?

—¿Cómo qué y? ¿Te parece poco?

—Qué quieres que haga la chica ¿Que te espere? Además tú también has estado acostándote conmigo hasta hace poco, ¿acaso no es lo mismo?

—Pero esto es distinto... —dije señalándonos.

—Es distinto porque a ti te interesa que sea distinto, Grass. ¿Ha tenido que follarse a otro tío para que te des cuenta de que te gusta?

—No. —Me tapé la cara con las manos—. Me gustó desde que salió de aquella consulta del psicólogo.

—¿Y qué estás haciendo?

—Discutimos, le falté al respeto ¡Me dijo que no quería volver a verme nunca...! ¡Ah! ¡Y que era un ser despreciable! —Cogí aire—. Todo eso después de darme un guantazo.

Me quedé de hielo cuando la vi caer hacia atrás en la cama mientras reía a carcajadas.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —La miré frunciendo el ceño.

—Mírate, estas echo un desastre —dijo limpiándose las lágrimas que le caían por los ojos del esfuerzo de haber reído de esa manera—. Se la ve con carácter dado su reacción. Puede que te equivoques referente a sus preferencias sexuales, amigo mío...

—Total, ya da igual... no quiere volver a verme.

—No seas idiota, estaba enfadada —me sonrió—. deberías ver todo lo que le digo a Fran cuando me enfado.

La miré y sonreí, Fran era su pareja desde hacía un año. Después de una mala temporada decidieron tener una relación más abierta, podían tener sexo con otras personas, cosa que yo no entendía. —Ve y habla con ella. —Me levanté del sillón y fui hacia ella, la abracé y le di un beso en la frente.

—Gracias Carolina.

—De nada, y también puedes llamarme para tomar un café cuando necesites hablar. —Me sonrió—. Somos amigos, ante todo.

Le sonreí y asentí con la cabeza; poco después llegué a casa abatido. Sabía que tenía razón, pero sabía que la había cagado mucho con Jacqui, y estaba tan avergonzado que era incapaz de llamarla. De vez en cuando cogía el móvil y miraba su Whatsapp, a veces estaba en línea y me ponía nervioso... Quería hablarle, pero ¿Qué le iba a decir? ¿Perdona por ser un mierda? Una vez me pareció que me estaba escribiendo algo, pero seguro que fue mi subconsciente jugando una mala pasada.

Pasaron varios días más en los que estuve entre la espada y la pared. No iba a esperar más, mañana mismo me presentaría en el gimnasio y le diría todo lo que pienso... Y si me tenía que mandar a la mierda al menos saldría de dudas, estaba en plena fase de toma de decisiones cuando tocaron a la puerta. Play llevaba rato nervioso, pero imaginé que sería mi compañero de piso que se había vuelto a dejar las llaves en casa.

Abrí sin mirar por la mirilla, cuando la vi frente a mí, toda de negro mirándome fijamente, tuve que sujetarme a la puerta para no caerme. Estaba ahí de pie, como si se tratara de un sueño, lo que sentí en ese momento me nubló, caminé hacia el sofá porque necesitaba algo estable donde apoyarme, no me estaba gustando hacia donde se estaban dirigiendo mis sentimientos, no... No podía ser, yo no podía, no debía sentir emociones, no... No podía haberme enamorado, no podía haberme enamorado de Jacqui.

Jacqueline

Casi me quedo sin respiración cuando sus ojos azules me recorrieron de arriba abajo. Yo seguía de pie delante de ese umbral, no dijo nada y fue hacia el sofá como si nada pasase «capullo», Play se me echó encima y eso me permitió respirar un poco. Segundos después le llamó y después de darme una intensa mirada Play obedeció. Cuando levanté la cabeza él estaba mirándome desde el sofá, poco después se sentó y fijo su vista hacia la televisión apagada, ignorándome por completo.

—Klaus...—No me salía la voz—. ¿Podemos hablar?

—Ya estás hablando —dijo sin mirarme. Tuve que resistir las ganas de llorar. Estaba tan increíblemente guapo que me dolía desearlo de esa manera y ver lo indiferente que estaba siendo.

—Yo...—cogí aire—. venía a disculparme por lo del otro día. —¿Cuál de ellas Jacqui? —Me miró por primera vez desde que me había abierto la puerta—. ¿Por pegarme o por haberte follado a David?

Sentí mi estómago partirse en dos, durante varios días aquella molesta dolencia se había hecho mi aliada.

—Por haberte pegado. Perdí los papeles y lo siento mucho. —Disculpas aceptadas ¿algo más? —Podía sentir con la rabia con la que me estaba mirando, y yo ya no podría aguantar serena durante mucho más tiempo.

—Te echo de menos... —Adiós orgullo, adiós... No dijo nada y se limitó a mirarme. En el estado en el que estaba no podía con una batalla de miradas, la cual ya había perdido en el momento en el que le había visto. Agaché la cabeza y se me escapó una lágrima que sequé rápidamente, deseando que no la hubiera visto—. ¿No vas a decirme nada? —me contestó un silencio abrumador, y giró de nuevo la cabeza, pero esta vez hacia la ventana—. ¡Klaus, mírame! —grité sollozando, justo lo que había estado evitando todo el rato, me miró de nuevo con los ojos brillantes—. ¿Ya está? ¿Se acaba aquí? — Se encogió de hombros.

Dejé escapar el poco aire que retenía en mis pulmones, a su vez varias lagrimas cayeron en dirección a mis labios, su sabor salado me devolvió a la

realidad. No podía seguir allí de pie, me miró una vez más con aquellos ojos que ahora entendía que jamás sabría descifrar, y giró de nuevo la cabeza. Cerré mis ojos respirando, intentando retener la avalancha que venía de camino, cuando el dolor de mi estómago fue insoportable los abrí, y me encontré con los suyos, fríos como el hielo, ya tenía su respuesta, no necesitaba más.

Salí de aquella casa dejando la puerta abierta, si duraba más tiempo allí de pie, acabaría por caerme. El aire de la calle me sacudió tan fuerte, que me acuclillé en el suelo, el dolor era tan intenso que no podía moverme, escuché un portazo enorme y a alguien bajar por las escaleras. La vergüenza de que pudieran verme algún vecino ahí, en el suelo llorando, hizo que algo me impulsara a correr, corrí llorando como hacía años que no hacía. La gente se volvía a mi paso, seguramente preguntándose qué me pasaba, o por qué aquella loca corría llorando de esa manera, yo solo quería perderme dentro de un agujero negro y desaparecer.

A veces nos damos cuenta de algo en el momento menos oportuno, y yo me había dado cuenta de que estaba enamorada de él. Y me di cuenta justo en el instante en el que me crucé con su mirada al abrir la puerta, sin embargo, él... Él no sentía nada por mí. Había visto cómo me rompía delante de él y ni siquiera había dicho nada. Corrí más rápido de lo que pensaba que podía. Llegué a mi patio y subí las escaleras, me faltaba el aire, pero no podía parar, abrí la puerta como pude, ya que me temblaban las manos. Hice tanta fuerza al querer abrir la puerta, que caí de rodillas dentro de mi casa. Apoyé las manos en el suelo peleando por respirar, pero me era imposible. La puerta seguía abierta, intenté cerrarla con el pie, pero algo golpeó contra ella. Cuando quise darme cuenta unos brazos me levantaron del suelo, en el momento que levanté la cara allí estaba, respiraba tan fuerte como yo.

—Jacqueline.

—¡Suéltame!

—Jacqueline, escúchame —decía Klaus zarandeándome.

—¡No! —grité fuera de sí, viendo que no me soltaba empecé a darle golpes en el pecho, uno tras otro.

—¡Para!

Me soltó de los brazos y me cogió fuertemente las muñecas. Nos miramos durante unos segundos en los cuales apenas le veía porque seguía llorando. Viendo que no me rendía me empujó fuertemente golpeándome contra la pared, antes de que pudiera hacer nada había sujetado mis manos encima de mi

cabeza, tan fuerte que me dolía, y sin más me besó desesperadamente, haciéndome un daño horroroso en los labios, intenté resistirme, pero fue inútil, él era más fuerte que yo. Casi sin darme cuenta le estaba correspondiendo tan agresivamente como él. Escuché cómo se cerraba de golpe la puerta e intuí que había sido él con el pie, me levantó como si fuera una pluma y me llevó hasta la habitación, me lanzó en la cama y se quedó allí de pie, mirándome, poco a poco se fue desnudando para mi auténtica sorpresa.

Le miraba con la boca abierta, hipnotizada por la perfección de su cuerpo, la intensidad de su mirada y su torso duro y fuerte. Yo, mientras tanto luchaba por recobrar la calma. El final de su abdomen en forma de uve me hacía imaginar que me aventuraba al mismísimo paraíso. Cuando estuvo completamente desnudo frente a mí no pude sino suspirar. Era aún más perfecto que en mi imaginación. Ahí estaba, duro y fiero delante de mí, me estiró de los talones hasta quedar completamente tumbada, levanté la cabeza para mirarle, pero volvió a tirar de mí y me quedé mirando de nuevo al techo, me desató las converse y me quitó las mallas seguido de mis braguitas y los calcetines, tragué saliva cuando noté que se ponía de rodillas en la cama. Avanzó grácilmente hasta que lo tuve en mi campo de visión, con suavidad me hizo incorporarme para quitarme la camiseta y el sujetador, me volvió a recostar de un empujón, había sido brusco y eso no hacía otra cosa, sino que calentarme más. Deseaba su cuerpo más que otra cosa en el mundo y me daba igual como, mientras lo obtuviera.

Se puso encima de mi aplastándome con su duro cuerpo, y yo me deshice de placer al notarlo sobre mí. Me besó con la misma fuerza que momentos antes; entonces me desató, cogí su pelo fuertemente y tiré de él. Necesitaba ver sus ojos más que cualquier cosa, no se resistió y me miró con sus pupilas completamente dilatadas a causa de la excitación. Sus labios estaban rojos e hinchados, como si de un animal se tratase mordí el labio inferior cegada por el deseo, lo besé y lo mordí hasta que noté salir de él un líquido salado, me aparté y vi cómo le sangraba, embelesada por aquello saqué mi lengua y lamí la sangre que se había escapado de la herida que acababa de hacerle.

Estaba tan ensimismada que no había oído como gemía del dolor, paré en seco... Él me miró con los ojos como platos y para mi sorpresa me sonrió, no pude ver más porque se lanzó encima de mi besando y mordiendo mis labios hasta mi cuello pasando por mis pechos donde se perdió. No sabía si gritaba o gemía, solo sé que oía su respiración en mi piel y eso hacía que se acelerara mi orgasmo. Solo había tocado mis caderas.

—Fóllame Klaus—dije entre gemidos.

—Aún no. —Sentí sus labios moverse en mi ombligo. Agarré su cabeza y le obligué a mirarme.

—¡Ahora!

Y como si de una orden se tratase se volvió a apoderar de mi boca. Antes de que pudiera darme cuenta ya estaba dentro de mí haciéndome gritar de dolor y seguido de un placer que era demasiado grande para mí. Tardó varias embestidas en que mi cuerpo se acostumbrara a él, apenas podía abrir los ojos, retorció mis manos en las sabanas. Me conocía, no quería hacerle daño, pero me moría por pasar mis uñas por su increíble espalda, me contuve todo lo que pude, pero acabé apretando su trasero para que me penetrara más fuerte. Entonces, con un leve movimiento de cadera me dio en ese punto tan sensible dentro de mí, y no pude sino apretar mis uñas en lo alto de su espalda dejándolas bajar hasta el final, dejando un arañazo tras ellas. —Joder —susurró.

Me movía a su encuentro recogiendo cada embestida; pero necesitaba sentirlo más, así que para su sorpresa lo aparté de mí y me di la vuelta quedando expuesta delante de él. Volví mi cara para ver su expresión y sonreí, su rostro era de auténtica sorpresa. No me hizo falta insinuarme demasiado, en segundos estaba dentro de mí dándome tan fuerte que tuve que hacer mucha fuerza para no estrellarme contra la pared, empecé a contraerme, él lo debió notar porque intensificó el ritmo y sus gemidos. Poco después caíamos desplomados en la cama, él encima de mi espalda, respirando ambos trabajosamente.

Habían pasado unos minutos que los dedicamos a mirar al techo. No podía evitar sentir algo de vergüenza, lo miraba varias veces de reojo, deseando que no me pillara, aunque él estaba con los ojos cerrados, respirando con una sonrisa mientras se pasaba los dedos por su pelo, ¿por qué esa sola expresión me hacía sonreír como una idiota?, sin esperarlo giró la cara y me vio mirándolo con una sonrisa de boba.

—Hola —susurró.

—Hola...—dije siéndome avergonzada. Cogí la sabana y me tapé hasta los ojos, él me sonrió, creí que me desmayaba. —¿Se puede saber qué estás haciendo? —Me quitó la sabana y la bajó hasta mi cintura, dejando libres mis pechos a los que no les quitaba ojo.

—Me da vergüenza —contesté en un hilo de voz y me volví a subir la sabana hasta el cuello—. No me mires así...

—¿Y cómo quieres que te mire? —sonreía de una manera que me intimidaba—. No imaginaba que fueras así.

—Así, ¿cómo?

No dijo nada, pero solo de ver como se lamia con la lengua la herida que le había hecho unos instantes atrás, me hacía saber la respuesta, o al menos imaginarla. Una electricidad empezó a nacer desde mi entrepierna otra vez, ¡no tenía remedio! Me incorporé y miré a mi alrededor, no sabía qué hora era, pero la habitación estaba completamente oscura, solo nos veíamos por el suave reflejo que entraba por la puerta, nos habíamos dejado la luz del salón encendida.

—¿Qué haces?

—Buscar algo que ponerme. —Miré a mi alrededor buscando una camiseta o algo que me cubriera—. Tengo sed.

—Jacqueline, acabo de verte desnuda... No pasa nada porque vayas así a la cocina. —Miró mi cara ahora iluminada por el reflejo de la luz y sonrió—. Mi camiseta está ahí abajo. —Me agaché a cogerla y me la puse rápidamente, era lo suficientemente grande para cubrirme lo suficiente para que me sintiera cómoda o, quizá, menos vergonzosa—. Trae la botella por favor, yo también tengo sed.

Asentí sin decir nada y fui hacia la cocina, sentía fuego en mis mejillas, y una extraña sensación de timidez, cuando volvía a mi habitación con la botella de agua en las manos le grité a Klaus que encendiera la luz de la mesita, apagué todas las luces de la casa, cuando me descubrí mientras volvía, una sonrisa de tonta que contestaba a todas las preguntas. Iba a entrar cuando me quedé de piedra en el umbral de la puerta, Klaus se había puesto de rodillas hacia la ventana que estaba arriba de la cama, estaba asomado mirando algo que estuviera ocurriendo en la calle, o simplemente tomando un poco de aire, yo desde mi posición veía su enorme espalda musculada, su perfecto y duro trasero, y sus piernas largas, en ese momento se me cortó el aire y cierta parte de mi empezó a latir desesperadamente. Fue entonces cuando saliendo de mi hipnótico estado, me di cuenta de la barbaridad que había hecho en su perfecta espalda, debí dar un leve grito o algo, no estoy segura porque ni siquiera me escuché, pero el sí, dado que se giró con una sonrisa en la cara, que desapareció al ver mi cara de horror.

—¿Qué pasa? —dijo frunciendo el ceño, cuando le vi completamente la cara. Mi expresión de terror aumentó, la botella se me cayó al suelo y rodó por mis pies— Jacqui qué pasa...

Anduve unos pasos hacia atrás y me choqué con la pared, me di la vuelta clavando mi cabeza en ella, como si así pudiera ser invisible y me tapé la cara con las manos, escuché a Klaus reírse mientras caminaba hacia mí. Me giró con cuidado, cogió mis muñecas con cuidado y las apartó mientras me miraba dulcemente sonreía mostrándome toda su perfecta dentadura, yo quise morirme.

—¿Qué pasa? —me acarició el mentón.

—Perdóname Klaus.

—¿Qué te perdona por qué? —sonrió divertido.

—Tu, tu... —tartamudeé—. Tu cara, yo, no...

—¿Qué le pasa a mi cara? —preguntó soltándose suavemente y frunciendo el ceño, yo solo pude encogerme de hombros y agachar la cabeza.

Dio unos pasos hacia el espejo de cuerpo entero que tenía al lado del armario de la ropa, mis manos empezaron a temblar por la anticipación. Me miró una vez más antes de ver su reflejo, dudaba si ver como se miraba o no, pero no podía dejar de mirarle... Él tenía un efecto hipnótico sobre mí. Se acercó despacio hacia el espejo, y cuando se vio reflejado abrió los ojos y la boca a la vez. Yo me mordía el labio inferior por los nervios y estrujaba la camiseta, como si eso pudiera ayudarme.

—Lo siento —dije en una voz tan inaudible, que no sabía si ni siquiera había podido oírme.

No sabía en qué momento había perdido la noción de lo que hacía, pero verle me hacía saber que el suficiente como para haber dejado marca allí por donde había pasado. Aparte de los arañazos que empezaban desde sus omóplatos hasta el final de su espalda, —lo suficientemente grandes y marcados como para apartar la vista—, tenía un chupetón en el lado izquierdo de su mentón, la herida que le había hecho en el labio inferior y la marca de mis uñas en su cuello, dios... parecía que se había acostado con un gato, aún seguía siendo impresionante, y ahora estaba «impresionantemente» marcado. Yo no hacía más que pasar mis dedos por la frente esperando su reacción, él solo se miraba en el espejo, girando la cara a ambos lados, volviéndola al frente, y de nuevo la movía, no sé cuantos minutos estaría así, pero los suficientes como para casi darme un colapso nervioso.

—Klaus...

—Guau —dijo apartando la vista de su reflejo y mirándome divertido—. Eres una gatita.

Y eso que aún no ha visto su espalda...

—Siento lo de tu cara y lo del labio...y lo del cuello —agaché mi cabeza, vi sus pies caminando hacia mí. Aún seguía desnudo y luchaba conmigo misma por no levantar la cabeza, porque sabía de sobra a dónde irían mis ojos.

—Nena. —Cogió mi barbilla y la levantó hasta que nuestros ojos se encontraron, entonces sonrió—. Me gusta que me hayas marcado.

—¿Qué? ¿pero estás loco? —él negó con la cabeza y me besó.

—Dame un minuto.

Me soltó y fue hacia el baño. Di un respingo al ver su espalda, tenía peor aspecto que hacía unos minutos, entró en el baño encendió la luz y vi como abría la tapa del váter, aparté la mirada, ya que eso me parecía demasiado íntimo como para mirar. Volví la vista hacia él cuando oí la cadena y el grifo del agua, se estaba lavando las manos moviendo la cabeza de un lado a otro para mirarse mejor las heridas con la luz del baño, cuando se volvió para secarse las manos en la toalla que había detrás de él, fue cuando haciendo un movimiento involuntario se giró para verse el perfil, apartó la mirada durante unos segundos y volvió a mirar con los ojos fuera de sus órbitas. Se acercó al espejo y se miró la espalda, primero el lado derecho y después el lado izquierdo, no paraba de moverse de un lado a otro, su cara era un poema, y yo le rogaba a dios que me abdujera los extraterrestres justo en ese momento. Me miró con una extraña mezcla en su cara, yo di unos pasos hacia atrás.

—Lo de tu espalda, también lo siento —dije agachando la cabeza—. No me he dado cuenta, te lo prometo. —Caminó hacia mí, con un gesto divertido que no entendía, ¿le parecía divertido que le hubiera dejado hecho un Cristo?

—Bueno, ahora sé porque me escocía tanto la espalda —dijo pasándose la mano por la nuca—. Además, así no me siento tan culpable por lo de tu cuello.

Tardé unos segundos en entender qué decía, mirarle desnudo hacía que todo se ralentizara, de repente caí.

—¿Mi cuello? —Me llevé las manos al cuello como si quisiera protegerlo de algo—. ¿Qué le pasa? —Caminé, más bien corrí hacia el espejo y casi me caigo al verme, tenía mil chupetones que me rodeaban el cuello. Si miraba desde cierta distancia parecía una gran mancha roja, que se estaba volviendo morada —¡Dios mío! ¿Pero cómo?

—Lo siento —agachó su cabeza—. ¿Me creerías si te digo que no me he dado cuenta?

Lo miré con el ceño fruncido durante un rato, ¿Qué podía decirle? Yo

misma había perdido el control sin darme cuenta ¿Qué narices pasaba? Generalmente era bastante pasional en el sexo, pero de ahí a dejarnos como si nos hubieran dado una paliza... Tendría que ir a que me lo mirasen. Lo miré durante un segundo haciéndome mil preguntas absurdas a mí misma y terminé por relajar el gesto haciendo que sonriera divertido. Después recogió la botella de agua del suelo y bebió un trago, un poco de agua se le escapó y una gota le cayó por la barbilla, bajó hasta el pecho perdiéndose entre los abdominales, yo miraba aquella gota y me relamía. Tuve que volver a mirarme en el espejo porque estaba empezando a hiperventilar, lo vi de soslayo sentarse en la cama y mirarme.

—Ven. —Tendió su mano—. Quítate la camiseta. Y así lo hice, seguía su voz como si fuera el flautista de Hamelin. Si me hubiera dicho que saliera de mi casa y caminara en círculos por la manzana creo que lo habría hecho sin pensar, al menos si me lo decía desnudo y con esa mirada penetrante que tenía. Justo en ese momento, me cogió la cadera poniéndome a horcajadas encima de él, nos miramos sin hablar, mirándonos a los ojos con una expresión que me ponía un tanto inquieta, diciéndonos tantas cosas que solo el silencio podía responder. Entonces me besó, abriéndose paso entre mis labios hasta que su lengua rozó la mía, nos besamos hasta quedarnos casi sin aliento, recorrió todo mi cuerpo con sus manos mientras que me deleitaba con besos dulces y apasionados, intercalándolos de manera que hacía que mi corazón se acelerase con cada cambio.

—Jacqueline —susurró besándome el cuello—. No imaginas cómo me pones.

Me eché a reír como una idiota ante ese comentario. Ya no podía más, lo deseaba sobremanera, quería sentirlo dentro, ¿y si era otro sueño? Al menos lo aprovecharía al máximo. Noté su virilidad entre mis piernas y eso aún me aceleró el doble, no lo aguanté más y en un movimiento rápido entró en mí.

—Eres muy impaciente.

—La culpa es tuya —susurré entre gemidos—. Llevas meses con el precalentamiento, ¡No puedo más!

Soltó una carcajada y me contagió. Su cara brillaba cuando sonreía de esa manera, tenía miedo de volver a perder los estribos, no quería destrozar más esa preciosa obra de arte que era su rostro. Pasé las manos por su precioso y suave pelo negro como el carbón, él jugaba con mis pezones entre sus labios, me entraron ganas de morderle, ¿pero por qué reaccionaba así? Definitivamente tendría que ir a mirármelo. Agarré su pelo con fuerza y tiré de

él, sus ojos dejaron de ser azules para convertirse en negros, dado su grado de excitación. Empecé a moverme con más precisión, sus manos estaban sobre mi cintura apretándome fuertemente, pero no me dolía, al revés, arriba abajo una y otra vez, mientras pasaba mis dedos por su perfecta y varonil cara, pasé mis pulgares por su fuerte mentón, por sus dulces labios rojos, que abrió para besar mis dedos. Aquellos ojos fieros no apartaban la mirada de los míos, no podía parar de moverme, pero tampoco de mirarle, jamás había mirado unos ojos tan fijamente mientras estaba haciendo el amor. A algunos hombres eso les cohíbe o intimida, pero a él parecía no importarle, de hecho, sentía que a él excitaba el doble, creo que era porque así podía ver cuán de placer era capaz de darme. Hice un movimiento circular con la cadera y eso provocó que él cerrara los ojos durante un segundo, después se dejó caer hacia atrás, y tuve visión perfecta de su cuerpo debajo de mí. Era perfecto, y enorme a comparación mía, me sentía como un hobbit a su lado, pasé mis manos por su duro y definido pecho sin dejar de moverme, ¿Cómo podía un hombre de su envergadura estar con una chica tan normal como yo? Estaba tan ensimismada con su cuerpo que no estaba moviéndome para mi propio placer, sino para provocarlo a él, y parecía que tenía resultado, porque estaba de espectadora ante sus reacciones. Se mordía el labio y cerraba los ojos apretándolos, para luego abrirlos de par en par durante unos segundos, volviéndolos a cerrar después mientras respiraba descompasadamente. Su pecho se hinchaba y hundía, y yo no perdía detalle, estaba ensimismada con sus gestos, dejé mis manos cerca de su cuello y él las apretó, sonreí ante ese gesto, con sus manos sobre las mías acaricié su cuello y su nuez, y sin caer en que pudiera llamarme loca o pensar que estaba tarada apreté dulcemente su cuello con mis manos, abrió los ojos de golpe y me miró, le solté instintivamente pero él cogió mi manos antes de que pudiera quitarlas del todo y las volvió a posar sobre su cuello apretándolas, generando presión en su cuello a través de mis manos, seguí moviéndome como había estado haciendo, intercalando apretones en su cuello, como a mí me gustaba que me hicieran, me excitaba darle el control a la otra persona, pero también que me lo cedieran a mí. Aumenté el ritmo hasta que él volvió a incorporarse tan rápido que no lo vi, apretó su cabeza entre mis pechos anudando sus brazos a mi cadera quedando completamente inmóvil, segundos después se dejó ir apretando sus dedos sobre mi espalda, poco a poco fue soltando el amarre y pude volver a moverme. No me hizo falta moverme durante mucho más para llegar al orgasmo, cuando acompañé la respiración levantó la cabeza y me miró fijamente, entre los ojos aun negros

por la excitación que me miraban tan pícaros, los colores en su mejilla, y su sonrisa de medio lado dejando a la vista sus perfectos y blancos dientes había provocado que volviera a estar flotando otra vez. Aún tenía el cuerpo algo acelerado por el orgasmo cuando otro orgasmo ocasionó que me convulsionara para su sorpresa, ya que ni él ni yo nos habíamos movido, ¿me había corrido solo por esa sonrisa? Me dejó suavemente sobre la cama y se puso de lado mirándome.

—Eres realmente impresionante.

—¿Yo? —sonreí avergonzada.

—Tú. —Me dio con su dedo índice un golpe en la nariz—. No pensaba que fueras así en el sexo.

—¿De verdad? ¿Y cómo pensabas que era?

—No lo sé —se encogió de hombros y sonrió.

—Mentiroso...

—Es verdad —pensó durante unos segundos—. Bueno, digamos que pensaba que serías algo sosa...

—¿Sosa? —levanté el tono de voz—. ¿Me ves cara de sosa?

—Para nada... Que se lo pregunten a mi espalda.

Sonreí avergonzada, tanto que no lo miré durante unos minutos, no sabía qué hora podría ser, pero intuía que bastante tarde, aun así, no tenía sueño. Creía que él se había dormido hasta que empezó a hablar.

—Jacqui, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Qué sientes por David? Se sincera por favor.

Seguí mirando el techo, hacía días que no me replanteaba eso, había estado demasiado ocupada con Klaus como para pensar en David.

—Bueno, a ver... —Le miré. Klaus me estaba mirando tan fijamente con esos ojos azules preciosos que creí marearme—. No te puedo negar que me gustó durante muchísimo tiempo. Ningún chico llegaba a su altura, aunque me gustaran o sintiera algo, luego veía a David y se iba todo al traste.

—¿Por qué? —Se giró hacia mi lado mirándome atentamente.

—Pues, porque no quería estar con alguien que no me hiciera sentir esa pasión que sentía por David. Está claro que siempre habrá alguien que te atraiga, aunque tu pareja sea perfecta, pero...no sé. Quería a alguien que me motivara los cinco sentidos, y si David podía, tenía la fe de que habría otra persona que pudiera hacerlo. No estaba dispuesta a estar con alguien que solo me gustara, necesitaba a alguien que me volviera completa y absolutamente

loca.

—Como hacia David —susurró y asentí con la cabeza—. ¿Cómo lo conociste?

—Klaus...—Me removí incomoda en la cama.

—Cuéntamelo, me interesa. —Le miré durante unos segundos.

—Si así lo quieres... Lo conocí hace unos tres años o así, cuando Laura empezó en la universidad. Una noche pasado unos meses de comenzar las clases, quedamos para salir, ella iría con sus compañeros de clase y yo con los de la mía. Quedamos en uno de los clubs de moda, la verdad que tenía mucha curiosidad, Laura me había dicho que había un chico en su clase que estaba segura de que me gustaría, más bien que era totalmente mi prototipo, así que llegué allí y a la media hora la vi entrar, detrás de ella estaba él, cuando se apartó y lo vi entero «Dios», Laura tenía razón, me encantó desde el principio, sobre todo esa cara de pícaro que tiene. Recuerdo que me fijé en su nariz, y en su mentón. Se presentó y me dio dos besos y aquello fue pura electricidad, jamás había sentido una atracción así, luego recuerdo que sonó «Single Ladies» de Beyonce, y sin esperarlo se puso a hacer la coreografía ¡y lo hacía igual! —sonreí al recordarlo—. Eso fue la guinda. No solo era un chico físicamente atractivo, sino que tenía una increíble personalidad y era muy divertido... ¿Quién no se sentiría atraída? Cuando se tenía que marchar había dejado su chaqueta sobre una banqueta con las nuestras, yo estaba al lado así que empecé a buscar la suya, cuando tenía su chaqueta en la mano él me miró y dijo «esa es, la chaqueta de garrulo es mía» —volví a reír esta vez un poco más fuerte y lo miré sonriendo, Klaus me miraba impassible—. Y así fue como le conocí.

—Te cae muy bien, se te nota.

—Sí, aparte de lo demás, es buen chico.

—¿Y por qué no pasó nada antes?

—Pues... —resoplé—. Muchas cosas y nada a la vez. Mi poca autoestima, mi miedo al rechazo, no querer estropear las cosas... Cosas que al final terminaron por dar igual.

—Mmm —murmuró—. Ya veo, ¿Y ahora, qué sientes por él? Volví la vista al techo, sorprendente mente sabía la respuesta.

—No voy a negar que es especial para mí, pero... Desde hace tiempo, más bien unos días, me he dado cuenta de que hay otra persona que me importa bastante más. —Le miré y por fin me sonrió—. Tuvo que pasar todo esto, para saber lo que realmente sentía, y por quien lo sentía, y creo que está claro ¿no?

—¿Y sientes lo suficiente para que no te vuelvas a acostar con él?

—Lo suficiente para que ni siquiera piense en él. Al menos no de la misma manera que antes.

—¿Y se puede saber quién es el afortunado? —dijo abrazándome por la cintura y arrastrándome hasta pegarme completamente a él.

—No sé si lo conoces —sonrió—. Es alto, pelo negro, ojos azul oscuro que a veces se confunden con grises, labios perfectos... ¿Te suena?

—No mucho, pero debe ser un tío con suerte.

—Lo es. —Sonreí como una idiota—. Y yo también lo soy, él podría estar con la chica que le diera la remota gana.

—¿Ah sí?

—Sí —susurré besando su cuello.

—¿Y eso por qué? —Acarició mi espalda mientras intuía que sonreía.

—Porque es un chico impresionante, no hay dos como él.

Oí su risa, y me contagié. Me besó apasionadamente, tanto que, inconscientemente, empecé a restregarme poseída por el espíritu de algún gato que acabaría de fallecer, e imaginó que aquel portento de hombre era una esquina donde frotarse, fuera lo que fuere no pareció importarle, me siguió el rollo hasta que lo sentí tensarse. —¿Va todo bien Klaus?

—No quiero que vuelvas a verle, Jacqueline. —Clavó sus ojos en los míos haciendo que un escalofrío recorriera mi cuerpo. —Klaus, va al gimnasio, ¿Cómo no voy a verle?

—Pues deja de trabajar ahí, no te hace falta el dinero.

—No voy a dejar de trabajar por una gilipollez como esa —me incorporé y él me imitó.

—¿Acaso te gusta trabajar ahí? —levantó una ceja. —¿Y si es así, que? No empieces, Klaus o vamos mal. —Me moví enfadada—. Además, David es mi amigo. No voy a dejar de verle o de hablarle, ya te he dicho lo que siento por ti. Si no me crees o no confías en mí, más vale que lo dejemos aquí.

Intenté disimular que estaba nerviosa y casi a punto de llorar. Su mirada era demasiado fría, estaba como una estatua mirándome fijamente casi sin parpadear, sino fuera porque estaba contando los segundos para que me mandara al carajo y esta vez para siempre, me habría tirado encima de él para hacerle el amor como una loca. —Vale. —Por fin contestó, después de lo que me pareció una eternidad—. Tienes razón, es tu amigo. —Por alguna razón, intuí que pensaba en algo, pero no me atreví a preguntar. Volvió a coger aire y me tembló el cuerpo—. Y lo entiendo, por mucho que odie que siquiera

respire a tres kilómetros de ti. Pero mírame muy bien y quédate con esto, y me da igual lo que me digas. —Me quedé de hielo—. No quiero que te toque.

—Pero...

—Pero nada —me interrumpió—no quiero que ponga sus manos en ti nunca más, o lo tomas o lo dejas, es mi última palabra. —¿Te habían dicho que eres un puñetero dictador? —Mi madre —sonrió divertido—. ¿Qué me dices? —¿Y si digo que no? ¿Qué pasaría?

—Que me iré de aquí y no volverás a verme más. —Por alguna razón que aún no sé, le creí.

—Mmm —murmuré, hizo ademán de levantarse y me lancé literalmente a sus brazos impidiendo que pudiera moverse—. ¡Vale!, no me tocará.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, por cierto... —Cambié de tema, estaba deseando que quitara esa expresión de la cara—. ¿Te habían dicho que estás hecho un asco?

Me sonrió con esa sonrisa de medio lado que me derretía y volvió a besarme contento por haberse salido con la suya; lo que no sabía es que había cruzado los dedos al hacer mi promesa. No es que fuera a volver a acostarme con David, pero sabía cómo era de cariñoso y no estaba dispuesta a renunciar a eso. Ante todo, era mi amigo, aunque los últimos días no había dado señales de vida.

Total, Klaus y David no coincidían ¿Cómo iba a saber Klaus que saludaba a David con dos besos? En ningún momento pensé en qué sentiría yo si la cosa fuera al revés. Estaba tan ensimismada con no cagarla con nada más que quizá no defendí mi posición como debería, y preferí cruzar los dedos y seguir haciendo lo que yo viera oportuno. Mal hecho, sí, pero de momento era un problema menos en el que pensar. Poco después volvimos a hacer el amor, hasta que caímos rendidos en la cama.

8

Pasaron los dos mejores meses de mi vida. Volví a mi amado turno de mañanas, Klaus me visitaba como cada mañana, trayéndome un café con su perfecta sonrisa. Habíamos dormido juntos prácticamente todos los días, Klaus siempre iba y venía con su mochila. Le había dicho que se dejara algunas cosas para que le fuera más cómodo, así que mi casa había adquirido un pequeño toque masculino, había gel y champú de la marca favorita de Klaus, cuchillas de afeitar en cantidades industriales, su cepillo de dientes, dos cajones de ropa —completamente desordenada— y varios perfumes de hombre; que yo, sin querer parecer una loca, rociaba sobre mi muñeca y me pasaba el día oliendo a él. Aunque su perfume sobre mí piel no desprendía el mismo aroma que en la suya, pero se le parecía bastante, y como no, se había traído a Play, quien no hacía más que jugar conmigo los ratos que estábamos en casa, teníamos a Klaus hasta el gorro.

Froté aplicando algo de fuerza mis riñones, últimamente tenía el cuerpo dolorido, el sexo con Klaus era impresionante. Cada día descubría un punto sensible nuevo en mi cuerpo, por no hablar de cuando me hacía el amor como un salvaje. Hacía que llegara al orgasmo unas tres o cuatro veces, cosa que nunca me había pasado en la vida. En todo ese tiempo, David no apareció. No se lo había dicho a nadie, pero había mirado varias veces su perfil de Facebook solo para saber qué tal le iba, muchas veces pensé en mandarle algún mensaje... Pero después me acordaba de aquel día en el que salió de mi casa y me seguía manteniendo en mis trece, aunque debía admitir que ya estaba empezando a preocuparme.

—¿Dana?

—Muy perspicaz —Mira que eres idiota, ¿Cuándo me has llamado tú a las doce del mediodía?

—Nunca porque estoy trabajando, pero hoy es mi día libre. —¿Y desde cuando tienes un día libre? —reí divertida. —¿Desde cuándo eres el detective Conan?

—¿Que querías Dana? ¿a qué debo el honor de tu llamada?

—Necesito hablar contigo sobre unas cosas ¿te viene bien a las tres?

—Sí claro, ¿pero pasa algo?

—Tranquila, ahora no puedo hablar, pero quedamos a las tres en el parque de la fresa ¿vale?

—¿Tan lejos?

—Sí.

—Vale, pues allí te veo ¿seguro que estas bien?

—Sí, ¡te quiero! —colgó.

Me quedé pensativa durante un rato, ¿Qué le pasaba a Dana? Me levanté algo torpe y empecé a ordenar los papeles hasta que llegó la hora de irme a comer, llegué a casa y encontré una nota que Klaus me había dejado...

«Nena, en el micro tienes algo de pasta, te he esperado durante un rato, pero me han llamado para recoger un pedido, te llamo luego, pequeña.»

Sonreí a leer como me había llamado, le hubiera dicho que David también me llamaba así a veces, pero preferí obviarlo.

Comí lo que él me había dejado, y salí corriendo hacia aquel parque, le llamábamos «parque de la fresa», porque era un parque inmenso rodeado de árboles y flores, había una zona de céspedes donde la gente solía ir en verano con manteles a comer en plan picnic, o simplemente tumbarse a pasar la tarde al sol. Había otra zona donde se podía patinar, y unos columpios en forma de fresa, los bancos eran rosas y el suelo de la zona de patinar también. En medio de todo aquello, había una pequeña cafetería muy cuca con unas vistas impresionantes del lugar. Aparqué y salí disparada hacia la cafetería, llegaba diez minutos tarde, Dana ya estaba sentada en la terraza con el sol bañando su cara, el sol de junio ya calentaba bastante.

—Siento la tardanza, he venido lo más rápido que he podido —dije después de darle un beso en la mejilla. Me senté en la silla de su lado y me recosté para notar el cálido sol en la cara, pedí un café solo con un hielo y, en pocos minutos, estaba dándole vueltas con la cuchara.

—¡Qué ganas tenía de que llegara la primavera! —dijo Dana dándole un trago a su café con leche.

—Ya te digo... —Nos quedamos unos minutos en silencio y sin poderlo aguantar más empecé a mover mis piernas nerviosa, ella parecía tranquila y aquello me alteraba más—. ¡Me va a dar algo!, ¿quieres decirme para que me has llamado? —Se echó a reír. —¿Qué tal con Klaus? —Evadió mi pregunta. La miré de soslayo mientras daba otro sorbo a mi café que ya estaba aguado completamente. Evité la mueca de asco y me centré en ella. Estaba algo más delgada, se había aclarado un poco el pelo y tenía unas preocupantes ojeras. Era verdaderamente atractiva y guapa, llevaba unos pantalones grises cortos y

una camiseta de tirantes negra. Imaginaba que ese era su atuendo para cuando salía a caminar su hora diaria.

—Genial —sonreí como una tonta al pensar en él y me olí inconscientemente la muñeca—. ¿¿Te acuerdas sobre lo que pensaba, cuando decía que quería estar con alguien que me hiciera sentir como lo hacía David?

—Sí, como para olvidarme. —Sonrió.

—Pues Klaus lo hace, incluso siento mucho más. Es como estar flotando ¿sabes? No sé, ¡Dios!... Cada vez que lo veo me vuelve loca. No importa lo que esté haciendo, simplemente lo observo, da igual que este escuchando música, viendo una película, con su portátil, o simplemente haciendo la comida —suspiré— Es como si estuviera dentro de la canción «Every Breath You Take.»

—Pues Sting dice que esa canción, aunque aparenta romántica es siniestra, que habla de vigilancia y control.

—¿Por qué? ¿Porque habla de que, cada aliento que tomes, cada movimiento que hagas, cada lazo que rompas, cada paso que des, te estaré mirando? ¿Desde cuándo eso es siniestro? —La miré irónica. —estarás de acuerdo con eso, ¿Verdad?

—Claro.

—No se dé que me extraño. —Me miró sonriendo—. se te ve feliz.

—Soy feliz —miré al suelo por un momento—tanto que me asusta.

—No seas tonta, te lo mereces, ¿sabes? —nos miramos—. Sabía que acabarías con él. Lo intuí desde que lo conociste en la consulta del psicólogo —negué con la cabeza a la vez que sonreía—. de verdad que lo digo ¿Por qué ibas a conocer a ese chico en aquel lugar, si no fuera porque ibais a acabar así? Todo pasa por algo, recuerdo que tenías cita el día de antes, pero por culpa mía tuviste que retrasarla.

—¡Es verdad! —exclamé sorprendida.

—Claro, si no hubiera sido porque me cargué la puerta de mi casa quedándonos encerradas, jamás lo habrías conocido, de eso y de que al psicólogo le tenías tan preocupado que anuló la cita de otra paciente, y te dio cita al día siguiente, y si me apuras... Si no te hubiera dado por obsesionarte con la comida jamás habrías dado con él. —La miré con los ojos como platos, me miró sonriendo—. Bueno, quizá ahí me he pasado un poco, ¿pero a que para argumento de una película valdría?

La miré y empezamos a reírnos juntas, como hacia muchísimo tiempo que no hacíamos y, por primera vez en no sé cuánto tiempo, volví a sentir que mi

amiga había vuelto. Durante un rato hablamos de tonterías, era una increíble volverme a sentir así de bien con ella, hasta que se quedó callada. Entonces caí en cuál era el motivo por el que estábamos allí, —¿Tú no tenías que contarme algo? —arqueé una ceja.

—Sí, pero no sé por dónde empezar.

—¿Qué te parece por el principio?

—Creo que si empiezo por el final acabaré antes. —Nos sonreímos y vi cómo suspiraba. Estuvo pensando unos minutos, lo que me hizo entender que se trataba de algo realmente serio, le recé a Dios, a Alá, o a cualquiera que pudiera escucharme y/o hacerme caso, y crucé los dedos deseando que me dijera que lo había dejado con su novio. Ella se recostó en la silla cerrando los ojos a causa del sol, la imité y nos quedamos en silencio—. Hace unos días me acosté con un chico y ayer volvió a pasar.

Me levanté tan rápidamente por la sorpresa que casi me caigo, tuve que agarrarme a la mesa, Dana empezó a reírse.

—Muchas gracias por tu ayuda—carraspeé.

—Lo siento —dijo riéndose.

—Así que... —La miré entre sorprendida y temerosa—. Te has acostado con alguien, que, aclárame por si me equivoco, alguien que no es tu novio.

—Sí.

—¿E, Iván?

—¿Qué pasa con él? —me miró.

—Como que, ¿qué pasa con él?, hasta lo que sé, era tu novio.

—Sí... —Alargó la respuesta con un tono demasiado triste.

—Bueno, como amiga tuya que soy debería escucharte antes de opinar, y al menos no demostrar signos de alegría, pero siendo sincera contigo... Odio, Odio con toda mi alma a Iván, así que... ¡¡Qué demonios!! Que le jodan, se lo tiene más que merecido.

—Que se lo merezca no es una excusa, Jacqui.

—No te estoy diciendo que sea una excusa. Te estoy diciendo que es una realidad, cuéntame desde el principio.

Y así empezó a contarme que hacía unos meses había conocido a un enfermero en el hospital donde fue a hacerse unas pruebas, al poco volvieron a coincidir en la farmacia, y días después fue a comer al restaurante de su suegra, ¿Coincidencia?, ¿Destino? ¿Acosador?, —fuera quien fuera quien le estaba abriendo los ojos, tendría mi aprobación y una propuesta en firme de hacerle una estatua de marfil en el centro de la ciudad— Se dieron los

teléfonos, quedaron y lo demás ya es historia.

—¿Y te gusta?

—Sí... —sonrió con esa peculiar sonrisa que tenemos las mujeres cuando alguien nos gusta.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, Sergio me gusta. Pero llevo con Iván demasiado tiempo, quizá solo sea una mala racha.

—Dana solo llevas año y medio.

—¿Tan poco? —la miré frunciendo el ceño.

—Si hubierais ido más despacio, quizá no se te hubiera hecho tan largo.

—Lo sé. —Su mirada se tornó triste—. No sé qué hacer...

—Tranquila, ahora no debes agobiarte. Intenta pensar en qué es lo que realmente quieres Dana. Creo que en el fondo lo tienes claro desde hace bastante tiempo, pero te asusta afrontarlo. —Me miró intensamente—. No pasa nada, ya verás cómo sale todo bien, es cuestión de tiempo.

Me sonrió y empezamos a hablar sobre ese chico y su situación, llevábamos una hora hablando cuando empezó a sonreír. —¿Qué pasa? —pregunté siguiendo la dirección de sus ojos.

—La verdad es que Klaus, es impresionante...

—¿Klaus?—fruncí el ceño—¿a qué viene ahora Klaus?

Levantó la cabeza señalando al lado contrario donde había mirado, me giré quedándome de piedra, a unos metros de nosotras estaba Klaus de espaldas, con algo en las manos que no llegaba a ver ¿Qué hacía allí?, llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta de manga corta blanca que le quedaba como un guante.

—¿Desde cuándo hace que lo estabas viendo?

—Unos quince minutos o así —sonrió—. No te había dicho nada porque no estaba segura si era él.

—¿Así que era a él a quien estabas mirando con esa cara? ¡Serás guarra!

Empezamos a reírnos sin poder parar, poco después me cambié de sitio para poder verlo mejor, aún no podía ver que tenía en las manos y que estaba haciendo allí.

—Está haciendo fotos —dijo Dana al ver mi inquietud. —¿Fotos?

—Sí, ¿no sabías nada?

Negué con la cabeza hasta que recordé algo.

—Bueno —dije haciendo memoria—, cuando nos conocimos me dijo que le gustaba la fotografía, pero no volvió a hacerme mención de ello.

—Pues por lo visto sigue interesado en ella. —señaló hacia su dirección.

Volví a mirarle, esta vez podía verlo a la perfección, estaba apuntando con la pequeña cámara a unas flores que había, luego se sentó en un banco y empezó a hacer fotos a todo lo que pasaba por allí, niños jugando, gente corriendo, incluso a una pareja de ancianos que estaban frente a él sentados. Yo lo miraba embobada, estaba realmente guapo, sobre todo cuando sonreía al ver el resultado de las fotos, me moría de ganas por verlas. Haría lo imposible por hacerme con ellas.

Al rato Dana y yo nos despedimos, Klaus seguía sentado en aquel banco, decidí salir por otro lado y me fui para casa, saqué a Play al parque que estaba frente a mi casa y se entretuvo jugando durante un rato con la pelota que le tiraba. Después volvimos a casa, me duché y me senté a leer algo. Me sentía algo sola así que encendí la tele de plasma que me había regalado mi padre, estaban haciendo un capítulo de «Crónicas vampíricas» —the vampire diaries—, pero como ya lo había visto baje la voz para seguir leyendo «Cincuenta sombras más oscuras.» Poco después oí la puerta y cuando alcé la vista Klaus me miraba apoyado en la isla de la cocina americana con una sonrisa en los labios.

—¿Haciendo el pre calentamiento con el señor Grey? —¿Contaría como infidelidad? —sonreí.

—No. —me miró alzando una ceja—. O bueno, no sé... ¿debería sentir celos de un personaje literario de ficción?

Le sonreí como una idiota, abrió la nevera y dejó el libro a la vez que subía el volumen de la tele, suspiré inconscientemente a ver un plano corto de Damon.

—¿No me digas que también ves esa serie?

—¿Hay algún problema?

—No. —empezó a reírse.

—¿Sabías que hay un personaje que se llama como tú? —¿Sí? —asentí—
¿Y qué es? Porque en esa serie menos humanos, hay de todo.

—Es un híbrido, mitad Vampiro, mitad Hombre lobo.

Puso los ojos en blanco apoyándose en la mesa y se cruzó de brazos, el ver como aquella postura le resaltaba los músculos me hizo soltar otro suspiro, me giré de nuevo hacia la tele y volvieron a enfocar a Damon que esta vez de discutía con Elena.

—Me encanta ese chico...

—¿Quién? —dijo sentándose a mi lado.

—Damon. —Pausé la imagen justo cuando ocupaba todo el plano—.

En la vida real se llama Ian so...

—Sommerhalder —me interrumpió.

—Eso, si llego a tener que pronunciarlo yo, aún estamos hasta mañana — sonrió ante mi comentario y volví la vista a la televisión.

—Tampoco es para tanto...—Lo miré como si acabara de decir la mayor burrada del mundo.

—¿Cómo qué no? ¡Míralo, por dios! Es guapísimo.

—Ya será menos, además, sobre actúa muchísimo.

—No sobre actúa—lo miré divertida—. No te pongas celoso.

—No me pongo celoso, es la verdad...—Cogió mis piernas y las puso encima de las suyas acariciándome con dulzura los tobillos.

—La verdad es que tenéis bastante parecido. —Miré a ambos y yo misma me sorprendí, ¿Cómo no me había dado cuenta?—. Tú eres más alto.

—Bastante más alto —me corrigió.

—Vale, tiquismiquis... «bastante más alto». Tú eres más corpulento y tienes la cara más alargada que él, pero por lo demás sois bastante parecidos, tenéis pelo negro y el mismo color de ojos.

—Lo que digas ...—Me ignoró por completo, lo que me hizo reír.

La noche avanzó de manera tranquila, Klaus pasó las fotos de su cámara al portátil, él no sabía que yo lo había visto, y prefería mantenerlo en secreto, al menos por un tiempo. Su cumpleaños sería en unas semanas y algo me rondaba la cabeza; tenía algo claro, tenía que ver las fotos. Aunque para ello tuviera que esperar a que él estuviera dormido. Jugué un rato con Play mientras él hacía algo para cenar. Mientras cocinaba no podía evitar mirarle, se había puesto un pantalón gris de hacer deporte que le quedaba algo ancho y le caía por la cadera y una camiseta demasiado ajustada como para mantener la concentración el algo que no fuera él. Seguía preguntándome qué podía haber visto él en mí, al fin y al cabo, yo era una chica normal y él, el hombre más impresionante que había visto en persona y, probablemente, de los más guapos que había visto en cualquier sitio.

Nos sentamos a cenar y comí sin dejar de mirarle. Klaus parecía distraído mirando la televisión, yo estaba de espaldas a ella porque me negaba a ver «Saw». No tenía ni idea de qué parte de todas era, pero me producían repulsión ese tipo de películas. Quizá era porque mi imaginación pasada de rosca hacía que me metiera demasiado en la película haciendo que llegara a pasarlo realmente mal. Fuera lo que fuera odiaba las películas de terror

psicológico, porque después de que se acaben soy la típica que sigue dándole vueltas al asunto. Tenía claro qué películas evitaba. Las de guerra, terror psicológico, Gore y dramas de demasiado sufrimiento. Me había dado cuenta de que evitaba todo lo que me producía desasosiego.

Recogí la mesa mientras él estaba como una estatua mirando la película «¿Pero porque narices le gusta?» Me senté a su lado con mi Tablet y empecé a ojear las actualizaciones que había sobre los libros que había en mi biblioteca de una aplicación de lectura. Estaba entretenida leyendo cuando subió el volumen, le miré de reojo y pareció no darse cuenta, seguí leyendo ensimismada por la historia hasta que volvió a subir el volumen haciendo imposible concentrarme en nada que no fueran los gritos de la película. Levanté la mirada furiosa a punto de gritarle cuando vi que me estaba mirando.

—¿No crees que tienes el volumen demasiado alto? Intento leer. —Bajó el volumen sin quitar los ojos de mí.

—¿Qué lees? —preguntó levantando la cabeza para ver qué estaba mirando.

—Un libro, aquí hay miles...—sonreí como una idiota—. No sé cuántos me he leído, pero los suficientes como para haber perdido la cuenta. —Me sonrió con dulzura.

Nos miramos sonriendo durante un rato, él volvió a la película y yo a la lectura. Cuando pasé una página más y vi que la historia no seguiría hasta que la autora subiera más capítulos bufé indignada, odiaba quedarme con las ganas de más, puse la tablet a cargar y cogí el libro de «Cincuenta sombras más oscuras» Era la tercera vez que me lo leía y aun así me seguía gustando como el primer día. —¿Por qué no ves la película?

—No soporto ese tipo de películas. —puse cara de asco—. Demasiado sufrimiento gratuito.

—Eres una exagerada.

—¿Exagerada yo?, Esas películas son un puñetero nido de ideas para enfermos. —Klaus empezó a reírse a carcajadas y yo lo miraba mordiéndome el labio para evitar reírme.

—Creo que tengo una ligera idea de cómo hacer para que no te den tanto mal rollo.

—¿En serio? ¿Cómo? —Arqueeé una ceja.

—Método de distracción.

—¿Qué?

La forma en la que me miró hizo que me humedeciera al instante, estiró la

mano cogiéndome del tobillo arrastrándome por el sofá hasta que quedé totalmente estirada, Klaus se puso de pie y se quitó la camiseta, dejando al descubierto su fuerte torso que me provocó una arritmia, no contento con eso, bajó sus pantalones seguido del bóxer quedando plenamente desnudo ante mí, su impresionante metro noventa me intimidó. Tenía una espalda ancha y la cintura estrecha, su cuerpo era como una guía, un mapa para no perder el camino, sus pectorales, sus abdominales perfectos y musculados eran un mapa sin retorno; si seguías esa dirección descubrirías unas ingles que empezaban un poco más abajo del ombligo bajando en una uve perfecta, aquello me producía un tremendo frenesí de lujuria.

Sabía que respiraba con dificultad dado el espectáculo que estaba viendo, pero, ¿Qué iba hacer? Él tenía demasiado poder sobre mí. Se puso de rodillas en el sofá y me desnudó sin casi rozarme la piel. Eso me volvió loca, porque no deseaba más que sentir sus manos sobre mi piel, una vez ya desnuda, volvió a su posición de rodillas entre mis piernas, lo miré de arriba abajo mientras me mordía el labio tan fuerte que estaba empezando a hacerme daño.

—Quiero que mires la película —dijo con esa voz que me producía escalofríos y espasmos vaginales a la vez— Si quitas en algún momento la vista de ella pararé, y me da igual que supliques. —De acuerdo—dije con un hilo de voz casi inaudible. Giré mi vista hacia la película y cogí aire, podía sentir la mirada de Klaus sobre mí, pero no me tocaba, estaría asegurándose de si realmente veía la película y aunque mi mente no estaba concentrada y mis ojos no parpadeaban, no podía evitar mirar la escena de aquella película, en ella un chico gordito y a una mujer negra, tenían una especie de casco de rugby. No sabía muy bien por qué tenían eso, pero imaginaba que si no cumplían lo que el pirado decía algo se les clavaría en el cráneo o en la mandíbula. Ni lo sé, ni quería saberlo. Cuando llevaba un rato mirando sentí sus labios en mi sexo, tan suave que gemí arqueándome al roce de sus labios en mi zona más sensible, seguí mirando la televisión solo por volver a sentirle, esta vez estaban frente a un cristal con una especie de balanzas, intuí —ya que el volumen estaba demasiado bajo y mi respiración demasiado ruidosa— que tenían que cortar algo, no me equivoqué, tenían que cortarse partes de ellos mismos. Aquel que cortara más y su balanza alcanzara el peso adecuado sería el salvado, puse los ojos en blanco, puñeteros guionistas enfermos... «¿pero a qué mente tarada y siniestra se le podía ocurrir aquello?» La escena ya estaba empezando a darme una repulsión insoportable cuando

volví a sentir sus labios en mi sexo, esta vez más fuerte y más pasional, di un leve grito clavando las uñas en el sofá, no quería quitar la vista de aquella asquerosa escena si ello hacía que él parase. Me estaba llevando hacia el cielo, su lengua por mi clítoris provocó que cerrara los ojos por la enorme sacudida de placer que me invadió. Entonces dejé de sentirle, quería más, mucho más, estaba a punto de llegar al clímax y, tal y como había dicho, había parado. Volví a abrirlos, estaba segura de que si no fuera por su increíble método de distracción ya habría apagado la tele. La escena estaba en su punto álgido. Estaba a punto de poner una mueca de asco cuando le sentí poco a poco entrar en mí, abrí mis ojos de golpe, pasó sus labios por mis pezones mientras se movía con un movimiento demasiado lento, torturándome. Los ojos se me estaban secando de tan abiertos que los tenía, pero no quería ni parpadear con tal de que no parara. Sentía sus labios en mi cuello me moría por besarle, pero no podía moverme, empezó a moverse más rápido, respirando en mi oído poniéndome la piel de gallina, la escena ya había terminado, y si no hubiera sido por él jamás la hubiera visto una entera. Seguí mirando sin ver nada, extasiada por el enorme placer que me estaba dando, empezó a hacer círculos con la cadera para después penetrarme hasta el fondo, quedándose allí unos segundos para que la pudiera notar toda entera dentro de mí. Volví a gemir, y esta vez tan fuerte que noté cómo se excitaba más de lo que ya estaba, fue entonces cuando empezó a moverse como a mí me gustaba, agresivo, fuerte, perdiendo el control de su fuerza y haciéndome sentir indefensa bajo su perfecto y precioso cuerpo.

Posé mis manos en su cara y le miré, necesitaba besarle, no podía más, fundí mis labios con los suyos buscando desesperadamente el roce de su lengua, nos besamos y nos comimos vivos mientras sus fuertes movimientos hacían que me desplazara una y otra vez. Metí mis dedos entre su pelo apretando sus mechones para intentar canalizar las enormes ganas de arañarle, me habló entre suspiros, nada coherente, palabras sueltas que hacían que mi sexo se contrajera acercándome al orgasmo. él notó la presión en su sexo y me dio una sacudida tan fuerte que me partió en dos, gemí del dolor, aunque ese dolor tenía una connotación placentera. Siguió moviéndose sin parar, yo estaba a punto de desmayarme, gritaba y me retorció apretando su pelo, cuando sentí sus dientes en mi cuello no pude más y me arquee convulsionándome en el mayor orgasmo que había tenido hasta entonces. Pocos segundos después llegó él, derramándose en mi interior, dejando su peso muerto encima de mí, ambos respirábamos trabajosamente, estuvimos unos minutos en silencio hasta que

nos repusimos lo suficiente para poder hablar.

—Creo que tenías razón —dije acariciando su pelo mientras intuía que sonreía—. Ahora veré Saw desde otro punto de vista. —¿Ves? —Levantó la cabeza y me miró con esa sonrisa de medio lado que hacía que volviera a humedecerme—. te lo dije, método de distracción.

—Si me acusan de enferma por calentarme viendo Saw, te torturaré...

—Eso promételo.

Con mis manos en su rostro, lo atraje hacía mí, le besé de nuevo mientras él continuaba dentro de mí; y aunque su erección no estaba en pleno auge aún seguía ahí. nos besamos durante unos minutos. Fue cuando lamí sus labios con la punta de mi lengua cuando sentí como volvía a crecer dentro de mí, gemí por la sensación tan impresionante que experimenté, él empezó a moverse volviéndonos a perder uno en el otro.

9

Serían las tres de la madrugada cuando Klaus dormía plácidamente en el lado izquierdo de la cama. Yo estaba nerviosa y no había manera de conciliar el sueño, me levanté con cuidado para no despertarle, Play, que, al contrario de su dueño, me siguió. Entrecerré la puerta de la habitación y cogí de la mesa su portátil, me acerqué al enorme ventanal de mi casa y me senté en el alfeizar. Encendí el portátil que, por suerte no tenía contraseña, sentía como si estuviera haciendo algo malo, violando su intimidad, pero nada más lejos de la realidad, solo quería ver las fotos, era un gesto completamente inocente, ¿No?

No tenía nada a simple vista, así que entré en «Mis documentos» Como había imaginado, allí había una carpeta que ponía «Fotos» Ví unas diez carpetas distintas, abrí la primera, la mayoría eran de Play, de su familia, de fiestas con los amigos, hubo una que me llamó poderosamente la atención, salía él sonriendo tan guapo como siempre con el pelo más corto que ahora, supuse que hacía un año de esa foto ya que llevaba el pelo como algunas fotos que él me había enseñado. A su lado, y con una mano sobre esos hombros perfectos había una chica asiática, con la melena negra y ojos color miel, ella sonreía tímidamente, era realmente preciosa, no había duda ¿Quién era ella? Salí de esa carpeta buscando alguna que me llamara la atención, di con lo que buscaba, una carpeta con nombre «Carolina artísticas» Un escalofrío me recorrió la espalda. Me pensé si abrirla o no, tenía miedo por lo que fuera a ver, llené de aire mis pulmones y tique sobre ella; unas cien fotos en miniatura me saludaron, pulsé sobre ellas y me di de bruces con la chica de la foto anterior. Estas fotos eran más actuales, ya que la chica tenía una larga melena, fui pasando foto tras foto y mi agonía crecía, eran fotos artísticas, en blanco y negro, sepia, mosaico, en distintas poses, distintas ropas, pero sobre todo desnuda... Aquello era más de lo que podía ver. Sentí unas ganas de vomitar tremendas, no pude evitar sentir tanta rabia que tuve que apartar la vista de la pantalla, aquella mujer era «impresionantemente» atractiva, sensual... ¿Se habría acostado con ella? ¿Sería solo una modelo? Pasé mis manos por la cara, con la creciente idea de que había hecho mal en ir de «Mata Hari», ya iba a salir de ahí cuando un nombre llamó mi atención «Jacqueline» parpadeé varias

veces, ¿Jacqueline? ¿Cuándo me había hecho fotos? La abrí, y casi se me cae de las piernas el portátil. No sé cuántas habría, pero eran incontables. Empecé por la primera dejándome sin aliento, esa foto tenía como mínimo cinco años; salía en aquella sala de espera del psicólogo, con la mirada perdida en la puerta, no sé dónde estaría para poder haberme hecho esa foto sin darme cuenta. Iba con una de las miles de ropas anchas y generalmente de tonos oscuros que mi madre se encargó de hacer desaparecer cuando ya me repuse. Mi aspecto era tétrico, no tenía fotos de aquella época, ahora sabía por qué. Cambié a otra y también era yo en la parada del autobús, otra en la cafetería que estaba en la esquina de la consulta bebiendo un vaso de lo que parecía zumo. Pasé una tras otra descubriéndome en mil fotos, sonriendo, seria, incluso llorando ¿pero cuando narices me había hecho esas fotos? Empecé a ver que las fotos cambiaban hasta que me encontré con una que me hizo gracia, estaba atizándole a la impresora, sentada en el mostrador, recostada en la silla, y una riéndome con David. Tragué saliva y me empezó a latir fuertemente el corazón, esas fotos estaban tomadas desde fuera, y en todas ellas se me veía la expresión de la cara, y aquella foto con David era reveladora. Las fotos pese a ser sin posar eran preciosas, luego salía jugando con Play, en la ducha, incluso durmiendo, miré a Play que levantó sus orejas al ver que lo miraba.

—Tu dueño está loco —susurré. Él torció la cabeza y sonreí.

Salí de aquella carpeta, con una mezcla de sentimientos, ¿Cómo no me había dicho que le gustaba tanto la fotografía?, miré la última carpeta y tenía la fecha de hoy, la abrí y sonreí, fotos de un sol precioso, de niños sonriendo mientras jugaban con un balón, la mirada dulce de aquel anciano a su mujer, sonreí como una idiota, Klaus tenía mucho talento y no sabía por qué se lo había guardado para él. Cerré el portátil y lo dejé donde estaba, apenas me quedaba una hora para que tuviera que empezar a arreglarme, y de lo único que tenía ganas era de acurrucarme al lado de Klaus y despertarlo a besos. Ya tenía claro qué iba a regalarle para su cumpleaños y hoy mismo iría a por él. Me metí en la cama mirando como dormía, tenía la boca entreabierta y su respiración se tornaba en un pequeño ronquido; ahí me di cuenta de algo que quizás no debería haber hecho, me di cuenta de que le quería... le quería mucho.

La mañana en el gimnasio estuvo entretenida, tuvimos varias altas así que me la pasé dando información de las clases y enseñando las instalaciones, casi a punto del medio día Bea me llamó, me dijo que si podía quedarme hasta que

ella volviera de recoger unas cosas y viendo que no tenía nada que hacer me quedé.

Klaus aquella mañana no pudo venir a verme y realmente lo eche de menos, serían sobre las cinco de la tarde cuando el tintineo de la puerta hizo que me girase, casi me caigo de la impresión y no fui la única. David se quedó de piedra en la puerta con la mochila a su espalda y con la expresión de haber visto un fantasma.

—Jacqui.

—Hola, David. —Me levanté.

—Pensé que estabas en el turno de mañanas. —Tragó saliva.

—Y así es, estoy aquí por hacerle un favor a Bea.

—¿Qué tal estás?

—Muy bien —Ya lo veo. —por primera vez me sonrió. Me miré sin recordar qué llevaba puesto, una falda larga rollo Hippie y una camiseta de tirantes blanca con un pronunciado escote (del cual se había quejado Klaus unas quince veces antes de salir aquella mañana de casa). Llevaba el pelo ondulado, dejado caer a un lado en una trenza desecha, quizá fuera mi pelo... —. Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Porque tú dejaste de venir —dije sin devolverle la sonrisa.

—Cambié el horario. —Agachó la cabeza avergonzado.

—Ya lo veo...

Me sonrió y entró dentro esquivando mi mirada. Me quedé de piedra sin entender nada, ¿me había estado evitando? ¿Pero por qué? Yo no lo había molestado. Pensé que éramos lo suficientemente adultos como para actuar con normalidad, diez minutos después llegó Bea.

—¿Se puede saber por qué no me habías dicho que David venía por la tarde? —se quedó petrificada.

—Lo olvidé.

—¿Lo olvidaste, ¿en serio me crees idiota?

—Lo siento Jacqui, tienes razón, pero estabas tan bien con Klaus, que no quise decir nada... perdóname.

—Él saber que David había cambiado el horario no iba a cambiar lo que siento por Klaus, deberías saberlo —le contesté enfadada.

—Eso lo sé, pero sabía que si te enterabas te enfadarías. —Me miró mientras se sentaba—. ¿Acaso no hubieras venido aposta de haberlo sabido?

La miré sin contestar, sinceramente no tenía la respuesta.

—¿Al menos podrías haber dejado que esa decisión la tomara yo!

Ella me miró apenada, yo estaba muy enfadada así que cogí mis cosas y salí como alma que lleva el diablo, necesitaba que me diera el aire, cuando había dado unos pasos fuera del gimnasio algo tiró de mí, y me vi cara a cara con David.

—Jacqui espera.

—¿Qué quieres David? —le miré a los ojos —Lo siento.

—Me has dicho tantas veces esas palabras, que has conseguido que no signifiquen nada. —Me deshice de su agarre.

—Lo sé, sé que no merezco que me mires. Pero todo tiene una explicación.

—¿En serio?, ¡Ilumíname! —Mi sarcasmo, el cual no había necesitado durante estos meses, volvió de vacaciones.

—Le conté la verdad a Lorena ...

—¿Cómo? —me petrifiqué, ya no estaba enfadada.

—Sí. —Se pasó la mano por el pelo—. No quise mentirle, y aunque en un principio se enfadó, me perdonó con una condición. No hacía falta que hablara más para saber cuál era.

—¿No volver a verme? —dije despacio, casi en susurros.

—Más bien, ignorar tu existencia en todos los ámbitos posibles. —Me miró como momentos antes me había mirado Bea.

—Pero David... —callé por unos segundos—. Se supone que somos amigos, yo...

—Lo sé, pero por ahora es lo que hay. No quise cambiar de gimnasio porque sabía de ti indirectamente, Bea no es nada discreta, créeme.

—sonreí interiormente, adoraba a Bea.

—¿Y por qué no hablaste conmigo? Yo lo habría entendido, y no me habría enterado de esta manera. Me dijiste que no cambiaría nada entre los dos ...

—Perdóname. —Volvió a poner sus manos en mis hombros—. Me importas mucho, en serio. —Levantó mi barbilla para que nuestros ojos se encontraran—. solo que, por ahora, no puedo estar cerca de ti, ¿lo entiendes verdad?

Asentí, no pude evitar tener ganas de llorar. Quería a Klaus, pero no podía evitar sentir un poquito de cariño especial por David y ahora se estaba despidiendo de mí, probablemente para siempre. Porque seamos claros, esa tía jamás querría que él se acercara a mí, y él parecía hacer su voluntad, cosa normal cuando has confesado una infidelidad. Por esto mismo sabía que no

tenía que haber mezclado las cosas, pero ya era tarde, muy tarde, perdía a David, el chico que había estado en mi cabeza durante los últimos tres años, y ya no solo eso, perdía a un amigo, y sabía que lo echaría de menos.

—¿Eres feliz con Klaus? —preguntó sacándome de mi ensoñación.

—Mucho.

—¿Estás enamorada?

—Sí... —contesté sin pesar, pude ver decepción en su cara, aunque no estaba segura, en ese momento empecé a sentirme mal. —Escúchame Jacqui. —Me miró fijamente—. Esto será temporal, te lo prometo. Todo será como antes, y si alguna vez necesitas algo, sea lo que sea, por favor no dudes en llamarme ¿me lo prometes?

Dudé durante unos segundos, ¿tenía algo de sentido todo aquello? Sentí como había apretado su agarre, aun así, sentía como si mi cuerpo flotara.

—Te lo prometo David. —Pude notar como soltó el aire que había estado conteniendo, y sin esperarlo me abrazó. Sentí sus fuertes brazos rodeándome la cintura, tardé unos segundos en reaccionar y cuando lo hice le respondí el abrazo, metiendo mi cabeza en el hueco de su cuello.

Aquello era una despedida lo tenía claro, y solo sentía que no quería dejar que así fuera, pero no era decisión mía, tragué saliva para evitar que una lágrima asomara, poco después nos apartamos mirándonos, besó mi frente como solía hacer siempre.

—Cuídate, pequeña. —Me acarició la mejilla, a lo que sonreí.

Cuando se dio la vuelta, me sentí vacía, una etapa de mi vida acababa ahí, vi cómo me miró una vez más antes de entrar por la puerta del gimnasio. Me di la vuelta y caminé, no sabía a dónde me dirigía, pero no podía parar de andar, de repente vi un portal abierto y me metí, me apoyé en la fría pared y rompí a llorar. Me daba vergüenza que alguien pudiera verme, pero no podía evitarlo. Una vez no pude llorar más miré frente a mí, allí estaba, plata resplandeciente y un dibujo de una cámara, parecía ser una señal «Curso de Fotografía»

Klaus

Apreté mis manos alrededor del volante, porque si no mantenía las manos apretadas en algo saldría escopeteado hacia ese cabrón y lo mataría a puñetazos. ¿Cómo se atrevía a ni siquiera tocarla? Y ella, ¿Le...le estaba abrazando? La sangre me hirvió tanto que sentí que me estaba dando un pequeño vahído, ¿En serio lo estaba tocando? ¿Acaso no se acordaba de lo

que me había prometido? Tenía ganas de gritar y de liarme a puñetazos con todo. no podía con estos celos ¿Qué me pasaba? Vi cómo le daba un beso en la frente y ella se quedaba quieta viéndolo marcharse, conocía esa expresión, me sabía de memoria sus expresiones. Estaba triste, no había duda, luego echó a caminar tan rápido que, cuando me di cuenta ya había desaparecido por la esquina. pensé en llamarla, pero estaba tan cabreado que probablemente le diría las mil y unas barbaridades.

Salí del coche decidido a enfrentarme con quien debería haberlo hecho desde un principio, corrí hacia el gimnasio abriendo la puerta de golpe, no había nadie en la recepción.

—Enseguida salgo. —oí la voz de Bea, también otra voz, y caminé hacia allí.

—Vamos David —empezó a susurrar—. Has hecho lo que debías.

—¿Entonces por qué me siento así?

—Porque la quieres, es normal, es tu amiga.

—Ya ...—escuché como suspiraba—no sé cuánto duraré con Lorena, pero espero que sepa valorar esto, porque me está costando la vida.

—¿Y que a dicho ella?

—¿Ella? nada, se la ve muy enamorada de ese alemán.

—Klaus—corrigió Bea, a lo que sonreí.

Ya no me hacía falta escuchar más, respiré tranquilo, solo se estaban despidiendo, ahora entendía la expresión del rostro de Jacqueline, aunque ahora que lo pensaba bien me sentaba fatal verla tan triste, ¿en serio se sentía tan mal porque ese capullo se despidiera?, salí corriendo de allí y cogí mi móvil.

—Carolina, te necesito.

—¿Qué narices quieres ahora Grass?

—Necesito verte.

—Estoy ocupada, aparte estoy con la regla. —Sonreí al escucharla.

—Creía que también podía llamarte para un café, necesito una amiga. —
Se quedó en silencio.

—Vaya... así que te has pillado de verdad por esa chica ¿eh? —Sí, ¿podemos vernos?

—Claro, en diez minutos en la cafetería de la esquina de mi casa, no llegues tarde.

Sonreí al notar el cambio de humor de Carol, supongo que se alegraba de que la considerara una amiga. Y en esos momentos no necesitaba otra cosa que

no fuera una amiga que me aconsejara. No sabía manejar esto que sentía, ¿acaso era amor? Llegué antes de tiempo y me senté en la mesa del fondo; diez minutos después entró ella contoneándose, solté una carcajada ante aquel comportamiento, se sentó frente a mí y sin más empecé a hablar.

Dos horas después salí de aquella cafetería bastante mejor de ánimo. No me había dado cuenta de que aparte del sexo podía tener una buena amistad con ella. Una punzada de culpabilidad me partió el pecho, ahora sabía a lo que Jacqueline se refería cuando hablaba de David. Aun así, no le perdonaba el hecho de que hubiera faltado a su promesa. Caminé entre mil pensamientos y antes de darme cuenta ya estaba a punto de abrir la puerta del piso, una vez dentro vi el bolso de Jacqui encima de la mesita del salón, eso significaba que ella ya estaba aquí. Segundos después la vi aparecer con una toalla cubriéndose el cuerpo, acababa de salir de la ducha, tenía los ojos rojos y algo hinchados, había estado llorando... Eso hizo que volvieran a brotar los celos, tenía la mandíbula tensa de la fuerza que estaba haciendo por no gritarle, pero no pude evitar quedarme embelesado mirando su cuerpo aun húmedo a causa de la ducha, estaba cabreado y empalmado, «Tío, a ti no hay quien te entienda» me dije a mi mismo. Sin más y sin ella esperarlo le arranqué la toalla que la cubría empotrándola contra la pared, no se resistió y eso me tranquilizó. La besé, quizá demasiado fuerte, pero en ese momento solo sentía rabia. Ella parecía disfrutar con lo brusco que estaba siendo, esta chica era una caja de sorpresas. Me perdí entre sus pechos y no paré hasta que la vi retorcerse, después la levanté por el trasero, ella me rodeo con sus piernas la cintura, y así llegamos a la cama, el ver la barra que había puesto arriba de la cama días antes para poder atarla mejor me dio una idea. Recorrí con mi lengua su impresionante cuerpo, jamás me había excitado tanto una mujer, me perdí en su sexo haciéndola gemir como una loca, justo cuando estaba a punto de llegar al clímax y yo de perder los papeles, me aparté. Fui hacia donde guardábamos las esposas, ella me miraba fijamente con una expresión que me hacía reír ¿Acaso había leído mis verdaderas intenciones? Me coloqué sobre ella, besándola, cuando volvió a confiarse levanté sus manos por encima de su cabeza, ella se restregaba contra mí como si fuera un gatito, y eso dificultaba la idea que tenía en mi cabeza, pues estaba a punto de arrancarme la ropa y tomarla de todas las maneras posibles. Pasé las esposas por la barra y até ambas muñecas, cuando me aseguré de que no podría quitárselas me levanté y me quedé frente a la cama cruzándome de brazos. Jacqui me miró y miró sus manos, fue inútil que intentara quitarse las esposas, estaba atrapada y no podía

levantarse de allí, me miró frunciendo el ceño y sonreí.

—¿Qué narices estás haciendo Klaus? —me habló visiblemente enfadada.

—¿Tienes algo que contarme? —Me miró sorprendida.

—¿Contarte? —dudó—. No sé de qué me hablas. —¿Me tomas por tonto Jacqueline?

—¡Claro que no! dime a qué narices viene todo esto.

—Mira, hagamos una cosa. Te voy a dejar así durante un rato. —Me miró con los ojos como platos— así seguro que haces memoria...

—¿Qué?, ¡¿pero tú estás loco?!

—¿Sigues sin saber a qué me refiero? —negó con la cabeza—. Pues entonces sí lo estoy, aquí te quedas. —Me di la vuelta y llamé a Play que vino enseguida—. Quédate con ella y que no se mueva. —El me miró torciendo la cabeza como si me hubiera entendido, fue hacia donde ella estaba sentándose en el suelo.

—¡Klaus! —me gritó desde la habitación—. ¡Esto no tiene gracia! —No le contesté—. ¡Eres un putito demente!

Y diciendo esto salí por la puerta aguantándome la risa, quizá me había pasado un poco, pero le vendría bien pensar en cumplir sus promesas la próxima vez. Estuve entretenido comprando unas cosas, lavando mi coche y tomando un café con unos compañeros del trabajo. Llevaría alrededor de una hora y media fuera cuando empecé a sentirme muy culpable, caminé, más bien corrí hasta casa, cuando abrí la puerta di unos pasos rápido hasta la habitación, la veía desde el pasillo y me sentí fatal, se me había ido la pinza, sin esperar lo ella empezó a reírse, pero no me miraba a mí... ¿Qué narices?

Jacqueline

—¡Klaus! —grité desde la habitación— ¡Esto no tiene gracia! —No me contestó—¡Eres un puto demente!

Segundos después escuché la puerta cerrarse. ¿Qué? ¿En serio me había dejado encerrada?

—¡Será capullo! —grité a lo que Play se levantó y me miró— . ¡Que sepas que tu dueño está loco! —Él agachó las orejas. ¿Me había entendido? Lo miré durante un rato y luego intenté forcejear con la barra, pero no había manera. Recordé cuando semanas atrás había aparecido por casa con esa barra; cuando me explicó que función desempeñaba me negué en rotundo, ¿poner una barra sobre la cama?, ¿dónde se había visto eso? Me intentó convencer diciéndome que podría tatarla con pañuelos y que quedaría rollo chillout. Me volví a negar, hasta que me lo pidió desnudo mientras su cuerpo seguía húmedo a causa de la ducha que acababa de darse. No recuerdo haber dicho que sí, creo que solo suspiré y salí de aquel baño para evitar la calentura que estaba empezando a subirme por el estómago.

Aquel día había quedado con mis amigas y no podía entretenerme, salí de casa y cuando horas después regresé Klaus estaba desnudo sobre mi cama, había colocado la barra y tenía unas esposas en la mano, me quedé de piedra, y creo que tuve que coger aire unas doscientas veces. Lancé el bolso y me arranqué la ropa, la barra estaba empezando a gustarme; sonreí volviendo de nuevo a la realidad y tiré de nuevo sin ningún resultado, «Si no fueras tan viciosa no hubiera tenido la barra para atarte» me dije a mi misma, una vez cansada de tanto retorcer las esposas. Resoplé mirando a Play que juraría que se estaba riendo, ¿puede riese un perro?

—¿Sabes? —le miré— casi mejor que esté la barra, sino me hubiera atado a la pata de la cama o al barrote del balcón, bueno Play ¿ahora qué hacemos?—levantó las orejas— ¿Tú no sabrás por qué me está haciendo esto verdad? —Torció su cabeza—. mmm me da que no.

Diez minutos aburridísimos después, empecé a cantar en un inglés completamente inventado «Rolling in the deep» de Adele, después le siguió «I

drove all night» de Celine Dion, y por último «cobarde» de David Bustamante. En uno de los agudos, Play empezó a ladrar y casi me ahogo de la risa.

—Hacemos un gran dueto pequeñajo —le dije sonriendo—. Vale ¿y ahora qué hacemos?, ¿macramé?, ¿ganchillo?, ¡Ya está!, ¡un muñeco vudú! Así le clavo agujas en los testículos a tu amo ¿Qué te parece?

Me aulló haciéndome reír, llevaría más de media hora allí y ya no sabía qué hacer, había cantado, le había contado mi vida a Play, había hecho figuras con las piernas. Si alguien me hubiera visto por un agujero, me abrían encerrado en un loquero y acto seguido habrían tirado la llave al río. Lo bueno de todo aquello es que había hecho que no pensara en David, ¡hostia David! ¿Será por eso, por lo que Klaus me había dejado aquí para que pensara? ¿Cómo podría saberlo? A esas horas él estaba trabajando y no lo había visto cuando salí del gimnasio. No podía ser, si me hubiera visto no solo me habría atado, seguro que me hubiera hecho algo peor. Me giré y vi que estaba el mando de la tele encima de la cómoda.

—Play —lo llamé y se incorporó con las dos patas a la cama—. Coge el mando, tráemelo y te dejo que te subas aquí conmigo. —Él me miró sin entender—. Vamos Play, sé que me entiendes, el mando. —señalé como pude con el dedo.

«Por dios Jacqui, es un perro» me dije a mi misma, y para mi sorpresa fue hacia la cómoda y me miró «ahí ahí eso es» Se subió y lo cogió con la boca, yo di un brinco aplaudiendo como podía.

—¡Muy bien Play! Ahora traérmelo. —volvió hasta mí, subiéndose en la cama y dejando el mando en mis manos—. ¿Seguro que eres un perro? —Movié la cola y me reí—. Ale, disfruta por hoy de la cama, es toda tuya.

Sin más se recostó dejando su cabeza apoyada en mi estómago, encendí la tele y me dispuse a pasar el tiempo. Pasé varios canales hasta que dejé un canal en el cual hacían monólogos humorísticos; justamente hacían los monólogos de mi humorista preferido. Subí el volumen y allí estuve entretenida riéndome hasta que un carraspeo me hizo mirar hacia la puerta.

—Qué, ¿te diviertes? —Ahí estaba mi adonis, apoyado en el marco de la puerta arqueando una ceja.

—Mucho, gracias por preguntar.

—¿Cómo has cogido el mando? —Me quedé en silencio, no iba a ser una chivata, aunque era bastante obvio. Play levantó la cabeza de mi estómago y lo miró—. ¿Has sido tú Play?

Él agachó la cabeza, tuve que morderme el labio para no empezar a reír a

carcajadas.

—No... tío —dijo gesticulado— ¡Que somos colegas! ¡La tenías que vigilar para que pensara, no distraerla! —estaba intentando no reírse, el perro saltó de la cama y salió de la habitación—. Judas —Le dijo cuando pasó por su lado. Volvió la vista hacia mí y entrecerró los ojos—. ¿Te parece bien engatusar a mi perro?

—Soy una chica con recursos...

—Y dime, chica con recursos ¿ya sabes el porqué de esto? —¿Hay un por qué aparte de lo obvio? —hice una pausa—. ¡Estás tarado! ¿necesitas otro por qué?

El empezó a reírse, giré la cara para evitar que me contagiara con su risa, la verdad que estaba irresistible, ahí a los pies de la cama mirándome con los brazos cruzados, debería estar furiosa por aquello, pero en el fondo me había divertido y excitado.

—Jacqueline, ahora en serio—dulcificó la expresión.

—Klaus... no sé el porqué de esto, de verdad.

—¿Recuerdas la promesa que me hiciste? —Entonces caí, por lo visto sí que era por lo de David.

—Así que, ¿has liado todo esto por David?—resoplé. —¿Qué? ¿Ya no recuerdas lo que hablamos?

—Sí, lo recuerdo perfectamente —bufé—. ¡Como para olvidarlo!

—¿Entonces?

—Joder, Klaus, ¿y tú esto no me lo sabes decir como una persona normal? ¿Tienes que montar todo este numerito? —nos quedamos en silencio—. ¿Tú me espías?

—No Jacqui. —Se pasó los dedos por el pelo—. Iba a ir a verte para darte una sorpresa y os vi, vi cómo te cogía por el brazo, como te abrazaba y como te besaba...

—¡Me dio un beso en la frente! —exclamé alucinada.

—Me da igual —me miró con el semblante serio—. ¿y el abrazo?

—Se estaba despidiendo ¡por Dios! —hablé exasperada—. ¿Cómo quieres que lo haga sino? ¿a escupitajos? —Mi comentario pareció hacerle gracia y empezó a reírse—. Yo no me rio, capullo.

—Pues yo sí, me parece gracioso—le miré frunciendo el ceño—¿Me lo hubieras contado?

—Pues sí—mentí—. Puede que hoy no, para que no reaccionaras mal, pero más adelante sí.

—¿Qué te ha dicho exactamente? —Se sentó a los pies de la cama, intentaba disimular que no me miraba los pechos, pero era un pésimo actor.

—Que no podemos ser amigos —vi como sonreía—. ¿Estás contento?

—Mucho.

—Pirado...—susurré—. ¿Piensas quitarme esto? —negó con la cabeza.

Se levantó de nuevo y empezó a desnudarse captando así toda mi atención. Instantáneamente me humedecí, Klaus se desnudaba despacio, pasándose las manos por su torso y sus abdominales. Yo suspiraba deseando ser yo quien lo acariciara, me abrió las piernas bruscamente gateando cual pantera hacia mí, esos ojos, esa forma felina de mirar, me acompañarán siempre, se puso sobre mí y sin más me penetró tan fuerte que eché mi cabeza hacia atrás.

—Dios Jacqui —susurró—. Si no te he tocado...

—¿Crees que hace falta que me toques para excitarme?

—Cómo me pones....

Y diciendo esto empezó a moverse al ritmo de una música indescriptible, fuerte, suave, fuerte, suave, para después penetrarme hasta el fondo con estoques que me hacían perder los pocos papeles que ya tenía. Deseaba tocarle como una loca, pero tenía mis manos en las dichosas esposas, aquel deseo se hacía insoportable, no paró hasta que le supliqué que ya no podía más. Me había dejado bastante dolorida, pero cada vez que notaba ese pinchazo en mi zona íntima sonreía.

Habían pasado tres días desde aquella noche en la que me había esposado y aún seguía doliéndome toda esa zona. Parecía una abuela cada vez que tenía que sentarme o levantarme. Aquella tarde había quedado con mis amigas para ponernos al día, Martina nos había adelantado que había quedado con un chico al que conocíamos de hacía tiempo, Laura seguía como siempre con Leo, ósea... bien. Hablamos un poco de todo, pero no dije nada sobre lo que Dana me había contado, debía ser ella y no yo quien contara esas cosas. —¿Qué te hizo qué? —Me miró Laura, con los ojos abiertos de par en par.

—Lo que oyes...

—Dios... ¿Por qué no iría yo al psicólogo? —susurró Martina apoyando la cara en sus manos.

—¿Y no te enfadaste? —insistió Laura.

—¡Pero como se va a enfadar! —interrumpió Martina—. ¡Es un puto Dios!

—Bueno, al principio un poco— aclaré vergonzosa—. Pero después ya no.

Miraba como Martina se recogía su pelo castaño en un moño, luego se puso un lápiz para sujetarlo, me miró con sus ojos color miel y me sonrió.

—¡Como vuelvas a meterte con tu karma te mato!

—No. —sonreí ante su comentario—. Ahora mi karma y yo nos llevamos de maravilla.

—Convenenciera —dijo Laura dando un sorbo a su refresco. Poco después salí de aquella cafetería en dirección a la tienda para recoger los regalos de Klaus. Hoy era su cumpleaños, cumplía veinticuatro, y yo no tardaría más que unos meses en cumplir veintiséis. Había decidido ir el último día a por sus regalos por miedo a que los encontrara, seguro que no los aceptaba o me echaría el sermón de que me había gastado mucho dinero, pero para eso estaba. El tener tanto dinero en el banco me hacía sentir mal, pues había tenido que pagar un precio muy alto.

Mi padre siempre había sido un hombre humilde y trabajador, desde que se casó con mi madre decidió trabajar por su cuenta y creó una pequeña empresa de construcción en la que principalmente trabajaban mis tíos y primos. Años después decidió adentrarse en un proyecto algo arriesgado, y para sorpresa de todos lo impensable ocurrió. La oferta más tentadora le había venido desde la mismísima Argelia, donde un magnate del petróleo le propuso la construcción de un hotel emblemático a las afueras de Blida, después de mucho sopesar aceptó la oferta y aquello le llevó a ir siempre con la maleta pegada a su cuerpo, vivía a caballo entre Francia y Argelia, con pequeñas paradas en España donde pasaba unos días al mes —cuando el trabajo no era excesivo—.

La suerte le sonrió, y se podía decir que nos había sonreído a todos, nunca habíamos vivido con dificultades económicas, está claro que siempre había temporadas en las que nos teníamos que apretar el cinturón, pero vamos... como todo hijo de vecino. Después todo eso cambió, el dinero empezó a llenar nuestras cuentas corrientes, cambiamos de casa por una más grande, nos compramos unos coches nuevos, y parecía que podíamos adquirirlo todo con solo un golpe de tarjeta. por suerte seguíamos siendo igual de humildes que siempre. Decidí irme a vivir sola y trabajar para sentirme mejor conmigo misma, mi hermano siguió estudiando y entrenando a fútbol a niños pequeños que eran su fuente de alegría. Pero todo tiene su contrapunto, y fue tener que aprender a vivir sin mi padre, a pasar fechas importantes solos, a

acostumbrarse a no echarle de menos, a que simplemente supiéramos que no iba a estar. Todos quedamos muy tocados con su marcha, y no volvimos a ser nosotros mismos. Hubiera preferido no tener nada, y ver a mi padre cada día, con sus días buenos y sus días malos, con sus neuras y sus cambios de humor «como yo» pero verle día a día, y no sentir ese vacío dentro que te hace sentir incompleta. Cuando mi padre no podía venir a casa, pero por asuntos de trabajo tenía que hacer una pequeña parada en Francia, mi madre iba a pasar unos días con él. A mí, si me pillaba en vacaciones hacia lo mismo, al igual que mi hermano. Me casqué el cogote nerviosa e intenté respirar, no se me daba demasiado bien lidiar con ciertas realidades de mi vida.

Entré en la tienda y el dependiente me sonrió, me recordaba de los días anteriores y sacó los regalos envueltos, le había comprado una Cámara profesional «Canon» con un objetivo más largo que mi brazo; según el dependiente era una autentica pasada y tenía absolutamente de todo. Yo, como no entendía de eso simplemente asentía, después se me ocurrió que, quizá, le gustaría tener también una cámara de vídeo, así que le compre una «Canon legria F406» azul; del mismo tono que sus ojos, creo que por eso la compré. Volviendo a casa pasé por delante de un escaparate, frené en seco y retrocedí... Se me empezó a ocurrir una idea, así que entré en el interior de la tienda y me hice con una corbata azul también del mismo color que sus ojos, mi idea empezaba a dibujarse y no podía sino reír. Llegué a casa y empecé a prepararlo todo, me guardaba el As en la manga que seguro que lo haría volverse loco. Dejé la cena en el horno, después de haberle preparado una tarta de chocolate blanco, su preferida, y me fui corriendo a ducharme.

Me extendí aceite de coco por el cuerpo, me ricé el pelo tal y como una de sus escenas favoritas de cine y me puse la corbata que le había comprado, unos tacones y me senté en una silla, levanté mis piernas cruzándolas encima de la mesa, tal y como Julia Roberts en Pretty woman, esperé repantigada en la silla en una postura nada sexy, cuando oí la puerta me enderecé, ya estaba empezando a tener frio, quizá debería haberlo esperado en una bata y quitármela cuando lo oyera entrar... fijo que después de aquella fabulosa idea acababa con unas anginas de campeonato, de esas que te llevan a tener casi cuarenta de fiebre, pero el amor es ciego o en este caso «idiota», de repente y antes de lo esperado apareció en mi campo de visión, lo miré de arriba abajo, llevaba unos pantalones vaqueros que le llegaban por las rodillas, unas sandalias y una camiseta de manga corta blanca, simple, pero maravilloso. Tenía el pelo engominado hacia atrás, no sé lo que llevaba en las manos, pero

se le cayó al verme y a mí se me olvidó respirar al ver lo hermoso que era, le hubiera hecho el amor con la ropa puesta. bueno, quizá lo hiciera, volví en mí cuando se relamió los labios, haciendo que una corriente de electricidad me recorriera la columna, ya estaba húmeda.

—Joder...

—Feliz cumpleaños señorito Grass —Vi con mis propios ojos como su pantalón iba quedándose pequeño en cierta zona por segundos, y tuve que aguantar la risa.

—¿Quieres matarme? —dijo dando unos pasos hacia mí, yo estaba al borde del desmayo...

—No es lo que pretendo —me sonrió—. Al menos, ahora. Empezó a sonreír de aquella manera tan bonita que hacía que toda mi piel se erizara y ardiera al mismo tiempo, y, sin poderlo evitar, me puse colorada. Cuando llegó a mi altura y se arrodilló nos quedamos frente a frente, mirándonos a los ojos, con suavidad me cogió de la punta de la corbata y me acercó a sus labios, besándome con tanta pasión que me mareé.

—¿Y esta corbata? —preguntó con sus labios rozando los míos.

—Para ti.

—Mmm —murmuró deslizando los dedos por mis pezones—. Me gusta el color.

—Es el color de tus ojos. —sonrió y pasó suavemente su mano por mi muslo hasta que algo le impidió el paso.

—¿Y esto? —se llevó las manos a la boca echándose a reír.

—Una parajita. Están muy de moda ahora, y como a ti te queda todo tan bien... Había pensado en que te gustaría tener las dos cosas, también es del mismo color de tus ojos.

—Siempre caes en cada simple detalle... serán mis favoritas —me sonrió—. Y no por el color, sino porque siempre que las mire, las roce, o las lleve puestas, recordaré donde las vi la primera vez, y sobre quién. Será una manera de llevarte conmigo.

—Entonces... Creo que he acertado al cien por cien—sonreí y acaricié mi cara con ternura, después paso los dedos por la corbata, y los guio hasta la pajarita que estaba en mi pierna, con suavidad la desató y la olió sin apartar los ojos de mí.

—Huele a ti, creo que esto no lo voy a lavar nunca. —Puso una mueca graciosa y sonreí, reguló la pajarita hasta quedar perfecta para su cuello y con cuidado se la colocó. —Ahora ya vamos los dos de gala; aunque, yo sigo

vestido...—sonreí como una idiota, aquel hombre me volvería loca, con determinación empezó a darme besos por el cuello dejando un reguero de mordiscos por donde pasaba, rozó con la punta de su lengua mi pezón y me estremecí, si no paraba ya, no podría controlarme y quedaban tres regalos escondidos.

—Aunque no es lo que me gustaría —suspiré—. Debo decirte que pares. —Me miró con el ceño fruncido, y pasé mis dedos por su frente para quitar la expresión de su cara—. Tienes que abrir primero los regalos, ¿no? —sonrió.

—Eso es lo que pretendo —susurró a escasos centímetros de mis labios, mientras los miraba con esos increíbles ojos—. Abrir mi regalo —dijo mientras dirigió sus dedos hacia mi sexo, mi corazón empezó a latir desenfrenadamente, pero como yo ya sabía qué iba a pasar, me preparé para no caer antes de tiempo—. ¿Qué es esto? —dijo cogiendo el posit que me había pegado en la vagina.

—El principio de un mapa —reí.

—¿Y por qué lo tenías ahí? —sonrió divertido.

—Porque sabía lo que harías...

—¿Qué quieres? —se encogió de hombros en un gesto dulce—. Entro y te veo desnuda con tacones y una corbata azul, como en mi escena favorita de Pretty Woman ¿Cómo quieres que reaccione? —empecé a reírme como una tonta.

—Bueno lo vas a leer ¿o qué? —insistí, se aclaró la garganta y leyó.

—«Como en El show de Truman será. Abre bien los ojos y lo encontrarás». —Me miró confundido y le indiqué que siguiera—. «Encuentra donde puede estar el objetivo que abarque el gran salón» —sonrió divertido, se levantó, puso los brazos en jarra y empezó a buscar, yo lo miraba divertida, me puse de pie tras él siguiendo sus pasos, levantó la vista y sus ojos se iluminaron—. ¡Ya sé dónde está! —Caminó rápido hacia el mueble de la cocina que era lo suficientemente alto como para abarcar el salón, si hubiera allí una cámara. Lo cogió y sonrió, había otro posit que dejó pegado en la isleta de la cocina para abrir el regalo, quito el papel con un nerviosismo que le hizo parecer un niño de diez años, cuando sus ojos se iluminaron me sentí feliz—. ¡Dios mío Jacqui, es una Canon legria, esta cámara de video es una pasada!

—¿Sabes de estas cosas? —pregunté sorprendida, pensaba que se manejaría mejor con las cámaras de fotos.

—¿Qué sí sé? —me miró sonriendo como no lo había visto nunca. Corrió

hacia mí abrazándome tan fuerte que me hizo daño, después me besó sin soltar la cámara de vídeo—. Y también azul —sonrió—. Muchísimas gracias, es más de lo que esperaba no deberías...

—Para—le interrumpí— No has leído el otro posit. —sonrió, volvió a la isleta de la cocina y lo despegó.

—«Si una imagen quieres recordar, algo deberás encontrar» —Me miró con ojos felinos y me derretí—. «Si quisieras sacar una foto de mi mejor perfil, ¿Dónde te pondrías?, “la repuesta te espera”» —Me sonrió y dio unos pasos hacia la puerta, me senté en la silla, poniéndome tal y como estaba cuando él había entrado—. Así que tu mejor perfil ¿eh? —Me sonrió otra vez, pero con esa sonrisa de medio lado que tanto me gustaba, esta vez no hizo falta buscar, fue directo hacia la televisión, y sacó otra caja, su cara era un poema.

Le miré sonriendo, arrancó el otro posit que había y volvió a mirarme, lo dejó en la mesa y se apresuró a abrir el regalo. Jamás podría describir la expresión que se dibujó en su rostro, como me miró aquel día, en aquel momento no había mujer más feliz en el mundo que yo, Klaus tenía los ojos abiertos de par en par y sin esperarlo me sonrió, esta vez no me dijo nada. Caminó hacia mí sin pestañear y cuando me tuvo frente a él, pasó sus dedos por mis mejillas, mirándome como si nunca me hubiera visto, los ojos, la boca, el pelo, miraba todo con atención como si acabara de descubrir algo. La respiración se me cortó y empecé a sentir como me fallaban las piernas, si seguía así acabaría por caerme, sin darme tiempo a parpadear me besó, suave y dulcemente, mordéndome los labios con pequeños y dulces mordiscos que me pusieron la piel de gallina.

—No sé cómo agradeceréte, yo...

—Te falta otro posit —sonreí.

—¿Cómo sabías que quería una Canon profesional? —dijo con el posit en la mano sin leerlo.

—No lo sabía —me encogí de hombros—. Le dije al dependiente que quería la mejor que tuviera y me dio esta. —Me sonrió dulcemente y leyó el último posit.

—«Ya no se me ocurren más refranes, estás a punto de llegar y estoy nerviosa —me miró riéndose— Pero qué mejor sitio para utilizar tu cámara, que este...» —me miró frunciendo el ceño y miré el suelo. Allí había un sobre, justo en el mismo sitio donde encontró la nota que había dejado David, quería sustituir el recuerdo por otro más especial, se acuclilló cogiendo el sobre y lo abrió—¿Me has matriculado en un curso profesional de fotografía?

—me miró desde el suelo, y asentí—Dios mío —susurró mientras se limpiaba los ojos, yo me quedé helada ¿Acaso no le había gustado?

—¿No... —tartamudeé—. No te ha gustado?

No me contestó, se levantó sin quitarme los ojos de encima y dio dos pasos hacia mí, me levantó haciendo que rodeara su cintura con mis piernas, y durante unos segundos apenas respiramos. Ni siquiera nos habíamos besado aún ya que no podíamos dejar de mirarnos, me llevó a la habitación y me dejó sobre la cómoda, acarició mi mentón y mis labios con sus dedos y, con suavidad se puso entre mis piernas sin apartar los ojos de mí. Estaba empezando a ponerme nerviosa cuando me besó suave, tan suave que dolía, después besó mi cuello bajando por mis pechos, volví la cara y nos vi reflejados en el espejo, y sorprendentemente me excitó, volvió a besarme, y cuando iba a quitarse la camiseta le paré.

—No—susurré en sus labios— déjate la ropa puesta, estás impresionante.

—Eso es la pajarita —susurró sonriendo.

—Eso será. —lamí sus labios para su sorpresa—. Con ropa o sin ropa te haría el amor millones de veces.

—Viciosa —me dijo sonriendo, después estiró de mi corbata hasta que nuestros labios se encontraron.

Desabroché el botón de su vaquero y le acaricié por encima del bóxer, él acariciaba mi intimidad como si fuera a romperse. Esa dulzura me extasiaba, nos acariciamos durante un buen rato, poco después abrió un poco más mis piernas y me penetró suave y dulcemente, pero a diferencia de su dulzura al penetrarme, sus labios me besaban con pasión, con muchísima fuerza. Luego ocultó su cara en el hueco de mi cuello y rodeé su cintura con mis piernas apresándolo a mí, miré hacia el espejo y nos vi. Su tremenda masculinidad irradiaba por los cuatro costados, veía cómo me penetraba con ese movimiento suave, como si de una danza se tratara, notaba sus músculos en tensión y eso me volvía loca, veía mis piernas rodeando su cintura, sin poderme creer que aquel hombre estuviera haciéndome el amor a mí, porque esta vez, me estaba haciendo el amor. De repente, me encontré con sus ojos en el reflejo y me sonrojé. siguió sin detenerse y ambos nos mirábamos en el cristal, tuve que cerrar los ojos porque aquel erotismo estaba empezando a debilitarme, sentí como me elevaba de la cómoda y me dejé llevar, me tumbó suavemente en la cama para después desnudarse frente a mí, se quitó todo excepto la pajarita, eso me hizo reír. Me volvía loca cuando se desnudaba de

aquella manera, porque conseguía que lo deseara aún más, una vez desnudo se arrodilló en la cama y empezó besándome desde los pies, subiendo por mis piernas, mi intimidad, mi estómago, mis pechos... recreándose allí lo suficiente como para hacer que me retorciera de placer. Subió por mi cuello para terminar en mis labios, todo tan absolutamente dulce y suave que si no fuera porque tenía los ojos abiertos hubiera pensado que era otro. Se pegó a mi cuerpo desnudo y anhelante de él, regalándome millones de caricias, nuestras bocas se perdieron en el beso más dulce del mundo; y como si se tratara de una primera vez me penetró de nuevo suave y despacio, sintiendo como cada centímetro de él se hundía en mi interior. No deseaba que fuera más rápido, ni más brusco, aquello estaba siendo impresionante, me acariciaba como si fuese de cristal y fuera a romperme, ¿sería por los regalos? Era tan raro verle así, que no pude evitar que aquello me encantara. Klaus se movía suavemente, deleitándose con el suave roce de nuestros cuerpos, yo acariciaba muy suavemente su espalda con mis dedos, notando todos sus músculos bajo mi piel, seguí con mi dedo índice el camino de su columna vertebral, para después devolver mis manos a su cuello, el gemía en mi oído, buscó mis labios y me besó, nuestros ojos se encontraron, y me miró como si nunca me hubiera visto, ¿Qué estaba pasando? Tenía sus pupilas dilatadas por la excitación y sonreí, besó mi sonrisa y eso casi me hace llorar. Oculté mi cara en su cuello, estaba demasiado abrumada, estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no decirle que le quería, pero lo quería y más de lo que me gustaría para el poco tiempo que llevábamos, se siguió moviendo despacio, parecía estar disfrutando, su cuerpo estaba completamente pegado al mío éramos uno, empezó a hacer movimientos circulares con su cadera rozando mi punto sensible.

—Jacqueline —jadeó en un susurro, lo miré— bésame.

Lo miré durante unos segundos, sus labios estaban rojos por el continuo roce con los míos, pasé mis dedos por ellos y el los besó. estaba con los codos a cada lado de mi cabeza y vi sus brazos que tanto me gustaban y tan protegida me hacían sentir. Le miré fijamente y sin apartar los ojos de él, besé la cara interna de su brazo. Dejé un reguero de suaves besos por esa zona tan sensible desde un poco más arriba del codo, hasta su axila, su perfume me embriagaba, para aquel entonces había cerrado mis ojos y besaba su piel como si de sus labios se tratase, sabía que me estaba mirando y sé que le gustaba por los gemidos que desprendía. Fui haciendo un camino de besos hasta que llegué a la altura de su corazón, entonces abrí los ojos para encontrarme con los

suyos que tenían un brillo que jamás había visto, se movió un poco más y me contraje echando mi cabeza hacia atrás, soltando un suave gemido, sin más empezó a convulsionarse, ambos alcanzamos el clímax juntos.

Klaus dejó la cabeza reposando entre mis pechos, yo le acariciaba la espalda y el pelo. No hablábamos, no hacía falta, el silencio nos reconfortaba. Me besó tiernamente un pecho y el pulso se me aceleró, sonrió al notarlo y me ruboricé como una idiota —Gracias Jacqui —dijo sin levantar la vista— aunque no deberías haberte gastado tanto dinero, no me hace sentir bien.

—Déjate de rollos Klaus, sabes que odio cada puñetero euro que tengo en esa cuenta, si no puedo gastarlo con la gente que quiero —levantó la vista y me miró.

—Así que... Me quieres —alzó una ceja y me eche a reír—. Podrías donarlo a obras benéficas.

—Ya lo hago— susurré bastante incómoda. No pude evitar recordar ciertas cosas.

Nos miramos en silencio durante un rato.

—¿Sabes?, nunca me habían besado así, y mucho menos ahí.

—Pues ya está inaugurada esa zona —me sonrió—. Feliz cumpleaños señorito Grass.

—Miss Jacqueline —agachó la cabeza a modo de reverencia, me eche a reír—¿Cuál es la canción esa que tarareas tú siempre? —se incorporó y fue a por su móvil.

—¿Cuál de todas?, Tarareo muchas.

—Esa en la que siempre cierras los ojos—sonreí al instante.

—What a Wonderful World, de Louis Armstrong.

Empezó a buscar algo en su móvil, de pie ante mí, completamente desnudo, como si aquello no pudiera afectarme, me incorporé para poder verle mejor.

—¿Cómo diste con ella?—preguntó sin mirarme.

En ese momento, la mente me había dejado de funcionar, es lo que pasaba la mayor parte del tiempo que estaba con él, sobre todo si estaba ante mí con su espléndida desnudez de dios griego, ignorando por completo lo maravillosamente perfecto y perturbador que puede llegar a ser, sentí su mirada y cuando levanté mis ojos me encontré con los suyos que me miraban divertidos.

—Salía en una película de Brad Pitt, “¿Conoces a Joe Black?”, la tocaba una gran orquesta, solo instrumental, sin letra, me puso los pelos de punta solo

con el primer acorde, estuve años buscándola hasta que la encontré, aún recuerdo la escena, en un prado, cerca de un lago, unas carpas blancas preciosas, todo iluminado con pequeñas luces, adoro las luces... sobre todo hay un trozo de la canción en la que principalmente son saxos los que tocan y hace que me emocione de una manera increíble —cuando le miré me miraba con una mirada llena de ternura que me sobrecogió —¿Qué?

— Tu cara —sonrió—, eres preciosa.

Me ruboricé, ¿Por qué estaba tan tímida últimamente? De repente empezó a sonar la canción, dejó su móvil en la cómoda y me tendió la mano. Lo miré divertida, me levanté a la misma vez que empezó a sonar la voz de Louis, estábamos desnudos salvo la corbata que seguía llevando yo en mi cuello y su pajarita. Me cogió la cintura con una mano y me acercó a él, puso la otra en mi cuello mientras yo ponía una mano en el brazo que me rodeaba la cintura y la otra mano sobre la suya que me cogía fuertemente de la nuca, empezamos a bailar siguiendo el ritmo de la canción, yo la tarareaba y él me sonreía. Esa canción me hacía soñar, despertaba en mí emociones contradictorias, pero me emocionaba tanto que era una sensación indescriptible escucharla, y ahora que lo hacía con él desnudo, mientras bailábamos, aún tenía una connotación más increíble, llegó el momento del instrumental en la que predominaba el saxofón, poniéndome la piel de gallina, me soltó y me dio una vuelta volviendo a apretarme a él.

—Esta canción será la primera que suene en mi boda. —Se echó a reír—
¡No te rías!

—Eres muy graciosa.

—¿Te burlas de mí? —alcé una ceja.

—Para nada —me acarició los labios—. ¿Sabes? Tienes razón, la canción es muy bonita, puede que también este en mi boda.

Le miré divertida y volvió a sonreírme, bailamos aun cuando la canción había terminado. Poco después salimos al salón y cenamos entre risas y vino, la tarta le encantó ya que se comió más de la mitad en apenas unos minutos. Yo lo miraba babeando, ¿Cómo podía ser tan maravilloso haciendo la cosa más simple del mundo? Volvimos a la cama agotados y nos quedamos dormidos en pocos segundos, no sabía qué hora sería cuando desperté de golpe, el nudo que llevaba teniendo dentro desde que me había hecho el amor se rompió.

Me levanté haciendo el menor ruido posible, Klaus estaba profundamente dormido boca abajo en la cama, me metí en el cuarto de baño y me refresqué la cara, conocía muy bien esa sensación. Era ansiedad, la que había padecido

los años que estuve enferma, ¿a qué venía? Ahora era feliz. Me aceptaba a mí misma, incluso había aprendido a quererme, ¿Por qué ahora? Empezó a fallarme el aire, sentía presión en mi estómago, tanta que me arrodillé abrazando mis piernas, cuando me di cuenta estaba llorando, llorando como si me acabaran de dar la peor noticia de mi vida, y lo extraño de todo era que no me pasaba nada. Ahora mismo estaba siendo feliz, demasiado feliz, tenía algo entre pecho y espalda y fue entonces cuando recordé la voz de mi psicólogo aquella última vez que lo vi hacia unos años atrás: «No te aconsejo que dejes de venir Jacqueline, aunque eres fuerte, estás acostumbrada a lidiar con la rabia, con la tristeza, no con la felicidad, y la felicidad puede ser demasiado abrumadora, tanto que hasta puede hacerte daño, si no sabes aceptarla»

En aquel momento pensé que el chalado era él y no yo, ¿Quién podría no aceptar la felicidad? Ahora lo entendía, quizá demasiado. La gente que no sabía mi pasado jamás pensarían que en un momento de mi vida fui una persona triste, deprimida y sin ganas de absolutamente nada y aunque eso ahora quedaba bastante atrás al recordarlo, todo en mí parecía volver a aquel entonces. Una parte de mí seguía unida a esa chica que siempre vestía de negro, y lo estaría por siempre, ya que como me dijeron en terapia, nunca me repondría psicológicamente del todo. Siempre tendría que estar luchando contra aquella voz en mi cabeza que me hacía creer que yo no valía nada, siempre tendría que estar al tanto de por qué estaba triste y por qué no, y eso era tremendamente agotador cuando me paraba a pensarlo. Apoyé mi espalda en la bañera y me rodeé mis piernas con los brazos y lloré y lloré.

—¡Jacqui! —me gritó Klaus arrodillándose ante mí—. ¿Qué te pasa? ¿Qué ha pasado? —Me miraba aterrado.

Entonces supe porque estaba así, en mi vida había deseado a nadie tanto como a Klaus. Puede que David se le acercara, pero ahora me daba cuenta de que no, estaba acostumbrada a ser yo la que sentía, la que amaba, y siempre me sentía vacía, siempre quería más, y, por primera vez estaba completa, no aspiraba a sentir más, porque era imposible sentir más. Los fallos con mis otras parejas eran insignificantes, porque sabía que algo mejor, algo que me haría sentir más, estaba por venir. Pero después de estar con Klaus, no quería estar con nadie más, porque con él estaba sintiendo todo lo que yo tanto anhelaba. Ese deseo tan fuerte que tu cuerpo se separa de tu mente y reacciona a su tacto antes de que tu cerebro pueda pensar, y luego mi mente, aquello que me hacía ser coherente estaba profunda y locamente enamorada de él, lloraba por miedo, por terror, y porque, por primera vez en mi vida, no deseaba más.

—Jacqui —Me zarandeó—. Mírame —levanté la vista—. Cuéntame, ¿Qué ha pasado?

—Yo... —tartamudeé—. Yo te quiero Klaus, te quiero mucho. Tanto que me duele. —Rompí a llorar y me abrazó muy fuerte, pero no me contestó. En aquel momento estaba tan abrumada que no me di cuenta, ahí cometí mi primer error.

Klaus

La abracé fuertemente contra mi pecho, acababa de decirme que me quería, y yo no pude contestar, yo mismo había estado a punto de hacerlo horas antes cuando le hacía el amor de esa manera... pero algo me impedía hacerlo.

Crecí con mi madre, una mujer que sentía aberración por el amor y me educó en ese pensamiento. Quizá por eso no sabía relacionarme con la gente, por eso me llevó a un psicólogo en mi adolescencia, por eso y porque no soporté la marcha de mi padre. Eso me llevó a encerrarme en mí mismo y en mis obsesiones. Tras una temporada de duro tratamiento, consiguió un cambio en mi actitud, aunque siempre tuve claro que no quería enamorarme. No debía enamorarme. Cualquier cosa que me llevara al estado mental en el que había visto a mi madre me daba un tremendo pavor, por no llamarlo asco. Y el amor era algo que siempre me recordaba a ella. Ahora me veía sin salida, encerrado en un bucle del cual no podía salir, no quería salir, no debía enamorarme, no al menos como lo estaba de Jacqueline.

Mi estado de ánimo dependía de su sonrisa, de sus caricias. Me pasaba el día pensando en ella, y cuando estaba con ella pensaba en que me gustaría quedarme allí eternamente. Ya no era racional, me había vuelto celoso, posesivo; y aunque a ella no parecía importarle, yo vivía en una lucha continua. Quería saber dónde estaba y con quien, y el no saberlo me volvía loco, ¿Quién era yo?

Carol siempre me decía que por mucho cuerpo que tuviera, seguía siendo un crío inmaduro que no sabía lo que decía, yo no pensaba lo mismo. Aunque muchas veces no vemos nuestros propios fallos, vi cómo mi madre se rompió cuando mi padre la dejó y volvió a Alemania. Jamás se repuso, coqueteó con el alcohol, y cuando estaba en plena borrachera no se cansaba de darme el mismo sermón una y otra vez hasta que caída dormida en el sofá. Aún podía escuchar sus palabras si cerraba los ojos y me concentraba: «No te enamores nunca. No hasta el punto de creer que sin la otra persona los días no serían días y las noches serían eternidad»

Había salido con alguna chica cortas temporadas, pero siempre acababan dejándome por mi dejadez en cuanto a sentimientos más profundos, y ahora era incapaz de darle mi teléfono a una de las farmacéuticas a la que veía diariamente cuando hacía los pedidos o los entregaba. Ella hacía todo lo posible para tocarme, y coquetear, pero yo no la veía, aunque estuviera frente a mí. solo Jacqui estaba en mi cabeza, me hacía sentir genial, y tenía el mejor sexo de mi vida. No sabía que el sexo con amor pudiera ser tan increíble. Me sorprendió que ella no me mirara mal al azotarla con mi silencio ante aquella confesión. Pero agradecí que no dijera nada, aunque en mi cabeza no hacía más que gritar; «Yo no te quiero, yo te amo», pero lo callaba en lo más profundo de mí. la cogí en brazos y nos metimos en la cama. Tenía claro que debía hacer algo.

Jacqueline

Habían pasado tres semanas desde el cumpleaños de Klaus y ya tenía olvidada la llantina de aquella noche. Estábamos a primeros de julio y ya hacía mucho calor. Con Klaus todo iba a las mil maravillas, ya no se ocultaba para hacer fotos, y eso me tenía hasta las narices. Le daba igual lo que hiciera o como fuera vestida, él estaba todo el día fotografiándome, y yo ya estaba empezando a perder la paciencia.

ran las doce del mediodía cuando sonó el tintineo de la puerta, levanté la cabeza y una cara que me resultaba conocida caminó con paso decidido hacia mí, ¿de qué me sonaba? Dio los últimos pasos contoneándose, cosa que me hizo alzar las cejas, se echó su larga melena negra a un lado y apoyó los codos en el mostrador, miré sus rasgados ojos orientales y forcé mi mente para intentar recordar.

—Buenos días —dijo sonriéndome.

—Buenos días, ¿Qué desea?

—Venía a informarme de las clases de Pilates, los horarios, la matrícula y demás.

Le sonreí y me levanté a por el calendario de clases, se lo entregué quedándome de pie frente a ella, sentí su mirada escrutadora. Yo intentaba ignorar aquella intromisión, pero me lo estaba poniendo verdaderamente difícil, se echó a reír y clavé mis ojos en ella, no era una risa burlona, más bien cómplice. Nos giramos las dos al oír el tintineo de la puerta, frente a nosotras había una chica visiblemente nerviosa, pero esta vez sabía perfectamente quien era, llevaba su pelo negro en una coleta, unas mayas negras y una camiseta de tirantes rosa. Nos miró a las dos de arriba abajo, tragué saliva, no sabía quién era yo, y eso me alegró. Salí del mostrador y la miré.

—Quien de las dos es la zorra —dijo fuera de sí, no cabía duda de que se refería a mí.

—Si no eres más concreta... —dijo la morena a mi lado, aún apoyada en el mostrador— aunque yo aquí no veo una zorra, veo tres. Se me escapó la

risa nerviosa al ver que se había incluido en el pack, Lorena me miró fijamente.

—¿Quién es Jacqueline?

—Soy yo —dije con una voz demasiado tranquila para lo nerviosa que estaba en esos momentos. Volvió a mirarme y dio unos pasos hasta poner su frente pegada a la mía, no me moví, no le tenía miedo.

—Así que tú eres la puta que se folló a mi novio —me miró de arriba debajo de nuevo, aunque para hacerlo tubo que apartarse un poco de mí.

Le sonreí irónica y me crucé de brazos.

—¿Qué quieres?

—¿Y aún lo preguntas? —gritó—. Sigues follando con él, ¿verdad?

—¿Qué?, pero ¿qué dices?

—¡A mí no me mientas y más a la cara! —me señaló con el dedo—. He venido aquí porque necesitaba oírlo de tu boca.

—No sé qué habrá pasado, pero no sé nada de David desde hace mil ¿Qué narices quieres?

—¡Mentira!

—¿Estás loca o qué? —Esta vez fui yo quien avanzó hacia ella—. No sé nada de David porque tú se lo prohibiste, cosa que entiendo. Pero no tienes derecho a venir a mi puesto de trabajo a montarme este show. Primero porque no es a mí a quien se lo tienes que preguntar, sino a él, y segundo, vienes aquí para preguntarme algo que tú sola te contestas. —Cogí aire—. No me he acostado con David desde aquella vez, y ojalá no hubiera pasado nunca.

—Me miró fijamente.

—No vayas de buena conmigo —escupió—. Sé que sigues loca por él. —Una voz interrumpió a mi espalda.

—Tú estás loca, ¿has visto el pedazo de novio que tiene Jacqueline? —pude ver una sonrisa lasciva en su cara y fruncí el ceño—. Te puedo asegurar que, hasta tú, te humedecerías las bragas si lo vieras. Deja de decir gilipolleces, seguro que estás en lo cierto en cuanto al golfo de tu novio, pero esta vez te equivocas de persona. «¿Has visto el pedazo de novio que tiene Jacqueline?», ¿conocía a Klaus?, ¿Qué pasaba? Las dos miramos a la morena asiática que nos miraba aburrida, acababa de soltar una bomba como aquella y estaba tan pancha. Había un silencio incomodo hasta que se oyó la puerta de nuevo, Klaus entró tan perfecto como siempre, con la mirada distraída, cuando paró en seco al vernos allí a las tres. Me fijé cómo miraba a la morena asiática que estaba unos pasos detrás de mí y fruncía el ceño, él la conocía, de

eso estaba segura. Luego miró a Lorena quien estaba prácticamente con los puños, ella aflojó el gesto cuando Klaus se puso frente a ella, pude notar como lo miraba... y me recordó a mi misma mirándolo así cuando lo vi en aquella sala de espera hacia unos meses atrás, parecía un modelo de Armani o algo parecido, le hubiera hecho el amor allí mismo.

—¿Qué pasa aquí? —habló y Lorena dio un respingo.

—Aquí, la Sherlock Holmes —contestó la asiática—. que está buscando a la zorrilla que se tira su novio.

El volvió a mirar a Lorena esta vez de arriba abajo, ella se sonrojó y yo sonreí, no podía enfadarme, despertaba ese deseo en todas.

—¿Así que tú eres la novia de David? —Ella asintió—. ¿Qué quieres?

—Venía a hablar con Jacqueline. —Ya, sí, claro—. Necesitaba saber si ella y David... —No terminó la frase, la penetrante mirada de Klaus la intimidaba.

—Continua— habló el visiblemente tenso.

—Si están...—dudó—. Acostándose juntos —dijo tan bajito que tuve que hacer esfuerzos para escucharla.

—¿Y bien? —dijo mirándome cruzándose de brazos. Vi como Lorena daba un suspiro a verle en esa postura.

—¿Me preguntas a mí? —me sorprendí—. ¿Cuándo? Si cuando no estoy aquí, estoy contigo —dije tranquilamente.

—Lorena... —dijo él volviendo la mirada hacia ella—. Estoy al corriente de lo que pasó entre ella y...—Noté como se le tensaba la mandíbula—. Tu novio, pero debo de decir que si se está acostando con alguien no es con mi novia. —¿Novia? Ains como me gustaba esa palabra en su boca—. Puedo asegurarlo porque pasamos todo el día juntos, bastante... entretenidos. —Torció su boca en una sonrisa que hizo que me humedeciera, y por la mirada atónita de Lorena estaba segura de que también. Me giré para mirar a la morena que parecía divertirse la situación—. No hay tiempo en el que Jacqui pueda estar con tu novio.

—Vale, lo entiendo. —Me miró de soslayo.

—Ya te lo había dicho —dijo entre risas la asiática que ahora parecía no quitarle ojo a Klaus.

Sin más dio la vuelta y lanzando una mirada a Klaus salió por la puerta del gimnasio.

—¿Qué estás haciendo aquí Carolina? —dijo Klaus acercándose a nosotras.

¿Carolina? ¡Joder! ¡Ya sabía quién era! la chica asiática de las fotos ¡¿Cómo había podido no acordarme?!

—Vamos Grass, relájate —dijo sonriendo—. Solo tenía curiosidad por ver cómo era en persona. Tantos elogios he de decir que eran ciertos, es una auténtica preciosidad —sonreí avergonzada.

—Jacqui, esta es Carolina —me cogió por la cintura—. Una buena amiga. —Noté una mirada rara que no supe descifrar.

—Encantada. —Le di dos besos, aunque una punzada de celos sacudió mi cuerpo. De repente, me entraron ganas de arañarla, genial, ahora me había vuelto esquizofrénica.

—Iba a llamarte ahora —dijo Klaus, pero no a mí—. ¿Te viene bien que tomemos un café?

—Claro, Grass —sonrió de una manera que no me gustó—. Estaba por la zona por si te veía, tienes el móvil apagado.

—No tiene batería. —Lo sacó de su bolsillo y me lo dio—. ¿Podrías ponerlo a cargar? En un rato vendré a por él.

Yo asentí sin hablar, no quería ser paranoica, pero haber visto aquellas fotos de ella no ayudaba en nada a que estuviera más tranquila. La había visto desnuda, en mil posiciones, y por si aquello no era bastante estresante, esa mujer era increíblemente sensual. Pero no era en sí las fotos, de las que, por cierto, Klaus no había nombrado, ni cuando lo sometí a un tercer grado, — intenté sonsacarle sobre qué había fotografiado a ver si saltaba la liebre y me contaba los desnudos, pero nunca lo mencionó—. Era el hecho de lo que sentía cuando ambos estaban callados, había algo flotando en el aire, y lo que más me inquietaba es que notaba a Klaus nervioso e incómodo. Siguieron hablando, pero me desconecté de aquella conversación para mirar con más detalle sus gestos, poco después me besó, antes de dejar que se fuera la agarré del brazo y me miró fijamente a los ojos.

—Antes de irte, ¿podrías mirarme una cosa del ordenador? —susurré ignorando la mirada de aquella mujer. Klaus asintió y se adentró junto a mi dentro del mostrador.

—¿Qué le pasa? —dijo toqueteando con el ratón varias cosas de la pantalla.

Miré a la muchacha que desvió la mirada hacia la puerta, cuando miré de nuevo a Klaus, él me estaba mirando con el ceño fruncido.

—Esa chica sale en unas fotos que vi en tu ordenador —susurré a lo que el abrió los ojos de golpe—. Las vi de casualidad... —¿Has estado

husmeando en mi portátil?

—¿Qué parte de «las vi de casualidad» no entiendes? —inquirí nerviosa. Su mirada pasó de ser seria e intimidante a ser divertida.

—No tienes por qué estar celosa —susurró mientras besaba mi mejilla—. Es solo una amiga, luego hablamos ¿vale?

—No me fío de ella —añadí disimulando como podía las ganas de saltar el mostrador y arañarle su perfecta cara.

—Pues entonces, tendrás que fiarte de mí —dijo dándome un beso en los labios, dando por finalizada la conversación. Vi cómo salía del mostrador y me embelesé durante unos segundos mirando su perfecta espalda. La chica le sonrió cuando lo tuvo frente a ella, miré hacia otro lado pese a que sentía los ojos de aquella mujer en mi cara. Seguramente querría despedirse, pero si tenía que pasar por el suplicio de tener que mirarla a la cara otra vez, antes prefería cortarme una vena. Segundos después, ambos salieron por la puerta justo cuando entraba Bea, se saludaron cuando Klaus mantuvo la puerta abierta para que ella pasara. Me miró, me guiñó un ojo y desapareció de mi vista, noté como aquella rubia de ojos verdes que tenía ante mí, se sonrojaba.

—Dios Jacqueline —suspiró dejando las bolsas debajo del mostrador—. Menudo hombre, de verdad que...—sonreí y caminé hacia ella dándole vueltas al móvil, lo puse a cargar y me quedé mirándolo—. ¿Qué pasa? —preguntó apoyándose en la impresora—. Estás rara.

Bea tenía la habilidad de poner palabras a mis silencios. —¿Has visto la chica que ha salido con él? —asintió—. Es la chica de las fotos que te dije.

—¡Vaya!

—Es su amiga —susurré. Quizá me lo dije a mí misma más que a Bea, pero de todas formas me escuchó.

—¿Te la ha presentado?

—Sí, bueno ella ha venido para ver las clases de Pilates. Aunque cuando ha llegado Klaus ha reconocido que ha venido para ver cómo era yo «tantos elogios he de decir que eran ciertos, es una auténtica preciosidad» —dije imitando sus palabras.

—Eso es bueno.

—Sí, supongo —dije pensativa.

—Pero...—añadió, me conocía demasiado.

—No sé, hay algo raro en todo esto. —Me pasé la mano por los ojos—. Además, me dice que es una buena amiga y jamás me había hablado de ella, ¿soy a la única que no le cuadra?

—Bueno, quizá fueron pareja y no quiere decírtelo para que no te comas la cabeza.

—Así no ayudas, Bea— espeté nerviosa.

—Es verdad. —Me acarició la cabeza—. Quizá sea una amiga y ya está. Klaus es muy reservado, puede que ni haya caído en decirte nada, no le des importancia.

—¿Crees que se habrán acostado?

—¿Estás celosa Jacqui? —preguntó con una sonrisa irónica. —No, ¡qué va!, ¿Por qué iba a estarlo?, ¿Solo porque esa chica se parece a Lucy Liu y tiene un cuerpo de modelo de talla 34?, ¿Por qué quien me tomas? Celosa yo... ¡Anda ya!

Se echó a reír contagiándome, volví a mirar su móvil.

—No serás capaz... —la miré sorprendida.

—¿Qué eres Edwart Cullen, ahora o qué?, ¿Quieres dejar de leerme la puñetera mente?

—Pues deja de tener esas absurdas ideas. —Se cruzó de brazos—. Además, hasta un tonto se daría cuenta de tus intenciones.

—No te soporto cuando vas de lista.

—Ni yo cuando haces la idiota,—nos miramos durante unos segundos y nos echamos a reír.

—Por cierto, hemos tenido una inquietante visita hoy. Y así empecé a contar lo que había pasado antes de que llegara Klaus, estábamos inmersas en una conversación de David cuando sonó mi móvil.

—¿Sí?

—¡Jacqui! —reconocí la voz de Dana, estaba nerviosa. —¿Dana?

—Sí, necesito que vengas a por mí por favor —Empezó a llorar.

—Ahora mismo voy, pero dime ¿Estás bien? —Estaba a punto de llorar de los nervios.

—Sí, pero por favor ven ya, estoy en mi casa —colgó.

Bea me lanzó las llaves de mi coche que estaban a su lado, le pedí que informara a Klaus de lo que había pasado y salí escopeteada de allí. Fui lo más rápido que pude, no sé si fue casualidad, o qué, pero los astros se habían alineado para darme por saco, (por lo menos no habían liberado a los titanes...) porque la mañana no hacía más que empeorar, y los atascos no ayudaban a que me calmara lo más mínimo. Frené en seco, cuando vi a Dana sentada en los escalones del patio de su casa, rodeada de maletas. Salí del coche y corrí hacia ella, cuando me vio se lanzó a mis brazos llorando.

—¿Qué ha pasado?

—He llegado antes de lo esperado al piso, y he pillado a Iván con otra en nuestra cama—abrí los ojos de golpe—ha sido impactante la verdad.

—¿Y qué has hecho?

—Pues la verdad... Es que he respirado aliviada, al menos no soy la única que ha echado a perder la relación. Me he ido a dar una vuelta mientras la chica se iba y se vestía. Después he subido a casa y hemos estado hablando, pretendía que le perdonara. ¿Te lo puedes creer? —me mordí el labio. De ese patán me creía cualquier cosa—. Así que le he contado lo que yo hice, la verdad, y no quieras saber cómo se ha puesto.

—Bueno, cálmate—acaricié su cabeza—. Esto tarde o temprano iba a pasar, ¿te vas del piso?

—Sí —Se secó las lágrimas—. prefiero irme yo.

La miré detenidamente, estaba demacrada y visiblemente más delgada. Tenía sus ojos miel hinchados y rojos de llorar, llevaba el pelo a la cara, cosa rara en ella, pues solía llevarlo recogido, sentí como temblaba y la rodeé fuertemente entre mis brazos, cuando nos separamos le quité un mechón y se lo puse detrás de la oreja, fue entonces cuando vi que tenía el mentón hinchado. Al ver mi mirada se apartó, pero la cogí del codo antes de que se separara lo suficiente y giré su barbilla, tenía toda la parte derecha, desde el ojo hasta el labio ligeramente hinchado, por la zona del ojo se estaba empezando a poner amarillento, le había pegado. Apreté la mandíbula mientras le acariciaba las mejillas, un fuego que jamás había sentido se empezó a adueñar de mí.

—Jacqui, de verdad que no es lo que parece, en serio. —Vayámonos. — No la dejé continuar—. Ayúdame a meter las maletas. Iremos a mi casa. — Asintió, sabía que no era el mejor momento para llevarme la contraria, metiendo las maletas vi que en una bolsa llevaba un bate de béisbol —¿Y esto? —la miré con el bate en la mano.

—Me lo compré cuando fuimos a Nueva York, es un recuerdo —me sonrió, y me dolió verle media cara marcada.

Me metí en el coche y tiré el bate en el asiento de atrás, para mi suerte, Dana no me había visto. Hicimos el camino en silencio, no podía mirarla, no así. Ella tampoco lo hacía, tenía la mirada perdida en la ventanilla, aunque apostaba a que no veía nada, la miré de soslayo y vi como lloraba, puse mi mano sobre la suya y me sonrió. —Todo irá bien —le sonreí—. Ya lo verás.

—Lo sé.

—Dana —me miró—¿Qué ha pasado exactamente?, ¿Te ha pegado?

—No, hemos discutido muy fuerte, y se ha puesto un poco violento, nada más.

—¿Nada más?, ¿Y tu cara?

—Me ha dado un leve empujón, y he tropezado y me he dado contra el mueble del salón —resoplé indignada—. ¡Sé que suena a excusa! Joder Jacqui... Te estoy diciendo la verdad. Jamás dejaría que nadie me pusiera la mano encima, ¡Antes le corto los huevos!

—Pero te ha empujado—susurré.

No dijo nada más, e hicimos lo que quedaba de camino en silencio. No sabía qué pensar. Por una parte, creía a mi amiga, y la conocía de sobra como para saber que jamás aguantaría un comportamiento así; aunque también pensaba que nunca podría estar con un tipo como aquel y había estado, todo era realmente confuso.

Aparcamos debajo de casa, y subimos las maletas en un incómodo silencio. Dejé el bate en la parte de atrás del coche, por suerte, Dana estaba tan en su mundo que ni siquiera mantenía la mirada en algo más de veinte segundos.

—¿Quieres algo? —dije ya una vez en casa y ofreciéndole un taburete para que se sentara.

—Una tila por favor, o una docena de chupitos de tequila, lo que prefieras. —la miré sonriendo.

—Creo que una tila será lo más acertado, al menos hoy.

—Pues que sea una tila.

Me puse a calentarle el agua, y poco después estaba soplando su taza. No dejaba de pensar en mil cosas mientras que iba con cuidado para no acabar en el hospital a causa de una quemadura importante en la mano, conociéndome sería lo más probable.

—Prometo no quedarme mucho —me miró— encontraré algo pronto.

—Cállate idiota—le sonreí—. quédate todo el tiempo que necesites, esta es tu casa.

—Klaus se queda aquí Jacqui, no quisiera molestar. La miré con ternura. En aquel momento parecía que fuera mucho más joven, me recordó a cuando teníamos dieciséis años y llorábamos cuando algún imbécil nos rompía el corazón. en aquella época a cualquier cosa se le llamaba «romper el corazón». Resoplé al darme cuenta de cómo cambia la vida, tan rápido que solo nos damos cuenta cuando paramos un segundo a coger aire.

—No molestas —ambas nos giramos y vimos a Klaus salir de la

habitación, ¿desde cuándo estaba aquí? Pude notar cómo Dana se ponía roja. Klaus llevaba puestos unos pantalones cortos e iba sin camiseta. Caminó hacia nosotras y se sentó al lado de Dana, tiernamente posó su mano en la cintura, acariciándola—. ¿Estás bien?

—Sí —tartamudeó y oculté mi sonrisa, escondiéndome detrás de mi vaso de agua—. Gracias Klaus.

Al igual que había hecho yo, le apartó el pelo de la cara y se quedó de hielo a verle el mentón, y como si de una descarga eléctrica se tratara, empezamos a notar cómo se ponía tenso por segundos. Nos miramos hasta que escuchamos el taburete caer al suelo, se había levantado de un salto y daba zancadas hacia la puerta, salimos disparadas hacia él, yo me puse frente a la puerta y Dana lo rodeó de la cintura para evitar que avanzara, no sirvió de nada porque la arrastró hasta quedar frente a mí.

—Klaus, por favor, cálmate. —Puse mis manos en su pecho, por primera vez sentí miedo de su expresión, por lo menos esta vez no me la dirigía a mí—. Deja que se explique Dana, por favor.

Tenía los puños apretados a ambos lados de su cuerpo, haciendo tanta fuerza que se le habían puesto blancos, su pecho estaba rígido como si fuera una tabla, y sus ojos azules se habían vuelto una línea, parecía una pantera a punto de atacar, estaba realmente impresionante.

—¿Qué me calme? —gritó—. ¡Voy a matar a ese hijo de puta!

—Klaus, por favor —suplicó Dana, que no se le veía detrás de la enorme espalda de Klaus, él se hizo a un lado y ambos la vimos llorar—. No es lo que parece, Klaus. No me ha pegado, en serio, sé que parece ridículo. Pero me empujó y tropecé, no merece la pena, de verdad, por favor —dijo sollozando.

—Nunca debió empujarte, Dana, ¿Qué no te das cuenta? —Lo sé, lo sé... Pero fue por el momento en el que estábamos, Klaus. Por favor... No lo estoy protegiendo, ni siquiera me importa, de verdad.

Cerró los ojos durante unos segundos, cuando los abrió su semblante había cambiado, aun así, podía sentir la tensión que emanaba de su enorme cuerpo. Cogió su pequeña y ya hinchada cara entre sus manos y la miró con una de sus miradas Topten, creada solo para hacer suspirar.

Pude ver como ella se quedaba hipnotizada, creo que Klaus tenía un superpoder que subestimaba. La acercó a él y la abrazó tan fuerte que se vio obligada a hundir su cabeza en el hueco de su cuello. Pude notar que los primeros segundos estaba tensa, pero Klaus no cesaba en su fuerte agarré, así que al fin ella le rodeó la cintura y lo apretó con lo que no dudaba que sería

toda su fuerza y se quedó allí hasta que no pudo llorar más. Si me quedaba alguna duda de mi amor por él, se disipó después de ver lo tierno y dulce que era con mi amiga. Las emociones me golpeaban por todos los lados en ese momento, así que, mientras ella se desahogaba en el increíble pecho de mi Apolo personal, yo intenté evadirme yendo hacia el congelador.

Saqué una bolsa de guisantes, y me encontré con la mirada de Klaus que no había dejado de observarme durante todo el rato. Aunque lo de Carolina seguía en un rincón de mi cabeza, había pasado a un segundo plano. Cuando le enseñé la bolsa, él asintió y, poco después y pegada a su cuerpo para ayudarse a caminar, la sentó sobre un taburete con mucho cuidado. Le tendí la bolsa, y con suavidad, la colocó sobre su mejilla y la mantuvo ahí. La iba moviendo recorriendo varios trazos de su cara, desde su ojo hasta los labios. Ella gemía de dolor con el simple roce de la bolsa, pero luego suspiraba de alivio, me dolía en el alma verla así.

Yo no perdía detalle de la habilidad de Klaus, y me embelesaba mirando como movía sus manos, todo en él era hipnótico. Me encontré con los ojos de Dana que me sonrió, le guiñé un ojo cuando Klaus le sopló sobre la herida que le estaba empezando a salir en el labio. Pude ver como se ponía roja, intentaba evitarlo, pero por la postura en la que ambos se encontraban, la cabeza de Dana quedaba a la altura del pecho de Klaus, y esta no paraba de mirarlo. De vez en cuando levantaba la cabeza, pero mirar a sus ojos aún era más tentador, así que optaba por cerrarlos, yo miraba la escena divertida.

—¿Klaus, puedes quedarte con Dana mientras voy al gimnasio? Me he dejado el móvil allí con las prisas —me miró fijamente con sus dos perlas azules, intentando ver más allá de mis palabras. Por un momento creí que me había leído la mente, cuando lo vi relajarse, solté un suave suspiro.

—Bea no me ha dicho nada cuando he ido a por el mío, podía habérmelo dado a mí.

—Lo he dejado en el cajón del mostrador —le sonreí—. No se habrá dado cuenta.

—Vete tranquila —me devolvió la sonrisa y yo creí morirme—. Me quedaré con ella.

Ambos sonreímos y Dana me dio las gracias con una mirada. Cogí mi bolso les di un beso a cada uno y salí por la puerta. Corrí hacia mi coche y pasé de largo por el gimnasio. No me había dejado el móvil, de hecho, lo llevaba encima, por la expresión amable de Klaus sabía que no se había dado cuenta de que había cogido un cuchillo de la cocina y lo había metido

disimuladamente en mi bolso.

Durante el trayecto hacia el restaurante, sopesé varias veces en qué iba a hacer cuando le tuviera delante, llevaba un cuchillo y un bate de Béisbol, eso me daba mucho juego y miles de cosas brotaban en mi mente, y cada una de ellas no era nada buena.

Frené en cuanto vi el coche de ese mal nacido aparcado cerca del restaurante, sabía de sobra que ese tipejo amaba aquel coche casi tanto como a sí mismo. No dudé un solo instante en pincharle las ruedas con el cuchillo que había cogido de casa, he de decir que casi acabo cortándome, ya que no había caído en que las ruedas estarían más duras que una piedra, cuando uno se pone nervioso nunca piensa.

Después y sin cortarme un pelo cogí el bate de Béisbol y destrocé los retrovisores, quizá se me estuviera yendo la cabeza, pero había acumulado tanta rabia y tanto rencor hacia él, que cada vez que imaginaba como habría empujado a Dana de fuerte para que se cayera y se diera un golpe así, me entraban unas ganas horribles de matarle. Poco después del destrozo que había realizado y superorgullosa de mí misma; me dispuse a entrar dentro de aquel restaurante. Aún podía notar el perfume de Dana ondeando cada rincón de aquel lugar.

Iván estaba sentado concentrado en unos papeles, si lo mirabas desde ese prisma no parecía ser el gilipollas que era en realidad.

—En un momento estoy con usted —dijo sin levantar la cabeza de los papeles, segundo después me miró y tragó saliva—. Eres tú... ¿A qué se debe esta visita tan inesperada?

—A que eres un jodido capullo, y a que sé lo que le has hecho a Dana.

—¿Y te manda a que la defiendas? ¡Vamos por favor! Ya somos mayorcitos...

—No, tú no eres mayorcito. Tú lo que eres es un gilipollas engreído que se cree superior a los demás, y déjame decirte que eres un humano más en esta tierra ¿sabes?, un humano insignificante, poco agraciado, y con el pito enano —respiré profundamente—. Y si aún supieras usarlo pensaría que mi amiga no ha perdido el tiempo contigo. Pero no, la pobre no ha podido tener peor suerte contigo... —¿Cómo? —dijo poniéndose en pie con una actitud chulesca—. ¿Vienes a mi casa a insultarme? ¡Pero quién te has creído que eres?

—¡Su amiga! Y la que la ha recogido hoy con la cara echa un puto cristo —esta vez no dijo nada y pude notar que palidecía por instantes—. No vuelvas a llamarla. No vuelvas a buscarla o esta vez seré yo quien te ponga las

manos encima, y créeme que no te va a gustar. —¿Ah sí?—sonrió—¿Tú y cuantos más?

—Puede que venga con alguno de los que se pasan el día haciendo pesas en el gimnasio. Muchos estarían encantados de estrenar los puños contra algo que no sea un saco...

—¿Es una amenaza? —alzó una ceja.

—Es una promesa...

Mantuvimos la mirada lo suficiente como para que su camarero se acercara a ver qué pasaba, me di la vuelta y le dejé ahí plantado seguramente deseándome todo lo peor del mundo, poco antes de salir por la puerta me di la vuelta y lo miré .

—Bonito coche...—dije antes de darme la vuelta por completo, le dejé dando gritos como un auténtico loco, y no pude evitar echarme a reír.

Me metí en el mío y conduje hasta casa, me hubiera gustado partirle la cara con el bate... —bueno, siempre me quedará París—. Cuando llegué de nuevo a mi destino me quedé sentada en el asiento del coche un rato meditando en lo que había hecho, diez minutos después subí a casa, cuando entré Klaus y Dana se estaban mirando sin hablar, cerré la puerta con sigilo pensando que no se habían dado cuenta de mi presencia, fue entonces cuando Klaus se giró y me miró visiblemente enfadado.

—¿Estás loca o qué?! —me gritó, a lo que me quedé como una estatua.

—¿Yo? —fingí sorpresa—¿Por qué? ¿Qué pasa? —¿Qué pasa? —intervino Dana—¿Qué has hecho? —Mmm—murmuré pensativa—¿Nada...?

—¿Vas a seguir tratándonos como idiotas? ¿O nos vas a decir qué coño has estado haciendo? —El tono de Klaus me asustó, caminé deprisa hacia el salón y dejé el bolso en la mesa.

—¿Te ha llamado? —pregunté sin mirarlos.

—Me ha llamado su hermano Jacqui,—contestó Dana —me ha dicho que habías estado allí, ¡que le has amenazado y destrozado el coche!

—¿Qué? ¡Será exagerado! Han sido solo las ruedas y los retrovisores. —levanté la vista y Klaus estaba quieto como una estatua, mirándome emanando olas de tensión, estaba muy muy enfadado, mientras que Dana intentaba ocultar su risa.

—¿Me frenas cuando iba a salir de casa y luego vas tú y le destrozas el coche? —habló después de unos minutos de un tenso e incómodo silencio.

—Si hubieras ido tú, le hubieras destrozado la cara. El coche le dolerá más, créeme. —Me miró aun molesto, pero intentado reprimir una sonrisa.

—¿Y qué pasa si te hubiera tocado? —puso los brazos en jarra—dime.

—¡Pero que dramático eres! Además, no lo ha hecho.

—¡Pero podría haberlo hecho! ¿Entonces qué hubiera pasado?

—No lo haría, Klaus —intervino Dana—. Sabe que tiene las de perder. Además, sabiendo la clase de gente que conoce Jacqui a causa del gimnasio, jamás se le ocurriría hacerle nada, y sobre todo después de verte a ti.

Miré a Dana que se había sentado en la silla cara a la ventana y miraba al exterior con la mirada perdida. Klaus y yo nos miramos y la dejamos allí, con sus pensamientos. Mientras ella seguía en sus mundos él me ayudó a llevar las maletas de Dana a mi habitación. Saqué su ropa y la guardé en los cajones que tenía vacíos y que Klaus no había ocupado. Cuando me di la vuelta Klaus se estaba vistiendo, me dio pena saber que hoy no dormiría aquí.

—Klaus no tienes por qué irte —le miré apenada—. podemos apañarnos los tres.

—Jacqueline. —Me miró tiernamente—. Yo, por si no lo recuerdas, comparto piso. —sonrió—. Y ella ahora necesita a su amiga.

—Lo sé, pero te echaré mucho de menos.

—Yo más, pequeña. Además, me he acostumbrado a dormir contigo y solo me es casi imposible. —Me acarició los labios con suavidad— Creo que Play se llevará una sorpresa cuando le deje dormir conmigo.

—Bueno, al menos alguien ha salido ganando —dije sonriendo. Klaus se echó a reír y me contagió. Poco antes de preparar una pequeña mochila vi que tenía algo en sus manos, se dio la vuelta y vi que sostenía la corbata.

—Yo me llevaré la pajarita y dejo aquí la corbata, ¿vale? Tiene mi perfume —dijo poniéndose más rojo que un tomate, me encantaba esas cosas en él—. Además, así quien venga sabrá que aquí hay un hombre —dijo entrecerrando los ojos a lo que sonreí. —¿Quieres mear en alguna esquina de mi casa?—se echó a reír.

—No, creo que no hará falta, con la corbata y varias camisetas hay bastante. —Se acercó, puso sus manos en mi cintura y acertó la distancia que había, me besó dulcemente y se me olvidó el mundo.

12

—No entiendo por qué se ha ido Klaus —dijo Dana recostándose en mi cama mientras yo me limpiaba los ojos con un poco de tónico—. Podríamos haber dormido los tres juntos.

Me di la vuelta y le sonreí, estaba tumbada de lado mirándome, llevaba unas braguitas y una camiseta de tirantes verde. Su pelo castaño estaba recogido en un moño y me miraba divertida, la quería mucho y la había echado demasiado de menos.

—Ya se lo he dicho yo, pero quería dejarnos intimidad.

—¡Pues ya ves! —bufó indignada—. Yo podría haber dormido en el sofá y vosotros aquí, no me hubiera importado.

—Jamás te dejaría dormir en el sofá, en todo caso dormiría yo ahí.

—¿Y yo en la cama con Klaus? —alzó las cejas y solté una carcajada.

—Me fio de Klaus. —Un cojín impactó en mi cabeza, y empecé a reírme, Dana sonreía desde la cama.

—¿Así que de mí no te fías? —me miró con disgusto fingido. —Te confiaría mi vida, pava.

—Pues bien tonta serías. —se incorporó y me miró divertida—. Jamás te fíes de nadie con un dios griego como novio, ni siquiera de mí.

—Descarada.

Y ahora era sobre su cara, donde impactaba el cojín que minutos antes me había lanzado a mí. Caminé hacia la cama y me tumbé a su lado, ambas nos miramos y sonreímos, hacía mucho que no me sentía así con ella.

—¿Cuánto tiempo hacía que no estábamos así Dana?

—Demasiado Jacqui... —me cogió de la mano, entrecerré mis dedos alrededor de su mano—. No quiero volver a alejarme de ti.

—No volverá a pasar, tu año sabático de amiga concluye hoy.

—Te quiero —dijo sonriendo.

—Yo creo que un poco también— la miré divertida y me sacó la lengua.

Nos quedamos unos minutos en silencio mirándonos, tenía escrito en la frente que quería preguntarme algo, sonreí esperando a la barbaridad que venía de camino.

—Jacqui ...

—Dime.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Si te dijera que no, ¿serviría de algo? —escuché como se reía.

—No.

—Pues entonces, adelante —dije con resignación, me miró durante unos segundos.

—Si no estuvieras con Klaus... ¿volverías a acostarte con David? — ¡genial! la pregunta a la que no quería dar respuesta, odiaba que me conociera tanto.

—Mmm —murmuré—. Sabes que sí —la vi sonreír.

—Y si supieras que Klaus no se iba a enterar nunca... ¿lo volverías a hacer? —me tomé unos minutos para pensar.

—No— miré el techo de nuevo— Klaus me gusta muchísimo.

—¿Más que David?

—Infinitamente más, ¿sabes? Creo que estoy enamorándome de él.

—¿Crees? —dijo incrédula—. ¿Enamorándote? —soltó unas carcajadas, y frunció el ceño—. Tú no crees, tú estás enamorada hasta las trancas, ¿Qué es eso de «creo que...» A quien quieres engañar? —¿Tan evidente es?

—Bastante...

—¡Genial! —resoplé—. Menos mal que no tiene que ser un secreto, si no iba apañada.

—Si te sirve de algo, a él lo veo igual que a ti —me sonrió—. Me gusta mucho como te mira, de todos los capullos de los que te pillas, este, sin lugar a duda, es el mejor. El ranking no es que estuviera muy alto, pero, aun así, creo que nunca podrías superar a Klaus.

—¡Oyeee!

—¿Qué? —empezó a reír a carcajadas—. solo soy sincera. —¿Tan mal gusto he tenido con los tíos?

—Si quitas a David y a Klaus, desastroso.

—La belleza es subjetiva— dije frunciendo el ceño.

—En tu caso, era ciega.

Empezamos a reírnos, por un momento el tiempo había vuelto atrás, y volvíamos a ser esas adolescentes que dormían juntas en la misma cama, y se pasaban la noche hablando de chicos y riéndose de todo. Con la diferencia que ahora toda nuestra vida, había dado un gran cambio.

Dana encontró piso enseguida, así que Bea me dio unos días libres para

que la ayudara a instalarse. Le insistí que no hacía falta que se fuera tan pronto, que podía quedarse el tiempo que quisiera, pero ella era tan cabezona que no me sirvió de nada. Habíamos pasado los cuatro mejores días en mucho tiempo, todo el día juntas, de aquí para allá, comprando ropa, mirando pisos, y pasando muchas horas hablando de todo. Martina y Laura se apuntaron a los días de convivencia y parecía que nos habíamos quedado pegadas. El día antes de que Dana se fuera definitivamente al piso que compartiría con una compañera de Martina, hicimos una fiesta de pijamas, habíamos comprado tequila y habíamos decidido jugar al «yo nunca» Era un juego muy sencillo, y si eras sincera podías pillarte una buena borrachera, era fácil, llenábamos los vasos de chupito y por turnos íbamos hablando, teníamos que decir cualquier cosa, siempre empezando por... «yo nunca» quien, si lo hubiera hecho, debía beber trago, por eso la sinceridad era importante.

Nos sentamos alrededor de la mesita que tenía enfrente del sofá, Laura y yo frente a Dana y Martina, estábamos sentadas en el suelo con nuestros chupitos delante de nosotras y la botella de tequila, habíamos cortado limón a rodajas, y yo había puesto unas golosinas en un plato, tenía una manía, y es que no podía beber si no comía a la misma vez. Empezó Martina y supe que de seguro ese sería mi primer chupito. Martina levantó su vaso y cogió aire.

—“Yo nunca, he sido infiel” —nos quedamos todas en silencio con los ojos como platos, Martina se sonrió mirando a Dana con cariño, Laura y yo nos miramos y a la misma vez las cuatro nos tomamos el chupito.

—¿Tú también has sido infiel? —preguntó Dana a Laura sorprendida.

—No— contestó riéndose.

—Chupito de apoyo —dije sonriendo a Dana.

—Muchas gracias, amiga—murmuró Dana a Martina haciendo que todas nos riéramos.

Nos rellenamos los vasos y Dana levantó el suyo; —Yo nunca he hecho sexo anal. —Martina y yo bebimos mientras las otras dos se reían—. ¿Con Klaus?

—preguntó Dana sonriéndome.

—No, y no preguntes. —Levanté mi vaso y me dispuse a hablar—. Yo nunca he deseado a un novio de una amiga. —Las tres se miraron y bebieron, alcé mis cejas y empezaron a reírse a carcajadas—. ¡Espero que no sea por Klaus!

—¿Klaus? —dijo Laura en un tono no muy convincente—. ¡Qué dices! ¿Solo porque es un dios griego?, ¿Un adonis?, ¿El hombre perfecto?

—Bueno, ya vale.

—Has sido tú la que has dicho que había que ser sinceras.

—No hacía falta serlo tanto...—se echaron a reír y Laura levantó su vaso.

—Yo nunca he pensado en otro hombre cuando lo hacía con mi pareja. — Esta vez bebimos las cuatro.

Todas empezamos a reírnos, yo ya iba medio borracha y las demás por un estilo. La noche avanzó entre risas y aunque no me quitaba a Klaus de la cabeza y lo echaba mucho de menos había agradecido en el alma poder volver a compartir tantas horas con mis amigas; aunque ahora que lo pensaba seriamente en estos cuatro días apenas lo había visto. Pero a él pareció no importarle ya que estaba muy ocupado con sus cosas y con el gimnasio.

Acabamos en el suelo tumbadas con un pedo del quince, riéndonos por cualquier cosa. Las mini entrevistas habían sido de lo más reveladoras, habíamos hecho mil preguntas.

«Yo nunca me he besado con una mujer »

«Yo nunca haría un trío.»

«Yo nunca haría sexo oral.»

«Yo nunca dejaría que me aten.»

«Yo nunca he ocultado haberme acostado con un amigo.» «Yo nunca destrozaría el coche del ex de Dana.» «Yo nunca me acostaría con David.»

Esas fueron las últimas «yo nunca» que mi cabeza recordaba. Obviamente había bebido en casi todas y para mi sorpresa mis amigas también. Habíamos tenido que jugar a este juego, para dar detalles de nuestra vida sexual... pero ¿Dónde habían ido a parar aquellas conversaciones jugosas que solíamos tener antaño? Ir haciéndose mayor es una auténtica mierda, nos volvemos calladas y discretas y aunque eso está bien en general, entre amigas debería estar prohibido. Cuando desperté la cabeza estaba planeando su fuga, me dolía horrores. Las cuatro ayudamos a Dana aquel domingo a instalarse en el piso, no sin tener que parar de vez en cuando, cuando la resaca daba pequeños toques de que seguía ahí. Llegué a casa casi arrastrándome, solo tuve fuerza para ducharme, eso sí, sentada en el suelo de la ducha. Después salí y casi sin apenas secarme me acosté en la cama, necesitaba desesperadamente dormir. No sé cuánto llevaría durmiendo cuando oí la puerta de mi casa, de repente un olor a perfume masculino me hizo despertar con una sonrisa bobalicona en los labios, antes de darme cuenta tenía a Klaus encima de mí dándome besos por el cuello.

—Joder —susurró—. Cuántas ganas tenía de tenerte para mí. —Seguro que no más que yo —dije frotándome los ojos y moviéndome para sentirle entero.

—No imaginas la de cosas que he pensado en hacerte. —Me lamió los labios y creí que me moriría— no puedo estar sin follarte tanto tiempo.

—Me encanta tu romanticismo...

Me besó desesperadamente mientras me quitaba las sábanas con dulzura. Me sonrió al ver que no llevaba nada puesto y me acarició con la punta de su nariz oliendo mi piel mientras yo me retorció. Había echado tanto de menos sus caricias que ahora moría a cada roce. No quedó un hueco que no besara sus labios, y cuando hundió su cabeza entre mis piernas creí que caía en picado, se incorporó y busco mis labios, me perdí en ellos, sintiendo su sabor y mi sabor a la vez, era raro, pero todo lo que experimentaba con Klaus me encantaba.

Le arranqué la ropa con muchas ansias de tenerle dentro, pero quise sentirlo estremecerse en mis manos, así que recorrí su torso con mi lengua, le llené de besos, oírle gemir era lo más excitante de todo, sentirle en mi boca a la vez que le veía retorcerse casi me produce un orgasmo, suave, rápido, lento, dulce, iba cambiando el ritmo y él se deshacía. Sin esperarlo, me agarró por los hombros y me dio la vuelta quedando él encima de mí y penetrándome hasta el fondo, di un alarido del escalofrío que sentí, poco después entrelazó sus manos con las mías y las puso encima de mi cabeza, y así me hizo el amor, hasta que ya no pudimos más, en la cama, en la ducha, en el salón, hasta en la isleta de la cocina mientras intentábamos reponer fuerzas, mi deseo por él era infinito, jamás tenía bastante, ¿Eso era normal? En un día habíamos recuperado los cuatro restantes, él se pasaba la mayor parte del tiempo que pasaba conmigo sin pantalones o con pantalones y una bonita tienda de campaña. y yo, excitada de verlo terminaba lanzándome como una pantera, apenas habíamos hablado, pero nuestros cuerpos habían hecho infinidad de monólogos.

Habían pasado dos semanas desde que Dana se había instalado y ya había ido varias tardes a hacerle compañía y a ayudarle a decorar la enorme habitación que tenía. Estaba de muy buen humor, y por lo visto no había señal del susodicho «ex», a diferencia de mí, que últimamente estaba de un humor de perros, por no hablar de que estaba intranquila, llorona, y asquerosamente pesada. No era raro, todas las mujeres teníamos días así, —al menos espero

que así sea, si no, yo estoy completamente inestable—. Lo que pasaba es que lo mío estaba empezando a ser preocupante, sabía que no tardaría en venirme el periodo, pero por lo que sea mi cuerpo se había alterado antes de lo normal. Klaus se reía cada vez que me veía refunfuñar por todo, pese a que ni yo misma me soportaba, él se quedaba a mi lado dándome mimos; y yo, blanda como estaba, no podía resistirme.

Sé que estuvo bastante preocupado cuando empecé a protestar de que todo me quedaba mal, muchas veces no me daba cuenta de que se tensaba cuando escuchaba como me auto criticaba; y aunque evitaba hacerlo, había veces que mi frustración me podía, con las hormonas alteradas era un peligro; sobre todo cuando me atacaban a mi pequeño talón de Aquiles, «mi reflejo ante el espejo». El detonante de todo fue una tarde en la que me pilló arrodillada delante del espejo llorando. Es curioso como la cabeza puede hacerte ver lo que no hay, y aunque sepas que lo que estás viendo no es la realidad, te duele como si una lanza se clavará dentro de ti y tuvieras que fingir que no está mientras sientes el peso sobre tu pecho; no me dijo nada, se limitó a mirarme en silencio, podía ver una expresión extraña en su cara y durante unos segundos me recordó a la que usaba mi madre cuando me veía en algún estado lamentable.

Era uno de esos días estaba tumbada en el sofá con cara de perro cuando escuché la puerta, y un millón de mariposas acudieron a mí, adueñándose de mi cuerpo, sí, ese era el efecto Klaus... y lo adoraba. Cuando levanté la vista él estaba de pie en el umbral del salón, me miró divertido durante unos segundos, y después fue hacia la habitación, le seguí como si tuviera un imán que me impidiera estar muy lejos de él en una estancia cerrada; lo busqué hasta que di con él, estaba de pie frente al espejo. Hoy llevaba unos vaqueros anchos como a mí me gustaba y una camiseta de manga corta azul, como sus ojos; me tendió la mano y me acerqué a él, me puso frente al espejo y se apretó a mi espalda.

—Levanta los brazos —dijo mirando mi reflejo con una mirada tan penetrante que me quedé muda y obedecí sin rechistar. Me quitó el vestido de verano que llevaba para estar por casa, quedando medio desnuda frente al espejo, solo llevaba mis braguitas que él bajó poco después, quedé completamente expuesta y ansiosa. Estaba muy quieta, apenas movía mi pecho al respirar y era algo difícil dado la ansiedad que sentía; yo no me miraba a mí misma, me daba algo de vergüenza. Yo solo podía mirarle a él, su expresión, su sonrisa de medio lado que me volvía loca... ya estaba húmeda y apenas me

había rozado.

Puso sus manos en mi cuello y lo acarició mientras besaba el lóbulo de mi oreja poniéndome la piel de gallina a su paso. Bajó sus manos por mis brazos y las subió por mi abdomen hasta apretar mis pechos con ellas, pegué un brinco cuando rozó mis pezones con su pulgar. Seguía besando mi cuello mientras me acariciaba, pero no apartaba la mirada del espejo, me miraba encendido y yo estaba hipnotizada por la expresión de sus ojos. Bajó las manos hasta mi cadera y deslizó la derecha hacia mi sexo, me puse tensa sobreviniendo el placer que iba a sentir. Cuando sentí sus dedos largos y grandes por mi clítoris dos placas tectónicas empezaron a moverse bajo mis pies.

—Mírate Jacqueline —susurró con su voz varonil. Le hice caso, aunque no aguanté la mirada mucho rato. Que ahora me aceptara más, no quería decir que me gustara verme desnuda frente al espejo mucho rato.

—¿Por qué no te miras? —preguntó sin detenerse.

—No. —Tragué saliva—. No puedo.

—¿Por qué? —Apretó sus caricias en mi clítoris y tuve que cerrar los ojos—. Abre los ojos. —Los abrí reuniendo toda la fuerza posible.

—Porque acabaré viendo algo que no me guste —dije en un susurro—. Entonces dejé de tocarme y casi grito para que no lo hiciera.

—¿No te gustas, Jacqueline?—Me dio la vuelta y quedé frente a él, su mirada era intimidante. Me encogí de hombros a modo de respuesta y resopló—. ¿Acaso no ves, lo impresionante que eres?

—Klaus, por favor. —Me moví incomoda—. Cambiemos de tema...

Me cogió de la mano y me guio hacia la cama, me tumbó delicadamente y se desnudó como tenía por costumbre hacer, deleitándose a cada movimiento.

—Me encanta cómo me miras cuando me desnudo —dijo tímido a lo que casi me ahogo. Se dio la vuelta y fue hacia la cómoda, llevaba algo en sus manos que no vi hasta que no lo tuve cerca. —¿Qué vas a hacer con la cámara?—Le miré horrorizada. Él se limitó a sonreír después de lamerse los labios haciendo que empezara a fatigarme.

—Mostrarte cómo yo te veo —susurró y yo creí morirme—. Si me dejas, claro.

¿Cómo iba a resistirme si me hablaba con esa voz, y me miraba de esa manera? Estaba de pie, frente a mí, con la cámara en sus manos y mirándose con una mirada entre dulce y feroz. Tenía los ojos llameantes y yo, ante aquella exposición de testosterona, no podía hacer otra cosa que no fuera

hiperventilar.

—Vale —tartamudeé tragando saliva.

Toqueteó la cámara y la dejó a un lado de la cama mientras gateaba hasta mí, donde dejó caer su cuerpo sobre el mío. Empezó a besarme en los labios primero tiernamente con pequeños mordiscos y suaves lametones, hasta que algo se adueñó de él y empezó a hacerlo con una pasión desorbitada que me hizo olvidar la cámara, y todo aquello que no fuéramos ni él ni yo. Nuestros sexos se rozaban y eso aceleraba mi pulso. Empezó a besarme por el cuello, y bajó hasta entretenerse jugando con su lengua en mis pezones. Yo estaba en el cielo de Klaus, mi sitio preferido del mundo. Poco después se incorporó para arrodillarse entre mis piernas, cuando me quise dar cuenta tenía la cámara en sus manos y no pude evitar taparme la cara. —Vamos, no seas tonta. —Me apartó las manos de la cara y acarició mi mejilla—. Eres preciosa.

Sentí como me ponía roja por instantes. Se movió por la cama, con una mano sostenía la cámara y con la otra me acariciaba la piel suavemente, pasó sus dedos por mi pezón y me arqueé al sentir su dulce caricia; él no perdía detalle con el objetivo. Movié sus dedos hasta mi cintura y allí dibujo un corazón, cuando dejé de sonreír me di cuenta de que había grabado mi respuesta ante aquel dibujo. Mientras bajaba los dedos hacia mi botón mágico, la cámara me enfocaba la cara, cuando noté su fuerza en mi clítoris me olvidé del mundo, solo era sensaciones, impulsos, y placer, su movimiento era suave pero implacable. No paró hasta que llegué al clímax entre gemidos, me sonrió y cuando volví en mí me tendió la cámara.

—Ten, quiero que me grabes tú. —Agarré la cámara con las manos temblorosas sin incorporarme y lo enfoqué a él, que se había agachado para quedar con su cabeza entre mis piernas—. Es precioso —dijo refiriéndose a mi sexo mientras yo sonreía como una idiota. A través de la pantalla de la cámara vi cómo me devolvía la sonrisa.

—No eres objetivo, Klaus.

—Créeme que si —dijo sonriendo de medio lado y soplándome en mi punto de placer aún demasiado sensible, me estremecí, aquello estaba siendo de lo más erótico.

De repente, hundió sus labios en mi sexo y su lengua acarició mi centro haciendo que me estremeciera. Él me miraba, y de vez en cuando cerraba los ojos dejándose llevar por las emociones; acerqué el plano hasta que solo quedaron sus ojos en la pantalla, fieros, con su pupila dilatada, y Dios... esa mirada. Grabar su expresión mientras me hacía sexo oral me hizo sentir la

oleada de placer más intensa de mi vida. Se incorporó poco después y me quitó la cámara de un zarpazo, dejándola a un lado de la mesita enfocándonos a nosotros.

—Olvídate de que esta ahí —dijo susurrándome en el oído.

Nos besamos, y poco después me hizo el amor, suavemente, como aquella otra vez. Saboreándome a cada investida, sintiendo cómo me arqueaba a su tacto, que su piel se adueñaba de la mía. No quería admitirlo, pero no podía vivir sin él. Me sentía igual que la canción de Antonio Orozco, estaba hecha de pedacitos de él, estaba 100% hecha para él, y ya no había lugar a dudas. Se me había olvidado de que estaba la cámara hasta que lo vi moverse para cogerla.

—Y esta, es la cara que se le queda después del sexo —dijo enfocándome con la cámara, me reí y saqué la lengua.

Me dio un suave golpecito en las piernas, las abrí y se posicionó entre ellas, me dio la cámara y se recostó sobre mí, tenía su cabeza en mi estómago con las manos debajo y me miraba divertido. Le acaricié la mejilla con la mano y me besó los dedos cuando los pasé por sus labios, era tan guapo, que la cámara hacia lo posible por imitar su belleza, pero ni aun así, no le hacía justicia.

—¿Verás el vídeo? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Mmm no lo sé...

—Jacqui. —Me tensé al ver lo serio que me miraba a través de la cámara. Levanté la cara para mirarle directamente—. Prométeme que siempre te verás con los mismos ojos que te veo yo. Y si alguna vez tienes alguna duda, solo tienes que mirar el vídeo.

Paré la cámara, cogí su cara entre mis manos y lo arrastré hacia mí perdiéndome en sus labios. Volvimos a hacer el amor, pero esta vez como me gustaba a mí, duro y fuerte.

Serían las cuatro de la mañana cuando me desperté de golpe, Klaus dormía boca abajo a mi lado, me levanté con una historia en la cabeza que no me dejaba dormir. Hacía años que no escribía, y aunque me encantaba leer, más bien me apasionaba, había dejado de escribir historias. No sé en qué momento ni por qué, simplemente dejé de hacerlo. Aquella noche fue distinta, fui hacia el salón, cogí el portátil y me encaminé de nuevo hacia el cuarto. Lo dejé encima de una pequeña mesa que tenía cerca del baño, me senté frente a él y empecé a escribir sin poder detenerme. La historia salía sola, y estaba asombrada de cómo me había encontrado y embelesado aquella inspiración.

Me di la vuelta al escuchar como Klaus se movía, se puso de lado y siguió durmiendo; entonces vi la cámara y me dio curiosidad, cuando la tuve en mis manos la puse desde el principio, le bajé el volumen para no despertarlo, un nudo se extendió en mi garganta al ver lo que había grabado... Esa chica no podía ser yo. Había grabado mi expresión al mirarle, mi pupila dilatada y mi sonrisa ocupando gran parte de mi cara. Sus dedos dibujaban mi cuello, un plano corto de mi respiración, de mi piel de gallina. Mi pezón acariciado por sus dedos, un plano de mi piel con el bello erizado. De nuevo mi respiración, como subía y bajaba mi pecho, cada vez más deprisa mientras él sigue acariciándome. Grabó mis manos apretando las sabanas, mis brazos en tensión. Después mi cara, y me sonrojé al ver mi expresión de completa pasión, mis ojos fuera de sí, ¿así que, esa es mi cara en el sexo? No parezco... yo. Después se ve un leve movimiento y en el plano aparece Klaus, con su perfecto cuerpo y su hermosa cara, haciéndose hueco en mis piernas. Ver el vídeo completo estaba siendo excitante; sobre todo cuando el hundía su cabeza en mi sexo. Un plano que me hizo perder el sentido fue el de sus ojos, nada más que sus ojos ocupaban la pantalla, y me volvía loca esa expresión de lujuria en ellos. En el video Klaus cierra los ojos durante unos segundos y solo al recordar qué estaba haciendo en ese momento, me humedecí. Levanté la cabeza sonrojada, miré a mi alrededor para asegurarme que nadie estaba viendo aquel video, como si de una travesura de niños se tratara.

Pasé rápidamente el trozo en el que hacíamos el amor, porque era incapaz de verlo y seguí sentada en aquella silla sin lanzarme cual placaje al increíble adonis que dormía a pocos metros de mí. Lo paré justo en el momento que me estaba diciendo «siempre te verás con los mismos ojos que te veo yo.» Solo ese trozo fue el que pude entender de sus labios antes de perderme en su mirada. ¿Era amor? Me tensé cuando lo oí moverse de nuevo, apagué la cámara y me quedé quieta, pareció volverse a dormir y continúe escribiendo.

—¿Estás escribiendo? —lo escuché decir detrás de mí, me volví y estaba incorporado en la cama.

—Sí. —Sonreí.

—Pensé que ya no escribías. —Sonrió—. Me alegra que lo hayas vuelto a hacer. Por lo que recuerdo se te daba muy bien. —¿Bien? Tenía 18 años y estaba super deprimida. No entiendo cómo fui capaz de enseñarte nada de aquella libreta, que, por cierto, no sé dónde está.

Vi algo en sus ojos, un destello, pero no supe identificar qué podía ser. —Era triste, cierto. —Me miró fijamente—. Pero no dejaba de ser precioso.

Le sonreí, ya había escrito bastante, y ahora ya no habría dios que pudiera hacerme concentrarme con semejante hombre despierto en mi cama. Apagué el portátil y me metí de nuevo en la cama. —¿Has visto el vídeo? — preguntó divertido.

—No.

Escuché que se reía. Sé que sabía que le había mentado, pero no dijo nada. Me abrazó por la espalda y nos volvimos a quedar dormidos.

Actualidad...

—Aquel es el último recuerdo que merece la pena recordar, Alejo, no me tortures.

—Vamos, cuéntamelo todo. Si este manuscrito es real, necesito saber hasta el último detalle. No quiero que se queden recovecos sin rellenar. El borrador está perfecto, pero sé que, sabiendo el resto, podré ayudarte a que quede mejor.

—Tampoco quiero contar exactamente todo. —Sonreí avergonzada—. Mi madre leerá esto...

—¡Déjate de rollos Jacqueline! Mucha gente que te conoce leerá esto, ¿Tienes miedo de que averigüen en realidad qué pasó?

—No, eso me da igual.

—¿Entonces? ¿De qué tienes miedo? —Le miré con los ojos muy llenos de algo, que no sabía expresar—. Es por él, ¿verdad? —Miré hacia otro lado—. Tienes miedo de que él pueda leerlo ¿Por qué? Le miré sin estar segura de qué contestarle. Quizá acabar de contarle lo que pasó, pudiera ayudarme a que el libro quedara mejor. Me habían concedido una oportunidad de oro de poder publicar un libro y no la iba a dejar pasar. Cogí aire, debía desempolvar ciertos recuerdos que dolían, demasiado.

13

Estábamos a finales del mes de agosto, y acababa de despedirme de mi madre y de mi hermano que habían decidido pasar las últimas semanas de vacaciones con mi padre. Él se encontraba en Francia, así que en pocas horas estarían disfrutando de su compañía. Me hubiera encantado poder ir, pero estaba algo desanimada últimamente, y no quería irme dejando las cosas como estaban.

Aunque tenía claro, que iría a pasar unos días más adelante, quizá cuando Klaus cogiera vacaciones. Le había preguntado varias veces si vendría, pero él se había mostrado esquivo; tampoco le di mucha importancia, andaba bastante liado entre el trabajo y el curso de fotografía. Ahora me enseñaba sus fotos y cada vez estaba más orgullosa de él, tenía un talento impresionante.

Aunque llevaba varios días enfadada con él estaba deseando verle. Intentaba no dejar que la situación me cegara y más cuando recordaba la noche del vídeo. Pero no podía ignorar que estaba muy raro. Apenas dormía en casa, y siempre estaba ocupado; mi ánimo iba en picado, y cuando intentaba hablar con él, acabábamos discutiendo... ¿Qué había cambiado en tan poco tiempo? Llegué a casa hecha polvo. Bea me había cambiado el turno y al día siguiente iría de tardes, odiaba ir de tardes, pero no quedaba otra. Me duché sin demasiadas ganas, ese día había quedado con mis amigas para cenar, y, aunque no me apetecía, no podía fallarles. Por no hablar de que me habían freído el móvil a mensajes amenazadores si se me ocurría no acudir. Que me hubiera venido el periodo no ayudaba en nada; al revés, me hacía de la tarea más sencilla toda una odisea. Miré mi móvil cuando vi que parpadeaba, se me removió el estómago cuando observé que era de Klaus.

«**Pequeño Sr Grass:** No me esperes, hoy ceno con los del trabajo. Besos.»

Lancé el móvil contra la cama cuando lo leí, ¿Acaso no se acordaba de que había quedado con mis amigas? Se lo había repetido como cien veces. Me senté en la cama visiblemente disgustada, de nuevo, y como estaba siendo una costumbre, me entraron ganas de vomitar. El sudor frío invadió mi cuerpo y tuve que tumbarme en la cama para poder recuperar el aliento. Le echaba de menos, no al capullo gilipollas que estaba siendo últimamente, sino al

cariñoso, emotivo y dulce Klaus que había sido los tres meses y medio que habíamos estado juntos.

Me puse un cómodo vestido, y unas sandalias. Habíamos quedado en un bar algo alejado de mi casa, pero por una vez no había protestado, me vendría bien caminar y despejar la mente, aunque fuera un rato. Llegué puntual, ellas ya estaban allí, así que dibujé mi mejor sonrisa, y me predispuse a olvidarme de mis propios problemas. Cuatro horas, y dos litros y medio de cerveza después me despedí de ellas en la puerta del bar. Para mi sorpresa, me lo había pasado genial. Hacía tiempo que no me reía tanto, y el sentirme algo más contenta, me había provocado que todo lo viera con cierto optimismo. Estaba deseando ver a Klaus para sentarme frente a él y torturarlo hasta que me contara qué narices le pasaba por la cabeza. Al menos tendría toda la noche para trazar un plan de ataque. De vuelta a casa, el aire algo más fresco azotó mi cara, no me molestaba, al contrario, me sentaba de maravilla.

Estaba a tres calles de mi casa, y tras cruzar un paso de peatones me frené en seco, miré con más precisión y me acerqué por completo a ese Ford Fiesta negro que se parecía mucho al coche de Klaus. Cuando pegué mi cara a la ventanilla pude comprobar que era el suyo, fruncí el ceño y volví la cabeza a ambos lados de la calle, no había ningún bar, restaurante o club que se encontrara cerca o por los alrededores, entonces... ¿Qué hacía el coche allí? Saqué el móvil de mi pequeño bolso, y me sentí tentada a llamarle, pero lo guardé de nuevo, no quería parecer una loca, o una acosadora. Pude vislumbrar en la acera contraria que se erguía una enorme finca de nueva construcción, quizá Klaus tenía algún amigo viviendo allí y había decidido dejar su coche aparcado. No quería pensar mal, pero unos extraños retortijones me hacían dudar de todo, incluso de mí. Para cuando llegué a casa, no había rastro de optimismo, algo no iba bien y no podía seguir engañándome, me tumbé en el sofá, y después de llorar durante un rato, me dormí.

Tres golpes en la puerta me hicieron sobresaltarme. Miré el reloj que apuntaba las tres y diez de la madrugada, otros dos golpes me hicieron saltar del sofá. No fue hasta que escuché la voz de Klaus cuando pude relajarme. Corrí hacia la puerta, y al abrirla allí estaba, apoyado en el marco de la puerta, tan guapo y arrebatador como siempre, me hice a un lado y paso mirando todo como un loco. —¿Qué haces? ¿Y tus llaves?

—Me las he dejado en mi piso, ¿Dónde estabas? Te he llamado cien veces y no sé cuántos mensajes te habré podido enviar.

—Por si no lo recuerdas, hoy había quedado con las chicas. Llevo diciéndotelo toda la semana. —Pareció relajarse—. Luego he puesto el móvil en silencio y me he dormido.

—¿Y por qué lo has puesto en silencio?

—Porque no quería saber nada de nadie.

—Te recuerdo que soy tu novio, ¿Ni siquiera querías saber de mí? No me has contestado al mensaje de esta noche.

—¿Mí novio?—susurré sorprendida—. Hace días que no sé nada de mi novio. Sin embargo, aquí estas tú, que no sé de qué coño vas.

—No me esquives la pregunta y contéstame, ¿No querías saber nada de mí? —Lo miré con los ojos como platos ¿Pero de qué iba? Se había comportado como un extraño esos últimos días y ahora me venía con exigencias—. ¿Estás muda?

—¿Vas borracho?

—¿Qué te hace pensar que voy borracho? —Levantó las cejas ofendido.

Resoplé y me fui a la habitación con la esperanza de que no me siguiera. Lo amaba con toda mi alma, pero estaba tan enfadada por su comportamiento que, en esos momentos, no quería ni verle. Me metí en la cama y me tapé con la sabana hasta los ojos, solo quería volver a dormir. Unos minutos después noté la cama moverse, y sentí su brazo rodeándome la cintura, apretándome a él. Solo sentir su tacto me dio vida, lo había echado tanto de menos... Olió mi pelo y mi cuello, después besó con dulzura el lóbulo de mi oreja.

—Lo siento Jacqui —susurró en mi oído—. He sido un capullo.

—Y un gilipollas. —Sentí como sonreía, y no pude evitar sonreír en la oscuridad, segundos después me dio la vuelta y me vi frente a él—. ¿Qué pasa, Klaus? —intenté que no se me notara desesperada, pero fracasé en el intento—. ¿Es por mí? ¿Es algo que yo he hecho? Porque si es así ...

—Shhh —me interrumpió—. No nena, no eres tú; tú eres maravillosa. —Pasó su mano por mi cara en una caricia que me revolvió el alma—. Soy yo cariño, que estoy idiota.

—Dime algo que no sepa. —Se echó a reír.

—Te he echado de menos. —Besó mis labios con ternura—. No imaginas cuánto.

—Yo también.

—Duérmete preciosa y descansa. Mañana hablaremos de todo ¿Vale? —Asentí en la oscuridad—. Todo irá bien.

—Buenas noches Klaus, descansa.

—Buenas noches, pequeña. —Nos besamos varias veces más, y después me apretó fuerte sobre su pecho. Sentí que el corazón le latía desesperadamente—. Te quiero muchísimo, preciosa.

Abrí los ojos de golpe. Si la memoria no me fallaba, era la primera vez que me decía algo así. Nunca me había hecho falta escuchar esas palabras, porque sentía que así era por la manera que tenía de tratarme; pero después de esos horribles días, aquellas palabras eran un bálsamo para mis nervios. No pude contestar, pero me apreté a él a modo de respuesta. Besó mi frente y, por fin, pude dormir completamente relajada.

Me desperté gracias a los besos que Klaus me dio por toda la cara. Estaba de muy buen humor; abrí un ojo y pude ver cómo me besaba el cuello y bajaba por mi pecho mordéndome un pezón haciendo que me echara a reír.

—¿No piensas levantarte hoy o qué?

—No.

—¿Y el trabajo?

—Voy de tardes esta semana.

—Puede que quede como un capullo, pero... ¿Me habías dicho que te habían cambiado el turno?

—¿Es importante el saber si te lo había dicho o no?

—Para mí sí. —Besó mi cuello—. Me haría sentir menos imbécil. —Le miré sonriendo, y acaricié sus labios.

—Para tu tranquilidad he de decirte que no, no te lo había dicho. De hecho, me enteré ayer —sentí como resoplaba—. ¿Te sientes mejor?

—No. —Desvió la mirada—. Pero por lo menos me alivia saber que no he estado tan ausente como creía.

—Sí has estado ausente Klaus. —Me incorporé haciendo que tuviera que quitarse de encima—. ¿Piensas contarme qué te ha pasado?

—Sí, hoy mismo. Pero ahora tengo que irme, ya llego tarde. Usted, señorita Amorós, me entretiene demasiado.

Me dio la vuelta en la cama y me dio un azote en el culo. Después de besarme la nuca se puso de pie y me volví a mirarle, me sonrió de aquella manera que me hacía suspirar y me mordí los labios sin poder evitarlo, vi cómo se marchaba en dirección al salón. Poco después escuché la puerta y fui consciente que me había quedado sola. Tenía cosas que hacer, debería levantarme y organizarme un poco, pero la cama me había atado a ella e impedía que pudiera moverme, y yo tampoco estaba dispuesta a pelearme demasiado con ella, así que decidí dormir unas horitas más.

Cuando desperté me di cuenta de que había dormido prácticamente toda la mañana, salí disparada hacia la ducha, aunque no quería entretenerme no pude evitar quedarme en las musarañas un rato. ¿Qué sería lo que Klaus quería contarme? Procuraba no pensar demasiado, pero algo me hacía estar alerta. Al salir de la ducha me di cuenta de que Klaus se había dejado el móvil del trabajo, tenía dos, uno personal y otro para el trabajo, siempre le decía que parecía un traficante de drogas con dos móviles en los bolsillos... lo dejé sobre la cama mientras empezaba a arreglarme. Poco después empezó a sonar, y no paró en los siguientes diez minutos. No lo cogí porque era un número privado, imaginaba que sería algún pedido dada la insistencia; pero al final y casi a punto de estrellar el móvil contra la pared me decidí a contestar, quizá fuera algo importante.

—¿Sí?

—¿Klaus? —Una voz suave de mujer me hizo ponerme en alerta.

—Ahora mismo no está, se ha dejado el móvil en casa. —Menuda cabeza tiene, ¿tú eres? —Abrí los ojos de par en par sin saber cierto donde miraba, ¿De qué iba todo esto?

—Soy su novia —susurré mientras apretaba los ojos. Una furia interna me sacudió, haciendo que quisiera empezar a gritar. —¿Perdón? ¿Su novia?

—Sí.

—Vaya, perdona, no sabía que tuviera novia. —Abrí los ojos de golpe.

—¿Tú eres?

—Irina, nos conocemos del trabajo, provee a mi farmacia. —Ah —murmuré—. ¿Quieres que le diga algo?

—No, da igual, ya le llamaré mi jefe.

—Espera —pensé—. ¿Eres la chica de la farmacia avenida San Marcos?

—Sí, llamaba porque mi jefe quería preguntarle unas cosas. No te preocupes llamaré mañana.

—De acuerdo.

—Adiós.

No contesté, y me limité a colgar la llamada. El corazón me latía a mil por hora y sentía como si empezara a formarse un agujero enorme en mi estómago. Me faltaba el aire, y sabía el motivo. Había habido un cambio en el tono de su voz en el transcurso de la conversación, no había que ser muy lista para darse cuenta de que algo no cuadraba, y el sexto sentido que siempre había tenido para las mentiras estaba parpadeando en mi interior. Quizá, si aquella llamada hubiera existido en otra época no habría sospechado; muchos

de los chicos que vienen al gimnasio no saben que tengo novio, esa chica no tenía por qué saber de mi existencia, pero él estaba demasiado raro como para no sospechar. Así que, llevada por un impulso, busqué en su agenda el número de la farmacia. Sabía que tenía los números de las distintas farmacias a las que proveía de medicamentos, a decir verdad, los únicos números que habían en ese móvil eran de farmacias y el mío, o al menos había sido así hasta ahora... los dedos me temblaban al igual que toda yo, no tardé mucho en encontrar el contacto «avSMarcos». Sin pensármelo dos veces llamé, sentía el corazón bombeando demasiado rápido, me sentía mareada, y temblorosa; desprendía adrenalina por cada poro de mi piel, estuve a punto de colgar cuando sentí que cogían la llamada.

—¿Diga? —La voz de un hombre sonó al otro lado de la línea, y ese hecho me hizo sentirme algo mejor.

—Buenas tardes, disculpe que le moleste. —Cogí aire—. Klaus se ha dejado el móvil en casa y he visto varias llamadas. Era para avisarles de que si era algo urgente podía ir a buscarle —lo dije con tanta convicción que parecía bastante real.

—Claro, espere —escuché dos voces masculinas al otro lado de la línea—. Señorita, ha debido de haber un error, mi compañera Irina no ha dejado ningún pedido, y mi jefe me acaba de decir que ya ha recibido el pedido hoy; de todas formas, muchas gracias por avisarnos.

—De nada, gracias a usted.

Me quedé en shock, estuve unos minutos quieta, sin moverme, pero con la sensación de estar cayendo en picado. Tuve que sentarme al sentir que perdía la poca estabilidad que me quedaba, quería resistirme, debía aguantar, pero ni aun haciendo acopio de todo mi valor, no pude aguantar las lágrimas que empezaron a caer por mis mejillas. Me había mentido, me había mentido...y ya no cabía duda y esa golfa había continuado con su mentira, ¿De qué me extrañaba? Él era un auténtico Dios, un hombre que podría estar con mil mujeres ¿Por qué querría estar solo conmigo? La verdad me abofeteaba y de la peor forma posible. Estaba tan paralizada, que no me di cuenta de que sostenía el móvil, lo miré enfurecida e hice algo que jamás me había hecho falta hacer, abrí la aplicación de WhatsApp, WhatsApp que yo misma le instalé en ese móvil por si alguna vez se quedaba sin batería en el suyo propio, <imbécil de mí> de normal no había conversaciones, lo sabía porque miraba abiertamente ese móvil delante de mí. No había nada raro excepto por dos mensajes nuevos, lo que había escrito no tenía mucho sentido si de un saludo se tratara; era más

bien una contestación, pero no había conversación anterior, la había borrado. ¿Por qué? Yo nunca le miraba nada, además ¿Por qué vas a borrar algo, sino es algo que tengas que ocultar? Mi mundo estaba en trizas, de repente entro un nuevo WhatsApp de Carolina sin pensármelo dos veces lo abrí.

«**Carolina; 15:30:** ¡Grass! Que follón de números me llevas. ¿Así que este es el nuevo?, sé que estás enamorado de esa muñequita y no te culpo es una preciosidad, pero mi cama y mi cuerpo te echan de menos... ¡Necesito unos azotes de los tuyos!, ¡contéstame o pienso seguirte con el coche!»

«**Carolina; 15:35:** ¡Sé que estas en línea!»

«**Carolina; 15:40:** ¡No me hagas ir a buscarte como el otro día!»

Cerré el WhatsApp, ya había tenido bastante. Dejé el móvil sobre la mesa, tenía ganas de vomitar, y aunque quería ponerme de pie, no podía, me fallaban las piernas; por no hablar de que mis lágrimas apenas me dejaban ver. Aun así, conseguí ponerme de pie, y me metí en el baño, me miré al espejo unos segundos y tragué saliva. Mis ojos estaban a punto de salirse de las órbitas, volví al salón me senté en la mesa, y apoyé la cabeza en las manos.

Me apreté la sien mientras tensaba la mandíbula intentando recordar en qué había podido fallar. Sentía mi corazón acelerado, la sangre se me había quedado parada, y notaba el principio de un ataque de ansiedad. Me tensé el doble cuando escuché la puerta, no era nada oportuno, no quería enfrentarme a sus ojos, no al menos estando tan vulnerable, no levanté la vista, aun así, sentí a Klaus parado frente a mí, alcé la mirada y me encontré con sus ojos que me miraban sorprendidos.

—¿Qué pasa Jacqui? —intentó tocarme, pero rehuí de sus manos—. ¿Estás bien?—Me quedé en silencio—. Jacqueline... —Me levanté después de mirarnos unos largos minutos, y fui hacia la cocina, abrí el armario de los vasos, ignorando que Klaus me había seguido, cogí uno, necesitaba agua—. Jacqueline, por favor. —Se acercó a mí —¿Me vas a decir qué pasa?

—Te han llamado. —Por fin encontré el aplomo necesario para hablar—. Y te han mandado unos WhatsApps. —Me miró como si estuviera loca, pero fue hacia su móvil.

—¿La avenida san marcos?

—No, él siguiente, ahí he llamado yo. —Me miró. —¿El privado?

—Sí.

—No sé quién es, ha dejado un mensaje en el buzón de voz, espera. —Iba a dar a la tecla de llamada cuando le paré.

—Era Irina. —Entonces aquella mirada aclaró mis dudas.

—Pero...—balbuceó.

—También tienes conversaciones con chicas, respuestas más bien; lo demás lo has borrado. —Sostenía el vaso con tanta fuerza que temía que se rompiera.

—No es lo que piensas, de esto quería hablarte yo. —No pudo seguir hablando porque le lancé el vaso, que acabó dando a la pared detrás de él, haciéndose añicos—. ¡Jacqui! ¿Estás loca? —gritó—. ¡Casi me das! —Le lancé otro y otro y los esquivó todos por los pelos—. ¿Pero qué coño haces?

—¿Qué? ¿qué hago? —grité fuera de mí—.

¡¡Eres un cabrón mentiroso!!

—Jacqueline, cálmate por favor —empezó a caminar mirando mis manos por si le lanzaba algo más.

—¡No te me acerques!

—Vale. —Levantó las dos manos—. No me muevo de aquí, pero déjame explicarme...

—¿Quieres explicarte? ¿Sobre qué? —pregunté furiosa, mientras las lágrimas me caían por la cara—. ¿Sobre qué hayas estado tonteando con otras? ¿Porque te llamen a tu móvil del trabajo chicas, o porque les sorprenda que tienes novia? ¡¿O porque Carolina quiere que vayas a que la azotes?! ¿Cuál de todas las cosas me vas a explicar?

Se quedó helado, parecía derrotado, su expresión era de horror. Una parte de mí quería correr hacia él para aferrarme a su pecho y olvidar todo. Pero otra parte de mí odiaba sentirse así. Aquel dolor punzante que estaba sintiendo, lo había provocado él, y eso hacía que lo odiara más a cada instante. Él parecía no poder contestar y yo no podía derrumbarme delante de él, sin darme cuenta se acercó a mí y me cogió por los brazos, peleé con él intentando zafarme de su agarre que cada vez era más fuerte. Pero él era mucho más fuerte que yo, era inútil, aunque a veces la rabia te hace sacar una fuerza que no tienes y empecé a darle golpes en el pecho, me movía para intentar soltarme, pataleaba y retorció hasta que finalmente me soltó. Mi expresión le asustó, pero ignoré el sentimiento de pena que me embargaba.

—Jacqueline...

No escuché más, salí de casa intentando poder coger aire. Cuando por fin pude sentir el aire en la cara pude respirar, tenía las marcas de sus dedos en mis brazos y aún podía notar la presión de estos, ¿Qué había pasado? ¿Qué había cambiado en estas semanas? Nos llevábamos bien. Teníamos un sexo impresionante ¿Qué había podido fallar? Quizá me había enamorado y había

bajado la guardia.

Caminé hacia el gimnasio, por suerte, Bea tenía prisa y no pudo preguntarme en exceso; aunque sé que se dio cuenta de que algo me pasaba, era obvio, mi cara era un poema. No sabía exactamente porque había ido a trabajar estando como estaba, supongo que buscaba un sitio donde poder sentirme en casa. Estuve toda la tarde intentando no llorar, y lo conseguí, aunque el hecho de que no me cayeran lágrimas no quería decir que no tuviera los ojos rojos y casi inexistentes. Ya que se me habían empezado a hinchar, disimulé haciendo ver que estaba constipada; así también evitaba el tener que hablar, tuve que apagar el móvil porque Klaus no dejaba de llamar. Volví a hundir la cabeza en mis manos y vi las horas pasar en una larga y continua tortura, tenía que haber alguna explicación... De eso no había duda, pero ¿Podría sobrevivir a ella? Klaus era mi vida ¿Cómo podía hacerme eso? Serían cerca de las ocho y media cuando oí el tintineo de la puerta. No quería levantar la vista, hasta que oí esa voz que me era tan familiar.

—¿Jacqueline?

—David —contesté con un hilo de voz— Hola —agaché la vista.

—¿Ha pasado algo? —preguntó nervioso, pero sin cruzar dentro del mostrador.

—Nada importante —mentí.

—¿Piensas que soy idiota? —La forma en la que me miraba, me hacía más difícil retener las lágrimas—. Has estado llorando Jacqui, no me mientas.

Y no sé si fueron sus ojos, su forma de mirarme o simplemente por ser él, pero rompí a llorar como hacía años que no lloraba; completamente desgarrada, incluso podía sentir dolor físico, como si me estuvieran dando latigazos en el estómago. Cuando me di cuenta, David me tenía abrazada con tanta fuerza que estaba segura de que no me caía al suelo gracias a él.

Cuando me calmé, se apartó con cuidado y me limpió las lágrimas con las manos, me ayudó a sentarme y se sentó a mi lado, el mostrador nos ocultaba de los ojos de cualquiera que pudiera entrar; aunque por suerte aquella tarde apenas había pocas personas en el interior. Después de estar mirándome unos segundos, me acarició las mejillas hasta que me calmé lo suficiente como para atrever a preguntarme qué había pasado. Para su sorpresa, se lo conté todo en unos minutos.

—Madre mía...

—No hace falta que digas nada.

—Puede que haya una explicación —Le miré fijamente a los ojos y pude

ver que ni él se creía lo que estaba diciendo—. No me mires así, solo quiero animarte.

—Me parece perfecto, David, pero no me mientas, por favor —supliqué mientras me caían lágrimas que parecían no tener fin.

—Me cuesta creer que esté con otras mujeres, Jacqui. Tú eres impresionante ¡Por Dios, mírate! Cualquiera tío daría lo que fuera por estar contigo.

—Eso no es verdad, tú preferiste a tu novia. —vi como agachaba la cabeza y me sentí mal, levanté su barbilla y le sonreí—. Lo siento.

—No, no lo sientas, tienes razón. —Me mantuvo la mirada—. Y me arrepiento a cada instante. —Aquello me dejó de piedra, y fui incapaz de contestar—. Pero bueno, no debes ponerte nerviosa, tampoco te vuelvas loca. —Miré sus ojos miel y sonreí.

—Creo que ya es demasiado tarde. —Me miró sin comprender—. Le he lanzado cuatro vasos a la cabeza, y cuando me ha cogido le he pegado hasta que me ha soltado...

—Vale, quizá es demasiado tarde para lo de «no te vuelvas loca.» ¿Te apetece subir a mi casa un rato cuando salgas de aquí? Quizá te venga bien despejarte. No deberías encerrarte en casa; o si quieres podemos ir a cenar, o lo que tú quieras.

—Gracias, David, pero creo que será mejor que no. No soy una buena compañía ahora. —me sonrió y me quede pensativa—. ¿En qué número de piso vives?

—En el cuarto.

—Pues igual sí subo, pero para tirarme por tu ventana.

Se echó a reír y acabó contagiándome, pero no duró demasiado, la realidad estaba en cada sitio donde miraba, me puse de pie y él me siguió, nos miramos durante unos minutos y me volvió a abrazar haciendo que me perdiera en su abrazo. No quería volver a quedarme sola, pero ahora él se iría, no creo que le apeteciera demasiado hacer sus horas diarias de gimnasio; daría la vuelta y pasaría de su tarde de pesas. Me estaba secando las lágrimas de las mejillas en una suave caricia cuando sonó el tintineo de la puerta, ambos nos giramos, y unos ojos azules que me partieron el alma nos miraron furiosos. Recorrieron a David y luego a mí, para después dejar los ojos sobre las manos que él tenía sobre mi cara.

No hizo falta decir nada, las venas de su cuello y la tensión que emanaba decían más que cualquier cosa. Su cara era un auténtico poema, y pese toda

aquella situación y estando descompuesta como estaba, no dejaba de verle tremendamente impetuoso; maravilloso en todo su esplendor. Antes de que pudiera darme cuenta, empujó a David que acabó empotrado contra la pared, tan rápido que no lo vi venir, ni David tampoco, ya que le pilló completamente de sorpresa. Se incorporó todo lo rápido que pudo y le devolvió el empujón a Klaus, el cual apenas se movió unos centímetros. La mirada de ambos desprendía una furia que superaba cualquier situación en la que me había visto antes, y no me hizo falta esperar mucho para verlos enzarzados en una pelea muy desagradable.

—¡Parad! —grité con los brazos extendidos parando a los dos—. ¡Por favor, aquí no!

—¿Qué hacía tocándote? ¡Me lo prometiste! —gritó Klaus fuera de sí.

—¿Te atreves a preguntarle eso? ¡¿Pero de qué vas?! —contestó David temblando de los nervios.

—¡Tú no te metas en esto! —le replicó Klaus. Cada vez se acercaban más y mi espacio estaba empezando a ser reducido. No podría con ellos si empezaban de nuevo.

—¿Qué no me meta? ¿Cómo coño te atreves a hacerle eso? ¡Estás loco!

—¿Y eres tú quién me lo dice a mí? ¿Tú? Tu novia estuvo aquí hace unas semanas para saber si follabas con Jacqui. —La voz de Klaus me atravesó, y sentí que no tardaría en ponerme a llorar.

—¡Ya no estoy con Lorena! Y precisamente Jacqueline es uno de los motivos.

Sin verlo venir Klaus le dio un puñetazo en la mandíbula a David que lo tiró al suelo, yo me caí de rodillas por la fuerza que había hecho Klaus. Sin detenerse, pasó por encima de mí y ambos empezaron a pegarse. Yo no podía respirar, me arrastré por el suelo porque no tenía fuerzas para ponerme de pie, intenté meterme en medio de los dos, gracias a eso me llevé un puñetazo de Klaus que impactó de lleno en mi boca haciéndome sangrar por el labio. El verme a mí apoyada en el estómago de David, sujetándome el labio, lloriqueando del dolor hizo que se parara en seco y se echara hacia atrás. David se incorporó con un aspecto espantoso, e ignorando su propio dolor, cogió mi cara con las manos mirándome el labio. Luego levantó la vista hacia Klaus, que me miraba a punto de llorar, tenía las manos en su pelo, y su cara estaba a punto de romperse. Vi las intenciones de David y puse mis manos sobre las suyas, que apretaban mi cara sin darse cuenta.

—David, por favor, no —susurré llorando, deseando con toda mi alma

que pudiera calmarse. Pareció entenderme y resopló mirándome fijamente. Poco después, se levantó y me ayudó a ponerme de pie, miró mi labio y me limpió la sangre con unos pañuelos que tenía en el bolsillo.

—Es una herida superficial, Jacqui, no necesitarás puntos. —Miró a Klaus que seguía en la misma posición—. Te saldrá un moratón, pero nada más.

—Gracias David.

—¿Estás bien? —preguntó escrutando mi mirada. —Sí, no te preocupes, deberías irte, por favor.

—No me pidas eso Jacqueline, por favor.

—David... Si de verdad me aprecias, vete. Ve a casa, cúrate esas heridas. —Me miró fijamente durante unos larguísima segundos.

—¿En serio no quieres que me quede?

—No —negué con la cabeza y sonreí aun sin ganas. —Ponte hielo cuando puedas, puede que, con un poco de suerte, no se te hinche mucho.

—Creo que deberías hacer lo mismo. —Me sonrió y me dio un tierno beso en la frente, oí el resoplido de Klaus, pero lo ignoré. David me miró sin atisbo de querer irse—. David, en serio, estaré bien.

—Llámame después, me quedaré más tranquilo. —De acuerdo.

—¿Me lo prometes, pequeña?

—Te lo prometo. —Volvió a darme otro beso y me soltó. Se colocó en su hombro la mochila de deporte que había estado tirada en el suelo y caminó hacia Klaus que miraba el suelo. Ambos se cruzaron la mirada hasta que salió. Una vez fuera me miró por última vez, y me guiñó un ojo.

Me pasé el pañuelo por el labio cuando noté como sangraba de nuevo. Klaus me miraba con un dolor indescriptible en la cara, no podía mirarle, me dolía verle sintiéndose tan culpable... tanto que me producía más dolor.

—No ha sido queriendo Klaus, ha sido un accidente. —Le miré, pero él no se movió—. De verdad, la culpa es mía por meterme en medio de los dos.

—No me disculpes Jacqueline, no tengo perdón. —Su voz sonó tan triste que tuve que cerrar los ojos.

—Por esto. —señalé mi labio—. Sí lo tienes.

—Me gustaría mucho hablar contigo. —Dio unos pasos hacia mí. Pude notar su ansia por tocarme, pero rehuí su tacto, si él me tocaba estaría perdida. Le quería demasiado.

—Cuando estés dispuesto a decirme toda la verdad... —Fijé mis ojos en los suyos—. Llámame, mientras tanto no quiero verte Klaus.

—Entiendo. —vi cómo le caía una lágrima y algo azotó mi estómago—. Me lo merezco.

No dije nada, no podía hablarle, solo quería abrazarle y decirle que no pasaba nada, pero no podía. Había estado mucho tiempo sin quererme a mí misma, y ahora estaba dispuesta a que eso no se repitiera.

Pasé los siguientes tres días sin salir de la cama, su ausencia era palpable, no podía soportar estar donde había compartido tantos momentos con él. Klaus estaba en todo... En mi cama, en mi cocina, en cada ventana, en cada objeto. Sus manos habían tocado todo, y ahora todo tenía su esencia, esencia que me torturaba. Solo deseaba despertarme y que todo hubiera sido un sueño, pero no era así. Nunca despertaba, y cuando lo hacía Klaus no estaba a mi lado, tampoco había llamado, y no sabía si lo haría. Si sentí dolor aquellos ocho días que estuvimos separados, esto era aún peor, no quería hablar, tampoco comer; ni mucho menos ver a nadie.

Dana y las chicas vinieron a verme, pero no me molestaban, solo estaban. Y aunque yo no hablara ellas estaban ahí, eso me hacía sentir algo mejor, pero luego cuando su olor volvía a azotarme, mi poca tranquilidad volvía a hundirse, lo echaba tanto de menos... Pasé las noches en vela mirando a la nada, llorando, llorando hasta que ya no podía hacerlo con lágrimas; así que solo sentía los espasmos del estómago. Al cuarto día recibí un WhatsApp, no lo iba a mirar, pero algo me hizo coger el móvil, cuando lo vi el corazón me latió tan deprisa que me mareé.

« **Pequeño señor Grass; 16:15:** Ven a mi piso a las seis, necesitamos hablar. por favor, ven. Te echo mucho de menos.» Me sentí morir cuando leí como le tenía grabado en el móvil. Recordé que se echó a reír cuando se dio cuenta como le había puesto. Aquellos recuerdos eran devastadores. Me duché y me puse un pantalón corto negro y una camiseta negra, hacía mucho calor, pero solo tenía ánimo de vestirme de negro. Fui caminando hacia su piso, estaba muy nerviosa y algo mareada; hacía muchos días que no estaba con tanta gente alrededor.

Cuando estuve frente a su puerta empecé a temblar. Unas lágrimas cayeron por mis mejillas, no podía verle, no podría soportar aquello. Cuando me quise dar cuenta toqué al timbre, los segundos hasta que me abrió fueron los más largos de mi vida y en el momento en el que abrió la puerta, las piernas me temblaron. Llevaba puesto un pantalón corto negro y una camiseta de manga corta gris. Tenía ojeras y no hacía muy buen aspecto, pero para mí,

seguía estado tan perfecto como siempre. Sus ojos estaban demasiado azules; tanto, que no parecían suyos. Se hizo a un lado y pasé, vi cómo me miraba haciéndome sentir un escalofrío.

—Jacqueline, estás muy delgada —dijo en un tono demasiado autoritario a lo que lo miré ceñuda.

—No he tenido apetito estos días, Klaus.

—Debes cuidarte con eso. —Me acarició el hombro y quise morir—. Por favor.

—No te preocupes. —Me deshice de su tacto que quemaba mi piel y me moví por el piso.

—¿Cómo estás?

—¿Tú qué crees, Klaus? —Hice fuerza por no llorar, pero fue inútil.

Me sentí en casa cuando sus fuertes brazos me rodearon, no hice fuerza por zafarme de él, había necesitado su tacto todo este tiempo, tenía mis brazos por su cuello y lo apretaba con todas mis fuerzas, como si se fuera a escapar en cuanto lo soltara. Le besé el cuello y pude notar cómo se estremecía. Olí su pelo y el corazón se me hizo grande. Él me hacía sentir viva, y sin él solo era un cuerpo que vagaba por un piso atestado de recuerdos, un piso que solo si él estaba, podría ser un hogar.

Me separó con dulzura y me besó en los labios, primero suave, y poco después se transformó en un beso pasional, mi cuerpo lo necesitaba. Cuando sentí como su lengua abrazaba a la mía me sentí perdida en un mar de sensaciones, lamí y besé sus labios hasta que ambos nos soltamos para poder respirar.

—Te quiero mucho, Jacqueline. —Me abalancé a él y lo abracé fuerte por la cintura.

—Yo también, Klaus. Yo también te quiero mucho. —Por favor, no. —Abrí los ojos de golpe y aflojé el abrazo—. No lo merezco. Me dijiste que dijera la verdad y lo haré, aunque eso me lleve a perder a lo que más he querido en mi vida. —Le solté completamente y di unos pasos hacia atrás, hasta que la pared me impidió seguir—. Sabes que mi vida no ha sido fácil. —Me miró—. Y también sé que la tuya tampoco. Cuando te vi después de tantos años, no creí que volviera a sentir lo mismo que sentí cuando coincidimos en aquella sala del psicólogo la primera vez. Pero esta vez, ya no éramos unos adolescentes y eso me asustó. —Tragué saliva—. No me di cuenta de lo que me importabas hasta que fui consciente de lo de David. Justo ahí creí morir. Créeme cuando te digo que me mataste. Dejé mis miedos a un lado y

empezamos a salir, y ¡Joder! Eras perfecta; mejor aún de lo que había imaginado, tu forma de ser, el sexo, todo. Cuando quise darme cuenta, ya estaba enamorado de ti. Necesitaba saber dónde estabas, con quién ibas, y no podía soportar que David te tocara. Tenía miedo a que lo prefirieras a él. — No apartaba los ojos de mí y yo estaba petrificada—. Pero pude sentir lo que me querías, porque me lo hacías ver, a cada palabra y a cada gesto que tenías conmigo. Tu casa era mi casa, tus cosas eran mis cosas. Era más de lo que yo esperaba, y más de lo que siquiera había pedido y me asusté. Llámame cobarde, lo que quieras, pero sentí que empezaba ahogarme. Ahora no era capaz de hacer nada si no era contigo, todo era vacío hasta que aparecías con tu sonrisa iluminándolo todo, ¿en qué me había convertido? He crecido viendo el dolor de mi madre cuando mi padre nos dejó y volvió a Alemania. Siempre me dijo que no debía enamorarme, no al menos así. Que cuando mi vida estuviera en manos de otra persona habría perdido la peor de las guerras, así que la noche de la cámara de vídeo, sentí que esa guerra había llegado, que ya era tuyo completamente y que tú podrías dejarme y así acabaría mi mundo. Nunca quise sentir ese miedo, y ahora lo sentía, así que... —Agachó la cabeza y yo dejé de respirar—. Empecé a coquetear con chicas.—Tuve que hacer fuerza para no caerme—. Ellas no me gustaban ni lo más mínimo. Pero necesitaba saber que yo podía estar sin ti, que podía estar con otras, que no me importabas tanto; y durante unos días pensé que así era. —¿Te acostaste con alguna? —pregunté sin pensar. —No —contestó mirándome fijamente—. Pero estuve a punto. —Entonces mi mundo dio una vuelta de trescientos sesenta grados. El hombre por el que lo habría dado todo, me había engañado... Su discurso de antes no me valía de nada. Había besado otros labios, y luego había venido a mi casa, ¿Se hace eso a alguien que quieres? Yo sabía la respuesta—. No estaba preparado para el compromiso tan grande que estábamos teniendo, Jacqui... —resopló—. Pero ahora... —¿Ahora? —dije en un hilo de voz.

—Ahora sé que no puedo estar con nadie más. Jacqui, por favor, tienes que creerme.

Se acercó a mí y me cogió por los hombros, sus ojos me rogaban que los creyera. Su nerviosismo necesitaba que dijera algo para calmarlo; pero yo solo podía mirarle en silencio, estaba rota. Algo en mi estómago se había hecho añicos. Sentí que se había roto algo en mi interior; pude sentir el impacto y la angustia dentro de mí. El corazón me latía desesperadamente y no sentía mis extremidades, solo notaba sus manos en mis brazos y su mirada

penetrante.

—¿Has tenido que quedar con otras chicas —hablé en susurros, pues casi no tenía fuerzas—, besarles, llamarlas y tontear, para darte cuenta de que me quieres?—Agachó su cabeza, y supe que sabía cómo sonaba aquello. En mi cabeza retumbaba una y otra vez, de repente todo se quedó en blanco.

—Jacqueline, por favor, tienes que perdonarme. —Empezó a llorar—. ¡Jacqui, por favor! —Me hacía daño, pero no me importaba. Miraba aquello como si fuera una espectadora—. Mírame, por favor, ¡mírame! —Le miré a los ojos—. Por Dios, Jacqui ... ¡Grítame, pégame, llámame de todo, vuélvete loca conmigo, pero por favor no te calles! —Casi no se le oía por los sollozos, y, aunque yo por dentro estuviera llorando lágrimas de sangre, no podía exteriorizar nada, estaba en shock— Jacqueline, joder. —Me soltó un brazo para dar un puñetazo en la pared.

Rompió a llorar como un niño pequeño, y me habría partido el alma, si no fuera porque ya la tenía rota. Yo seguía de pie en aquella pared mirando la nada, cuando me soltó pude notar que mis piernas me fallaban haciendo que me deslizara hasta que quedé sentada frente a él. Estaba llorando de rodillas con ambas manos en el suelo, notaba como le temblaban los brazos y como sus lágrimas caían en el suelo, yo quería llorar, pero simplemente no podía. Temblaba al igual que él, gracias a eso me di cuenta de que seguía viva. No sé cuánto tiempo estuvimos así, de repente sentí que necesitaba salir de allí, me estaba ahogando. Él había parado de llorar y me miraba con los ojos hinchados tan azules como el océano; jamás olvidaría aquella mirada, me puse de pie, pero él no se movió, caminé hacia la puerta, me giré y le miré por última vez, después salí de allí cerrando la puerta tras de mí. Corrí hacia la calle y me paré a respirar, sentía que me ahogaba, caminé rápido hasta mi casa, mis manos me temblaban de una manera espantosa, una vez dentro, me senté a pensar en qué iba a hacer con mi vida. Klaus estaba demasiado cerca de mí, y todo me recordaba a él, cogí mi teléfono e hice un par de llamadas, después de una confirmación, volví a llamar, esta vez a David.

Estación del Norte, Valencia.

—Jacqueline ¿estás segura de hacer esto? —dijo apretándome la mano.

—Sí, gracias por venir.

—A ti por llamar. —Me besó la frente y le abracé deseando que el tiempo se parara. De repente vi anunciada la salida de mi tren, iría a Barcelona y me quedaría allí hasta que saliera el próximo vuelo a Francia. Gracias a los contactos de mi padre podría coger el próximo avión que salía

en pocas horas desde el aeropuerto del Prat de Llobregat. Había tenido cuatro horas para prepararme las maletas y, sin mucho tiempo para pensar, me puse en camino—. Sabes que me tienes para lo que quieras ¿verdad?

—Lo sé, David.

—Ten mucho cuidado y avisa cuando llegues, por favor.

—Sí.

Nos fundimos en otro enorme abrazo, hasta que el móvil de David nos hizo separarnos.

«**Dana:** Ok ya voy para tu casa ¿Por qué le has dejado las llaves al vecino? ¿Tanta prisa tenías? ¿Y por qué me has dicho que conteste a este número? ¿Es nuevo? Aggg ¡En fin, en un rato te veo te espero en tu piso te quiero!»

Resoplé y le devolví el móvil.

—¿Dana?

—Sí, ya va para allá, llámala dentro de un rato, por favor.

—Eso está hecho.

—Bueno ahora sí que sí. —Le acaricié la cara—. Tengo que irme.

Vi cómo le saltaban las lágrimas y no quise recrearme en ello, le volví a abrazar y le di los dos besos más tiernos del mundo, no pude evitar besar sus labios, él me respondió, pero no sentí nada, nos sonreímos y sin mirar atrás me encaminé hacia el tren, una vez dentro resoplé y apoyé la cabeza en el cristal, pensé en Dana y cómo se lo tomaría todo, pero la decisión ya estaba tomada, y una nueva vida me esperaba.

«Hola, Dana:

Acabo de llamarte para pedirte que vengas a mi piso. No es cierto que necesite que estés para asistir a la reunión de vecinos, siento la excusa idiota, pero no se me ocurría nada. Ahora mismo estoy rumbo a Barcelona. Iré con mis padres durante una temporada que aún no sé cuánto se alargará. Siento no decírtelo a la cara y siento aún más no haber tenido el valor de despedirme, pero no podría irme si tenía que decirte adiós. Sabes que eres mi vida y ahora lo único bueno que me queda eres tú y nuestras amigas. No me llames, la tarjeta sim que había al lado de la carta es la mía, guárdala o tírala, haz lo que quieras, yo te avisaré en cuanto me haga con un número nuevo, tranquila, estaré bien. Te preguntarás qué ha pasado. Ahora mismo no puedo escribir, estoy demasiado nerviosa, pero resumiendo... Klaus y yo lo hemos dejado definitivamente.

Estoy rota Dana, siento tanto dolor que no puedo ni siquiera llorar. Siento

que la vida se me escapa, que voy muriendo a cada minuto que pasa y solo hace unas horas que ha pasado. ¿Por qué siento que mi vida se ha parado?

Quiero que sepas que a partir de hoy este es tu piso. Tráete tus cosas, decóralo como quieras, la carpeta que ves son las escrituras del piso, el lunes a las diez tienes cita con el abogado de mi padre, él te dirá lo que haréis ¿De acuerdo? Sé que estarás negando con la cabeza, pero te pido por favor que lo aceptes, es muy importante que lo tengas tú. Quitá mis cosas y déjalas en el trastero, que no te estorben, y por favor llama a Martina, Laura y Bea y diles cuanto las quiero... Os llamaré a todas pronto.

Mi puesto en el gimnasio es tuyo. Sé que no es gran cosa, pero te servirá hasta que te salga algo mejor, Bea no pondrá problema y no te será difícil integrarte, además ...verás tíos musculosos todos los días, ya me lo agradecerás. Klaus tiene otro manojito de llaves, pídeselas o cambia la cerradura, lo que tu prefieras, pero por favor no le digas donde estoy, es lo único que te pido.

De lo que más me alegro es de que hayas vuelto a ser tú, sin ti mi vida nunca hubiera sido la misma. Cuando puedas te espero aquí y te lo contaré todo. Gracias por todo Dana, por todo...por cada segundo que me has regalado, intenta estar bien y no llores porque me haya ido, era lo mejor para poder avanzar ¿Has sentido alguna vez esa sensación de vacío? Así estoy yo. Tengo sus ojos en mi cabeza y no consigo que me dejen ¡no lo soporto! En fin, tu amiga la chalada se va despidiendo que aún tengo maletas que preparar. Cuídate mucho, y pronto, muy pronto, nos vemos. Y no olvides que, por muy lejos que estemos, somos una.

Te quiero mucho Dana ¡hasta pronto!

PD: te llamara David, él te explicara mejor...

EPÍLOGO

Tres años después

—¿De quién era el mensaje? —preguntó Alejo removiéndose nervioso en el asiento del avión.

—De Aníbal —contesté desganada.

—¿Otro mensaje? —Abrió los ojos—. Ese hombre no acepta un no por respuesta, me gusta.

—¿Pero a ti qué hombre no te gusta?

—También es cierto —Me eché a reír—. A mí con que tenga testosterona me basta, y eso amplía mis posibilidades —reí a carcajadas.

—¡Di que sí!—chocamos las manos.

—Gracias por acompañarme al tostón de la boda de mi prima, no podía ir solo —dijo resignado, yo volví la vista de la ventana y lo miré.

—Te debo lo que soy, no me des las gracias, además... ¿No crees que deberías decirles que eres gay? —Me miró espantado—. ¿Qué? Tampoco es nada del otro mundo.

—Cuando conozcas a mi familia lo entenderás. —sonreí. Alejo era uno de los mejores editores del mundo y por suerte era el mío. Y gracias a él y a mi otra editora, Nadia, era una escritora con cierta fama. Mi libro había sido un Best Seller y parte del éxito había sido de ellos.

Miré sus ojos color aceituna y su pelo rubio desordenado, era realmente guapo, y homosexual, aunque nadie lo diría. Sino hubiera sido por el hecho de que me haría falta un pene para poder satisfacerlo me hubiera enamorado de él, me miró sonriéndome y me relajé. —¿Has pensado en la propuesta de la editorial? —preguntó ojeando unas revistas de moda.

—Sí, pero no creo que haga segunda parte. La historia está concluida, puedo escribir libros mejores.

—Eso no lo dudo, pero quizá podamos sacarle jugo a la historia. —Resoplé y volví la vista a la ventana. En breve aterrizaríamos en París. Alejo

se iría a Pierrefonds un pueblecito medieval a ochenta kilómetros de la capital Parisina.

—Lo pensaré... Por cierto ¿Por qué si tu prima es española se casa en Francia?

—Creció allí desde los cinco años hasta los veinte, su mundo lo tiene allí. —Se encogió de hombros—. Es buena chica, te caerá bien. Además, está como loca por conocerte. Cuando le dije quién me acompañaba me dejó sordo del grito que dio. —Le sonreí y di las gracias por tenerlo en mi vida—. No sé cómo te lo voy a poder agradecer Jacqueline.

—¡Haz el favor de callarte ya! De todas maneras, tenía que venir a la entrevista. Así que es un placer acompañarte, aunque siento no poder acudir a la misa, me daré toda la prisa que pueda.

—No te preocupes. Por cierto... Gracias por conseguirnos las habitaciones en el hotel.

—De nada hombre, no he sido yo. Hace unos días me llamó el hijo del socio de mi padre, es el dueño del hotel y yo no tenía ni idea, no sé en qué mundo vivo.

—Está claro que hay que tener amigos en todos los sitios.

—Ya te digo. —Miré a la distancia pensativa—. Pierrefonds es precioso, una buena elección. No puedo irme de allí sin visitar el castillo.

—¿Castillo?

—¿Pero no has mirado el folleto que te mandé por email?

—Lo siento.

—Si hubiese sido el calendario de bomberos, otro gallo habría cantado.

—¿Piensas darme la vara todo el viaje? —Alzó una ceja y sonreí—. Háblame del castillo, por lo visto sabes tú más de nuestro destino que yo.

—Es perfecto —exclamé entusiasmada—. El castillo se encuentra en la parte más alta del pueblo, fue construido en 1393 por orden de Luis de Orleans, luego fue demolido tres siglos después por Luis XIII, hasta que Napoleón I se hizo cargo del lugar en el año 1810. Napoleón III lo convirtió en una mansión imperial, y en 1857 se empezó a reconstruir, aunque nunca lo llegaron a terminar del todo. —Me miraba expectante—. Su arquitectura es una pasada. Es una mezcla entre el estilo renacentista, con características de la edad media. Tiene ocho torres y una muralla doble que servía para protegerlo, he leído que en el primer piso está el ala de invitados y en ella la colección «Monduit de fontanería de arte», y desde ahí se puede acceder a la Iglesia Sanit Suplice.

—Dios mío, eres una Wikipedia con patas.

—¿Eres tonto? —Me sonrió— Tuve que buscar información para el libro «El cielo sin luna» ¿O acaso pensabas que me lo había inventado?

—¿Y elegiste Pierrefonds? Justamente ese libro lo llevó Nadia.

—Curiosamente, sí. —Me encogí de hombros—. Me encantó la foto del castillo, y desde que leí sobre el pueblo siempre quise visitarlo, además... —Aplaudí como una quinceañera—. Justo en estos días están en fiestas ¡El festival de forests! Tanto el castillo, como las iglesias y el teatro imperial se convierten en sede de conciertos que se remontan a la época de princesas y caballeros, ¿te imaginas? Será como estar en una película ¡y los viernes hay mercadillo!

—Solo por esa sonrisa, sería capaz de quedarme a vivir aquí. —Vivir no. —Le sonreí—. Pero tú y yo vamos a pasar dos semanas de relax en este paraíso, así que hazte la idea. —Me sonrió.

Unas horas después, corría hacia la habitación a cambiarme para acudir a la boda. La entrevista se había alargado y ya no llegaba al convite, pero al menos podría hacer acto de presencia en el baile, la peluquera que me habían mandado a la habitación me esperaba pacientemente. Llegué, me cambié en apenas segundos y me peinó, dado las horas que eran había recogido mi pelo en una coleta a media altura, haciéndome un poco de tupe, gracias a la coleta se podía ver la gracia del vestido. Me maquillé con sombras negras ahumadas y mis ojos verdes resaltaron como dos esmeraldas, incluso parecían más grandes. Me puse un vestido de firma largo con escote de pico con unos tirantes de pedrería que se cruzaban en mi espalda en forma de X. El vestido era descubierto hasta un poco más arriba de la rabadilla del trasero.

Alejo le dio el visto bueno en cuanto me lo vio la vez que me acompañó a probármelo, el vestido era negro, pero la pedrería lo cubría entero, era como si tuviera purpurina negra, me encantaba. Me puse mis tacones y me despedí de aquella mujer que había obrado el milagro. Otro trabajador me había llevado en una especie de coche de golf hacia la zona de la boda. El salón estaba en mitad del bosque Compiègne, un hermoso paraíso de catorce mil hectáreas y seguramente el estanque estaría cerca. Estando perdida en mis mundos, tardé unos segundos en ver lo que había ante mí, un enorme y precioso salón con techos de pico blanco, con infinidad de ventanas hasta el suelo abiertas de par en par. Me dejó justo enfrente de una pasarela roja, por la que te conducía al interior del enorme y precioso salón. Había pequeñas luces por todos los sitios, el prado quedaba completamente iluminado por las

pequeñas farolas que había por todo el lugar.

Cuando llegué a la entrada un color crema cálido me dio la bienvenida, aquel color decoraba las paredes del lugar y los altos techos con lámparas impresionantes, como había vislumbrado desde unos metros más atrás había varios ventanales abiertos, por donde entraban y salían los invitados de la boda, me sentí dentro de mi libro. Todo estaba exactamente como yo había descrito en mi última novela, me puso la piel de gallina, era como estar dentro de mi propia cabeza. No supe cuántas mesas redondas había, pero más de sesenta, todas ellas con manteles blancos, y preciosos centros de flores y velas. En una esquina había un escenario y los músicos ya tocaban, un camarero pasó a mi lado y me ofreció una copa de champán, me lo bebí de un sorbo, aquello era precioso, sacado de un cuento, de mi propio cuento hadas.

Había mucha gente, tanta que no sabía si podría encontrar a Alejo entre tanto tumulto, pero era mi día de suerte, vi una perfecta y fuerte espalda y un pelo rubio que me anunciaron que, por fin, lo había encontrado; y como si lo hubiese llamado se giró y me miró con los ojos como platos.

—¡Dios mío Jacqueline, estás...! ¡Impresionante! —Me besó las mejillas.

—¿Yo? —sonreí— ¿Pero tú te has visto? —Llevaba un esmoquin negro con chaleco plata y corbata negra, estaba realmente impresionante. Eran completamente comprensibles las miradas de todas las mujeres.

—Suerte tienes de que prefieras al sexo contrario. —Él sonrió ante mi comentario y me llevó hasta donde estaba la novia, yo estaba en babia observando todo.

—Ana —llamó a la novia dado el atuendo, que en ese momento nos daba la espalda—. Quiero presentarte a alguien.

Se giró una preciosa chica de ojos azules y rubia, casi tan rubia como Alejo. Llevaba su pelo largo a cada lado de sus hombros en pequeños rizos, le hacían un aspecto aniñado, pero no dejaba de estar hermosa. Ella miró a su primo con una sonrisa en sus labios y luego a mí, esa sonrisa se ensanchó soltando un grito. Antes de que me diera cuenta estaba abrazándome, tanta efusividad me hizo reír y le correspondí como pude.

—¡Dios mío! —gritó mientras se llevaba las manos a la cara—. No me puedo creer que seas tú y que estés aquí, ¡en mi boda! —Se lanzó esta vez hacia su primo, que me miraba con ojos de súplica, pero le ignoré, resultaba divertido verlos—. Tienes que hacerte una foto con mi marido y conmigo por favor, dios mío... ¡Jacqueline Amorós en mi boda!

—Claro que me haré la foto. —sonreí—. Que menos, has hecho realidad lo que imaginé para mi último libro, el pueblo, el bosque, el salón, me tienes sin palabras es todo sencillamente...

—Perfecto —me interrumpió Alejo, que nos sonreía.

—Gracias Ana.

—¿Gracias?, ¿Qué gracias? —sonrió divertida, y no pude evitar que me cayera genial—. Gracias a ti, no imaginas cuanto te admiro. —Por alguna razón, no lo dudaba—. Tengo todos tus libros, y cuando leí sobre este pueblo no pude pensar en otro lugar. He vivido aquí veinte años y jamás había oído hablar de este sitio hasta que lo leí en tu libro, me encantan todos, créeme.

—Bueno son solo tres —sonreí—. Pero muchísimas gracias, ¿y cuál es tu preferido?

—Bueno, adoro los tres «El cielo sin luna» es sencillamente maravilloso. Pero mi favorito es «Si tan solo fuera sexo». Me llegó al corazón, el final es triste, ¡pero no le quita encanto...! Lloré como una magdalena —sonreí con sinceridad. Casi todo el mundo hacia esa elección ¿Por qué siempre elegían una pasional historia con un final infeliz, cuando había otros dos, donde quise, ante todo, un final de película?

—No puedes dejarlo así —dijo dando botecitos—. ¡Tienes que hacer segunda parte!

—¿Ves? —intervino Alejo— Justo se lo estaba diciendo hoy.

—Bueno, tengo que pensarlo. —Ella me sonrió entusiasmada—. Pero no lo descarto.

—No sabes cuánto te debo. No estaríamos aquí, y no estaría casada con quien estoy si no fuese por ti —dijo cogiéndome las manos y mirándome tiernamente.

—¿Por mí? —pregunté asombrada mirando a la chica que me miraba como si yo fuese una estrella de cine.

—Conocí a mi marido en la librería, los dos llevábamos tu libro en la mano y allí empezó todo.

—Guau —sonreí como una tonta y miré a Alejo que me sonreía sabedor de la historia—. ¿En serio?

—Sí, él también es fan tuyo. Con decirte que se compra tus libros, aunque yo ya los tenga. —Me reí ante su expresión—. De hecho, tiene un tatuaje con las últimas líneas del libro, ¿No es romántico?

La miré extrañada, y abrumada, sabía que mi libro había sido un éxito en distintos países, y que aún seguían comprando los derechos, pero hasta tal

punto lo ignoraba, intenté recordar que frase podría ser, pero dado el shock no lo recordaba.

—¿Qué frase es? —pregunté curiosa.

—«No importa los años que viva... —Sentí un latigazo en el estómago.

—«Y en que parte del mundo me encuentre —la interrumpí sin darme cuenta— estarás en mi hasta el día en que muera.» —dio otro gritito, que hizo salirme de mi ensoñación.

—¡Dios mío! —Me miraba alucinada—. No me lo creo, has recitado la frase ¿sabes cuantas veces la he leído? ¡Millones! —le sonreí—. Aunque mi marido no me lo haya confesado, sé que se lo hizo pensando en mí, pero es demasiado orgulloso. —Torció el gesto haciéndome sonreír—. ¡Voy a buscarlo! Me matará si se entera que llevo un rato aquí sin decirle nada, no te muevas.

Negué con la cabeza y miré a Alejo que seguía a su prima con los ojos, le imité y vi que se dirigía hacia un cuerpo escultural de pelo rapado al uno, o quizás al dos, que nos daba la espalda, era alto, bastante alto, y tenía una estructura de cuerpo perfecta, le miré de arriba abajo, quizá demasiado dado el hecho de que era el novio. Ella posó su mano en la espalda de él y él se agacho sin girar la cara, justo cuando iba a mirar en nuestra dirección un camarero nos ofreció champán, cuando se apartó, casi me caigo en redondo.

Unos ojos azules como el océano me miraban fijamente, haciendo que mi corazón se volviera loco. Cuando quise darme cuenta, tenía apretada la mano de Alejo tan fuerte, que tenía los nudillos blancos. El tiempo se detuvo y solo podía verlo a él. Los años que habían pasado solo habían mejorado lo que ya era perfecto; ya no tenía el rostro aniñado, ya era un hombre, se le notaba en todo. Su pelo rapado le confería un aspecto de chico malo que en otra época me hubiera hecho reír, cuando me di cuenta estaba frente a mí, quieto sin hablar y mirándome sin parpadear.

—Cariño —decía ella tocándole el brazo, después de insistir varias veces él la miró—. Es Jacqueline Amorós, ¿No vas a decir nada? —Me miró disculpándose, mi cara debería ser un poema— ¿No me digas que te da vergüenza? —Sonrió divertida.

—Un poco. —Por fin habló y se me puso la piel de gallina; su voz era mejor de lo que recordaba—. Soy Klaus Grass. —Me tendió la mano, que tardé unos segundos en coger, cuando nuestras manos se tocaron pude sentir esa electricidad. Ambos nos miramos, cuando sentí como con su pulgar acariciaba mi mano, la aparté disimuladamente.

—Encantada —dije sin estar segura de cómo iba a sonar mi voz.

—Igualmente —me sonrió.

El suelo se movió, nadie lo notó, pero el suelo se había movido. Si hubiera podido llorar lo hubiera hecho, pero había un problema, hacía tres años que no lloraba. No porque no quisiera, sino porque no podía. Sentí una opresión en el pecho que creí olvidada, él estaba ante mí, perfecto como una estatua, recordándome el amor que una vez había sentido. Ese amor que no volví a sentir jamás, mentiría si dijese que hoy en día seguía recordándolo a diario, pero pasaba más por mi mente de lo que me gustaría. Y ahí estaba... Después de tanto tiempo, después de haber rogado mil veces a dios por volvérmelo a meter en mi camino; después de todo, ahí estaba, en el día de su boda.

—Bonita pajarita —dijo Alejo a mi lado. Fue entonces cuando caí. Esa pajarita fue la que yo le regalé en el día de su cumpleaños. Justo unos días antes revisando algunos cajones encontré la corbata azul que quiso que yo me quedara, todo lo que aconteció aquel día hacía tres años me vino de golpe, tuve que tragar saliva para poder seguir respirando.

—Fue un regalo. —Me miró— Un regalo muy especial. Recordé sus palabras y cerré los ojos durante un segundo, «Siempre que las mire, las roce o las lleve puestas, recordaré donde las vi la primera vez y sobre quien... será una manera de llevarte conmigo». Cuando los abrí, el nudo de mi garganta no podía ser más grande. Todo el dolor, la ansiedad y el miedo del pasado volvía a mí, haciéndome recordar de cuantas maneras puede romperse un corazón.

—Tiene el mismo color...

—Que mis ojos —le interrumpió Klaus—. sí, lo sé. —Todos sonrieron menos yo, que me había quedado de piedra.

—Ya le he dicho al fotógrafo que tiene que hacernos una foto, en nada estará aquí —dijo ella sonriéndome—. Por cierto, puedo... ¿Preguntarte una cosa?

—Claro—contesté completamente ida.

—El libro, ¿En qué te inspiraste? —sentí la mirada de Klaus, pero lo ignoré.

—En varias experiencias.

—¿Te pasó lo mismo que a Valeria? —exclamó sonriendo.

—Unas cosas sí —me sonrojé— Otras cosas no. ¿Cuál es tu parte favorita? —Me mordí el labio justo después de haber preguntado «¿Pero qué coño me pasa?»

—¡Todo el libro! —sonrió—. Pero me decantaría por la escena del vídeo. —Miró a Klaus y me miró a mí sonriendo—. Esa escena me vuelve loca ¿Fue real? ¿Te pasó a ti?—Vi como ella me miraba expectante, como Klaus se ponía rígido y como mi sangre dejaba de correr ¿Qué iba a contestar?

—Bueno...—dudé y me tembló la voz—. Me pasó algo parecido, sí. —Los ojos de ambos me miraron impresionados, Klaus porque pensó que diría que no, Ana por la emoción y Alejo miraba la escena divertido.

—¡Dios mío...! ¡Qué pasada! ¿ves? —Se dirigió a su marido que me miraba divertido—. Hay gente que hace esas cosas... —Agaché la cabeza, verle dolía demasiado.

—Mi prima nos ha dicho que te hiciste un tatuaje con unas líneas del libro —Klaus miró a Ana con reproche y ella se encogió a modo de disculpa—. ¿Dónde te lo hiciste?

—En la cara interna del brazo —exclamó Ana emocionada—. Desde la axila hasta el codo.

Tragué saliva y respiré. Mi cuerpo se había quedado de hielo, justo ahí fue donde le besé aquella noche, el lugar donde nadie le había besado, allí había escrito unas líneas que yo escribí para él, ¿Lo había sabido?

Por una vez en tres años, sentí que mis ojos se humedecían brevemente, ¿Tres años deseando llorar sin poder, e iban salirme las lágrimas justo delante de él? ¡No! Apenas escuché cuando gritó que ya estaba el fotógrafo. Todo empezó a ir lento, me moví porque Alejo me empujó, me posicioné entre medias del matrimonio porque Ana me puso allí, todo iba despacio hasta que su mano se posó en mi espalda desnuda, me estremecí y lo miré, primer flash, miré hacia el frente y segundo flash, este me cegó y fue lo que me devolvió el sentido del oído, de repente el ruido se hacía patente.

—Jacqueline, vamos a bailar tómate lo que quieras, estás en tu casa —dijo Ana acariciándome el brazo.

Asentí casi sin mirarla, Klaus tenía los ojos clavados en mí, pero no le devolví la mirada, Ana lo arrastró hasta que se perdió entre el tumulto de la gente que ya bailaba. Alejo me tenía la mano agarrada, cuando me volví, él me miraba con una expresión que no entendí hasta que me habló.

—¿Él es Antuan verdad? —asentí—.Lo supe en cuanto vi cómo os mirabais.

—Lo siento Alejo.

—No sientas nada, perdóname tú por hacerte pasar por esto. De haberlo sabido jamás te hubiera traído. —Nos miramos y nos dimos un abrazo fuerte.

Caminamos por el salón lejos de los novios, y para intentar distraerme me presenté a su familia. Yo me hubiera ido al hotel, o quizá a lanzarme al estanque; pero no quería hacerle un feo; estaba allí para acallar los rumores de su quisquillosa y anticuada familia. En casi la hora y media que estuve por allí no volví a ver a Klaus. Poco después Alejo me llevó hacia la pista de baile cuando sonó Louis Armstrong «What a wonderful world» Dios... ¿Podría pasarme algo más? Sentí que Alejo se tensaba y miraba a mi espalda.

—¿Me la prestas unos minutos? —preguntó Klaus a Alejo, quien me soltó. Le miré rogándole que dijera algo, pero solo me guiñó el ojo «capullo.»

Agarré la mano que me había tendido, y me acercó a él, puso una mano en mi cintura y creí desmayarme, estábamos piel con piel y era más de lo que podía soportar. Con la otra mano sujetó la mía y así empezamos a bailar esa hermosa canción, lo sobrellevé hasta la parte del instrumental.

—He escuchado esta canción millones de veces —dijo en susurros—. Y no ha habido vez en la que no haya pensado en ti —asentí con la cabeza sin hablar, su olor me embriagaba—. En fin... Por lo visto te ha ido bien ¿No?

—Sí —Le miré—. No me puedo quejar.

—Me siento superorgulloso cada vez que paso por alguna librería y veo tus libros —me sonrió—. Sobre todo, cada vez que pienso que fui testigo de esas primeras líneas del libro que empezaste aquella noche.

—Gracias.

—Hablas un francés muy fluido, me has sorprendido. —¿Qué? ¿Me había estado observando?

—Viví el suficiente tiempo en Francia como para defenderme, luego ya fui perfeccionando...—Cerré los ojos para escuchar bien la canción.

—Te dije que también estaría en mi boda —Abrí los ojos, me estaba mirando con aquella mirada que hacía que todo lo demás me diera igual.

—Ya veo. —Terminó la canción y le solté.

Me separé de él tan rápido como pude, no podía tenerle frente a mí un segundo más, toda yo olía a él, y eso dolía demasiado. Anduve media hora por el salón hasta que salí por una de las puertas y me senté en un banco de hormigón con pequeñas esculturas a ambos lados, miré a la inmensa luna llena de una cálida noche de julio. Diez minutos después, sentí una presencia que se sentó a mi derecha, no hizo falta volver la cara, Alejo me sostenía la mano mirándome en silencio, me conocía mucho y daba gracias por ello.

—Imagino que debe ser horrible esta situación ¿Verdad?

—Pero... Pero bueno, al parecer tendrás tu segunda parte. —¿Cómo? ¿En

serio? —me miró sorprendido.

—¿Te parece poco la recopilación de material para la continuación? — Se echó a reír y le miré con cariño. Ambos volvimos la mirada al cielo, no sé cuánto estaríamos en silencio con las manos entrelazadas, hasta que habló.

—Mira la luna, ¿Es preciosa verdad? —asentí—. Me recuerda a ti. Ella, aunque está sola, nunca deja de brillar. —Alejo fijó sus ojos en mí sonriendo, cuando quería sabia encontrar las palabras justas. Acorté la distancia que nos separaba, y posé mi mano en su mentón y le di un suave y dulce beso en esos labios, tan suaves como la seda, me respondió devolviéndome el beso y nos quedamos frente con frente —¿Por qué no pueden gustarme las mujeres? Seríamos la pareja perfecta. —Solté una carcajada y él me imitó.

—Pues porque entonces no serias tan perfecto como lo eres ahora, ¿No crees?

—Supongo que sí, ¿Volvemos dentro?

—Ve tú, ahora mismo entro.

—¿Sigues queriendo quedarte estas dos semanas aquí? —Por supuesto —sonreí—. ¿Y tú?

Asintió, y después de besarme en la mejilla volvió al salón. Yo me perdí en mis recuerdos ¿Cuándo empezó mi vida a dejar de tener sentido? En estos tres años todo había cambiado, ahora podía dedicarme a lo que más amaba, ganaba dinero con el sudor de mi frente, mi padre había vuelto a España, todo por fin estaba donde tenía que estar. Pero aparte de cuando pasé mis dedos por la portada de mi primer libro, ya no me había vuelto a sentir tan bien. Intenté recordar la última vez que me había sentido viva, y vi su cara sonriéndome con una sonrisa de medio lado, cuando abrí los ojos estaba riéndome, negué con la cabeza deseando que nadie me hubiera visto, cuando me volví Play estaba quieto a mi lado.

—¡Play! —grité mientras me dejaba caer al suelo para quedar a su altura—. ¡Madre mía, qué mayor estás! —Pese al tiempo él me recordaba. Sonreí al ver que llevaba una pajarita negra, intentó lamerme la cara varias veces, no paraba quieto y yo estaba fascinada, cuando por fin se tranquilizó le abracé, y le di un tierno beso entre los ojos—. Te he echado mucho de menos, ¿Lo sabías? —Agachó las orejas. Ese perro, desde luego, me entendía—. ¿Me prometes algo, amigo? —Se revolvió—. Cuida mucho de Klaus, ¿me harás ese favor? —Unos niños lo llamaron a lo lejos, llevaban una pelota y sonreí al verle moverse nervioso—. ¡Venga ve! —Saltó y fue hacia ellos, se giró me miró y siguió hacia los niños corriendo.

—Te echa de menos —escuché una voz detrás de mí.

—Siempre le caí bien. —Sonreí levantándome, de pie detrás de mí estaba Klaus, tan irresistiblemente guapo con su esmoquin negro, su chaleco y esa preciosa pajarita que yo le había regalado, le quedaba como un guante, destacando su increíble porte.

—Y no es al único... —Me puse frente a él y nos miramos.

Estuvimos varios minutos quietos, apenas sin parpadear. Por un instante, todo se había detenido, solo podía verle a él que parecía una estatua de mármol, como si el pasado hubiera regresado para quedarse por siempre, empecé a respirar con dificultad cuando escuché «The eclipse of the heart.»

—Esto es indescriptiblemente difícil. Después de tanto tiempo estás aquí, delante de mí y es como si todo este tiempo no hubiera pasado, como si todo lo que ocurrió hubiera sido ayer. No puedo evitar sentir dentro de mí... Que sigo queriéndote con toda mi alma —dije sin pensar. Quizá fue embelesada por la canción que sonaba en ese momento, o porque había dejado que hablara mi corazón sin tapujos, sin más me abrazó apretándome fuerte.

—Y yo, Jacqueline, no he dejado de quererte nunca. —Me soltó y me agarró la cara con sus manos—. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

—Hace mucho que te perdoné. —Me solté al darme cuenta de lo cerca que estábamos—. Hoy es tu boda, no está bien que estés aquí conmigo.

—Te esperé durante tanto tiempo Jacqui, que...

—Para —le interrumpí—. No hace falta que sigas. —¿Eres feliz?

—Pretendo serlo —respondí sonriendo— ¿Y tú? —Podría estar peor —me imitó—. ¿Te cuidarás? —Dalo por hecho. —Miré la luna llena, que parecía estar devolviéndome la mirada—. Ahora tengo que irme, cuídate mucho Klaus y sé muy feliz.

Solo asintió mientras me besaba las manos, me solté y empecé a caminar. Mis manos temblaban, había sentido sus suaves labios en mi piel, y había activado todas mis terminaciones nerviosas. No quise girarme, pues si lo hacía no podría irme, le quería... Le quería más de lo que pensaba, no sabía si podría olvidarle alguna vez, pero no dejaría de intentarlo. Supe que lo había dejado atrás cuando giré la esquina.

Klaus

La vi marcharse, y sentí que estaba rompiéndome de nuevo, mirar su espalda, su preciosa y sexy espalda alejándose de mí por segunda vez. Quería ir detrás de ella, decirle que me daba igual el resto del mundo, que quería pasar el resto de mi vida con ella, y lo habría hecho si no fuera porque oía la

voz de Ana hablando por el micrófono dentro del salón. Jamás sentiría por Ana nada parecido a lo que sentía por Jacqueline. Quizá ese sería mi castigo por haber sido un cobarde. Aun así, quería a Ana y sabía que ella estaba muy enamorada de mí; no haría daño a otra persona otra vez.

¿Por qué ahora? No sé cuántas veces rogué encontrarme con Jacqueline. Pasé meses de mi vida sentado en aquel parque frente su casa, solo por si volvía de visita, pero nunca volvió. Un tiempo después de su marcha, Dana me enseñó la carta que ella había dejado el día que se marchó, entonces entendí por qué nunca respondió a mis llamadas ni a mis mensajes, en los que le suplicaba que por favor volviera. Mantuve contacto con Dana para ver si había noticias de Jacqui, pero un día supe que no podía vivir pensando si volvería o no.

Cuando me enteré de que le publicaron un libro volé de vuelta a España, ya que había pasado una larga temporada con mi padre en Alemania, y corrí a la primera librería que encontré y ahí estaba, su nombre. Imaginé lo feliz que sería de ver su sueño cumplido, y deseé que, aunque fuera durante unos segundos pensara en mí. Cuando leí aquel libro, fue como revivir nuestra historia, sentí en cada palabra cuánto me amaba, con qué ojos me vio desde el principio, y cuán importante era para ella; y me sentí aún más miserable.

Los personajes de su libro éramos ella y yo, y como en la vida real ambos se separaban, sentí mi corazón romperse solo al recordar lo que sentí aquella tarde al leer la última página de su primer libro:

«Que el viento te lleve este mensaje, que caiga a tus pies como una estrella, porque moriré si no te digo, que no importa los años que viva y en que parte del mundo me encuentre, estarás en mí hasta el día que muera»

Para ti pequeño Señor G.

Recuerdo las lágrimas que recorrieron mis mejillas, ese mensaje era para mí, no había duda. Pese a todo, quiso decirme que nunca me olvidaría. Ahora sé que esa fue su forma de decirme que me perdonaba. Pasó mucho tiempo hasta que, por fin, me sentí feliz, y justo ahora aparecía, tan preciosa, tan elegante, tan mujer... Los años solo habían cincelado más su impresionante belleza y, aunque estaba mucho más delgada que antaño, era la perfección en persona. Cuando la vi besar a Alejo tuve que apretar los puños para controlarme. Aunque sabía que Alejo era gay no me gustaba verla besar a nadie. Alejo pasó por mi lado y me dio un golpecito en la espalda, supe que sabía quién era yo, y allí estaba ella, quieta, sentada y preciosa, parecía una escultura. Iba a arrimarme, pero Play se me adelantó, sonreí al verlos y

envidié a Play.

Me acerqué a unos primos pequeños de Ana y les dije que lo llamaran para jugar, poco después la tenía para mí solo.

—Te echa de menos. —Ella dio un suave respingo.

—Siempre le caí bien.

—Y no es al único —sonreí al ver que me contestaba. Se levantó y dio unos pasos hacia mí. De repente sonó una preciosa canción que me hizo cerrar los ojos unos segundos.

—Esto es realmente difícil. Después de tanto tiempo estas aquí, delante de mí y es como si todo este tiempo no hubiera pasado. Como si todo lo que ocurrió hubiera sido ayer. No puedo evitar sentir dentro de mí... Que sigo queriéndote con toda mi alma. —Sus ojos brillaban con algo que no podía describir. Parecía que en cualquier momento rompería a llorar. Cuando escuché aquellas palabras de su boca, la abracé todo lo fuerte que pude.

—Y yo, Jacqueline. no he dejado de quererte nunca ¿Podrás perdonarme alguna vez?

—Hace mucho que te perdoné. —Sentirla en mi cuerpo, tan pegada a mí, me hizo darme cuenta de que jamás la olvidaría.

—Te esperé durante tanto tiempo Jacqui, que ...

—Para —me interrumpió— No hace falta que sigas. —¿Eres feliz?— pregunté sin saber por qué. Quizá esperaba que me dijera que no, y que no podía ser feliz sin mí.

—Pretendo serlo, ¿Y tú?

—Podría estar peor. —sonreí al ver cómo me sonreía— ¿Te cuidarás?

—Dalo por hecho. —Miró la luna y supe que se estaba despidiendo—. Ahora tengo que irme. Cuídate mucho Klaus y sé muy feliz.

No pude contestar, ¿Qué iba a decirle? ¿Qué por favor no se fuera? Jamás se quedaría, y más después de saber que estaba casado ¿Por qué había aparecido justo ese día? Cuando la vi perderse entre la gente supe que una parte de mi había muerto con su partida, y que jamás volvería a estar completo.

Jacqueline

Cuando giré la esquina me apoyé en la pared, me vino justo llegar ahí, me estaba quedando sin aire. La opresión en el pecho se iba haciendo más y más grande, podía intuirlo en la distancia con sus ojos en mi espalda, pero si me paraba, si me quedaba quieta al menos un segundo más, jamás sería capaz de irme. Y sin esperarlo, y por primera vez en tres años noté mis mejillas

mojadas. Empecé a sollozar apretándome el estómago, iba a estallar... Tres años de resentimientos iban a salir a flote ahí, en el día de su boda, en un salón perdido en los prados de Compiègne.

Pero debía cumplir mi parte del deseo que había perdido a la luna llena, «que sea el hombre más feliz del mundo.» Esas fueron las palabras que pronuncié en mi mente mientras aún estaba frente a él. Aunque una parte de mí acababa de morir, solo tenía clara una cosa, deseaba que fuera feliz sobre todas las cosas, y, aunque yo jamás pudiera sentirme completa, solo podría sentirme mejor si sabía que uno de los dos volvía a amar.

Caminaré por caminos distintos a los suyos. Pondremos océanos entre nosotros, pero ni con eso podré dejar de quererle. Después de mucho pensar, prefiero haber conocido ese amor tan intenso, aunque hubiera sido breve, que haberlo anhelado el resto de mi vida.

FIN

Cada parte de mi

Para que entiendas mejor esta historia, y cómo imaginé cada instante, escucha las canciones en el mismo instante en que las menciono. Y disfruta... ¡No te arrepentirás! «No importa lo fuerte que golpeas, sino lo fuerte que eres cuando te golpean.» Rocky Balboa

MYRIAM OJEDA

Prólogo

—¿En serio crees que le gustará?

—¿A quién no? ¡La despedida de soltera solo se hace una vez! Estamos tirando la casa por la ventana con un muy buen motivo y sin mencionar que tenemos al mejor Boy de la ciudad. Jaqui, ¡relájate!

—Levanté una ceja escéptica.

—No estoy yo muy segura de que Laura esté de acuerdo con lo del Boy. Ya nos dijo que no quería nada de esto.

—Eres muy pesada Jacqui, muuuy pesada.

Caminamos en silencio. Nos dirigíamos hacia la tienda de novias que estaba a unas pocas manzanas de donde nos encontrábamos. Dana caminaba dando pequeños saltos, estaba feliz, y yo también de volver a estar con ella. Había vuelto hacia unas pocas semanas de Argentina.

La promoción de mi último libro me había tenido muy ocupada. Alejo era un magnífico editor, y me había conseguido al mejor publicista que una escritora hubiera podido desear. Aun así, había decidido tomarme unas semanas de vacaciones, y con un poco de suerte, podría relajarme e intentar por decimonovena vez acabar la segunda parte de «Si tan solo fuera sexo.»

Pero no había manera, me había quedado en «Standby», y no había manera de salir de allí.

Todavía debía escribir medio libro, y no conseguía que tuviera esa chispa del primero. Necesitaba inspiración, pero ¿de dónde? Estaba «chuchurría»... qué le íbamos a hacer.

Tenía una enorme demanda de una segunda parte. Sabía de ante mano que conseguiría otro Best Seller si conseguía sacar la historia adelante, pero mientras la inspiración decidía salir de su escondite, mi nuevo libro se estaba vendiendo de maravilla. Así que, pese a todo, estaba feliz. Llevaba unos días demasiado estresantes decorando mi nuevo ático; estaba bastante cerca de la que había sido mi casa hacía años, ahora propiedad de Dana. Lo había cambiado tanto que apenas parecía el mismo, evitaba ir muy a menudo; aún seguía recordándome los momentos vividos.

Dana entró delante de mí a la tienda de novias, tenía una increíble puerta en forma de arco de fantasía. Cada vez que iba allí, tenía la sensación de que,

al cruzar el umbral de aquella tienda, acabaría en algún lugar mágico de otra época; pero no, nunca pasaba... «Vaya mierda».

Nos recibieron con una enorme sonrisa, ya nos conocían, así que perdieron el culo por hacernos sentir como en casa. Laura no tenía ni idea, pero en pocas horas sabría cuál iba a ser mi regalo de boda. Mientras Dana se sentía como una princesa por las atenciones de las empleadas, yo paseaba por la tienda mirándolo todo; hasta volví a sonreír al ver la foto que tenían colgada justo al lado de los trajes masculinos. Había acudido a aquella tienda tiempo atrás para informarme sobre algunas cosas para un libro que estaba escribiendo, de ahí me surgió la idea de regalarle a Laura su vestido de novia deseado. Sin esperar lo «What a wonderful word» sonó bajito por toda la sala. Sin darme cuenta, me quedé paralizada, como si debajo de mis pies el suelo me retuviera; y los recuerdos que tenía guardados en lo más profundo de mí, salieron a flote.

«—Esta canción me encanta, estoy casi segura de que sonará en mi boda.

—Seguramente en la mía también.

—Klaus Grass, no seas un copión...

—Es mi cumpleaños, me puedo copiar de lo que me dé la gana.»

—¡Jacqui! —escuché mi nombre a los lejos.

—Perdona —La miré—. Es esta canción. —Me miró como si estuviera hablando otro idioma—. Me persigue.

—No sé si te perseguirá, pero idiota te deja un rato, te he llamado mil veces. ¡Laura está de camino! —asentí y me senté cerca de Dana mirando hacia la puerta. Si me había equivocado o no en el regalo lo sabría en breve.

Martina

Laura caminaba distraída mirando los Whatsapp de Leo, intentaba disimular mi nerviosismo, y aunque era una pésima actriz, pero pésima, pésima, ella no parecía darse cuenta. Estábamos a pocas manzanas de la tienda de novias, Dana y Jacqui ya estaban allí. Laura no tenía ni la más remota idea de que habíamos anulado el encargo de su vestido de novia, —Cabía la posibilidad que nos acabara asesinando y echando nuestros restos al río, pero esperábamos que no.—

Jacqui que estuvo el día de la primera prueba de su vestido, arrugó la nariz cuando Laura se puso frente a nosotras. El vestido era bonito y sencillo, pero cuando Laura se quitó de nuestra vista y se fue a cambiarse Jacqui usó sus influencias anulando ese vestido y empezando a buscar uno lo verdaderamente espectacular que Laura merecía. Las tres sabíamos lo más importante, sus gustos y las medidas, en concreto Dana, que tenía bastante gracia para esas cosas. No nos fue difícil dar con él, era sencillamente espectacular, era un vestido de nueva colección. Corte romántico, blanco impoluto, palabra de honor, con una sencilla y preciosa pedrería que hacía que el traje brillara sin perder toda la elegancia innata de Laura. A la altura de la cintura, quizá un poco más abajo empezaba a ensancharse el traje haciendo una falda preciosa de tul sencillo, nada pomposo. Encima del tul había una suave tela transparente con pequeños dibujos de la misma pedrería de la parte superior. Era un precioso y elegante traje de cuento, perfecto para Laura.

Me mordí los labios de pensar su reacción, y sonreí interiormente cuando se quedó mirando una fotografía en la valla publicitaria que estaba a nuestra derecha. Resopló al ver el precioso vestido de novia. Lo que no sabía es que uno bastante parecido le estaba esperando a tan solo una manzana de distancia. Miré de nuevo a mi alrededor, Jacqui me estaba friendo el móvil, ¿Qué podía hacer? ¿Estirar de la oreja a Laura para que corriera? Ella ni sabía que Jacqui ya había llegado a España, y la habíamos engañado diciendo que íbamos a mirar unos trajes de novia para Jacqui. Tampoco podía verme tan ansiosa, Laura es un puñetero detector de mentiras.

El reflejo de un cuerpo de infarto cruzó delante de nosotras y se me fue el santo al cielo, ya estaba dándole con el codo a Laura cuando le vimos de perfil, se me escapó un resoplido —insonoro para mi suerte—; allí estaba él, esperando en el paso de peatones. Ambas nos quedamos de piedra durante unos segundos, poco después cruzó la calle y se metió en una tienda pequeña que jamás había visto. —¿Ese no era...?

—Sí —contestó Laura—. ¿Desde cuándo está aquí? —Me encogí de hombros.

Lo último que sabíamos era por Jacqui y fue cuando nos contó la tremenda coincidencia en aquella boda. Le costó bastante reponerse de aquello, nunca vi llorar así a una persona. Todavía cuando lo recuerdo se me eriza la piel.

—Martina espérame aquí... —dijo Laura cruzando por el mismo sitio que momentos antes había pasado él.

—Pero ¿dónde vas? ¡Oyeee! —Grité—. ¡Que nos están esperando!

—¡Un segundo! —gritó desde la otra parte de la calle.

Negué con la cabeza mientras Laura se quedaba frente a la tienda donde se había metido Klaus, y sin más entró.

Pero ¡¿Qué coño?!...

Diez minutos más tarde Laura volvió.

—Bueno, ¿Y?

—Nada —sonrió.

—Ese nada, no suena a nada.

—¿Y a que suena? —me sonrió.

—A mucho.

—La tienda es suya. —La miré sorprendida—. La abrió hace poco, es fotógrafo y de los mejores.

—¿Y por qué has ido? Si se entera Jacqui... —Laura paró Klaus en seco.

—No le digas esto a Jacqui. —Puse los ojos en blanco—. Martina, mírame, no digas nada.

—Vale, vale... Seré una tumba, y ahora vayámonos.

Retomamos la marcha y me volví, Klaus estaba apoyado en el escaparate de su tienda mirándonos. Seguía igual de impresionante, no pude evitar suspirar y sin darme apenas cuenta me estaba sonriendo. Supongo que era la respuesta a la sonrisa idiota que se había instalado en mi cara. ¿Por qué siempre me pasaba igual? Al final pensaría que estaba loca.

Klaus

Miré de soslayo a Ana mientras me terminaba de vestir, seguía inmersa en el libro de ese petulante y gilipollas escritor, Aníbal Luna, «En tu suave y estrecho interior». ¿Estaba de broma? ¿cómo podía ponerle ese título a un libro? Lo odiaba y lo detestaba, y lo odié y lo detesté más cuando leí sus agradecimientos.

«A mis padres, por darme la vida y esto que para mí es un don. A mis amigos, por sus incansables ánimos, y por sus ideas descabelladas y geniales. A mi editor Alejo por su paciencia y entrega, eres tan hermoso por dentro como por fuera. A mi publicista que se ha ganado fama de pesado, pero que le debo mucho, ¡Gracias Hugo!, A toda mi familia por comprar docenas de libros “no sería quien soy sin vosotros”. A mis lectores que nunca me fallan y siempre me respaldan llevando cada uno de mis libros a lo más alto, os lo debo todo a vosotros. A mi editorial por confiar en mí, y más en estos tiempos tan difíciles, siempre estaré en deuda.

Y a ti, por aparecer justo en el momento oportuno, por mirarme con esos ojos tristes y hacer que mi inspiración volviera de la manera más impresionante que hubiera podido imaginar. Fuiste un hueso duro de roer, pero el desafío mereció la pena por cada segundo que me regalas. Este libro habla de ti, de nosotros y de lo que solo tú y yo sabemos. Te amo mi querida Jacqueline.»

Recuerdo que vomité el día que lo leí, puede que fuera porque tenía una severa gastroenteritis cuando lo estaba leyendo. Pero sé que tuvo algo que ver el leer su nombre con esas bonitas palabras adornándolo ¿Qué sabría él de cómo era amar a Jacqui? Era el típico guaperas, que superaba la treintena, con éxito y fama de mujeriego. Jamás sabría valorarla como merecía; por muy bonito que lo pintara todo en aquella absurda dedicatoria. Solo pude leer los cinco primeros capítulos del libro, describía en cada línea a Jacqui y eso era demasiada tortura, sobre todo en las escenas de amor y sexo.

No cabía duda, se refería a ella, yo lo sabía muy bien. Por el contrario, mi mujer vivía encandilada con sus historias; resoplando a cada párrafo, me tenía enfermo, sinceramente enfermo. Me alegré de que aquella noche Miguel me propusiera acompañarle, si tenía que quedarme otra noche a ver la cara de mi mujer mientras leía, me acabaría tirando por el balcón o lo que es peor... tirándola a ella.

—Este hombre es... —Me miró embelesada—. un Dios. —Si... Hades —susurré.

—Te he oído.

Le sonreí y me devolvió la sonrisa, era preciosa, y estaba desperdiciando su vida conmigo. Pero no tenía valor de dejarla, la quería.

—Esa Jacqueline, es una chica con mucha suerte... —¿Tú crees? — pregunté escéptico.

—¡Le ha dedicado un libro! ¿Te parece poco? —Alcé una ceja—. Vale que la protagonista sea ficticia, pero seguro que se ha inspirado en ella.

La miré con desdén y negó sonriendo volviendo a la lectura; no se había inspirado en ella, la había plasmado como si de una fotocopia se tratase. Por eso mismo no pude terminar de leerlo. Intenté disuadir a Alejo para que dejara de traernos los libros de ese tipo, pero no hubo manera.

Me miré en el espejo, tenía el aspecto cansado, parecía que había envejecido siglos y solo tenía veintinueve años, ¿Qué me estaba pasando? Hacía cinco años de todo aquello, y dos desde que me había casado, y no había sido completamente feliz en todo ese tiempo.

—Ana, me voy, Miguel ya me está esperando. —Le di un beso en la frente.

—No sé si me hace demasiada gracia que lo acompañes, estará lleno de mujeres.

—La calle también y me dejas salir.

—Klaus...

—Tranquila cariño, seré bueno ¿Cuándo te he dado yo un motivo para desconfiar?

—Nunca... —me sonrió.

—Pues entonces, sigue leyendo y duerme, antes de lo que crees estaré aquí.

Asintió y me dijo adiós con la mano antes de volverme a ignorar para prestar atención al libro. Era un puto miserable, un jodido y puto miserable mentiroso. No había estado con ninguna mujer exceptuando a ella, ninguna porque simplemente deseaba a la única que no podía tener. Bienvenido a mi tortura.

Me subí en el coche dirección al local donde Miguel actuaba, solía acompañarle y hacer de guardaespaldas, aunque era una gilipollez guardar las espaldas a un tío que era un tanque, pero bueno, se sentía más seguro si iba con él. Apostaba a que la mitad de la gente pensaba que éramos homosexuales, y aquello me hacía gracia. Me partía de risa ver las miradas de las chicas cuando acariciaba su espalda mientras le decía algo al oído, luego me ganaba unos cuantos capones cuando se daba cuenta de lo que había hecho. La verdad

que le espantaba a más de una con aquel comportamiento, pero ¡Qué narices! Podía tener a la que quisiera. Puse mi emisora preferida, y ahí estaba, la canción que escuchaba una y otra vez me recordaba tanto a ella...

Salí del coche cuando la canción terminó, la seguí tarareando cuando entré por la puerta del local. Las mujeres gritaban como locas y me hizo sonreír. Me senté en la barra saludando a Ángel, él camarero de esa noche; ya los conocía a todos.

—¿Qué es esta vez? ¿Cumpleaños? ¿Divorcio?

—Despedida de soltera... —dijo poniéndome un quinto de cerveza.

—¿Ahora? ¿En navidad? —Se encogió de hombros.

Miré el tumulto de mujeres que se arremolinaban poniéndose en círculo, sonreí al verlas con una diadema con un pene en el medio. Una de ellas sentó a la que suponía que era la novia en la silla del centro, para después vendarle los ojos. Yo me resguardaba en la oscuridad, seguramente pensarían que formaba parte de la seguridad del local, ya que iba todo de negro y de paso podía mirar lo que quisiera.

Sonó la música y, desde mi posición, pude ver el respingo que dio la novia, que por cierto iba disfrazada de Catwoman. Me reí al ver salir a Miguel con su atuendo de espartano. Con los primeros pasos de baile de mi amigo, decidí que ya había visto aquel espectáculo demasiadas veces, así que volví a mi querida cerveza. Solo me giraba cuando el griterío me dejaba sordo, Ángel y yo nos sonreíamos mientras negábamos con la cabeza... «mujeres.»

—Vamos Jacqui, ¡Ahora tú! —Me giré de golpe, ¿Jacqui? Vale, estaba algo paranoico, obviamente había más mujeres con ese nombre, pero no podía evitar quedarme helado deseando que fuera ella, y nunca lo era. No podía ver bien porque varias chicas se pusieron de pie, tapándome por completo la visión.

—¡No! —gritó mientras se echaba a reír, y en ese instante mi corazón se paró, era ella. —Parad, por favor, soltadme.

—Tú serás la próxima, así que no pasa nada por este pequeño adelanto —reconocí la voz de Dana.

¿Próxima? ¿Próxima de qué? ¿Jacqueline se va a casar?

—No, por favor —suplicaba, aún no conseguía verla—. Me da mucha vergüenza, de verdad...

—¡Te jorobas guapa! —habló la Catwoman que resulto ser Laura—. ¡Donde las dan, las toman!

—¡Pero si fue Dana!

—Oye, a mí no me metáis —dijo la misma bebiendo de una botella de agua.

De repente vi como Miguel tendía una mano, y alguien la agarraba, me levanté inconscientemente y me quedé ahí, quieto, expectante. Una mujer de pelo negro, largo y ondulado se cubría la cara mientras Miguel la rodeaba por la cintura, ¿pelo negro? Vestía un vestido negro ceñido de manga larga, cuando Miguel le dio la vuelta, vi que tenía escote en la espalda, el corazón se me aceleró en apenas dos segundos y sentí un escalofrío espantoso.

Estaba preciosa, realmente preciosa, sexy y muy elegante. No duró mucho sentada, no había que ser muy listo para darse cuenta de que a mi amigo le había gustado Jacqui, a la que por cierto aún no había visto la cara. En el momento en el que Miguel extendió su pañuelo ocultando la cara de ambos el corazón se me paró, cuando lo quitó Jacqueline sonreía mientras mi amigo le hablaba al oído, el mundo se detuvo. Todo quedó quieto y todo dejó de dar vueltas, en ese instante yo quise morirme. El siguió bailando alrededor de ella, pero yo ya no veía nada, me senté de nuevo dando la espalda a aquel espectáculo, puse mis codos en la barra y apoyé la cabeza en mis manos.

—Disculpe por favor —habló una voz a mi lado—. ¿Podría llevarnos unos mojitos?

—Ya mismo, señorita.

—¡Ah! y un... —pensó—. Un... ¡¡Joder!! Se me ha olvidado lo que ha pedido el chico, un...

—Ron miel con cola —contesté sin pensar.

—Eso —dijo aquella chica mirándome y mirando al camarero que se puso a ello enseguida—. ¿Klaus? —La miré.

—Dana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Me miró con los ojos como platos.

—Miguel es mi amigo, suelo acompañarle a estas... En fin, a esto que él hace.

Miró nerviosa hacia donde estaban las demás.

—Tranquila, no me ha visto, y me iré antes de que me vea.

—Klaus... —Acarició mi espalda, yo seguía con la cabeza en mis manos —. Ha pasado mucho tiempo, ¿Cómo estás?

—¿Te miento o te digo la verdad?

—Lo que te haga sentir mejor —me sonrió —Estoy bien...

—Mentiroso. —Esta vez le sonreí yo.

—Está preciosa —susurré—. Sí, aunque prefería su pelo, pero este no le queda mal.

—Resalta sus ojos, Klaus...—No, odiaba la compasión, no podía permitir que dijera mi nombre en aquel tono.

—No pasa nada Dana. —Le acaricié la mejilla y se sonrojó, siempre le pasaba lo mismo cuando me tenía cerca—. ¿Es feliz? —¿Te miento o te digo la verdad?

—Lo que te haga sentir mejor.

—Es feliz... —Quise que el suelo se abriera y perderme en el—. Y a su manera está enamorada, pero no se la ve como cuando estaba contigo.

Agachó su cabeza y vi cómo se reprochaba algo a sí misma, supongo que me había dicho algo que yo no debía saber. —Él... ¿La trata bien?

—Sí.

—Entonces es lo que importa.

—Supongo... —La noté nerviosa—. ¿Klaus, la sigues queriendo?

—Ha pasado mucho de aquello, Dana...

—Contéstame.

Me volví y la miré, seguía hablando con Miguel, ya había terminado el espectáculo y se había medio vestido. Jacqui sonreía y se ponía el pelo detrás de la oreja, volví la vista a Dana que me miraba sonriendo con dulzura.

—Desde luego que sí —contestó ella sin dejarme decir nada, yo solo me encogí de hombros—. ¿Sigues casado?

—Sí.

—Mmm —murmuró—. ¿Y la quieres?

—Sí. —Me rasqué la cabeza nervioso—. Pero no como debería.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, hasta que Dana agarró mi mano y me obligó a mirarla.

—Escucha atentamente. Esta conversación jamás ha existido, ¿Me oyes? Jamás ha salido esto de mi boca, ¿De acuerdo? —asentí—. Si sigues amando a Jacqueline, deja de hacer el capullo. Habla con tu mujer y haz lo que tengas que hacer al respecto, y búscala. —La miré sorprendido—. Mi amiga se merece lo mejor del mundo, y tú eres el único que pude proporcionárselo.

—Pero ella no...

—Klaus, si vuelves a su vida... no podrá apartarte de ella. Eres su talón de Aquiles.

—¿Por qué haces esto Dana?

—Porque la quiero, y porque sé que estáis predestinados. Y no me

preguntes por qué, pero lo sé. —La mire incrédulo—. No me mires así, no soy la única que lo piensa.

—Eso ya lo sé... —sonreí al recordar a Laura, aquella misma mañana.

—Pues entonces, en tu mano está.

Sin decir más me dio un beso en la mejilla y volvió con el resto de las chicas, poco después el camarero les llevó lo que habían pedido. Miré una vez más a Dana quien hablaba con Jacqui que tenía el ceño fruncido y miraba en mi dirección, nuestros ojos se encontraron, pero a mí me amparaba la oscuridad.

Salí poco después hacia casa, el corazón me iba a mil y tenía muchas cosas en las que pensar. Quizá, sí aceptara la propuesta de Laura, y el consejo «que nunca ha existido» de Dana. Envié un Mensaje a Miguel, que no contestó, estaría ocupado ligando con Jacqui. Sonreí al saber que no le servirían de nada sus tácticas, me subí al coche y me dirigí a casa con las ideas algo más claras.

Jacqueline

Boda de Laura, 25 noviembre

Martina iba de lado a lado a medio vestir, Dana estaba jugando con el móvil mientras le terminaban de peinar. Laura no tardaría en llegar, y yo estaba en ropa interior tirada en el enorme sofá de la suite del hotel donde se celebraba la boda. Tenía mi libreta en la mano izquierda y el bolígrafo de la suerte —azul— en mi derecha, miraba al techo intentando pensar. El techo era blanco al igual que toda la habitación, era enorme dado que era la suite. Tenía dos apartados, la enorme habitación, y el gigante salón con varios sillones reclinables y un sofá en forma de U en negro. La habitación daba a una hermosa terraza, que teníamos cerrada dado que estábamos en navidad, tenía unos grandes ventanales por donde entraba la luz iluminando toda la estancia sin necesidad de la electricidad. Era un pequeño paraíso dentro de la realidad, y ahí estaba yo. Pensando en todo eso mientras mi inspiración seguía de huelga, «te vas a cagar cuando te meta las horas extras.» pensé para mí misma, releí una y otra vez lo que tenía escrito y resoplé. «¡Menudo montón de mierda!»

—¿Qué? ¿Sigue sin aparecer? —preguntó Martina sentándose a mis pies.

—Ya no sé qué hacer...

—Busca algo que te inspire. No sé... haz un viaje, lee libros. —Ya he hecho todo eso y no vale para nada. —Me incorporé

resignada—. No hay manera de que pueda continuar la historia. Lo he intentado, pero no hay manera. Quizá lo mejor sea decirle a Alejo que simplemente no hay segunda parte.

—Pero ¿Qué dices? —dijo Dana desde la otra punta de la habitación—. La historia no puede acabar así... ¡es un crimen!

—¡Es una realidad! Además... ¿Tú no estabas jugando con el móvil?

—Sí. —Me sacó la lengua—. Pero tengo oídos, y un radar para captar gilipolleces. Sobre todo, las tuyas. —Fruncí el ceño y Martina se echó a reír.

—¿Te parece gracioso Martina?

—Mucho. —Me recosté de nuevo negando con la cabeza—. Intenta recordar qué fue lo que te inspiró la primera historia; en el momento exacto en que se encendió la bombilla... Quizá solo debas hacer lo mismo.

Fruncí el ceño. No hacía falta que intentara recordar, sabía perfectamente qué me había encendido la bombilla de la inspiración, o más bien «quién». Pero eso ahora ya no me servía, no al menos que quisiera volver a caer en el atolladero del que había salido hacia año y medio. Aníbal me dijo que solo necesitaba tiempo y relax y que la inspiración aparecería sola. Solo cruzaba los dedos y esperaba que así fuera. Miré la hora, Laura estaría al llegar y en unas horas estaría dándose el sí quiero en una bonita y nevada noche de navidad.

Me encantaba la fecha que había escogido, estaba como loca por el vestido de novia, había sido un completo y absoluto acierto, se lo probó y caminó por la tienda como si desfilara por la pasarela de los Oscars. No dejó de llorar a la vez que sonreía en todo el rato que estuvimos allí, ni siquiera cuando salimos a tomar un café. Me regañó diciendo que me había pasado con el regalo y que no estaba dispuesta a aceptarlo, que me pagaría céntimo a céntimo la totalidad. La dejé estar, no le cogería ni un céntimo, y lo que no sabía era que los vestidos de las damas de honor, también los había pagado yo. A raíz de la sorpresa que le habíamos dado, se le ocurrió que tanto ella como nosotras Dana, Martina y yo fuésemos de blanco como ella. En un principio nos negamos en rotundo. Era su día y ese era su color, pero no hubo manera de convencerla, así que accedimos, las tres iríamos de blanco al igual que ella. Dana llevaría un traje con escote corazón blanco, ceñido hasta las rodillas, con un cinturón de la misma pedrería del traje de novia; Martina llevaría otro traje blanco, este de cuello de barca y media manga, ceñido hasta las rodillas con media espalda descubierta, las mangas tenían la misma pedrería que el vestido; yo, en cambio, me había decantado por el más largo,

que me llegaba hasta los pies. Era de tirantes con un suave escote en forma de pico, con la espalda totalmente descubierta salvo por varias tiras de pedrería que se cruzaban por la misma, tanto las tiras como los tirantes y el borde del escote, tenían la misma pedrería del vestido. Todas teníamos en común el color y la pedrería —idea de Laura—, y aunque al principio la idea nos pareció algo rara, habían quedado unas obras de arte preciosas. Parecíamos cuatro novias que nos íbamos a casar el mismo día, pero luego aparecía Laura con ese increíble vestido que nos hacía sombra sin lugar a duda, estaba realmente impresionante.

Todos los vestidos estaban colgados en perchas por toda la habitación, excepto el de Laura que estaba perfectamente colocado en un maniquí, empezó a darme frío así que me puse una camiseta que Leo se había dejado por ahí, tenía mi maleta allí, pero no me apetecía abrirla y rebuscar.

—Oye, ¿No creéis que la calefacción está demasiado alta?

—pregunté al darme cuenta de que con la camiseta tenía muchísimo calor.

—Esta perfecta, tú que estás caliente...

—La que estás caliente eres tú, y lo estarás más si no bajas la calefacción, ¡parecemos pollos!

—Bueno, estoy caliente para qué mentir... —Dana sonrió ante el comentario de Martina.

—Por cierto, ¿Qué tal te va con...? —preguntó Dana.

—Diego —interrumpió Martina—. Se llama Diego.

—Eso, Diego —contestó mientras me miraba sonriendo—. ¿La cosa va en serio?, ¿Podemos decir que la famosa Martina tiene novio?

—Bueno, aún es pronto, pero la cosa va por buen camino. —Nos miró entrecerrando los ojos—. Y el sexo es...

—¡Chicasss! —entró Laura interrumpiéndonos.

Todas nos volvimos y empezamos a aplaudirle, cuando estaba en nuestro campo de visión, alguien cerró la puerta.

—¿Estáis visibles? —escuché una voz familiar.

—Jamás me verás desnuda, deja de intentarlo David.

—Muy perspicaz, Dana... —sonrió David dándole un beso en la mejilla.

Caminó hacia Martina y le dio otro beso en la mejilla, al verme se quedó parado sonriéndome.

—Me gusta cómo me recibes, Jacqui...

—Déjate de rollos. —Le tiré un cojín sonriendo. —¿Cómo estás, enana?
—dijo dándome un largo abrazo que me dejó sin aliento.

—Bien, de boda ¿Y tú?

—También. —Me dio un beso en la frente—. No sabía que habías llegado ya.

—Sí, esta mañana.

—Me alegra verte, últimamente eres muy cara de ver señorita.

—¿Y me lo dices tú? —Me miró alzando las cejas—. No me mires así, sabes a lo que me refiero.

—¡Nosotras no! —apuntó Dana sonriendo.

—Pues... —me tomé una pausa—. Aquí nuestro amigo Cassanova, está con una de las ayudantes de Alejo.

—¿En serio? —preguntó Martina sentándose en la cama.

—Bueno, yo no diría tanto. —Se ruborizó pasándose una mano por el pelo—. Solo nos acostamos...

—Ya... —Le miré de reojo—. Y por eso no has podido quedar conmigo estando en la misma ciudad.

—Ya te dije que no podía, ¿Qué querías? ¿Qué la dejara en la cama? ¿Allí sola? —Me miró divertido—. Yo me caracterizo por complacer a mis amantes, deberías saberlo. —Me guiñó un ojo. Me sonrojé a la vez que negaba con la cabeza, Laura me miraba sonriéndome con su sonrisa de medio lado y su mirada de «si ya lo sabía yo». La ignoré y me fui hacia el sillón más cercano a Dana, David me siguió y se sentó a mi lado.

La verdad que los años le habían sentado de maravilla. A sus veintinueve años estaba hecho todo un hombre y un don Juan, rasgos más maduros, el pelo más largo, y la misma cara de hombre irresistible, por no hablar de su tonificado cuerpo —Al que por cierto había tenido el placer de visitar en varios momentos en los últimos dos años—. Nunca perdimos el contacto, y al principio nuestra relación fue de una sincera y pura amistad, pero al volver de Pierrefonds volví echa un trapo, y acabé consolándome en sus brazos demasiadas veces... Hasta que decidí que aquello debía terminar, hacía unos meses que había decidido estar al 100% solo con Aníbal.

Y es que tenía que reconocer, que algo en mi había cambiado desde todo aquello. Me costaba centrarme solo en una persona y al final acababa engañándolos. Me había vuelto algo que yo siempre había odiado, algo que me daba repugnancia y me hacía sentir miserable, pero que no podía evitar... Me había vuelto una mujer infiel.

Aníbal me perdonó todas y cada una de ellas, ya que él había sido bastante mujeriego. Pero, por alguna razón que yo no supe, conmigo no sintió

la necesidad de hacerlo, y aun cuando quise dejarle por saber que no podría serle fiel, él dijo que entendía lo que me pasaba, y que dejaría de necesitar huir a otros brazos cuando dejara de sentir miedo de amar.

¿Era eso lo que me pasaba? ¿Tenía miedo? No lo sé, lo que sí sabía es que ya no podía soportar ver la mirada de decepción que intentaba ocultar Aníbal cuando le contaba mi última cagada. —Oye, ¿Tú no deberías estar con los hombres? —preguntó Martina poniéndole ojitos.

—He venido a traer a Laura, y ya no me he podido resistir. ¿Quién va a querer estar en un campo de nabos, teniendo un precioso prado de margaritas?

—Pues escóndete la manguera jardinero, que aquí el prado de margaritas está muy bien regado. —Todas nos empezamos a retorcer de la risa.

—Vaya, Martina... tu buen humor es exquisito —contestó sonriendo—. ¿A qué se debe tal honor?

—¿Tú qué crees? —habló Dana distraída.

—¿Un chico?

—No, una cabra montesa. Pero ¿Por qué os sorprendéis tanto? —Se cruzó de brazos enfadada.

—Quizá, ¿porque eres una picaflor, Martina?

—Tú calla y busca a tu inspiración. Mira a ver si te la has dejado en los calzones de este tarugo de aquí —dijo señalando a David que intentó ocultar una carcajada.

—No, aquí no se ha dejado nada. —Se miró dentro de los pantalones y negó con la cabeza—. Definitivamente, no.

Puse los ojos en blanco mientras me recostaba en el sillón, David me guiñó un ojo y le sonreí; no era un secreto que habíamos estado viéndonos, y a mí no me importaba que bromearan con ello mis amigas si Aníbal no estaba, obviamente. Poco después David se fue y nos apresuramos a arreglarnos. Varias horas más tarde, éramos unas quince en aquella habitación, nosotras, la madre, abuela, cuñadas, tías, compañeras y amigas de Laura le daban ánimos y la enhorabuena

2

La boda había sido preciosa, y la cena estaba siendo una maravilla. El salón donde estaba siendo la boda, era de un suave color crema, haciendo la estancia muy acogedora y cálida. Al ser en aquellas fechas había varios árboles de navidad por toda la estancia y los centros de mesa tenían motivos navideños, todo estaba siendo realmente perfecto.

Las mesas eran redondas, y con diez comensales por cada mesa. Laura y su ya marido, con sus respectivos padres estaban en una mesa en el centro del salón, y las demás alrededor de los recién casados. Nosotras, al ser sus damas de honor estábamos al lado de ellos, felices y muy emocionadas. Sorprendentemente las cuatro estábamos sin las parejas, mi hermano era mi acompañante, ya que Aníbal no había podido venir porque seguía en Argentina, el chico con el que Dana salía no había podido acudir y Martina aún no había presentado a su misterioso chico, aunque había estado muy nerviosa durante la cena, y eso nos daba entre ansiedad y terror.

Ya había empezado a sonar algo de música cuando la gente empezó a revolotear por el salón, los músicos ya estaban preparándose y algunas personas ya estaban empezando a bailar.

—Desde luego que está siendo preciosa ¿Verdad? —comentó Dana mirando como bailaba la abuela de Laura con mi hermano. —Vaya que sí... —contestó Martina—. Entran ganas de casarse viendo todo esto. —Las tres nos echamos a reír.

—La siguiente tú, Jacqui. —sonreí a Dana.

—Bueno, creo que es hablar mucho.

—Te pidió la mano y aceptaste —intervino Martina—. Ahora ya no te puedes escapar. —Alcé una ceja.

—Siempre puedo cambiar de opinión, señorita Martina. Ha blamos de un matrimonio, no de un contrato irrompible. Nunca aceptaría un contrato irrompible.

—¿Ah no? —habló Dana sonriendo.

—No... —La miré pensativa—. Bueno, con una persona sí... —Christian Grey, no vale.

—¿No? —Sonreí—. Pues entonces no, nunca firmaría un contrato

irrompible.

Martina negó con la cabeza y fue hacia los músicos, la miré fijamente. Pero ¿Qué hace?, la fotografía me distrajo y posamos para una de las muchas fotos que ya nos había hecho. Cogí la cámara desechable que había en la mesa, y Dana y yo nos entretuvimos haciendo monadas, miedo me daba el pensar cuando las llevara a rebelar. Faltaba la tarta, todo estaba siendo maravilloso; cuando me quise dar cuenta, Martina ya estaba a mi izquierda y esta vez la que estaba subida en el pequeño escenario era Dana... pero ¿Qué está pasando aquí? —Disculpad un momento —resonó la voz de Dana por todo el salón a través de los altavoces—. Primero de todo, ¡enhorabuena a los novios! —Yo miraba a Dana con los ojos de par en par, Martina sonreía cómplice a mi hermano que estaba a mi lado y podía escuchar las carcajadas de Laura—. Gracias pareja, está siendo un día maravilloso e inolvidable, yo ya sabía que ibais a acabar así... —reímos todos—. Las estadísticas no fallan, sois la única pareja estable de nuestro grupo. —Volvimos a reír—. En este día tan especial, quiero hacer una pequeña locura. Un pequeño regalo para que nunca lo olvidéis, oh bueno, quizá sí que deberíais olvidarlo por mi bien, pero bueno al lio... —las carcajadas inundaron el gran salón—. Hace unos años, una de las damas de honor, en concreto la dulce Jacqueline Amorós y yo, estábamos hablando sobre las relaciones, y ella, por su situación sentimental de aquel entonces, me dijo unas palabras que en aquel momento no entendí, pero ahora las vivo diariamente. Me dijo que se sentía dentro de la canción «Every breath you take» de Police, ¿la recordáis no? —Se ganó un aplauso y yo quise morirme—. Mi contestación fue, que el propio Sting había reconocido que era una canción siniestra, que hablaba de control. Pero después de todo este tiempo, me parece una canción maravillosa. ¿Qué es el amor? Para mí el amor, es obsesión, una dulce obsesión, nada de obsesión enfermiza no confundamos términos. —Alzó las cejas y me tape la boca para no soltar una carcajada—. El amor de verdad, es aquel del que no puedes escapar, el que te hace soñar y te impide despegar los ojos de la persona amada. Y creo que es lo que vosotros dos Laura y Leo, sentís uno por el otro, y por eso quiero regalaros esta canción que habla de todo esto. Pero para ello, necesito aquí a Jacqui, ¡Jacqui por favor sube aquí!

Me tapé la cara con las manos, ¿está loca o qué coño pasa? Negué con la cabeza más roja que un tomate. Todos sonreían a mí alrededor, se carcajeaban y yo solo deseaba morirme. ¿Cantar delante de tanta gente? ¡Pero esta tía!, la voy a matar... La mataré después de la boda y haré que sufra, que sufra mucho.

—Vamos señorita, no se haga de rogar —volvió a hablar por el micro. Martina se levantó a mi lado y me cogió una mano, yo seguía sentada tapándome la cara, mi hermano me acariciaba la pierna partiéndose de risa, haciendo más difícil pasar desapercibida, sentí que alguien me daba un pequeño abrazo por detrás, era Laura, que se reía en mi oído, me dio un beso en la mejilla y eso me bastó para ponerme de pie, pegué un trago a la copa de champán que me habían traído terminándola de un trago. Martina tiró de mi caminando hacia el escenario, la gente reía y aplaudía, podía oír la voz de David entre el tumulto—. ¡ Muy bien chicas! Martina nos ayudará en el estribillo, es que la señorita no se ha aprendido la canción —volvieron a reír todos. —Te juro que te mato —le susurré una vez en el escenario. —Relájate mujer o morirás joven... —se acercó el micro de nuevo—. Para vosotros Laura y Leo «Every breath you take» os queremos mucho.

Todos rompieron en aplausos, uno de los músicos me dio un micro, hablaban entre ellos para empezar a tocar la canción. Me di cuenta de que en el atril estaba escrita la canción, no me hacía falta mirar, me la sabía de memoria, y aunque la cantara en inglés en mi mente se repetía en español automáticamente. La había estado evitando durante años por traerme buenos recuerdos, y hoy iba a enfrentarme a ellos.

Sin darme cuenta todos se habían levantado y se habían posicionado de pie a unos metros de nosotras, apenas quedaba nadie en las mesas salvo las que estaban al lado del escenario que tenían una vista perfecta del espectáculo. Laura y Leo estaban en el centro, cogidos de la mano expectantes y sonriendo, mi hermano tenía a Laura cogida por los hombros y esta le sonreía nerviosa, David estaba al lado de Leo con las manos en los bolsillos mirándonos divertido. —Por si se te olvida, la tengo escrita aquí —susurró señalando el atril.

—Ya lo he visto...

—Siento el inglés inventado —le sonreí—. Es que si no lo escribo como lo oigo quedo igual.

—Tranquila, me la sé.

—No te pongas tan chula, a ver si te hago cantarla en español. Me carcajé y di un suspiro. Temía escuchar la canción porque sé que me acordaría demasiado de él. Sin esperarlo, los primeros acordes empezaron a sonar. Cerré mis ojos para hacer acopio de valor, y cuando los abrí dispuesta a cantar la primera estrofa ahí estaba, de pie, con esos vaqueros que tanto me gustaban, y con una camisa preciosa, elección de mi increíble imaginación.

Tenía las manos en los bolsillos y me sonreía con esa sonrisa de medio lado que me hizo delirar tantas y tantas veces. Llevaba su precioso pelo peinado hacia atrás, sabía que esto iba a pasar. Lo sorprendente de todo, es que estaba al lado de mi hermano que también me sonreía, sentí la mano de Dana en mi espalda y supe que ya había empezado a cantar así que me uní a ella.

La gente rompió en aplausos, y las tres nos miramos sonriéndonos, Dana estaba encantada. Martina sonreía tanto que le debía doler la boca, y yo roja y nerviosa por la increíble alucinación que estaba teniendo, y la cual estaba intentado ignorar; pero quizá había llegado el momento de decirle adiós. Quizá había estado evitando tanto todo lo relacionado a los recuerdos de Klaus, que esto era cosa de mi mente para poder despedirme como tocaba, o quizá fuera algún tipo de alucinógeno que había en el champan. Entonces clavé mis ojos en los perfectos y profundos ojos azules de Klaus que, por lo visto, tan bien recordaba, le sonreí, ampliamente y torcí mi cabeza en una mirada divertida, alzó las cejas sorprendido y cruzó los brazos de aquella manera que tanto me gustaba, di un pequeño suspiro, tenía una imaginación de órdago. Sentí la mano de Dana en la mía, imagino que pensaría que estaba sonriendo a Laura o a mi hermano, de nuevo cogí aire... y canté esta vez sin apartar los ojos de mi espejismo de Klaus.

Estaré observándote... Todos sonreían mientras sonaban los últimos acordes de nuestra canción, cerré mis ojos y escuché los aplausos y los vítores.

Estaré observándote...

La música cesó y todo se fue calmando, abrí mis ojos y mi visión ya no estaba, había desaparecido, sonreí para mí misma, mi hermano que aplaudía esta vez al lado de David me guiñó un ojo. Roberto el amigo de Leo aplaudía con énfasis y todos sonreían. Laura se limpiaba las lágrimas, y Dana, Martina y yo, saludábamos cogidas de la mano como si fuésemos verdaderas artistas. Pese a todo, no había estado tan mal, y los músicos se habían portado genial ayudándonos en los estribillos, incluso cantando debajo de mi voz para que no me perdiera y sonara mejor. Les lancé un beso a los cuatro que había y se sonrojaron. Bajamos los escalones y corrimos a los brazos de Laura y Leo. Cuando todo se hubo calmado me dirigí a nuestra mesa, habían dejado más copas de champan, «menos mal, necesito por lo menos una docena.» me quedé mirando la copa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Martina cogiendo la suya.

—Creo que han echado algo en la mía.

—¿En serio?

—Como lo oyes —la miré—. He tenido una alucinación. —

Alzó las cejas.

—¿Cuál? —Me miró con los ojos como platos y dudé de mi estado mental.

—Klaus... —susurré frunciendo el ceño—. En fin, da igual. Se encogió de hombros y me sonrió. Poco después los novios partían la tarta, y todos volvíamos a la mesa para degustarla. Un rato más tarde, iniciaron el baile con una preciosa canción, «Something Stupid» en la versión de Robbie Williams y Nicole Kidman, todos aplaudimos felices, estaba siendo de ensueño, y por si todo aquello no era bastante, fuera empezó a nevar.

Serian alrededor de la media noche cuando todo el mundo empezó a bailar, apenas quedaba nadie en sus mesas, todos ocupaban la pista de baile. Dana y yo estábamos en la barra pidiendo, de repente sonó uno de los temas favoritos de mi hermano, originalmente la había escuchado cantada por Tony Bennett, al que descubrí gracias a él. Lucas era unos años más pequeño que yo, y me había hecho descubrir a Tony... No sé en qué posición me dejaba a mí eso, pero bueno, mejor tarde que nunca. Salí corriendo hacia la pista, dejé mi vaso en la mesa, y fui hacia mi hermano que hablaba con los amigos de Leo, entre ellos un divertido David que me sonrió al verme llegar. Lucas me sonrió y aceptó mi mano, juntos fuimos a la pista de baile, observé que era bastante parecido físicamente a Klaus, exceptuando que mi hermano era rubio y tenía los ojos como yo.

La canción me encantaba, la había escuchado varias veces, cortesía de mi madre, que me regaló el cd de duetos, «The way you

look tonight» sonó por todo el salón, esta vez no era dueto con Fait

Hill, sino la versión de Adam Levine el cantante de Marron 5, me encantaba; era una de mis favoritas, y muy adecuada para las fechas en las que estábamos. Me reí bastante con mi hermano que bailaba bastante bien, me movía con gracia y agilidad, haciéndome parecer una buena bailarina, sonreíamos y me daba vueltas, haciéndome sentir una princesa, mientras la preciosa voz de Adam y la música de aquella canción me ponía la piel de gallina, era una canción realmente preciosa, Lucas la tarareaba haciendo más cálida y perfecta la noche.

Laura

Sonreí al ver a Jacqueline bailando con su apuesto hermano, aún recuerdo cuando era apenas un niño, Martina bailaba con David que no le

había quitado el ojo a Jacqui en toda la noche, y Dana hablaba con un primo de Leo. La boda estaba siendo mucho mejor de lo que nunca había podido esperar, caminé hacia una esquina donde él lo observaba todo, tenía una cámara de fotos en la mano y estaba mirando atentamente el trabajo que estaba haciendo su empleada. Aunque él se había mantenido en un segundo plano, había estado pendiente de todo, cogí dos copas de champán y me dirigí a él y a Claudia, la pobre había trabajado a las mil maravillas. Ambos me sonrieron y les tendí las copas, ella bebió un pequeño trago cogió la cámara y volvió a la pista de baile a seguir haciendo fotos, me puse al lado de Klaus que miraba divertido a Jacqui.

—Está siendo una boda preciosa, Laura. —Me sonrió. —La verdad es que sí.

—El vestido es maravilloso. —Me sonrojé—. en serio. —Es regalo de Jacqui.

Asintió y devolvió la vista a la pista que cada vez estaba más repleta. ¿En serio había invitado a tanta gente?

—Jacqui cree que has sido una alucinación.

—No me sorprende, ¿lo ha comentado ella? —sonrió. —Sí, a Martina. —Me encogí de hombros—. Piensa que se está volviendo loca.

—Creo que es mejor que no me vea, Laura. No quisiera estropear el día.

—No vas a estropear nada. —Fruncí el ceño—. No seas tonto, descansa y tomate algo, estás en tu casa.

—¿Por qué os portáis tan bien conmigo? —Se encogió de hombros—. Fui un cerdo.

—Eres hombre... Obviamente no eres perfecto. —Se echó a reír—. Hace mucho de aquello, y sé que la quieres.

—Ya han pasado cinco años... —agachó la cabeza— ¿cómo es posible que aún no la haya olvidado?

—Por el mismo motivo por el que ella no te ha olvidado a ti.

—Me miró expectante—. Vuestra historia no está concluida. Durante un tiempo pensé que sí, pero cuando volvió de tu boda, tan hundida, me di cuenta de que, de alguna manera, te querría siempre. Cuando me dijo lo de tu tatuaje, lo tuve claro, solo me faltó ver tu cara cuando te propuse que te encargaras del reportaje de mi boda, para saber que seguías pensando en ella...

—¿Ella aun os habla de mí?

—No, lo evita a toda costa y eso solo significa una cosa. —Que...

—Que aún le dueles, Klaus. —Le acaricié una mano—. Tengo que volver

al baile, para lo que necesites, ya sabes ¿Vale?

Klaus

Me quedé alucinado cuando la vi entrar en la misa con ese precioso traje blanco que le quedaba maravillosamente bien. Llevaba el pelo, que ahora lucía negro, en un precioso recogido con ondas al agua; realmente estaba impresionante y sus ojos verdes esmeralda lucían brillantes, dejaba extasiado a aquel que rozaba sin darse cuenta.

Me había mantenido rezagado en un segundo plano, le daba indicaciones a Claudia para que quedara un reportaje bonito, al cabo del rato ella volvía y veía su trabajo, no podía evitar entretenerme mirando las fotos de Jacqui, estaba preciosa, y, para mi sorpresa, no había ni rastro de su prometido, había ido acompañada de su hermano.

Me quedé como una piedra cuando Dana se subió al escenario y habló sobre esa canción, y como Jacqui le había hablado de ella refiriéndose a nuestra relación. Aquello no podía perdmelo, tenía que verla cantar, pese a que me quede frente a ella devorándola con la mirada, ella me sonrió como si tal cosa, me sorprendí. ¿En serio no le había sorprendido verme ahí? Cuando acabó la canción y vi que no me buscaba, supe que no había sabido que realmente era yo. Conociéndola, habría pensado que era producto de su propia imaginación, negué con la cabeza. La miré mientras bailaba, tan feliz que envidiaba no ser el motivo de aquella felicidad, y aquella canción no hacía más que hundirse en mi pecho a modo de estaca, parecía decir todo aquello que yo pensaba de ella, ponía palabras a mis silencios, su hermano le daba vueltas y ella sonreía, parecía tan inmensamente feliz, que sentí nostalgia.

«Algún día cuando esté muy deprimido, cuando el mundo esté frío, tendré una sensación de bienestar solo pensando en ti, y en la manera en que luces esta noche... Sí, eres preciosa, con tu cálida sonrisa y tus mejillas tan suaves, no me queda nada más, que amarte a ti, y a la manera en que luces esta noche...»

Suspiré al pensar en la letra de aquella hermosa canción, seguí mirando el trabajo de Claudia en el ordenador y me tomé de un trago el champan. Poco después, sentí unos ojos que no se apartaban de mí, de tantas personas que había allí, tenía que ser él quien reparaba en mí.

—Vaya, así que es aquí donde te escondes... —dijo David a mi lado sonriendo, «gilipollas.»

—Qué quieres —le espeté de mala gana—. Estoy trabajando. —La chica que hace fotos, ¿Trabaja para ti?

—¿Qué pasa? ¿También te gusta? —Levanté una ceja—. ¿Quieres que te presente a mi mujer? Quizá te guste.

—¿Y allanarte el camino para facilitarte las cosas con Jacqui? —Sonrió y tuve que hacer fuerza para no pegarle otra vez—. Pensé que me creías más listo.

—Mejor no quieras saber lo que creo de ti.

—Vamos, relájate hombre, han pasado cinco años, ya no somos unos críos. —Me tendió la mano, que acepté solo por quitármelo de encima—. Sí que me gusta...

—¿Perdón?

—La fotógrafa, es guapa.

—Sí —dudé—. Supongo que sí lo es, se llama Claudia. —Claudia —susurró—. Perfecto, gracias, Klaus —Se dio media vuelta para mi felicidad, aunque antes de estar completamente feliz se volvió a mí «Mi gozo en un pozo»—. ¿Cuándo piensas hablar con Jacqui?

—Creo que eso no es asunto tuyo, David.

—Jacqui es mi amiga. Hagas lo que hagas, no le hagas daño. —No quiero hacerle daño. —Me puse tenso.

—Pues entonces ve a buscarla. —Me quedé sorprendido, ¿Él también? —. No pierdas más el tiempo.

—¿Y tú porque haces esto?, ¿Qué es lo que sacas tú con ello? —Verla feliz, Klaus. —me miró fijamente—. Aunque lo he intentado, no puedo hacerla feliz; no al menos como lo era estando contigo.

—¿Intentado? —Susurré—. ¿Has tenido algo con Jacqui?

Me miró, pero no dijo nada, se dio media vuelta y se perdió entre la gente. Pensar otra vez en ellos juntos me provocó una arcada. ¿En serio volvieron a acostarse? No sé si quería saber la respuesta; aunque esta parpadeaba en mi interior, estaba claro que sí. Miré de nuevo y esta vez bailaban juntos, ella reía divertida ante las cosas que él decía en su oído, gruñí pasándome la mano por la cabeza exasperado, tenía que salir de allí, necesitaba aire. Corrí hacia la salida trasera y me quedé allí, en el jardín nevado de ese increíble hotel, viendo como todo quedaba debajo de un manto de nieve blanca.

Jacqueline

Cuando me tomé mi quinto chupito supe que debía parar, los pies me dolían horrores, intentaba caminar con unos preciosos «Manolos» que hacían que fuera una de más altas de la boda; y aunque eso me encantaba, estaba

empezando a desear la amputación de mis pies. ¿Cómo podía soportarlo Carrie Bradshaw? Cogí el abrigo de Dana y salí a coger un poco el aire, en lugar de salir por la puerta principal me decidí por la puerta trasera, que daba al precioso jardín; que ahora era un precioso jardín blanco.

Cuando supe que nadie podría verme, me quité los zapatos y sonreí «Bienvenida de nuevo hobbit» me dije a mí misma sonriendo, con la mano que tenía libre abroché el último botón del abrigo y abrí la puerta, el aire me congeló pero aun así me sentí de maravilla, los pies me ardían, dejé los zapatos en un lado y corrí hasta meter los pies en la nieve, solté un gemido de placer cuando sentí que, poco a poco, mis pies dejaban de arder. Pisoteé la nieve con cuidado de no manchar el vestido, que acabé por levantarlo hasta la altura de las rodillas —conociéndome, cualquier medida era poca—, cuando empezaba a sentir dolor a causa del frío decidí volver a tierra firme, una imagen hizo quedarme como una estatua. Ahí de pie, frente a mí, con los brazos cruzados y sonriéndome estaba él, Klaus. Parpadeé varias veces, no podía ser real. ¿Qué demonios podría hacer Klaus en la boda de Laura? Ahora estaba casi segura de que me habían echado algo en la copa de champan, ya no había dudas. Me acerqué un poco, el aroma de su perfume tan conocido para mí me azotó en la cara, alargué mi brazo y cuando sentí que lo que veía era real empezó a temblarme todo tanto que cuando quise darme cuenta estaba en el suelo.

—Jacqueline. —Se agachó y me cogió por los brazos—. ¿Estás bien?

—Tú... tú —tartamudeé—. Tú no existes.

—Siento decirte que sí. —me sonrió.

—Eres mi imaginación, lo sé... No puedes ser real. —Le miré con los ojos como platos—. El champán, ha sido el champán. —Soltó una carcajada y me tembló todo—. A qué mala hora he cantado la dichosa canción, ¡Dios! ¡Estoy dentro de Jumanji!

—¿Jumanji? —se carcajeó de nuevo.

—Sí, el juego ese...

—Jacqueline, mírame. —Me cogió por la cara haciendo imposible que me moviera—. Hago el reportaje de la boda, por eso estoy aquí.

—¿Y la chica?

—Claudia, mi ayudante.

—Pero...

—El curso de fotografía me fue mejor que bien, así que abrí mi propio negocio, ahora trabajo en la BBC. —Fruncí el ceño—. Bodas, bautizos y

comuniones—Sonreí.

—¿Laura lo sabía?

—Me contrató ella.

Por primera vez lo miré bien, estaba de cuclillas frente a mí con sus manos en mi cara, con el pelo como cuando estábamos juntos, una camisa negra preciosa que le quedaba como un guante, y unos vaqueros que hacían que mi corazón se acelerara, el tiempo se detuvo... los milagros existían.

—Tu pelo... —le dije pasando la mano por él.

—Eso debería decirte yo a ti. —Me pasó los nudillos por la mejilla—. ¿Por qué te lo has tintado negro?

—Me apetecía un cambio —sonreí—. Y si no te importa, me voy a levantar porque voy a sufrir una congelación de culo. Me ayudó a ponerme de pie y a ponerme mis zapatos, seguía algo aturdida pero el dolor de pies me hizo volver a la realidad.

—Auuu —me quejé mientras me tambaleaba.

—¿Estás bien?

—Me duelen los pies, ya sabes... los zapatos.

—Lo que llevas no son zapatos, son andamios, no sé si quiera, como puedes andar sin caerte hacia delante.

—Yo tampoco lo sé —sonreí—. Pero son tan bonitos.

—Ya, estas muy guapa.

—Gracias, tú estás... —suspiré—. Impresionante. —¿Sigues creyendo que soy una ilusión?

—Solté una carcajada.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque me has dicho que estoy impresionante, me hablas, me sonríes, y actúas como si me vieras todos los días.

—Bueno, acabo de darme cuenta de que no soy esquizofrénica... —me encogí de hombros—. Te ha crecido el pelo desde la última vez que te vi...

—El pelo crece, Jacqui.

—Ya lo sé, idiota —le di un golpecito en el brazo—. Me refiero a que ya no te lo rapas.

—¡Ah bueno! —Se pasó la mano por el pelo—. Aquello fue un arrebató, quería cambiar de look.

Le sonreí.

—Dios—suspiré—. Se me hace tan raro todo esto...

—Dímelo a mí —me sonrió—. Llevo evitándote toda la noche, y al final

me encuentras tú, y actúas como si nada.

—¿Tan ofendido estas? Siento no volverme loca ni tirarme de los pelos; aún estoy sopesando la idea que no seas producto del champan. Durante unos segundos he temido por mi salud mental. Me sonrió de esa manera que solo él sabe y me dio un pequeño amago de infarto, guau, como había echado de menos esa sensación, cinco años es mucho tiempo.

—Tienes los labios morados... vamos dentro.

Asentí, me abrió la puerta y me hizo pasar, caminamos en silencio por el pasillo hasta que topamos de frente con una chica, la fotógrafa, que nos miró a ambos sonriendo.

—Klaus, te estaba buscando. —Me miró sonriéndome—. He terminado lo que me has pedido, y he recogido todas las cámaras desechables de las mesas, ¿nos vamos ya?

—Voy a quedarme un rato más, tú puedes irte. —Me miró de soslayo y me sonrojé—. Has hecho un trabajo estupendo.

—Gracias. —rio tímida y se puso roja.

Los irresistibles encantos de Klaus... Nos miró de nuevo deteniendo la mirada en mí, intente hacer como que no me daba cuenta, pero ya no podía disimular más, ¿Qué pasaba?

—¡Ay lo siento! —se disculpó—. ¡Qué torpe!... Jacqui, Claudia es seguidora tuya, lleva diciéndomelo toda la noche y le dije que eras amiga mía.

—Ah —sonreí aliviada—. Encantada Claudia, podrías haberlo dicho antes mujer, llevamos viéndonos toda la noche.

—No quería molestarla —sonrió tímida.

—Tutéame, me siento vieja si me hablas de usted, ¿puedo hacer algo por ti?

—¿Te importaría hacerte una foto conmigo?

Negué con la cabeza sonriendo. Me quité el abrigo y lo dejé apoyado en una de las mesas que había por allí, me puse al lado de la pequeña y castaña chica y la cogí por los hombros, ambas sonreímos a un Klaus que nos apuntaba con una de las cámaras que momentos antes tenía la chica en las manos, nos hizo tres fotos y después de dos besos la chica volvió a cargar la cámara y unas cuantas bolsas más.

—Claudia, espera, te acompaño al coche. —Me miró sonriéndome—. ¿Nos vemos dentro?

Asentí, vi cómo salían ambos por la puerta y me encaminé nerviosa hacia los baños. había algunas mujeres familiares de Leo, las saludé amablemente y

me encerré en el baño, me senté y apoyé la cabeza en mis manos, el pecho me iba desesperado, Klaus... Klaus... Después de tanto tiempo ahí estaba, recordándome lo que era sentirse viva. ¿Pero qué pasaba? ¿Por qué no podía olvidarle? ¿Por qué era el hombre más increíble que conocía? No lo sé. Lo único que sabía es que conseguía hipnotizarme, pero ¿Estaba preparada para verle sin sentir nada? No. Eso era imposible, aún me temblaba todo y apenas nos habíamos rozado ¿Cómo se supone que debía comportarme? Salí del baño, y fui hacia el salón. La fiesta estaba en pleno auge y nadie parecía notar mi ausencia. Me acerqué a la barra y pedí algo para beber, tenía la boca seca y necesitaba algo que me refrescara y alcohol, grandes cantidades de este. No llevaba mucho rato ahí cuando vislumbré a mi hermano bailar con Dana, sonreí al verlos, de repente varias canciones después sonó una canción que yo conocía, Tony Bennett y Alejandro Sanz, «Esta tarde vi llover» ¿Qué pintaba esa canción después de don Omar? Entonces vi cómo le hacían un círculo a los padres de Laura, y sonreí.

—¿Bailas? —sin girarme sabía quién era, Tony Bennett empezaba a cantar cuando le cogí la mano.

Me dio una vuelta, y allí alejados del resto y amparados por una leve oscuridad, empezamos a bailar. Posó una mano en mi cintura y otra en mi nuca, yo puse las mías en su pecho, se movía suavemente, tanto que tuve que cerrar los ojos cuando oí la voz de Alejandro Sanz, la piel se me había puesto de gallina, y sin esperarlo, Klaus cantó junto a mi oído. Oculta de sus ojos, y de todos los que pudieran mirar, una lágrima recorrió mi mejilla.

—El otoño vi llegar, al mar oí cantar y no estabas tú, yo no sé cuánto me quieres, si tú me extrañas o me engañas... —susurró en mi odio Apreté mi cara en su pecho, y le abracé fuertemente por la cintura, él apretó su agarre y besó suavemente mi sien. La canción terminó antes de lo que me hubiera gustado, pero algo había ocurrido, por unos segundos, perdida en su agarre, nos vi en mi piso, bailando cinco años atrás y me di cuenta de que, con él, el tiempo se detenía; era un mago, mi mago, que hacía que mi tiempo se detuviera. Para mi alegría, sonó otra canción «Because of you», que habla sobre el amor y como gracias a la otra persona, su vida tuvo sentido y vivió en un paraíso sin fin, cuando abrí mis ojos, ahí estaba él, sonriéndome, con esa sonrisa tímida, y de medio lado que me hacía temblar y, por si fuera poco, esto no hacía más que empeorar.

Cuando escuché los primeros acordes de «what a wonderful world» una lágrima me calló por la mejilla, Klaus se apartó un poco de mí y me dio varias

vueltas haciéndome reír.

—Evito esta canción todo lo que puedo —susurré—. Y no hay manera de huir de ella.

—Lo sé.

No quisimos mencionar el anterior momento en el que habíamos estado ambos, mientras sonaba esta canción.

Al poco rato, nos reunimos con el resto mientras me terminaba mí bebida. Klaus bailó con Dana y Martina, y, aunque no estuvimos muy cerca físicamente, no apartamos los ojos el uno del otro.

Serían las seis de la madrugada cuando nos dimos cuenta de que tan solo unos pocos seguíamos la fiesta, unos amigos de Leo subieron al escenario, y empezaron a tocar una canción que casi todos sabíamos, «californication» de Red hot chili peppers. ¿Desde cuándo esos chicos cantaban tan bien? El resto les seguimos cantando con ellos y haciéndoles vítores y aplaudiendo; estaba claro que casi todos íbamos algo tocados por el alcohol, pero estaba siendo muy divertido. Cuando me di cuenta Klaus nos hacía fotos con una pequeña cámara digital que no había visto antes, Dana, Martina, Laura y yo, posamos para la última foto de la mañana. Sonriendo, con la cara cansada, el maquillaje no tan perfecto, pero con una inconfundible sonrisa en la cara mientras que sonaban los últimos acordes de «californication». Al rato, uno de los camareros nos trajo cafés, leche y bollería; nuestro desayuno antes de emprender nuestro viaje hacia los brazos de Morfeo. Nos despedimos cerca de los ascensores que nos dejarían a cada uno en nuestras respectivas habitaciones.

—Qué ganas tengo de quitarme estos zapatos, ¡por dios! —susurré apoyada en el ascensor esperando con ansia que bajara. Nos habíamos quedado solos Klaus y yo; mi hermano había desaparecido con una de las primas de Laura, y no quería pensar mucho en eso, sinceramente.

—Si quieres puedo subir y darte un masaje en los pies —me dijo Klaus ladeando la cabeza sonriendo, su expresión descifraba muchas cosas, pero no un masaje en los pies—. Dicen que los hago de maravilla.

—Vaya... Creía recordar que la que tenía el título de Fisioterapeuta era yo... —Levanté una ceja y me sonrió.

—He de decir, que tuve una gran maestra.

—Y tú eras un alumno bastante aplicado Ambos sonreímos, se abrieron las puertas del ascensor entré, me giré y ahí estaba, mirándome esperando una respuesta. Miles de pensamientos me pasaban por la cabeza, ¿Debía dejarle

pasar? ¿Así, sin más, ¿después de tanto tiempo? Aunque por muchos impedimentos que pusiera mi mente, mi cuerpo reaccionó más rápido, y cuando me di cuenta me vi con mi mano en el sensor para evitar que las puertas se cerraran. Lo miré y me sonrió, estaba claro, era inútil disimular. Me hice a un lado y moví la cabeza en señal para que entrara. Subimos los dos pisos en un riguroso silencio, el corazón me iba a mil y deseaba que no se me notara mucho. Le tendí la tarjeta de la puerta para que abriera mientras yo me quitaba los zapatos. Una vez dentro los lance y corrí a la cama a sentarme, estaba realmente muerta, silbó mientras miraba la habitación y vino hacia mí.

—¿Todos tienen esta habitación?

—No lo sé —sonreí al ver como acercaba una silla para sentarse frente a mí—. Se supone que debía compartirla con mi hermano, pero ha desaparecido.

—Se ha ido con una chica pelirroja. —Fruncí el ceño—. Vamos, mujer, déjale que disfrute.

—No es plato de buen gusto intuir los devaneos sexuales de tu hermano menor.

Soltó una carcajada y me contagié. Sin esperarlo se inclinó, me cogió un pie y lo colocó en su regazo, cuando apretó su pulgar justo en la planta del pie solté un incontenible gemido y me dejé caer en la cama. Sentir sus dedos por una zona tan dolorida, me relajaba y me encendía a la vez; apagaba mi dolor y encendía mi fuego. Cogió el otro pie y volvió a hacer lo mismo; esta vez me incorporé y clave mis ojos en los suyos que estaban dilatados por el... ¿Deseo? Sentí un calambre en mi zona íntima ¡Dios!, ¿Por qué tenía ese maravilloso efecto sobre mí?

—Quizá deberías quitarte las medias. —habló con la voz ronca y empecé a temblar.

—Puedes hacerlo tú. —Levantó las cejas—. Llevo medias de muslo, ya sabes que odio las medias enteras, me pican... Sonrió y se mordió levemente el labio inferior, quise morirme allí mismo. Suavemente levantó mi vestido y acarició mis piernas hasta que topó con el encaje. Posó ambas manos en mi pierna derecha y con delicadeza me bajó la media y con la otra pasaba los dedos por la piel ya libre.

—Estás tan suave... —susurró y me humedecí.

Cuando iba a repetir lo mismo con la otra pierna tocaron a la puerta, ambos nos sobresaltamos.

—¿Tu hermano? —preguntó frunciendo el ceño—. Negué con la cabeza.

—Tiene tarjeta, puede que sea Dana o Martina.

Sonrió y se puso de pie mientras que tiraba de su camisa para que le tapara lo máximo posible, estaba completamente excitado y verle así me provocó un leve suspiro que acallé mordiéndome el labio mientras me lo comía con la mirada. Sentí que algo iba mal cuando lo vi tensarse al abrir la puerta. Dios mío... ¿Aníbal?

—¿Está Jacqui? —La voz de David me relajó un poco y me puse de pie, Klaus se hizo a un lado y volvió a la cama mientras se sentaba cómodamente apoyado en sus manos.

David entró y cerró la puerta tras él, me miró con las manos en los bolsillos y frunciendo el ceño.

—¿Y tu hermano?

—Con la prima de Laura —me encogí de hombros, la situación era más que incómoda.

David y Klaus se miraban, pero ninguno decía nada. Estaba claro para qué había venido David a mi habitación, lo que no esperaba es que Klaus fuera mi compañía.

—Por lo visto no pierdes el tiempo, Grass —espetó irónicamente de no muy buen humor.

—Antes no parecía que te fuera a importar mucho esto. Quizá deberías aclararte en cuanto a lo que quieres, ¿no crees?

¿Antes? Pero ¿De qué hablan?

—No pensé que fueras tan rápido, creía que tenías... —Se quedó pensativo—. Obligaciones.

—Y que seas tú quien me lo dice, tiene su gracia.

—No has cambiado nada Grass.

—¿Y tú sí? —levantó una ceja irónico y no pude evitar sonreír—. Siento haberte jodido el resopón.

—¿En serio lo sientes?

—Para nada.

Me erizó la piel el tono de su voz, aun así, me apoyé en la pared al lado de la puerta y bostecé aburrida.

—¿Ya hay un campeón en vuestro concurso de meadas? —Ambos me miraron—. Si seguís así acabareis por salpicarme.

David torció la cara en un gesto divertido y Klaus sonrió ampliamente.

—Creo que deberíais iros, estoy cansada.

—¿Me estás echando? —preguntó David medio sonriendo.

—Os estoy pidiendo amablemente que os vayáis, que es muy distinto. —

David me miró sin dar crédito—. Es muy halagador que dos hombres se peleen verbalmente por mí, sino fuera porque uno está casado y el otro tiene su miembro perdido en tres vaginas distintas la mayor parte del tiempo... —Les miré alzando una ceja.

Abrí la puerta de la habitación, David que era el que más cerca estaba de mí, dio unos pasos hasta que quedamos uno frente al otro.

—Hasta hace unos meses eran cuatro vaginas... —dijo susurrando lo suficientemente alto como para que Klaus escuchara.

—Siento que el local echara el cierre y cambiara de dueño. —Me crucé de brazos con una sonrisa irónica.

—Una lástima, lo pasábamos bien.

—Cierto, quédate con ese tiempo verbal «pasábamos» —Me sonrió, teníamos bastante confianza como para enfadarnos por aquello. Era solo un juego más, la diferencia es que estuviera Klaus allí, todo hacía un poco más incómodo—. ¿Has conseguido el número que querías?

—¿Lo dudas? —Me miró divertido.

—En absoluto —sonreí.

—Descansa, pequeña —dijo dándome un beso en la frente y echando una última mirada a Klaus—. ¿Quedamos esta semana? —asentí—. Descansa.

Y diciendo esto salió por el umbral de la puerta dedicándome una última sonrisa. Cuando volví la cara, Klaus estaba un poco más cerca de mí, cruzado de brazos al igual que yo, el lenguaje corporal era más que evidente.

—¿Te acuestas con él? —preguntó ceñudo.

—Eso es algo que no te importa, Klaus... —Le imité—. Yo no te pregunto si te acuestas o no con tu mujer.

—No me estás contestando a la pregunta, Jacqui. —Guau... —sonreí—. ¿No tienes una especie de déjà vu? Suspiró exasperado, pero poco después sonrió derritiéndome, habían pasado cinco años, pero aún tenía ese increíble poder sobre mí.

—Empezamos a acostarnos poco después de tu boda. —le confesé mirando el suelo.

—Pero ¿Tú no tienes novio? —Me encogí de hombros.

—Ya no soy la misma de antes. Muchas cosas cambiaron, pero si te sirve de algo, jamás he mentado a Aníbal; siempre ha sabido de mis cagadas.

—¿Y te perdona? —preguntó sorprendido.

—Sí —susurré—. Aún no sé por qué lo hace.

Acortó la distancia y me cogió la cara con ambas manos.

—Es obvio Jacqueline, mírate, eres impresionante.

—Eso no es excusa, pero gracias. —Le miré a los ojos—. Creo que deberías irte, Klaus, tu mujer se preguntará dónde estás.

Me soltó como si le quemara mi tacto y parpadeó varias veces, trago saliva y cogió aire.

—Las cosas con Ana no van bien Jacqui. —Se pasó la mano por el pelo—. No estaría aquí si no fuese así.

—¿Ella lo sabe? —Levanté una ceja irónica—. Que estáis mal, me refiero.

—Eso es un golpe bajo. —Me miró demasiado serio, haciendo que me estremeciera—. Y sí, sí lo sabe.

Agaché la cabeza y cogí aire. Estaba realmente perturbador, ahí frente a mí, tan maravillosamente perfecto, mordiéndose el labio inferior por la rabia y el deseo. Ansiaba lanzarme hacia él y devorarlo entero, hacerle el amor hasta morir, pero no podía, simplemente no podía, y más después de revivir ciertos recuerdos.

—No quiero tener nada que ver en esta guerra tuya de sentimientos y miedos, Klaus. —Me miró fijamente—. Yo no soy Irina. No soy una trinchera ocasional donde aclarar tus dudas. Si me das a elegir entre vivir con el recuerdo de haber sido tu novia, pese a todo el dolor que sentí; o ser tu polvo trinchera cinco años después de todo ese dolor, me sigo quedando con la primera opción.

—Jamás serías Irina, ni mucho menos una jodida trinchera. No me ofendas con tus palabras envenenadas. —Me cogió la cara con ambas manos y me apretó—. Llevo cinco años de penitencia, ¿Te parece poco castigo? ¿Amando y deseando a la única persona que no puedo tener, porque la destrocé hasta tal punto que acabó por perderse ella misma?

—Yo no estoy pérdida, Klaus.

—Oh Jacqui... Créeme que sí lo estás.

—Egocéntrico de mierda —espeté.

—Aun así, me deseas —sonrió—. Lo veo en tus ojos.

Sin decir más me besó apasionadamente obligándome a abrir los labios, dando paso a su fiera lengua, que recorrió toda mi boca desesperada, hasta que se topó con la mía que la recibió con la misma desorbitada pasión. Me aferré a su cuello como si mi vida dependiera de ello, estirando su pelo, tanto que, acabó por soltarme. Ambos respirábamos trabajosamente, sentirle en mi boca después de tanto tiempo, consiguió que volviera a la vida, toda yo

temblaba, mi cuerpo pedía a gritos el suyo.

—Te dejo que descanses, Jacqueline... Nos vemos pronto.

Y diciendo esto salió y cerró tras él. Me quedé durante unos minutos más allí, de pie, como una piedra; no lo había olvidado, y por una vez en varios años, había salido el sol.

3

Ya había pasado semana y media desde aquel encuentro con Klaus, pero había decidido que quedara en secreto, al menos de momento. Aunque mis amigas me habían preguntado, no había contado nada; no sabía cómo se lo tomarían, aunque era cierto que el que Laura lo hubiera contratado me desconcertaba un poco, ¿en serio lo contrató sabiendo que se trataba de Klaus? Quizá fueran dos socios y no lo supiera hasta el día de la boda ¿Y no me avisó? Todo eran preguntas sin respuestas.

Aquella mañana había madrugado, a las ocho de la mañana había tenido una entrevista en una de las emisoras locales de la ciudad, y más tarde había acudido con una reportera a mi casa donde, después de cambiarme de ropa en varias ocasiones, había posado por distintas zonas de mi casa. No era muy común que una revista de decoración se interesara por cómo era la casa de una simple escritora, pero por suerte varias redactoras me leían y habían apostado por mí. Después, y ya con cierto cansancio, había barajado la idea de quedarme en casa, pero Alejo me recordó que debía acudir como toda una señora a su fiesta de cumpleaños, así que guardé mi pereza en un cajón y sin cambiarme de ropa salí a la calle.

Había caminado cuatro manzanas desde mi ático hasta la mejor tienda de disfraces de la ciudad. Alejo celebraba una fiesta de cumpleaños, y había decidido que fuera de disfraces y por parejas, la temática era, «parejas de la historia», yo acudiría sola, así que opté por un disfraz con un cierto significado. Salí a media mañana de aquella majestuosa tienda donde perfectamente podría quedarme a vivir. Cargada con el disfraz y con un maravilloso humor paseé por las calles de la ciudad. Llevaba un abrigo rojo que me quedaba a la altura del vestido de manga larga y del mismo color. Combinaba con el entorno, ya que todo estaba decorado con los adornos de Navidad; cada vez que me veía reflejada en un espejo sonreía, parecía un duende rojo.

En media hora tenía que estar en una cafetería donde había quedado con Alejo, así a ojo imaginaba que estaba a dos manzanas de donde me encontraba. Iba algo lenta por culpa de los tacones, hubiera sido un acierto ponerme unas botas justo al acabar el reportaje, pero, eran tan monos...

Aunque había sido una auténtica locura, aún me dolían los pies pese a que hacía varios días de la boda. Estaba distraída mirando escaparates cuando uno me hizo frenar en seco. «Grass photography», ¡No! no puede ser él... no, ¿Cómo va a ser él? ¿Desde cuándo lleva esto abierto? Mis peores temores, o deseos, no lo sé bien, se hicieron realidad cuando vi una preciosa fotografía de Laura y Leo en el día de su boda en el centro de aquel enorme escaparate. Podría pasar de largo y hacer como si nada, pero una fuerza invisible me impulsaba a entrar. Cogí aire y entré. El tintineo de la puerta avisó de mi llegada, miré con el ceño fruncido a ese chivato y maldije en silencio, ¿acaso una ya no puede cotillear tranquilamente? Di unos pasos y vi de reojo como algo se movía, giré mi cara y vi salir a Klaus de la trastienda. Llevaba unos vaqueros, unas Converse azul oscuras, y una camiseta del mismo color de pico. Estaba increíblemente arrebatador.

—¡Jacqueline ! —Me miró sorprendido.

—Hola Klaus —sonreí como una idiota—. Menudo garito te has montado.

Sonrió tímido.

—¿Te gusta?

—Es preciosa —dije mirando todo a mí alrededor.

Dejé el traje y mi bolso apoyado en el respaldo de una silla que había cerca de una mesa redonda en el centro de la tienda, imaginaba que allí enseñaba los reportajes.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó arqueando una ceja. —Venía de la tienda de disfraces, y justo he pasado por delante —sonreí—. No la había visto antes.

—No lleva mucho tiempo —me sonrió después de mirarme de arriba abajo—. Me alegra mucho verte —sonreí algo tímida—. así que... vas a la fiesta ¿No?

—Sí, ¿tú no?

—Tengo una boda —dijo agachando la cabeza.

—Vaya...lo siento.

—No pasa nada. no creí que fueras, pensé que estarías de viaje... como casi siempre que se de ti, va añadido de «menudo viaje en avión»

—Debería estarlo, pero lo retrasé—sonreí—. Alejo me quería con él en el día de su cumpleaños ¿cómo negarme? —Me encogí de hombros y este sonrió ante mi expresión. De repente sonó el teléfono y me hizo un gesto, asentí mientras el atendía la llamada. Me sentía curiosa, así que empecé a

mirar las distintas fotografías que había, era un genio, no cabía duda.

Di varias vueltas por la tienda mirando cada una de sus instantáneas y reportajes; era increíble que estuvieran echas por él. Sin darme cuenta, una punzada de melancolía recorrió mi estómago haciendo que me detuviera. La imagen de Klaus cinco años atrás en aquel parque me vino a la cabeza, cómo había cambiado mi vida desde entonces, y cuánto deseé que nunca hubiera ocurrido todo aquello.

Llevada por un sentimiento extraño seguí caminando por la estancia, esta vez sin ver nada que no fuera el suelo, acabé apoyada en una pared intentando recobrar el aliento cuando me quedé de hielo frente a una foto que había estado allí todo el tiempo y de la cual no había reparado en ella. Era de tamaño significativo, bastante llamativo para que no me hubiera dado cuenta, bueno, sí sé porque no me había dado cuenta; me había quedado embelesada mirando a Klaus. La foto era en blanco y negro con algunas sombras. Eran unos gruesos labios, el inferior se perdía en unos dientes que lo mordían, se veía un cuello, y un pecho. La foto estaba tomada desde arriba, dos dedos, claramente de un hombre acariciaban el pezón que estaba duro, la foto tenía ciertos resaltos, porque se podía ver la piel erizada de la mujer, el lienzo terminaba a la altura del ombligo, se intuía un brazo, y la tensión reflejada en él. Cogí aire, esa imagen me sonaba; me sonaba mucho. De repente oí unas llaves y me giré. Klaus me miraba mientras cerraba la tienda, tragué saliva y volví la vista a la foto, sentí su cuerpo a mi espalda como si fuera electricidad, me cogió de las caderas y me arrimo a él, yo ladeé mi cabeza y el empezó a besarme por el oído, bajando por el lóbulo hasta mi cuello, haciéndome estremecer.

—¿No te reconoces? —susurró poniéndome la piel de gallina.

—¿Soy yo? —Miré mejor la foto, ¡Dios, sí! era yo—. ¿Del día del vídeo?

—Sí —sonrió en mi cuello—. Está sacada de ahí. —Pero ¿por qué?

—Porque quería tenerte cerca.

—¿Y está a la venta?

—No, me han ofrecido grandes cantidades. —Movié sus manos y empezó a desabrocharme el abrigo, botón tras botón mientras me hablaba—. Pero no está en venta.

—¿A mí me lo puedes vender? —dije casi sin aliento. —Bueno, ¿por qué no? Eres la protagonista ¿no?

—Sí...

—Joder —susurró sacándome el abrigo por los hombros—.

Me encanta como te queda este abrigo, me trae muy buenos recuerdos.

Diciendo esto me dio la vuelta y quedamos a centímetros uno de otro. Me miraba con esas preciosas perlas azules que hacían que me mareara.

—Te he escuchado en la radio —sonrió pasando sus dedos por mi nuca, haciendo que me estremeciera—. Eres muy divertida, Jacqui, me encantas.

—¿Que estás haciendo, Klaus? —pregunté apenas sin voz.

—Lo que llevo pensando hacerte, desde que te vi en la boda.

Sin más me besó desesperadamente, mientras me cogía por el culo y me levantaba. Rodeé su cintura con mis piernas y me apreté a él. Cuando me di cuenta me había llevado a la trastienda, hacia el escritorio y sin soltarme. Con una mano tiró todo lo que había en él y me posó encima, se metió entre mis piernas haciendo que las separara más y me besó tan fuerte que me hizo daño, no me importaba, estaba perdida en sus brazos. La tortura de sus besos empezó por el mentón y bajó por mi cuello hasta mi clavícula. Comenzó a besarme por encima del vestido y, pese a la tela, pude notar sus labios por mis pezones que se pusieron duros a su tacto. De repente dejé de sentirle, y cuando abrí los ojos lo vi sentado en un taburete entre mis piernas, mirándome con una expresión de ojos que casi consigue congelarme y derretirme a la vez. Puso sus manos sobre mis rodillas y me las abrió más, sin apartar los ojos de mí, fue acariciándome el interior de las piernas cuando gimió al encontrarse con el encaje de las medias del muslo. —Dios Jacqui cómo me pones —habló con la voz ronca mientras yo me estremecí.

La función del habla se me había olvidado completamente. Empezó a besarme por los muslos hasta que se topó con mi ropa interior, pasó sus dedos por encima y gemí suavemente, antes de darme cuenta me las había quitado. El corazón me latía a mil, las manos me temblaban y estaba más que húmeda. Sin previo aviso sentí su lengua por mi clítoris y grité. Pasó su lengua por mi sexo suavemente, llevándome a la locura. Me lamió entera, dentro y fuera, dándome pequeños mordisquitos en los labios, para poco después, soplar en mi clítoris para perderse de nuevo en él. Con sus manos me sujetaba los muslos para evitar que me moviera demasiado, mientras yo gritaba y hundía mi mano en su pelo desesperada.

—Mmm —gruñó—. Dios, cuánto te había echado de menos. —Sentí una suave contracción en la vagina al oír esas palabras—. Y tú, nena ¿Me has echado de menos? —dijo mientras me mordía uno de los labios.

No podía ni siquiera hablar. Apretó sus dientes y grité.

—¡No! —contesté fuera de mí, él sonrió y me soltó.

Empezó a lamerme de nuevo catapultándome al éxtasis de su tacto. Poco a poco sentí como introducía un dedo dentro de mí, y fue como si cayera en picado por un precipicio. Después metió dos y creí que volaba por las nubes, era algo impensable lo que me estaba ocurriendo. Me retorcí cerrando los ojos de placer. No paró de moverlos mientras me lamia de nuevo, aquello estaba siendo demasiado, estaba rígida y a punto de llegar cuando paró, sabía qué hacía, lo sabía de sobra... lo conocía. Empezó a soplar en mi zona más que sensible y sentí un escalofrío —Cada día —susurré—. Cada día...

Y solo ese leve susurró le bastó para empezar a mover los dedos y su lengua esta vez mas rápido, más fiero, más Klaus. Grité y me retorcí desesperadamente. Llegué a un orgasmo tan fuerte que me dejó sin aire durante casi un minuto. Klaus se incorporó y se puso frente a mí; aun con la respiración entrecortada, pude ver como se metía los dedos que había tenido dentro de mí en su boca, haciéndome sentir otro latigazo, después los sacó de su boca y se lamió los labios que los tenía impregnados de mí.

—Me encanta tu sabor...

Sin pensar exactamente en cómo me hacía sentir aquel gesto, y ajena a toda mi voluntad, me lancé hacia él desesperadamente, pudiendo notar mi sabor salado en su boca, apretó mi culo en sus manos. Casi me derrito al notar su más que notable erección. Nos besamos como locos, como si no hubiera un mañana, como si la vida se nos fuera a ir en aquel instante. Mordí sus labios y besé su boca hasta perder la noción del tiempo, hasta que mi móvil sonó, haciendo que nos separáramos de golpe, nos miramos mientras el aire volvía a nuestros pulmones.

—Será Alejo, hemos quedado ahora —dije con la poca voz que me salía.

Me sonrió y besó mi frente y mi mejilla.

—Deberías vestirte nena o llegarás tarde.

—Ya llego tarde —inquirí sonriendo.

Me sonrió con una sonrisa arrebatadora y empezó a ordenarlo todo. Arreglé mí vestido y empecé a buscar mis braguitas negras, miré y miré, pero no estaban...

—Klaus... —Me miró sonriendo—. ¿Y mis bragas?

—No lo sé —Se encogió de hombros sonriendo—. mira por ahí...

—Ya he mirado —fruncí el ceño—. ¿Las tienes tú? —¿Yo? —alzó una ceja y se me paró el corazón.

Quería hacerle el amor allí mismo, arrancarle la ropa y perderme en su

increíble cuerpo.

—Dejémoslo en que tengo un pequeño suvenir.

—¡Pero Klaus! —Exclamé nerviosa—. He quedado con Alejo, voy a una cafetería ¿Pretendes que vaya sin ropa interior? —Así te acordaras de mí. — diciendo esto salió de la trastienda hacia el exterior.

Le seguí en silencio y con los brazos cruzados, era inútil insistir, no me las daría. Fui hacia donde estaba mi abrigo y me lo puse abotonándolo, se me cayó un paquete de pañuelos del bolsillo y me agaché dándole la espalda, ofreciéndole una vista panorámica de mi culo y de mi sexo... ¡A esto podíamos jugar los dos! Oí cómo gemía y suspiraba, me puse de nuevo recta y estiré mi atuendo. Antes de darme cuenta estaba a mi lado completamente empalmado. —¿Me venderás el cuadro de la foto?

—¿Lo quieres? —me sonrió de medio lado, poniéndome la piel de gallina.

—Me gustaría tenerlo, es muy bonito.

—Te mandaré una copia. —ladeo su cabeza y me regaló una sonrisa arrebatadora—. Mejor, dame tú número y tú dirección y en unos días te la llevaré.

Asentí sonriendo y le apunté mi móvil y mi dirección en un papel que tenía en el mostrador, se lo tendí y lo arrugo para poco después guardarlo en su bolsillo trasero. Cogí el disfraz, mi bolso y lo miré.

—Buena táctica para conseguir mi número y mi dirección... —Eres tú la que quiere el cuadro, señorita Amorós. —Sí —sonreí—. Pero eso no quita para que usted sea muy hábil, señor Grass.

Nos sonreímos y me abrió la puerta de la tienda. —Que tengas un buen día, nena.

—Lo mismo te deseo, Klaus.

Salí sonriendo mientras negaba con la cabeza, me volví una vez más, me despedí de él con un gesto de cabeza mientras un frío me heló la entrepierna. Sonreí. ¡Joder, cómo me pone!

Crucé la esquina de la cafetería a toda prisa, llegaba media hora tarde, «me va a matar» me dije a mi misma cuando cruce el umbral de la puerta, pero para mi sorpresa no estaba solo, lo reconocí desde lejos, esa espalda y ese alborotado pelo no podía ser de otra persona que no fuera Alejo, ¿pero con quien estaba sentado?

—Perdona por tardar, es que me había entretenido con... — Me quedé de piedra, unos ojos audaces me miraban divertidos—. Unas cosas...

—¡Jacqueline! encantada de volver a verte.

—Lo mismo digo, Ana.

Se levantó con un ágil movimiento y me rodeó el cuello, dejé como pude el disfraz y le correspondí sintiéndome bastante miserable, ¿Cómo podía ni siquiera mirarla después de que su «marido» me hubiera hecho sexo oral? Madre mía... Cuando aún no había dejado de sentir su lengua por esa parte tan sensible de mí ¡veo a su mujer! «karma, ¿tú me odias verdad?» Me sentí algo mejor cuando se soltó y fueron los brazos de Alejo los que me rodearon. No fue hasta que me senté, cuando me di cuenta de que no llevaba ropa interior, ¡Klaus! El perverso de Klaus me había robado mis braguitas ¿Qué haría con ellas? Sonreí al recordar sus palabras, «dejémoslo en que tengo un pequeño souvenir», puñetero loco perverso, —vale sí, lo que queráis... pero era mi pequeño loco perverso— ¿Qué si me daba igual su mujer? Mmm en estos momentos... Sí. ¡Dios! ¡Iré al infierno! —¿Jacqui, estás bien? —escuché la voz de Alejo. —Perfectamente ¿por?

—Te brillan los ojos —sonrió—. ¿Has tenido sexo?

Se me cayó el móvil de las manos y lo cogí rápidamente con cuidado de no abrir las piernas, pero ¿cómo podía ser tan jodidamente listo?

—Pero que... —tartamudeé— ¡Qué dices! si Aníbal no está. —¿Desde cuándo ha sido eso un impedimento, preciosa? —Fruncí el ceño.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un «boca pan»?

—Muchas veces —sonrió.

La camarera nos distrajo; para mi alivio, «quizá te debo una mini disculpa karma... Pero mínima.» Alejo y su prima volvieron a la conversación que habían estado manteniendo antes de que yo llegara. Yo, mientras tanto, ojeaba un dossier que me había entregado Alejo; al tercer suspiro de Ana levanté mi cabeza.

—Vamos muchacha, ámate —le decía Alejo acariciándole la mejilla.

—Si estoy bien, es solo que... —Se encogió de hombros—. Me aburre todo esto.

Ladeé la cabeza sin entender qué pasaba, no quería ser entrometida así que di otro sorbo a mi café con leche, y volví al dossier, pero era inútil, no podía concentrarme.

—¿Tú qué piensas, Jacqui? —escuché la voz de Alejo. —¿Perdón? —Sonreí—. Lo siento, no estaba atendiendo.

—Estábamos hablando de sexo.

—Si me haces un pequeño resumen...—Ambos me sonrieron —Mi

marido—habló Ana y sentí marearme— es tremendamente aburrido en la cama.

El aire que había respirado se me fue por otro lado y ante la sorpresa de su comentario empecé a toser. Notaba la mano de Alejo golpeándome suavemente la espalda, tardé un poco en serenarme, me sequé las lágrimas y di un trago a mi café con leche, ¿Qué? ¿Su marido? ¿Klaus? ¿Klaus Grass? ¿Aburrido?... No estábamos hablando de la misma persona eso estaba claro.

—¿Perdón?

—De eso estábamos hablando. Mi marido, ahí donde lo ves.

—Hizo un gesto con la mano—. Es el hombre más soso que conozco.

—¿En el sexo? —pregunté sorprendida.

—Sí, estaba comentárselo a mi primo cuando has llegado. Ya no sé qué hacer, hace meses que no me toca, y cuando lo hace es muy aburrido. Está claro que yo no soy una experta, pero joder... ¡Átame, azótame o hazme algo!

Escuché las carcajadas de Alejo, pero yo permanecía atónita.

—Deberías dejar de leer los libros de Jacqui, está claro que no son una buena influencia —dijo Alejo, aun riéndose.

—Alejo... —le reproché.

—Lo siento, lo siento.

—Además, últimamente leo los de tu prometido —habló dirigiéndose a mí—. Es un hombre muy... Excitante.

Parpadeé varias veces.

—Sí... —Tragué saliva—. Sí lo es.

—¿De dónde saca esas ideas? —preguntó sonriéndome. —Tiene una increíble imaginación.

Asintió, y yo parpadeé confundida. Ahora mismo no llevaba ropa interior porque su marido me había encerrado en la tienda, me había abierto las piernas, y después de un sexo oral increíble me había robado las bragas, haciéndome ir por ahí en pleno diciembre y sin nada más que unas medias de medio muslo. ¿Cómo podía decir que era aburrido?

—Ya me gustaría a mí que Klaus fuera así...

—Bueno, Aníbal es buen amante, pero tampoco es como en sus libros Ana... —cogí aire—. Date cuenta, que ahí juega bastante la imaginación.

—Sí, ya lo sé Jacqui, pero estoy frustrada.

—Te entiendo...

Me encogí de hombros, ¿Qué podía hacer? ¿Decirle que para nada era así? ¿Qué Klaus era uno de los mejores con los que había tenido oportunidad

de tener un sexo impresionante? ¿Que el setenta por cien de todo lo que escribía en mis libros lo había experimentado con aquel que ella denomina «aburrido»?

—¿Qué opinas Jacqui? —intervino Alejo alzando una ceja. Él sabía la realidad, pero lo disimulaba de maravilla.

—Que esas son cosas de pareja —inquirí en un tono demasiado agudo—. Y ni tú ni yo podemos opinar.

—Me gusta que mi primo opine —sonrió—. Casi siempre tiene razón.

Fingí una sonrisa cortés, pero por dentro era un amasijo de nervios, necesitaba cambiar de tema rápidamente.

—Bueno, ¡fuera penas! Vengo de recoger mi disfraz —sonreí deseando que picaran el anzuelo, para mi suerte así fue.

—¡Anda! ¿y de que vas?

—Es un secreto, señor cumpleaños.

—Si esta noche te vamos a ver, mujer, ¿Qué más da?

—No, no, mis labios están sellados.

—¿Sigues empeñada en ir sola? —Me miró frunciendo el ceño.

—No me hace falta nadie para pasármelo bien. Además, con mi disfraz se entenderá por qué voy sola; lo tengo todo aquí —dije mientras me señalaba con el dedo índice la cabeza.

Ambos rieron divertidos.

—Pues yo voy con esta preciosidad de aquí —rodeó a su prima por los brazos.

—¿En serio?

—Sí, mi marido no puede venir. Así que mi primo ha pensado que sería una buena pareja de disfraz.

—¡Qué bien! ¿y de que iréis?

—De Enrique VIII y Ana Bolena —contestó Ana sonriendo. —¡¿Qué?!

—¿A que es original?—preguntó él, sonriéndome.

—Mucho. —Le miré pensativa—. Ni a mí se me hubiera ocurrido.

Se miraron triunfantes y sonreí.

—¡Voy a llevar un saco con cabezas!

—La madre que te parió Alejo! —Interrumpí—. Creo que eso ya roza lo tétrico.

—¡Oye! ¿Qué pasa? es parte del personaje, es «attrezzo». Estuve toda la tarde entretenida arreglándome para la fiesta de disfraces, no dejé de mirar el móvil por si acaso Klaus llamaba, pero no lo hizo, «cabrón». Me embaucó con

un sexo oral impresionante, y luego no me llama. Abro mi libreta mental y anoto; «No dejarte embaucar por un sexo impresionante», y después lo subrayé con fosforito, a ver si así no se me olvidaba.

Me ricé el pelo y me lo recogí dejando varios mechones sueltos, que luego repasé con las tenacillas. Me maquillé y me enfundé en mi vestido rojo y negro ambientado en el siglo XIX; corsé apretado y una larga y ahuecada falda, me sentía dentro de una película. No tardé ni media hora en llegar a la enorme casa de campo de Alejo, y eso que de normal se suele tardar de cuarenta a cuarenta y cinco minutos. No quería pensar en el regalito que tendría en unas semanas, de la querida DGT.

Todo estaba atestado de gente, la decoración era preciosa, y todo lleno de pequeñas luces que hacían de la casa un sueño de hadas. Estaba intentado encontrar una barriga prominente cuando unos ojos azules me dejaron sin respiración.

—¿Alejo? —susurré asombrada.

—¡Jacqui! —me sonrió—. Ya estaba preocupado, dios mío, ¡qué guapa estás!

—¿Yo? —Abrí mis ojos de par en par—. ¿Tú te has visto? ¿No ibas de Enrique VIII?

—Sí. —Se miró y me miró con el ceño fruncido—. ¿De crees que voy? Me encogí de hombros.

—Que dios me perdone, pero Enrique VIII, al menos el que yo recuerdo, no era tan impresionante como lo estás tú ahora, ¿Eso son lentillas? —Se rió a carcajadas.

—A decir verdad, voy de Jonathan Rhys Meyers en Los Tudors. —Le sonreí irónica—. Oye, he elegido la versión de Enrique VIII más adecuada a mí.

—Pues no tienes tú morro... —Le miré de arriba abajo.

Entonces recordé una de las imágenes de la serie, y Alejo iba igual, con una camisa holgada blanca, remangada hasta más arriba de los codos, el cuello redondo y que se abría en pico hasta el pecho. Llevaba unos pantalones negros de época, también una cinturilla y en ella una espada enorme con forma de cruz, la cual portaba unos dibujos enormes y preciosos desde el pomo, pasando por la empuñadura hasta los gavilanes. Se había engominado y peinado su rubio pelo hacia atrás, se había puesto unas lentillas azules, y le asomaba la sombra de la barba, estaba realmente increíble.

Un poco más rezagada estaba Ana, con un precioso vestido de tela roja

con dibujos dorados. Era una mezcla entre medieval y renacentista, con un corpiño recto, que dejaba al aire los hombros, y desde un poco más abajo de los mismos salían unas mangas anchas hasta las muñecas. También llevaba una enorme y larga falda hasta los pies, su pelo estaba adornado por una peluca castaña que caía ondulada a ambos lados de los hombros; con una preciosa tiara a modo de diadema, hacían una pareja impresionante.

—¡Estáis guapísimos!

—Gracias —sonrió Ana tímidamente.

—Oye, ¿no decías que ibas a llevar un saco con cabezas?

Se volvió y puso ante mí un enorme saco, me lo tendió y noté cómo pesaba, lo miré sorprendida.

—Lleva cabezas, tres de ellas son de esas «media mierdas» que juraste venganza, ya sabes... —me dijo en un susurro. —¡No me digas! ¿Las de la gran estafa editorial?

—¡Las mismas!

—¿Sufrieron mucho?

—Gritaron desesperadas...

Solté una carcajada, y él me imitó, se acercó un chico de catering y me ofreció una copa de vino blanco que acepté.

—Por cierto ¿se puede saber de qué vas Jacqui? —preguntó mirándome de arriba abajo. Intuí que había estado intentando adivinar de quien iba, pero sin tener mucho resultado.

—Voy de Mercedes Herrera —dije sonriendo de oreja a oreja. — ¿Perdón? —me miró como si acabara de decir que iba de teletubbie.

—Mercedes Herrera, la prometida de Edmond Dantes. —Sus cejas ya eran una sola, ¿en serio no sabía a quién me refería?—. Coño Alejo, ¡El conde de Montecristo! —dije exasperada—. Alejandro dumas, ¿te suena?

—Un día te ahogaras con tu propia mala leche...

—Y tú con tu ignorancia —espeté sonriendo—. ¿Qué clase de editor no sabe quién es Edmond Dantes?

—Pues uno que reconoce la obra de Dumas por el conde de Montecristo y no por el nombre de sus personajes —inquirió fingiendo enfado—. Siento no saberme de memoria todos los nombres.—Estás perdonado.

—¿Entonces dónde está tu señor Dantes? —Sonrió—. Creía que venías sola.

—Y vengo sola...

—¿Y Dantes?

—En el castillo, haciendo el pasadizo con Abate Faria. —sonreí y él me imitó—. Otro preso del castillo —dije al adivinar que no sabía quién narices era Faria —Original, no digo que no... —le sonreí—. Por cierto, David esta por aquí.

—¿De verdad? —me sorprendí—. No me ha dicho nada.

—Ha venido con María.

—¿Y de qué van?

—Mejor te dejo que lo averigües tu sola, amiga.

Fruncí el ceño pensativa. Por su sonrisa sabía que no tendría desperdicio el disfraz de mi amigo, y parecía que las cosas con la ayudante de Alejo iban bien. Quizá lo buscara dentro de un rato, ahora estaba un poco agobiada por toda la gente que me paraba a sacarme temas de conversación.

Una hora más tarde en la que paseé yo sola por la sala, no vi a David, pero sí a Alejo; que iba cargado de su prima, y de un enorme saco negro, sonreí solo de verlo, estaba realmente impresionante. Poco después de soplar las velas volvimos a estar Enrique VIII y yo hablando sobre el resto de los invitados. Cuando los ojos de Alejo se abrieron de par en par mirando a algo a mi espalda, me giré por curiosidad y me quedé de piedra. Un hombre de metro noventa caminaba elegantemente hacia nosotros, contuve el aliento y me agarré a Alejo porque empezaron a temblarme las piernas. Iba con una especie de esmoquin de época negro, del siglo XIX, con una camisa negra abotonada hasta el cuello, justo en el último botón había un camafeo.

Estaba terriblemente perturbador allí ante mí, todo de negro, elegante hasta la locura. Con su enorme cuerpo que parecía no tener fin. Llevaba una peluca blanca que me hizo sonreír, peinada y engominada hacia atrás, hacía contraste con su piel y con esos ojos tan azules... Respiré cuando caí en la cuenta de que lo necesitaba para vivir. Cuando estuvo ante mí, creí que me desmayaba.

—Buenas noches —habló y me derretí—. Feliz cumple años.

—Gracias, Klaus —sonrió Alejo igual de impresionado que yo.

—La fiesta está genial, debo felicitarte. —Alejo solo fue capaz de sonreír.

—¿Y se puede saber de qué vas? —preguntó esta vez recuperando el habla. Tenía suerte, pues yo aún seguía muda.

Me miró sonriendo, pero no dijo nada, yo respiraba entrecortadamente, pero por fin fui capaz de hilar palabras.

—Es el conde de Montecristo... —susurré casi sin aliento. Alejo

parpadeó varias veces y sonrió de oreja a oreja.

—¿Edmond Dantes? —preguntó Alejo.

—Sí —contesté sin parpadear.

—Pues parece que Faria y él encontraron la manera de escapar —dijo sonriendo perdiéndose entre la gente.

—¡Faria muere! —grité—. Haz el favor de leerte el puñetero libro, ¡O al menos ver la película!

Sonrió ante mi comentario y desapareció de nuestra vista. Klaus no apartaba la vista de mí, y yo no podía respirar y mirarle al mismo tiempo.

—¿Qué? —Me sonrió—. ¿Doy el pego?

Tragué saliva.

—La verdad que... sí. —Me sonrojé—. Aunque has elegido la versión cinematográfica de 1975.

—Lo sé, es que quería ponerme una peluca —sonreí ante su comentario—. me resalta los ojos.

—¿Cómo sabías que elegiría a Mercedes?

—Me tuve que tragar mil veces las distintas versiones de la película; por no decir que pretendías que me leyera el libro. —Me sonrió y dejé de sentir las piernas—. Además, sé que es uno de tus personajes preferidos.

—No has contestado a mi pregunta.

—La mujer de la tienda de disfraces es amiga de mi madre.

Sonreí como una idiota.

—A eso se le llama tráfico de influencias.

—No, señorita —Se inclinó hasta quedar a centímetros de mis labios—. Es tener más cara que espalda.

—Y dígame señor Conde —parpadeé varias veces y me sonrió—. ¿Usted no trabajaba?

—Claudia me sustituye, ¿te había dicho que es un sol? —¿No cree que la está sobrecargando de trabajo?

—También sobrecargo su nómina del mes, Sra Mercedes.

Ambos sonreímos, era palpable la electricidad que había entre nosotros. Klaus tenía las manos entrelazadas detrás de la espalda y seguíamos demasiado cerca.

—¿Klaus? —la voz de Ana nos sobresaltó a los dos, y nos apartamos de golpe.

—Ana —carraspeó él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida de vernos tan cerca—.

Pensaba que trabajabas...

—Claudia prefería hacerlo sola. —Se encogió de hombros—. Dice que la estorbo.

—¿Y por qué no me has llamado?

—Quería daros una sorpresa. —Agaché la cabeza, estaba más que incomoda, necesitaba salir de allí.

—¿Y de qué vas?

—Soy el conde de Montecristo.

Ella solo asintió sin decir nada más, nos miró a ambos y frunció el ceño. Cuando iba a irme Klaus me cogió del antebrazo para que no pudiera moverme, Ana nos miraba perpleja.

—No se vaya muy lejos, Mercedes —dijo divertido y no pude evitar sonreír.

—¿Quien se cree que es usted para darme ordenes?

—El conde de Montecristo, señorita— sonreí con ganas, ignorando la mirada de Ana.

—Vivir para la venganza o morir por ella, es un dulce destino señor. —Hice una reverencia—. Pero otros asuntos reclaman mi atención.

Me zafé de su agarre y me perdí entre la gente que abarrotaba aquel salón. Acababa de recitar una de mis frases preferidas del libro, también me di cuenta de que mis últimos 5 años habían resultado bastante enriquecedores, la depresión me había hecho leer mucho y compulsivamente.

Estuve buscando a David por todo el salón, ya estaba a punto de darme por vencida cuando unos andares que yo concia me hicieron sonreír; vestía unos pantalones vaqueros, unas botas, una camiseta blanca y una chupa de cuero.

—¡Jacqui! —Me abrazó dándome dos besos en el cuello—. ¡Llevo buscándote toda la noche!

—Yo también, ¿se puede saber de qué vas?

—De Arnold Schwarzenegger en Terminator —Me carcajeé durante unos minutos; después me sequé las lágrimas que me caían por las mejillas y cogí aire.

—Se supone que debían ser disfraces de personajes históricos....

—¿Me vas a decir que Terminator no es un personaje histórico? —preguntó fascinado y volvió a darme la risa.

—Desde luego ¡Es un personaje memorable! ¿y María? Déjame adivinar...—Fruncí mis labios mientras pensaba— ¿Jhon Connor?

Echo la cabeza hacia atrás soltando una carcajada.

—Has dado en el clavo, nena.

—¡Lo sabía! —negué con la cabeza sonriendo—. Me encanta tu disfraz, en serio.

—¿Pero a ti qué no te gusta de mí? —Me guiñó un ojo. —¡Vaya! Me has pillado.

—¿Y de qué vas tú? —Me acaricio la nuca con su mano.

—De Mercedes Herrera —dije sonriendo de oreja a oreja.

—El conde de Montecristo —sonrió— Buen disfraz.

Nos sonreímos con ganas, a veces no hacía falta hablar con él para saber que me estaba diciendo con esa mirada. Poco después una pequeña mano agarró a David del brazo y tiró de él, se trataba de María que estaba tremendamente graciosa vestida de chaval joven. —Sayonara, baby —dijo alzando su pulgar como el mítico final de la segunda parte de la película mientras se perdía entre la gente. Sonreí y me encaminé hacia la barra para poder hacerme con una copa, me acomodé en un rincón mirando todo a mí alrededor, la voz de Pink cantando Try me alejó de todos los que estaban en ese salón y la tarareé sin darme cuenta, la letra me daba de lleno, de eso no cabía duda.

«...Donde hay deseo, habrá una llama. Donde hay una llama, alguien está destinado a salir quemado. Pero solo porque te quemes no significa que vayas a morir, tienes que levantarte e intentar, intentar, intentar...»

Suspiré ante aquel estribillo que me ponía nerviosa. Bebí el último trago de mi copa perdida en aquella canción cuando sentí que me miraban, miré a ambos lados y no vi que nadie estuviera prestándome atención. Cuando miré al frente, a varios metros de mí en el primer escalón de la enorme escalera que subía a la segunda planta estaba Klaus, observándome con los ojos entrecerrados. Subió cinco escalones sin apartar los ojos de mí, después giró la cara y me ignoró hasta perderse por la segunda planta completamente vacía. Miré hacia todos lados, no había señal de Ana ni de nadie que conociera pero ¿Qué hacía? ¿Estaba loco? ¿Por qué me había mirado así? ¿Quería que subiera? Pasé varios minutos sopesándolo mientras miraba por si acaso aparecía de nuevo, pero no fue así. Así que me encaminé volviendo la vista a todos lados y cuando vi que nadie miraba, subí los dieciséis escalones como alma que llevaba el diablo.

La segunda planta estaba en penumbras, caminé sigilosa por el largo pasillo, pero no había señal de Klaus. Estaba empezando a pensar que lo había

imaginado cuando oí una puerta moverse, me volví y me quedé en el umbral de aquella habitación completamente oscura. No quería reconocer que estaba cagada de miedo, pero aun así me adentré respirando trabajosamente. Me estaba empezando a dar ansiedad cuando oí un portazo a mi espalda, pegué un brinco y una fuerza desconocida me arrastro hacia la pared, donde me estampó, entonces lo supe, esa agresividad la conocía muy bien.

Estaba empotrada en aquella pared casi sin poder moverme, Klaus me tenía presa de sus brazos y su cuerpo, y el vestido no ayudaba a que me sintiera más libre, me besaba con fuerza, con mucha agresividad, apenas podía disfrutar de la miel de sus labios ya que sus besos eran rápidos, fieros, ansiosos... Deseaba besarle suavemente, lamer cada parte de su boca, acariciar su lengua para embeberme de él, pero la urgencia era demasiada. La habitación estaba completamente a oscuras, necesitaba verle, ver sus ojos sobre mí, me di cuenta de que más que otra cosa en el mundo, necesitaba su mirada.

—Enciende la luz —susurré despegándome de sus labios— Quiero verte.

Se movió con agilidad por la habitación, encendió la luz de un gran vestidor que no sabía que estuviera allí, y nos ilumino débilmente.

—Pasamos aquí unos días el verano pasado —dijo intuyendo mi cara de sorpresa.

Estaba a unos metros de mí, con los brazos en jarra mirándome, la luz era débil, pero le veía perfectamente. Respiraba trabajosamente, y yo estrujaba la falda nerviosa. Casi no podía respirar, me temblaban las piernas y, sorprendentemente, ya estaba más que húmeda.

—Quítate la falda —dijo en un tono autoritario, serio, imperturbable, sin moverse de donde estaba.

—Cuando te quites la peluca esa.

Sonrió y creí morirme ¿Cómo podía ser tan perfecto? Suspiré como si tuviera quince años y estuviera viendo a Leonardo DiCaprio en Titanic, pero no, ese era Klaus, con su efecto embriagador sobre mi persona. Se quitó la peluca y paso los dedos por su pelo despeinándolo y haciéndome sentir un amago de infarto, me lanzo la peluca que cogí en el aire sonriendo.

—Sigo viendo la falda puesta, Jacqueline.

—Eres un perverso... —sonreí mientras intentaba desatar la falda del botón trasero.

—Más de lo que seguramente recuerdas.

—Te aseguro que tengo muy buena memoria, Klaus. Me sonrió y respiré

cuando pude por fin desatarme la falda y los cancanes que me había puesto para que quedara abultada. Me apoyé en la pared y saqué primero un pie y después el otro, cuando escapé de la trampa que yo misma me había creado, puse mis manos en las caderas y lo miré divertida arqueando las cejas.

—¿El corsé también me lo quito? —Negó con la cabeza y sonreí.

—Quítate ese precioso tanga y lánzamelos. —Sentí un escalofrío, pero hice lo que me pidió.

Me quité el tanga muy despacio, deleitándome en sus brillantes ojos que me miraban ansiosos. Pude intuir su erección, me mordí el labio sin poderlo evitar. Una vez me quité el tanga, se lo lancé con tanta gracia que fue a parar a su cabeza; me reprimí una carcajada llevando mis manos a mis labios. Para mi sorpresa, cogió mi tanga y sin apartar los ojos de mí se los llevó a su nariz. ¿Qué? ¿En serio había hecho eso? Parpadeé varias veces sin saber si me había gustado, o me había dado repelús.

Pero él, ajeno a todo el revuelo que tenía en mi cabeza, se mordió el labio y gemí por la anticipación. Antes de darme cuenta venía hacia mí con pasos largos y firmes, no me dio tiempo a reaccionar, así que cuando quise darme cuenta ya estaba enroscada en su cuerpo y devorándole los labios como una hiena. Se estaba volviendo loco, podía notarlo, y lo afirmé cuando me apretó contra él y me empotró contra la pared, necesitaba de él, necesitaba sentirlo dentro. Puede que no fuera la vez más romántica de todas, pero después de cinco años solo quería perderme en su cuerpo, dándome igual todo lo demás. Sin esperarlo me soltó y me dio la vuelta. Con un movimiento me apretó pudiendo notar su erección en mi trasero, me alzó las caderas y me inclinó hacia adelante, puse las palmas de mis manos y mi mejilla en la pared para notar algo de estabilidad, de repente y sin haber oído la cremallera, entró en mí con su gran miembro. Pegué un grito por el dolor mezclado con el placer. Aunque estaba más que húmeda su tamaño era bastante considerable, me envistió varias veces llevándome a un paraíso del que jamás hubiera querido volver.

Mientras que con una mano me agarraba la cadera con fuerza, con la otra me sujetaba la nuca y me mecía a su antojo, yo era todo sensaciones, entraba y salía de mí y yo me envolvía en un placer místico ¿Y había estado cinco años sin eso? Dios, no podía ser... apunto de rozar el clímax se detuvo, salió de mí y dándome la vuelta me lanzó a la cama impoluta que había allí, respiraba demasiado deprisa y sentía que, de un momento a otro me desmayaría. Se paró a los pies de la cama, y se quitó los zapatos seguido de los calcetines y bajó

sus pantalones junto con el bóxer, me encantaba cuando hacía eso; me permitía observarle como si fuese una obra de arte, una preciosa, cara e intimidante obra de arte. Su excitación era tan importarte que le llegaba hasta la altura del ombligo, me lamí los labios... ¡Iba a volverme loca como retrasara más el momento! Se quitó la chaqueta del esmoquin y quedó ante mí con una camisa negra que marcaba cada pequeño rasgo de su precioso torso. Gateó hasta mí y tiro de mis tobillos, se inclinó y me besó.

Esta vez lo apresé entre mis brazos y no dejé que despegara sus perfectos y preciosos labios de mí, enrosqué mis piernas a su cintura y le apreté a mí para que me embistiera, no me hizo esperar mucho y me penetró hasta el fondo, ambos gemimos entre nuestros labios.

—No pares —susurré.

—No pienso hacerlo —me dijo con un hilo de voz. Empezó a moverse fuerte y fiero, desgarrando cada parte de mi interior. Me besó el mentón y pasó su lengua por mi garganta. Había momentos que tenía que cerrar los ojos porque aquello era demasiado intenso. Estábamos en mitad de una fiesta de cumpleaños, con lo que seguro habría setenta personas o incluso más, y nosotros estábamos refugiados en una segunda planta, encerrados en una habitación follando como animales. Empecé a contraerme por el orgasmo, aquello era delirante.

—Vamos pequeña, apriétame...

Y con esas leves palabras, me catapultó al orgasmo más intenso de los últimos cinco años. Él tardó solo unos pocos segundos; después en dejarse llevar, gruñó mientras me mordía el cuello haciendo que gimiera del dolor. Segundos después estábamos quietos, respirando trabajosamente y lo que es peor, volviendo a la cruda realidad. En la cual él estaba casado, y yo era una mujer prometida; aunque mi novio no diera señales de vida en tres días ¿Le habría pasado algo? Y lo que era más deprimente de todo ¿Por qué no le había echado de menos? Despegué esos pensamientos de mi mente cuando sentí los labios de Klaus en mi pecho, seguía dentro de mí, y eso me hacía sentir llena.

—Dios, me siento como si hubiera vuelto a casa después de un largo viaje... —Sonreí ante su susurro y le acaricié el pelo. —¿Qué pasará ahora Klaus? —Levantó su cabeza y me miró—. Tú estás casado y yo... —Me quedé pensativa—. bueno, yo tengo a Aníbal.

—¿Estás enamorada de Aníbal?

—Bueno, le quiero, pero no siento lo que debería por él, Klaus. —Acaricié su mentón—. probablemente acabe con esto cuando vuelva de

Argentina.

—¿A qué te refieres con «probablemente acabe con esto cuando vuelva de Argentina»? —Me miró con un cierto pánico en los ojos.

—A mi relación con él. —Suspiró aliviado y frunció el ceño—. Tú sigues casado, Klaus —inquirí expectante. Él se revolvió nervioso y salió de mí. De repente, todos mis miedos, salieron a relucir.

—Lo sé, no hace falta que me lo recuerdes, Jacqui. —Empezó a vestirse.

—¿No piensas hacer nada al respecto? —Espeté sorprendida. Me miró impasible y creí morirme—. ¡Oh dios mío! ¿La quieres? ¿Es eso?

—¡No la quiero, joder! —Se pasó las manos por el pelo—. Pero no es tan fácil.

Me quedé de piedra, ¿Cómo podía comportarse tan frío ante todo este tema? Él seguía vistiéndose sin mirarme a los ojos, como si aquello no hubiera sido más que un desahogo, como una espinita que necesitas quitarte de encima. Intenté recordar la última vez que me hizo sentir así, y mi mente me llevó a cinco años atrás, una furia incontrolable empezó a brotar de mis entrañas.

—Claro... —susurré—. Es más fácil follarte a tu ex ¿verdad?

—¡No hables así, Jacqueline! No te atrevas...

—¡Hablo como me da la gana, Grass!

—Dame un tiempo, por favor —dijo en un tono conciliador que me pasó por el forro—. Necesito saber qué camino tomar. —¿Pero tú qué coño te piensas que soy yo? —Espeté enfurecida—. ¿Una puta estación de servicio? —Me levanté y pude notar cómo me miraba de arriba abajo—. ¡Soy una persona Klaus!, ¡no puedes hacerme esto, Joder! ¡Otra vez no! Llegas con tu perfecta sonrisa, reclamándome como si fuera tuya, ¿para qué? ¿Para luego tener dudas?

—Jacqui, por favor... Han pasado cinco años, apenas nos conocemos, hemos cambiado, vayamos poco a poco.

—No —susurré—. Tú no has cambiado una mierda. Sigues siendo el mismo cerdo cabrón, que me engañó, eso es lo que eres. —Pude sentir cómo se resquebrajaba ante mis palabras—. No voy a volver a tocarte.

—Jacqui, por favor...—suplicó.

—Lárgate de aquí, Klaus. —Se quedó quieto mirándome—. ¡Qué te largues!

Me miró con los ojos brillantes, se inclinó a coger su peluca y mirándome una última vez salió por la puerta cerrándola tras él ¿Por qué con él todo era tan tormentoso? ¿Por qué no podía irme bien de una jodida vez?

Me senté a los pies de la cama intentando calmarme, me sentía atrapada en un círculo vicioso del cual no podía salir. Quizá debía volver a alejarme de aquí, si funcionó una vez, seguramente funcionaría dos. Me dispuse a vestirme, rebusqué por la cama, el suelo y el vestidor, y no había ni rastro de mi tanga, «¡Será cabrón!» susurré resignada, a este paso acabaría con mi repertorio de ropa interior. Me metí de nuevo en el traje y me recompuse como pude, volví a la fiesta que se había tornado asquerosa y soporífera. Necesitaba salir de allí, di varias vueltas por la estancia para encontrar a una cara amiga, pero ni rastro, tampoco había rastro de Klaus; ni siquiera de Alejo. Me acerqué a un ventanal y me quedé allí mirando como caía agua nieve, deseando que, por una vez la nieve se materializara, no tardaría mucho en irme cuando una voz habló a mi espalda.

—¿Dónde narices estabas? —preguntó David apoyándose en un pilar cerca de mí.

—Dando una vuelta por ahí ¿y tú?

—Por la pinta que tiene tu pelo sé que me estas mintiendo. —Me ruboricé—. Pero no pasa nada, me lo contarás cuando quieras. Sonreí y me imité. Era increíble lo que David conseguía hacer con solo una sonrisa. Conseguía calmar mis miedos y mis dudas, y por muy desesperada que estuviese, me hacía sentir a salvo, como si estando él a mi lado, todos los males fueran menores. Miré su pelo, sus ojos marrones rasgados y no pude evitar sentirme en casa, y saber que, cinco años atrás, hubiera dado todo lo que tenía por un poco de su atención... Cómo nos cambia la vida ¿Verdad?

—¿Te está gustado la fiesta? ¿por cierto y María?

Se encogió de hombros.

—La he perdido de vista hace una hora o así. —Se pasó los dedos por el pelo—. ¿Sabes? He conocido a una chica —resoplé a lo que sonrió—. De hecho, hemos follado en la casita que está al lado de la piscina.

Abrí mis ojos de par en par y me volví quedando frente a él. —¿Qué has hecho que?? —Susurré—. Pero ¿Tú estás loco? ¿Y María?

—Ya te he dicho que hace una hora que no la veo. Además, entre ella y yo solo hay sexo. —Me sonrió—. Sin problemas, enana ¡relájate!

—Menudo morro tienes —dije apartando la mirada, y sentí como me acariciaba la mejilla.

—¿Me vas a decir qué narices has estado haciendo? —inquirió obligándome a mirarle.

—Klaus —susurré—. Estaba por aquí y...

—No me digas más. —Me acarició el mentón y tuve que hacer fuerza por no llorar— ¿Nos vamos o quieres quedarte? —¿Me ves cara de querer quedarme?

—Se echó a reír—. Vámonos.

—¿Quieres que busquemos a Alejo?

—No, ahora le mandaré un Whatsapp. Si me ve seguro que insiste en que me quede, y no tengo ningunas ganas.

—Perfecto, ¿te llevo?

—Por favor.

Me dio un suave beso en la mejilla y me tendió una mano que agarré lo más fuerte que pude. Sorteamos a toda la gente que se nos ponía en medio en nuestra huida, la fiesta estaba en pleno auge y la mayoría ya llevaba dos copas de más, en el fondo me daba envidia verlos pasárselo tan bien, mientras que yo en ese momento me sentía menos que un moco. Una vez en la salida me paré en seco. —¿A quién te has tirado?

—Vestía de época— sonrió.

—Cincuenta de las mujeres que hay aquí visten de época, no es un dato demasiado esclarecedor.

Soltó una carcajada.

—No lo sé Jacqui, no hemos hablado mucho. Solo sé que vestía de granate o rojo y que la fiesta le parecía una mierda. Luego me ha dicho más cosas, pero mi cabeza estaba en otros asuntos, ¿Sabes?

—Porque será que te creo...

—Vamos enana, que necesito darme un buen baño... —dijo besándome la cabeza.

—Yo también —afirmé caminando por el césped casi blanco de la entrada, resguardada en sus brazos.

—Yo pensaba bañarme en tu jacuzzi... —me sonrió pillo—. Si me dejas, claro.

—Menudo morro tienes ¿te lo habían dicho?

—Tú, con esta, dos veces en menos de media hora. Voy a pensar que lo dices de verdad.

—Madre mía, si no fueras tan guapo...

—¿Me estás llamando tonto? —dijo sonriendo—. Te recuerdo que estás hablando con un abogado, guapa.

—Eso no quiere decir nada, la de abogados idiotas que hay...

Negó con la cabeza dándose por vencido y sonreí, a veces me gustaba

meterme un poco con él, era gracioso, aunque no pretendiera serlo, poco rato después, estábamos en su coche de camino a mi ático. La música sonaba suave y se estaba de vicio en aquel coche tan calentito, David me hablaba de algo, pero no pude evitar cerrar los ojos solo durante unos minutos.

Sentí un leve movimiento y me desperté de golpe.

—Te has quedado dormida —dijo mientras me miraba con cariño.

—Lo siento David, me estabas hablando... —me avergoncé—. Se estaba tan calentito que no lo he podido evitar.

—Tranquila, me gusta verte dormir, cuando estás relajada pareces mucho más joven.

Sonreí y le acaricié la mano mientras nos quitábamos los cinturones y salíamos del coche. El aire helado me devolvió a la realidad y subí corriendo a mi casa, estaba exhausta. Aún no me había quitado el abrigo y ya había puesto la calefacción central de la casa, mientras me dejaba caer en el sofá.

—Voy a preparar la bañera ahora vienes, ¿vale? —asentí.

Lo vi perderse por las escaleras que daban paso al piso de arriba donde se encontraba mi estudio y mi dormitorio. Diez minutos después me encaminé a la parte de arriba. Subí las siete escaleras con tal desgana que se me hicieron eternas. Arrastraba los pies y el cuerpo como si pesara cien kilos, vi que salía luz desde mi habitación y fui hacia ella. David estaba de rodillas en mi baño echando gel a la bañera que ya estaba casi llena y a tope de burbujas, el agua desprendía vaho que ya había cubierto los espejos de los baños.

Me fijé en que se había quitado las botas y la camiseta, y solo llevaba aquellos vaqueros que le quedaban como un guante, me apoyé en el marco de la puerta y sonreí.

—Eres el mejor en cuanto a consolar a mujeres, David.

—Lo sé —me sonrió—. Aunque esto lo hago principalmente por mí, adoro esta bañera.

Solté una carcajada.

—¿Te metes conmigo? —dijo ladeando la cabeza. —He tenido un día de lo más raro. Voy a una fiesta disfrazada, me acuesto con Klaus, que resulta que fue mi pareja durante unos meses hace cinco años; que por cierto está casado, pero la cosa no acaba ahí. Justo después del sexo me viene con dudas, me enfado, me cabreo, me traes a mi casa, llenas mi bañera y ¿esperas que no me meta?

Eché la cabeza hacia atrás partiéndose de risa, negó con la cabeza y sonrió.

—Ven aquí, anda —me tendió la mano que apreté con fuerza.

Tiro de mí y casi consigo que me caiga, después de recuperar el equilibrio y reírme a gusto, me sentí agotada, dejé caer los brazos lánguidos a ambos lados de mi cuerpo y le miré. Después de sonreírme con todo su encanto se puso de pie y caminó hasta ponerse detrás de mí. Su aliento en mi cuello me puso la piel de gallina. Antes de que pudiera decir nada sus hábiles dedos ya estaban desatándome el corsé. Poco después dejó que callera al suelo y siguió desabrochándome la falda y todos los abalorios que llevaba puesto. Me ayudó a salir de todo aquel follón de ropa, se dio la vuelta y se puso delante de mí. Me miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—¿Y tus bragas? —preguntó asombrado.

—No preguntes, por favor.

Sonrió y me desabrocho el sujetador, no me pasó desapercibido la manera en la que me miraba y daba pequeños suspiros, me recordó a mí misma cuando era yo la que daba esos suspiros solo de verle sonreír. En otra ocasión me hubiera lanzado a su cuello, pero en aquel momento solo quería meterme en el agua hirviendo y quemar todo el mal rollo que llevaba auestas. Pareció leerme la mente y después de guiñarme un ojo se arrodilló frente a mí para bajarme con cuidado las medias, a su vez acariciaba la piel que iba dejando libre. En eso me recordó a Klaus y una punzada en el estómago me hizo cerrar los ojos. Poco después ya estaba dentro de aquella bañera perdiéndome en ese abrazo ardiente, purificador. Antes de darme cuenta David estaba a mi espalda, me agarró suavemente por la cintura para acercarme más a él, aquello me reconfortó más de lo que hubiera imaginado y acabé apoyada en su pecho con mi cabeza en el hueco de su cuello, me dio varios besos en la frente y suspiré.

—Estoy muy cansada David, ¿Por qué nunca puede irme bien sentimentalmente?

—Jacqueline... —Me pasó los dedos por el cuello—. No puedes exigir las cosas tan rápido, ponte en su lugar.

—¿Y en el mío? ¿Quién cojones se pone en el mío? —Tranquila, enana —me abrazó—. Date tiempo... Nos quedamos en silencio un rato, el agua caliente y sus brazos me hacían olvidar todo lo demás. Muchas veces que había preguntado por qué en todo ese tiempo nuestra relación no había ido más allá que meros encuentros sexuales. Puede que sintiera que siempre una parte de mi esperaba a Klaus, pero había algo que nadie más sabía, y era que con la única que persona que desearía estar, si Klaus no estuviera, sería él.

Acarició con cuidado mi piel y me hizo reír haciéndome cosquillas con la esponja; pese a que sentía su erección a mi espalda no intentó nada, y eso me hizo sentir más tranquila y a la misma vez más confusa, ya que a cada minuto que pasaba deseaba más besarle. Sentir que me trataba con todo el cariño que era capaz de dar, me valía. Media hora después, y arrugados hasta mas no poder decidimos salir del agua. Primero salió el y disfruté de las vistas de su precioso cuerpo mientras se secaba el cuerpo y el pelo con esa gracia tan natural que le hacía único.

—¿Qué miras tan atenta? —dijo observándome desde el espejo.

—A ti, es curioso cómo te mueves —sonreí—. Tienes ritmo todo el rato.

Se echó a reír con ganas y después de atarse la toalla a cintura se dio la vuelta y me miró.

—Llevo la música auestas, nena.

—Lo sé, me conquistaste bailando «Single Ladies», no lo olvides.

—No lo hago, si quieres puedo recordártelo —dijo mientras repetía algunos pasos de aquella canción, haciendo que me riera tanto que, por un momento, pensé que acabaría ahogándome—. Venga sal ya de ahí, tú no eres Ariel ni yo Sebastián, sirenita...

Lo vi dirigirse hacia la habitación y me decidí a salir de la bañera, me sequé lo más rápido que pude. Desde el baño podía verle en mi habitación mirando algunas cosas que tenía por allí. Varios minutos después salí del baño y me quedé mirándole, estaba de espaldas a mí mirando unas fotos que tenía sobre la mesa; últimamente estaba algo melancólica y no hacía más que mirar fotos de otra época. No pude evitar acercarme a él y abrazarle por la espalda, apreté mi mano y suspiró.

—Eres la mujer más increíble que he conocido nunca, Jacqui; y he conocido muchas...

—Sí, sé que has conocido a muchas.

—Estoy hablando en serio, Jacqui. —Le di un apretón más fuerte para hacerle saber que lo entendía—. Conforme más pasa el tiempo, más difícil es encontrar a alguien como tú.

Se dio la vuelta y agarró mis manos, en aquel momento estaba tremendamente sensible.

—Muchas gracias David, pero ya estás en mi casa y medio desnudo, no hace falta que me comas la oreja —sonrió con ganas—. Ya me tienes donde querías...

—No Jacqui, en eso te equivocas, nunca te tengo donde quiero.

Diciendo esto me besó, con una ternura que casi consigue hacerme llorar. En ese instante me di cuenta de que lo único que quería hacer en ese momento, era el amor.

Pasaron dos días sin que saliera de casa, y prácticamente de la cama. David se quedó conmigo, aunque iba y venía. Tenía que darle las gracias, ya que se preocupaba de que no muriera de inanición, pero no hubo más sexo. La madrugada del sábado había sido una excepción, que esperábamos que no volviera a ocurrir. Nos dimos cuenta de que lo mejor que podíamos hacer para avanzar era ser solo amigos; aunque fuera realmente difícil porque sabíamos que había algo entre los dos más allá de la amistad. Pero es de esas situaciones raras en las cuales sabes que, por mucho que lo intentes, no saldrá bien, y prefieres auto convencerte de que lo mejor es ser solo amigos.

María no llamó, pero sí la misteriosa chica con la que había tenido sus más y sus menos el día de la fiesta. Lo miraba incrédula mientras lo escuchaba hablar y sonreír como un quinceañero, ¿sería la definitiva? Dejé a David en mi estudio hablando con aquella misteriosa mujer y me bajé al salón desde donde mi portátil me gritaba desde hacía días. Aquel día me había enfundado en unas mallas negras y una sudadera de mi hermano gris que me llegaba casi por las rodillas. El look ideal para estar en casa con energías cero. Recogí mi pelo en un moño y me senté frente a mi portátil para intentar seguir con la historia. Sin ningún resultado aparente, bufé resignada mientras escuchaba desde abajo la vibrante y álgida conversación de David con aquella tipa. «Estupendo, alguien que está feliz»

Tocaron el timbre de la puerta y me sentí algo más viva, cualquier cosa que me hiciera pasar de las risas de David me vendría de perlas. Corrí a abrirla, barajé mentalmente quién podría ser, quizá mi madre o mi hermano; o incluso puede que mis amigas o alguien que estuviera sospechando de mi muerte.

—Klaus... —susurré sorprendida mientras parpadeaba varias veces.

Ante mí estaba mi dios particular, parecía incluso más alto, y ese era el motivo por el cual no podría funcionar mi relación con nadie más. El hombre con la capacidad de hacerme estremecer con su simple presencia, aquel que hacía que mi corazón se desatara y corriera desbocado. Tragué saliva, aquello no podía ser real, tenía su metro noventa ante mí, con sus vaqueros, sus Converse, y su jersey de cuello alto, azul oscuro. Estaba sencillamente

impresionante, di unos pasos hacia atrás intimidada por aquella mirada penetrante.

—Espero no interrumpirte —habló tranquilamente y me temblaron las piernas—. He llamado a tu móvil, pero lo tienes apagado.

—Está sin batería...

—¿Dos días? —arqueó una ceja incrédulo.

Me encogí de hombros, a modo de disculpa, se movió y puso ante mí un cuadro, intuí que sería eso por el tamaño, estaba cubierto por un papel de regalo negro.

—Venía a traerte esto.

—Vaya, que rápido —sonreí—. Pensé que tardaría más.

—No he tenido mucho trabajo. —Me miró impassible —Perfecto. —Me hice a un lado—. Pasa.

Asintió y pasó al interior de mi casa. Me di cuenta de que se quedó parado mirándolo todo, pareció asombrado por la enorme estancia que le daba la bienvenida. En la parte de abajo de mi ático, se encontraba un gran salón de color perla, con dos grandes ventanales y una terraza. Algunas paredes estaban con ladrillo bruto, al fondo y frente a una de esas paredes, había un pequeño mueble con una televisión de plasma, un Dvd y una Play Station para cuando venía mi hermano. Y mi viejo portátil, frente a él tenía una pequeña mesita de cristal atestada de revistas, y un poco más alejado un sofá en forma de U. En el otro extremo del salón, y al lado de uno de los ventanales, había una gran mesa de cristal con diez sillas, y a unos pocos metros de donde nos encontrábamos estaba la cocina Americana, con una redonda isleta de mármol y cinco taburetes.

Por último, miró mi pequeña esquina, consistía en un pequeño rincón que había adecentado con varias estanterías repletas de libros. Había colocado otro sillón reclinable, y una lámpara alta, con medidor de intensidad. Era mi pequeño rincón de leer o de escribir. Sonrió al ver aquello y vi que se acercaba a una de las paredes. No me extrañaba, la tenía impregnada de frases y párrafos no muy largos de libros; me había llevado meses escribir todo aquello, pero había quedado genial. Sonreía como un tonto cuando David apareció en su campo de visión guardándose el móvil.

—Enana, me vo... —Se interrumpió al ver a Klaus—. ¡Vaya! Hola, Klaus.

—¿Interrumpo? —preguntó Klaus, visiblemente molesto.

—Sí —contestó David sonriendo.

—No —gruñí mirando a David— no molestas.

Klaus nos miró a los dos y agachó la cabeza visiblemente molesto. David sonreía, parecía divertirse la situación, situación que a mí me ponía de los nervios. Hice señas a David con los ojos hasta que pareció darse cuenta.

—Bueno enana, yo me voy, la dama de rojo reclama mis atenciones —dijo poniéndose su chaqueta sonriendo.

—Vaya, se ha hecho de rogar.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando el cuadro que Klaus había dejado apoyado en la pared.

—Un cuadro de una foto que quería Jacqui —contestó sin mirarle.

—¿Puedo verlo?

—Puedes hacer lo que quieras, David —contestó de no muy buena gana.

David ignoró aquel tono, como solo él sabía y cogió el cuadro, lo destapó y sus ojos se abrieron de par en par, frunció el ceño y miró a Klaus.

—Guau —suspiró—. Es precioso, Klaus...Tienes mucho talento, las cosas como son.

—Gracias —gruñó. La amabilidad de David le sacaba de sus casillas.

Me acerqué a mi amigo y miré el cuadro a su lado, sonreí al verlo, era realmente perfecto.

—¿Te gusta, David?

—Es precioso Jacqui —me sonrió—. Sales muy bien, lo poco que se te ve, claro...

Abrí los ojos mientras se me iba acelerando el corazón ¿Cómo había podido saber que era yo? Si ni yo misma me reconocí la primera vez que la vi. Miré a Klaus que nos miraba impassible, frío como el hielo, «puñetero porte alemán»

—Pero ¿Cómo sabes que soy yo? —pregunté impresionada.

Me miró de soslayo y sonrió, devolvió la vista a la foto, que después me entregó.

—Me ofende que dudes del porqué te he reconocido. No conteste, ¿Qué podía decir ante eso? Necesitaba cambiar de tema rápidamente.

—Bueno, no te entretenemos más David, tu dama de rojo te espera.

Él asintió sonriendo, se abrochó su chaqueta y después de despedirse de Klaus, que permanecía tenso, me dio un beso en la mejilla y salió por la puerta. Su humor era envidiable, Klaus y yo nos miramos en silencio durante un rato, la tensión se podía cortar con un cuchillo, finalmente se movió e hinchó los pulmones.

—Jacqueline —me miró fijamente— ¿tienes algo con David?

Pensé unos segundos mi respuesta.

—Te repito que no te importa. —Caminé con el cuadro en mis manos, él me siguió.

—¡Claro que me importa! —subió el tono de voz, a lo que me giré.

—¿Te has separado ya?

—No —gruñó —Pues me reafirmo. —Dejé el cuadro apoyado en el sofá —. No te importa.

—Jacqueline, por favor...

—¿Algo más, Klaus?

—No me lo pongas más difícil, ayúdame a hacerlo fácil... —¿Y para ti qué es hacerlo fácil? —Me crucé de brazos—. ¿No importarme que estés casado? ¿Estar para ti, siempre que tú puedas? ¿Abrirme de piernas para cuando él señorito lo considere? —Sabes que no me refiero a eso, ¡joder!

—Entonces, explícamelo, porque no lo entiendo.

Dio un largo suspiro y se pasó las manos por el pelo exasperado. Notaba que estaba nervioso, haciendo autocontrol por no perder los papeles. Caminó en círculos y cuando puso los brazos en jarra me miró.

—¿Sabes qué Jacqui?, —Ilumíname—conteste irónica.

—Que paso, paso de esta mierda, y paso de ti y de todo —dijo frío como hielo partiéndome en dos—. Ojalá jamás hubiera pisado aquel salón de bodas, ahora estaría tranquilo con mi vida y no estaría en este sin vivir.

Lo miré intentado controlar la rabia que me salía por todos los poros de la piel. A este juego podíamos jugar los dos, y yo tenía almacenes de rabia contenidos lo suficientemente grandes como para ser tremendamente cruel.

—Pues tienes razón Klaus, ojalá hubieras seguido respirando a kilómetros de mí, porque solo has sido en mi vida cuatro orgasmos de mierda y una montaña de decepciones. Al menos, me diste material para un libro ¿Te paso un cheque por tu ayuda?

—Ya no sé quién eres Jacqui... —Se dio la vuelta y se fue hacia la puerta.

—Nunca has sabido quien era, Klaus... Nunca.

Se paró en seco y se dio la vuelta, si las miradas matasen yo ya hubiera muerto. Cuando se enfadaba sus ojos se volvían cristalinos y apenas pestañeaba, tenía una mirada tan fuerte y penetrante que no quería reconocer que me asustaba un poco.

—Vamos, corre, vete —Sonreí irónica—. Tu mujercita estará

esperándote.

—Mi mujer está de viaje —dijo dándose la vuelta de nuevo, para abrir la puerta.

—¡Ah claro! —resoplé—. ¿De qué otro modo estarías tú aquí? No sé de qué me sorprende.

No contestó, ni siquiera se giró, dio un portazo y allí me quedé, sola, vacía, y rota. Caminé hacia el sofá donde me dejé caer sin apenas energía; tenía una presión horrible en el pecho que intentaba mitigar para no llorar, pero no pude evitarlo y estallé. Lloré y lloré como hacía tiempo que no lo hacía, ¿A quién quería engañar? Estaba profunda y perdidamente enamorada de él.

¿Cuándo acabaría esto? Moví mi cabeza en signo de negación y me cubrí la cara con las manos, eso solo sirvió para llorar con más rabia. Pataleé sobre el sofá como una niña pequeña, y terminé gritando como una descosida. Gritaba y lloraba a la vez que le pegaba patadas a todo. No podía más, mi mente no podía más. Durante una fracción de segundo pensé en que podría asustar a los vecinos con el lio que estaba montando, así que terminé por poner algo de música lo suficientemente alta como para que no oyeran mis lloros desgarrados, de esos que salen del fondo de tu estómago, de esos que sabes que con cada lagrima estas vaciando tu alma.

The Rasmus sonaban a tope por todo el ático. Por fin pude quedarme quieta, de pie con los ojos cerrados mientras que la voz de «Lauri Ylonen» me hacía olvidar. Casualidad o no sonó uno de mis temas preferidos de aquel grupo «Guilty» comenzó a sonar la melodía y sentí que mis piernas me fallaban cuando Lauri sentenciaba con aquella frase que me heló la sangre...

«...No dejas de decir adiós, tú has cambiado, pero yo también...»

Terminé sentada en el suelo, apoyada en la pared con la mirada perdida, no supe cuánto tiempo estuve así, solo sé que parpadeé con los primeros acordes de «In the shadows», sin saber por qué dirigí la mirada a aquella pared donde tenía parte de mi alma escrita, y releí algo que había pintado allí hacía tiempo.

«Al perderte yo a ti, tú y yo hemos perdido; Yo, porque tú eras lo que yo más amaba; Y tú porque yo era el que te amaba más.

Pero de nosotros dos tú pierdes más que yo, porque yo podré amar a otras como te amaba a ti, pero a ti no te amarán como te amaba yo.» (Ernesto Cardenal)

Pasaron dos días en los que no hice nada especial; la inspiración seguía

en jornada de reflexión, y mi ánimo limpiaba el suelo constantemente. Mi móvil no había parado de sonar, pero no tenía ganas de nada. Me pasaba la mayor parte del día mirando su número, luego abría su ventana y miraba su última conexión... y así vuelta a empezar una y otra vez.

Serían las seis de la tarde cuando la casa se me caía encima.

Tenía dos opciones, o darme de golpes contra la pared o salir a pasear.

No niego que la idea de los golpes en la pared no me parecía del todo desechable, pero me decidí por el paseo, era menos dramático. No tenía rumbo fijo, y resguardada debajo del bonito abrigo que llevaba, todo era más llevadero. Sin pensar a causa del frío y sumergida en mis movidas mentales me di de frente con la puerta del gimnasio que había formado parte de mi vida durante mucho tiempo. Sonreí al recodar anécdotas, mucho antes de este sufrimiento, mucho antes incluso de Klaus. Mi subconsciente me había llevado allí, miré mi reloj y por la hora supe que Dana no estaría, hacía días que no veía a Bea, así que...

¿Por qué no entrar y recordar cosas?

Bea era la clase de personas con las que no me hacía falta hablar, ella me entendía con una sola mirada, a veces era una ventaja, otras no tanto. Entré por la puerta sonriendo y aquel olor familiar me inundó por completo; olía a cloro de piscina mezclado con un ambientador que yo había elegido nada más entrar por aquella puerta hacia años. No había nadie en el mostrador, pero gracias al tintineo de la puerta al entrar, no tardaría en aparecer. Me entretuve mirando las fotos de cada cena de aniversario que celebraba el gimnasio. Siempre solía ser para navidad y venía muchísima gente que ya formaba parte de la familia GYM. Yo estaba en muchas, y aquello me dio nostalgia.

Miré al mostrador vacío y no pude evitar ir hacia él y sentarme en aquella silla. Obviamente todo estaba nuevo, empezando por la impresora ¡menos mal! Me recosté en la silla y miré el techo, por un momento el tiempo se había detenido, y volvía a ser yo.

—¡Eh! Si quieres entrar a formar parte de la plantilla, solo tienes que decírmelo.

Abrí los ojos sonriendo, y me di la vuelta, allí estaba Bea sonriéndome con los brazos en jarra.

—¡Madre mía que gordita estas! —exclamé incorporándome. —En otra ocasión, te hubiera dado un puñetazo por eso que acabas de decir.

—En otra ocasión me hubiera callado la boca —sonreí—. Tu

pasado macarra es algo que nunca se puede olvidar —sonrió viniendo

hacia mí, y después de un abrazo que duró tres años me acuclille y puse mi oreja en su vientre—. ¿Cómo va mi sobrino?

—Dando por saco —me sonrió acariciándome la cabeza—.

ya no puedo atarme ni los cordones... ¡soy Moby Dick!

—Estas de siete meses. —Me levanté y la ayudé a sentarse en la silla—. No pretenderás estar flaca ¿No sabias que el engordar venia en el lote? —Me lanzó un trozo de papel arrugado y sonreí—. Estás muy guapa, de verdad.

Se recostó como momentos antes había hecho yo y me sonrió.

Se acariciaba la tripa con dulzura como si estuviera acariciando a su bebe, me hacía mucha gracia sentirla con tanta ternura. De normal era cariñosa, pero ahora era un oso amoroso. Me quedé un rato embobada observando cada uno de sus movimientos, poco después me senté sobre el escritorio.

—¿Qué te trae por aquí?

—Salí a pasear, y de repente estaba en la puerta; de todas formas, me apetecía verte.

—Y a mí, Jacqui —le sonreí—. Llevas unos días muy ausente.

—Lo sé, cosas de famosos, ya te acostumbrarás.

Vi que sonreía, aunque me costaba mirarla a la cara. En todos esos días Bea me habló por Whatsapp, y aunque no me viera, sabía que algo me pasaba.

—Jacqui, mírame. —Levanté la cabeza y me encontré con sus ojos verdes— ¿Klaus?

—Sí... —Me mordí el labio para evitar echarme a llorar. —Cariño. —Apretó mis manos—. Poco a poco.

—El poco a poco me desespera Bea. No puedo más, mi cabeza no descansa.—Me rasqué la cabeza nerviosa—. No avanzo, estoy como cuando me fui hace años, nerviosa, alterada, triste. No paro de pensar, apenas duermo, y lo peor es que no sé qué hacer... —Primero de todo, intentar calmarte.

—Lo intento, pero no puedo. Al principio no me afectó el hecho de que estuviera Ana... Pero ahora me atormenta. Él duerme con ella cada noche, hacen planes, hablan, se ríen, pasan muchas horas juntos, ¿Por qué me va a querer a mí, que apenas me ve? —Como se suele decir... El corazón siente cosas, que la razón no entiende.

—Creo que no era así la frase, Bea. —me sacó la lengua y sonreí.

—Pues como sea, tú me has entendido, ¡Dios, qué mujer más pesada!

Solté una carcajada, y me sequé una lágrima.

—Está casado Bea. Jamás pensé que sería capaz de hacer lo que estoy

haciendo...

—¿Y qué estás haciendo, mi vida? ¿Quererle?

¿No poder resistirte?

—Antes, esto iba en contra de todos mis principios, y ahora, mírame. Me acuesto con él y luego soy capaz de hablar y mirar a Ana, ¿en qué me estoy convirtiendo? Aunque cada vez me cuesta más...

¡Joder! nunca se puede decir de esta agua no beberé, porque luego bebes ¡y a capazos! —Se empezó a reír—. ¿Quieres hacer el favor de no reírte?, ¡estoy desesperada!

—Lo primero que tienes que hacer es estar bien, o al menos intentarlo. Tómame unos días para ti, vete, sal de aquí, ve a un spa, que te mimen. Llévate el portátil y ya verás como cuando logres estar tranquila te sale algo.

—Bueno, en unas semanas tengo un viaje a Alemania. —Entonces te vendrá perfecto para despejarte. —Me acarició la mejilla—. Tienes que animarte, odio verte así.

—Yo también odio verme así, parezco un muerto. —Mujer, cara de muerto haces... —Levanté una ceja y sonrió—. El pelo negro que te has hecho, cuando no vas muy arreglada, te hace un aspecto algo tétrico Jacqui.

—Siempre he tenido un punto gótico —sonreí.

—Por qué será que no lo dudo.

—Me encanta el estilo de Amy lee, y Lauri Yloen... Me miró sin entender a quién me refería y negué con la cabeza.

—Cada vez hablas más raro Jacqui, será cosas de famosos como tú dices.

No pude evitar echarme a reír. Bea era graciosa hasta cuando no pretendía serlo. Me quedé varias horas allí con ella, también pude ver a varios clientes que después de tantos años seguían fieles al gimnasio. Fue agradable recordar cómo había sido mi vida antes de todo. Cerca de las ocho de la tarde me fui para casa, me gustaba el invierno y caminar refugiada bajo el abrigo, pero odiaba que se hiciera de noche tan pronto. Si por algo amaba el verano, era por la alegría que daba ver que el día duraba tanto; parecía que incluso las estrellas brillaran más al llegar la noche.

Estaba sumida en mis pensamientos que cuando abrí la puerta del ático y me quité el abrigo no me percaté de que las luces estaban encendidas, y para cuando me di cuenta me quedé paralizada del miedo, ¿habían entrado a robar?

—¿Hola? —pregunté temerosa a los pies de la escalera. No habían forzado la cerradura, y nada estaba desordenado.

Aun así, tragué saliva y empecé a ponerme nerviosa, pude distinguir unos ruidos en el piso de arriba, parecían pasos, alguien andaba de aquí para allá, y, contra todo pronóstico subí dos escalones y me quedé quieta. Tantos años criticando las películas de miedo y ahora en lugar de salir corriendo me quedaba allí.

—¿Hay alguien ahí?—pregunté lo suficientemente alto como para que quien fuese, me escuchara. Luego negué con la cabeza para mí misma «Claro Jacqui, muy lista.»

A riesgo de que fuera un ladrón, asesino, o violador... «que con mi suerte no sería de extrañar» me alejé de la escalera y me situé justo a pocos pasos de la puerta. Vi que algo se movía y me tensé, durante una fracción de segundo pensé en salir corriendo.

—Jacqui, ¿eres tú?

—¡Aníbal! —Suspiré con el corazón a mil—. Joder, ¡Menudo susto me has dado!

—Lo siento —dijo sonriendo desde arriba de la escalera, por fin se dejaba ver—. Ahora bajo.

Apenas había sabido de Aníbal las últimas semanas de su viaje; cualquier otra chica se hubiera preocupado o enfadado por aquello, pero a decir verdad me había venido bien que no se hubiera molestado en estar pendiente de mí. Así era mi relación con Aníbal, inusual... pero tremendamente tranquila. Salvo unos escuetos emails que leí varios días más tarde de que me los enviara, apenas había tenido contacto con él. Aunque una cosa tenía clara, esta vez mi desliz quedaría en el más riguroso secreto.

Diez minutos después bajó por las escaleras tan atractivo como siempre, con su pelo rapado, su esbelto y atlético cuerpo enfundado en unos vaqueros y una camisa blanca, su perfume que tanto me gustaba; todo un hombretón tremendamente deseable. Me alegré bastante de verlo y nos fundimos en un abrazo enorme.

—Aníbal —susurré en su oído mientras le apretaba con fuerza.

—Jacqueline.

—Qué bien hueles ¿Por qué no me has dicho que volvías hoy? —pregunté apartándome y pasando mis manos por su camisa. —Te lo dije ayer en un email —frunció el ceño—.

¿No lo has leído?

—Vaya... —me avergoncé—. lo siento, soy un desastre. —

Me miró con dulzura y me dio otro abrazo—. ¿Me has echado de menos?

—Eso siempre —me sonrió—. ¿Y tú? ¿Me has echado de menos a mí?

—Claro. —no mentía, en cierta manera sí que lo había echado de menos.

—¿Cómo ha ido todo en mi ausencia? ¿Cómo fue la boda de Laura? Apenas me contaste nada. Para ser escritora tus correos son una mierda —dijo sonriendo mientras se sentaba en el sofá. —Todo bien, normal y la boda muy bonita. —Intenté borrar la imagen de Klaus quitándome la media en la suite del hotel—. Ya te enseñaré las fotos, ¿y tú? ¿Qué tal las entrevistas? —Me senté a su lado—. He leído algunos artículos por internet, eres toda una estrella en el mundo editorial... Estarás contento.

—Mucho. —Me miró fijamente y me sonrojé.

Ahí estaba él, sonriéndome tan atractivo y guapo como siempre. Mirándome con esos penetrantes ojos negros, ojos a los que no podía mirar demasiado. Siempre tuve la certeza de que podía leerme la mente si lo miraba demasiado fijamente; en eso me recordaba a Klaus, y puede que por ese simple detalle aun siguiera con él. —¡Por cierto! —Se incorporó en el sofá—. En mi maleta he traído una revista en la que hablan de tu libro, me gustó tanto que la he traído para que la tengas.

—¿De verdad? ¿Dónde está la maleta?

—En la habitación. —Se puso de pie—. Espera que te lo bajo. Le agarré del antebrazo y lo senté levantándome yo. —Tú descansa, voy yo.

Me dio una palmada en el trasero cuando pasé por delante de él. Sonreí ante ese gesto. Lo cierto es que, si le había echado de menos y había tenido que volver a verlo para darme cuenta. Pude oír como ponía la televisión, subí rápidamente las escaleras y fui directa a su maleta, cuando encontré la revista sonreí, bajé las escaleras corriendo cuando un posit amarillo cayó al suelo, me agaché, y reanudé la marcha, en un movimiento involuntario leí aquel papel haciendo que me frenara en seco.

«Piensa en estas semanas, y en lo felices que hemos sido, podría ser así siempre.

No me olvides, estaré esperando tu llamada...cada día.»

El corazón se me paró, tragué saliva y parpadeé varias veces. Él no parecía darse cuenta de nada, ya que estaba absorto mirando la tele, yo estaba de piedra sin saber exactamente cómo sentirme o cómo actuar. Sabía de sobra que no podía enfadarme, ni montar un numerito, era la menos indicada; pero, aun así, no pude evitar sentirme traicionada y, por primera vez, recordé lo que es sentir que alguien en quien confías te mienta; y odié haberle hecho eso tantas veces a Aníbal, aunque al final siempre acabara confesárselo.

Podía hacer dos cosas, ignorar aquella nota y aferrarme a él y a la serenidad que me aportaba su compañía, o encarar esta situación, él me había perdonado millones de veces... ¿Por qué sentía que yo no podía? ¿Quién me creía que era? Arrugué el posit en mi mano y caminé como pude hasta quedar a su lado. Me senté sin mirarle, me sentí perdida y lo peor de todo, es que yo solita me había buscado esa situación, por no haberle valorado lo suficiente.

—Aníbal... —susurré.

—Dime preciosa —se giró sonriéndome.

—Hay algo que...—titubeé— ¿que quieras contarme de estos días?

Pensó durante unos segundos, o era el mejor actor del mundo, o aquella nota llevaba ahí mucho, mucho tiempo.

—Creo que no. —Me miró frunciendo el ceño—. Jacqui ¿Estás bien?

—Sí —mentí— bueno, no lo sé.

—¿Qué pasa Jacqueline?

Le miré fijamente intentando averiguar algo, pero fue inútil. Sin darme cuenta le había tendido la mano con el posit arrugado, lo miró y por su expresión supe que era el mejor actor del mundo.

—Yo... —me miró y tragó saliva—. No sé qué decir.

—Di algo, por favor —susurré

Se puso de pie y caminó por el salón, me recordó a Klaus y sentí una punzada en mi interior, entonces todo estuvo claro.

—Sé que no ha estado bien, Jacqui. —Se paró cerca de la ventana—. Lo siento...

—No te disculpes Aníbal, si era de esperar. —Me levanté y caminé por el lado opuesto a él—. Lo raro es que no pasara antes. Mi comportamiento ha sido...

—¡No! —Caminó hacia mí y cogió mi cara con sus manos—. No te culpes, tú eres maravillosa.

—No... —negué con la cabeza—. No lo soy.

—Mírame, esto es solo un bache, ¿vale cariño? Vamos a olvidarnos de todo, y vamos a estar solo tú y yo, ¿de acuerdo? Vamos a recuperar el tiempo perdido, a ser uno como éramos antes. Ella... ella no ha significado nada, de verdad. —Le miré sin parpadear—. Ya sabes a qué me refiero.

—Lo sé.

—Entonces, olvidémonos ¿vale?

Me besó en los labios, pero yo no sentí nada, al notar mi frialdad se separó fijando sus ojos en mí.

—Me has perdonado tantas veces Aníbal —iba a contestarme, pero le puse los dedos en los labios—. Lo has hecho incluso cuando no lo merecía, no te he valorado, ni he valorado lo nuestro. Pero tengo que serte sincera, cuando nos conocimos te dije que estaba rota, que no podrías reconstruirme, ¿recuerdas? —Él asintió—. No me equivocaba, y aunque contigo llegué a recordar lo que era sentirse feliz y completa, no ha sido suficiente. Me siento miserable al pensar que no puedo perdonarte, después de las veces que te lo he hecho yo. Aun así, estaría dispuesta a intentarlo, porque contigo me siento segura, me das calma y estabilidad, todo lo que me falta. —Se me saltaron las lágrimas—. Contigo me siento persona, y sé que, a mi manera, te quiero. Te quiero y mucho. Por eso, porque te quiero, no puedo dejar que sigas a mi lado. Te mereces un todo, que yo no te puedo dar.

—Jacqui, por favor...

—Aníbal, sabes que tengo razón. —Tardó uno segundos, pero asintió—. Te mereces una mujer completa, que esté dispuesta a dártelo todo. Yo no soy esa mujer, porque no tengo nada para darte. Quiero que estés con una mujer que viva y respire para ti, que todo su mundo seas tú, que te ame y te adore por encima de todo. Que no tengas que esforzarte tantísimo para que la relación salga adelante. Has tenido que tirar de mí durante todo este tiempo, aguantando mis cagadas, entendiendo mis miedos; pero no es justo para ti, ni para mí. Si te dijera que te quedaras a mi lado sería egoísta, necesitas que alguien te pida que estés por puro amor y no por necesidad.

Me abrazó tan fuerte que creí que me ahogaría, le correspondí el abrazo, sabiendo que renunciaba a lo único que podría hacerme todo más fácil.

—Jacqui... Quiero que sepas que te quiero.

—Y yo. Sabes que te quiero y soy más humana gracias a ti.

Nos miramos de nuevo, era una despedida.

—Llámala. —Me aparté y limpié mis lágrimas—. Te mereces ser feliz.

—¿Estarás bien?—preguntó con los ojos brillantes.

—Claro que sí, por mí no te preocupes.

—No quiero perderte. —Agarró con fuerza mis manos.

—No lo harás, siempre me tendrás. Porque el desafío mereció la pena. —Sonrió al escuchar como citaba uno de sus agradecimientos de su libro—. Por cada segundo que me has regalado, por los libros que hablan de mí, de nosotros y de lo que solo tú y yo sabemos.

Me abrazó de nuevo y terminé hundiendo mi cara en su cuello evitando como podía las lágrimas que se me acumulaban, deseosas de salir.

—Gracias Jacqui —susurró.

—Gracias a ti por creer que podría volver a ser yo misma.

—Ahora estás siéndolo. —Acarició mi mejilla—. Y no cambiaría un ápice de aquel agradecimiento. —Me miró dulcemente—. ¿Sabes? ¿Me creerías si te dijera, que creo que, de cierta manera, ¿siempre estaré un poquito enamorado de ti?

Me lancé de nuevo a sus brazos, conocía esa sensación de sobra.

—Bueno... —Me separé de él sintiéndome tremendamente vacía—. Creo que debería irme.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras, Aníbal —Si me quedo Jacqui, no me iré nunca.

Agaché la cabeza, y por unos segundos deseé que así fuera. —Vale ¿Tendrás donde quedarte esta noche?

—Sí. —No aguantó mi mirada, y supe que iría con ella—. Voy a recoger mis cosas.

Asentí sin decir nada, y lo vi perderse escaleras arriba. Iba a llevarse lo poco que tenía de él y con él se iría otra parte de mí. Como escribiría la mismísima J.K.Rowling , Aníbal sería un horrocrux, al igual que David y Klaus... pero mi alma no estaba partida en siete trozos, sino en muchísimos más.

Caía un agua que hacía difícil ver más allá de las farolas, parecía que el clima se había acoplado a mi estado de ánimo, dándome a entender que había muchas clases de tormentas, las que se pueden ver, como aquella lluvia torrencial o como la que se había originado en mi interior; curiosamente, no me sentí del todo sola. Me acerqué a la ventana y apoyé mi frente en ella, escuchaba trastear a Aníbal en el piso de arriba, estaba llenando del todo sus maletas recién llegadas de Argentina. Intenté distraerme ordenando un poco los papeles que tenía en la mesa del salón cuando algo me encontró a mí.

«Yo solía pensar que era la persona más extraña en el mundo, pero luego pensé, hay mucha gente así en el mundo, tiene que haber alguien como yo, que se sienta bizarra y dañada de la misma forma en que yo me siento.

Me la imagino, e imagino que ella también debe estar por ahí pensando en mí. Bueno, y espero que, si tú estás por ahí y lees esto, sepas que sí, es verdad, yo estoy aquí y soy tan extraña como tú.»

Frida Kahlo Me sentí acompañada en aquel instante, esa mujer tan inteligente y aparentemente fuerte, se había sentido así. Su vida no había sido nada fácil, pasó por una niñez dura y trató de suicidarse varias veces. Aun así,

resurgía de sus cenizas. Recordaba cosas de su vida por la fascinación que sentía Alejo por la vida y obras de esa mujer, entonces recordé lo que me impactó cuando Alejo me contó la última frase de su diario; «espero alegre la salida y espero no volver jamás.»

Tragué saliva, distintos tiempos, mismos sentimientos. No podía soportar el ruido que Aníbal hacía. Era el ruido de la despedida, así que cogí mi iPod y me puse los cascos mientras miraba aquel diluvio, la voz dulce de Bruno Mars me erizó la piel «Talking to the Moon» sonó dentro de mí, haciendo que tuviera la necesidad de cerrar los ojos «Sé que estas en algún lugar, en algún lugar muy lejos, te quiero de vuelta, mis vecinos creen que estoy loco, pero ellos no entienden, tú eres todo lo que tengo ¡todo lo que tengo! En la noche, cuando las estrellas iluminan mi cuarto, me siento a hablar con la luna, trato de llegar, de llegar a ti, con la esperanza de que estés en el otro lado hablando conmigo, ¿o yo soy un tonto que se sienta solo... a hablar con la luna?»

Sentí una opresión tan fuerte en el pecho que gemí. Necesitaba respirar, necesitaba salir de allí, no podía un minuto más estar encerrada, y no podía quedarme a ver como se iba. Aunque no estaba enamorada de él, con él, me sentía más fuerte. Me quité los cascos, y cogí un trozo de papel.

«No puedo ver cómo te vas, lo siento. Estaré aquí para lo que quieras, se feliz. Te quiero.»

Cerré con cuidado la puerta y salí a la calle, un frío inmenso me hizo tiritar; el agua seguía cayendo descontrolada, como mis sentimientos. Solo llevaba mis mallas de estar por casa y una rebeca de lana que había alcanzado a coger antes de salir corriendo. Apretaba las llaves de mi casa con una mano mientras decidía qué hacer, o dónde ir. De repente, solo quería ir a un sitio, pero no sabía si ni siquiera podría llegar. En el instante que puse un pie fuera a la intemperie me calé entera, aun así, empecé a caminar rápido, dejando que el agua helada me calara hasta los huesos; como si de esa forma me purificara, como si esa agua pudiera despegar de mi piel todo aquel sufrimiento.

Tenía tanto frío que había ralentizado un poco el paso. Tenía las piernas y las manos entumecidas, pero me daba igual, tampoco podía parar; algo no me dejaba detenerme. Caminé sin rumbo, perdida, hasta que me topé con lo que andaba buscando, subí las escaleras y toqué la puerta.

Klaus

Estuve pensando seriamente en quién podría ser. Ana estaba fuera y no esperaba a nadie, al menos eso creía.

Últimamente estaba más que despistado. Miré por la mirilla y un

escalofrío me recorrió el cuerpo, abrí rápidamente la puerta y allí estaba, como si fuera un espejismo. Me quedé de piedra mientras que mi corazón daba brincos. Estaba ante mí completamente mojada y tiritando, con los labios morados, y los ojos hinchados de haber estado llorando; quizá aún seguía llorando, pero estaba tan empapada que no podía diferenciar las lágrimas de las gotas que le caían por la cara.

—Jacqueline...

Sin más, se abalanzó a mi abrazándome tan fuerte que me tambaleé, estaba fría y tan mojada que hasta yo mismo sentí el frío desprenderse de su piel. La sentí temblar y esta vez sabía que no era del frío. La abracé fuerte, muy fuerte, y aun así calada hasta los huesos, estaba preciosa. Supe que había empezado a llorar cuando sentí pequeñas convulsiones, la apreté más a mí pecho... la amaba. La adoraba más que a todo en este mundo, y cuando creía que la había perdido, ella me había encontrado.

—Jacqueline —Le besé la cabeza—. pequeña, ¿Qué ha pasado? —No contestó—. Nena, mírame.

—Te he mojado —susurró.

—No pasa nada, ¿estás bien?

—No. —Se tapó la cara con las manos y volvió a pegarse a mí—. Nada está bien.

—Tranquila, sea lo que sea, ya ha pasado. —Le besé la frente—. Por favor, cálmate, ven...

Tiré de ella hacia el interior, si la dejaba un minuto más así, acabaría por coger una pulmonía. Caminamos de la mano hacia mi habitación, la dejé en el umbral del baño mientras abría el grifo del agua caliente de la ducha. Cuando me giré para mirarla ella me miraba impassible, como si en realidad ni estuviera mirando nada; entonces me di cuenta de la mala cara que tenía. Estaba pálida y ojerosa, tenía los labios morados y una expresión de tristeza que me caló el alma. Estiré mi mano y la aceptó sin titubear, pensé seriamente si dejarla sola en el baño e irme, o ayudarla, aunque ello implicara verla desnuda... Pero en ese momento no podía pensar en otra cosa que no fuera su salud, y viendo como estaba, seguramente se sentaría en la tapa del wáter y allí se quedaría, petrificada.

Así que, con sumo cuidado le quité la chaqueta, ella tiritaba del frío, pero se dejaba hacer. Poco a poco la fui desnudando hasta que quedo completamente desnuda ante mí. Contuve la respiración todo lo que pude, me desnudé pocos segundos después y la ayudé a meterse en la ducha en la que

luego me metí yo. El agua caliente le devolvió el color a la cara. Acaricié sus mejillas mientras ella respiraba pausadamente, Dios... ¿Cómo había podido vivir sin ella tanto tiempo?

Jacqueline

Cuando sentí el agua caliente por mi piel pude respirar. Klaus estaba a mi lado sin apartar los ojos de mi cara, desnudo y mojado. Contuve la respiración y cerré los ojos para serenarme. Con mucho cariño pasó las manos por mis hombros y brazos y hacía fricción para que entrara en calor. Acarició mi pelo y me ayudó a deshacerme el moño que llevaba. Cogió champú y me dio la vuelta quedando de espaldas a él. Segundos después sentí sus manos masajeándome el cuero cabelludo y lavándome con suave mimo el pelo; después bajó sus manos por mi espalda y mis hombros, frotaba mi piel con muchísima suavidad. Me dio la vuelta y volvimos a quedar uno frente al otro, hizo lo mismo por mis pechos y mi abdomen. No pude evitar sentir esa electricidad tan conocida entre nosotros, pero esta vez, lo sexual quedó a un lado, aquello era más... mucho más; aquello era amor.

Cinco minutos después salió de la ducha y se cubrió su desnudez mientras yo seguía debajo de aquel chorro de agua ardiendo. Se secó rápidamente y desapareció de mi vista para poco después volver con un pantalón de pijama azul y una toalla grande en las manos; me tendió la mano para ayudarme a salir de la ducha. No hablamos, no hacía falta, me rodeó con la inmensa toalla y me abrazo fuerte para después apoyar mi cabeza en su pecho y aspirar su aroma, gel de vainilla y Klaus —el mejor olor del mundo—; aquel gel tenía un peculiar olor en su piel.

Me secó con delicadeza, suavemente, sin apartar los ojos de mí. Ya no tenía frío, de hecho, estaba empezando a tener algo de calor. Mi piel estaba enrojecida por haber estado bajo el agua tan caliente, pero no me dolía. Se puso de rodillas ante mí y secó mis piernas con cuidado, casi sin rozarme. Sentirle tan cerca de mi sexo me ponía muy nerviosa; sin embargo, él parecía tan sereno que me sentía confundida.

Una vez seca me envolvió de nuevo el cuerpo con aquella toalla que anudó a un lado, y con otra más pequeña me secó el pelo. Como si fuese una niña pequeña, sonreí cuando me tapó la cara y me meneó el pelo fuertemente, correspondió a mi sonrisa; entonces creí en los milagros.

Estaba frente al espejo, se movía cerca de mí buscando cosas por los cajones del mueble del baño, yo no le quitaba ojo. Poco después me cepillaba el pelo con sumo cuidado intentando no hacerme daño. Tras varios minutos de deliciosas atenciones por su parte, sacó el secador y empezó a secarme el pelo.

—Ten. —Me tendió el secador—. Sigue tú, voy a buscar algo para que te pongas —asentí sin hablar, estaba muda ante tanta atención.

—Y sécatelo bien. —Me miró frunciendo el ceño—. No quiero que caigas enferma.

Se perdió de mi vista e hice lo que me pidió, cuando consideré que ya estaba bien; ya que me cansaba de perder el tiempo con el secador, me recogí el pelo en una coleta y salí del baño. Él rebuscaba algo por el armario, de repente sonrió y vino hacia mí.

—Aquí tienes ropa interior. —Agaché la cabeza avergonzada, no quería ponerme unas bragas de Ana—. Tranquila—sonrió adivinando mis pensamientos—, es un bóxer mío.

—Gracias, Klaus. —Sonreí tímida.

—No me las des. —Se dio la vuelta—. En la cama tienes ropa, vístete, te espero en la cocina.

Asentí y cogí lo que me había dejado perfectamente doblado en una esquina de la cama, consistía en una sudadera roja presumiblemente suya, ya que era enorme, y unas mayas negras, cuando las cogí, las miré bien, no eran unas mayas cualquiera, eran ...

¡¡¡Mis leggins!!!

—¡Klaus! —Le llamé alzando la voz. Para mi sorpresa asomó la cabeza por la puerta sonriendo, había estado fuera esperando mi reacción—. Estos... Estos leggins son míos.

—Lo sé. —sonrió—. Eran mis favoritos, no dejan nada a la imaginación. Le mire frunciendo el ceño.

—Pero ¿Cómo los tienes tú? Pensé que los había tirado.

—Te los dejaste en tu casa cuando te fuiste. —Me miró sonriendo—. Y como visité a Dana tantas veces, me lo llevé. —¿Dana lo sabe?

—Sí... —Se pasó la mano por el pelo—.

Me llamó pervertido.

—No me extraña —sonreí.

—Vamos, déjate de cháchara y vístete.

Asentí y me enfundé en mis antiguos y viejos leggins. Me coloqué su

sudadera que me quedaba como un vestido catorce tallas más grandes, y suspiré. Iba hacia la cocina cuando me detuve, estaba en su habitación... bueno en la habitación suya y de Ana. No sabía cómo sentirme al respecto. La recorrí en silencio mirándolo todo, estaba pintada en un suave color crema, tenía dos mesitas a ambos lados de la cama. Reconocí la de Klaus enseguida, estaba llena de papeles y fotos esparcidas por todos lados. Pasé mis dedos por las fotos, después paseé los ojos por la cómoda, y vi una foto de él en el día de su boda, no presté demasiada atención, no quería acordarme de cómo me hacía sentir ese hecho. Inspiré y salí de aquella habitación derecha a la cocina. Klaus estaba sentado en la mesa con dos tazas, meneaba la cuchara de su taza y miraba a la nada, carraspeé y se volvió sonriéndome.

—Qué... —Me miró divertido—. ¿Ya has cotilleado toda la habitación?

—Me ha faltado el cajón de la ropa interior.

Se echó hacia atrás sonriendo y me senté frente a él. Me tendió la taza, era chocolate caliente.

—¿Qué ha pasado Jacqui?

Solté la taza y me masajeeé la frente con los dedos.

—Aníbal... —susurré.

—¿Ha vuelto? —Exclamó sorprendido y asentí—. ¿Y qué ha pasado? ¡Oh dios! ¿Te ha tocado?

Se levantó de golpe y dio varios pasos hacia mí, me cogió por la barbilla y me miró con detenimiento la cara.

—Pero ¡Qué dices! —me desprendí de su agarre—. No me ha tocado, ¡por dios!

—¿Entonces? —Se acuclilló a mi lado.

—Lo hemos dejado. —Me encogí de hombros y sentí como se destensaba a mi lado.

—¿Cómo ha sido? ¿Tú estás bien?

—No lo sé. —Miré mis manos—. Ha sido raro la verdad; ha dolido más de lo que yo pensaba. —Clavé mis ojos en sus preciosos ojos azules que me miraban expectantes—. Pero he hecho lo que tenía que hacer, no se merece mis mentiras.

—Jacqui... —acarició mi mentón y una lágrima me recorrió la cara.

—Estaré bien Klaus, es solo que, bueno... a mi manera, le quiero.

—Te entiendo. —Nos miramos en silencio durante unos minutos—. ¿Y él?

—Bueno... Él estaba bien, no sé, tuvo un lío con una en Argentina. —

Abrió los ojos de par en par—. Imagino que estará con ella, así que, aunque hoy este mal, en unos días estará bien; lo conozco de sobra.

—No te creas Jacqui, no es fácil reponerse a ti. —Su voz y su serenidad me provocó un escalofrío—. ¿Le has dicho...?

—No —dije sin dejarle acabar—. Ya le he hecho muchas veces daño con eso; por una vez no quería que supiera nada. Me he ido de casa mientras él hacia las maletas —susurré hablando tan bajito que no sabía si ni siquiera me podía escuchar—. No podía ver como se marchaba.

Acarició mis mejillas y siguió hasta mis labios, suspiró. —¿Quieres quedarte aquí a dormir?

—Preferiría ir a mi casa —me sonrió dulcemente—. Si no te importa, claro.

—Tranquila, voy a vestirme y te llevo, ya no llueve tanto. Se dio la vuelta y dio varios pasos.

—Klaus... —me miró—. ¿Podrías quedarte conmigo hoy? —Me encogí de hombros—. No quiero estar sola.

—Lo daba por hecho. —Alzó las cejas y frunció el ceño.

—Creído... —espeté de mala gana, le vi sonreír mientras se perdía por el interior de su casa.

Hicimos el camino de vuelta a mi casa, en un riguroso silencio. Había ratos en los que intuía la mirada de Klaus, pero lo ignoraba, necesitaba serenarme y mentalizarme de que estaríamos solos en mi casa. No hablamos hasta que entramos en mi ático, cosa que había resultado bastante incómodo. Aún no llevaba bien los silencios de Klaus, nunca sabías por dónde te podía salir. Por un momento me había olvidado de que era lo que me había hecho salir corriendo con el diluvio universal de telón de fondo, pero ahora me quedaba claro, Aníbal.

Todo estaba como cuando me había ido, miré a todos los lados esperando en el umbral de mi casa, expectante por el arrepentimiento de Aníbal y su suplica, pero no, esta vez de verdad se había acabado.

Klaus caminaba por el salón con su mochila aun colgada, le miré de soslayo, llevaba unos pantalones de hacer deporte gris y una camiseta de manga larga blanca, sin llevar nada del otro mundo estaba perturbador. Tuve que coger aire, se me iba a hacer todo un reto la convivencia; en aquel instante me arrepentí de haberle dicho que pasara la noche conmigo, ¿en que estaba pensando? Klaus no era una persona normal, no era cualquier amigo... Era «Klaus». Pero después se dio la vuelta sonriéndome y me desdije de todo lo

anterior.

—Me sigue impresionando tu casa, Jacqui —me sonrió—. Es una pasada.

—Gracias, la encontró mi hermano, me encantó desde que puse un pie en ella.

—No me extraña, además esto que has escrito. —señaló la pared—. Le da un toque cálido, me gusta.

—Es muy bonito, sí... —sonreí tímida—. En realidad, se lo copié a mi primo Carlos, vive dos pisos más abajo. Cuando se decoró el salón, en la pared frontal hizo lo mismo con canciones de Manolo García, quedó tan bonito que le robé la idea.

—¿Sigues usándote de conejillo de indias con los peinados?

—No —sonreí—. Ahora me ayuda a regalar ropa a mis amigos. Trabaja como gerente en una firma de ropa importante, parece un modelo, siempre de traje.

—Guau. Puede que vaya a pedirle trabajo, ¿funcionaría de Maniquí?

Le sonreí, ¿Qué si funcionaria de maniquí? ¡La madre que lo pario! Si hubiera Maniqués de ese calibre, parecería una puta loca, ya que tendría como doscientos o así repartidos por casa... me serené como pude, «Calma Jacqui, piensa en flores, prados, nubes, avispas...». Sin cambiar mi cara falsa de serenidad fui hacia la cocina para ponerme un vaso de agua, y quizá lamer varios sobres de tila que tendría por allí, entonces vi una nota sobre la isleta.

«Me encanta tu melodrama, una de las cosas que echare de menos, cuídate, y se buena. Aníbal»

Sonreí al leer aquella nota y una punzada de algo extraño me recorrió el cuerpo. Busqué por encima de las mesas por si estaba la nota que le había dejado yo antes de irme, pero no, se la había llevado. Después de suspirar, doblé aquella nota y la guardé en uno de los cajones de la cocina en el que dejaba las cartas abiertas y sin abrir... Sí, yo era así de «xaxi.»

—¡Anda! Mira lo que hay aquí —exclamó Klaus apareciendo en mi campo de visión con un paquete en la mano—. Venía con una nota.

—¿Dónde estaba eso?

—En la mesita, frente a la tele.

—¿Y qué pone? —dije mientras me ponía un vaso de zumo y me limpiaba una lágrima que había estado reteniendo todo el rato.

Me miró durante unos segundos y devolvió la vista a la nota, carraspeó y empezó a leer.

—Te fuiste tan rápido que no me dio tiempo a dártelo, prométeme que no

encantarás la casa. —Me miró y alzó una ceja.

Sonreí mientras caminaba hacia Klaus, no me había parado a pensar lo raro que era que estuviéramos los dos en mi casa, actuando como si nada, y quizá fuera lo mejor... pensar mucho, a veces no es nada recomendable.

—A ver... —me tendió el paquete y cuando lo vi pegué un alarido — ¡Dios mío!

—¿Qué?

—¿Tú sabes lo que había buscado yo esto? —le pregunté sonriendo, él me miraba sin entender a qué venía tanto entusiasmo. —¿Documentales paranormales? —frunció el ceño.

—¡No idiota! —Sonreí—. Estos documentales en particular. —Vaya... pensaba que estas cosas te daban miedo.

—Y me lo da.

—¿Entonces? —Se cruzó de brazos—. ¿Por qué te entusiasmas tanto?

—¡Porque me encanta el presentador!

Echo la cabeza hacia atrás partiéndose de risa.

—Así que... Te ves una cosa que te aterroriza ¿solo porque te gusta el presentador?

—Sí —sonreí—. Y no es cualquier presentador ¡Es Zack Bagans!

—Ni idea...

—¿Nunca has visto Buscadores de fantasmas? Bueno quizá los conozcas por «Ghost Adventures.» —Negó con la cabeza—. Mira que eres raro —espeté feliz de ver los documentales en mi mano. —¿Raro yo? —Sonrió—. Tú, ves unos documentales que seguramente te quitan el sueño una semana, solo por el presentador... ¿y yo soy el raro? Dime una sola buena razón para que te valga la pena el sufrimiento.

—¡Está muy bueno! —Sonreí y me imitó—. Aparte, es muy valiente, y fuerte, y dulce con los animales y...

—¡Y para ya! Que me están salpicando tus babas, ¡Qué exagerada, por Dios! —bufó de mala gana y caminó enfurruñado por el salón—. Ahora entiendo lo que quería decir la nota —me carcajeé durante un rato; y aunque me daba la espalda, supe que también sonreía—. Espera. —Se paró en seco—. ¿Es el programa ese, que son tres tíos? —Asentí—. En el que se encierran una noche y todo el rollo ¿no?

—Sí.

—Pero ¿qué dices? ¡Es malísimo ese programa!

—¡Eh, tú! —Le señale con el dedo—. En esta casa se respeta a Zack

Bagans y a David Bustamante.

—¿Ahora has añadido a Bagans a la lista de intocables?

—Sí.

—¿Alguna otra norma que deba saber?

Me paré a pensar y se mordió el labio inferior para aguantar la risa.

—Por ahora no, pero no te confíes.

—No lo haré...

Volvió a caminar hacia el salón y se recostó en el sofá. Pasados unos minutos en los que dudé seriamente qué hacer, me decidí ir hacia él; me senté a su lado y después de unos segundos decidí hablar.

—Muchas gracias, Klaus.

—Gracias a ti por venir a mi casa. Pensé que... No sé, que ya se había terminado.

—Dudo que esto... —Nos señalé—. Se termine alguna vez. —Me miró, pero no dijo nada—. ¿Has visto la película Solo una noche?

—No, ¿de qué va? —contestó negando con la cabeza.

—Es de un matrimonio, él se siente atraído por su compañera de trabajo, su mujer, que la interpreta Keira Knightley, se da cuenta, discuten. Al día siguiente él debe irse a cerrar un negocio e irá acompañado de la compañera de trabajo, Eva Mendes —sonreí porque sabía que Klaus, adoraba a esa actriz—. Total... al principio parece que él sea el malo, pero aquella mañana cuando él se va, ella se encuentra con un ex novio con el que solo convivió unos meses en París, pero del cual sigue tan enamorada como al principio. Ves los distintos tipos de infidelidad, la física y la sentimental...

—Vaya —habló visiblemente incomodo—. Parece que está bien la peli...

—Sí, no está mal.

—¿Quién cae antes? —Preguntó sonriéndome. Levanté una ceja y se dio por respondido—. Vaya, debería habérmelo imaginado.

—Sí —sonreí—. Aun así, en verdad, lo de él es algo físico, sin significado. Sin embargo... lo de ella, es emocional; no sé cuál de los dos engaños es el peor.

—¿Está claro, ¿no? —nos miramos—. Es muy duro no poder estar con la persona que uno ama Jacqui; y a veces, esas situaciones te hacen comportarte como jamás pensaste que harías. Fallando incluso a tus propios principios. Es casi imposible resistirse y aunque lo hagas, aunque no cometas la infidelidad físicamente, no te quita culpabilidad; pues la emocional es la que cometes con más intensidad. Le miré en silencio durante unos minutos... ¿Qué podía decir

ante aquellas palabras?

—Me llamo Zack Bagans, nunca había creído en fantasmas, hasta que me encontré de cara con uno —le dije levantando las cejas— y enfaticé el ¡uno!

Se echó a reír y me sorprendió. Por unos momentos pensé que le sentaría mal que reaccionara así ante un comentario tan profundo, pero me había descolocado tanto que apenas podía pensar. —¿Me acabas de llamar fantasma?

—Como mucho serías un ente residual...

Se echó a reír otra vez y me pareció oír música celestial. Se acercó a mí y pasó su brazo por mis hombros arrastrándome hacia él, dejé descansar mi cabeza en su pecho y sentí su corazón, en ese mismo momento supe que sería prácticamente imposible no lanzarme sobre él... hasta empezó a sonar mi móvil, que me provocó un susto de muerte. —¿Sí?

—Enana, soy yo.

—¿David?

—El mismo.

—¿Y este número?

—De la dama de rojo...—oí unas risitas y supe que era ella.

—Mmm... —sonreí —¿Me llamas desde su móvil por algún motivo?

—Me he quedado sin batería, y quería decirte que estaba bien.

—Ah —miré a Klaus, que me miraba con el ceño fruncido— Va., vale gracias David.

—Y también...—intuí que sonreía—. Necesito que me hagas un favor.

—Ya decía yo, ¿Qué quieres?

—Me dejé una chaqueta en tu casa, allí están mis llaves de casa, ¿podrías dejarlas en mi despacho? O espera a que te llame y me las traes a mi casa y de paso te invito a café y hablamos ¿Qué te parece?

—Bien, ¿y cuándo será eso?

—No lo sé aun —carraspeó—. Puede que en unos días. —Vale perfecto, avísame y allí estaré.

—Gracias enana.

—Adiós, Romeo.

Colgué la llamada sonriendo y me topé con la mirada de Klaus; todo humor desapareció de mi cara.

—Lo siento —agaché la cabeza a modo de disculpa—. Era David.

—Ya lo sé, se te nota en la cara cuando hablas o estás con él. —¿Se me nota en la cara?—le miré sorprendida—. Pero ¿Qué dices?

—Lo que oyes —se cruzó de brazos.

—Klaus, yo...

—¿Tienes algo con él? —Me miró de nuevo—. En serio Jacqueline, de verdad, necesito saberlo.

Le mire fijamente, estaba incorporado en el sofá con los brazos cruzados y visiblemente tenso.

—Klaus... —dije de nuevo—. Ya te lo dije, no tengo nada con David, de verdad. —Me senté a su lado. —Mírame—. Clavó sus ojos azules preciosos sobre mí—. David y yo solo somos buenos amigos, le quiero un montón, pero no cómo crees... ¿Por qué piensas que tengo algo con él?

—Por cómo os tratáis, por cómo os miráis, bueno... —rectificó parpadeando—. Por cómo te mira él; y además tenéis una complicidad... —Se encogió de hombros—cualquiera que os observara, lo pensaría.

—Klaus. —Me recosté en el sofá, él me imitó—. No te voy a negar que David y yo tenemos una amistad especial desde hace cinco años. No niego que no hayamos intimado... Pero eso ya está más que olvidado. —Mentí un poco, y juré porque Klaus no lo notara—. Él fue muy importante para mí, y lo sigue siendo.

Me miró durante unos minutos casi sin parpadear, se mordía el labio nervioso y a mí me producía amagos de infarto... —¿Cómo se portó cuando pasó todo aquello? Cuando te fuiste... —dijo en un hilo de voz, y tragué saliva.

—Bien. —Miré al techo—. La verdad que... genial —bufó y frunció el ceño—. Si lo conocieras, no te caería mal.

—Permíteme que lo dude.

Miré a otro lado negando con la cabeza, aquello sería demasiado pedir.

—Él me ayudó, Klaus. Aquella tarde, cuando salí de tu piso... —Le miré fijamente—. Estaba realmente destrozada, así que le llamé. Acudió en menos de cinco minutos. Al principio no estuvo de acuerdo con que me fuera, y más tan precipitadamente, pero lo terminó aceptando y estuvo conmigo; incluso quería avisarte de que me iba, cosa que le prohibí. —parpadeó sorprendido—. Me acompañó a la estación, se encargó de explicarle todo a Dana. La ayudó con el piso, con el cambio de nombre y todo eso. Y tres semanas después, vino a Francia y pasó dos semanas conmigo. Yo estaba que parecía un zombi. Me llevó de sorpresa a Ámsterdam unos días para que me despejara y cuando fijé mi residencia a las afueras de Paris, me visitó varios fines de semana y todo eso lo hizo sin haber sexo entre nosotros. Fue mi amigo, Klaus;

incluso cuando era borde con él, él estaba ahí... incansable. —Sonreí—. Será un golfo, un sinvergüenza y todo lo que quieras, pero es muy buena persona y un amigo increíble. —¿Viviste en Francia mucho tiempo?

—Un año.

—Vaya, no lo sabía... —Se rascó el pelo.

—Allí escribí El cielo sin luna.

—Guau. —Me miró—. Hay tantas cosas que no sé de ti...

Su mirada me lo dijo todo. Se sentía mal por haberse perdido partes de mi vida, pero yo me sentía igual. Quizá nos habíamos perdido partes esenciales de nuestra vida, pero aun así yo le había tenido muy presente.

Poco después, ambos nos fuimos a mi dormitorio. Apenas hablamos, cosa que agradecí. Me sentía tremendamente agotada por todo lo acontecido en el día, y por si aquello no fuera suficiente, me había empezado a doler la cabeza. Puso sus labios en mi frente y luego soltó una grosería... tenía fiebre; así que me acurrucó en su pecho y me obligó a dormir. Para mi sorpresa no tardé más de media hora en perderme en su pecho y en su perfume, de vez en cuando notaba como me tomaba la temperatura y resoplaba, luego dejé de estar consciente; aunque soñé con sus ojos, y con su sonrisa.

Una suave y tenue luz iluminaba un poco la habitación, estaba amaneciendo, Klaus estaba de lado con su brazo por mi pecho, me tenía aferrada a él. Parpadeé varias veces, y me restregué los ojos, él se movió un poco y me quedé quieta para evitar que se despertara, estaba tan guapo dormido... Poco después. se dio la vuelta y siguió respirando profundamente. Me dolía horrores la cabeza, así que me levanté sin hacer mucho ruido. Unos minutos más tarde volvía a la habitación con un vaso de leche y una aspirina para el dolor. Klaus se había vuelto a girar en la cama y buscaba algo con la mano, sonreí al verle, pero no se despertó, tenía la boca entreabierta y le asomaban los dientes... ¡Dios!, estaba tremendamente dulce.

Sin esperarlo sentí un leve mareo y corrí a sentarme en uno de los sillones que tenía en la habitación, que quedaba justo frente a él, tenía vista panorámica de la mejor obra de arte del mundo «Klaus». Me toqué la frente y estaba ardiendo, tanteé la mesa que tenía cerca sin levantarme, hasta que di con el termómetro y con una libreta y un bolígrafo. Cogí ambas cosas y me acomodé, me puse el termómetro digital debajo de la axila, y empecé a garabatear la hoja de la libreta con cosas sin sentido. Klaus dio un breve suspiro y le miré, sin saber por qué el corazón me latió desbocado, puse una hoja en blanco y el bolígrafo sobre ella...y simplemente escribí.

«Hola querido amigo.

Ahora duermes, y yo te observo amparada en la débil luz del amanecer. No puedo creer que estés aquí, en mi cama, y vestido, merezco un premio por ello. Te escribo lo que no me atrevo a decirte, porque no puedo, y porque no debo.

Aun así, no puedo más. No puedo seguir fingiendo que no siento nada, y sé que no es lo correcto, porque no eres libre, porque no eres mío, pero ¿quién soy yo para negarme un sentimiento? Saber que no puedo ilusionarme tan siquiera, me está matando por dentro ¿Qué puedo esperar? ¿Que la dejes y vengas corriendo a por mí? Vivo en un mundo de fantasía, cierto, pero ¿Qué sería yo sin fantasía? Odio verte rodeado de gente, porque odio la máscara de cortesía que usamos para fingir que no pasa nada. Falsa, me siento falsa por anhelar tocarte y no hacerlo, girar la cara mirar a otro lado, cuando lo único que quiero es mirarte a ti, sonreírte, pero no debo... No está bien. Tu vida no está unida a la mía; eres de ella, a la que envidio tanto que me duele ¿En qué me he convertido? En un alma que te desea, no importa donde, no importa cuando.

¿Quién soy? Una guerrera en lucha continua, ¿pensarás en mi cuando la distancia nos separa? ¿Cuándo otros labios te acarician? Me aterra darme cuenta de que me da igual el mundo, perdámonos en este tránsito que llamamos vida.

Si tú supieras lo que esconden mis miradas, mis pocas palabras y mis pensamientos... ignorar tu existencia, arrebatarme años a mi alma ¿Dónde me llevará todo eso?

Y es triste saber que, aunque no seas mío, aunque duermas con otra persona noche tras noche, yo sigo aquí, esperando por ti, hasta que mi alma diga basta. Perdona mi cobardía por ser incapaz de rogarte que no te vayas nunca.»

Resoplé al ver lo que había escrito; hacía meses que no me salía nada tan profundo. Cerré la libreta y la dejé en la mesa. Me quité el termómetro y casi me caigo, tenía 39.5. me desnudé quedándome en camiseta de tirantes y braguitas. Cuando levanté la mirada, me encontré con sus ojos abiertos... me recordó a una pantera, y pese a lo mal que me encontraba, me humedecí.

—Tengo 39.5 —susurré.

—Dios mío. —se incorporó—. ¿Quieres que te traiga una pastilla?

—No, ya me la he tomado.

—¿Y por qué no me has despertado? —Cruzó sus brazos—. Se supone

que estoy aquí para cuidarte.

—Lo siento, dormías tan a gusto...

Me encogí de hombros y me sonrió, dio varios golpecitos en la cama y entendí su señal, me metí en ella, a su lado, él se recostó de nuevo haciendo que apoyara mi cabeza en su pecho. Acariciaba mi pelo y con la otra mano el brazo que tenía rodeándole la cintura. Puede que fuera por la fiebre o porque estaba otra vez en sus brazos, pero me dormí.

No sé qué hora sería cuando abrí los ojos, pero estaba sola en la cama y me extrañó. Durante unos segundos me aterrorizó con la idea de que todo hubiese sido un sueño, me incorporé y vi que la habitación estaba a oscuras, tanteé hasta dar con la lamparita. Cuando encendí la luz miré mi reloj y casi me caigo, eran las siete de la tarde. Toqué mi frente y comprobé que la fiebre había remitido, aunque me sentía algo mareada, y con bastante apetito.

Cuando me levanté de la cama, me enfundé en el pijama de nuevo. Me asusté cuando pensé que, quizá, Klaus ya se habría ido, pero me tranquilizó ver su mochila al lado de la puerta entre abierta, cuando me acerque a ella oí el leve sonido de la televisión. Fui al baño y me aseo todo lo que pude, sin hacer demasiados milagros, —todo había que decirlo— y me dirigí al salón.

Desde la segunda planta pude ver la impresionante espalda de Klaus, tenía unos de los cojines apretados en su pecho con sus dos brazos, parecía algo tenso, bajé con cuidado dos escalones y entonces vi porque era; estaba viendo uno de los capítulos de Buscadores de fantasmas, en concreto uno de la segunda temporada. Me los sabía de memoria, me tapé la boca para evitar que me oyera sonreír, bajé los escalones con muchísimo cuidado para no hacer ruido. Él parecía tan absorto en la historia, que no oía ni el crujido de mis pies en el suelo, caminé y me puse detrás de Klaus. Durante unos momentos pensé que se había dado cuenta y lo estaba haciendo a propósito, cuando vi que resoplaba al escuchar unas sicofonías supe que ni se había percatado de mí ¡Menudo sexto sentido! Sonreí al ver un plano corto de Zack Bagans, ¡Ains! ese hombre me volvía loca. Posé mi mano en su hombro y dio tal grito y tal brinco que casi me muero yo del susto.

Me miró horrorizado con la cara descompuesta por el miedo pero ¿y esto? Segundos después estaba sosteniéndome el estómago y haciendo verdaderos esfuerzos por no caerme al suelo de la risa, me faltaba el aire, me dolía el estómago y la boca; pero aun así me era imposible parar, me cayeron lágrimas por toda la cara.

—¡Dios mío Jacqueline! —habló, aunque no podía verle—. ¡La madre

que te parió! —seguí carcajeándome unos minutos más—. Bueno... ¡Ya está bien! Tampoco tiene tanta gracia.

—¿Qué no? —Me sequé las lágrimas volviendo en mí—. Eso es porque no te has visto la cara.

—¿Cómo se te ocurre tocarme el hombro así?

—¿Cómo que así? Solo quería avisarte de que estaba despierta.

—¡Y una mierda! —dijo levantándose, sacando el DVD y metiéndolo en la caja.

—¿No decías que eran malísimos?

—Y lo son.

—Ya... —sonreí irónica—. Ya lo he visto.

Ignoré su mirada y fui hacia la cocina, fue cuando me quedé de piedra al ver un enorme ramo de rosas blancas encima de la isleta, sentí la presencia de Klaus en mi espalda.

—Pero ¿esto qué es? —pregunté tapándome la boca.

—Las han traído esta mañana. —Se pasó la mano por el pelo—. Venía con una nota—le miré—. No la he leído, palabra.

—Tranquilo, si no pasa nada.

Caminé hacia ellas ensimismada, ya no solo por el perfume cautivador que estaba adueñándose de mi casa, sino por la majestuosidad de aquel ramo de flores blancas, inmenso, precioso, casi hipnótico, de una pureza increíble y tan notoria que casi podía sentirlo. Cogí la tarjeta y vi que Klaus había dicho la verdad, lo abrí con sumo cuidado.

«Espero que hayas pasado una buena noche, yo he pensado en ti, espero que estés bien... A.»

—¿De quién son?

—De Aníbal— sonreí.

—¿Te manda flores el día después de dejarlo? —Me di la vuelta ante el tono de su voz.

—No te has leído nada de él, ¿verdad? —Negó con la cabeza—. En uno de sus libros, el protagonista le manda a su ex amante un ramo de rosas blancas, una rosa por cada vez que la ha pensado.

—Vaya —Arqueó una ceja escéptico—. Capullo... —Klaus...

—Lo siento. —se pasó las manos por el pelo—. Perdona, hay veces que no me puedo contener, así que ayer ¿se acordó de ti cincuenta veces?

—Bueno, hay cincuenta rosas... —sonreí de nuevo.

Sonó su teléfono móvil y di las gracias al cielo por la interrupción, Klaus

se fue hacia la otra punta del salón y supe porque, era Ana. Diez minutos después volvió hacia mí.

—¿Está bien? —pregunté.

—¿Quién?

—Klaus... sé que te ha llamado Ana.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó nervioso—. Podría ser mi madre, o mi jefe.

—Por la cara de estreñido que pones. —sonreí, pero a él no pareció hacerle gracia, aun así, me dio igual, caminó hasta apoyarse en la isleta cruzándose de brazos.

—¿Cómo vas de la fiebre? —Puso su mano en mi frente—.

Parece que ya no tienes —Asentí sonriendo y él me imitó, fue cuando tuve que agarrarme para no caerme, me derretía la forma en la que sonreía, aunque si bien lo pensaba ¿Qué no me derretía de Klaus?

Poco después, pasó sus dedos de la frente a mis pómulos, y los bajó hasta detenerse en mis labios—. Eta mañana aun tenías. —Me acarició el labio inferior con el pulgar—. Pero ya estás bien, me alegro, pequeña ¿Tienes hambre?

—Bastante.

—Pues ve al sofá y siéntate, haré algo para cenar. Sin poder contenerme ni un segundo más, me lancé a sus brazos y, para mi sorpresa, parecía sorprendido ante mi efusividad. No pretendía besarle, aunque si Klaus se hubiese lanzado, no me habría apartado. Me correspondió el abrazo para poco después soltarme y darme un tierno beso en la frente. Después se dirigió a la cocina y empezó a moverse ágilmente por ella, parecía que hubiera estado allí mil veces, porque en ningún momento me preguntó dónde se encontraban las cosas. Miré el sofá que me resultaba tentador, pero opté por darme una ducha; quizá eso evitara que me subiera la fiebre y acabara lanzándome en plancha sobre su cuerpo.

Desnuda, debajo del agua caliente, respiré; me di cuenta lo tensa que estaba cuando Klaus estaba a mi lado, ya que no podía ser yo misma al cien por cien. Quizá su compañía solo me haría más daño, pero... hay cosas que no puedes, y no quieres, evitar. Cuando estuve de vuelta en el salón bastante más renovada, me encontré con la cena ya preparada y servida en la isleta de la cocina. Él estaba sentado con una copa de vino mirando a la nada, quizá debería haber dicho algo, pero solo podía mirarle.

—Hola. —me sonrió—. Qué guapa te has puesto.

—¿Guapa? Solo es ropa vieja, Klaus.

—Pues te sienta genial la ropa vieja, Jacqueline. Me di cuenta de que mi cara era del color de la sangre, ya no solo por lo evidente, sino por la sonrisa de autosuficiencia que iluminaba la cara de Klaus. Di unos pasos y me senté frente a él.

—Te gusta sacarme los colores ¿Verdad? —fruncí el ceño. —No lo hago aposta.

—Ya, claro...

—¡Vamos, mujer! —Me sonrió—. Eres tú, que últimamente te da vergüenza todo lo que te digo.

Negué con la cabeza sonriendo, quizá tuviera un poco de razón. Poco después me centré en la rica cena que me había preparado ¿desde cuándo cocinaba así? Cenamos en un riguroso silencio; nos sonreíamos de vez en cuando, cuando nuestras miradas se cruzaban, y cada vez que eso ocurría mi corazón latía desbocadamente, le adoraba... y eso dolía mucho. Terminamos de cenar y decidí recoger la cocina, mientras guardaba los platos y vasos, miré de soslayo a Klaus que miraba divertido algo en su ordenador. Estaba sentado en la gran mesa de cristal dándome la espalda, fui hacia él y me intuyó. Se dio la vuelta y casi se me sale el corazón de la boca.

—¿Qué estás mirando? ¿Qué te hace tanta gracia? —pregunté apo yando mis manos en sus hombros.

—Fotos, de la boda de Laura.

—¿Puedo verlas? —pregunté entusiasmada.

Me sonrió de nuevo enseñándome toda su perfecta y blanca dentadura.

—Claro que sí, pequeña. —Se levantó de la silla que luego me ofreció—. Siéntate, he grabado un Cd de música ¿puedo ponerlo? —Claro que sí —le miré sonriendo como una boba—. Estás en tu casa.

Mientras miraba con atención las fotos, Klaus se movía por el salón, me estaba riendo con ganas por unas fotos, cuando escuché la voz de Tony benett y Sheryl Crow cantando «the Girl i love». Sonreí al escuchar su melodía, no era un secreto que Tony era uno de mis favoritos, la canción hablaba sobre el amor hacia una chica, a la que ama más que a nada en este mundo; «...Cada minuto a su lado es como el cielo para mí.» Con esa clase de música, si cerraba los ojos, me podía ver a mi misma dentro de una comedia romántica Americana, de esas que te hacen creer en el amor. En mi imaginación, dos enamorados bailaban rodeados de gente y luces doradas, pero para ellos no había nadie más.

Me di la vuelta y vi a Klaus oliendo las flores, las preciosas rosas blancas, me miró y de repente esa electricidad tan impresionante que nos solía envolver, hizo acto de presencia. Sacó una rosa de tallo largo del jarrón y caminó hacia mí mientras olía la rosa mirándome fijamente; tuve que tragar saliva y parpadear varias veces para sentir que estaba viva, y que no era un sueño. Cuando lo tuve frente a mí, se quedó quieto, sin moverse un ápice, incluso era difícil apreciar si respiraba o no, extendió la rosa y con ella me acarició la frente haciéndome cosquillas, siguió su recorrido por la nariz, hasta mis labios... y la detuvo allí acariciándolos con los suaves pétalos. De repente, sonó una canción que me erizó la piel, «Endlees love», de Lionel Richie y Dianna Ross, me colapsaron el alma.

Klaus se dio cuenta y llevó la rosa por mi cuello hacia mi hombro y la bajó recorriéndome todo el brazo hasta el dorso de la mano, la detuvo allí, dando suaves golpecitos, entendí que era lo que quería, y me levanté.

Amaba esa canción, ¿y quién no? Tendió su mano izquierda y la acepté, tiró de mí y nos movimos hasta quedar cerca de donde estaba el Cd. Dejó la rosa en la pequeña mesa de cristal y me cogió por la cintura arrimándome a él. Posé ambas palmas de las manos en su pecho y alcé la cabeza para mirarle mientras nos movíamos. Me encantaba el sonido del piano de aquella canción, la bailamos mientras la letra me calaba hondo. En aquel momento, con los ojos humedecidos y perdidos en la mirada penetrante de Klaus, me moví en una danza maravillosa.

«... Mi amor, eres lo único en mi vida, lo único brillante, mi primer amor.

Eres cada respiro que tomo, eres cada paso que doy, y yo quiero compartir todo mi amor contigo, nadie más lo hará, y tus ojos...

Tus ojos... me dicen cuánto te importo.

Tú siempre serás mi amor eterno, dos corazones que laten como uno solo...» Sin quererlo unas lágrimas recorrieron mis mejillas, intenté ocultarme en el cuello de Klaus para que no las viera, pero fue inútil, me detuvo secándolas con sus pulgares, mientras lo hacía me miraba los labios. Sabía que deseaba besarme, pero se contenía... ¿Por qué? Antes de darme cuenta, la canción ya había terminado, aunque los primeros acordes de otra que reconocí al instante, me hicieron soltar una pequeña risotada.

—¿Take my breath away?—Pregunté sonriendo—. ¿En serio? Se encogió de hombros mientras sonreía mirando el techo. —Se lo que te gusta Tom Cruise. En esta peli... —volví a sonreír, y él también. La verdad que hacía

mucho tiempo que no veía Top Gun.

«...Observando cada movimiento, en mi absurdo juego de amantes, en este océano infinito, finalmente, los amantes no conocen la vergüenza, dando vueltas y regresando al interior de algún lugar secreto, mirando como lentamente te das la vuelta, y dices; “quítame la respiración”...

“Quítame la respiración.»

No supe si había sido por el significado de la canción, por tener a Klaus tan cerca o por recordar una de las escenas de sexo de la película y al espectacular Tom Cruise... No lo sé, solo sé que el corazón se me disparó de una manera alarmante, y aquella electricidad me invadió haciendo que me quedara quieta sin poder hacer nada que no fuera mirar fijamente a los preciosos ojos de Klaus, que me miró torciendo la cabeza.

—Quítame la respiración —susurré.

—¿Qué? —preguntó abriendo los ojos de par en par. —Quítame la respiración —dije esta vez con algo de más fuerza en la voz.

Me soltó sin apartar los ojos de mí, yo apenas podía respirar, el corazón me retumbaba en los oídos, y sentía mil mariposas en el estómago. Mientras me perdía en la canción, que debía estar en modo repetición; o quizá esos segundos se me estuvieran haciendo eternos...

—Quédate muy quieta —susurro moviéndose.

Asentí mientras cerraba los ojos y aprovechaba para lamerme los labios que los tenía secos; a decir verdad, sentía toda mi boca y garganta seca ¿Qué me hacía ese hombre? Al abrir los ojos sentí como tiraba de mi camiseta, así que levanté los brazos para facilitarle el trabajo. Poco después me moví para que pudiera quitarme los pantalones, él no rozaba mi piel, ni siquiera un poco y eso me volvía loca, una vez desnuda, y temblorosa le miré, él recorrió mi cuerpo con sus ojos, y creí morirme. Caminó hacia un lugar que no vi, pues cerré los ojos para coger aire y sin esperarlo, lo sentí a mi espalda y me retorcí, apoyé mi cabeza en el hueco de su cuello, aunque no podía verle notaba su tensión... justo en aquel momento y muy suavemente sonó «I don't Want to miss a thing» de Aerosmith; la canción que ponía banda sonora a la película Armagedón. Sonaba débilmente, imaginaba que Klaus habría bajado el volumen, de repente vi sus manos aparecer, con una me rodeó la cintura, y con la otra me acaricio con algo muy suave la pierna, miré su mano y vi que llevaba la rosa. Puso sus labios en mi oído y cerré los ojos al sentir el contacto de su piel. Pasó aquella rosa por mi pierna subiendo por mi sexo... Sin más paró y me movió hasta que quedé frente a él, con la respiración

entrecortada. Volvió a levantar la rosa y la posó en mi frente, para después bajarla por la nariz hasta mis labios de nuevo, por la barbilla hasta la garganta, cerré mis ojos y levanté mi cabeza para dejarle vía libre. Llevó aquella rosa por mi esternón acelerándome la respiración. Yo, mientras, apretaba los puños y luego abría las manos para expulsar la tensión de mi cuerpo. Mi pecho se hinchaba y deshinchaba ante su tacto con aquella rosa. Cuando quise darme cuenta acariciaba mi pezón, me puso toda la piel de gallina y aquello solo lo animaba a seguir con su hazaña; bajó por mi estómago dejándome extasiada... en aquel momento yo era débil, susceptible y, si me apuras, de goma; y para empeorar mi estado sonó la canción de la película «Ghost» Me mordí los labios intentado retener las lágrimas.

Pero era demasiado tarde, supe que estaba llorando cuando Klaus me agarró y me levantó en el aire mientras sonaba la canción, transportándome a otro mundo, en el que solo estábamos él y yo. Me posó en el sofá y se desnudó rápidamente, se puso encima y sin despegar los ojos de mí, por fin, me besó suave y dulcemente, como si quisiera lamer cada parte de mi boca. La música elevaba todo lo que sentía, llevándolo a la categoría de extraordinario, nuestros movimientos iban al ritmo maravilloso de esa canción...

«...oh mi amor, mi querida... He tenido hambre de tus caricias, durante un largo y solitario tiempo, el tiempo se va, tan lentamente, y el tiempo puede hacer mucho, tú... ¿sigues siendo mía?»

Justo al terminar esa frase, se hundió en mí, haciéndome estremecer. No parpadeó ni siquiera, seguía con los ojos fijos en los míos, mientras empezaba a moverse, segundos después los cerró y me besó de nuevo.

«...Necesito tu amor, necesito tu amor... que dios envíe tu amor hacia mí, los ríos solitarios fluyen hacia el mar, a los brazos abiertos del mar, los ríos solitarios suspiran. Espera por mí...

Espera por mí...»

—Espera por mí —susurró besándome el lóbulo de la oreja. En aquel momento yo estaba en el paraíso, se movía a un ritmo frenético y suave a la vez; besándome los labios, las mejillas, el cuello, y de nuevo los labios... Haciéndome perder en un mar de sensaciones, siguió moviéndose hasta que los primeros vestigios del orgasmo empezaban a hacerse notorios, él se tensó y poco después ambos alcanzamos el clímax.

Había pasado media hora y aun éramos incapaces de mirarnos. Era la primera vez en mi vida que había hecho el amor así. Jamás podría describir, ni aunque mi vida dependiera de ello, como sus caricias me hicieron sentir.

Había calado todo lo hondo que podía, y ahora me sentía tremendamente vulnerable. Pese a que no nos mirábamos, él me tenía agarrada por la cintura y me besaba la nuca, yo miraba a la nada deseando perderme en su cuerpo otra vez.

—¿Quieres irte a la cama? —pregunté en un hilo de voz.

—No —susurró—. Me gustaría quedarme aquí, si no te importa.

—Claro que no.

Me levanté sonriendo y vi cómo me miraba, fui hacia el sillón de leer y cogí de allí mi manta con estampado de vaca favorita, y me volví al sofá donde Klaus me esperaba desnudo, me tumbé y nos cubrí a ambos. Sentirme cubierta y pegada a él era gloria bendita.

—Te has dejado la luz.

—Tranquilo —sonreí—. Se puede apagar desde aquí. —¿Cómo?

—Solo tienes que dar una palmada.

Me miró sonriendo y negó con la cabeza.

—¿Me estás timando?

—¡Uy! —Fingí disgusto—. Claro que no, prueba y verás.

Aunque al principio me miraba sin acabar de creérselo, dio una palmada y nos quedamos en una oscuridad interrumpida suavemente por la luz de las farolas de la calle.

—¡Qué pasada! —dijo entusiasmado, lo que me provocó la risa. Intenté parar para que no se diera cuenta, pero ver su cara de niño ante aquello, me pudo. Comencé a reírme con fuerza hasta que sentí como me zarandeaba—. ¿De qué te ríes?

—De nada —dije como pude.

—Ya, claro... suéltalo. —Volví a reírme con ganas y como pude le di al pequeño mando que tenía oculto en mi mano y volvió a encenderse la luz—. ¡La madre que te parió!

—Lo siento. —Estallé en risas otra vez.

—Estás tú muy bromista últimamente, ¿no? —empezó a sonreír.

—Es que pensé que no te lo ibas a creer —murmuró divertido y sonreí.

Apagó de nuevo la luz y me apretó a él, poco después caí dormida. No sé qué hora sería cuando un ruido me despertó, estaba sola en el sofá, aunque el hueco de Klaus seguía caliente, había un olor familiar en el ambiente, y la lamparita del rincón de leer estaba encendida, me levanté y empecé a buscar a Klaus por el salón y la cocina... Pero no había rastro de él, miré hacia la segunda planta de donde provenían los ruidos que ahora se habían acallado.

—¿Klaus? —levanté la voz, pero no tuve respuesta. Quizá se estuviera duchando, miré de nuevo el sofá sintiéndome tentada a volver y taparme hasta los ojos, pero la necesidad de sentir a Klaus a mi lado se iba haciendo cada vez más notoria. Así que, con cuidado subí las escaleras, aún me notaba algo adormilada, cosa que cambió en el momento en el que me di cuenta de que toda la segunda planta estaba a oscuras, tragué saliva ¿Dónde estaba Klaus? —Klaus, ¿estás aquí?

Pero no tuve respuesta, caminé un poco más adentrándome en el oscuro pasillo, pero no parecía haber nadie, ya me estaba empezando a poner muy nerviosa cuando sentí algo detrás de mí, me di la vuelta y una figura negra con algo que le cubría la cara estaba frente a mí. Hubiera querido gritar, pero estaba paralizada... Empezó a entrarme una angustia tremenda, si esa cosa esta aquí, ¿Dónde estaba Klaus? y lo que es peor... ¿estará bien? Quería gritar, pero no podía, necesitaba saber dónde estaba Klaus.

Ya estaba empezando a pensar lo peor, cuando esa sombra dio un paso hacia mí, sin pensármelo eché a correr hacia mi habitación para poder encerrarme y llamar a la policía, pero aquella sombra fue más rápida y me cogió en volandas cuando estaba a pocos metros del teléfono. Pataleaba, pero no me servía de nada, esa cosa me tenía cogida por la cintura y levantada del suelo, como si no pasara nada. La idea de que a Klaus le había pasado algo se intensificó; si hubiera estado bien, ya habría venido. Pataleé con más fuerza, aquella sombra olía a disolvente, cosa que me hizo sentir náuseas —¡Klaus! —grité desesperada.

—Shhh —murmuró en mi oído, poniéndome la piel de gallina.

Empezó a caminar conmigo a cuestas llevándome a mi pequeño estudio, la habitación más apartada de la casa.

—¿Dónde está? —Me removí y él apretó su agarre—. ¿Dónde está Klaus? —Lo oí gruñir, fuera quien fuese, sabía quién era Klaus—. Por favor... —empecé a llorar—. Déjale que se vaya, quédate conmigo, haré lo que me pidas, pero por favor ¡Deja que se vaya! Justo en la entrada de mi estudio me dejó en el suelo y me metió dentro de un empujón. Estaba a oscuras y tuve que hacer esfuerzos por recordar dónde había dejado el bate de béisbol de Dana; pero no podía pensar, estaba bloqueada, nerviosa, y desnuda. Cuando esa figura pasó dentro de la habitación torció la cabeza en un gesto que me resultó bastante familiar, tuve que apretar los labios y contener la rabia «hijo de puta.» Sin darme la vuelta di varios pasos hacia atrás, simplemente quería atraerle a la zona iluminada por las luces de la calle, solo tendría que mirarle

un poco para saber si era o no era él, cuando se acercó lo suficiente como para ver el contorno del cuerpo resoplé. —¿Quién eres? —Solo había silencio —¿Eres Dominic? —La sombra se tensó—. ¡La madre que te parió! —Exclamé irguiéndome, recobrando la tranquilidad y paseándome por el estudio, la sombra seguía medio oculta—. ¿Dónde está el chico que estaba aquí? —Torció de nuevo la cabeza—. ¿Está bien? —Vi como la sombra asentía, y le di la espalda para evitar que me viera reír—. No puedes aprovecharte de mis fantasías ¡Joder! —exclamé—. Al menos no sin avisarme ¿Has visto que susto me has dado? ¡Casi me muero! —Me mordí el labio—. No te di las llaves para esto... pero por ser tú, haremos una excepción. —Cogí papel, bolígrafo y escribí una nota que luego doblé y le entregué—. Ten, para cuando te ofusques. —Cogió la nota y, aunque no podía verle, notaba que irradiaba tensión. Sin más me senté en el escritorio y me abrí de piernas dejando todo a la vista—. Vamos Dominic... como tú sabes.

La sombra seguía amparada en la oscuridad, y yo estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no partirme de risa en su cara; pero si quería darle una lección debía permanecer impassible. De repente la sombra se movió y encendió la luz haciéndome parpadear. Cuando pude ver bien Klaus se había quitado lo que fuera que llevara en la cara, y me estaba mirando con sus ojos modo; «¡Odio a todo el mundo!»

—Klaus...—susurré abriendo los ojos de par en par. —¿Dominic?— Gritó—. ¿Quién coño es Dominic?

—Yo, yo pensé que tu...

—¿Que me había ido? ¿Esto es lo que haces cuando estás sola? ¿Follarte otros tíos?? ¿Y de esta manera? Eres una...

—¡Para! —Él se tensó de nuevo y salió por la puerta como alma que lleva el diablo; yo simplemente me crucé de piernas y sonreí—. ¡No olvides la nota! —Fue entonces cuando dejé de escuchar sus pasos. Cinco minutos después apareció en el umbral de la puerta con la nota en la mano y visiblemente enfadado—. Cariño, cuando tú vas...yo vengo de allí. —dije sonriendo.

—¿Cuándo has sabido que era yo?

—Cuando has torcido la cabeza. —Resoplé— ¿Tú sabes el susto que me has dado?

Eché la cabeza hacia atrás riendo.

—Te puedo asegurar, que menos que el que tú me has dado a mí. —Se cruzó de brazos y a mí se me paro el corazón—. Dominic... Me eché a reír.

—¿Qué haces así vestido? —pregunté levantándome del escritorio.

—Ya lo verás. —Me miró con esos ojos despiadados que tanto me ponían—. Pero ahora... —dijo apagando la luz—. Corre. —Klaus —susurré sonriendo.

—He dicho que corras...

Sin más salí disparada del estudio, todo estaba a oscuras salvo el salón, pero no me daría tiempo a bajar. Me metí en mi habitación y me escondí, pocos segundos después escuché los pasos de Klaus buscándome.

—Reza para que no te encuentre, pequeña... —hablaba lo suficientemente alto como para que lo escuchara.

Apreté los labios para evitar echarme a reír, segundos después lo vi entrar en mi habitación, contaba con una ligera ventaja y es que pese a la oscuridad sabía dónde estaban las cosas y podía moverme con mejor agilidad que él. Klaus pasó por mi lado, pero ni siquiera intuyó que estaba. Cuando se metió en el vestidor, salí disparada para poder bajar al salón, pero antes de estar completamente fuera de la habitación, una fuerza tiró de mi hacia el interior de nuevo, di un pequeño grito seguido de carcajadas.

—Oh nena, mira que te lo he advertido —dijo mientras me dejaba caer en el suelo.

Encendió una pequeña lamparita y vi que se había desnudado ¿Por qué dejaría de jugar al escondite? Después de una hora haciendo el amor en el suelo como dos adolescentes desesperados; me dejé caer sobre su pecho, sonreía como una idiota y no podía dejar de mirarle, ¿Sentiría todo el mundo la misma pasión que yo sentía por él? Luego pensé por un instante lo que sería vivir sin aquello, y un nudo en el estómago empezó a hacerse grande.

—¿Quieres ver lo que he estado haciendo? —preguntó sacándome de mi ensoñación.

—Claro.

Se incorporó y se quedó de pie ante mí. Era un auténtico dios, mi dios particular; mi dios inseguro y tremendamente imponente. Me ayudó a ponerme de pie, y besó mi mano con dulzura, me derretí al instante.

—Lo que sea que hayas hecho, ¿lo has hecho en el salón?

—Sí.

—¿Y no me he enterado?

—A veces tienes un sueño muy profundo.

—Ya veo...

Caminamos un poco más y me dejó frente a la pared donde tenía las

frases.

—Espera aquí. —Fue hacia el interruptor, ya que con la débil luz de la lámpara de leer, no se veía nada. Cuando se iluminó tardé unos segundos en poder saber dónde tenía que mirar, busqué con la mirada algo nuevo, de repente caí de rodillas—. No lo toques... —Se agachó a mi lado—. Aún está algo húmedo.

Le miré y miré de nuevo la pared, hice fuerza por no emocionarme, pero fue inútil, ahí, en mí pared y con su preciosa letra había escrito, «Estaré hasta cuando ya no me tengas, y te tendré, aunque no te posea...»

—Perdona si te llamo amor.

—Sé que te gusta mucho ese libro.

—Sí. —Le miré—. y me encanta esta frase, y su significado, aún más. — Me miró, pero no dijo nada más—. Gracias.

—No me las des.

Ambos nos sonreímos, poco después se levantó y tiró de mí hacia el sofá y nos resguardamos del frío. Cayó en un profundo sueño mientras me aferraba a él y en ese instante, lloré, llore por alegría, por felicidad y por pena... pues sabía que él sería mío; hasta que llegara Ana, y no estaba preparada para decirle adiós, porque ahora más que nunca, sabía que no podía vivir sin él.

6

Sentía en mis ojos la claridad que entraba por la ventana, pero me resistía a despertarme, había estado prácticamente toda la noche mirando a Klaus mientras dormía, pensando sin parar en qué pasaría una vez saliera por la puerta de mi casa para regresar a su vida real. Tenía la cabeza cargada, y me notaba tremendamente agotada; al menos notaba a Klaus abrazado fuertemente a mí, y eso me hizo regresar de nuevo y completamente al mundo de los sueños.

No sé cuántas horas pasaron cuando algo me despertó de mi ensoñación, parpadeé varias veces incorporándome mientras me restregaba los ojos, Klaus no estaba, pero lo había estado oyendo por el salón, cuando abrí los ojos me quedé de piedra.

—¿Bea?

—La misma que viste y calza —contestó sonriendo sentada en uno de los sillones reclinables.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Unos diez minutos.

—Vaya... —la miré aun con los ojos entrecerrados—. ¿Por qué no me has despertado?

—Estaba hablando con Klaus. —Alzó una ceja divertida—. Bueno, a mí me está haciendo una manzanilla, es un amor. Sonreí ante su gesto, me levanté como pude y fui hacia ella quedándome de rodillas frente a su vientre, apoyé mi oído y mis manos con cuidado en su barriga y sonreí al notar como él bebe se movía. —¿Cómo está mi sobrino?

—Ahora contento —la miré y me sonrió.

Devolví la vista a su barriga y volví a apoyar mi oído en ella, como si pudiera escucharle; entonces me di cuenta del enorme instinto maternal de mi amiga cuando me puso su mano en el cogote y me acariciaba el pelo mientras yo escuchaba al bebe moverse. Un ruido nos hizo alzar la vista, frente a nosotras estaba Klaus con una cámara digital y una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo siento. —Se rascó la cabeza tímido, los pantalones de pijama azules le caían de una manera arrebatadora de las caderas, haciendo que me distrajera momentáneamente—. Estabais para foto, y no me he podido resistir.

—No sientas nada, tú puedes hacerme las fotos que quieras. —Sonreí ante el comentario de Bea, que miraba a Klaus embobada—. ¿Me la enseñas?

—¿Que te la enseñe? —Nos miró divertido—. ¿Delante de Jacqui? —Bea y yo nos echamos a reír.

—Entiéndeme, Klaus. Una mujer embarazada es una bomba de hormonas... Si te digo que me la enseñes, me la enseñas. —torció el gesto—. La foto digo, pero vamos que si quieres enseñarme algo más...

Empecé a reírme con ganas mientras que Bea y Klaus se miraban divertidos, volví a sentarme en el sofá y me tapé con la manta.

—Menudas estáis echas. —Le entregó la cámara sonriéndole—. Voy a por el desayuno.

Las dos asentimos y lo vimos marcharse hacia la isleta de la cocina. La foto era una preciosidad, salía sonriendo con los ojos cerrados y con mi cabeza apoyada en la prominente barriga de Bea, mientras ella me tocaba la cabeza dulcemente, había hecho varias y en cada una de ellas teníamos una expresión distinta.

—Tiene mucho talento.

—Sí, la verdad que sí... —Nos miramos en silencio—. ¿Qué te trae por aquí?

—Bueno, pasaba por aquí y me dije ¡A ver qué hace mi amiga! —Levanté una ceja escéptica a lo que ella sonrió.

—Oye, ¡que yo vengo a verte!

—Venías... —aclaré—. Desde que estas tan gordita, no has venido porque te da pereza caminar —carraspeé.

—Ten un tripón del quince y luego de dices ¡Si hace dos meses que no me veo los pies! menuda odiosa para ponerme las zapatillas —sonreí—. La verdad es que...—empezó a hablar—. He visto a David, esta mañana.

—¿A David? —parpadeé desconcertada.

—Sí...

—Qué raro.

—¿Raro? —Frunció el ceño—. Lo veo muchas veces. —No me refiero a eso; solo que él me dijo que estaba fuera, con la chica esa con la que está ahora...

—Pues se ve que ya ha vuelto.

—Vaya... —murmuré—pues no tardará en avisarme, tengo las llaves de su casa.

Bea se encogió de hombros mientras seguía mirando las fotos de la

cámara digital de Klaus.

—Pues ahora me cuadra el haberlo visto haciendo el tonto con esa chica, no sabía que tenía novia —dijo sin mirarme, mientras pasaba fotos de la cámara.

—Hasta donde yo sé, no es su novia —sonreí—. Ni siquiera sé cómo se llama. Él siempre se refiere a ella como «La dama de rojo», ¿Cómo es ella?

—¿La chica? —preguntó mirándome sin prestarme mucha atención.

—No, espinete... ¡Pues claro que la chica!

Se echó a reír con ganas y la imité. De repente se quedó de piedra mirando algo en la cámara de fotos.

—¿De qué conoces a esta chica? —preguntó girando la cámara, parpadeó varias veces.

«genial, nada mejor que un azote de realidad.», tragué saliva y cuando iba a contestar Klaus me interrumpió.

—Es Ana —dijo dándole un plato con su manzanilla y una tostada a Bea, que me miraba entre sorprendida y aterrada—. Mi mujer.

—La cámara no es mía —sonreí a Klaus que ahora me ofrecía a mí una taza de café—. Es de Klaus.

—Vaya... —se sonrojó—. Perdona, Klaus, pensaba que era la cámara de Jacqui.

—No seas boba —dijo Klaus sonriendo, mientras se sentaba a mi lado.

Estuvimos unos segundos en silencio, Bea seguía pálida dando pequeños sorbos a su manzanilla, Klaus estaba distraído mirando una revista y yo estaba intentando adivinar que podría estar pasándole a Bea. Sin más empezó a reírse a carcajadas, cosa que hizo que Klaus y yo la miráramos sorprendidos.

—Bea —susurré—. ¿Estás bien?

Ella seguía riéndose por una broma que solo sabía ella; pero por lo que estaba viendo, debería de ser algo muy gracioso porque hasta le caían lágrimas por los ojos.

—Para ya de dar envidia y cuéntanos de que te ríes —dijo Klaus divertido.

—De nada Klaus. —Por fin habló después de coger aire—. Una chorrada, de verdad.

Fruncí el ceño porque sabía que mentía, pero no quise insistir en el tema. A saber qué barbaridad había pensado; fijo que le habría venido a la cabeza alguna de las mil burradas que le había contado sobre los gustos de Klaus en el sexo... nunca juntas frustración y alcohol, intenté cambiar de tema

rápidamente.

—Bueno, al final no me has dicho como es la chica de David. —Sentí la mirada penetrante de Klaus.

—Bueno... —Me miró con una expresión que no entendí—. Mona.

—¿Mona de guapa? ¿O mona de chica del montón? —Parpadeé sorprendida ante el comentario de Klaus.

—Mona de guapa. —Me miró y después volvió la vista a Klaus—. No me preguntes por qué, pero creo que te haría algo de gracia.

Maté a Bea con la mirada, pero si se había dado cuenta, me había ignorado a las mil maravillas.

—¿Algo de gracia? —le contestó sonriendo y después murmuró—. ¿Por qué creo que sabes más de lo que dices?

—¡No me hagáis caso! —Se levantó del sillón—. Soy una embarazada que está aburrída.

Fue hacia la puerta con pasos cortos y rápidos, yo seguía en el sofá con el ceño fruncido mirando a la nada ¿Qué era lo que sabía Bea? Tenía que ver con David, eso estaba claro; podía escuchar como Klaus se reía por alguna ocurrencia de esta, le dije adiós con la cabeza y ella me sonrió; poco después cogí la cámara digital y la encendí, el rostro de Ana me azotó de tal manera que apagué la cámara al instante.

La sensación extraña en el estómago me duro todo el día, y es que no sabía exactamente como sentirme. Aquella mañana Klaus se había ido a trabajar, no quería ir, de hecho, me rogó que no le hiciera ir, pero tenía trabajo y no estaba dispuesta a que retrasara sus compromisos por mí. Además, me valí de la excusa de que tenía que escribir y me concentraría más sin tener su dulce culo paseándose por mi alrededor. La broma le hizo gracia y surgió efecto, se empeñó en llevarse mis llaves para asegurarse de que no saldría y así estaría en casa haciendo lo que debía hacer «escribir...», justamente lo único que no conseguía hacer desde hacía varios meses.

Mi ático dúplex era una cárcel; un paraíso si estaba Klaus, pero una cárcel silenciosa ahora que él no se encontraba junto a mí. Apenas comí, no tenía hambre, solo deseaba que pasaran las horas y poder ver a Klaus entrando por la puerta de mi casa con su preciosa sonrisa, pero aún quedaban mucho para eso, así que me entretuve limpiando, duchándome, arreglándome el armario y cuando ya no hubo nada más que hacer me senté cruzándome de brazos. «Genial...»

La vista me fue a parar a la pared con las distintas frases, y al ver la que

había escrito Klaus, me provocó un revuelo incontrolable en mi estómago. Me puse de pie y caminé hasta allí donde después de arrodillarme, pasé mis dedos por aquellas palabras, al hacerlo sentí esas maravillosas mariposas por el cuerpo que me hicieron tener que ponerme de nuevo en pie y recorrer el salón con una sonrisa tonta en la cara. Entonces me vi frente al cuadro de mi desnudez, aquella foto que había sacado de aquel video, entonces caí.

—El video—susurré.

Subí corriendo las escaleras, sabía dónde estaba, lo había sabido todo este tiempo, pero siempre lo consideré una tortura verlo; incluso me sentí tentada a borrarlo más de una vez, pero una parte de mí me lo prohibía... Quizá, con la esperanza de que con el tiempo ya no doliera y poder volver a él una y otra vez. Aunque ¿A quién pretendía engañar? Nunca podría ver el video sabiendo que él no estaba conmigo, pero justo ahora, en teoría, él sí volvería... al menos por una noche más, así que podría resguardarme en sus brazos, una vez más. Encontré la funda de mi antiguo portátil detrás de unas cajas en mi estudio, la colgué de mi hombro después de apartar la guitarra española, sonreí al ver la funda de la guitarra; otra actividad en la que había fracasado en los últimos cuatro años. Durante unos meses en Francia, me empeñé en aprender a tocarla, pero dado que mi capacidad era nula y que a mi profesor le estaba cayendo el pelo por culpa de mi escasa creatividad en cuanto a instrumentos musicales, decidí dejarlo, él siempre me decía, «no se te quedan las notas porque realmente no te motiva tocar...» «Cuando algo te motive a hacerlo, aprenderás más rápido de lo que crees.»

En cuatro años había sido incapaz, así que lo había dado por perdido, pero aun así bajé las escaleras con mi antiguo portátil y la guitarra, me senté en el sofá y crucé las piernas, cogí aire, y abrí mi propio baúl de recuerdos.

El fondo de pantalla me hizo sonreír, era una foto de una mañana de febrero de hacía tres años, en ella salíamos, Dana, Martina, Laura, Bea, Alejo y yo. Aquella mañana habíamos ido a esquiar, y habíamos acabado en la enfermería por culpa de una mala caída de Alejo, al cual le habían escayolado la pierna. En la foto salíamos en la nieve, Alejo en silla de ruedas con los esquís en la mano y una fingida mueca de pena. Laura con sus manos en los hombros de Alejo y dándole un beso en la cabeza. Martina con los palos de los esquís como si de espadas samuráis se tratase. Bea sentada en el suelo con una mueca de dolor como si se hubiera caído. Dana con una gran bola de nieve y una cara de traviesa que daba la risa. Y yo dentro de un trineo rosa con cara de velocidad. Aún recuerdo lo que se carcajeó la chica de recepción cuando

le pedimos que nos hiciera aquella foto. Semanas después de aquel viaje me compré un nuevo ordenador portátil y dejé este, con toda clase de recuerdos guardado; incluso aún tenía el primer borrador de «Si tan solo fuera sexo.»

Busqué por varias carpetas hasta que di con el video, tragué saliva, tomé aire, y con el dedo tembloroso le di al Play. Llevaría media hora de video cuando me di cuenta de que me había tapado media cara, estaba más roja que un tomate y sonreía como una idiota. Recordaba ese día con pelos y señales, pero tener el video me hacía ver cosas que ya había olvidado, sonrisas, gestos, miradas. Entonces me di cuenta de la tremenda complicidad que había habido entre nosotros, y me pregunté si ahora la seguía habiendo. Realmente, hace cinco años lo conocía todo de Klaus, y ahora apenas tenía una leve idea de cómo era. En esencia era el mismo, pero había cosas distintas, él siempre evitaba hablarme de lo que había hecho en todo ese tiempo, lo único que sabía era lo básico, que se había casado, que tenía un negocio, pero nada de qué había hecho, aparte de lo obvio.

Sonreí al verme a mí misma, apenas me reconocía en esas imágenes, tenía un aspecto tan relajado que deseé por unos segundos volver a ser aquella chica; ahora siempre estaba tensa. En aquel video, se reflejaba vida, amor, pasión... Todas esas cosas que me hacían sentir viva. Llevaba el pelo unos pocos centímetros más corto que ahora, y castaño, lo que me hacía el aspecto más aniñado y dulce. Ahora estaba más delgada que en aquel momento, y es curioso cómo, después de verme en el video, me había dado cuenta de que me veía más atractiva entonces, que ahora. El resumen que había hecho de mí misma era claro y conciso; felicidad, en aquella época.

Aunque yo no era la única que había cambiado, Klaus estaba tan distinto. Seguía siendo maravillosamente bello, pero ahora que echaba una ojeada al pasado, me daba cuenta lo increíblemente jóvenes que éramos, el más que yo. Sus facciones eran algo más suaves, su mirada ardiente, más inocente; y al igual que yo, se le veía tan relajado con su pelo negro revuelto, pelo que ahora llevaba más corto. Era increíble verle, oírle hablar, sonreír; y saber que esas imágenes estarían para siempre me llenaba de ¿melancolía?. Después de apagar el portátil viejo, me quedé allí mismo, en aquella postura durante más de diez minutos. De repente, y como si le hubieran dado a un interruptor, mi mente empezó a trabajar en imágenes, diálogos y una historia empezó a fraguarse. Cogí rápidamente mi portátil, abrí el Word y empecé a escribir llevada por una energía maravillosa que me impulsaba a no parar. Mi vieja amiga, mi vieja y mejor amiga me había encontrado... La inspiración había

vuelto de sus largas vacaciones, y yo solo podía dejarla usar mis manos para crear su obra. No sé cuántas horas llevaría escribiendo, cuando escuché una voz que me hizo dar un pequeño respingo.

—Jacqueline... —pocos metros de mí estaba Klaus, sonriendo con las manos en los bolsillos—. ¡Estás escribiendo!

Sonreí de oreja a oreja —Sí, no te había oído, lo siento.

—Tranquila pequeña, llevo aquí cinco minutos.

—¿Cinco minutos? —Abrí los ojos de par en par.

—Sí, estabas tan ensimismada escribiendo que me ha sido imposible molestarte —sonrió— ¿Sabes que pones una sonrisa que nunca había visto?

Agaché la cabeza avergonzada. Me quité los auriculares y los dejé junto al portátil en la mesita de cristal, me levanté y una vez frente a él, le abracé, primero suave, a los pocos segundos me apreté a él que me recibió de la misma manera. Poco después me levantó la barbilla para poder mirarme a los ojos, y cuando lo hizo, me besó dulcemente en los labios, me encantaba cuando hacía eso. —¿Qué escuchas cuando escribes?

—Clásicos —sonreí—. De los 70, 80 y 90.

—¡Vaya! —fue hacia el sofá conmigo de la mano y se sentó, obligándome a mí a hacerlo con él—. ¿Te sirve para inspirarte?

—Sí, y para concentrarme.

Me sonrió durante unos segundos, en los que hice un rápido viaje al paraíso.

—¿Sabes? —Habló con la mirada perdida—. La música que escuchas para inspirarte me recuerda mucho a mi padre.

—¿A tu padre? —Me sorprendió, nunca me había hablado de él.

—Sí...—sonrió melancólico—. Recuerdo que cuando era pequeño, y acompañaba a mi padre a por mi madre al trabajo, siempre escuchaba música, y siempre las mismas canciones, llegué a aprendérmelas todas, —le sonreí al ver que me miraba—, recuerdo una en concreto, juraría que era su favorita porque siempre la estaba escuchando.

—¿Recuerdas el nombre?

—Sí, se llama «I want to know what love is.» de Foreigner, ¿te suena? Mariah Carey tiene una versión muy bonita —negué con la cabeza—. Es preciosa. —Se recostó en el sofá—. Recuerdo que, con doce o trece años, en Alemania, antes de venir a España, soñaba despierto con que cuando fuera mayor, una chica vendría a por mí, a mi casa cantándome esa canción. —se encogió de hombros y me eche a reír.

—¿Algo parecido a Pretty woman?

—Sí —Se echó a reír—. ¿Es muy raro que sea esa peli la preferida de un chico?

—Bueno, siempre he pensado que eres un poco chico chica. —¿Chico chica? —preguntó sonriendo.

—Sí.

—Explícate.

—Bueno... —Me encogí de hombros—. Eres muy masculino, pero siempre tienes alguna cosa que me sorprende; como que tu película preferida sea Pretty Woman y, sobre todo, que cuando fueras un adolescente soñarás despierto con que una chica fuera a por ti cantando una canción, lo veo muy...

—¿Gay?

Eché la cabeza hacia atrás, partiéndome de risa.

—Que conste que lo has dicho tú y no yo.

—Más que gay, creo que es una muy buena empatía con el sexo femenino. —Me miró divertido y siguió hablando—. Y me da que me funciona. Mírate, te tengo comiendo de mi mano. —Me hizo reír otra vez.

—Lo que tú digas, señor empatía. —Me puse de pie—. Lo que creo que te pasa, es que a tu parte femenina le gustaría ser Julia Roberts.

Lo escuché reírse, pero no me giré.

Poco después vino a la cocina y juntos preparamos la cena, cenamos unos sándwiches en la isleta de la cocina americana. —¿Eso de ahí es una guitarra? —preguntó sonriendo mientras se levantaba e iba hacia ella.

—Ah —sonreí—. Sí. —Me miró sorprendido.

—¿Sabes tocar?

—No. —Sonreí otra vez—. Intenté aprender, pero no me quedé con gran cosa.

Klaus la sacó de la funda, vino hacia mí con ella y con una sonrisa que me puso nerviosa, me la tendió y la cogí.

—Enséñame lo que sabes.

—Klaus yo...

—Vamos, no seas modesta.

Levanté una ceja y viendo que no lo haría salir de sus trece, agarré bien la guitarra, puse mis dedos sobre las cuerdas en lo que yo creía recordar que era la nota «mi» ; o si no lo era, me la había inventado, y la toqué, le miré y me aparté la guitarra.

—¿Eso es todo? —preguntó sorprendido.

—Ya te lo había dicho. —Se echó a reír y me contagié—. Intenté aprender durante los meses que estuve en Francia, hasta contraté a un profesor, pero no hubo manera.

—Eres muy propensa a dejar las cosas a mitad, Jacqui. —¿Y tú no?

Se echó a reír y fue hacia el sofá, se sentó y me miró, yo aún seguía sentada en el taburete.

—Yo sí se tocarla, aprendí hace unos años.

—¿En serio? —aquellas palabras llamaron mi curiosidad y fui hacia él.

—Sí, no me costó mucho. De hecho, aún recuerdo la canción que me hizo desear aprender a tocar la guitarra, ¿has escuchado la banda sonora de la película, «El amor en los tiempos del cólera»?

—No, al menos que yo recuerde, lo que sí que me leí, fue la novela de García Márquez.

—Es una canción preciosa —dijo mirando la guitarra—. Se la escuché por primera vez a Shakira y... —Clavó sus ojos en mí—. Pensé en ti. —Tragué saliva—. Se llama «Hay amores.» —Sin más y sin yo esperarlo, empezó a tocar unos acordes; y, para mi sorpresa, sonaba de maravilla. Ver sus dedos ágiles moverse sobre aquella guitarra me puso la piel de gallina. Durante unos instantes, deseé que esos dedos me acariciaran. Cuando iba a rogarle que, por favor me tocara, paró, para poco después empezar de nuevo, esta vez mucho más fuerte. Cuando lo vi coger aire me paralicé, ¿iba a cantar? La música que salía de sus manos era impresionante «...¡Ay! mi piel, que no haría yo por ti, por tenerte un segundo, alejados del mundo y cerquita de mí. ¡Ay! mi piel, como el río Magdalena que se funde en la arena del mar, quiero fundirme yo en ti... Hay amores que se vuelven resistentes a los daños, como el vino que mejora con los años, así crece lo que siento yo por ti...

Hay amores que se esperan al invierno y florecen, y en las noches del otoño, reverdecen tal como el amor que siento yo por ti...»

Cuando paró de cantar para hacer un solo de guitarra mi cara era toda una sorpresa; jamás lo había oído cantar, ni siquiera sabía que supiera hacerlo. No es que tuviera la mejor voz del mundo, era una voz ruda y rasgada, pero maravillosa; tanto, que hacía que la piel se te pusiese de gallina.

«¡Ay! mi piel, no te olvides del mar, que en las noches me ha visto llorar tantos recuerdos de ti. ¡Ay! mi piel, no te olvides del día que se paró en tu vida, de la pobre vida que me tocó vivir.

Hay amores que parece que se acaban y florecen, y en las noches del otoño, reverdecen tal como el amor que siento yo por ti, yo por ti... por ti...

como el amor que siento yo por ti.

Cuando terminó, mis ojos peleaban por no llorar, pero me era realmente difícil, ¿Por qué de repente sentía que no sabía nada de Klaus?

—¡Dios! —susurré—, tocas de maravilla, Klaus... —Bueno...—sonrió tímido— Tampoco tanto, Jacqueline.

—En serio que sí. —Posé mi mano en su barbilla—. Ha sido el momento más...

—¿Romántico? —asentí sonriendo y vi como sus mejillas se ruborizaban—. Bueno, tú me has escuchado cantar ¿No crees que sería justo que ahora te escuchara yo?

—¿Estás de broma?

—No, —sonrió—, voy muy en serio.

—Yo no sé cantar, Klaus. —Me acarició los labios y me estremecí—. Créeme que estropearía el momento si cantase, por no hablar que se desataría el diluvio universal. —Se echó a reír y entonces se me ocurrió una idea—. Pero hay algo que se me da de maravilla. —Me miró divertido—. No me refiero a eso, mal pensado. —se echó a reír de nuevo—. Pero me vendría genial que te quitases la camiseta.

Me miró durante unos segundos, poco después torció la cabeza en su peculiar gesto e hizo lo que le pedí, el ver su torso desnudo y perfecto ante mí, hizo que las imágenes del video me vinieran a la cabeza, parpadeé varias veces e intenté centrarme en mi idea original. —¿Ahora qué, señorita? —preguntó sonriendo.

—Túmbate en el sofá—hizo lo que le dije, haciéndome suspirar.

Verle ahí tumbado, con su metro noventa de pura perfección sonriéndome, con sus preciosos y profundos ojos azules, hizo que me sintiera pequeña; y, como ya era una costumbre, vulnerable. Cogí un bolígrafo azul que tenía por la mesa, y me puse a horcajadas encima de él, besé sus labios, su garganta, su torso... Sentí como respiraba y sonreí, me encantaba hacerle sentir indefenso, y sin más empecé a escribir sobre su perfecto torso, mientras él me miraba sonriendo.

«Te amaría cada instante de este día...

sin importarme el mañana, porque sin ti no hay mañanas... solo noches eternas sin una sola estrella que ilumine.» «Allí donde estés, yo estaré contigo...

aunque no puedas verme, cierra los ojos y me sentirás en cada parte de ti.»

«Te regalo mi sonrisa, mis ojos, mi expresión al mirarte, mis caricias, mi amor, mi recelo, mis dudas y temores, mis amaneceres y mis atardeces, te regalo todo...

Te brindo por y para siempre Cada parte de mí.»

—¿Cada parte de ti? —susurró con los ojos humedecidos. —Cada parte de mí —afirmé.

No hizo falta hablar más, se abalanzó hacia mí perdiéndose en mis labios y justo cuando iba a apretar su cara entre mis manos, sentí la humedad que había en ella, abrí los ojos de golpe, y allí estaba, mirándome fijamente, completamente indefenso y al igual que yo, vulnerable. Hacía mucho que no lo veía llorar tanto, y fue cuando sentí como si una vieja herida se abriera dentro de mí, e imágenes de aquella fatídica tarde en su piso hacia años me vinieron a la mente de golpe.

—Klaus... —susurré.

—Shhh —susurró poniendo sus dedos en mis labios—. Cada parte de mí, Jacqueline.

Me lancé hacia él tan fuerte, que se dejó caer hacia atrás, agarré ambas manos y las subí hasta que quedaron arriba de su cabeza, él apretaba las mías a la misma vez, y cuando apartaba mis labios de los suyos para coger aire, me buscaba de nuevo. Nos necesitábamos más que a otra cosa. Inconscientemente, mientras nos besábamos me rozaba en su parte sensible, que ya estaba despierta, y con muchas ansias de perderse en mi interior. Le solté las manos, que me desnudaron con muchísima rapidez, le bajé los pantalones, seguido del bóxer, y cuando vi su enorme y perfecto miembro sonreí.

—¿Sabes? —me miró divertido—. Creo que debería escribir algo aquí... —dije apretando su miembro y moviéndolo haciéndole estremecer.

—¿Ah sí? ¿Y qué pondrías? —habló entrecortadamente.

—Pequeño Jacqui ...

De repente se quedó quieto, y tras unos segundos empezó a carcajearse.

—¿Pequeño Jacqui?

—¡Oye! no te rías...

—¿Pequeño Jacqui? —repitió sonriendo.

—¡Ay Dios! —susurré—. Puñetero ego masculino, en fin, rectifico, enorme Jacqui ¿Así mejor? —sonrió.

—Mucho mejor.

No le di mucho tiempo a relajarse, porque antes de que acabara de hablar le introduje en mi interior. Aquella sensación era maravillosa, sentirme llena

de él era algo que me extasiaba. Me moví con suavidad, con fuerza, y desesperación. Klaus apretaba mis caderas, y eso me excitaba más. Entonces recordé que necesitaba ese sexo que nos había hecho explosivos en antaño, y por algún motivo había quedado oculto, quizá no fuera aquella noche, pero me prometí a mí misma que volveríamos a tener aquellas noches delirantes de sexo agresivo que nos hacían perder los papeles; con tan solo ese recuerdo llegué al clímax, llevándomelo a él como regalo.

Unas horas después, ambos estábamos tumbados en mi cama. Tenía a Klaus atrapado entre mis brazos y él tenía apoyada su cabeza en mi pecho, yo acariciaba su pelo con suavidad mientras sonreía como una tonta. Estábamos a oscuras, pero podía vislumbrarle por la luz que entraba del exterior. No sabía qué hora sería, pero no tenía sueño, no sabía por qué, pero tenía esa extraña sensación de nerviosismo en mi estómago que me hacía estar alerta.

—¿Sigues despierta, Jacqui? —susurró Klaus.

—Sí. —Se incorporó y nos miramos—. No puedo dormir.

—Yo tampoco.

Nos miramos un rato más en silencio y sin más me besó los labios, se hizo un hueco entre mis piernas y se apoderó de mi cordura.

—Jacqueline, voy a dejar a mi mujer. —Aquella confesión, después de un beso tan apasionado y teniéndolo encima de mí, me pilló de sorpresa, tanto que sentí marearme en la oscuridad, quería contestarle, de verdad, pero simplemente no podía—. ¿Estás bien? —Silencio—. Jacqui...

—Sí, sí... lo siento. —Le miré—. Perdona, es que no sé qué decirte.

—¿No quieres que la deje?

Me incorporé de golpe y lo miré frunciendo el ceño. —¿Eres tonto? ¡Pues claro que quiero! Solo que estoy impresionada, nada más.

—¿Impresionada?

—Sí, pensé que no lo harías nunca.

—Jacqui... —susurró agarrándome y poniéndome sobre él a horcajadas—. Siento el daño que he podido causarte con todo esto.

Uní mi cabeza con la suya y suspiré cerrando los ojos.

—Eso ya es pasado, o eso espero.

—Te quiero, Jacqueline. Y estoy harto de desperdiciar mi vida ¿Sabes? Durante todo este tiempo, al dormir, siempre me acordaba de las palabras que me dijo mi padre. —Se tomó unos segundos para pensar—. «El día que te acuestes, sin desear nada más, ese día sabrás que has conseguido la felicidad absoluta. No te conformes con menos de eso, sino, no habrá valido la pena

vivir.» Durante estos cinco años, daba igual lo feliz que fuera, mi felicidad no era completa, porque por la noche, cuando me quedaba solo conmigo mismo, me descubría pensando en ti. Pensando en cómo estarías, en qué parte del mundo te encontrarías. Si estarías en la cama como yo mirando el techo pensando en mí, o si estarías riendo, o llorando, si sería de día o de noche... si estarías dando un paseo, o recluida escribiendo. Y entonces, me daba cuenta de que jamás sería feliz, porque lo que yo más deseaba no estaba. Es curioso como en tanto tiempo, mis sentimientos no han cambiado. —Le cogí la cara con las dos manos y clavé mis ojos en los suyos—. Tenía la esperanza de que con el tiempo solo fueras un bonito recuerdo, pero cada día sin ti, era más y más duro, y simplemente me acostumbré a lo cotidiano, a lo correcto y a vivir sin muchas expectativas. Y como era incapaz de renunciar a ti por completo, preferí vivir de un recuerdo ¿Sabes lo duro que es eso?

—Claro que sí, Klaus.

—Y ahora, hoy aquí, justo en este momento, siento que no deseo nada más, nada más que no seas tú. Te quiero cada día, con tus días malos y buenos, pero juntos. Quiero cada día de tu vida Jacqueline.

Me lancé a sus brazos y le abracé hasta que me dolieron los brazos.

—¿Y Ana? —susurré con mi cara en su cuello.

—Hablaré con ella...—notaba su corazón acelerado y tragué saliva—. Pero cuando vuelva, de momento espero poder estar contigo, viviendo aquí... —Levanté mi cabeza de golpe y abrí mis ojos de par en par—. No me mires así Jacqui. No quiero más tonterías, quiero estar contigo, ir de la mano ¡Que se entere el mundo que estamos juntos! Quiero que esto sea serio, no quiero perder más mi tiempo —me quedé en silencio mirándole—. ¿Qué piensas?

Puse mi mano en su cara y acaricié sus labios y su mentón.

—Pienso que en cualquier momento despertaré, y todo habrá sido un sueño y no estarás, entonces me tocará vivir un día más sin ti... Eso es lo que pienso, y me asusta. —sonrió y sin que me diera cuenta me dio un pellizco en mi pierna, tan fuerte que me hizo dar un pequeño grito—. ¡Klaus!

—Pues no, no es un sueño, pequeña.

Me eché a reír mientras me pasaba la mano por la zona del pellizco, sonreí feliz porque no hubiera estado soñando, estuvimos unos minutos más en silencio.

—¿Cuántas veces has visto nuestro vídeo de sexo amateur? —pregunté sonriendo, a lo que él soltó una carcajada.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Curiosidad.

—Ya, claro. —Me miró torciendo los labios y me eché a reír—. Tú no das puntada sin hilo, así que suéltalo.

Me eché a reír, me encantaba estar con él, sobre todo esos momentos tan sencillos que me hacían rozar el infinito.

—Bueno, lo he visto este medio día—agaché la cabeza avergonzada, mientras él se partía de risa.

—¿Pero no estabas escribiendo?

—Eso ha sido después.

—¡Vaya! Así que... ¿primero has visto el vídeo?

—Sí.

Me miró de una manera que no sabría descifrar, solo podría decir que sentí como si me estuviera elevando en el aire, me faltaba oxígeno, y sentía vértigo... ¿Esos síntomas eran, ¿los síntomas físicos del amor?

—Vi el video millones de veces Jacqui —parpadeé varias veces—. Sobre todo, lo que hablamos, me sé de memoria cada palabra que dijimos ese día.

—¿En serio?

—Como que estoy respirando...

Sonreí y justo cuando iba a lanzarme sobre él y arañarle hasta el alma, el tono de su móvil me asustó apartándome de él, eran las cuatro de la madrugada ¿Quién podría ser?, cuando miró la pantalla y me miró de nuevo, supe quién era. Salió de la habitación y volvió poco después con la cabeza agachada.

—¿Está todo bien? —pregunté nerviosa.

—Han ingresado a su madre en el hospital. —Me miró—. Tengo que ir.

—¿Y ella?

—Ya está allí. —Caminó por la habitación—. Se ve que había adelantado el viaje para darme una sorpresa, pero se ha encontrado con todo esto.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada, pequeña. —Me acarició la mejilla—. Hablaré con ella, te lo prometo.

Asentí con la cabeza, vi como sacaba ropa de su mochila e imaginé que iba a darse una ducha; apenas me hablaba, le había cambiado complétame el humor y lo entendía.

Hacía unos minutos habíamos estado hablando de que íbamos a estar juntos y, de repente, un azote de realidad nos había hecho darnos cuenta de que

no es todo tan sencillo. Mientras oía el agua caer, empecé a meter algunas de sus cosas en la mochila, y lo hacía con una carga considerable, pues empaquetaba la maleta de mi amor... para que volviera con su mujer, ¿hasta cuándo? No lo sabía y aunque confiaba en él, no tenía claro si al final podría dejarla; aun así, empaquete sus cosas, y mi alma con él.

Cuando ya estuvo todo preparado vi en un rincón aquella libreta de la otra noche, la abrí encontrándome de frente con mis pensamientos de una noche febril, sin pensármelo dos veces arranqué la hoja, la doblé, y la metí en uno de sus bolsillos del interior de la mochila, recé porque la encontrara en el momento oportuno; poco después, para no pensar y viendo que tardaba bajé al salón, puse un cd que tenía para cuando necesitaba desconectar, era música de los 80, busqué una de mis canciones y le di volumen... suerte que estaba insonorizado, «Alphaville» sonó con su canción «Forever Young»

Adoraba esa canción, y siempre que la escuchaba no podía evitar cantar el estribillo, siempre con los ojos cerrados, dejando que la canción calase. La descubrí cuando vi la serie «Queer as folk», desde entonces la busqué como una loca, hasta que un día por casualidad, sin más ahí estaba.

—Creo que ya sé qué regalarte para tu cumpleaños.

Me di la vuelta y detrás de mí estaba Klaus sonriéndome, con sus vaqueros y chaqueta de cuero marrón clarito, su pelo hacia atrás aún mojado y una preciosa sonrisa. Desprendía un olor a perfume increíble, odiaba verlo irse y más así vestido.

—Con un Cd de los 80 acertaría, ¿verdad?

Me eché a reír.

—Desde luego.

Se acercó a mí, y me abrazó, sentí como me apretaba en su agarre y supe que no quería irse.

—Me gustaría que vinieras a verme después de comer, pequeña. —Acarició mis labios—. Compraré unos cafés de esos que te gustan ¿Qué te parece?

—Allí estaré —sonreí.

Se dio la vuelta, pero antes de dar más de dos pasos se volvió y me besó.

—No te olvides de mí.

—Eso nunca, Klaus. —Acaricié su cuello—. Piensa mucho en mí.

—Eso siempre.

Sonreí y me sorprendí de cómo conocía mis gestos, cuando me miró y frunció el ceño.

—¿Qué? —pregunté sorprendida.

—¿Qué me ocultas?

—Nada.

—Jacqueline... —di un resoplido.

—Mientras te duchabas te he cambiado el tono de llamada del móvil. —
Abrió los ojos de golpe— ¿Qué? No me mires así, es que el tono que llevabas era una mierda.

—Ya —sonrió alzando las cejas.

—Es verdad, además seguro que te gusta.

—¿Qué canción es?

—Deberás esperar a que alguien te llame, pequeño.

Se echó a reír y eso me iluminó el amanecer, segundos después me levantó por el trasero mientras me daba un increíble beso. Verlo irse me destruyó, pero empecé a recoger cosas y a intentar distraerme como podía. Una hora y media después recibí un Whatsapp de un número que no conocía, miré en la lista de llamadas y me di cuenta de que era distinto al de la llamada de la otra noche, «¿Quién narices sería?» abrí de mala gana el Whatsapp y supe que era David por su peculiar «enana». El mensaje tampoco decía mucho: «¡Hola enana! He encontrado unas llaves de mi casa en el despacho, de todas formas, si pasas cerca sube y déjamelas en la mesa de la entrada. ¡Gracias! Te llamo y quedamos.»

A las nueve y media de la mañana ya estaba tirándome de los pelos. Tenía dos opciones, o ir con una excusa idiota a ver a mis amigas a sus respectivos trabajos, o ir al piso de David y dejarle las llaves. Cualquiera cosa menos sentarme a escribir, inconscientemente escuché la voz de Alejo a modo de reprimenda y sonreí. Cuando estaba a punto de meterme en la ducha, un Whatsapp me hizo reír.

«**Sr Grass; 9:43:** ¿Take on me? ¿en serio?»

Jaqueline; 9:44: Jajajaja :P adoro esa canción ^^

Sr Grass; 9:45: ¿De quién es?

Jaqueline; 9:46: ¡Aah!

Sr Grass; 9:53: ¡Me encanta la canción!, gracias, me hace sonreír cada vez que me llaman. eres especial, en serio.

Jaqueline; 9:55: ¡Que tonto eres! por cierto, ¿ha ido todo bien?

Sr Grass; 10:00: Sí pequeña, luego te cuento, bss

Jaqueline; 10:02: Hasta luego guapo.»

Me duché tranquilamente mientras pensaba en Klaus, ¿Qué estaría

haciendo ahora?, ¿Estaría en la tienda? ¿En el hospital? ¿Hablaría pronto con Ana? Tantas preguntas me tenían la cabeza como un bombo. Me vestí apresuradamente, necesitaba despejarme desesperadamente. En ese momento caí en que hacía días que no había visto a mis amigas, suponía que pensaban que estaría enclaustrada escribiendo, y aparte de unos cuantos Whatsapps de ánimo, no sabía nada. Me decidí por ir caminando hacia casa de David, estaba a unos veinticinco minutos más o menos, pero me apetecía andar y ver gente, si algo bueno tenía salir de la burbuja que era Klaus, era darme cuenta de que existía vida humana. Caminé acurrucada bajo mi abrigo negro y mi gorro.

Hacia un frío espantoso y eso que hacía sol, entré por el portal y esperé el ascensor que tardó más de lo normal, había estado mirando mi móvil cada dos por tres para ver si David me llamaba. Una vez en la puerta, abrí, no me extrañó ver la chaqueta tirada en el sofá y una pequeña mochila en el suelo, cerré la puerta, y recogí lo que vi por medio, me senté para hacer tiempo. La verdad que me apetecía bastante ver a mi amigo se había vuelto alguien imprescindible, eso estaba claro, unos gemidos me hicieron salir de mi ensoñación, miré hacia el pasillo donde a unos metros de mí se encontraba la habitación de David, fruncí el ceño, ¿había alguien allí? Di unos pasos y no escuché nada ¿Estaba volviéndome loca? Cuando me disponía a darme la vuelta y volver al salón escuché unas risas, me tapé la cara como si alguien pudiera verme y me puse como un tomate, ¡David estaba allí con su dama de rojo! Después de unos segundos de estar paralizada por la impresión me dispuse a moverme para salir todo lo despacio que pudiera de aquel piso, cuando sin esperarlo, la puerta se abrió de par en par en mis narices dejando a la vista a sus dos ocupantes, una chica con una larga melena rubia revuelta había abierto la puerta completamente desnuda, mientras tras ella un desnudo David sonreía.

Cuando giró la cara la chica di un respingo tan grande que acabé apoyada en la pared con las dos manos en la boca para impedir gritar, mi cara debía ser un poema. Aferrada en la pared, con los ojos fuera de mis orbitas, y ahogando un grito con mis manos no podía ni parpadear, la chica me miraba de igual manera. David, que se había percatado de mi presencia, salió de la habitación para intentar calmarme, pero me aparté de él para poder seguir mirando a la chica, por un momento dudé de mi cordura...mi subconsciente me estaba traicionado.

—No puede ser —susurré—. ¡Dios mío!

—Jacqueline ... —dijo David mientras me pasaba la mano por mi

barbilla.

Lo ignoré y seguí mirándola, ella estaba como una estatua, y su mirada de pánico era bastante llamativa.

—¡Tú!

—¿La conoces? —preguntó David, volviendo a mirarla.

Asentí con la cabeza, y él sonrió relajándose.

—Genial, así me ahorro las presentaciones —me miró—. Jacqueline... —habló más bajo—. ¿Qué te pasa? Parece que hayas visto un fantasma.

Por un momento, quizá, lo hubiera preferido. Bueno no, si viera a un fantasma, caería muerta, de eso estaba segura. —Jacqui... —por fin se dignó a hablar—.

deja que te explique.

David nos miró a ambas, volvía la cabeza sin entender qué pasaba, me miraba a mí, y a ella y luego intentaba adivinar que pasaba.

—¿Me quiere decir alguien que pasa?

—Ella. —tragué saliva—. Ella es, es... Ana.

—Ya sé que se llama Ana, Jacqui... —murmuró nervioso.

—La, la... —tartamudeé—. La Ana de Klaus.

De repente toda la sangre de su cara desapareció, y se quedó igual de pálido que Ana y yo. Parecíamos sacados de una historia de Tim Burton, solo me faltaba tener cosidas todas las partes del cuerpo para ser Sally de Pesadilla antes de navidad, película que adoraba, por cierto.

David se quedó durante unos segundos petrificado, luego se llevó las manos a la cabeza y caminó nervioso por el pasillo desnudo, pero yo no podía parar de mirar a Ana, que miraba el suelo avergonzada.

—¿Tú eres la mujer de Klaus? —dijo levantando la voz cuando recuperó el habla, ella asintió con la cabeza—. Dios... ¡Me va a matar!

—¿Conoces a Klaus? —preguntó ella, sin mirarle. —¡¿Que si lo conozco?! —Me miró—. Me pregunta si lo conozco... —La miró de nuevo a ella—. ¡¡¡Estoy en su puta lista negra!!! Y me estoy dando cuenta de que no paro de darle motivos para ello. —Ella lo miró sin entender a qué se podía referir, pero estaba tan avergonzada que no dijo nada—. Jacqueline, ¿puedes esperarme en mi despacho?

Asentí sin dejar de mirarla y segundos después me encaminé por el pasillo hasta entrar en su despacho; que por cierto lo tenía hecho un completo desastre. Entré con paso lento, y con un nudo en el estómago, me senté en su sillón reclinable y allí me quedé, muda y paralizada, siendo imposible ni

siquiera pensar. No se oía nada, todo estaba en silencio, en un silencio que decía muchas cosas. Un cuarto de hora después escuché la puerta, me di la vuelta y vi a David con su ropa del gimnasio y con la cara descompuesta venir hacia mí.

—Jacqui.

—David...

Nos miramos en silencio, me levanté y fui hacia él, quedándonos uno frente al otro.

—Dios mío... —Ocultó su cara detrás de sus manos—. ¿Qué he hecho? —Aparté sus manos para poder mirarle, luego las apreté con las mías, y le obligué a mirarme—. Jacqui, te juro que no sabía que era la mujer de Klaus.

—Tranquilo, lo sé.

—Dios mío... —decía sin parar una y otra vez—. ¡Joder! ¿A quién le puede pasar esto? ¡Eh! ¿A quién? —Miró al techo enfadado—. ¿Por qué me tienes tanta manía? —Me miró de nuevo—. De cuarenta tías que habían aquel día allí, tuve que fijarme en ella; pero ¿Tú lo ves normal?

Me encogí de hombros, y al ver su expresión sonreí. —¿Nunca te habló de que estaba casada?

—Sí, algo me dijo, pero no hablaba de él, ¡yo que sé Jacqui! Tú sabes que yo tampoco pregunto.

—Ya, ya lo sé...

Permanecimos en silencio un rato más.

—¿Y qué hago yo ahora? Dime.

—A ver, tranquilízate, eso primero... —Le levanté la barbilla—. Y segundo, ¿has hablado con ella?

—Un poco, ahora está en la terraza llorando... Dice que quiere hablar contigo.

—Vale.

—Jacqui, ¿debería hablar con Klaus?

Le miré atónita, ¿estaba diciendo, lo que creía que estaba diciendo?

—¿Hablar con Klaus? —Le miré aterrada.

—Jacqueline, te juro que no quiero hacerle daño, de verdad. —Por alguna razón, le creí—. Si hubiera sabido que Ana era su mujer, jamás lo habría hecho. Ya bastante mal rollo hemos tenido, quizá debería ser yo quien se lo contase.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás seguro?

—No sé. —Me miró fijamente—. Por favor, Jacqui. No le digas nada,

por favor... Al menos hasta que piense como solucionar esto.

—¿Eres tonto? —Di un paso hacia atrás con los ojos abiertos—. ¡Jamás diría nada! y menos si tú me lo pides.

—¿En serio?

Me crucé de brazos y le lancé una mirada asesina. —¿Eres idiota o qué?

—Jacqui, lo siento... Me refiero a que esto, inclina la balanza enormemente hacia tu lado. Si se lo contaras, ya nada os impediría estar juntos, no soy tonto, sé que estás loca por él.

—Escúchame bien, es cierto que estoy loca por él, pero tú eres mi amigo, y jamás diría nada. Primero porque no quiero que te mate y segundo, porque quiero que deje a Ana porque me quiera a mí, no porque se entere de que ella lo engaña; que por otro lado él tampoco le ha sido que digamos... fiel. —Me pasé la mano por el pelo nerviosa—. Así que, tampoco creo que se enfadara mucho. —¿En serio crees que no se enfadará mucho? —Me miró como si yo tuviera la respuesta a todo.

—Hombre, siendo tú... Fijo que se enfada. —Me encogí de hombros, y él puso cara de pena—. No tiene que sorprenderte —sonreí—. Aunque tampoco tiene que saberlo.

Ahora era él quien cruzaba los brazos y me miraba atónito. —¿Qué?, ¿que no tiene por qué saberlo? Pero ¿estás loca?

—No. —Fruñí el ceño—. No lo estoy, esto lo ha liado Ana, así que tú mantente al margen, y además... No quiero que use lo de Ana como excusa para dejarla.

—¿Qué me he perdido?

—Bueno —Me apoyé en el escritorio a su lado—. Hemos estado juntos estos días... —Por primera vez me sonreía—. Y ayer por la noche me dijo que iba a dejarla.

—¿Cómo?

—Sí...

—Pero entonces, ¡lo de Ana le daría el empujón que necesita! ¿Eres tonta o qué?

—¡No! —Me moví nerviosa—. ¡Quiero ser el único motivo para él! Quiero que lo haga porque de verdad es lo que quiere, no quiero ser un rebote.

—Dios ¿Por qué sois así las mujeres? Ahora lo tienes fácil y mira la que lías.

No le contesté, me limité a mirarle con los brazos en jarra. Poco después salí de la habitación y me encaminé a la terraza, necesitaba aire, me alivió no

ver a Ana allí ¿Qué podía esperar? Estaba hecha un lio. Me senté en una de las sillas que había allí y me quedé quieta, dejándome calentar por el espléndido sol de una mañana de mediados de enero. Sin saber cómo, sentí una presencia detrás de mí, no me giré, en aquel momento solo quería estar en silencio. La vi de soslayo cuando se sentó a mi lado mirando a la nada, a la misma nada a la que miraba yo.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto, Jacqui... —La miré a los ojos y me sentí muy culpable—. Me da mucha vergüenza.

Di un largo suspiro.

—Tranquila mujer.

—Seguro que piensas que soy lo peor... —dijo tapándose la cara con las manos.

Sin más me levanté y fui hacia la cocina de David. Él no estaba a la vista, saqué dos cervezas de la nevera, las abrí y volví a mi asiento al lado de Ana, que seguía en la misma postura. Le tendí una cerveza y la aceptó sin mirarme, ambas dimos un trago y me sentí algo mejor.

—No pienso que seas lo peor. —Me miró—. Eres humana.

Se echó a llorar, aunque lo disimuló bastante bien. —¿Sabes? Nunca pensé que pudiera ser capaz de algo así. Estuve tan enamorada de Klaus... tanto, que jamás pensé que ni siquiera pudiera atraerme nadie más ¿Conoces alguien más miserable que yo?

—Sí, Ana. —Me miró esperando una respuesta, di un trago a mi cerveza y respiré—. Yo, por ejemplo.

Me miró abriendo los ojos de par en par y negó con la cabeza. —¿Tú? ¡Pero qué dices! Si eres perfecta... ¡Mírate! —¿Perfecta? —Sonreí—. Tengo muchas virtudes, pero la perfección no entra en ellas; soy un completo desastre en casi todo, créeme.

—Exageras.

—No, no exagero.

Sonrió por primera vez y me contagió, poco después agachó la mirada.

—¿Y qué es eso tan malo que se supone que has hecho? A ver si me superas....

La miré sorprendida y tomé aire.

—Estoy enamorada de un hombre casado. —Su cara palideció—. Fuimos pareja hace años, y jamás he podido olvidarle. —¿El personaje de tu libro? ¿Antuan?

—Exacto, pues me reencontré con él. —Me miró sorprendida y centró

toda su atención en mí, empecé a ponerme nerviosa—. Fue hace un tiempo, y resulta que él se ha casado, y bueno, no sé bien como pasó, pero pasó.

Me seguía mirando como si fuese un espectáculo.

—¡¡No me lo puedo creer!!

—Pues créetelo, porque es verdad.

—¡Joder! ¿Tú le sigues queriendo?

—¡Oh por dios! —Suspiré—. Más que a cualquier cosa.

Sonrió y me acarició el hombro con la mano.

—¿Y él te quiere a ti?

—Creo que sí...

—¿Entonces? ¿Qué hay de malo?

Me eché hacia atrás en la silla sorprendida e impresionada; no podía evitar mirarla como si me hubiera hablado en morse. —¿Qué hay de malo? ¿En serio me lo estás preguntado? —Ella asintió—. Está casado, Ana.

—¿Y qué?

—¿Hablas en serio? —pregunté mirándola fijamente, mientras que ella me miraba como si le hubiera contado que me había hecho las uñas.

—A ver, Jacqui, es más sencillo de lo que crees. Tú le quieres... vivisteis una historia maravillosa y si ha pasado tanto tiempo y ninguno ha dejado de sentir lo que sentís, ¿no piensas que es por algo? Quizá es porque estáis destinados a estar juntos, no seas idiota Jacqueline.

La miré y me odié muchísimo, no sabía por qué, Ana me caía genial.

—No están fácil, conozco a su mujer.

—No eres tú quien debe guardarle lealtad, sino él. —Ya, ya lo sé, es solo que... —La miré fijamente—. Ella me cae muy bien.

Me sonrió, y la imité, a mi manera se lo había confesado.

—Bueno Jacqui, son cosas que pasan; pero hazme caso, aunque te caiga bien, mira por ti.

Miré de nuevo a la nada y me llené de valor.

—¿Y si tú fueras la mujer? ¿Me seguirías aconsejando lo mismo?

Parpadeó varias veces y se quedó pensando.

—Probablemente no. —Me sonrió—. Seguramente te odiaría, y pensaría que eres una puta. —Me eche a reír—. Pero ¿sabes qué? Si yo fuese la mujer, preferiría que mi marido me lo contara. Así al menos no perdería mi tiempo con alguien que no me quiere, por eso... —De repente su mirada se entristeció—. Debería decírselo a Klaus. —La miré sin contestar, ¿Qué iba a decirle?—. ¿Tú qué crees que debería hacer?

Y ahí estaba... ¿Cómo contestar cuando no era objetiva?

—A ver... —Intenté centrarme—. Si has engañado a Klaus, es porque algo falla en tu matrimonio ¿no? —Ella asintió—. ¿Crees que ese «algo» tiene solución? —Negó con la cabeza—. Entonces, quizá sí deberías decírselo. No sé Ana, mi cabeza ahora mismo no funciona como debería. —Se echó a reír y dio otro trago—. ¿Qué sientes por David?

—David... —sonrió—. Es un tío estupendo Jacqui, me rio tantísimo con él —sonreí al estar de acuerdo con ella—. Jamás me aburro, siempre me hace reír; y la verdad que es especial, pero no estoy enamorada de él, al menos eso creo —dijo sin estar muy convencida de lo que decía.

—Y ¿cómo pasó? ¿Cómo empezó todo?

Cogió aire y sonrió mirando la nada, me recordó a mí misma cuando le conté a Klaus como conocí a David, fue en ese momento cuando me di cuenta de por qué Klaus se había casado con Ana y no con otra; Ana y yo teníamos más en común de lo que yo en un principio creía, gestos, sonrisas.

—Fue en la fiesta de Alejo, la de disfraces —asentí—. Te vi hablando con él, y enseguida me llamó la atención. Me hizo reír verle vestido de Terminator. luego le perdí la pista, hasta que se acercó a mi primo a preguntarle si te había visto. Al decirle que no, se quedó hablando con nosotros un rato. Recuerdo que pusieron una canción... ahora no recuerdo bien —frunció el ceño intentado recordar—. Sé que era de Beyonce.

—No puede ser —susurré agachando la cabeza y sonriendo mientras negaba con la misma.

—¿Qué?

—¿Single Ladies?

—¡Exacto!

Eché la cabeza hacia atrás riéndome, ¿en serio podía haberla conquistado del mismo modo que a mí?

—¿Te puedes creer que la bailó? —preguntó sonriéndome—. ¡Y lo hacía igual! Lo demás ya pasó sin pensar; de repente me puse a bailar con él y después ya estaba retozando como una loca, ni siquiera sabía por dónde andaba Klaus, y sinceramente me daba igual.

—Ya veo.

Tras unos segundos en silencio, habló.

—¿Qué piensas, Jacqui?

—Que David es un tío genial —sonreí mirándola—. Aunque es un golfo, tenlo en cuenta Ana.

Me sonrió y se quedó en silencio durante varios minutos. —¿Sabes qué? —preguntó sacándome de mi ensoñación. —Dime.

—Creo que le gustas a Klaus.

Aquellas palabras hicieron que me pusiera tan nerviosa, que casi se me cae la cerveza de las manos.

—Pero ¿qué dices, Ana?

—Tranquila, Jacqui —se echó a reír—. Lo he pensado desde siempre, creo que le recuerdas en algo a su ex novia.

—¿Cómo? —Abrí los ojos—. ¿Su ex novia?

—Sí, he visto cómo te mira. Esa mirada de anhelo y deseo, esa mirada que solo se tiene hacia alguien que has amado... por eso me hace pensar que le recuerdas a ella. Lo sé porque esa misma mirada era la que tenía cuando miraba una foto que tenía entre unos libros, nunca la miré, no estaba preparada a saber con quién me enfrentaba. —Vaya —tragué saliva—. Lo siento...

—No lo sientas mujer, no tienes la culpa. —Volví a sentirme una basura—. Apenas me habló de ella cuando nos conocimos; aunque era obvio que estuvo muy enamorado de ella, ahora está increíble... pero deberías haberle visto cuando lo conocí.

—¿Por?

—Pesaba veinte kilos menos que ahora, llevaba el pelo casi por los hombros, y barba.

La miré horrorizada, ¿Estaba hablándome del mismo Klaus?

—No puede ser...

—Y tanto que sí, créeme. —Se recostó en la silla—. Lo que más me llamó la atención de Klaus, aquella mañana en la tienda comprando tu libro, fue su mirada perdida, en sus ojos, eran tan... tan tristes, que me sobrecogieron. Pero cuando leyó algo que ponía en tu libro y sonrió, el cielo se abrió. En ese instante me enamoré de él. —Me quedé en silencio mirando el suelo, no sabía nada de aquello—. Él al principio estaba reacio, me ignoraba cuando le miraba, coincidíamos y ni siquiera me saludaba. Entonces una vez me dio por seguirle y supe que siempre hacía el mismo recorrido, nunca me hablaba por muchos encuentros casuales que hiciera, hasta que un día decidí actuar. Recuerdo que esperé rezagada hasta que lo vi entrar en la cafetería donde iba siempre, las primeras veces pensé que era por las vistas del parque, pero con el tiempo, entendí que miraba hacia el edificio que había al lado; entonces entendí que estaba allí porque esperaba algo o a alguien, pero ese alguien jamás apareció. Aquella tarde entré, Klaus, como siempre, miraba

hacia allí, así que me puse frente a él, me incliné y dije la primera gilipollez que se me ocurrió y sin más se echó a reír... Ahí empezó todo.

En aquel momento tenía los ojos llenos de lágrimas y no paraba de mover los pies nerviosa, en ese momento deseaba salir de allí y correr hacia Klaus.

—¿Hablasteis durante mucho rato?

—Toda la tarde. —Sonrió y cogió aire—. Teníamos muchas cosas en común, películas, libros, incluso nos sabíamos frases de películas de memoria.

Se echó a reír y yo me mordí el labio con fuerza, sintiendo un puñal increíblemente doloroso en el corazón.

—¿Fue cuando te habló de su ex novia?

—Nunca me habló de ella, pero era obvio que le habían roto el corazón; y aunque nunca dijera nada sabía que ella seguía ahí, en su cabeza. No imaginas la curiosidad que siempre he sentido sobre cómo sería, aunque su madre me disipó muchas dudas...

—¿Su madre? —pregunte exaltada, ya que él apenas me había hablado de su madre, y resulta que Ana la había conocido incluso antes de casarse. Ana me miró durante unos segundos, después tomó aire.

—Conocí a su madre sin esperarlo. —La miré sorprendida—. Apareció una tarde por sorpresa donde vivía Klaus. Aún no había nada entre nosotros, me la presentó y enseguida me di cuenta de que no se llevaban muy bien; pero aun así ella fue muy simpática conmigo y me contó todo lo que él no había hecho. —miró sus manos—. Su madre me contó que él había estado loco por una chica, que lo había dejado después de pillarlo haciendo el capullo. Me dijo que él empezó a dejar de cuidarse, también me contó que volvió a Alemania, y allí... Bueno, allí se internó en un sanatorio donde estuvo unos meses.

Me había quedado tan alucinada que se me cayó la cerveza al suelo, la cogí en cuanto pude moverme, aunque Ana se reía de mi torpeza yo me había quedado de plastilina.

—¿Y ahora está bien? —pregunté con un hilo de voz. —¡Pues claro! —sonrió—. ¿No lo has visto? ¡Está increíble! Nunca habla de esos meses, así que es inútil sacarle el tema. Poco después de empezar a salir, me fijé que te seguía por Facebook, que buscaba cada entrevista que hacías, guardaba todos los recortes en los que hablaban de ti, y seguía tu itinerario. Una vez vi que venías a firmar libros a un centro comercial a unos kilómetros de aquí, fue poco antes de mi boda, intenté hacerme con Klaus para llevarle de sorpresa,

pero me fue imposible. Llamé a mi primo por si podía presentarnos, pero me dijo que aquel día había ido tu otra editora a acompañarte, así que me fui con mi libro con la intención de que me lo firmaras y darle así una sorpresa. Pero la sorpresa me la di yo cuando lo vi allí, tú estabas sentada firmando libros, con tu editora Nadia a tu lado, Klaus estaba a un lado, apartado del resto, pasando desapercibido, pero sin dejar de mirarte, no estaba en la cola, pero no perdía detalle; ahí fue cuando entendí que le recordabas a ella, reconozco que me sentí celosa. —Me miró disculpándose—. Pero se me pasó cuando al día siguiente apareció con el pelo rapado y sin esa asquerosa barba. —En aquel momento se me había paralizado hasta la sangre—. Imagino que tenía que haber sabido que no saldría bien, pero me encabezoné, y durante un tiempo nos fue bien; pero siempre sentí que no podría hacerle feliz. Me costó muchísimo, pero al final terminé aceptando que siempre la querría, así que viví siendo la segunda. Por eso, cuando David apareció con su alegría, haciéndome sentir especial, se me olvidó todo... —Asentí con la cabeza, siendo incapaz de hablar—. No dirás nada, ¿verdad Jacqui? —La miré sin entender—. A Klaus.

—No, no diré nada, tranquila.

Asintió con la cabeza y me levanté. Necesitaba salir de allí, necesitaba aire, y necesitaba ver a Klaus. ¿Por qué nadie me había dicho que él había estado así? Me dolía imaginarle con veinte kilos menos, con el pelo largo y barba, descuidado, y deprimido... dolía, dolía muchísimo ¿Por qué no me había contado nada? ¿En un sanatorio? ¿En Alemania? Me despedí de Ana con un abrazo. No sabía que pasaría, pero ahora mismo me daba igual, solo quería correr hacia Klaus. David seguía en su despacho mirando a la nada cuando le dije que me iba, solo asintió y me dio un beso en la mejilla.

Jamás había corrido tanto, pero sentía que se me acababa el tiempo, corría con una necesidad casi inhumana. Solo tenía a Klaus en la cabeza y corría como una desesperada, con solo una idea en mi cabeza. Cuando giré la esquina y vi de lejos la tienda de Klaus me eché a llorar, tuve que apoyarme en una pared para coger aire y serenar la llantina que tenía; me temblaban las manos y no había manera de calmarme. Varios minutos después me decidí a caminar hacia allí.

A cada paso que daba iba sintiendo como un vértigo raro que me hacía ralentizar el paso; pasó un rato más hasta que me sentí con la suficiente fuerza como para abrir la puerta, para entonces ya me había puesto la máscara de tranquilidad, aunque por dentro todo estuviera echo un desastre. Entré dentro de la tienda, y el perfume de Klaus me hizo cerrar los ojos; cuando los abrí Klaus me miraba con una sonrisa de oreja a oreja que casi consiguen desplomar mi fachada.

—Muy graciosa —dijo mientras movía el móvil, sonreí sin poder evitarlo—. sobre todo, por el mensaje indirecto.

—¿Qué mensaje indirecto?

—Take on me... —Empezó a tararear—. Take me on, i'll be gone, in a day or two...

—Me encanta esa canción, por eso te la puse.

—Ya, claro...—sonrió—. Aunque también es verdad, que dice una frase con la que estoy muy de acuerdo.

—¿Cuál?—fruncí el ceño intentando pensar cuál podría ser.

Dio unos pasos, salió del mostrador y vino hacia mí.

—Eres todas las cosas importantes, que he de recordar para siempre.

Aquello me dejó helada y de repente todas las cosas que Ana me había contado me brotaron de nuevo a la cabeza. Una sensación de angustia y dolor me invadió, y sin poder evitarlo me lancé a sus brazos, agarrándome a su cuello y pillándolo por sorpresa completamente; aun así, me apretó y besó mi mejilla, hundí mi cabeza en su cuello y olí su perfume. Fue entonces cuando rompí a llorar, él intentó separarme, pero hacia tanta fuerza contra su cuerpo, que solo pudo abrazarme más fuerte.

—¿Qué pasa? —susurró en mi oído.

—Nada —sollocé.

—Estás temblando, dime, ¿Ha pasado algo?

Por fin nos soltamos y nos miramos a los ojos. Tuve que tragar saliva porque me estaba deshaciendo viva, por él, por mí, y por los recuerdos del pasado que volvían a mí de manera horriblemente dolorosa. Antes de que pudiera volver a preguntarme nada, le agarré la cara con las manos y le di el beso más impresionante que había dado en mi vida, tanto es así, que nos separamos tras varios minutos, casi a punto de caer desmayados por la falta de oxígeno. —Jacqueline, ¿te estás despidiendo? —preguntó recuperando el aliento, pude ver terror en los ojos y entonces entendí lo mucho que me quería.

—Jamás —sonreí—. solo que... te había echado mucho de menos.

Me miró sin estar demasiado convencido, pero mi pestañeo y mi sonrisa le hizo olvidarse de lo demás; al menos seguía teniendo un poco de poder sobre él. Sin más, me volvió a besar, empotrándome contra el mostrador, besándome de esa manera que hacía que me volviera loca, cuando sentí como apretaba su cuerpo a mí, un escalofrío me recorrió entera, sentir su erección en mi estómago me volvía loca.

—Dime que pare, o te juro que te follo aquí mismo.

Sonreí ante su comentario, nada deseaba más que eso... A menuda había ido a recurrir para que lo frenase.

—Lo deseo más que respirar, sentirte dentro me vuelve loca. —suspiró ante mis palabras—. Pero creo que montarías un escándalo... —frunció el ceño—. Los cristales.

De repente le volvió la sangre a la cabeza, recordó donde estábamos, y se apartó con cuidado.

—¿Qué me haces...?

—¿Yo? —pregunté inocentemente.

—Sí, tú.

Me encogí de hombros y nos miramos fijamente durante unos minutos sin hablar. Me moría por decirle tantas cosas... Decirle que yo también estuve destrozada, que siempre le había amado, decirle que volví, que volví... y que le vi en aquella cafetería; le vi sonreír a una chica, que luego se sentó con él. Decirle que no corrí hacia él porqué simplemente no le reconocí. Si no hubiera sido porque Ana me contó aquello, jamás habría creído que aquel chico extremadamente flaco, con el pelo alborotado y barba, aquel que llamó mi atención... era él. Aún no sé si siquiera porque me quedé mirando aquel

cristal. Quizá fue esa electricidad que se acciona cuando estamos juntos, o porque aquel día estaba como loca mirando hacia todos los lados por si le veía, no lo sé, solo sé que aquella única vez en la que volví, le esperé inconscientemente, pero no apareció.

¿Cómo asimilar que justamente el día que conoció a Ana, yo había estado a varios metros de él? Pero ninguno nos dimos cuenta. El destino... el curioso destino no quiso unirnos entonces; quiso esperar dos años más, para hacer que nos encontráramos en el día de su boda ¿Por qué?

—¿Que me ocultas, Jacqui?

Di un respingo ante su pregunta.

—Nada.

—Tienes la misma cara que Bea.

—¿Bea?

—Sí, el otro día en tu casa, ¿Recuerdas? —asentí—. Pues tienes la misma expresión.

De repente caí, ¡Bea! ¡Ella ya lo sabía! Ahora ya cuadraba todo, su expresión, su palidez al ver la foto. Necesitaba salir corriendo para hablar con ella, pero necesitaba quitar las dudas de Klaus, así que cambié de tema.

—¿Qué tal la madre de Ana?

—Buena táctica para cambiar de tema. —sonreí—. Pero está bien, solo fue un susto, Ana ha ido a llevarla a casa temprano.

—Ah... —Miré hacia otro lado—. Pues me alegro de que no haya pasado nada.

—¡Yo más! Un drama familiar es lo último que necesito ahora, ya bastante la voy a liar yo.

Le sonreí, pero no dije nada, le miré embobada un rato más y lo hubiera hecho durante horas y horas, pero necesitaba salir de allí y hablar con Bea. Le distraje hablando sobre mi próximo viaje a Alemania para promocionar el libro; le conté que Alejo estaba buscando un traductor para que me acompañara en el viaje, para que me fuera más fácil a la hora de relacionarme. Cuando ya parecía que se había olvidado de que estaba rara, me despedí y me encaminé hacia el gimnasio. Caminé tan rápido que se podría decir que volaba, apenas me fijé en las calles, solo me guiaba por mi sentido de la orientación; cuando quise darme cuenta ya estaba a varios pasos de la puerta, aceleré el paso y entré de golpe. Bea estaba tras el mostrador mirando unos papeles, el chivato de la puerta avisó de mi presencia, cuando levantó la cabeza fui hacia ella.

—¡Porque no me lo dijiste!

—Vaya. —Se cruzó de brazos—. Yo también me alegro de verte, Jacqui.

—Bea...

Se reclinó en la silla y me miró sonriendo.

—Ni siquiera sabía que era ella.

—Pero luego sí ¡Por eso te cambió la cara!

—Sí, pero ¿Cómo querías que te lo dijera? ¿Delante de Klaus? ¿Estás loca?

—No, pero podrías habérmelo dicho después por Whatsapp.

—¿En serio crees que esas cosas se pueden hablar por Whatsapp? Pensaba llamarte hoy, pero mírate, ¡estás histérica!

—¡Cómo quieres que esté! —Caminé nerviosa de un lado a otro—. Si al menos me lo hubieras dicho, no me hubiera pillado tan de sorpresa.

De repente frunció el ceño y se inclinó alzando una ceja. —¿Pillado de sorpresa?

—¡Los he pillado, joder! —Abrió los ojos de par en par—. Cuando he ido a llevarle a David las llaves a su casa, estaban ahí... ¿Cómo crees que lo sé?

—¡Dios! —Me miró fijamente—. Pensé que David te lo había contado.

—David ni siquiera sabía que era la mujer de Klaus.

—¡Joder! Creo que me voy a poner de parto. —Se puso las manos en la barriga—. ¡Madre de dios! ¿y ahora qué?

Me encogí de hombros y caminé en círculos hasta que casi me caigo a causa del mareo que me dio, decidí sentarme en el mostrador y respiré.

—¿Se lo dirás a Klaus? —negué con la cabeza—. ¿Por qué?

—Debe ser ella, no yo. No quiero interferir en su decisión de dejarla, además, me preguntará como lo sé ¿Y qué le digo? No quiero que le...

—Ocurra nada a David. —Terminó la frase por mí y asentí. Me miró durante unos minutos a los ojos, verde frente a verde—. Pero ¿Qué narices te pasa con David?

—¿A qué te refieres?

—Jacqueline Amorós, le sobreproteges demasiado. Él ya es mayorcito, además ¿Qué te crees que va a hacerle Klaus? ¿Matarlo?, ¡Vamos por dios!

—Señorita Beatriz, no le sobreprotejo Nos miramos fijamente.

—Espero que tengas claro y aceptes que, David, es tu debilidad.

Di un brinco al escuchar esas palabras.

—¿Qué? ¡No!

—¡Oh amiga! ¡Claro que sí! —negué con la cabeza nerviosa.

—¡Mi debilidad es Klaus!

—Ahí te equivocas, mírame... —La miré a los ojos—. Tú amas a Klaus, no lo he dudado un instante. Vi cómo estuviste sin él, eras un zombi. Pero que ames a Klaus, no quita para que David sea tu debilidad. Con la mano en el corazón, si nunca hubiera vuelto a aparecer Klaus en tu vida, ¿con quién estarías ahora?

—Bea...

—Contesta. —Cogí aire y cerré los ojos.

—Con David. —Agaché la cabeza al escuchar mi propia voz. Me llevé las manos a la cabeza y masajé mi frente, necesitaba despejar la presión que sentía.

—Cariño... —La miré—. El motivo por el cual no quieres decirle nada a Klaus, es porque no quieres perjudicar a David. No me digas que únicamente es porque quieras que sea la decisión de Klaus, que también, sino porque no quieres que le ocurra nada y prefieres cargar con el peso de tu silencio, porque a tu manera, y muy diferente que, de Klaus, tú estás enamorada de David.

—¿Qué? ¡No! Deja de decir tonterías.

—Jacqueline, lo que te estoy diciendo es lo que tú sabes desde siempre y Klaus también lo sabe. ¿Por qué te crees que le tiene tanta manía? No es por lo que David siente por ti, sino porque sabe lo tú sientes por él. —Tragué saliva. Sentí que el corazón me iba a mil, y lo cierto era que muchas veces me había preguntado a mí misma qué sentía realmente hacia David. Y parecía que la respuesta, que yo no conseguía hallar, era clara para el resto de la gente, ¿se podía querer a dos personas a la vez? ¿Aunque fuera de distinta forma? ¿Siendo ambas de amor? —Jacqui ... —Me acarició las manos—. Lo que sentías por David no cambió, simplemente ocurrió que Klaus, lo elevó todo a una categoría indescriptible. Klaus te enseñó el infinito y después, cuando todo acabó, la realidad te resultaba incoincidental. Pero no porque no sintieras nada por David, sino porque lo que sentías por Klaus era tan grande, que nublaba todo lo demás.

—¿Por qué me dices todo eso ahora?

—Porque siempre he querido hacerlo, y nunca me he atrevido. Ahora te pido que pienses, que afrontes lo que sientes y tengas en cuenta que, lo que te hace sentir Klaus, no es algo que pase muy a menudo; te has visto con él y sin él. Sin él no estás completa, por eso te digo que no hagas nada que pueda

perjudicar lo vuestro. Nos miramos de nuevo, quizá tuviera razón, aunque, a decir verdad, ahora tenía más dudas que cuando había llegado. Me levanté y me dirigí hacia la puerta, necesitaba salir de allí. De repente me quedé en la puerta, me volví hacia Bea sonriéndole.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Lo mismo que ahora. —me sonrió—. Pero tardando un poco más en entender algunas cosas.

—Está claro que tú no necesitas abuela. —Me guiñó un ojo—. Por cierto, ¿recuerdas la primera vez que vine aquí? Después de irme.

Se tomó unos minutos para pensar.

—¿La vez que cenamos todas en tu antiguo piso?

—Sí.

—¡Como para olvidarla! —Me miró con la mirada triste—. Estabas echa un auténtico desastre.

Sonreí a recordar varias anécdotas de esa noche de chicas. —¿Recuerdas cuando me viste?

—Sí, estabas en el portal de abajo —frunció el ceño—. ¿A dónde quieres ir a parar con eso?

—El chico...al que estaba mirando cuando me saludaste. —¿El barbudo de la cafetería? —Asentí—. Sí ¿Por qué? ¿Qué pasa con él?

—Era Klaus.

Abrió los ojos de par en par y, por primera vez, me vi reflejada en un espejo, esa misma había sido mi expresión tantas y tantas veces. Sin más, me di la vuelta y salí camino a mi casa, necesitaba una ducha y dormir hasta el año que viene.

8

Entré a mi casa arrastrando los pies, como si llevara una losa de cien kilos encima, ni siquiera me duché, me metí directamente en la cama que aún olía a Klaus, y quizá por eso pude dormirme tan rápidamente.

Serian alrededor de las doce de la noche cuando me sobresaltaron unos golpes en la puerta, miré a ambos lados y la oscuridad se cernía por toda la estancia, encendí la lamparita y me restregué los ojos. Los golpes no cesaban, así que, medio adormilada, bajé las escaleras a trompicones. La idea de acabar cayéndome al suelo y romperme una pierna cada vez empezaba a tomar más forma. Fui hacia la puerta dudando en abrir o no, hasta que reconocí la voz de Klaus llamándome, entonces me despejé rápidamente y corrí hacia la puerta, abrí de golpe por la urgencia de su voz y un airado Klaus entró irradiando hostilidad por los cuatro costados.

—Klaus —susurré cerrando la puerta—. ¿Qué ha pasado?

—Lo sabías... —dijo dándome la espalda, y todas las terminaciones nerviosas se me pusieron a mil.

—¿Cómo?

—¡No te hagas la tonta! —Abrí los ojos de par en par—. Lo de Ana... ¡Lo sabías! ¿Verdad?

Tragué saliva, y todos mis miedos empezaron a hacerse reales.

—Me he enterado esta mañana —dije agachando la cabeza—. Te aseguro que no he sabido nada en todo este tiempo, te lo prometo.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —Me encogí de hombros—. Ya veo.

—Klaus, creí que debía ser ella quien te lo dijera. —¿Creías?, ¿Creías? —gritó asustándome—. ¿Te has parado a pensar, durante un segundo, cómo puedo sentirme después de saber, que has venido a mi tienda, me has mirado a la cara, me has besado, sabiendo lo que sabías?! ¿Cómo has podido mirarme a la cara? ¿Y tú me quieres, Jacqui?

—Klaus, ¡cálmate, por favor! —fui hacia él, que retrocedió para evitar que le tocara— En ese momento tenía otras cosas en la cabeza, por favor cálmate y te contaré todo, ¡por favor!

—¿Otras cosas? ¡Por dios, Jacqui! —Se llevó las manos al pelo y me miró empezando a llorar—. ¿Sabes que hubiera hecho yo? ¡Hubiera corrido!

¡Hubiera corrido kilómetros si hubiese hecho falta para decírtelo! Jamás te habría mentido, por nada del mundo te hubiera mirado a la cara después de todo lo que habíamos hablado y te hubiera mentido... ¿Cómo has podido?

Verlo llorar me dejó sin fuerzas, solo podía morderme el labio y llorar desconsoladamente siendo incapaz de hablar, ni siquiera para explicarle que no le dije lo de Ana en ese momento, porque no podía parar de pensar en lo del sanatorio, en su deterioro físico, y en que me atormentaba la idea de saber que lo había visto, y no me había dado cuenta, ¿Cómo iba a decirle que me sentía responsable de que hubiéramos estado cinco años separados? Si hubiera prestado más atención, si hubiera seguido aquel impulso que me llevó a pensar en acercarme a esa cafetería para ver a aquel chico más de cerca... si hubiera...si hubiera... Y ahí estaba yo, rompiéndome sin poder hablar, cargando con mi silencio.

—¿Sabes quién ha venido a decírmelo, Jacqueline? —Le miré— David. David ha venido a mi casa, ha tenido el valor que tú no has tenido y me lo ha contado todo.

Abrí mis ojos de par en par.

—¿David te ha dicho que yo fui quien los pilló? —dije en susurros.

Klaus se cruzó de brazos y se transformó en hielo. —¿Ya no estás muda? —agaché la cabeza—. Pues debo decirte que no, David ni siquiera te mencionó, me contó que se enteró por casualidad de quien era Ana y que no podía quedarse callado. Ha sido Ana la que, para mi sorpresa, después de enfrentarme a ella me ha preguntado si habías sido tú la que me lo había contado ¿imaginas que cara se me ha quedado?

—Lo siento —dije llorando—. pero no es como piensas. —Es por David, ¿Verdad? ¡No me has dicho nada porque era él! Si hubiera sido otro...

—¡Hubiera hecho lo mismo!

—¡Mientes! —gritó Me tapé la cara y me derrumbé allí mismo.

—Le quieres, ¿Verdad? —preguntó mirándome de arriba abajo.

—Sí —dije con la voz temblorosa—. Pero no como a ti.

—No me vale. —Tragó saliva y vi cómo le caían lágrimas por la mejilla—. No me vale, Jacqueline. Y que conste que por una vez agradezco que David haya tenido el valor, que te ha faltado a ti. Me ha mostrado él, mucha más lealtad que tú.

—Klaus, por favor...

—No Jacqueline, no sé si quiero volver a verte.

Y allí de rodillas, frente a él, acepté mi destino, ¿Qué podía hacer? Si ni

siquiera podía explicarme. Para cuando me di cuenta, Klaus ya se había ido y no solo de mi apartamento, sino de mi vida.

FIN

Epilogo

Las siguientes veinticuatro horas las pasé haciendo las maletas, mi viaje a Alemania me esperaba, y aunque lo único que quería era desaparecer, no podía dejar de trabajar. David había intentado hablar conmigo millones de veces, pero ni le había abierto, ni le había cogido el móvil. No estaba enfadada con él, el pobre ni siquiera me había delatado. Pero, aun así, le responsabilizaba en parte de lo ocurrido. Si él no hubiera dicho nada... ¿Ana lo hubiera hecho? ¿En serio podía confiar en ella?

Veinticuatro horas más tarde, y aislada del mundo, las pasé escribiendo sin parar, casi sin dormir y contando las horas para poner tierra de por medio una vez más.

Un Whatsapp me sobresaltó.

«**David;23:01:** Mira tú correo...»

Dudé en hacerlo o no, pero llevada por algo que aún no sé, lo abrí.

«Sé que estarás dándole vueltas a todo. Por eso te regalo mi canción preferida. Goodbye my lover. Este trozo me recuerda a ti, y a que en unas horas te irás... “son mis sueños los que te llevas, y si cambias, recuérdame, recuérdame así como todo lo que solíamos ser”»

Piqué el enlace que de antemano sabía que me haría llorar, y cuando terminó la canción lo había corroborado, después negué con la cabeza sonriendo; «David y sus cosas» sonó mi móvil de nuevo, y esta vez lo miré sonriendo.

«**David; 23:15:** ... ¿Me perdonas?

Jaqueline; 23:17: Usar canciones sensibleras, no es jugar limpio...

David; 23:17: ¿Eso es un sí?

Jaqueline; 23:17: Síííí .

David;23:18: Pues entonces ábreme...»

Miré la puerta con los ojos abiertos de par en par, ¿en serio estaba allí? Cuando miré por la mirilla de la puerta le vi apoyado esperando mi veredicto y no pude evitar sonreír. Me miró sin moverse, estuvimos mirándonos durante unos segundos hasta que dio unos pasos y le imité, segundos después, nos dimos un abrazo enorme.

—Lo siento, Jacqueline —dijo susurrando en mi oído—. Si hubiera

sabido que pasaría esto, jamás habría dicho nada.

—Tranquilo. —Le abracé más fuerte—. Hiciste lo que debías hacer, no te preocupes.

Le hice pasar y cerré la puerta tras de sí y le vi caminar hacia el sofá. Siempre había tenido una espalda maravillosa, fue directo hacia el sofá y se sentó, parecía cansado y visiblemente algo más delgado.

—¿Tienes hambre?

—No enana, gracias. —Le sonreí y me senté a su lado; de repente me arrepentí de haberle estado ignorando estos dos días—. Si te preguntas por qué se lo dije. —Me miró—. Fue porque Ana no iba a decírselo.

Le miré abriendo los ojos de par en par.

—¿Cómo?

—Cuando te fuiste estuvimos hablando. Ella me dijo que hablar contigo le había hecho recordar lo que quería a Klaus. —Se miró las manos nervioso—. Me dijo que no le diría nada, que intentaría arreglar las cosas y... y no pude, no pude callarme, aunque mi silencio me hubiera beneficiado.

—¿A qué te refieres David?

—A que no podía callarme y permitir que volvieras a sufrir. Cuando entré en la tienda supe que no le habías dicho nada, ¿sabes lo que significó para mí? Habías guardado un silencio que no debías; una lealtad que quizá yo no mereciera, y no me pareció justo que te quedaras esperando, él debía saber la verdad... Lo que no imaginaba es que Ana te mencionaría a ti.

—Bueno... —Tragué saliva—. No la culpo por querer arreglar su matrimonio, que sea una zorra es aparte... —sonrió ante mi comentario—. Y bueno, esto tenía que pasar y ya está. David, de verdad, no pasa nada.

Me sonrió mientras me apretaba la mano, poco después miró mis maletas en la puerta y me observó de nuevo.

—¿A qué hora sale tu vuelo?

—A las seis de la mañana. —Me recosté en el sofá. —¿Puedo acompañarte?

—Claro. —le sonreí.

Me devolvió la sonrisa y se recostó a mi lado; después de varios minutos en silencio empezamos a hablar, de todo y de nada, riéndonos, recordando miles de anécdotas. Fue entonces cuando entendí a qué se refería Klaus cuando decía que teníamos mucha complicidad, era cierto, y palpable. Cuando ya no me pude reír más, él se levantó y fue hacia la pared en la que tenía las frases, la miró durante un rato y me devolvió la mirada.

—¿Puedo escribir una? —preguntó con las manos en los bolsillos.

—¿Y aún me lo preguntas?

Sin necesidad de decirle nada más, fue hacia mi estudio y lo vi bajar cargado de una caja. Hizo una especie de línea con celofán para que fuera recta, y me obligó a que no mirara, así que, mientras desarrollaba sus manualidades en mi pared, me puse a prepararme lo único que me faltaba recoger. Cuando terminé fui hacia el salón, donde David observaba su propia obra.

—Creo que ya está —Se giró y me sonrió.

—¿Puedo verla ya?

—Por supuesto. —Se levantó—. Toda tuya.

Me acuclillé frente a la pared.

«Te amo como se aman ciertas cosas oscuras, secretamente, entre la sombra y el alma.

De pablo Neruda, pero llena de ti... D»

Cogí aire y levanté los ojos hacia él. David me miraba fijamente bastante tranquilo, cosa curiosa, porque yo estaba deshecha por los nervios y las emociones que estaba experimentando. —David...

—Calla. —Me ayudó a levantarme—. No digas nada, no hace falta.

Me lancé a sus brazos y me sentí algo más segura. Bea tenía razón, a mi manera y de distinta forma que a Klaus, estaba enamorada de David y lo estaría siempre... pero nunca podría estar con él mientras Klaus existiera. El resto de la noche la pasamos jugando a distintos juegos de cartas, y pude disfrutar de cada instante de David, sin sexo, siendo amigos y cómplices, riendo, y llorando, incluso hablando de Michael Jackson del cual David era un acérrimo fan.

5:30 de la madrugada.

David me ayudó con las maletas, y se quedó a mi lado hasta que tuve que embarcar, verle allí me recordó demasiadas cosas.

—¡Dios! —Susurró— Qué extraña sensación de Déjà vu, ¿Verdad?

Me eché a reír y asentí con la cabeza.

—Con la diferencia de que esta vez, volveré.

—Me dejas más tranquilo —dijo abrazándome.

Le correspondí el abrazo y cerré los ojos aspirando su aroma. Alejo ya estaba en Alemania, así que me recogería allí, con el traductor. Cuando nos separamos, sacó una carta doblada de su bolsillo y me la tendió.

—Léela cuando estés sentada en el avión.

—¿Y esto? —Le miré frunciendo el ceño.

—Unos garabatos... —sonrió—. pero quería que lo tuvieras.

Sonreí y le di dos besos y otro gran abrazo, cuando nos soltamos, le miré una última vez y fui hacia la puerta de embarque, ya iba a cruzarla cuando lo oí llamarme.

—¡Jacqueline! —me volví hacia él—. ¡Recuerda! ¡Show must go on!

Le sonreí y asentí, «El show debe continuar» me di la vuelta y le perdí de vista. Habíamos escuchado esa canción millones de veces tiempo atrás, y él sabía el significado que tenía esa canción del gran Mercury para mí. El rato que estuve hasta que me metí en el avión se me hizo larguísimo, y hubiera abierto la carta incumpliendo mi palabra si no hubiera sido porque me entretuve mirando unos libros en un escaparate. Cuando por fin me senté en mi asiento al lado de la ventanilla, saqué la carta que me había dado y la abrí.

Primero de todo, enciende tu iPod y ponte la canción número 5, (hazlo, que te conozco)

Sonreí mientras que rebuscaba por mi bolso de mano, seleccioné la canción que no sabía que estaba allí y escuché la voz de Carlos Rivera, entonces supe al instante que lloraría, y mucho.

Te estarás preguntando a qué viene esto. Siento haber sido un cobarde, pero no podía despedirme de ti, porque me habrías dicho que me quedara y te hubiera hecho caso.

Mi querida Jacqueline, debo decirte, o confesarte, como quieras verlo... que cuando vuelvas yo no estaré.

Tranquila, respira... ¡No me voy a morir! Pero me ha salido una oportunidad de trabajo fuera de España, y la verdad, me hace mucha falta cambiar de aires.

Espero que puedas perdonarme, anoche intenté contarte esto miles de veces, pero no podía, gracias por pasar la noche conmigo, me encantó embeberme de ti.

Creo que la distancia nos vendrá bien a los dos, cada vez soy más consciente de que perjudico tu avance con Klaus, y yo solo quiero tu felicidad; aunque eso no me lleve a la mía propia. Necesito estar lejos de ti, al menos hasta que pueda calmar lo que siento por ti. Te llamaré cuando necesite hablar contigo, no me llames tú por favor, sería todo mucho más difícil, pero te prometo que volveré. Dios... tenía tantas cosas en mi cabeza y ahora no hay manera de sacarlas, así que, por eso quería que escucharas esta canción, que dice todo lo que yo no puedo... te dejo escrito de mi puño y letra la canción

que me hace soñarte.

“El Hubiera no existe”

Hubiera preferido perder en batalla, a mi alma, que perderte a ti. Te hubiera regalado mi ración de aire, aunque es tarde respirar por ti...

Si hubiera dicho todo y sin guardarme nada, me asustaba, no decirlo bien.

Si hubiera la manera de cambiarlo todo, o algún modo de volar al ayer, pero no, no existe...

El hubiera no existe, solo queda la continuación. Y aunque me arrepienta, no hay boleto de vuelta, para ir a pedirte perdón...

No me odies enana, te prometo que te devolveré lo que perdiste por callar y brindarme tú lealtad. ¡Te quiero como no imaginas! Y ojalá no fuera así, porque de esa forma todo no dolería así...

Leí la carta varias veces, sin casi ver a causa de las lágrimas, ¿David se iba? Me tapé la cara con las manos y grité interiormente. Las lágrimas caían en cascada por mi cara, lloraba por David, por Klaus, y por mí, pero, por una vez, no tenía miedo.

Cada parte de ti

A la memoria de mi tía Amparo

Que dulce era hablar, si te hacia sonreír. (Manolo García)

No sabes cuánto amor te llevaste, pero ha sido increíble ver el que has dejado.

Prologo

Hamburgo, Alemania 5 meses después.

Estaba recostada en aquella silla de escritorio con los pies encima de la mesa, los ojos cerrados, y tocando suavemente una de mis canciones preferidas; aunque me encontraba de frente al increíble lago Alster, necesitaba cerrar los ojos para concentrarme por completo en la melodía de la canción.

—¡Vaya! eso ya está empezando a sonar muy bien.

Me di la vuelta sonriendo y detrás de mí se encontraba Alejo vestido de traje e irradiando una elegancia envidiable, al menos para mí.

—¿Has venido así en el avión? —pregunté sorprendida. —He hecho una pequeña parada antes. —Me sonrió—. Gracias por dejar que me quede en tu habitación, este hotel es carísimo. —No me las des, por mi culpa tienes que viajar hasta aquí a verme, y esto de tener influencias con gente importante, mola bastante.

—¿El hijo del socio de tu padre? —sonreí con ganas.

—Es accionista de medio mundo —resoplé—, pero vamos, que lo mío me está costando, no te creas... pero ¡Es tan bonito! Echó un vistazo por el enorme salón de mi habitación de hotel y se sentó en la cama.

—Esta habitación es más grande que mi apartamento, ¿piensas volver algún día a España?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Aquí estoy bien. —Eso ya lo sé, pero si aún no sabes el tiempo que te quedaras ¿Por qué no alquilas un apartamento o algo? ¿No te aburre vivir en un hotel?

Lo miré sorprendida.

—¿Has visto el tamaño de esta habitación? Es más grande que el primer piso que tuve, tengo una vista del lago impresionante y, además, aquí me siento menos sola. —Miré por la ventana de un soleado doce de junio—. Siempre hay personas por todos lados, van y vienen, siempre hay gente distinta. —sonreí—. Eso me inspira.

—Ya... —Me miró incrédulo—. No será por ese perro, ¿no?

—¿Qué perro? —me salía genial fingir desinterés.

—El perro. —Se echó el pelo hacia atrás—. No te hagas la loca.

Le miré y me crucé de brazos.

—Creí que era el perro de un amigo.

—Eso lo di por hecho, pero no se me olvida el mal rato que me hiciste pasar, ¡la gente te miraba!

—Me importa un bledo la gente —refunfuñé—. Además, tampoco entiendo un bledo de lo que dicen.

Eché la cabeza hacia atrás riéndose y terminó por contagiarme, me senté de nuevo en la silla y me crucé de piernas mientras le miraba fijamente. Conocía a Alejo y sabía que quería preguntarme algo, supongo que estaba meditando como hacerlo, hasta que lo vi coger aire.

—Veo que sigues igual con el idioma ¿Ya te vas apañando un poco?

—Con algunas cosas sí —dije pensativa—. Aunque este idioma es jodidamente difícil, creo que hice mal en prescindir de un traductor.

—Entonces ¿Cómo te entiendes con la gente de aquí?

—Bueno, algunas son latinas y hablamos en español, y los que no... Han terminado por aprenderlo. —Miré a Alejo que sonreía—. Soy un caos, ¿verdad?

—Sí, eso mismo iba a comentarte —Me eché a reír—. De todas formas, ¿te gustaría que buscara uno? Te hará falta en las próximas entrevistas que tienes.

—Si pudieras hacerme ese favor, te lo agradecería eternamente.

—No hay problema, Jacqueline. —Me miró—. ¿Te gustaría venir al teatro con Paul y conmigo?

Sonreí, mientras le miraba con cariño.

—No me enteraría de nada, soy una inepta para los idiomas, ¿recuerdas? Id vosotros y pasadlo genial, yo me quedaré aquí escribiendo, tengo varias historias en la cabeza.

—Como quieras. ¡Oye! Casi se me olvida. —Me sonrió divertido—. Gracias por entregar tan pronto la tercera parte, la segunda está siendo un éxito y eso que ni te has dignado a hacer una presentación decente...

—¡Sí la hice!

—Una presentación Online no cuenta como oficial. —Fruñí el ceño—. Pero bueno, ¿Qué te parece si hacemos una presentación de los dos cuando salga la tercera? ¡Ahí no me puedes fallar!

—Que sí, tranquilo.

Me miró fijamente durante unos segundos, y poco después desapareció de mi vista. Volver a España me daba miedo, esa era la verdadera razón por la cual aún no había planeado mi regreso.

Después de un rato miré a la nada y empecé a darle vueltas a la vida

amorosa de Alejo; era curioso como de fácil le resultaba salir con hombres diferentes, sinceramente le envidiaba.

Pocas horas después, el aburrimiento empezaba a ser ensordecedor; así que me puse los vaqueros y una camiseta de tirantes, cogí una rebeca por si luego tenía algo de fresco —el verano era mucho más frío aquí, que en España—. Mi Hotel estaba situado en la calle Neuer Jungfernstieg, y tenía una vista increíble del lago. Me encaminé hacia un parque donde solía ir cada tarde con mi libreta, y anotaba todo lo que se me ocurría. Hice una pequeña parada en la pastelería de siempre, me compré un café con leche y una berlina. Cargada de calorías fui directa al banco de siempre, donde me senté a observar a la gente que solía pasear por allí. La muchedumbre que pasaba caminando me sonreía, la que iba haciendo footing me miraban con ojos de reproche, ya fuera porque ellos no podían comer aquello dada su dieta estricta, o porque pensaban que yo acabaría con el culo más grande que el propio banco.

1

Aquel día estaba bastante espesa, apenas había hecho unas pocas anotaciones, y me daba rabia no seguir con la racha de inspiración que había tenido estos últimos meses. Saludé a varias personas con las que solía coincidir allí a menudo, inconscientemente sonreí al recordar la primera vez que llevé allí a Alejo. Estaba haciendo un maravilloso papel de guía turístico cuando salí disparada hacia un perro que hubiera jurado que era Play, pero por más que corrí no logré más que abochornar al pobre Alejo, que me seguía corriendo detrás. Me fue completamente imposible alcanzar al dueño, y aunque lo volví a ver tiempo después, no me acerqué a él. Primero y muy importante ¿Qué le iba a decir? Apenas sabía el idioma, y era una vergüenza dado el hecho de que llevaba cinco meses allí; y segundo, no volvió a acudir con «Play», o quien quiera que fuera ese perro.

Levanté la mirada sonriendo cuando vi que al igual que muchos otros días, aquel hombre se encontraba allí. Tendría alrededor de cincuenta y pocos, pero llamaba enormemente la atención; era como esos actores de Hollywood que con cada año parece que no envejecen, sino que se van haciendo más y más atractivos, royo Brad Pitt. Me había pillado más de una vez mirándole, pero para mi sorpresa, se limitaba a sonreírme y a saludarme con un movimiento de cabeza, eso se había vuelto un ritual. Aunque nunca se acercó a decirme nada, supongo que estaría casado, un hombre así era imposible que fuera soltero.

Poco rato después, y para amenizar el camino de vuelta a mi hotel, me puse los auriculares e inicié el camino a «casa». Me hospedaba en el «Fairmont hotel vier jahreszeiten» y siempre hacia la vuelta por una ruta distinta; iba y volvía por distintos sitios, me encantaba explorar. A pocos metros de donde estaba, vi una librería y aceleré el paso. No había algo que me gustara más que el olor a libros, y era una necesidad casi fisiológica el tener que entrar y empaparme del aroma. Casi me caigo de culo cuando vi un cartel enorme con la portada de mi libro en el escaparate, justo encima de la portada había unas palabras en alemán; «Kommen trilogie mehr erwartet» y debajo de esa frase había un título en grande, «Jeder teil meines». Como no entendía una mierda de lo que ponía, e impresionada por ver mi libro allí,

recurrí al mejor amigo del mundo «Google», lo que había escrito allí era más o menos algo así: «Próximamente la trilogía más esperada...» «Cada parte de mí».

Lo poco de aquel idioma que había aprendido, es que era más directo que el español. No había tantas florituras, era algo más como... «Tú siéntate en silla, ya.» —algo así— al menos así lo veía yo. Mandé un mensaje a Alejo preguntándole sobre aquello, ya que no me había dicho nada, pero no me contestó. Con los nervios a flor de piel me saqué una foto con el cartel de fondo, y la pasé por Whatsapp al grupo de mis amigas, seguido de miles de iconos, para después seguirle Facebook, Twitter, Instagram... y demás redes sociales.

Después de varias fotos, y con una renovada autoestima, llegué a mi hotel algo exhausta. Tras ducharme y ponerme el pijama, dudé en qué invertir mi tiempo, aún no tenía sueño, y pese a que no había cenado, no tenía ni pizca de hambre; así que, después de mucho marear, me decidí por poner una película. Desde hacía cinco meses no veía otra cosa que no fueran películas de DVD. Esa noche me decidí por uno de mis directores preferidos, Tim Burton. Cuando me senté frente al televisor a disfrutar del magnífico Willy Wonka, empezó a antojárseme algo dulce, lo sabía... ¿A quién no le apetecería algo dulce, ¿mientras ve Charlie y la fábrica de chocolate?

Disfruté como una enana con las excentricidades de Jhonny Depp, aquel hombre tenía la habilidad de ser mil personajes, y todos ellos me dejaban con la boca abierta. No serían más de las de las dos de la madrugada cuando decidí intentar dormir. Miraba el portátil con recelo, sabía que debía ponerme a escribir, pero por primera vez en mucho tiempo no era cuestión de inspiración sino de pereza. No tenía remedio, estaba en un plan que no había quien me entendiera, y no porque nadie hablara español, que también, sino que estaba en un plan bastante insoportable. No sé exactamente cuándo me venció el sueño, pero recuerdo que, al despertar a las pocas horas, una música de piano se filtraba por la puerta entreabierta de la terraza.

La estancia se encontraba fría, pero prefería esa brisa a estar todo cerrado; además, me encantaba dormir tapada hasta los ojos. Me restregué los parpados, por un momento no recordaba dónde estaba, cuando la música volvió a sonar, supe que me encontraba despierta y no soñando. Me puse mi rebeca vieja morada y recogí mi pelo en un moño. Fui dando tumbos hacia la terraza, hubiera sido más inteligente encender la luz, pero en aquel momento me costaría contar hasta cuatro sin equivocarme. Cuando me asomé por

completo a la terraza, la música se escuchaba mucho más nítida; aquella melodía era enormemente triste, pero maravillosa al mismo tiempo; unas ganas terribles de saber quién hacía vibrar ese piano me impulsó para salir de mi habitación. Antes de dirigirme directamente hacia dónde venía la música, me entretuve sacando unas chocolatinas de una máquina que había en un rincón del hotel; no pegaba en absoluto con la estética elegante de aquel lugar, pero venía de perlas cuando tenías un hambre atroz y te negabas a dejarte media vida con las cosas del minibar ¿Por qué eran tan jodidamente caras? ¿Acaso las transportaban hasta allí en helicóptero?

El hotel estaba en un profundo silencio, tanto, que hasta daba un poco de miedo. Me metí en el ascensor, y antes de lo que me esperaba ya estaba paseando por uno de los pasillos que ya se había convertido, en cierta manera, en mi hogar. Saludé a la recepcionista de guardia que estaba aquella noche y seguí mi peregrinaje hacia la búsqueda de aquella música. Cuando creía que me lo había imaginado, un ruido me indicó que iba por el camino correcto. De repente, me vi frente a una puerta entreabierta, cuando me acerqué empezó a tocar de nuevo, de espaldas a mí, y frente a un gran piano de cola, había una mujer. Llevaba su pelo rubio suelto y rizado y movía los dedos con una agilidad impresionante, me adentré sin hacer el menor ruido posible, supe que aquella mujer estaba enormemente absorta cuando ni siquiera se giró, apoyé mi cuerpo en aquella pared, y cerré los ojos para dejar que la música me calara hasta el fondo. Sin esperarlo, ella empezó a cantar poniéndome los pelos de punta.

La canción hablaba sobre un amor que aparecía en el peor momento, pues ambos se habían encontrado estando cada uno con una pareja, culpando al miedo de quedarse solos el que hace que estés con alguien, no por amor, sino por costumbre, y es cuando sin más, aparece esa persona... pero como es lógico, tarde.

«Quizá en otras vidas, quizá en otras muertes, qué ganas de rozarte...» — me estremecí por el tono que le dio a la última palabra, y sentí el deseo que impregnaba a la hora de pronunciar—. «Qué ganas de tocarte...» —Esta vez solo pude morderme el labio y dejar que las lágrimas cayeran por mis mejillas. Aquel desgarró a la hora de pronunciar esas palabras me había matado—. «...De acercarme a ti y golpearlo con un beso. De fugarnos para siempre, sin daños a terceros...»

Ahogué un suspiro por miedo a ser descubierta, pero antes de darme tiempo a salir, ya se había vuelto hacia mí, y me miraba con el ceño fruncido.

—Lo siento... —susurré—. No quería molestarla, solo es que había escuchado la música desde mi hab...

—¡Oh! —me interrumpió—. ¡Perdón! Discúlpeme, ¿La he despertado? —Se levantó y vino rápidamente hacia mí.

—No, tranquila, solo que... ¡Guau! Toca de maravilla, y no he podido resistirme a bajar, es una canción preciosa.

—Gracias, ¿no la habías escuchado nunca? —Negué con la cabeza—. Es de Ricardo Arjona. Bella ¿Verdad?

—Preciosa. —me sonrojé por el modo en el que me miraba—. Por cierto, soy Jacqueline.

Me sonrió y asintió con la cabeza aceptando mi mano.

—Yo Susana. Encantada de conocerte, Jacqueline.

—Lo mismo digo.

—¡Por dios! No me hables de usted... Me haces sentir mayor.

Asentí avergonzada; ahora que la observaba mejor me di cuenta de que no debía tener muchos más años que yo, quizá cuatro o cinco. Me dio la espalda y fue hacia la terraza. Cuando estuvo a punto de salir, se volvió hacia mí, y movió su cabeza en una señal para que la siguiera. Crucé todo aquel salón en penumbras hasta que salí a la enorme terraza, me dio un pequeño escalofrío y apreté la rebeca sobre mi cuerpo, ella ya estaba sentada en uno de los comodísimos sillones de exterior. Con cuidado me senté a su lado.

—Así que, tú eres la escritora ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, la chica de recepción me dijo que había una escritora española en el hotel, y españolas, que yo sepa, solo estas tú. —me sonrió y la imité—. Además, me he leído tus libros, eres muy buena.

—Bueno, si soy la mitad de buena que tú en el piano, me daré por satisfecha.

—Muchas gracias —me sonrió de nuevo—. Soy pianista profesional, es mi trabajo.

—¿En serio? —Abrí mis ojos de par en par—. La verdad que ahora tiene sentido, tocas maravillosamente bien.

—Gracias, estamos dando una gira de conciertos por toda Alemania.

—Increíble.

—¿Y tú?, ¿En busca de inspiración?

—me miró dulcemente.

—Sí, se podría decir que sí; o al menos es lo que pretendo. Durante la

siguiente media hora hablamos de casi todo, de lo que nos gustaba de ese país, de lo que habíamos visitado. Susana era de Colombia, y la mayor parte de su familia vivía en Bogotá, me contó miles de historias y de todo lo que había dejado atrás por seguir su sueño. Me sentía identificada en cada palabra; tanto que, por un momento, olvidé dónde me encontraba.

—Antes, cuando cantabas, me he dado cuenta de una cosa... —¿De qué?
—preguntó clavando sus oscuros ojos, en los míos.

—Has pronunciado las palabras, «rozarte» y «tocarte» de una manera especial. Tan especial, que me has puesto el bello de punta. Me sonrió mostrándome toda la dentadura, pero aquella sonrisa no le acabo de llegar a los ojos.

—Eres muy observadora.

—Bueno, digamos que siento bastante empatía, ¿pensabas en alguien verdad?

—¿Y quién no, Jacqueline? —Me miró amigablemente—. Siempre hay alguien detrás de lo que cantamos, o escribimos, que nos inspira. Alguien que nos hace encontrar el sentido a las cosas más simples, y hace de lo cotidiano, algo bello. ¿No es así?

La miré unos segundos sin parpadear.

—Palabra por palabra.

—Yo reflejo todo eso tocando el piano, al igual que tú escribiendo, distintas formas...

—Mismo sentimiento —maticé y me guiñó el ojo.

Ambas volvimos la vista al cielo, y nos llenamos de un sabio silencio; un silencio que era bienvenido.

—Y tú, Jacqueline, ¿piensas en alguien?

—Cada día —resoplé bastante melancólica. Entonces caí en que, hacia muchísimo tiempo, que no hablaba con nadie de aquello. —¿Tu novio?

—No. —Sentí una punzada en el corazón—. Fuimos pareja, luego pasaron millones de cosas y ahora, bueno... todo acabó.

—No parece haber acabado para ti. —Me miró a los ojos—. Puedo verlo en tu mirada.

—Para mí nunca acabará, pero él, él lo quiso así, y yo solo... —Miré a la nada—. Solo pude permanecer en silencio. —¿Cómo es eso?

Me encogí de hombros, y me tomé un tiempo para pensar.

—Hay veces que tenemos sentimientos tan profundos, que somos incapaces de poder describir, ¿verdad? —Asintió—. Lo único que puedo

expresar es, que soñaba con verlo. Las horas hasta que aparecía en mi vida se hacían eternas, y cuando lo hacía, el sol salía para mí, iluminando mi mundo. Daba igual lo oscuro que fuera, simplemente todo desaparecía, y solo veía su luz; y realmente lo veía así, una claridad que lo cubría entero. Entonces todos los miedos y dudas desaparecían, me volvía aire, podía volar, me sentía libre, y, aunque esa libertad me producía vulnerabilidad, me daba igual. —La miré, ella me miraba con mucha atención—. Cuando tuve que expresarle todo eso, simplemente me quedé muda, no supe encontrar las palabras, porque me sobrepasaban los acontecimientos, como dice Julio Cortázar «Las palabras nunca alcanzan, cuando lo que hay que decir, desborda el alma»

El silencio de aquella noche, me sigue persiguiendo.

—Vaya, ¿y él?

—No sé nada de él. —Me miré los dedos—. Desde hace cinco meses. Perdí mi oportunidad, pero es que simplemente me quedé sin fuerzas.

Acarició mis manos y sonreí, poco después me limpié las lágrimas que recorrían mis mejillas; dos horas más tarde nos despedimos. Susana me invitó al concierto que daría en dos semanas, en Hamburgo, y no pude sentirme más feliz. Subí a mi habitación y me recosté de nuevo, ahora sería imposible dormir, y aún me costó más, cuando me di cuenta de que tenía un mensaje de Alejo, aquella mañana me entrevistaría con el que sería mi traductor, «Genial, y yo con esa cara».

Ya estaba amaneciendo cuando pude dormir. Cuando sonó el despertador, sentía que no había hecho ni cinco minutos que me había dormido.

2

Empecé el día cansada, como iba siendo ya de costumbre. Últimamente me costaba horrores dormir. Entré a la ducha arrastrando los pies, estuve a punto de llamar a Alejo para que cancelara la cita, pero me supo mal marearle tanto.

Dos horas después, ya estaba duchada y medianamente arreglada. Estaba en la terraza disfrutando del sol mientras desayunaba cuando pensé en Susana y en todo lo que habíamos hablado hacia unas horas. Después de desayunar empecé a impacientarme, llevaba media hora esperando a mi traductor, que por lo visto se estaba retrasando, justo cuando estaba empezando a desquiciarme, me llamaron de recepción, mi visita ya había llegado, abrí la puerta y me volví a la terraza, aquella mañana hacia un sol precioso, pese a que el aire era algo fresco. Escuché unos pasos y a alguien que cerraba la puerta, me giré mientras que empezaba a saludar.

—Buenos día...—Me quedé de hielo—. Tú...

—¿Esperabas a alguien más? —.Se cruzó de brazos y torció su cabeza, tragué saliva, aquello no podía ser—. No me digas que te vas a pellizcar otra vez por si es un sueño... —Fruñí el ceño y pareció hacerle gracia—. Lo siento, Jacqui, ¿Esperabas a alguien?

—Sí, sí. —tartamudeé embelesada ante tanta belleza—. Tiene que venir mi... mi... Un traductor.

Me sonrió esta vez con esa sonrisa que tanto me gustaba, haciéndome que me sonrojara.

—Entonces no me he equivocado, me esperas a mí. Yo soy tu traductor, Jacqueline.

Di un respingo al escuchar sus palabras, ¿hablaba en serio? —¿Qué? — pregunté nerviosa—. ¡No! No puede ser...

—Pues sí, me enteré de que había un puesto vacante. —Se encogió de hombros—. Y me dije, bueno... ¿Por qué no? —Le miré sin parpadear. Se me había olvidado cómo se hacía, cómo se hablaba, y cómo se respiraba—. Siento haber tardado cinco meses. —Agachó la cabeza, me costó un poco encontrar el camino...

Agaché la cabeza y no pude evitar echarme a llorar. Un millón de

imágenes se me pasaban por la cabeza, buenas, malas; pero una permanecía fija en mi mente, y era su hermosa cara sonriéndome, las manos me temblaban, toda yo era sensaciones, emociones y amor. —¿Todavía está vacante el puesto? —Le miré—. ¿O llego tarde? —Volví mis ojos hacia un lado mordiéndome el labio inferior, reprimiendo las ganas de gritar—. He dejado todo por venir aquí, y...

—No —susurré. pude ver como se quedaba de hielo—. No... —Negué con la cabeza, mientras mi alma peleaba por salir de mi interior.

—¿No? —Pude ver cómo se quebraba su garganta—. Está bien, lo entiendo.

Iba a darse la vuelta cuando no pude detener a mis labios.

—No has llegado tarde. —Se paró y se volvió de nuevo quedando frente a mí—. Tú nunca llegarías tarde, nunca. Mírame... ¿Qué parte de mí quieres?

Sin esperararlo, se abalanzó sobre mí, y me abrazó tan fuerte que creí que me iba a romper. No pude evitar llorar mientras me aferraba a su cuello. Sin darme cuenta me había levantado del suelo, así que rodeé mis piernas en su cintura, apretándome fuertemente a él. Klaus me empezó a besar por el cuello, subió hasta las mejillas hasta que se encontró con mis labios húmedos por las lágrimas, los lamió hasta dejarlos cubiertos de una pequeña capa de su deliciosa saliva, me solté y cuando mis pies aterrizaron en el suelo cogió mi cara con ambas manos.

—Perdóname, Jacqueline —Juntó su frente con la mía—. Perdóname por tardar...

—Shhh... —Puse mis dedos en sus labios—. Tú has tardado cinco meses, yo tardé cuatro años. —Me miró sin entender a qué podía estar refiriéndome, parpadeo varias veces intentado darle sentido a lo que acababa de decir—. Yo... —Le miré empezando a sollozar de nuevo—. Volví, volví un año después de irme. —Abrió los ojos de par en par—. Y te busqué. No conscientemente, pero si fui a cada sitio donde habíamos estado, caminé por cada calle que tú frecuentabas... pero no apareciste. Varias horas después de una búsqueda sin resultado, de camino al que había sido mi piso, me fijé en que había un chico en una cafetería. —Tragó saliva y sus ojos se humedecieron—. No sé por qué, recuerdo que miré hacia allí, y algo me hizo detenerme. Había un chico allí, un chico que tenía el pelo largo y barba hablaba con una chica rubia. —Le habían caído las primeras lágrimas—. Sentí el impulso de acercarme más, pero no lo hice. —Me tembló la barbilla—. No seguí mis impulsos, y olvidé a aquel muchacho hasta hace unos meses. Alguien

me refrescó la memoria, inconscientemente claro, entonces supe por qué me había detenido; por qué había sentido aquel impulso. Aquel chico eras... tú.

—¡Por dios! —volvió a apretar su frente con la mía.

—Si hubiera cruzado aquella acera, si solo hubiera sido un poco más curiosa... Hubiéramos estado juntos Klaus. Yo...lo siento.

Negó con la cabeza abrazándome de nuevo, sabía que estaba llorando.

—Cada día... —empezó a hablar—. Durante muchísimo tiempo, me senté ahí mismo, solo por si volvías. Estaba perdido, y tú eras mi único camino. Me sentaba allí durante horas, esperando que se hiciese el milagro. —Levantó mi cara y nos miramos a los ojos, sus increíbles y preciosos ojos—. Y nunca supe que el milagro se hizo, hasta hoy. Si no me hubiera distraído con... —Hizo una pausa y se mordió el labio—. Si no me hubiera distraído, te hubiera visto, ¡Por Dios Jacqui!

Nos fundimos en un enorme abrazo, en el cual pude perderme en él. En aquel momento lo único que quería era fundirme en su cuerpo, olvidarme del pasado, y amarnos hasta que no hubiera un mañana; aunque estaba claro que aún teníamos algunas conversaciones pendientes. Esperaba retrasar aquello por miedo a lo que podría pasar, después de ese interminable abrazo seguido de millones de besos me aparto sonriéndome.

—Tu pelo... —le acaricié la cabeza.

—Ya... —Se rascó nervioso el cogote—. Fue un impulso, ¿no te gusta?

Me aparté un poco y le miré con perspectiva.

—Pareces sacado de algún anuncio de Jean Paul Gautier ¿Dónde has aparcado el barco? —Miró hacia un lado algo avergonzado. Todo le quedaba bien, hasta esa raya de medio lado, le hacía las facciones aún más llamativas, resoplé admirándolo, parecía un modelo—. Klaus, estás increíble... hasta con mierda en la cara, me gustarías.

No pudo evitar echarse a reír a carcajadas.

—¡Por Dios Jacqueline! ¡Qué bruta!

—Lo siento. —Agaché la cabeza avergonzada—. Se me está olvidando el contacto con hombres.

—Bueno. —Se encogió de hombros—. Debo decir que me alegro por ello.

Nos sonreímos y me refugié de nuevo en sus brazos. Fue increíble sentir su cuerpo rodeándome, sentir su aliento en mi cuello, sus besos de miel por mis mejillas y mis labios. No podía sentirme más dichosa; y más cachonda también, pero intentaba centrarme en lo romántico, al menos de momento.

—La verdad, ese pelo te hace aspecto de malo... —¿A sí? —.Intuí que sonreía—. ¿Ya no piensas que soy un chicochica?

No pude evitar reírme. Con él, el tiempo se detenía, y pese a la distancia transcurrida, parecía como si no hubiese pasado el tiempo. —Klaus... —Le miré—. ¿Puedo preguntarte algo? Me miró fijamente a los ojos y tuve que tragar saliva, para poder seguir respirando.

—Lo que tú quieras.

—Bien —suspiré—. ¿Qué es lo que te ha hecho venir?

Su mirada penetrante me hizo temblar ¿Cómo podía una persona humana causarme todos esos efectos?

—Lo pensé mucho antes. —Agachó la cabeza—. Pero tuve miedo ¿En qué universo, podría una chica como tú, ¿esperar a un idiota como yo? —se encogió de hombros—. Pero haciendo el traslado a un piso de alquiler, llené la mochila que llevé a tu casa aquella noche, ¿recuerdas? —Asentí—. Pues sacando las cosas, encontré tu carta. —Me quedé de piedra, me había olvidado completamente de ella—. Entonces, no pude hacer otra cosa que no fuera venir y rogarte por dios que me perdonaras.

—Klaus, yo...

—No digas nada. —Acarició mi mejilla con extrema dulzura—. En aquella carta, estaban las respuestas que yo te pedí aquella noche, y estaban antes de existir las preguntas. Fui un auténtico idiota, pero Jacqui, me siento tan inseguro ¡por Dios! me vuelves loco, soy sensato, racional, y seguro de mí mismo en mi vida normal; pero cuando estoy contigo... Me entran los miedos, y las inseguridades. —Pero ¿por qué? ¿Acaso yo te doy motivos?

—No. —Se mordió el labio—. Me asusta, me asusta mucho la manera en la que te amo. Me es imposible controlarme, se me sale el pecho cuando te veo entrar, me tiembla todo cuando sonrías... —sonreí avergonzada, ¿Él inseguro? Un puñetero dios... ¿inseguro? ¿En qué mundo paralelo estaba metida?—. ¿Sabes? —Salí de mi ensoñación—. Intenté escribirte una carta antes de personarme aquí, pero soy un auténtico desastre; así que, encontré una cosa, que explica todo.

—¡Por dios no me digas que es una canción! —aquel Déjà vu me había asaltado por completo, borré a David rápidamente de mi cabeza.

—¿Una canción? —Sonrió—. ¿A qué viene eso?

—Mmm —murmuré—. Una larga historia... —Miré hacia otro lado.

Se metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y me tendió una hoja escrita de su puño y letra. El corazón me latía a mil, en ese momento sonó

el teléfono de la recepción rompiendo el clima por completo. Klaus me sonrió con dulzura mientras atendía la llamada, yo solo podía mirarle con una mezcla extraña en mi estómago, le escuché hablar en alemán y sonreí.

—Es recepción, si ya pueden subirme las maletas. —Sonrió mirando el suelo—. No sabía qué me ibas a decir, así que les he dicho que esperaran; también tengo que regístrame aquí, si te parece bien claro. Si supone algún problema puedo quedarme en alguna habitación cerca de aquí.

—Klaus, deja de decir tonterías, mi habitación es más grande que un piso, y hay habitaciones de sobra... —«acuéstate conmigo, acuéstate conmigo»— Regístrate aquí, me vendrá bien algo de compañía.

Asintió y salió de la habitación sonriendo; en aquel momento sentí que las piernas empezaban a fallarme, así que me senté en la silla que tenía más cercana, fue cuando me restregué los ojos cuando caí en que seguía teniendo la carta de Klaus en mis manos. Cogí aire y abrí la carta lentamente.

Querida Jacqueline:

Esta eres tú, descrita por personas que no te conocían, descrita incluso antes de que hubieras nacido. Estabas destinada a respirar, y solo espero estar presente en cada bocanada de aire que des... empezando por hoy, y durante el resto de tu vida.

«Toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabriera; y me basta cerrar los ojos para deshacerlo todo y recomenzar. Hago nacer cada vez la boca que deseo, la boca que mi mano elige y te dibuja en la cara; una boca elegida entre todas, con soberana libertad elegida por mí para dibujarla con mi mano por tu cara, y que por un azar que no busco, comprender que coincide exactamente con tu boca que sonríe por debajo de la que mi mano te dibuja.

Entonces mis manos buscan hundirse en tu pelo, acariciar lentamente la profundidad de tu pelo mientras nos besamos como si tuviéramos la boca llena de flores o de peces, de movimientos vivos, de fragancia oscura. Y si nos mordemos el dolor es dulce, y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella. Y hay una sola saliva y un solo sabor a fruta madura, y yo te siento temblar contra mí como una luna en el agua...»

Esto es una ligera idea de lo que siento, gracias por enseñarme a Julio Cortázar. Pero él no es el único que sabe expresarlo, Frida Kahlo, también pone palabras a mis sentimientos.

«Quisiera darte todo lo que no hubieras tenido, y ni así sabrías la maravilla que es poder quererte.»

Quizá también pueda ayudarme Walt Whitman...

«Quédate conmigo hoy. Vive conmigo un día y una noche y te mostraré el origen de todos los poemas.»

Y hasta quizás, Alicia en el país de las maravillas.

«Alicia: ¿Cuánto tiempo es para siempre?»

Conejo blanco: A veces, solo un segundo...»

Esto es una ligera idea de lo que siento por ti. Son palabras de otros, pero que reflejan cada uno de mis sentimientos. Te amo más que a todo lo existente, y aunque nuestro «para siempre» dure un segundo, un mes, un año... o incluso una vida, no deseo otro «para siempre» que no sea de tu boca.

Rompí a llorar como una idiota, ¿Cuándo había aprendido a ser tan romántico? En el fondo me daba igual. Si ese era el nuevo Klaus, estaba dispuesta a aceptarlo de mil amores. Cuando levanté la cara para limpiarme mejor las lágrimas lo vi, estaba apoyado en el marco de la puerta, rodeado de sus maletas y mirándome con una ternura que sobrepasaba los límites.

Me puse de pie a la vez que él venía hacia a mí; me abrazó tan fuerte que casi me rompe. No paraba de darme caricias y pequeños besos en el cuello, me sentí increíblemente pequeña abrazada a él. Cuando nos apartamos, me miró con ese brillo especial en los ojos, que accionó mis terminaciones nerviosas, haciendo que la libido, hasta ahora controlada, aflorara sin poder detenerla. Me detuve a mirarlo fijamente, llevaba unos vaqueros claritos, algo desgastados, que le quedaban de maravilla, un polo blanco, que iba a conjunto con sus impolutas zapatillas blancas. Parecería un niño rico, pero seguía sin perder ese aspecto rudo que tanto me encantaba, todo en él lo hacía irresistible.

Me mordí el labio, ¡Dios! No me cansaba de observarle, estaba tan, tan irresistible que me costaba parpadear, me lamí los labios a lo que sonrió.

—Jacqueline... —susurró con su sonrisa torcida, que me volvía loca.

—¿Qué?

—No —dijo sonriendo.

—¿No? —Parpadeé sorprendida—. Pero, si no he dicho nada.

Se rascó la cabeza mientras sonreía; el ver como se le marcaba el musculo del brazo con ese movimiento me erizó la piel, y si le añades que se le veía un trozo de su tatuaje... «¡Me muero!» El corazón me latió, pero desde

otro sitio bien concreto, ¡Ay Dios! Yo era Eva, y él mi manzana.

—No hace falta que digas nada. —Señaló sus ojos y después los míos—. Conozco esa expresión, amiga.

—¿Qué expresión? —justo cuando acabé de hablar, se cruzó de brazos y a mí me ardió la sangre.

—¡Esa expresión!

Negué con la cabeza mientras sonreía.

—¡Y cómo quieres que te mire! —.Espeté, a lo que sonrió—. Llegas aquí, perfectamente vestido, increíblemente sexy, y encima me haces posturitas... por no hablar del look de modelo semigay que te queda irresistible. —Me crucé de brazos—. Por si no lo habías notado, no soy de piedra.

Mientras él reía a carcajadas, yo lo miraba con el ceño fruncido ¿Por qué narices no se lanzaba hacia mí y me arrancaba la ropa?. Me miró un rato más en silencio con esa sonrisa en la cara y se metió las manos en los bolsillos.

—¿En qué piensas? —dijo mientras iba hacia la terraza.

—En nada.

—Tienes esa V en tu frente, estás pensando en algo, ¿en serio crees que puedes engañarme?

Bufé resignada, no sé si me hacía especial ilusión que me conociera tanto; aun así, le miré sonriendo mientras él perdía su mirada azul por el inmenso lago. Entonces como si oyera música de piano, le observé atentamente, el segundero del reloj me brindó ventaja, y como si el tiempo se hubiera detenido lo observé a cámara lenta; sus ojos, su parpadeo, su sonrisa, y, por último, la mirada que me regaló antes de cerrar los ojos... Yo seguía allí, quieta, mirándole como si fuera una película. El corazón me latía fuertemente, al ritmo de aquel piano.

—¡increíble! —Exclamó abriendo los ojos de golpe—. ¿Lo has oído?

—¿Perdón? —dije parpadeando, saliendo de mi ensoñación.

—El piano, ¡joder, mira! Me ha puesto el bello de punta. —entonces caí, la música había sido real, Susana...—. Esa canción me suena—. Se rascó la cabeza— ¡Crepúsculo!

—¿Crepúsculo? —parpadeé sonriendo.

—Sí, es la canción que le toca Edward a bella.

No pude evitar echarme a reír.

—¡Oh Dios mío! He creado un friki. —Me devolvió la sonrisa de aquella manera tan especial que el suelo tembló—. Se llama Susana. —Me miró

frunciendo el ceño—. La pianista.

—¿La conoces? —abrió los ojos de par en par.

—Desde ayer ¿Quieres conocerla?

No dijo que sí, simplemente echo a correr hacia la puerta. Fuimos de la mano hasta la habitación, en la planta de recepción, no estaba segura si Susana tendría ganas de tener mirones; la música que sonaba era distinta... pero no pasaba indiferente. Me asomé con una sonrisa en los labios, sentí a Klaus a mi espalda, fue en ese instante en el que me quedé de piedra, Susana tocaba como la noche anterior, absolutamente embelesada, moviendo los dedos con agilidad, y a su lado un hombre que la miraba sin parpadear.

—Klaus... —susurré—. Cuando me di la vuelta, Klaus estaba sacando una foto con su móvil—. ¿Qué haces?

—Mira como la mira—. Me señaló con la cabeza a aquel hombre—. Será una foto preciosa, mira qué luz.

Se me encogió el corazón cuando la vi, era maravillosa...parecía un cuadro más que una foto.

—Será su marido —susurré sin apartar los ojos.

—No creo.

Fruncí el ceño.

—¿No crees?

—No —negó con la cabeza—. Mira como la mira —dijo torciendo su cabeza—. Es como si un ciego miraría el mundo por primera vez.

Abrí los ojos de par en par, y tragué saliva.

—¿De dónde te has sacado eso?

Me miró y me sonrió tan dulcemente, que creí sentir el sabor del chocolate en mis labios.

—Lo leí en una página de Facebook. —Me miró guiñándome un ojo—. «El club de los poetas muertos.»

Le miré sin parpadear. Entendí la influencia que mi compañía había generado en él. Todo eso eran cosas que yo hacía o decía, y ahora él, tenía frases para todo, era como una parte mejorada de mí, había creado al hombre perfecto... y estaba segura de que él, no se había dado cuenta hasta qué punto llegaba su perfección.

—Tenemos que irnos —susurró en mi oído, a lo que lo miré—. Tienes una entrevista en la otra punta de la ciudad. —Me acarició el mentón—. No iba de coña, soy tu traductor de verdad.

—¿Ah no? —Me sonrió negando con la cabeza—. Vaya...

Sin más, nos pusimos de camino a una de las redacciones de una revista alemana. No tenía ni idea de que había alquilado un coche ¿Cuándo lo habría hecho, si apenas llevaba una hora allí? No pensé mucho en eso, hasta que nos vimos metidos en medio de un atasco, fue entonces cuando empecé a darle vueltas a todo ¿Desde cuándo estaría planeado que Klaus viniera? ¿Cuánto llevaba Alejo ocultándomelo?... Estaba la radio puesta y escuchaba en estéreo, así que decidí no pensar más, y centrarme en la radio. No conocía ningún tema, ya que eran todo canciones alemanas; después de unas cinco emisoras escuché el final de una canción española, no la cambié. Unos acordes me hicieron estremecer, sobre todo cuando Klaus subió el volumen.

—Me encanta esta canción —me dijo después de subir el volumen—. ¿Por qué pones esa cara?, ¿no te gusta?

—Sí—miré por la ventana—no está mal...

—¿La habías escuchado antes?

—Y tanto... —susurré sintiéndome incómoda.

—«El hubiera no existe» se llama ¿no? —Asentí—. ¿Qué te pasa?

En un movimiento demasiado rápido, cambié de emisora y subí aún más el volumen; no dejó estar el tema ni un segundo, después de mirarme fijamente, puso el tono más bajo.

—¿Pero qué bicho te ha picado? —Preguntó con los ojos abiertos de par en par.

—Nada, la canción me pone triste.

—Mujer, triste es... pero no sabía que tuviera algún significado para ti.

—Y no lo tiene. —No me creyó ni una palabra, pero me dio igual, di gracias de que ya hubiéramos llegado.

La entrevista fue larga y aburrida; más que nada porque no me enteraba de nada. Klaus me iba traduciendo, y, entre pregunta y pregunta, hablaba con una redactora bastante descarada que no se cortaba ni tres. Estaba claro que no entendía el alemán; pero era una licenciada en cuanto a lenguaje corporal se refería, le hubiera arrancado los ojos a esa arpía de no ser porque Klaus me tenía cogida de la mano y con el pulgar me acariciaba los nudillos, eso era como un pequeño bálsamo de tranquilidad, pero como esa tipa siguiera así... ¡No podría relajarme ni un litro de sedante para caballo!

Dos horas después, y un pequeño pique en el ascensor de aquel edificio por culpa de mis celos, volvíamos de nuevo al hotel. Saber qué pasaría allí cuando nos quedáramos solos, hizo desaparecer todo rastro de enfado.

—¿Cuántas cosas has visitado?

—¿Visitado? —pregunté mirando disimuladamente la postura de sus caderas —Has estado cinco meses. —Me miró y me sonrojé—. Habrás visitado algún sitio.

Le miré avergonzada, la verdad que no había tenido ganas de visitar nada.

—Bueno... he visto el lago.

—Como para no verlo —Sonrió irónico—. Lo tienes frente a tu habitación, eso no cuenta.

—Bueno —murmuré—, voy mucho a un jardín botánico, si te sirve.

—¿Al de la universidad?

—No, a otro.

—¿Y ya está?

—¿Tan raro te parece? He estado ocupada.

—Ya —dijo mirando hacia adelante, con una ceja alzada—. Vaya turista estás tú hecha, aquí hay cosas preciosas.

Miré de nuevo por el cristal, y el cielo se había nublado un poco.

—No soy mucho de visitar monumentos, además —le miré— ¿Cómo sabes tú tanto de Hamburgo? Pensaba que eras de Berlín.

—Soy de Berlín. —Me miró—. Pero mi padre vive aquí.

No sé si era porque me estaba constipando, o porque se me cortó la respiración, pero empecé a toser; tanto es así que tuvo que darme varios toques en la espalda.

—¿Tú padre? —dije cuando recobré el habla.

—Sí. —Miró hacia la carretera visiblemente incomodo—. Lleva quince años viviendo aquí ¿Por qué te sorprende tanto?

Parpadeé sin creermelo que oía.

—¿Qué por qué me sorprende? Quizá por el hecho de que nunca me has hablado de él. —Me miró sonriendo—. ¡Si llegué a pensar que estaba muerto!

—Pues no, no lo está, estuve viviendo una temporada con él.

No dije nada más, y pareció relajarse; aunque yo era todo un abanico de emociones y nervios, ¿vivía allí? ¿Había estado cinco meses viviendo en la misma ciudad que su padre? No entendía nada. Subimos en el ascensor en silencio, aunque agarrados de la mano y sonriéndonos. Deseaba más que nada fundirme en él. Necesitaba su cuerpo, su pasión, su locura... Apenas le di tiempo a dar un paso al interior cuando me lancé a sus brazos desesperada, me cogió fuertemente y me apretó a él, aquello estaba tornándose el paraíso hasta que me separó de él.

—Pequeña... —Susurró—. No.

Me aparté de Klaus de golpe y le miré como si acabara de gritar.

—¿No?

—Calma, no te vuelvas loca. —Me cogió por ambos lados de los hombros—. ¿Te has dado cuenta de que siempre hacemos lo mismo?

—Pero... —Piénsalo... Discutimos, nos separamos, volvemos, follamos como animales, y volvemos a discutir. No hablamos las cosas, el sexo nos nubla.

—Pero Klaus...

—Pero nada Jacqui, esta vez vamos a estar juntos. Vamos a disfrutar de nuestra compañía, sin sexo.—Le miré horrorizada. —¿Hablas en serio?

—Y tan en serio. —Me miró fijamente—. Esta vez quiero saberlo absolutamente todo.

Me quedé pensativa durante un rato.

—¿Estás con la regla? —se carcajeó ante mi comentario—. Si es por eso, puedo esperar.

—Pero qué guasa tienes, Jacqui.

—Toda la del mundo, Klaus. —Me crucé de brazos—. Pero si no me das otra razón, que la gilipollez esa de «quiero saberlo absolutamente todo...»

—Vale —habló mientras luchaba por contenerse la risa—. Estoy con la regla.

Asentí con la cabeza nada convencida; pero de qué iba? ¿Después de tanto tiempo no quería sexo? ¿Estábamos locos?

3

Pasamos la tarde viendo capítulos por el ordenador. Eran de la serie que adoraba, y que me hacía reír a carcajadas, Big Bang Theory. Klaus me miraba dulcemente mientras yo me desternillaba de la risa con el actor Jim Parsons, que daba vida a Sheldon Lee Cooper; y aunque me moría por recorrer cada centímetro de su piel con mi lengua, me estaba resistiendo todo lo que podía.

Cerca de las siete de la tarde empecé a arreglarme. Tenía una cena de gala de las que tocaba acudir, en nombre de mi editorial española. Esta vez no iría solo acompañada de Alejo; esta vez, Klaus, mí Klaus, estaría conmigo.

Casi me caigo hacia atrás cuando le vi con su esmoquin negro perfectamente entallado con las manos en sus bolsillos mirando por el cristal de aquella terraza; la luz de las farolas de la calle iluminaban su perfil. Cuando sintió mi presencia se volvió hacia mí quedándose de piedra.

—¡Dios mío, Jacqueline! —Suspiró—. Estas...

—Lo que me vayas a decir—sonreí—. Lo doblo. Se rio tímido y me di cuenta de con qué brillo de ojos me miraba; ese brillo solo quería decir una cosa, «sexo».

Pasamos por la entrada del hall del hotel donde se celebraba la cena agarrados de la mano. Todas las miradas recaían en un Klaus perfecto e imperturbable, estaba tan maravilloso que hasta parecía más alto; como de unos tres metros. Yo también había elegido el negro para aquella noche, Llevaba un vestido con ciertas transparencias, dejando mi espalda al aire; espalda que siempre estaba custodiada por la enorme mano de Klaus. Alejo ya estaba sentado en la mesa, sonriéndole a su amigo/pareja Paul; cuando nos vio caminó hacia mí, fundiéndose en un abrazo fuerte.

—La madre que lo parió —murmuró mirando a Klaus y luego a mí—. Creo que mi elección te ha gustado ¿verdad?

—¡¿Lo sabías?! —Abrí los ojos de par en par, a lo que sonrió.

Cuando crucé la mesa para saludar a Paul, vi que Alejo y Klaus se saludaban y hablaban en cuchicheos; intenté no emparanoiarme, si lo miraba bien, Klaus era el ex de la prima de Alejo. De repente me quedé helada... ¿Qué había pasado entre él y Ana?

La cena empezó, y se diría que estaba bastante entretenida para

cualquiera que supiera alemán; para mí, estaba siendo un auténtico coñazo. Klaus charlaba animadamente con una de las principales editoras de una de las editoriales más famosas de Alemania. Seríamos unos diez en aquella mesa, y con el único que podría tener una conversación sin contar con Klaus, estaba cuchicheando con su nuevo novio, «genial».

Cené entre silencios y falsas sonrisas; y aunque Klaus me distraía enormemente con su porte, había ratos que me aburría como una ostra. Me encantaba observarle gesticular, sonreír, ver como se rascaba tímido la cabeza cuando me pillaba observándole, aquello me hacía sonreír. Veía como Alejo me miraba por el rabillo del ojo, y cuando le miraba fijamente, él me apartaba la mirada, pero ¿Qué pasaba?

Cuando llegó la hora del postre, algunas personas se movieron de los asientos, para sentarse cerca de los amigos o socios y así seguir más de cerca con alguna mundana y nada interesante conversación, al menos para mí; y dado que no tenía ni pajolera idea del idioma, podrían estar hablando de la fusión fría que, para mí, carecería de interés. Por suerte mi silla derecha quedó libre y la ocupó Alejo con una copa de champan en la mano.

—¿Cómo va la noche, preciosa?

—Tremendamente aburrida... —Le imité bebiendo de mi copa.

—Has tenido cinco meses para aprender el idioma, Jacqui. —Me miró sonriendo—. Si al menos te hubieras preocupado de aprender lo justo para mantener una conversación....

Miré hacia otro lado resignada.

—Sé decir cosas, ¿vale?

—¿Sí? —Murmuró—. ¿Cómo cuál? Que no sea Hola, adiós, bien, y café.

—Bonitos pantalones —susurré.

Movió la cabeza hacia atrás, soltando una carcajada. —¿Y cómo es que sabes decir, «bonitos pantalones»?

Me encogí de hombros, la verdad es que era patética, era incapaz de mantener una conversación, si me preguntaban cuanto tiempo llevaba allí solo sonreía y decía; «un mes». Sí, mentía, pero ¿qué iba a decir? «Sí, soy una enana mental con el idioma, sin contar que soy una vaga.» No creo que estuviera bien visto.

—Al menos, esta noche...—Me miró con ojos lascivos—. Te pondrán mirando a Berlín.

Estaba riéndome de la barbaridad de Alejo, cuando sentí que Klaus se estaba riendo al igual que yo.

—Nada me gustaría más. —Alcé la voz apropósito—. Pero creo que lo más cerca que voy a estar hoy de Berlín, va a ser, si miro el mapa.

—¿Estás con la regla? —dijo en susurros.

—¡Alejo!

—¿Qué? —Me miró inocentemente—. No me mires así, que no nos ha oído nadie.

Le acaricié la barbilla y me entretuve comiéndome el helado.

Media hora después, Klaus estaba tomándose unas copas con algunas personas que Alejo le había presentado; se supone que allí la escritora era yo, pero bueno, no me importaba que Klaus se relacionase. Quizá Alejo también lo había contratado para hacer de relaciones públicas. Estaba aburrida jugueteando con el móvil cuando recibí un email. No solía mirar los correos desde el móvil, pero estaba tan aburridísima que me tomé aquel mensaje como una ayuda divina. **Recibido;** David Álvaro

13 de junio, 17: 45

Asunto; *«Abrázame muy fuerte»* *Estar en Chicago y escuchar esto... no tiene precio.*

Se me ha ocurrido poner este cd que te robé en tu casa, y me encuentro con esto.

«Somos dos, en el desierto de este adiós, siendo el silencio de tu voz, como un acero aquí en mi corazón...»

Y no es lo único, hay como catorce canciones más de este tío, ¡es una tortura!

Espero que estés bien enana, enhorabuena por tu nuevo traductor. ;)

No pude evitar echarme a reír; después tragué saliva, no necesitaba escuchar la canción, sabía que era de David Bustamante. Hacía cinco meses que no sabía nada de él, ni un mensaje, ni una llamada, ni siquiera un Whatsapp, nada. Y ahora me mandaba esa canción y me felicitaba por mi traductor, pero... ¿Cómo podía saberlo? Miré a Klaus, que justo me miraba fijamente, limpie mis pequeñas lágrimas y le sonreí, recé para que no se hubiera dado cuenta, antes de que llegara a mí, acudí a su encuentro.

—¿Todo bien, pequeña? —Me besó en la frente y le sonreí. —Mejor que bien, ¿y a ti?

—Bueno, creo que les has caído muy bien. —Alcé una ceja—. Aunque dicen que eres poco habladora.

Bufé mirando hacia otro lado, el único que había caído bien a los demás había sido él; sobre todo las féminas que lo estuvieron rodeando toda la

noche. De mí, seguro que pensarían que una creída, alguien que se cree demasiado como para intentar entablar conversación con alguien que no sea mi editor y mi chulazo. «Estupendo, Jacqui, estupendo.» Un rato después estábamos de camino hacia el hotel, me notaba exhausta, necesitaba una cama, y dormir. Aunque cada vez que miraba a Klaus concentrado con su cara de malo mordiendo su labio grueso, no podía evitar suspirar y removerme nerviosa; y eso contribuía a que se me pasara el sueño completamente. Cuando llegamos a la habitación, me dejé caer en la cama de golpe, él sonrió arrodillándose, haciendo que me incorporara al instante.

—Tranquila nena —sonrió tocándome el pie—. Solo iba a quitarte los zapatos.

—¡Soso! —le espeté dejándome caer de nuevo en la cama—. Ya vendrás, ya...

—Claro, nena —Me guiñó un ojo haciendo que me diera un leve amago de infarto—. Voy a darme una ducha.

Asentí, no tenía ni fuerzas para contestar, cuando se metió en el baño y escuché el agua caer, me incorporé y fui hacia la mesa donde estaba el ordenador. Había dudado en si contestarle o no, pero llevaba cinco meses deseando saber algo de él. Me senté frente al portátil y me restregué los ojos, puse la canción que David me había enviado, la escuché mientras pensaba qué podía ponerle. Quería decirle tantas cosas... pero no me salía nada, le echaba de menos. Le echaba mucho de menos, sus bromas, sus historias, sus risas... todo. Y así, de repente se me ocurrió.

Enviado; David Álvaro

14 de junio 1:45

Asunto; Bandera blanca...

Bustamante siempre es un acierto seguro, —odio que me conozcas tanto—. Gracias por la canción, me has hecho reír con ganas. Aún recuerdo como imitabas a Bustamante en ese videoclip; esa canción siempre me anima, pero eso tú ya lo sabías.

Hace cinco meses que no sé nada de ti, si vives, respiras, trabajas o golfeas; pero de corazón, hagas lo que hagas, espero que estés bien.

«No tiene sentido continuar hiriéndonos por este camino. No se salva nuestro amor...—si me permites corregir Amor, por Amistad—

Discutimos sin razón por egoísmo

Y ninguno de los dos quiere admitirlo

*No tiene sentido, acostarnos sin hablar,
fingir que dormimos,
sin poner punto final a esta guerra que nos tiene desgastados, a esta
guerra que no sé cómo empezamos...*

Yo decido rendirme, entregarme Sacar una bandera blanca.

“Quiero ser como éramos antes.” ...»

Suspiré mientras el correo se enviaba.

—¿David Bustamante? —escuché a mi espalda y sonreí. —¿Celoso? —
Levanté una ceja divertida, mientras observaba como caminaba Klaus por la
habitación con esos increíbles bóxers.

Me mordí los labios cuando me dio la espalda, ¡Por todos los dioses!
Moriré antes de poder resistirme a ese cuerpo de escultura romana. Para
intentar distraerme un poco, me di una ducha rápida, me puse el pijama con
desgana y al salir a la habitación, el corazón me dio otro vuelco; Klaus me
esperaba metido en la cama con las manos detrás de la cabeza; en una postura
un tanto chulesca que encendió todas mis terminaciones nerviosas ¿Por qué me
ponía tanto con ese pelo?

—¿En serio vas a estar de postureo todos estos días? —¿Postureo? —Me
miró ingenuo—.

Solo estaba esperándote.

—¡Pues no me esperes así! —refunfuñé arrastrándome por la cama.

Se echó hacia atrás riéndose mientras se acomodaba a mi lado.

—¿Y cómo quieres que te espere?

—Pues así desde luego que no.

—Entonces ¿Qué propones? ¿Qué me ponga pijama?

—Pues sí. —Me tapé con la sabana hasta los ojos—. Cuello alto,
guantes, y una chaqueta.

—Y tú flipas —me contestó mientras se abrazaba a mí sonriendo—.
Calma, mujer; solo soy yo.

Le miré fijamente.

—¿Te estás quedando conmigo? —Me miró negando con la cabeza—. En
fin, no lo podías tener todo...

—¡Oye! —le escuché sonreír en mi oído—.

Que te estoy oyendo.

Me cubrí la cara con la sabana para evitar que me viera sonreír;
forcejamos un rato, hasta que, por fin, pudo quitarme la sabana de la cara; me
miró sonriendo con los ojos más llenos de amor que había visto en mi vida.

Nos fundimos en un largo beso, y como siempre sucedía, nuestros labios encajaban a la perfección, creando un puzle maravilloso.

—Nena... —susurró apartándose de mí—. No vas a conseguir que caiga, soy más fuerte de lo que crees.

—Eso ya lo veremos.

—¿Me subestimas? —alzó una ceja y me eche a reír.

—Para nada, solo que... —Le miré divertida—. No hagas de esto un desafío para mí, o sufrirás nene.

—Vaya, vaya —murmuró—. Venga descansa, que mañana nos espera un día largo.

Me pare unos minutos a pensar, ¿mañana? ¿Qué teníamos que hacer mañana? Yo solo quería dormir.

—¿Mañana?

—Sí.

—¿Tendremos que madrugar? —pregunté apenada.

—Me temo que sí.

—Pero ¿Para qué?

—Voy a enseñarte Hamburgo. —Me dio con el dedo índice en la nariz—. Y con un poco de suerte, te enseñaré algunas palabras en alemán.

—Klauuuss —empecé a quejarme.

Me puso los dedos en los labios, evitando que pudiera seguir hablando, me abrazó por la espalda y, sorprendentemente y sin hacer apenas esfuerzos, me quedé dormida cobijada en su perfecto torso.

Una música estridente me despertó de golpe. Un sol cegador entraba por las puertas de cristal de la terraza; hubiera jurado que había echado las cortinas antes de acostarme. Empecé a restregarme los ojos y a desperezarme, cuando escuché un suspiro que provenía de los sillones que la luz me había impedido ver en un principio, entrecerré mis ojos y allí sentado estaba Klaus, tocándose los labios con su dedo índice. Al verlo sonreí, ya estaba vestido, no pude evitar que me diera pena ese hecho.

—Hola —susurró sonriendo.

—Increíble.

—¿Qué? —preguntó torciendo la cabeza.

—Tú. —Sonreí—. Solo tú.

Agachó la cabeza sonriendo tímidamente, pese a la distancia, pude ver que se había puesto rojo, ¿rojo?, pero ¿Qué pasaba? Estaba embelesada mirándole cuando se volvió a incorporar.

—¿Te has levantado muy temprano? —dije levantándome de la cama.

—Hace un par de horas.

Le sonreí cuando pasé por su lado camino del baño; me moría por besarle, pero primero necesitaba lavarme los dientes, acaricié su cara, y me detuvo apretándome la mano, besando mis dedos... fue ahí, cuando supe que necesitaba una ducha.

Me recogí pelo que estaba perfectamente planchado, —cosa rara...— y me metí debajo de la ducha. El gel que había comprado días antes había sido un acierto, olía maravillosamente bien a canela y bueno, ahora que caía... la canela es afrodisiaca ¿No? Me envolví en una suave toalla verde y me di la vuelta. Para mi sorpresa, Klaus estaba en el marco de la puerta cruzado de brazos mirándome, con esa mirada, tan, tan... mmmmmmmsssss.

—¿Te molesta que esté aquí? —Negué con la cabeza, no podía hablar.

Fui hacia la pila del baño, con la esperanza de no resbalarme o tropezarme con algo, —no quería caerme de culo delante de él—, y eso era difícil, ya que me sentía torpe cuando notaba esa mirada abrasadora desprenderse de sus ojos. Puse un poco de pasta de dientes en mi cepillo rosa y empecé a cepillarme los dientes mientras le miraba a través del espejo; él seguía allí, sin apartar los ojos de mí. Durante los segundos que aparté la mirada de su maravillosa cara, para limpiarme la pasta de dientes, aproveché para dar unos pasos hacia mí, cuando me incorporé de nuevo estaba pegado a mi espalda.

—¿Me permites? —dijo estirando su mano. Yo estaba tan embelesada mirándolo a través del cristal, que no sabía qué iba a hacer, aunque en ese momento me daba igual, así que asentí sin más.

Y sin esperarlo agarró mi cepillo de dientes, lo enjuagó y lo dejó en el tarrito junto a la pasta de dientes, me di cuenta de que había un cepillo más que nunca había visto; así que lo entendí, ese cepillo de dientes era el suyo. Después, con suavidad agarró una esquina de la toalla que sostenía en las manos y me limpió con delicadeza los restos que quedaban de pasta de dientes por mi barbilla, abrí los ojos de par en par, y no pude evitar reírme, cosa que Klaus también hizo.

Poco después y aún bastante nerviosa me dispuse a vestirme. Aquel día, precisamente, hacía más calor que los anteriores, así que me decidí por un vestidito limón de tirantes finos por arriba de las rodillas; tenía un ligero fruncido en la cintura, la única parte que se me marcaba, ya que lo demás quedaba suelto. Era cómodo, un vestido, bonito y sencillo para poder estar

todo el día caminando, me calcé mis sandalias romanas, cogí mi bolsito, un gorro de paja, —uno que estaba de moda— que me había comprado días antes en un mercadillo y mis gafas de sol, cuando Klaus me miro se sonrió.

—¡Guau! —Alzó las cejas.

—Qué.

—Tú —Sonrió—. Solo tú.

Esta vez fui yo la que se puso más roja que un tomate. Había usado mis palabras; pero salidas de su boca y expresadas con ese tono de voz, cogía otro matiz más maravilloso.

Salimos del hotel cogidos de la mano, era temprano y aun así ya había gente paseando por todos los lados. Para mi sorpresa, me llevó hacia el coche y me abrió la puerta. Una vez dentro puso la música y ambos permanecemos en silencio, yo sonreía, no sabía exactamente por qué, aunque... ¿Se necesitaba un motivo para sonreír? ¿Otro motivo que no fuera simplemente estar con Klaus? De repente sonó la canción «You and me» de Matthew Barber, di un bote y le subí el volumen a lo que Klaus sonrió.

—¡Me encanta esta canción! —dije mientras aplaudía como si fuese una niña—. Es tan tierna...

—¿En serio? ¿Y qué dice la canción?

—Pues el estribillo dice algo así como, «Porque somos tú y yo y toda la gente, sin nada que hacer y nada que perder. Y somos tú y yo y toda la gente... Y no sé por qué, no puedo apartar mis ojos de ti»

—«Hay algo acerca de ti, que no consigo descifrar, todo lo que ella hace es hermoso, todo lo que ella hace está bien...» —lo miré asombrada.

—¡Te la sabes! —me reí con ganas—. Esta canción es muy de tu estilo, además te pega con el pelo ese que te has hecho. —¿Te estas metiendo con mi pelo?

—¿Yo? ¡Qué dios me libre! —Klaus me sonrió con ganas, aunque sus ojos expresaban algo más, algo que no sabría describir, cuando aparcó miré a ambos lados—. Bueno Guía turístico ¿Dónde está mi itinerario?

—Aquí —dijo dándose golpecitos en la cabeza.

—¿Podría, al menos, hacerme un breve resumen? Para hacerme una ligera idea. —cruce los dedos sin que me viera deseando que hubiera pensado algo divertido, me aburría enormemente visitar cosas... al menos, cosas que no me gustaran.

—Bueno, si la dama así gusta... —se aclaró la garganta—. De primero, ya que nos encontramos en el puerto, podemos observar la cantidad de barcos

que llegan de todo el mundo, el puerto es realmente precioso; y aparte hay dos barcos museo, el «Cap San Diego», y el «Rickmer Rickmers»; los dos están bien, aunque si me das a elegir me quedaría con el segundo —asentí tragando saliva—. Después había pensado en llevarte al Kunsthalle de Hamburgo, es una galería de arte, hay obras del siglo XV de impresionistas franceses, hasta de Andy Warhol... —Abrí los ojos de par en par—. Más tarde, quería llevarte al museo de historia de Hamburgo, al ayuntamiento, a la casa del drama alemán, es un teatro... —dijo al ver mi cara de póker—, a la iglesia san miguel y...

—¡Para! —dije antes de permitirle seguir hablando—. ¿Todo eso en un día?

—Claro. —Sonrió de oreja a oreja—. No hay tiempo que perder.

Fruñí el ceño sin estar muy convencida, pasar todo el tiempo con Klaus me encantaba, eso estaba más que claro, pero quizá había exagerado un poco.

—Tenemos más días. —Sonreí acariciándole la mano—. No tenemos por qué verlo todo hoy, Alemania no se va a mover del sitio.

—Bueno, a lo que de tiempo...—contestó resignado y sonreí. Salimos del coche y cogidos de la mano paseamos por todo el inmenso puerto de Hamburgo; realmente era precioso, digno de ver. Desde allí podíamos ver los barcos que zarpaban, y otros tantos que llegaban. Para mi sorpresa me gustó todo aquello, sobre todo lo que estaba ante mí un inmenso barco que me hizo sentir una hormiguita mostraba toda su envergadura, era impresionante, y más impresionante eran sus tres mástiles, Klaus tiró de mí hacia el interior, y estuvimos paseado entre piezas de más de cien años; incluso nos contaron historias de viejos marineros. Mientras que Klaus atendía, yo solo podía mirarle de reojo embelesada, y es que, aunque cuando no lo pretendía, resultaba perturbador.

La mañana, para mi sorpresa, transcurrió muy divertida. Visitamos la galería de arte, y me encantó. Klaus no paró de hacerme fotos, y aunque al final conseguía enfadarme, después de unos besos maravillosos se me había olvidado el motivo. Paramos a comer, y de nuevo retomamos la marcha hacia el museo de historia; dos horas más tarde fuimos hacia el ayuntamiento, que se encontraba cerca del lago. Aquel edificio me dejó completamente alucinada, jamás había estado delante de algo tan majestuoso. Poco después, y agotada por la increíble mañana, le rogué por favor que nos sentáramos en algún lugar para descansar.

—Vale —dijo al fin cediendo a mi aleteo de pestañas—. Ven. —Tiró de

mí—. Cerca de aquí hay una cafetería estupenda, el mejor café de toda Alemania.

Le miré levantando una ceja, aunque me deje llevar. Cada vez que me miraba sentía como si me elevara en el aire, solo él, tenía esa magia. Diez minutos después, estábamos sentados en la terraza de una cafetería muy cuca, pequeña y muy acogedora, sonreí al ver que era rosa, el pidió unos cafés mientras yo miraba a ambos lados. Jamás había estado por aquella zona, y rezaba porque no estuviéramos muy lejos del coche, estaba realmente cansada; había caminado en un día más que en los últimos cinco meses. Pude darme cuenta cómo Klaus me miraba y sonreí mientras removía la cuchara de aquel café, ya estaba a punto de dar un sorbo al mi café, cuando di tal respingo que casi se me cae.

—Dios mío —dije levantándome de mi silla y volviéndome a sentar de golpe—. ¡Dios mío!

—¿Qué? —preguntó Klaus intentado seguir mi mirada—. ¿Qué pasa? ¿A quién has visto?

Tragué saliva mientras ocultaba mi boca con las manos, eso le puso más nervioso y endureció su mirada.

—Jacqueline... —Apretó mi brazo—. ¡Qué pasa!

—Ese... —tartamudeé empezando a señalar con el dedo—. Ese es, Zack, ¡Zack Bagans!

Volvió la vista de golpe y frunció el ceño.

—Pero ¡qué dices! —Se volvió a mi sonriendo—. Está de espaldas ¿Cómo puedes saber que es él?

—Por el tatuaje —susurré aun de piedra—. El que le asoma por el cuello. —Noté que se aguantaba la risa y me enfurecí—. Pero ¿de te ríes?

—De ti, estás alucinando.

Me crucé de brazos mientras fijé más mi vista. A tres mesas de distancia nuestra había un chico, bastante grande, vestido de negro, con una gorra; y aunque yo solo podía verle sentado de espaldas a mí, reconocería ese tatuaje entre un millón.

—Si estas tan segura ¿Por qué no te acercas? —dijo mientras me miraba burlonamente.

—Pues quizá lo haga.

—Adelante —apuntilló sonriendo, sabiendo que era demasiado vergonzosa como para acercarme así sin más, sobre todo porque odiaba molestar.

Me tomé el café de un sorbo, sin apartar la vista de la espalda de aquel hombre ¿Sería una coincidencia? A ver, ¿Qué podría estar haciendo Zack Bagans en una ciudad alemana?, ¿En una cafetería? ¿Y solo?, «Pues lo mismo que tú, atontada.» Me habló mi subconsciente, al que mandé callar en un aspaviento de cuello.

Pasé un rato sopesando la idea de levantarme ¿Y si de verdad era Bagans y perdía mi oportunidad de verle? Esas cosas jamás me pasaban a mí, ¡pero oye!... siempre había una primera vez para todo. Mientras mi mente devaneaba entre varios pensamientos, me di cuenta de que necesitaba ir al baño, Klaus estaba entretenido mirando las fotos de la cámara, así que me levanté y justo cuando iba hacia el interior de aquella cafetería, una fuerza me golpeó en un lado haciendo que me tambaleara; volví mi cara y vi a un chico recogiendo unas cosas del suelo, por inercia me acuclillé a su altura y sonreí al ver mi libro en el suelo junto a sus cosas, aquel muchacho no paraba de decirme en inglés que lo sentía, yo solo podía sonreír y decirle que no pasaba nada. En cuanto tuve varios papeles en la mano fui a coger el libro y coincidí con la mano de aquel muchacho, que levantó la cabeza hacia mí, cuando lo hizo ambos nos quedamos mirándonos como si hubiésemos visto un fantasma, yo tenía un motivo para mirarle así ¿pero él?

—Tú —pronunció incorporándose a la misma vez que yo. —¿Yo? —dije con un hilo de voz, no estaba acostumbrada a hablar en inglés ¡Qué sea lo que dios quiera!

—Tú —dijo esta vez sonriendo—. Eres la escritora —dijo alzando el libro que había agarrado él aprovechando mi estado catatónico.

Miré el libro y le miré a él sin parpadear; no sabía qué cara podría estar poniendo, pero viendo como me miraba sonriendo la imaginaba.

—Me llamo...

—Sé cómo te llamas —le interrumpí, mientras le correspondía el saludo dándole la mano—. Eres Nick Croff. —Abrió los ojos de golpe y parpadeó varias veces, como si le resultara extraño que yo le conociera... ¡¿Extraño? ¡Extraño era que él supiera quién era yo! ¿En qué universo paralelo podía ocurrir aquello? —Estuve un mes sin dormir, por verme todas las temporadas en un ataque de ansia, como para no saber quién eres.

Otra vez hablé sin pensar, y encima en inglés, a saber qué le había dicho con la penosa pronunciación que tenía, pero pareció hacerle gracia porque sonrió mientras me soltaba la mano. Vaya... había olvidado que nos habíamos estado dando la mano demasiado tiempo, al menos más del normal. Vi como

levantó la vista a mi espalda y me volví instintivamente, entonces fue cuando me fallaron las piernas y si no llega a ser por los reflejos de aquellos dos, me hubiera dado un leñón del quince. En aquel momento quería morirme ¡¡Que se abra un agujero en el suelo y que me trague para siempre!!

Aquellos instantes de fangirl los recuerdo algo borrosos, —por suerte para mí—. Recuerdo que aquel hombretón me tendió la mano que acepté como hipnotizada. Creo recordar que miré el tatuaje que tenía en su dedo índice, las veces que había mirado aquellos tatuajes mientras me relamía entre el miedo de los documentales, y la excitación de ver semejante macho provocar a entes oscuras. Parpadeé para quitarme esos pensamientos de la cabeza, pero resultaba difícil, aquel chico era más grande en persona de lo que parecía en la tele, y su voz... ¡Qué vozarrón! Estaba a punto del colapso nervioso, y al borde de declararle mi amor, cuando apareció Klaus en mi campo de visión, y todo volvió a la normalidad.

—¿Te encantan los tatuajes? —Bufó por tercera vez mientras nos dirigíamos de nuevo al hotel—. ¿Desde cuándo?

—¡Desde siempre! pero ¿Se puede saber qué te pasa? Solo he hablado cinco minutos con ellos, ¡y en modo fan! ¿Se puede ser más ridícula? Además, has sido tú quien me ha dicho que le dijera como lo había reconocido ¡Quería morirme!

—Pues a él parece haberle hecho gracia, no dejaba de sonreírte.

—¿Querías que me escupiera? Soy una fan, querían ser amables. Y lo de los tatuajes es cierto, me gustan mucho.

—¿Y por qué no tienes ninguno?

—Porque no he encontrado el momento. —miré por la ventana—. Pero que sepas que ya lo tengo pensado.

—Ya —bufó otra vez.

—Lo tengo encima de mi escritorio, impreso en letras élficas —espeté de mala gana—. ¿Se puede saber qué narices te pasa?

Me miró parpadeando, como si acabara de invocar a lucifer. —¿Que, qué me pasa?

—Sí.

—¿En serio no lo sabes? —Negué con la cabeza—. ¡Te vas a hacer Twitter solo para seguir a Bagans! —Me eché a reír.

—¡Ya tengo Twitter! Y desde hace mil. Y solo me ha dicho que le avise, así me seguirá él.

No me contestó, se limitó a mirar hacia delante mientras conducía visiblemente molesto.

—No le quitabas ojo —susurró sin mirarme—. ¡No te has cortado ni tres!

Parpadeé varias veces pensando qué podía decirle para rebatirle; la única verdad era... que tenía razón, pero ¿qué podía hacer? Soy humana.

—¿Estás celoso?

—No, no es eso —espetó dando un frenazo.

—¡Claro que es eso! Y haz el favor de no pegarte tanto al coche de adelante, ¡harás que nos demos un golpe! —grité fuera de mis casillas.

—¡No hace falta que me grites!

—Pues haz las cosas bien de una puta vez. —Miré por el retrovisor fundida en una horrible rabia—. Me parece increíble que montes todo este espectáculo. —Le miré—. ¿Qué lo he mirado? Obviamente sí, pero ¿cómo mirarías tú a alguien a quien admiras?, Sabes las de veces que me he visto los documentales, ¡joder Klaus! Para mí ha sido algo impresionante... ¿Pretendías que no le mirara?

—Has coqueteado, Jacqueline.

—¿Coqueteado? —Me incorporé nerviosa—. ¿Sabes qué? Vete a la mierda Klaus.

Me recosté en el sillón echando humo, ¡a la mierda la increíble mañana! Al menos tenía varias fotos con Bagans y Croff, y verlas me hacía sonreír. Había tal silencio en el coche, que estaba empezando a ser imposible continuar dentro, así que para no pensar mucho en ese hecho enchufé la radio y para mi suerte la voz de Justin Timberlake llenó el interior del ahora incómodo vehículo. Me encantaba Justin, aparte de lo obvio... Su voz tan dulce, tan buff, conseguía relajarme; así que subí el volumen y me recosté con los ojos cerrados escuchando la canción Mirrors, en solo tres minutos me había puesto el bello de punta, aun así, duré con los cerrados hasta el segundo estribillo.

*«... Vuelvo a ti una vez,
descubriendo que estuviste aquí todo el tiempo, como si fueras mi espejo,
el espejo que me devuelve a lo que soy, no podía ser más grande con alguien más a mi lado, y ahora está claro que esta promesa que estamos haciendo...»*

Suspiré, y estremecí cuando Timberlake empezó a hacer giros de voz supersuaves, haciendo que tuviera que morderme los labios, cuando abrí los

ojos vi que Klaus me miraba, ¿Cuándo había parado el coche? La mirada se me fue relajando a medida que se fundía en la suya, mientras que la música seguía sonando, calándome en lo más hondo. Antes siquiera de que pudiera verle moverse, agarró mi cara con sus manos y me besó, fuerte, haciéndome daño; aun así, era maravilloso.

«...Chica eres mi reflejo. Todo lo que veo eres tú. Mi reflejo en todo lo que hago, mi reflejo...»

—Amen hermano —susurró Klaus apartándose de mí. —Klaus...

—Perdóname. —Me acarició la cara—. Hay veces que, simplemente, soy gilipollas.

—Un gilipollas celoso —inquirí.

El solo sonrió, y poco después reanudo la marcha. Quince minutos más tarde, entrabamos por el vestíbulo de hotel, yo tremendamente agotada; incluso diría que arrastré los pies durante unos metros. Lo único que quería era darme una ducha y dormir. Mientras yo parecía literalmente un trapo, Klaus estaba tremendamente arrebatador ¿Cómo podía estar diez horas sin parar quieto y estar como una rosa? Justo cuando estábamos a punto de subir al ascensor, mi recepcionista favorita nos interceptó el paso.

—Señorita Amorós, disculpe. —Asentí sonriendo—. Quería decirle que esta noche el salón está ambientado en la noche latina, pensé que le gustaría pasarse un rato.

—¿De verdad? —preguntó Klaus a mi espalda sonriendo.

—Sí, habrá un pequeño concurso de baile. —Se encogió de hombros sonriendo—. Pásense, seguro que les gusta. Además, la idea fue mía, y me gustaría contar con usted señorita.

—Eso está hecho Ivana, y puede que hasta que me anime a concursar.

—¿Hablas en serio? —preguntó Klaus sonriendo, a lo que asentí.

—¿Hay que venir con algún vestuario en concreto?

—Lo que quiera usted. La música y el salón estará ambientado al estilo de «Baila conmigo.»

—¿Baila conmigo? —Abrí los ojos de par en par, de repente ya no estaba cansada—. ¿La película de Chayanne?

Asintió y di varios aplausos como una niña, lo que hizo que Klaus e Ivana se echaran a reír. Subí dando saltos hacia la habitación y me metí directa en el vestidor rebuscando hasta la saciedad. En el último rincón encontré el vestido perfecto para aquella noche, regresé al salón con el vestido turquesa en mis manos.

—¿Te gusta? —Lo puse sobre mí y sonrió de oreja a oreja. —¿No es un poco corto?

Levanté una ceja y me metí en el baño para darme una ducha ligera. En menos de media hora ya estaba preparada y con ansias de bajar al salón. Klaus se había cambiado, y se había puesto un pantalón de lino beige, y una sencilla camiseta de manga corta blanca, estaba sencillamente impresionante, suspiré en cuanto lo vi venir hacia mí mientras se abrochaba el reloj.

—¿Nos vamos? —preguntó cuándo se puso frente a mí.

Yo seguía más alta que él dado que estaba encima del escalón, y, sin poder resistirme, le rodeé el cuello con mis brazos y le besé todo lo fuerte y pasional que podía. Le ansiaba más que a todo en este mundo, le quería, y necesitaba. Sin poder resistirse, me acarició las piernas perdiéndose debajo del vestido, luego deshizo el camino, sacó las manos del vestido y las puso sobre mi cadera, apretándome a él.

—¡Dios! —susurró mirándome con la pupila completamente dilatada—. Con este vestido puedo sentirte la piel.

Sonreí coqueta, y, muy a mi pesar, le solté y salí de aquella habitación pavoneándome. Él me siguió poco después. Por primera vez le veía la expresión de deseo que llevaba desde que lo había visto en aquella habitación; y resultaba bastante gracioso, sinceramente.

—Sé lo que pretendes... —susurró antes de salir del todo del ascensor. Luego fue directo al salón donde se hacía la fiesta, se volvió, me sonrió y entró, dejándome ahí con la boca abierta.

Cuando me decidí a entrar, creí estar en otro lugar, luces tenues, olor a cítrico, música, cocteles... Me quedé de piedra, di una vuelta completa mirando cada detalle atentamente. Había gente por todos los lados, pero ni rastro de la gente estirada que había estado viendo todos esos meses. Aquello era realmente increíble. Entre el tumulto reconocí a Ivana, que servía copas vestida con un precioso vestido verde ceñido, que dejaba a la vista su impresionante cuerpo, que pasaba desapercibido debajo de aquel impersonal uniforme que solía llevar. Durante unos segundos creí estar en puerto rico, en cuba, o en cualquier lugar, excepto en Alemania.

Klaus me sonreía todo el rato, y yo solo podía mirarle. El grupo de música que había allí era una autentica pasada, nos entretuvieron con salsa, bachata, incluso tocaron un tango; yo no podía estar más feliz. Klaus se había pasado la noche bailando con algunas chicas del personal que, tras acabar la jornada, se había dejado caer por el salón. Yo ya iba por el tercer mojito de

fresa cuando estaba entrando en ese dulce atontamiento que te proporciona el alcohol. Había bailado unos cuantos bailes, aunque pasé casi todo el rato sentada en un taburete de mera espectadora; estaba encantada de estar ahí, me encontraba tremendamente agotada, y los pies me mataban. El que estaba disfrutando cual Chayanne era Klaus. En uno de los momentos que se acercó a mí para besarme y beber un poco de su mojito empezó una salsa, y sin más se hicieron dos grupos; era evidente que los únicos que quedábamos en el salón éramos de sangre caliente, y ahora que me fijaba seríamos alrededor de unas sesenta y cinco personas y no había ni una rubia de piel cristalina por aquel lugar... y si me paraba a escuchar, podía entender todo lo que hablaban las personas de mi alrededor, y por fin después de mucho tiempo, me sentí más cerca de casa.

—¿Cómo se llama a eso? —preguntó en mi oído.

—Rueda casino —sonreí—. Creo que es un baile cubano.

Cuando iba a decirme algo más, una fuerza tiro de mí, y sin más me vi en medio de aquella rueda, pasando de unos brazos a otros sin poder parar, ni siquiera, a coger aire. Aunque aquello estaba siendo realmente divertido, hacía meses que no me reía tanto como aquella noche. Antes de darme cuenta, unos brazos me apresaron fuerte y enseguida reconocí el perfume de Klaus, bailamos un poco más, y poco después ya estaba rezándole a dios para que me diera el poder de amputarme los pies. Klaus se sentó en mi taburete y cogió un abanico que había por allí, empezó a abanicarse para intentar quitarse el sudor que le asomaba por la cara y el cuello, verle así hizo que tuviera que relamerme los labios... iba a besarle otra vez, o a lamerle, no sé bien, cuando sonó una trompeta que reconocí al instante, era el inicio de una canción que me encantaba, cuando me volví vi a Ivana, encima de ese pequeño escenario, cantando «Eres todo en mí» de Ana Gabriel. Me encantaba esa canción desde que la escuché por primera vez en Baila Conmigo. Parpadeé varias veces sin poder creer que de verdad cantara ella, de repente un chico moreno, con el pelo hacia atrás, caminó elegantemente hacia mí, me perturbaron los ojos tan oscuros y los dientes tan blancos, me tendió la mano, que acepté sin pensarlo, le había estado mirando toda la noche, bailaba estupendamente. Me agarró fuertemente la cintura, y empezó a manejarme como si fuera de papel, a su antojo... Aquella música hizo que olvidara absolutamente todo, y simplemente bailara.

«Eres todo en mí,

y llevo entre mis labios todo tu sabor.

*Cruzaré mi bien,
océanos más profundos por saber de t.
Eres todo en mí,
por siempre y para siempre
desde que te vi...»*

Cuando me di cuenta, nos habían hecho un corro y todos aplaudían, la música había acabado, de repente quise morirme, ¿Cómo había podido perder la noción de lo que estaba haciendo? Mi cara debía ser del color de un tomate, daba gracias a que la luz era tenue y ocultaba mi vergüenza, busqué con la mirada a Klaus temiendo que se hubiera enfadado. De repente me topé con los ojos más azules que había visto en toda mi vida, cuando le vi los dientes, sonreí aliviada, corrí hacia él para poder pasar desapercibida.

—Madre mía —susurró abanicándome—. ¿Desde cuándo sabes bailar así?

—Cinco años dan para mucho.

—Jacqui, ha sido increíble de verdad —sonreí—. Me la has puesto dura.

Parpadeé varias veces hasta que me eché a reír por el comentario de Klaus.

Media hora después subíamos en el ascensor; estaba tan acalorada que me bajé un poco el tirante del vestido y me abaniqué. Estaba completamente empapada de sudor. Cuando abrí los ojos, Klaus me miraba apretando los labios; me di cuenta vi sus nudillos blancos. Estaba haciendo tantísima fuerza por seguir aferrado al barrote de sujeción del ascensor, que la sangre había parado de correrle por ahí; me impactó tanto su mirada, que se me calló el abanico a mis pies. Antes de darme tiempo a recogerlo se me abalanzó cogiéndome a horcajadas y separándome las piernas mientras me empotraba en la pared del ascensor.

—Solo mía —susurró poco antes de lamerme la piel, desde mi escote hacia el cuello.

Aquello me encendió de una manera impresionante, cuando estaba a punto de perder el poco juicio que quedaba en mí, las puertas se abrieron, y me soltó de golpe... «¡Joder!» ¿Por qué una no se queda encerrada en el ascensor cuando quiere? Si hubiera sido de vital importancia salir de allí, seguramente me hubiera quedado encerrada.

—Mi gozo en un pozo —susurré al pasar por su lado. Cuando me abrió la puerta de la habitación, no lo vi, pero supe que había sonreído.

Entré cabizbaja, como si acabara de perder una batalla. —Creo que

deberíamos ducharnos —dijo quitándose la camiseta, haciéndome regresar al paraíso, aquella postura me hizo darme cuenta de que seguía excitado.

—¿Juntos? —pregunté con toda la esperanza del mundo, que se encargó de destruir cuando negó con la cabeza.

Le miré frunciendo el ceño pero ¿de qué iba? Mientras se dirigía al baño, revolví el escritorio hasta dejar el papel con el posible tatuaje a la vista. Diez minutos más tarde era yo la que ocupaba la ducha, dejando que el agua tibia arrastrara la frustración que se me había calado en la piel. Restregué el gel con olor a canela por mi piel, aquel olor dulce me embriagaba, me había quedado medio atontada, me envolví en la toalla y salí de nuevo al mundo real, al mundo en el que un dios majestuoso me estaba esperando, un dios majestuoso, ¡Con la regla! Parado frente al escritorio y con el folio en la mano, me siguió con la mirada.

—¿Así que este, es el famoso tatuaje? —dijo mientras me miraba tocándose la barbilla con una mano.

Tragué saliva antes de poder asentir, ya que solo tenía puesto unos bóxer negros. Ver su cuerpo y cada musculo contraerse por sus movimientos me atontaba de una manera inhumana; si seguía así acabaría por atarle en contra de su voluntad y estaría violándole hasta que me diera la gana.

—¿Estás segura de hacértelo? Mira que son para siempre. —Vaya, se hizo la luz.

Sonrió ante mi ironía y siguió mirando el folio.

—¿Quieres que hagamos una cosa? —preguntó sin dejar de mirar el papel mientras que yo me secaba con la toalla.

—Claro —dije sin prestarle demasiada atención, seguro que no se refería a nada sexual así que...

—Déjame dibujártelo, y si te gusta cómo te queda, mañana vamos y te lo haces ¿Qué te parece?

Asomé la cabeza por el vestidor, como si hubieran gritado mi nombre.

—¿Dibujarlo? —dije saliendo del vestidor con una camiseta de mi hermano; al cual llevaba frito. De las dos veces que había venido a verme a Alemania, le había robado dos camisetas, no porque fueran viejas o le estuvieran pequeñas; de hecho, eran nuevas y le quedaban genial, pero eran tan bonitas...

—Sí.

Le miré pensativa durante un rato, la verdad que era muy buena idea, aunque no le había dicho el sitio... Entonces se me encendió la bombilla.

—Me parece buena idea —dije caminando, hasta quedar frente a él.

—Genial. —Sonrió—. Y dime ¿dónde quieres hacértelo? Has imprimido la letra bastante pequeña, así que debes tener el sitio pensado.

—La verdad que sí.

—Pues venga, dime dónde y lo dibujo.

Sin más, di un paso hacia atrás y sin apartar mis ojos de los suyos, me levanté la camiseta hasta el pecho, que seguía oculto, y señalé un poco más arriba de mis labios vaginales, abrió la boca como no lo había visto nunca, miró donde señalaba y me miró a los ojos.

—Siento no llevar ropa interior... —Alcé una ceja sonriendo—. No me has dado tiempo a ponérmela.

Vi que tragaba saliva. Me sentí con el poder absoluto que al menos unos momentos me otorgaba, él seguía quieto, aunque en apenas unos segundos, sus bóxers habían cambiado de tamaño. —Va...vale —tartamudeó—. Bien, debí haberlo imaginado... —Sonreí, pero no contesté—. Ve a la cama, ahora voy.

Fui hacia la cama, y me tumbé; poco después le vi aparecer con el folio y un rotulador negro, caminó a gatas cual pantera por la enorme cama, haciéndome estremecer por la intensa mirada de sus ojos casi negros. Se sentó, cogió mis piernas y las abrió, puso cada pierna hacia un lado de su cadera, y se puso cómodo entre ellas, levantó la camiseta hasta la altura del pecho y dejó el folio sobre mi estómago; me miró a los ojos, sonrió; miró el folio, y empezó a dibujar. En las primeras pasadas de aquel rotulador, pude sentir su temblor de manos, no pude evitar reírme. Era una escena de lo más excitante, estaba entre mis piernas, rozándome esa zona tan anhelante de él, y verle tan concentrado hacía que me excitara más. Podía notar en mi pierna derecha su erección, pero intentaba pensar en flores, prados, parques botánicos... Cualquier cosa que me hiciera distraerme de lo erótico del momento, valía la pena.

Carraspeó y le miré.

—Ya está —susurró mirándome.

Me incorporé y miré mi tatuaje. Me levanté de un brinco y corrí hacia el espejo donde me miré y me sorprendí por lo bien que quedaba.

—¡Guau! —Sonreí—. Está genial Klaus ¡Gracias! Cuando me volví a mirarle, le vi petrificado, como si fuera una figura de piedra, y sonreí, ¿A qué no molaba nada estar en mi situación?

—Qué...

Susurré mientras le devolvía la mirada. Pese a que había cierta distancia entre nosotros, podía ver la intensidad con la que me observaba, tanto era así, que me bajé la camiseta y oculté mi cuerpo sintiendo vergüenza por primera vez.

Caminé hacia él sin dejar de mirarle, como si tirara de mí con una cuerda invisible. Gateé por la cama hasta quedar frente a él, solo miraba, sin hablar, sin pestañear, sin moverse; si no fuera porque sabía que era real, hubiera creído que era una estatua. Viendo que no se movía aproveché y me puse a horcajadas encima de él, me quité la camiseta, y fue entonces por primera vez desde que había llegado, en la cual no me apartó ni hizo ademán de que lo hiciera, al contrario, no dejaba de mirar mi desnudez, por fin, ¡por fin iba a ser mío, Me estaba relamiendo por la anticipación, y justo cuando le lamí los labios, gimió de esa manera que yo tan bien conocía.

—Klaus —susurré sonriendo—. ¿Te has...

—Lo siento. —Agachó la cabeza avergonzado, y me apartó para poder salir de la cama—. No me había pasado nunca, de verdad.

Me senté en la cama con el ceño fruncido, pude verle como iba al baño y encendía la ducha, diez minutos después, apareció en mi campo de visión y por fin pude reaccionar, echándome a reír.

—A mí no me hace gracia —refunfuñó secándose, sin poder mirarme a la cara. Y sin poder aguantarme, me volví a reír—. ¡Oye! Ya vale ¿no?

—¡Ey! Cálmate —dije secándome las lágrimas—. Yo debería ser la que estuviera enfadada, y no tú; al menos no te has quedado a medias. —Le miré aguantándome la risa, pero verle plantado delante de mí con los brazos en jarra, visiblemente molesto me hacía reír—. Vamos tonto, no pasa nada.

—¡Eso lo dirás tú!

—Klaus. —Sonreí—. No ha estado tan mal, de echo tiene su gracia, vamos... le puede pasar a cualquiera. Ha sido como darle un sorbo a un delicioso y aromático café exprés.

Contra mí cara impactó su toalla, y empecé a rebozarme por la cama muerta de la risa. Tenía que apretarme el estómago para poder respirar, no sé

cuánto rato estaría riéndome, pero el suficiente como para que me diera la espalda y se encerrara en la habitación de invitados de la suite, que se había convertido en mi casa. Estuve durante un rato quieta, suponiendo que saldría sonriendo, pero por lo visto había dañado su ego.

—Pues va a ser verdad que está con la regla... —susurré mientras me acercaba a su puerta cerrada, afiné el oído, pero solo había silencio.

Intenté dormir, pero ya no había manera, toda esa situación me había alterado ¿Por qué se había enfadado? Tampoco era tan grave, esas cosas pasan ¿No? Bueno, yo no era hombre, no podía saberlo, pero le había pasado conmigo, había confianza ¿A qué venía ese comportamiento de quinceañero? Me senté frente al portátil resentida, no me apetecía escribir, ni concentrarme en nada, así que me entretuve en Facebook. Actualicé algunas cosas, contesté mensajes, y porque no decirlo, cotilleé a varias personas. A punto de perecer a causa de un cabezazo, algo llamó mi atención, una actualización de una página que seguía, me hizo parpadear.

«Vamos a ser felices un rato, vida mía, aunque ya no haya motivos para serlo, y el mundo sea un globo de gas letal, y nuestra historia una cutre película de brujas y vampiros.

Felices porque sí, para que luego graben en nuestra sepultura la siguiente leyenda;

“Aquí yacen los huesos de una mujer y un hombre que, no se sabe cómo, lograron ser felices diez minutos seguidos”...»

No pude evitar echarme a reír, desde luego que tenía toda la razón, me recosté en la silla de escritorio cansada, pero sin sueño; con lo que acababa de leer revoloteándome en la cabeza, estaba saturada. Necesitaba relajarme, olvidarme de todo y, sobre todo, necesitaba ser feliz diez minutos seguidos. Al girar la cara vi sobre una silla, cerca de la cama, el cinturón del albornoz, y la luz se me encendió; rebusqué por el cajón como una loca y di con un viejo cinturón de una rebeca que tenía por ahí, no es que fuera muy resistente, pero algo aguantaría. En la oscuridad que me amparaba me quité la camiseta, y me puse mi crema corporal preferida. Llené un vaso con varios hielos, y di varios pasos con mucho cuidado hasta llegar a la puerta, la abrí y asomé la cabeza. Klaus dormía profundamente, su respiración le delataba, estaba boca arriba, con una mano arriba de su cabeza, y la otra en su estómago. Me relamí de verle ahí en esa inocente postura, pero tan tentador como un vaso de agua en medio de un desierto. Cerré con mucho cuidado, la habitación estaba

levemente iluminada por la luz de la luna llena que entraba por la ventana entreabierta; dejé el vaso sobre la mesita y me arrodillé. Lo observé en silencio durante unos minutos, temí que abriera los ojos y me viera ahí, pensaría que soy una psicópata, ¡Pero dios, ¡me encantaba mirarle! Era algo que jamás me cansaba. Cogí uno de los cinturones, y aprovechando la postura de su mano y con sumo cuidado, le até la muñeca; después deslicé la tela por los barrotes de la cama, apreté y me quedé como una estatua. Al ver que no se movía, supe que no había notado nada, di la vuelta a la cama y ahí estaba el gran dilema... ¿Cómo apartarle la muñeca de su estómago y atarla sin despertarle? Después de sopesar varias ideas muy absurdas, me decidí a probar la única que no había pensado, así que con cuidado; sin ser brusca pero con determinación, le cogí la muñeca y le moví la mano hasta dejarla a la altura de su cara, se movió un poco y me quedé de piedra apretando los labios. Tras dos minutos sin respirar si quiera, até la muñeca y después deslicé la tela sobre el otro barrote.

¡Ya lo tenía! Y lo mejor es que no se había dado cuenta. Sonreí y bailé un absurdo baile de victoria, deseando que no despegara el ojo y me viera haciendo el monigote desnuda en plena noche y al lado de su cama. Me retorcí del gusto «simbólicamente» al ver que se había acostado desnudo, se había cubierto con la sabana que deslicé con cuidado, ahora sí, que sí... Gateé por la cama hasta ponerme a la altura de sus rodillas, y besé con cuidado su rodilla derecha, se movió un poco pero no se despertó, así que despacio, disfrutando del sabor de su piel, lamí desde su rodilla hasta su ombligo, pasando mi lengua brevemente por su miembro dormido que, al contacto con mi lengua, se activó, sonreí ante eso, y cuando comprobé que aún dormía, sonreí más. Besé cada abdominal de su parte derecha y seguí lamiendo hasta hacer que sus pezones se pusieran duros. Le oí gemir, pero seguía durmiendo, y eso me permitía poder seguir jugando con su precioso cuerpo, cuando iba a prestarle atención a su pierna izquierda pude ver que ya estaba completamente erecto; esta vez lamí desde su rodilla hasta su pecho, sin necesidad de hacer un pequeño parón en su miembro, ya que estaba erguido y dispuesto para mí.

Entonces me sentí en la antigua Grecia, pensé que en este caso yo era una diosa, Atenea mismo, —que siempre me había gustado— y que aquel hombre, dormido, perfecto y erecto era una ofrenda para mí, froté las manos ante la emoción y bebí un poco del vaso, ya que a causa del calor se habían derretido algunos hielos, después mordisqueé un hielo hasta deshacerlo, e hice lo mismo con otros dos. Con cuidado me puse entre sus piernas, y pasé mi lengua por su

miembro hundiéndolo en mi boca, fue entonces cuando, con un gran gemido, vi cómo se despertaba de golpe. Movi6 su cabeza confundido y cuando quiso restregarse los ojos vio que no podía; tir6 de sus manos, pero fue inútil, porque me había ocupado de poner en práctica los nudos marineros que me habían enseñado a hacer cuando visitamos el barco museo. Lamé más fuerte y se deshizo volviendo a relajarse en la cama, me miró con esos ojos fieros y confundidos por el sueño, pero anhelantes de mí, le hice disfrutar un poco más, sintiéndome poderosa de verle estremecerse debajo de mí. Justo antes de que terminara paré, y le miré mientras daba otro trago de agua, volviendo a atrapar otro hielo, juguete con él en mi boca mientras volvía a la cama poniéndome a horcajadas encima de él, puse mis manos hacia atrás, y me abrí de piernas mostrándome entera a él, Klaus tragó saliva e intentó de nuevo soltarse; fue entonces cuando saqué el hielo de mi boca, y sin apartar mis ojos de los suyos, deslicé el hielo por mi garanta, mi cuello, bajando por mi pecho hasta los senos, provocando que mis pezones se pusieran duros, gemí del frío más que del placer, aunque comprobar cómo se volvía loco ante mi espectáculo, me hacía retorcerme interiormente. Seguí bajando el hielo por mi cintura, mi ombligo, por el tatuaje que horas atrás había dibujado y finalmente por el clitoris, dio tal gemido que, durante unos segundos, dudé en si ya había terminado o no, pero para mi alegría, esta vez, había aguantado. Después reconduje el hielo otra vez en ascensión gimiendo para deleite suyo, y sin saber por qué o cómo, devolví el hielo a mi boca y lo mordí.

Él me miraba mientras respiraba trabajosamente sin parar de moverse ansioso por soltarse y poseerme, cogí su gran dureza y lo guie dentro de mí, sentí un escalofrío enorme cuando me sentí llena. Por fin, por fin era mío, empecé a moverme, suave, haciéndome sentir, después aceleraba el ritmo para llevarle hasta la locura y descender el ritmo de nuevo; torturándole de una exquisita manera. Fue entonces cuando me incliné y, por primera vez, le besé, fuerte y fiera; sin darme cuenta aceleré el ritmo ansiosa. Él apenas me dejaba respirar y cuando conseguía apartar mis labios de los suyos, me mordía el labio inferior para que no pudiera escaparme, y así volvíamos a fundirnos en un beso que no tenía fin. Yo seguía cabalgando como una loca sobre él, cabalgué hasta que ya no pude más, y casi a punto de la locura, ambos llegamos al éxtasis con un gran gemido por su parte que me hizo reír. Rodé hacia un lado de la cama y me quedé mirando el techo sonriendo, intentando recobrar el aliento.

—Jacqui —susurró recobrando el aliento, al igual que yo—. Ha sido...

—¿Increíble? ¿Espectacular? ¿Creativo?

—¡Una violación! —dijo haciéndome reír—. No te rías, ha sido una violación en toda regla.

—¡Uy, sí! Ya he visto la resistencia que has puesto. —¿Qué podía hacer? —movió sus manos apresadas.

Nos miramos sonriendo.

—Esto es lo que debería haber hecho desde el principio, nos hubiéramos ahorrado todos tus numeritos de «No puedes, estoy con la regla.» —dije en tono de burla.

Se echó a reír, verle así atado me seguía poniendo mala; pero tenía cierta parte de mí, bastante dolorida, y es que el cuerpo pasa factura. Es imposible estar cinco meses sin hacer el puto huevo, y después querer ir de actriz porno por la vida. Así que, por mi salud vaginal, decidí desatarle. Masajeé sus muñecas con dulzura, mientras tanto Klaus me miraba con una cara bastante cómica, estaba pensando algo, y le hubiera insistido, pero me moría de la sed. Me levanté corriendo hacia la mini cocina y me bebí casi medio litro de agua congelada, con tanta ansia que se me congeló el cerebro, y causa de ello se me derramó por el cuello, estaba tan fría el agua, que me costó respirar de nuevo.

Justo cuando iba a dejar el vaso sobre la mesa, sentí una presencia en mi espalda, y antes de poder moverme me tapó los ojos con un pañuelo de seda que había dejado sobre el escritorio; apretó fuerte, quizá demasiado fuerte, pero no dije nada, de repente sentí que me aprisionaba contra la pared.

—Cuando haces esas cosas —susurró en mi cuello—, me dan ganas de morderte, de arañarte, y de follarte hasta que me supliques llorando que pare.

Sentí un latigazo, que aumentó cuando sus dedos acariciaron mi zona demasiado sensible. Me mordió el cuello a la vez que me introducía dos dedos haciéndome gritar del dolor y del placer. El corazón me iba a mil, sin esperarlo tiró de mí, me dio la vuelta y me cargó en su hombro como si fuese un saco. Yo aún seguía algo mareada por la intensidad de esos mordiscos, por sentir aquella venda tan aprisionada en mi cabeza, por todo. No ver acrecentaba mis otros sentidos. Sin esperarlo sentí una brisa que me heló la piel, con suavidad me dejó caer sobre algo que estaba helado, di un brinco ante el cambio tremendo de temperatura, pero antes de que pudiera acostumbrarme me abrió las piernas de par en par, y fue cuando noté su lengua deshaciéndome por completo. Tenía miedo de echarme hacia atrás, por si no había nada donde apoyarme, pero después de unos segundos caí y me di con algo duro, respiré aliviada hasta que lo sentí introducirse en mi interior, con

tanta fuerza que me echó hacia adelante rascando mi espalda; no me dejó ni siquiera gemir del dolor, me cogió por el cuello y me levantó hacia sus labios que me recibieron fieros, me embestía y me besaba de la misma manera. Fue entonces cuando dio en una de mis zonas más sensibles y tuve que echar medio cuerpo hacía atrás, dejando que mi cabeza cayera. Entonces sentí su mano moverse por mi cuello, hasta mis pechos y retorcerme el pezón haciéndome gritar, supe que eso le había excitado porque abrió más mis piernas, cosa que no creía posible, y cogiéndome fuertemente por las caderas me envistió tan fuerte que estuve a punto de suplicar que parara, entonces sin esperarlo, la venda se desató y cuando abrí los ojos casi doy un grito.

—¡Klaus!

—No digas nada —susurró sin parar de moverse.

—¡Nos pueden ver! —dije intentando zafarme de él.

—Me da igual.

—A mí, no. —Me moví de nuevo nerviosa—. ¡Suéltame!

—No.

—Klaus, por favor, ¡estamos en la terraza!

Y como si eso le hiciera gracia, apresó mis brazos imposibilitando el que pudiera moverme, y sin apartar los ojos de mí, siguió moviéndose. Deseaba matarle, arañarle, y molerle a palos por estar haciéndome esas cosas en la terraza ¿No veía que pasaban barcas por el lago? ¡Estábamos justo delante! No sé si era por la emoción o por la postura, pero no paraba de darme en ese punto que me hacía delirar, así que después de forcejear inútilmente, me dejé llevar hasta que rompimos en mil pedazos.

—Si a lo mío lo consideras violación ¿Qué narices es lo que me has hecho tú, ¿señor Grass? —pregunté tirada en el suelo a su lado, él me miró sonriéndome.

—¿Venganza? ¿Exhibicionismo?

—Perversión amigo... —soltó una carcajada—. Lo tuyo es pura perversión.

—La culpa es tuya, querida Jacqueline. —Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué? ¿mía? —Me incorporé—. ¡Eres tú, el que me ha obligado a atarte!

—¿Yo?

—Sí, tú. —Fruncí el ceño—. Comportándote así tan raro todo el rato. —No pudo evitar echarse a reír, cosa que me enfadó más—. ¿Se puede saber por qué no querías hacerlo?

—Jacqueline...

—Klaus...

—¿En serio no estás cansada? ¿De verdad te apetece hablar? —Me crucé de brazos y alcé una ceja, suspiró de pura resignación—. ¡Está bien! —Puso las manos debajo de su cabeza—.

¿Qué quieres saber?

—El porqué no querías acostarte conmigo. Si piensas por un momento que me tragué el bodrio de excusa que pusiste sobre que el sexo nos nubla... Es que aún no sabes que me dedico a inventar historias.

No pudo evitar sonreír, y yo suspirar; aún tenía la vagina dolorida y ya me moría por perderme de nuevo en él, ¿sería eso sano? —Si yo te digo, «no habrá sexo» ¿Tú en que piensas Jacqui?

—Pues... —Me paré a pensar—. ¡La madre que te pario! —Se echó a reír—. Psicología inversa, ¿serás capullo! Ya estaba empezando a pensar cosas raras ¡Joder Klaus! Tú sabes que me falta un tornillo, ¡no alimentes al monstruo, haz el favor!

—Eché una sonora carcajada.

—No eres la única que le da al coco.

—Lo que tú digas. —Miré hacia otro lado—. La culpa es mía, por dejarte ver el mentalista.

Nos echamos a reír y de nuevo nos invadió el silencio.

—Estaba tan feliz por verte, que quería atrasar algunos temas para más adelante.

—Ya veo. —Me recosté de nuevo a su lado.

—¿Necesitas saber algo más, pequeña? —Se volvió a mirarme.

—Todo.

—Todo es mucho. —sonrió.

Tras unos segundos mirándonos, me decidí a hablar. —¿Qué pasó con Ana? —Le cambió el semblante, pero no dijo nada—. ¿Qué pasó cuando me fui? Necesito saberlo, Klaus.

Me miró sin casi moverse; ya estaba poniéndome nerviosa, cuando por fin se decidió a hablar.

—Cuando empecé con Ana no tenía nada, lo justo para vivir y mantenerme, ella se empeñó en que nos casáramos y bueno... no vi por qué no, no tenía esperanzas de nada. —Me miró—. Así que simplemente me dejé llevar. Fue idea suya que abriera una tienda de fotografía, a mí ni siquiera me hacía ilusión, pero acepté. Ella puso el dinero, y yo se lo fui devolviendo poco

a poco. Hablamos sobre poner la casa a nombre de los dos, pero ya sabes, se van aplazando las cosas y bueno...

—¿Y bueno?

—Pues que dos meses después de que te fueras, firmé el divorcio. Intenté pelear por mi casa, pues yo también había contribuido, pero ella negó que le hubiera devuelto casi la mitad, así que me quedé sin casa, y sin tienda.

—¿Cómo?

—Sí, me lo quitó todo ¿Y sabes qué? Me dio igual.

Me incorporé sin creermelo lo que me estaba diciendo ¿Cómo podía haberle hecho eso?

—¿Me estás diciendo que te dejó en la calle?

—Bueno, algo así.

—¿Y dónde vives ahora? ¿Por qué narices no me llamaste?

—Bueno, quería arreglar las cosas por turnos. Me quedé una temporada en casa de Claudia y su novio, y cuando pude me alquilé un pequeño estudio, donde ahora vivo.

—¡Dios mío, Klaus! Yo podía haberte ayudado, no debías hab...

—Para —dijo poniendo sus dedos sobre mis labios—. Ya está, ya pasó ¿Ves por qué no quería decirte nada? No quería que te preocuparas inútilmente.

—¡No es inútilmente!

—Jacqui, encontré trabajo enseguida, gracias a tu primo Carlos y a Dana. —Sonrió—. Y todo volvió a la normalidad, así que, de verdad, estate tranquila.

Me crucé de brazos sin estar muy convencida, odiaba enterarme de las cosas que había estado pasando Klaus, y el saber que no me había pedido ayuda, me frustraba.

—¿Y de qué es el trabajo?

—Unos rollos de publicidad. Pero me gusta y gano lo suficiente para vivir, que es lo que importa, así que, por favor, deja de preocuparte, ¿vale? —Me miró fijamente y se incorporó quedando a mi altura—. ¿Vale? —Repitió acariciándome el mentón.

—Lo que tú digas.

—«Lo que tú digas», no es una respuesta convincente, pequeña.

—Vale, Klaus, no me preocupo. —Fingí una sonrisa—. ¿Así mejor?

—Bueno, no está mal.

Media hora después nos volvimos a la cama, estaba a punto de amanecer,

pero aun así él se durmió y yo me quedé dando vueltas nerviosa por la cama. Había perdido su casa y su negocio... todo en cinco meses, y aun así parecía feliz, ¿Cómo podía?, yo estaría destrozada si no pudiera dedicarme a escribir, su pasión era la fotografía.

Serian cerca de las nueve de la mañana cuando ya no pude dar una vuelta más en la cama, él estaba K.O, le miraba y pese a que estaba dormido tenía el aspecto de cansado, probablemente la sesión de sexo intenso, le había cansado en exceso. Me prometí a mí misma que Klaus recuperaría el aguante que tenía antaño, me metí en la ducha y poco después estaba dispuesta a salir a pasearme un rato. Él dormía tan plácidamente que me dio una envidia atroz, no quería despertarle, una porque necesitaba estar sola y despejarme, y dos, porque quería darle una sorpresa, así que después de dejarle una nota salí de casa.

*«Te amé tal y como eras,
y jamás querría que fueras de otra manera. Te amé sin comprenderlo
todo de ti,*

*convencido de que el tiempo me daría la manera de hacerlo. Quizá en
medio de todo este amor olvidara a veces preguntarte si me amabas hasta el
punto de abrazar todo lo que nos separa... —Yo también sigo “el club de los
poetas muertos” en concreto a Marc Levy—*

*Buenos días cariño, salí a hacer unas compras, volveré pronto Te
quiero.*

Aquella mañana refrescaba y el cielo estaba ligeramente encapotado, aun así y pese a todo, estaba de buen humor. Caminé por unas callejuelas que recordaba gracias al enorme itinerario del día anterior, me había quedado con la localización exacta y como un mapa seguía el camino. Frené en seco cuando me di de bruces con un escaparate, que como si llevara luces de neón parpadeantes abrió las puertas de mi imaginación, azotándome y dejándome inmóvil, creando un mundo de fantasía donde solo había un simple escaparate de una tienda. Se trataba de una tienda diversa, parecía un sexshop, pero había otros complementos que llamaron mi atención, entre ellos un mono de cuero, tremendamente sexy acompañado de un látigo, y unos tacones inmensos; me dolieron los pies solo de verlos, parpadeé y sonreí como si al mismo sol estuviera mirando. Es curioso como la inspiración te golpea cuando menos lo esperas, saqué una pequeña libretita que siempre llevaba conmigo y apunté «Alessandra», la cerré de nuevo sonriendo como una boba, seguí mi camino

para ir al sitio donde había pensado aquella mañana. No estaba muy lejos de esa tienda, así que luego volvería; dos calles más abajo encontré mi destino, di un pequeño suspiro antes de abrir la puerta de aquel local, ¡Ya no había marcha atrás!

Tres horas y media después, entré por la puerta de la habitación y dejé en el suelo las bolsas que me habían estado torturando las manos todo el camino de vuelta. Busqué a Klaus por toda la habitación; cuando creí que se había ido escuché la ducha y sonreí, estaba su iPod encendido y sonó una canción que jamás hubiera dicho que Klaus pudiera tener «A thousand years» de Christina Perri Caminé hasta acabar en el marco del baño observando cómo se duchaba, mientras que la cálida voz de aquella chica sonaba por toda la habitación.

«¿Cómo ser valiente?

*¿Cómo amar cuando tengo miedo de caer? Pero te veo solo
y todas mis dudas de alguna manera se van un paso más cerca. He
muerto todos los días esperándote, cariño. No tengas miedo,
te he amado por mil años, y te amare por mil más»*

Escuchar aquellas palabras mientras observaba como Klaus se duchaba, me provocó un tremendo frenesí, pues mi mente se había ralentizado y podía sentir sus movimientos más lentos, aquello estaba siendo una afrodisiaca tortura, estaba mirándole los abdominales cuando le escuche reírse.

—No soporto la idea, de que el universo tenga que destruirse cada vez que te marches —pronunció mientras le caía el agua por la cabeza.

—Edgar Allan Poe —sonreí—. Sublime.

Sonreímos como unos tontos, vi cómo salía de la ducha y le tendí la toalla mientras me aupaba para besarle.

—Gracias por la nota de esta mañana, no imaginas cuánto te quiero. —Tragué saliva y parpadeé. Aún me sorprendían según qué cosas; y más si salían de su boca. Le besé de nuevo y salí para que pudiera secarse en condiciones; además un calor que conocía muy bien estaba empezando a abrasarme. Me desvestí con cuidado y me puse uno de los mil vestiditos que tenía para estar por casa—. ¿Dónde has estado? —le escuché hablar desde el baño.

—He ido a comprar unas cosas, no quería despertarte. —¿Te has aclarado con las calles?

—¡Claro! —Sonreí al verlo salir con unos pantalones cortos—. Además, he conocido a una chica estupenda.

—¿En serio? —Se sentó en la terraza y me miró.

—Sí, mañana iré a ver a su hermana. No está pasando por su mejor momento, y dice que conocerme le ayudaría bastante; me parece alucinante que aquí haya personas que me conozcan.

—¿Está enferma?

—Algo así —sonreí—. ¿Mañana tienes algo que hacer?

Se quedó pensativo.

—Iba a ir visitar a mi padre, pero si quieres puedo acompañarte.

—No, lo decía porque me sabía mal que te quedaras solo; pero si tienes plan estupendo.

Me sonrió mientras mordía un bollo que le había dejado al lado de mi nota esa mañana.

—¿Y has comprado muchas cosas?

—Las suficientes como para que mi tarjeta se haya escondido por alguna parte del bolso. —Se echó a reír—. Tengo algo que enseñarte, señorito Klaus.

—¿Sí? —Sonrió divertido ladeando la cabeza—. Sorpréndame si puede, señorita Amorós.

Sin pensármelo dos veces, me levanté el vestidito y bajé con cuidado las braguitas que llevaba; antes de darme cuenta lo tenía arrodillado ante mí, con los ojos como platos.

—¿Puedo? —susurró mirando el papel filme, que cubría el tatuaje.

—Claro. —Sonreí—. ¿Te gusta?

—¡Madre mía! —Tragó saliva de nuevo—. ¿Por qué no me has avisado? ¿Te ha dolido?

—No me ha dolido. —Sonreí—. Y no he dicho nada porque si te hubiera avisado, te hubieras puesto en plan padre y no me hubieras dejado.

Se echó a reír, mientras me extendía un poco la crema que se me había movido al quitar el filme que lo cubría.

—Tengo que curármelo y en unos días ¡Vualá!

—Está increíble, pequeña. —Me miró y casi me muero de lo increíblemente perturbador que estaba esa mañana—. ¿Me vas a decir ya qué pone?

—Solo para tus ojos.

Volvió de nuevo la vista a mí, y apoyó el trasero en sus talones tragando saliva, parpadeó varias veces, y no pude evitar echarme a reír.

—¿En serio pone eso? —susurró.

—Si quieres buscamos a Légolas, y que te lo traduzca. —Da igual. —sonrió—. Me fio de ti.

Se levantó apresándome la cara entre sus manos y me besó fuertemente, empujándome hacia el escritorio.

—Klaus —susurré sonriendo—, ahora no puedo. —Vamos. —Jugueteó en mi cuello—. Solo un poquito.

—Me lo ha dicho el tatuador; ahora mismo no me puede rozar nada ahí. —Le acaricié los labios—. Solo serán unas horas.

—Pero yo quiero ahora. —Me eché a reír al ver la mueca de llanto en la cara y, haciendo caso omiso a lo que le había dicho, me quitó la ropa interior que lanzó hacia atrás; me sentó en el escritorio y me abrió de piernas—. Tranquila, no te rozaré por donde tienes el tatuaje.

Sonreí como una idiota, hasta que sentí sus dedos trastear por mis labios, abriéndose paso por mi vagina, que ya estaba ansiosa de él, me retorcí y ahogué un gemido mordiéndome los labios.

—No imaginas lo increíblemente sexy que eres, Jacqueline.

Sonreí sin contestarle, sometida a su maravillosa tortura, movía los dedos con una tremenda agilidad, llevándome al paraíso sin billete de vuelta. Cuando abrí los ojos por decimonovena vez vi que la guitarra estaba sobre una silla, y aunque casi no podía hablar, quería retrasar un poco el orgasmo para disfrutar más de esos dedos de pianista.

—La guitarra —susurré.

—La he encontrado antes —dijo con una voz tan sensual, que me contraje entera—¿Por qué esta aquí?

Gemí varias veces, ya que estaba casi a punto.

—Aprende... Aprendí a tocarla.

Y casi rozando el clímax, paró en seco.

—¿Qué?

—¡Por dios Klaus, no pares!

—¿Sabes tocar la guitarra? —dijo aun entusiasmado, con sus dedos dentro de mí.

—¡Por Diosss! —Me moví intentando crear fricción, pero sacó los dedos de mí y me sonrió divertido—. Pero ¿qué haces?

—La otra mitad... Cuando me hayas enseñando como tocas.

Lo dijo con tanta gracia, que no pude evitar sonreír ¿En serio quería enseñarle lo que había aprendido?

Cuando salí del baño después de haberme refrescado, lo vi sentado con la guitarra en sus manos impaciente por verme tocar; me miró sonriendo, y de repente me sentí tímida. No había tocado delante de nadie, solo de Alejo, y lo

había evitado todo lo que podía, lo veía demasiado íntimo. Caminé hasta sentarme frente a él, agarré el instrumento y lo acoplé a mí, pasé mis dedos sobre ella, y sonreí. —¿Qué te motivó a aprender? Según tú, se te daba fatal.

—Y así era. —Sonreí—. Hasta que encontré la inspiración adecuada.

—Entiendo a qué te refieres. —Nos miramos, y di gracias al cielo por tenerle frente a mí, sentado en la cama, con las piernas cruzadas y expectante como si fuera un adolescente esperando una buena noticia—. ¿Te enseñó alguien a tocar?

—Youtube. —Se echó a reír ante mi comentario. —¿Me tocarías tu primera canción?

Le miré levantando una ceja.

—¿Ahora me lo preguntas? —Se echó a reír de nuevo. Yo suponía que estaba completamente colorada, pero no me dijo nada, cosa que agradecí—. La primera canción que de verdad quise tocar con mis propias manos, me la mostró una chica que conocí hace unos meses. —sonreí al recordarlo—. Jamás la había escuchado, pero su mensaje simplemente...

—Te tocó el corazón —dijo interrumpiéndome y asentí—. Adelante...

Puse mis temblorosos dedos sobre las cuerdas, cerré los ojos y cogí aire, intenté escuchar la canción dentro de mi cabeza, «strom» de Lifehouse sonó en el interior de mí. Y así, sin más, con los ojos cerrados empecé a tocar aquella melodía que me ponía la piel de gallina; y aunque jamás había cantado delante de nadie, en aquel momento me olvidé del mundo, y me sumergí en una de las miles de noches cuatro meses atrás, donde solo la soledad y la nostalgia me acompañaban. Aquella canción tenía la habilidad de trasladarme a un sentimiento exacto, y recrearlo completamente.

«¿Cuánto tiempo he estado en esta tormenta? Tan abrumado por la forma indefinida del océano el agua está más difícil de pisar, con estas olas rompiendo sobre mi cabeza. Si tan solo pudiera verte, todo estaría bien.

Si pudiera verte,

esta oscuridad se transformaría en luz, y yo caminaría sobre el agua,

y tú me atraparías si yo caigo,

y yo me perdería en tus ojos,

y todo estaría bien.

Yo sé que no me trajiste aquí afuera para ahogarme ¿entonces por qué estoy diez pies abajo y de cabeza? Apenas sobrevivir se está convirtiendo en mi propósito, porque estoy tan acostumbrado a vivir bajo la superficie... Si

*podiera verte,
todo estaría bien,
si pudiera verte,
esta oscuridad se transformaría en luz, y yo caminaría sobre el
agua...»*

Cuando abrí mis ojos, me encontré con unos ojos azules cristalinos, brillantes como nunca había visto, tenía los codos apoyados en sus piernas cruzadas sobre la cama, solo me miraba, no hacía nada más, así que tragué saliva; vale que no fuera Christina aguilera, pero tampoco era para ese silencio.

—¿No dices nada? —dije torciendo mi cabeza en un gesto habitual en él —. Me costó tres meses aprender a cantar y tocar a la vez.

Pero no habló, se limitó a mirarme. Diez minutos después ya nerviosa por ese silencio, me puse de pie y caminé hacia la terraza, el día se había oscurecido, y no tardaría nada en empezar a llover. Respiré sobre el cristal de la puerta de la terraza, haciendo que saliera vaho, y como dice Jason Mraz en I'm Yours, dibujé una cara, y sonreí. Sin esperarlo, unos brazos me rodearon por detrás abrazándome fuerte. Sentí sus labios en mi cuello y al moverme me apretó más fuertemente a él, y con el brazo izquierdo me rodeó por los hombros quedando completamente presa en su abrazo, no podía verle la cara, pero intuía que algo no iba bien.

—Eres todas las cosas que se puede esperar de una persona.

Tienes la habilidad de hacerme sentir el más fuerte del mundo, y el más débil a la misma vez. Si tuviera que pasar por mil infiernos por tenerte, créeme que lo haría.

—Klaus... —susurré mientras contenía mis lágrimas. —No me dejes nunca, Jacqui, por favor —suplicó empezando a temblar—. Por favor. —Pude zafarme de su agarre y me volví para encararlo por la barbaridad que acababa de decir, ¿dejarle? ¿Acababa de pedirme por favor que no le dejase? Pero cuando lo tuve frente a mí, y vi sus ojos y sus lágrimas corriendo por sus mejillas, el corazón empezó a latirme fuerte. Jamás me acostumbraría a verle llorar. Apresé su cara y besé sus lágrimas para después juntar mi frente con la suya—. ¿Sabes la tortura que es, saber el daño que hice a la persona que más amo en todo el mundo? —susurró con los ojos cerrados acariciando mis brazos—. Jamás pensé que esto pudiera existir, esta forma de querer.

—Klaus...

—No puedo decirte que te quiero, porque es un insulto a lo que siento

por ti. Y si te digo te amo, apenas llega a describir lo que eres para mí. —apretó mi cabeza contra la suya con sus manos—. Si pudiera meterte en mí, solo por un segundo, podrías entender lo que me es imposible explicarte; porque no se han inventado palabras para esto que siento por ti.

Me había quedado muda, las lágrimas me caían en cascada, y sentía una presión fuertísima en el pecho.

—Cuando leí, Silence —empecé a susurrar—, de la saga hush; leí algo que ahora entiendo. —abrió los ojos y fijó su mirada en mí esperando que hablara—. «solo hay una cosa que sé con certeza; que haría cualquier cosa por ti, incluso si eso significa ir en contra de mis instintos o de mi propia naturaleza. Dejaría todas las cosas que poseo, hasta mi alma, por ti. Si eso no es amor, es lo mejor que tengo.»

Me besó tan fuerte, que tuve que tragarme un gemido de dolor. Pude sentir que sangraba porque noté un sabor salado en mis labios.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué?

—Por existir. —sonreí—. Y por tener una sangre que sabe a caramelo.

Nos echamos a reír, recordaré aquel día toda mi vida. Más tarde Klaus me volvió a hacer tocar la guitarra, tanto es así que acabé por mandarle al carajo.

Aquella noche dormimos pronto, estaba tan cansada que apenas podía respirar, aunque por supuesto disfrutamos de unas horas de sexo «con amor», que me llevaron al limbo. Ahora que había decidido dejar la absurda —en este caso— psicología inversa, pensaba aprovecharme al máximo.

Me revolví por la cama cuando sonó la alarma del despertador, ¿en serio había quedado tan temprano? Alargué la mano buscando a Klaus, pero no estaba, al incorporarme y después de frotarme los ojos, vi una nota en su mesita.

«He salido a recoger unas cosas y después iré a ver a mi padre. Siento no despertarte, pero estabas tan preciosa durmiendo... —Hasta cayéndote la baba estás hermosa—. Si necesitas algo llámame, por cierto, comeré con mi padre.

“Y me besó. Fue el tipo de beso del que nunca podría hablar en voz alta a mis amigos. Fue el tipo de beso que me hizo saber que nunca había sido tan feliz en toda mi vida” Stephen Chbosky Buenos días y que tu mañana vaya perfecta.»

Sonreí como una idiota, adoraba que Klaus leyera, nada podía hacerle

más sexy que verle tirado en la cama concentrado en un libro, deseaba lamerle entero cuando lo veía; aunque bueno, la pregunta era, ¿y cuando no tienes ganas de lamerle, Jacqui? Volví a releer la nota mientras iba hacia la ducha, y fruncí el ceño. Me hablaba claramente de que iría a ver a su padre, pero no me decía si me quería ir con él ¿Quería conocer al padre de Klaus? Obvio que sí, pero ¿por qué él no quería que yo le conociera? En fin... todo eran preguntas absurdas, enrevesadas unas con otras. Quizá quería esperar para presentármelo, si lo miraba bien, solo hacía cinco meses que ya no estaba con Ana. Aquella mañana volvió a llover, no me gustaban nada los días lluviosos y grises; siempre me ponían triste, me sentía como si llevara una carga de tristeza extra cuando el día estaba nublado. estaba esperando al taxi que me llevaría hasta el «Centro de salud mental Frieden», que curiosamente significaba «Paz». Angie, la tatuadora que había conocido el día anterior, me esperaría en las puertas de centro, y si mi reloj no iba mal, ya me estaba retrasando... ¡Siempre igual! Cuando monté en aquel taxi, me las vi y me las deseé para explicarle dónde quería ir; en aquel instante me sentí una idiota integral, tantos meses en Alemania y era incapaz de dar unas simples indicaciones, solo le dije, Frieden y puse cara de loca; el pobre hombre se limitó a asentir, y a pronunciar el nombre del centro en alemán, asentí y él se echó a reír, probablemente se estuviera riendo de mí, y lo entendía perfectamente. Nos pusimos en marcha, quizá si se diera prisa podría llegar a tiempo, aunque había mucho tráfico y me dirigía hacia la otra punta de la ciudad. Para hacer tiempo, ya que como no entendía ni papa y no podía darle conversación al hombre, entré en Facebook para poner un estado original contando mi aventura. Cuando vi una actualización que me llamó enormemente la atención, era de David y ese simple hecho, me hizo reír.

«Confianza desmerecida y viejos amigos, sin contar nunca los lamentos.

Una buena canción de Buenos días a todos, incluso a esos amigos que se encuentran fuera de aquí, en concreto en Alemania.»

Iba acompañado de un video de un grupo, Ron Pope y la canción era «A Drop in the Ocean». Me puse los auriculares ansiosa y tiqué en la canción; ese hecho me acercaba a David, a un David que ya estaba en España, y a un David que me moría por ver.

*«...Una gota en el océano,
un cambio en el clima.*

Estaba rezando porque tú y yo pudiéramos acabar juntos. Es como

desear la lluvia,

mientras estoy en el desierto.

Pero te sostengo más cerca que la mayoría Porque tú eres mi cielo.

No quiero malgastar el fin de semana, si no me quieres... finge...»

Me eché a reír cuando escuché ese trozo, pude imaginarme a David riéndose mientras subía la canción y, para ser sincera, aquel mensaje gracioso, me había calado el corazón. Sabía que me echaba de menos; cuando terminó la canción, volví a escuchar de nuevo varias veces más. Pensé que había una manera de contestar indirectamente, y me sentía tan triste al echarle tanto de menos que tuve clara la canción.

«¡Buenos y lluviosos días desde Alemania! Qué mejor que empezar el día con canciones que te motiven, y te recuerden a tu casa, a tu país, y a esas personas que pese a la distancia

siguen ahí, ¡¡Os quiero!!»

Añadí la canción de Manolo García «Carbón y ramas secas» una de las preferidas de David y la escuché hasta llegar al sanatorio. Había llegado antes de lo que había imaginado, aunque Angie ya me esperaba apoyada en el muro, con su largo pelo moreno y su sonrisa de buenos días, y, pese al cielo triste y lluvioso, me puse contenta. Entramos con paso decidido, nunca había estado en un psiquiátrico, y esperaba no estarlo jamás, pero no era para nada como me había imaginado. Caminamos alrededor de diez minutos por un césped perfectamente cuidado hasta que nos encontramos una casa de varias plantas; más que un sanatorio parecía una mansión, alucine mirándolo todo, ¿en serio la gente se internaba allí por problemas?, yo lo haría ya mismo, solo para pasar unos días de vacaciones, era precioso.

—Muchas gracias, Jacqueline, por hacerme este favor —me sonrió mientras esperábamos en la recepción de aquella enorme sala—. Mi hermana, no se lo imagina...

—No me las des, a veces las personas necesitamos cambiar de aires para poder recuperarnos. —Me dio un escalofrío solo de pensar en Klaus, en un sitio así.

—Ya, supongo.

Antes de que pudiera decir nada, una enfermera nos llevó hacia un salón enorme, con unas vistas preciosas; visto desde ese punto de vista y gracias a unos ventanales enormes acristalados con vistas al inmenso prado que había, aquello no parecía una cárcel, se respiraba libertad y paz. Nunca había estado segura de que una persona se pudiera recuperar después de estar dentro de un

psiquiátrico, pero si todos eran así, desde luego que algo se podría hacer. Escuchamos un ruido, y al darnos la vuelta, la vimos, allí de espaldas a nosotras había una delgada chica con el pelo recogido en una coleta, tenía algo en las manos que no lograba ver, supe que era la hermana de Angie por el nerviosismo de esta. Fuimos hacia ella directas, Angie mucho más rápido que yo, cuando estuve frente a ella pude ver su cara de asombro y segundos después su saludo tímido, no tendría más de Veintinueve años ¿Qué depresión podía llevarla a estar allí seis años? No quise pensarlo mucho, aunque estaba algo delgada lucía un aspecto bueno. Hablamos durante una hora sin parar, era simpática y divertida, ahora entendía menos qué podría estar haciendo allí.

—Mi hermana dibuja, Jacqueline —apuntó Angie sonriendo—. Y tiene mucho talento.

—¿En serio? —pregunté mirado a Sara, que ahora enrojecía por instantes.

—Bueno... Sí, aunque no soy tan buena.

—Claro que sí, ¡No seas tonta y enséñale tus dibujos! Sara me miró y salió de aquella sala, para aparecer diez minutos después con una carpeta enorme en sus manos. Sentí una curiosidad terrible, y una emoción que me embargó por completo. Cuando abrió el bloc de dibujo, el corazón se me encogió, jamás había visto nada tan hermoso, tan puro, y tan humano; eran paisajes, manos entrelazadas, corazones, flores, las salas de aquel hermoso lugar... todo dibujado con una exquisitez inmensa. Podía sentir el sentimiento que había plasmado Sara en esos dibujos, pasaba mi mano por los dibujos, como si así pudiera tocarlos, fue entonces cuando me quedé de piedra, un dibujo de unos profundos ojos me dejaron impactada. —¿Te gusta, Jacqueline? —preguntó Angie, al ver que me había quedado petrificada.

—Estos ojos... ¡increíble!

Cuando miré a Sara, esta sonreía de una manera que me hizo sentir que había mucho más en aquel dibujo de lo que podía llegar a pensar. Removió algunas hojas más y me mostró un dibujo, parpadeé varias veces al ver que era yo, la miré alucinada, era un retrato de una foto mía, de una foto que me hizo Klaus con la cámara que le regalé por su cumpleaños ¿Cómo podía haber hecho ese dibujo sin la foto?

—Él —señaló el dibujo de los ojos—. Me la mostró, fue el primer dibujo después de un año y medio.

—¿Perdón? —tragué saliva.

—El muchacho, Klaus. Me habló de usted hace mucho tiempo, antes de

que usted fuera famosa, luego volvió ara unos dos años, me trajo su libro en español, y menos mal; no tengo ni zorra idea de este idioma.

—Sara, ¡habla bien! —la riñó Angie.

—No eres la única. —Me pasé la mano por el pelo nerviosa—. así que, ¿Klaus estuvo aquí?

—Sí, bastante tiempo —contestó Angie, adelantándose a su hermana.

Sonreí un instante al darme cuenta de que, aunque llevaban muchos años allí, seguían hablando perfectamente español, y no se les había ido su acento latino ¿Por qué no volvían a Colombia? Al menos Sara, quizá allí, pudiera mejorar de verdad.

—Llegó echo un despojo, nos hicimos amigos enseguida. Nos pasábamos el día hablando de mil cosas, y nos hacíamos una compañía que no imagina; ahora ocupo yo la habitación que fue de él, generosidad de su papá, ¿le gustaría verla? Aún conserva lo que dejó aquí.

Tragué saliva, sé que, por una parte, la historia de Klaus, era lo que me había impulsado a acompañar a Angie a aquel lugar; a Klaus le obvié el tema porque temí que no quisiera que viniera, aunque él no me había hecho mención de esa parte de su vida... ¿Debería decirle que lo sabía? Siempre supuse que había estado en algún sanatorio de Berlín, pero, ¿justo ese?

Seguí a Sara por uno de los pasillos de la primera planta, Angie se había quedado en los jardines hablando por el móvil, cuando crucé el umbral, respiré. No sé qué me había imaginado, pero aquella habitación estaba mucho mejor que en mi imaginación; era una amplia habitación, blanca, con dos ventanales, una sencilla cama, y un escritorio. Al lado de una de las ventanas había un trípode con un cuadro, estaba cubierto con una tela, así que supuse que no estaba acabado.

—El señorito Klaus, me cedió esta habitación por las vistas, dijo que me ayudarían a inspirarme, no se equivocó.

—Dibujas muy bien. —La miré con ternura—. ¿Has pensado que hacer con todos ellos?

—Si consigo salir de aquí, me gustaría hacer una exposición. Klaus insistió tanto con eso, que consiguió que, hasta yo, me emocionara. —Le sonreí con una mezcla muy rara dentro de mí—. ¿Le gustaría ver lo que dejó?

—No sé si debería. —Agaché la cabeza mirándome las manos.

—Quizá le ayude a comprender, señorita Jacqueline La miré sin parpadear, y como si me leyera la mente rebuscó por el escritorio. Tuve que sentarme en la cama porque estaba empezando a marearme, tenía mucho calor,

y me sudaban las manos. Cuando levanté la vista, Sara, me tenía tendida una libreta algo gastada, la agarré y suspiré, cuando iba a mirar a Sara de nuevo, y preguntarle si aquello estaba bien, me di cuenta de que estaba sola en aquella habitación. No sé si me sentí mejor o me entristeció más, aun así, entendí que aquella chica había querido darme unos minutos para mí. Después de respirar varias veces, abrí la libreta, garabatos sin sentido, nombres, dibujos, fechas, números, cosas por todos lados; después de unas cinco hojas así, vi mi nombre en hojas vacías, solo estaba mi nombre en el centro, aquello me puso el bello de punta, seguí pasando hojas, y entonces descubrí refranes, trozos de libros, frases de escritores, igual... Igual que mi pared, de repente me vino un flash de su cara al ver aquella pared cubierta de mil palabras, aparté la vista por unos segundos de aquella hoja y miré al techo.

«He llegado a aferrarme tanto, que hasta tú indiferencia, me parece hermosa por venir de ti.»

Pablo Neruda

«Y él había suspirado entonces y ella le había dicho “¿Qué?”. Y él le había respondido “Nada” como respondemos cuando estamos pensando “todo”.»

Ernesto Sábato

«Después de un tiempo aprenderás, que el sol quema si te expones demasiado. Aceptaras incluso que las personas buenas podrían herirte alguna vez y necesitaras perdonarlas. Aprenderás que hablar puede aliviar los dolores del alma. Descubrirás que lleva años construir la confianza y apenas unos segundos destruirla y que tú también podrás hacer cosas de las que te arrepentirás el resto de la vida.» W. Shakespeare

Cerré aquella libreta con los ojos llenos de lágrimas, ya que después de cada párrafo ponía mi nombre, ¿tan mal había podido estar? El motivo que me había llevado allí, ahora mismo estaba más que olvidado, solo quería salir de allí, correr como una loca, y abrazar a Klaus; deseando que, por una vez y por favor, me contara toda la verdad. Cuando iba a dejar la libreta de nuevo en el escritorio una hoja se cayó al suelo, cuando me agaché pude ver unos zapatos de hombre perfectamente pulcros, levanté mi cabeza y ante mí, estaba aquel hombre.

—Usted no es Sara —habló en alemán y casi pierdo el equilibrio.

—Lo siento —me disculpé mientras me levantaba. —¿Española? —
Asentí—. ¿Eres la escritora verdad?

Tras el shock inicial de darme cuenta de que era el mismo hombre al que acosaba a miradas en el parque, oírle hablar con tanta dificultad español me hizo sonreír. Llevaba una bata de médico que le quedaba más que bien, aunque tenía una mirada tan autoritaria, que hacía que tuviera que respirar varias veces antes de hablar.

—Sí...

—Me alegro de conocerte. —me tendió la mano—. Al fin hablamos, hace días que no vas por el parque. —Sonreí ruborizada al máximo, aquel hombre era como una especie de Richard Gere en el cuerpo de Brad Pitt, no sé, una cosa muy rara y tremendamente provocadora—. Siento que te sintieras intimidada por la forma en la que te miraba, sabía que me sonabas de algo, pero no caía en qué, hasta que le vi el libro a Sara. —Sonrió y casi me desmayo—. Quería verte para explicártelo y disculparme, pero no te vi más.

¿Yo? ¿Intimidada por él? Me hubiera gustado decirle que era yo, quien no le quitaba el ojo de encima, y que era yo la que debía disculparse por haberle

intimidado; pero preferí callarme y sonreír mientras que no dejaba de pensar de qué narices alimentaban a los bebés alemanes para que estuvieran tan buenos todos.

—He estado ocupada, pero me alegro de conocerte. Asintió sonriendo, y se quedó mirado mis manos, me agarró el papel sin preguntar y lo abrió delante de mí, echó una ojeada, me miró, dobló el papel y me lo devolvió. Aquel comportamiento descarado me llamó la atención, pero no dije nada.

—Son garabatos de mi hijo, están por todas las habitaciones, disculpa.

Le mire frunciendo el ceño, ¿garabatos de su hijo? Habría jurado que el papel se había caído de la libreta, pero ahora que lo pensaba quizá ya estuviera en el suelo cuando había entrado, la verdad es que estaba tan nerviosa, que me fije únicamente en lo único que tenía frente a mí. Miré el papel con una tremenda curiosidad, si él había sido descarado ¿Por qué yo no?

«...Hay veces que,

mi alma baila tangos con la soledad, y necesito de tabla tu amor, para asirme a ella en mi tempestad. Pensando en ti, paso el día pensando en ti. Enséñame a escuchar tus labios, a leer el sol, llévame a donde los sueños fabrican tu voz. Pensando en ti,

duermo el odio pensando en ti...»

Se me encogió el corazón, adoraba esa canción, la había escuchado millones de veces, no eran garabatos.

—Es una canción —le hablé aun con los ojos en el papel. —¿Perdón?

—Esto. —Moví el papel—. Es una canción de mago de oz. —Vi su cara de póker—. Un grupo español.

Él asintió, cuando iba a decir algo Sara apareció por el umbral de la puerta, y empezaron a hablar. Yo me recliné en un rincón de aquella habitación, releendo una y otra vez la carta, entonces como un jarro de agua fría, me azotó la realidad, aquella letra... aunque más cursiva que de normal, aquella letra la conocía, aquella letra era, era... —Veo que has encontrado la canción —habló Sara, a lo que la miré—. La escuchaba mil veces cuando llego.

—¿El doctor es su padre? De Klaus, digo.

—Claro —sonrió sentándose frente a mí—. Aparte, él es el dueño de todo esto querida, ¿no lo sabías?

Me quedé de piedra mirando la nada, ¿cuántas cosas más no sabía de Klaus?

Klaus

Aparqué en el aparcamiento privado del loquero, del cual mi padre era el dueño. No me gustaba recordar demasiadas cosas que habían pasado, pero que aquel lugar había sido mi hogar, era algo que no podía negar. Subí por las escaleras traseras, siempre solía retrasar el reencuentro con mi padre, ya que siempre me psicoanalizaba antes de darme un abrazo; a veces pensaba que lo hacía a conciencia, otras veces pensaba que él ya se había acostumbrado a ser así con todo el mundo, y aunque odiaba eso de él, no podía negar que le estaba eternamente agradecido por cómo se portó conmigo en cierta época oscura. Nunca me juzgó, ni hizo todas esas cosas que siempre había hecho, simplemente fue un padre, y eso compensaba el cierto abandono, al que me vi sometido cuando él decidió que España no era sitio para él, dejándonos a mí madre y a mí allí.

Caminé despacio por aquellos oscuros pasillos, como había hecho millones de veces hacía unos años, durante bastante rato mientras avanzaba, un olor familiar empezó a llamarme la atención, el problema era, que no caía exactamente a que me recordaba, hasta que un azote de perfume me dejó helado, ¿Jacqui?! Susurré para mí mismo, no podía ser, ¿Qué podía estar haciendo Jacqui allí? ¿Acaso lo sabía? Cuando escuché pasos que se movían hacia mi dirección, me quedé quieto y me escondí en una de las habitaciones que estaba abierta; el corazón me iba a mil, ella no podía saber eso de mí ¡no!, no podía ¿Cómo explicarle tal cosa?

—Jacqui, tengo que volver a la tienda —habló una voz desconocida—. Tengo un tatuaje en media hora.

—Sí, vamos.

Me heló escuchar la voz de Jacqui. Mis peores temores se hacían realidad, ella estaba aquí, y salía de la que había sido mi habitación ¡Dios! Debía saber con seguridad qué es lo que ella sabía, y prepararme para dar unas cuantas explicaciones. Pasaron frente a la habitación donde estaba escondido y me apreté un poco más a la pared, rezando para que no me vieran.

—Estás muy callada, Jacqueline.

—Lo siento Angie, es que son... Son demasiadas cosas que procesar.

—¿Cambia algo lo que sientes por él, ahora que sabes más?

El corazón casi se me sale del pecho al no escuchar una respuesta.

—¿Cambiar? ¡Eso jamás! Le quiero igual, o incluso más, es solo que... —suspiró—. No entiendo por qué de su silencio ¿Por qué no me lo ha contado antes?

—Te entiendo, ya le advertí a mi hermana que no te dijese nada, pero...

—Ya lo sabía, Angie. —Me quedé de piedra—. Sabía que había estado recluido en un centro mental, pero no sabía que su padre era el dueño; y no había querido pensar en qué condiciones había estado, esto es como darme un golpe con la realidad.

—Tranquila.

—¿Y sabes qué? —Intuí que sonreía—. Esto aún lo hace más perfecto, ¡Dios! Aún no sé qué hace conmigo... Él, él es un... —¿Dios griego?

—Sí, un dios griego. —Se echó a reír—. Uso mucho esa coletilla ¿verdad? Pero ¿Cómo expresar cosas cuando no encuentro palabras? Hay veces que pienso que un día, me verá como realmente soy, y me dará una patada en el culo.

—Escúchame bien, nunca debes sentirte inferior. Aunque él sea un dios griego, tú también tienes algo de afrodita.

Jacqueline se echó a reír y me contagió; después largos minutos, en los cuales apenas respiraba, me di cuenta de que ya no se escuchaba nada, así que imaginé que se habían movido. Poco después salí de mi escondite, la paciente de la habitación de enfrente volvía a tener la música demasiado alta, genial... sonaba «Remember me», la banda sonora de Casper, ¡Dios mío! Cuanto melodrama. ¿Se podía tener una canción más triste, de telón de fondo?

Pasé bastante desapercibido entre la gente que había allí, hoy era día de visitas, así que no resultaba extraño ver a más gente de la habitual en los pasillos, entré en mi antigua habitación, Sara la mantenía prácticamente intacta, aquello me hizo reír. La habitación olía a Jacqui, y esta vez era real y no cosa de mi imaginación. Cerré mis ojos y no sé si era movido por el significado de la canción o porque últimamente andaba perdido en los recuerdos, pero recordé las primeras palabras que me dedicó Jacqui, hacía muchos, muchos años atrás.

24 de diciembre 13 años atrás

—Bueno Jacqueline, te espero en unas semanas —.Escuché a mi psicólogo hablar y levanté la cabeza—. ¿Estarás bien?

—Sí.

Aquella voz llamó mi atención, y detrás de mi psicólogo apareció una chica muy delgada y pálida hasta llegar a impresionarme. Iba toda de negro vestida de negro, y sin saber por qué, sentí algo de vergüenza. Me recompuse como pude y volví la vista a la revista que estaba ojeando, pero esta vez no prestaba nada de atención, me moría por mirarla de nuevo, pero no podía, me pillaría...

Cuando pensé que ya se había ido levanté la cara y allí estaba, de pie frente al marco de la puerta mirándome fijamente. No sonrió, ni siquiera parpadeó, pero a mí el corazón se me salió del sitio. Aquellos ojos verdes, tristes como jamás había visto, me miraban más allá de lo normal; seguro que adivinando mi más temible secreto.

—Klaus Grass.

Escuché mi nombre y me levanté de golpe. A punto de entrar en la consulta, la miré una vez más, le sonreí, con la sonrisa más sincera que había tenido en mi vida, pero ella no me correspondió, apenas parpadeó. Su cara era un maniquí de cera, excepto por un pequeño fruncimiento de cejas, resoplé de mala gana ¿tan difícil era devolverme la sonrisa? Aunque fuera un aspaviento con la cabeza, pero nada.

Cuando entré en consulta, Oliver me esperaba en su escritorio, saludándome con su sonrisa de haber tenido un buen día. Di unos pasos hacia él en silencio y me senté frente a él sin ningunas ganas de hablar, como siempre.

—Bueno Grass, ¿hoy vienes con ganas de hablar?

—Puede...

—¡Vaya! —exclamó—. Hoy debe ser un día muy especial, querido amigo. —Sonreí tímidamente—, adelante.

—La chica que ha salido antes... —Oliver, sonrió de una manera que me sorprendió.

—¿Qué pasa con ella? Recuerda que no puedo hablar de otros pacientes.

—No te estoy diciendo que me cuentes sus intimidades —pensé en cómo encarar mejor el asunto—. ¿Cómo se llama? ¿Eso me lo podrías decir?

—Si prometes que me contarás de verdad por qué estás aquí. —Eso es demasiado por un nombre, Oliver...

—Lo tomas o lo dejas, Grass.

Me quedé pensativo, quizá había llegado la hora de abrirse. —Vale, pero primero, háblame de ella.

—¿Qué quieres saber?

—Su nombre —contesté ansioso.

—Jacqueline.

—¿Jacqueline? —susurré, nunca un nombre me había parecido tan bonito —. ¿La trata desde hace mucho?

Me miró alzando una ceja, tuve miedo de que no contestara. —Dos años.

—¿Dos años? —Exclamé sorprendido—. ¿Y no está mejor? —Bueno, es a épocas Klaus, ella sufre una patología algo complicada.

—¿Anorexia? —asintió con la cabeza.

—De hecho, bastante grave —habló, pero no a mí, sino para él mismo—. Hay veces en las que dudo de que se recupere. —¿Tan grave está? —Sentí miedo por primera vez. —No es el presente lo que temo, sino el futuro. —Me miró a los ojos y sentí un escalofrío—. Hace unos años vi un caso parecido, y el resultado... —no dijo nada más y entendí lo quiso decir ¿Por qué sentía ese miedo, si acababa de verla?—. Manzanas.

—¿Perdón?

—Le gustan las manzanas.

Fue lo último que me dijo Oliver cuando salía por la puerta de su consulta, pasé las siguientes semanas nervioso por verla, y no me hizo esperar demasiado.

Días después me la topé de frente, no es que fuera algo improvisado, estaba allí aquel día solo para verla, y «topármela de frente».

Quizá no sea la mejor explicación, yo estaba cruzando un paso de peatones cuando la vi. Ella estaba en la cafetería que hacía esquina con la consulta, estaba sentada con una mujer rubia bastante llamativa, tenía que ser su madre... Aquella mujer la miraba con cierto reproche; quizá fuera porque había un zumo delante de Jacqueline, y esta parecía no haber probado sorbo; seguramente ni siquiera había visto el zumo, tenía la mirada perdida en algún sitio muy lejos de allí. Me fijé en un detalle muy curioso que me llamó la atención, podría haber parecido un acosador si se hubieran fijado que estaba allí, pero desde fuera seguro que parecía un chico esperando el autobús. Jacqueline tenía las manos debajo de la mesa sobre sus piernas, entonces vi como con el dedo pulgar y corazón se midió la muñeca derecha, me dio cierto repelús aquello, aun así, me quedé allí mismo hasta que la vi salir de la cafetería e ir directa a la consulta.

Estuve varias horas allí esperando a que terminara, intentaba pensar en cómo le estaría yendo en consulta. Oliver era muy agradable, aunque él

pensara que yo no lo tragaba, no era por su forma de ser, que me parecía estupenda, el problema era yo. Me puse nervioso cuando la vi salir, tenía la misma expresión que al entrar, vacío absoluto. La vi acercarse a la parada del autobús y me froté las manos con nerviosismo; llevaba tantas horas allí, y hacia tanto frío, que sentía los dedos entumecidos. Seguramente tendría la nariz roja a causa del frío y dudé en irme por el aspecto que pudiera tener, pero al tenerla cerca me quedé quieto. Ella, sin prestarme la más mínima atención, se sentó a esperar el autobús y supe que era mi momento; estaba muy nervioso y me temblaba todo, pero estaba decidido a hablar con ella, fuera como fuera.

Me mentalicé para la ocasión, pocas veces estaba nervioso. Aunque en aquel instante fuera un manojo de nervios interno, pensé en hablarle directamente, pero seguramente me saldría un gallo o directamente no tendría ni voz, ya no solo por los nervios, sino que sentía que tenía la garganta rasposa. Seguro que mi hazaña de estar esperando cual Romeo me había ocasionado unas anginas. Recordé lo que me había llevado de casa, así que saqué la manzana de mi mochila y le pegué un bocado sin mirar hacia ella, sin esperar que fuera tan fácil, ella me miró.

—¿Quieres? —dije ofreciéndole la manzana por el lado que no estaba mordido, me miró sorprendida y parpadeó varias veces. —No, gracias. — Volvió la vista al frente.

Yo seguí a la mía, y vi cómo me miraba de nuevo.

—Si sigues mirándome así, me atragantaré —dije, a lo que ella sonrió.

—Perdona. —Se puso roja y eso me hizo mucha gracia—. Es solo, que te la comes como si hiciera días que no pruebas bocado.

—Soy algo ansioso. —Sonreí tímido—. Me llamo Klaus.

—Jacqueline.

—Encantado. —Le tendí la mano que ella para mi sorpresa, aceptó, tenía la mano fría y muy huesuda—. Pensé que eras muda. —¿Muda? —Abrió los ojos en una mueca graciosa.

—Sí. —No dijo nada más, se limitó a mirarme como si fuera un bicho raro unos minutos y luego me ignoró.

Poco después la vi marcharse en el autobús, no hablamos más que eso, pero me sentí feliz. A las pocas semanas volví a aquella parada del autobús con dos manzanas y repetí lo que había hecho semanas atrás.

—Pero bueno ¿acaso eres la serpiente del árbol prohibido o qué? — Espetó sonriendo, y me derretí.

—Lo siento.

—No lo sientas. —Sonrió—. Tiene muy buena pinta.

Tuve que contenerme mucho para no demostrar que el corazón me había dado un vuelco, saqué la otra manzana que había comprado únicamente para ella, y se la ofrecí.

—He traído una por si querías. Como me mirabas así el otro día, intuí que te gustaban.

Me miró sin hablar, cuando pensaba que me iba a mandar a la mierda por tarado, sonrió y me quitó la manzana que había estado mordiendo yo, y mordió justo donde estaba la marca de mis dientes. Pegó el bocado y no apartó los ojos de mí mientras masticaba; me temblaron las piernas tanto, que tuve que sujetarme al asiento de metal.

—Esta buena, incluso demasiado... —Sonrió y dio otro bocado—. No te habrá pagado mi madre, ¿verdad?

Me eché a reír y sin haberlo previsto, la contagié. —Te prometo que no.

Aquella rutina se alargó durante meses.

Actualidad

Sonreí mirando por las ventanas, Dios... ¿Llevaba enamorado de Jacqui tantos años? Pocas veces me hacía esa pregunta, pero aquello me hizo meditar. Quizá estaba destinado a ella mucho antes de incluso imaginarlo. Apoyado junto a la ventana estaba el cuaderno, el cuaderno que había usado cada uno de los días que había estado allí; pasé mi mano por la tapa, y aun podía sentir la de Jacqui, supe que no se había dado cuenta... No había caído en que ese cuaderno no era solo mío, lo volví y lo abrí por la tapa trasera, y me topé con las líneas más tristes que jamás había leído en aquel entonces, aquel cuaderno había sido de Jacqui, ella creyó que lo había perdido, no fue así... Aunque después de tantos años, ¿Cómo se iba a acordar? Pasé unas hojas y leí.

Hoy no es un buen día.

Quizá porque no he dormido nada, y arrastre los sentimientos de ayer, o pude que el cielo gris y encapotado ayude a que este dolor no cese.

¿Cómo acabar con una tristeza que ya forma parte de tu vida? Te echo de menos, como se echa de menos algo que has amado y te ha sido arrancado sin previo aviso, sin estar preparada para tu ausencia, sin entender por qué o por qué no. Sin creer merecer este mar que me ahoga las entrañas y no me deja respirar.

Me cambiaría por ti cada día que paso sufriendo, creyendo no merecer este aire que respiro, por el simple hecho de pasarlo llorándote, sin aprovechar cada día como tú harías si estuvieras aquí. No imagino como será cada acontecimiento importante en mi vida sin tu sonrisa, sin tu mirada, sin correr a contártelo. Ya no estás, y no lo acepto.

Pero mi alma es tuya y seguirá esperando por verte una vez más. Entonces el tiempo quedará congelado, y tendré horas interminables para contarte todo lo que pasa, todo lo que siento, y todo lo que te quiero, y, durante esas horas eternas, volveré a estar completa y menos rota. Me consuela saber que, de alguna manera, sigues aquí, en mí.

Perdóname por tantas lágrimas, por tanta pena, por tanto desasosiego, pero son los recuerdos de tus vivencias, y el horrible sentir de tu ausencia quien domina mis días. No te pido ayuda, allí donde estés, ángel mío... solo te pido que no me dejes sola, quédate conmigo hasta que volvamos a reunirnos. Te quiero como solo se puede querer a lo mágico, a lo irreal, a lo fantástico. Te quiero como solo se podía querer a una persona como tú; con algo más que con el alma.

Suspiré al releer aquello, nunca supe a quién se refería exactamente, y nunca pregunté; porque tendría que contar mi pequeño hurto descarado y la vergüenza me podía. Pero podía sentir el dolor de aquellas palabras a la vez que las iba leyendo, como si en aquella tinta impresa hacía muchos años, hubiera dejado algo más que sus sentimientos. Siempre deseé saber qué escribiría ella de mí en algún cuaderno que tuviera perdido por ahí; aunque luego pensaba que más que eso... Me había escrito todo un libro, no podía quejarme. Miré el reloj, mi padre estaría al llegar, siempre quedábamos en esta habitación, aún no sabía por qué se había convertido en una costumbre.

—¡Ya estás aquí! —escuché a mi espalda—. Pensé que llegarías más tarde.

—Procuro ser puntual, Papá —.Me volví y le miré a los ojos—. ¿Qué tal el día?

—Como todos.

—Ya veo... —devolví la vista al cuaderno.

—Por cierto, Klaus... —Le miré, conocía ese tono de sobra—. He conocido a la escritora.

—¿¿Qué?! —exclamé sorprendido—. ¡Papá!

—No he podido resistirme a hablar con ella. —Le miré enfurecido—. Pero tranquilo, no le he dicho nada, no sabe que soy tu padre... ¿Cuándo

piensas hablar con ella?

—No lo sé, necesito más tiempo.

—Tienes todo el que quieras, pero cuando más tardes, más te costará.

Le miré exasperado, no necesitaba el mismo discurso de siempre. Dejé el cuaderno sobre el escritorio y seguí a mi padre que ya había salido de la habitación; aunque tenía ganas de verle, ya estaba deseando ver a Jacqueline.

Jacqueline.

El taxi me dejó en aquel parque donde solía pasar las tardes antes de aparecer Klaus. Me senté en el banco de siempre, me crucé de brazos cerrando los ojos ¿Por qué tenía tanto miedo Klaus? ¿Temía que lo dejara? No podía creer que de verdad pensara que sería capaz de una cosa así. Le amaba sobre todas las cosas, saqué mi móvil, quería distraerme un poco mientras hacía tiempo para volver al hotel. Conecté los auriculares, me dolía la cabeza de tanto pensar así que cerré los ojos y empecé a escuchar música, después de Marron 5, Luis miguel, y Scorpions sonó «I see you» de Leona Lewins. Empecé a escuchar y toda yo se volvió sensaciones. El bello se me había puesto de punta; cuando terminó la puse en modo repetición y así la volví a escuchar una y otra vez, haciendo que cada vez me costara más aguantar las ganas de llorar, me perdí en la impresionante letra y en uno de sus mensajes.

«...Tu amor ilumina el camino hacia el paraíso, así que ofrezco mi vida, como sacrificio

y vivo a través de tú amor

y vivo a través de tú vida...»

Me desperté golpe con el corazón a mil, ¡¿Me había dormido?! Me di cuenta que tenía la cara mojada y se me aceleró el corazón, me sequé la cara mientras parpadeaba varias veces, no había nadie cerca, para mi suerte; porque solo me faltaba que tuviera un público mirando a la loca que se había dormido en el parque, aunque estaba segura de que quien me hubiera visto, me habría hecho un video. Miré el reloj y casi me caigo del banco, había estado en mis mundos cerca de una hora. Ahora ya estaba completamente segura de que sería el hazme reír de la gente que había pasado por ahí. Me recompuse un poco, y me di cuenta de que aún tenía la música en modo repetición, miré fijamente el suelo, pues tenía en mi cabeza varias cosas con las que había soñado. Imagino que, condicionada por la música, mi cabeza había empezado a divagar; entonces una imagen aparecida de la nada, se hizo fuerte dentro de mi cabeza, la imagen de Klaus ofreciéndome una manzana, una manzana... ¡Dios! No era un sueño, era un recuerdo... ¡Un recuerdo!

Me levanté del de banco de un brinco y me llevé las manos a la cabeza, ¿Cómo había podido olvidarme de eso? La manzana que me ofreció Klaus aquella mañana, fue mi primera comida sólida en seis meses, se podría decir que había sido la manzana que me había salvado la vida... pues aquel fue el inicio de mi recuperación, entonces ¿por qué no comía ya manzanas? Fruncí el ceño, la respuesta la tenía pero me costaba llegar a ella... Entonces una idea se me vino a la cabeza, y salí corriendo por las calles medio desiertas de Hamburgo, cuando llegué a mi destino el aire me faltaba, me apoyé en la pared intentando coger aliento; cuando medio me recompuse un poco abrí la puerta del local de un manotazo, Angie me miraba atónita, entonces algo en aquel lugar hizo reaccionar a mi subconsciente.

—Él se fue... —susurré para mí misma.

—Jacqueline... —habló Angie acercándose a mí—. ¿Estás bien?

Me tomé unos minutos para pensar.

—¿Me harías un favor?

—El que quieras.

—Pues prepara la tinta, que vas a tener trabajo —dije entrando completamente a la tienda dejándola con cara de póquer.

Serian sobre las seis y media de la tarde cuando entré por la puerta de la suite del hotel, dejé el bolso y las bolsas que llevaba encima de una de las mesitas que había por el salón, y me dirigí en busca de Klaus. Quizá aún no había llegado, y en parte así lo prefería, así tendría tiempo a pensar en cómo encarar los acontecimientos que habían pasado; ya estaba harta de secretos. Miré la terraza donde siempre solía estar Klaus, pero no había ni rastro, ya estaba resoplando cuando escuché unos ruidos en la habitación. genial ¡Ahora tendría que improvisar! Con lo nerviosa que ya estaba, y lo nerviosa que me ponía Klaus... Respiré varias veces, me armé de valor y fui directa hacia la habitación para soltarle lo primero que se me ocurriera, cuando abrí la puerta sin tocar antes, casi me caigo hacia atrás.

Klaus estaba a los pies de la cama, completamente desnudo y con una camisa blanca en la mano... La luz que entraba a través de los ventanales le profería un aspecto casi angelical, el corazón se me paró, y me deleite mirándole ¿Por qué había ido hacia allí? Ya no tenía ni idea, me había quedado obnubilada mirándole ¿Cómo podía una persona albergar tantísima perfección? Él no había recaído en mi presencia, y seguía concentrado mirando la ropa que había tendida en la cama. Sonreí como una idiota como su

tuviera diez años y acabara de ver el árbol de navidad repleto de regalos. Había arrugado su entrecejo mientras se rascaba un costado, en un movimiento involuntario miró en mi dirección, y el cielo brilló como nunca lo había hecho, su expresión se llenó de felicidad y a mí se me terminó el aire de los pulmones, soltó la camisa y caminó hacia mí extendiendo los brazos. No me resistí y fui hacia él fundiéndome en un abrazo en el que me hubiera quedado toda la vida. Sentir su cuerpo tan grande rodeándome, haciéndome sentir enana me puso a mil... Le agarré la cara y le di un beso, empezó suave, pero sin poder remediarlo se tornó pasional, nos comíamos con ansia, todo daba igual; el mundo daba igual, en aquel momento solo existía él.

Me agarró del culo y me apretó súper fuerte, pude sentir su erección y me temblaron las piernas, ¿cómo podía hacerme sentir todas esas cosas? Ya debería haberme sobrepuesto a su cuerpo, pero cada día descubría algo nuevo, algo que me extasiaba volviéndome loca, le amaba, le amaba más que a cualquier cosa... Estaba subiendo sus manos hacia mi pecho, cuando me rozó el costado derecho y un dolor punzante me hizo apartarme de él.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirándome visiblemente preocupado.

—Nada —sonreí—. Me he dado un golpe esta mañana y me duele.

Me miró con ternura y me dio un beso en la frente, el momento de pasión se había esfumado, aun así, me relamí cuando se dio la vuelta y le vi esa perfecta espalda y ese immaculado trasero, mi apolo... se puso unos bóxers y respiré, su desnudez me perturbaba. —¿Qué tal esta mañana? —preguntó mientras se vestía. —Bien. —Me recosté en la cama—. Bastante significativa, ¿y la tuya?

—Bien también, he estado con mi padre toda la mañana. —¿Y está bien? —inquirí.

—Perfectamente. —me miró sonriéndome—. como siempre; aunque hoy estaba inusualmente contento.

Le miré de soslayo, él no me miraba, se dedicaba a revolver entre su ropa como si no estuviera hablando de nada importante. —¿Es inusual que esté contento?

—Últimamente sí. —Se volvió y me miró—. Dice que ha conocido a una escritora que ha ido a visitar a una paciente, se ve que la chica le ha causado buena impresión.

Un escalofrío me recorrió la espalda, ¿Qué? Entonces lo tuve claro, Klaus lo sabía... No sabía exactamente por qué, pero sabía que yo había estado con su padre; la pregunta era, ¿sabría que yo sé, lo que se?

—Así que, ¿una buena impresión? —disimulé sonriendo.

—Sí, estaba entusiasmado. No paraba de decir lo guapa que era esa morena de ojos verdes.

Dejó caer la camiseta que tenía en las manos y me miró fijamente; podría haber miles de morenas de ojos verdes, pero yo estaba tensa porque sabía perfectamente que era yo. ¡Joder! Se supone que yo debía llevar el mando de esta conversación, y ahora sentía que era yo la que ocultaba un secreto. ¡Puñetero manipulador!

—Vaya...

—¿Tienes algo que contarme, Jacqueline? —Me quedé de hielo.

—¿Y tú, Klaus?

—He preguntado yo primero, y quiero una respuesta.

Me levanté de golpe de la cama.

—Pero ¿de qué vas? —Alcé la voz—. ¿Ahora me exiges?

—No exijo nada, solo te he hecho una pregunta —susurró poniendo los brazos en jarra—. contéstamela.

—¿Me preguntas si tengo algo que contarte, cuando tú eres un puto cofre de los secretos?

—¿Por qué estás tan a la defensiva?

—Por ese puñetero tono que estás usando conmigo, Klaus.

—Es mi tono, acostúmbrate —espetó mientras caminaba por todo el salón con sus andares de macho dominante que tanto adoraba, aunque ahora mismo lo odiaba.

Le seguí enfurecida, ¿pero de que iba?

—Klaus... —intenté tranquilizarme—. Por favor, seamos maduros. —Me miró —Ana, me contó accidentalmente que habías estado en un centro de salud mental. No sabía más hasta hoy, ni siquiera sabía que habías estado en un sanatorio de Hamburgo, ni que tu padre era el dueño.

—¿Y por qué no me dijiste que lo sabías?

—Porque... —me quedé pensativa—. ¡Pues no lo sé! Porque era algo que pensaba que debía salir de ti. Imaginé que me lo contarías cuando tuvieras la suficiente confianza, pero...

—¡Basta! —Susurró de nuevo—. Eso es algo de mi vida, que no quiero compartir contigo.

Parpadeé varias veces.

—¿Cómo? —Le miré incrédula—. ¿No lo quieres compartir conmigo?

—No.

—¿Y con Ana, ¿sí? —Empecé a ponerme furiosa.

—Con Ana, era distinto. —se cruzó de brazos—. Y haz el favor de no meterla en esto.

Miré a ambos lados mientras negaba con la cabeza; si me quedaba un segundo más en esa habitación le lanzaría lo primero que pillara, dándome igual su tamaño, de hecho, cuanto más grande mejor, le miré una última vez y me di la vuelta. Salí pegando un portazo tan fuerte que retumbo toda la planta. Caminé enfurecida por los alrededores del hotel echando humo, quien me estuviera mirando pensaría que era una autentica tarada, en la tercera vuelta a la manzana vi una cabina, noté que tenía varios euros en el bolsillo y corrí hacia ella, lo tenía claro, sabía con quién necesitaba hablar y no me paré a pensar demasiado.

—¿Sí? —Cuando escuché su voz, el corazón me latió desbocado.

—¿David?

—¿Jacqueline? —susurró —Sí —en ese instante empecé a arrepentirme de haberle llamado—Siento molestarte.

—Pero qué dices, ¡Tú nunca molestas! —Me eché a reír por el tono que había usado—. ¡Cuánto tiempo, enana! ¿Cómo estás? Joder, tenía tantas ganas de hablar contigo...

—Bien, estoy bien...

—Mentirosa... —susurró y me tapé la boca.

—Bueno, ahora mismo estoy muy cabreada; pero en general estoy bien. Tenía muchas ganas de saber de ti, cinco meses es mucho tiempo.

—Estoy de acuerdo, Jacqui —oí que hablaba con alguien—. Enana, ahora mismo estoy en el hospital, tranquila no te vuelvas loca, solo estoy acompañando a una amiga. Ahora no puedo hablar, pero escúchame, gracias por haberme llamado, estoy deseando verte. —Vale David, cuídate mucho.

—¡Te quiero!

I ba a contestarle cuando me di cuenta que me había colgado, me quedé mirando el teléfono y fruncí el ceño, «pero qué llamada más rara...» No sabía exactamente qué quería que pasara en el primer contacto directo con David, después de más de cinco meses, pero tenía claro que lo que había pasado no era lo que yo tenía en mente, parecía como si le hubiese dado igual, ¡genial! Tenía un novio capullo que no me hacía participe de su pasado, y un amigo al que adoraba que, después de cinco meses, había pasado de mi cara completamente, ¿Pero qué pasa aquí?

Cuando volvía de camino al hotel algo más deshinchada por el fracaso de

mi llamada «Reencuentro con David», me paré en seco ante la zona de descanso del hall del hotel; había varios ordenadores que nadie estaba usando, así que frustrada por todo lo acontecido me senté frente a uno de ellos a mirar mis correos. Necesitaba ocupar mi mente para no matar a Klaus a palazos. Después de desechar los correos de publicidad vi un correo de mi prima, hacía mucho que no la veía, pero siempre reía a carcajadas con sus locuras.

Recibido; Andrea

Asunto; Más perdida que Gozzila, en las rebajas...

Hola, cariño.

Siento marearte en tus «meses» de descanso en Alemania, pero te echo mucho de menos, necesito sentarme a tomarme un café, o más bien cuatro... y hablar de todo y de nada. Me siento tan sola, y sé que me voy a llevar un reproche de tu parte por eso que acabo de escribir, pero ¿Cómo sentirme con todo esto?, recuerdas lo que te conté sobre Dominic? Sí, me pareció gracioso el nombre cuando me contaste la putada que le gastaste a Klaus, —ese será su nombre en clave—. Bueno, sigo que me pierdo... ¿Recuerdas que me aconsejaste que no siguiera? ¿Qué solo me haría daño? ¿Y que, por tu propia experiencia, le dejara atrás? Pues bien, no te he hecho pajolero caso, y ahora me encuentro sentada frente al escritorio de mi habitación, con la ropa de anoche, el pelo revuelto y su olor en mi cuerpo ¿Por qué no puedo frenar esto que siento? ¿Qué hago? Sé que debería alejarme de él, pero pienso sensato diez minutos y luego lo mando todo al carajo cuando pienso en la idea de no verle más. Me advertiste, lo sé, pero pensé que quizá hiciera como Klaus, quizá dejara la prisión en la que vive. Pero ahora entiendo que Klaus, es una excepción en una regla, y esa regla es, que nunca dejan a sus mujeres... por mucho que sientan por ti. Esto fue lo último que me dijo, palabras textuales; «Quiero que sepas que esto solo me pasa contigo, y a la única que deseo, y con la única que me apetece estar es contigo, pero las cosas son como son y no debe ocurrir más, tenemos que ser fuertes.»

Me las suelo repetir constantemente en mi cabeza a modo de disco rayado, intentado leer entre líneas un mensaje que, obviamente, está claro, pero cuando le digo que me distanciaré me dice que no, Que no lo haga... ¿Entonces? ¿Cómo lo supero? ¿Qué narices quiere?. Prima, creo que me he enamorado de él, y lo peor es que, en el fondo, no espero nada más que los ratos que me da.

Porque sé que jamás dejará su vida por mí, me paso las horas pensando en él, en su sonrisa, en sus miradas furtivas, sus caricias ocultas ante los ojos de la gente. Sueño con que llegue la hora de ir al trabajo y podamos pasar unas horas compartiendo turno, y me encuentro incapaz de renunciar, no sé en qué me estoy convirtiendo; ni siquiera puedo llorar, y es ahora cuando entiendo cada palabra que tú me decías.

Soy la mala de esta película, y me está matando por dentro, y sé que esto me lo he buscado sola... pero ¿Cómo se sale de algo, cuando realmente no quieres? Si me das la solución, te juro que te hago una estatua de oro a modo rey midas y la coloco en el centro de la ciudad, jijij bromas aparte, me siento muy perdida, y te echo de menos... te quiero mucho.

PD: Espero que estés siendo muy feliz con Klaus, no discutáis mucho, dale tiempo en algunas cosas, pero no dejes de pensar en la increíble suerte que tienes con él. Te ama como jamás había visto... no lo olvides.

Te quiero.

Resoplé conmovida ante ese correo, pensaba constantemente en ella, nos parecíamos bastante, hasta en las situaciones que nos ocurrían y sabía exactamente cómo se sentía.

Enviado: Andrea

Asunto; Buscando a Wally, y a tu cordura...

Hola, trocito de sol.

Primero, no estás sola y tranquila, te perdono tus gilipolleces. Sé cómo te sientes..., yo también te echo de menos pequeña. Segundo, temo decir que... te lo advertí. Pero eres humana cariño, y está dentro de nuestro ADN darnos cien hostias y no aprender de ninguna. Yo ya sabía que estabas enamorada de él, solo había que verte la cara cuando le veías; pero creo que, la única que no sabía hasta qué punto estabas por él, eras tú.

Déjame decirte que estás haciendo la idiota, y mira que soy la menos indicada para dar consejos de nada; pero quizá, por eso, deba hacerlo. Ese hombre es un infeliz que ha buscado un escape a su vida de mierda. Eres maravillosa y seguramente sienta algo verdadero por ti, pero son egoístas y lo quieren todo, y cielo, tú no eres segundo plato de nadie.

Si crees que necesitas espacio o tiempo puedes venirte aquí conmigo, ya lo hiciste cuando lo de Paris, así que ya sabes... pero, por favor, déjale. Ahora estás a tiempo, y no sabes cómo pueden cambiar las cosas y a peor.

Aquí estoy para lo que necesites, y con respecto a Klaus tienes toda la

razón, aunque a veces tenga la increíble habilidad de sacarme de mis casillas.

PD: Mantenme informada de todo ¿vale? Te quiero.

Cuando le di a enviar me restregué los ojos, solo de pensar en su situación se me ponía un nudo en el estómago, estaba claro que yo había vivido una situación similar con Klaus, la diferencia es que nosotros habíamos tenido una historia antes de su relación con Ana. Una historia que nunca había culminado, y eso precipitó todo lo demás. Pero lo de Andrea era distinto, ella sí que se había entrometido en medio de una relación, aunque... ¿Es entrometerse cuando simplemente te enamoras? Yo había visto cómo había sido él quien la había buscado, incluso antes de que ella se diera cuenta yo ya sabía que él se sentía atraído por ella, pero guardé silencio; y quizá ese fue mi error.

Preferí subir las escaleras para asimilar todo, ya no estaba enfadada, solo quería arreglar las cosas y abrazar a Klaus, y de paso dar las gracias por tenerle en mi vida, aunque fuera con secretos. Abrí la puerta apesadumbrada, cuando caí en que canción sonaba por toda la habitación suspiré, tenía todo el bello erizado, «pensando en ti» de Mago de Oz, invadía la estancia por completo. Caminé algo perdida hasta toparme a Klaus sentado frente a las increíbles vistas del lago con un viejo cuaderno en sus manos, mirando a la nada; ni siquiera intuyó que estaba allí, hasta que suspiré inconscientemente.

—Cuando te fuiste de mi apartamento aquella tarde, —empezó a hablarme sin volverse, dándome vista privilegiada de su espalda—, pensé en que moriría. Los días fueron pasando y no volvías. Te llamaba unas mil veces, y jamás había respuesta, me volví loco, así que me presenté en tu piso. Allí estaba Dana, verla me subió el ánimo, ya que ella tiene un poco de ti. Inocente de mí, creí que solo estaba preparando el piso para cuando volvieras; entonces después de hablar largo y tendido me enseñó tu tarjeta sim, nunca habías visto mis llamadas. Entonces supe que te había perdido, que de verdad me habías dicho adiós.

»Durante las primeras semanas pensé que sería cuestión de tiempo, pero pasaban los meses y todo empeoraba. Dejé de cuidarme, de importarme todo, de hecho, ya no recordaba él porqué estaba enfadado con mi padre. Tomé la decisión de venir a Alemania, necesitaba salir de todos los recuerdos que me atormentaban, y ni aun así pude. »Una tarde vine a ver a mi padre, la enfermera que estaba de guardia en la entrada aquel día no me reconoció, así que por mi aspecto solo podía ser dos cosas, o un vagabundo o un paciente,

por lo que me dejaron en la sala de espera. Cuando se despistaron un poco empecé a caminar, y fue entonces cuando me di cuenta, me vi en todas las miradas de aquellas personas, en todos esos ojos tristes. Ahí, en esa misma expresión estaba yo. Recuerdo que Sara estaba en el césped mirando a la nada, y simplemente me senté a su lado, nos miramos sin ni siquiera parpadear, y entonces dejé de sentirme solo. Ahí fue cuando decidí quedarme, mi padre casi se muere del disgusto —sonrió—, pero luego me apoyó, tampoco le quedaba otra. Y así es como acabé allí, recibí tratamiento como cualquier otro, y afronté que ya no estarías. Con el tiempo pensé que al menos estarías conmigo mientras tuviera tus libros, recuerdo que me lo compré en digital porque me pilló aquí la salida del libro y cuando leí aquella frase... Supe que la quería grabada en mi cuerpo, creo que saber que tu libro en papel estaba en España aceleró mi salida, tenía la necesidad de tocar el papel. Sara diseñó la letra, del tatuaje como regalo por mi marcha. Dos días después volví a España, cinco meses después conocí a Ana. Y cuando estuve con ella, fue cuando me hice el tatuaje, por eso Ana pensó que era por ella, pero no, Jacqui... —Se volvió a mirarme—. No imaginas lo mal, lo horriblemente mal que estuve.

—Klaus...

—Tenía miedo a que pensaras que era débil, o a saber qué más locuras podrías pensar. Estoy obsesionado contigo, y debo controlarme ¿Cómo se supone que se debe contar algo así?

—¿Obsesionado conmigo? —susurré

—Sí. —Agachó la mirada—. Mi padre me dijo que tengo una especie de trastorno obsesivo, y lo desemboco en ti. Debo controlarme muchísimo sino quiero agobiarte, pero hay veces que necesito saber a cada segundo dónde estás, y ¡joder!, lo de David me volvía loco, yo... Yo lo hubiera matado Jacqui, te lo juro.

—¡No digas eso, Klaus! por Dios...

—Mírame, Jacqui. No te lo diría si no fuera verdad, vas a pensar que soy un monstruo.

—Klaus, no eres un monstruo.

—Sí lo soy. Estoy loco... ¿En serio quieres estar conmigo? ¿No te da miedo ahora que sabes qué me pasa?

Le miré sin hablar mientras iba hacia él sin apartar mis ojos de los suyos, me arrodillé y puse mis manos en sus rodillas.

—Klaus, mírame. —levantó su cabeza hacia mí—. Si lo que tú sientes

crees que es porque estás loco, yo estoy loca y media. Mataría a cualquier mujer que quisiera tocarte, no hay segundo del día en el que no te piense, en el que no te desee. Debes entender que te quiero, y que jamás dejaré de hacerlo, pase lo que pase.

—¿No te asusta saber esa parte de mí?

—¿Le asusta al cielo, una pequeña nube? —Me miró sonriendo, pero esa sonrisa no le llegó a los ojos, y me entristecí—. Klaus, para que entiendas mejor que jamás cambiara lo que siento por ti, y para que sepas que no importaba lo que fuera que me ocultabas, he hecho una cosa...

—¿Qué has hecho? —Me miró con los ojos de par en par. Me puse de pie y me quité la camiseta ante su asombro, debajo de mi pecho derecho, en la costilla, y después de apartar el papel film, me había tatuado su firma y dos manzanas. Me miró con mucho de algo que nunca sabré, pero que provocó que mi piel se erizara, tragó saliva y sus ojos se humedecieron.

—Esa es, es...

—Tu firma —sonreí—. Soy tuya, Klaus.

Al sonreír se le escapó una lágrima que recorrió toda su mejilla terminando en sus labios; en aquellos preciosos y dulces labios. Acortó la distancia que nos separaba y juntó su frente con la mía, me envolví en su aroma, mi olor preferido en todo el mundo.

—Gracias por haberme salvado la vida, Klaus.

—Gracias por enseñarme un mundo que jamás habría visto sin ti.

—Exageras —sonreí y me imitó.

—Me quedo corto cariño; pero nunca sabrás cuanto me importas.

—Eso es discutible, señor Grass. Tienes toda una vida para demostrármelo, ¿no crees?

—¡Amen, hermana!

Nos echamos a reír y nos fundimos en el abrazo más grande de toda mi vida. El mundo dejó de dar vueltas y se detuvo, y justo ahí, en ese instante, mi mundo se movía porque él estaba allí.

—Por cierto, Jacqui. —Sonrió con su sonrisa de medio lado que provocó que me temblaran las piernas—. ¿Para qué es lo que hay en la bolsa? —Me eche a reír, aquello sería realmente divertido—. ¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

—¿Has mirado en las bolsas mientras estaba fuera? —Miró hacia otro lado y tuve mi respuesta.

—La culpa es tuya por irte de esa manera.

Me crucé de brazos fingiendo enfado, y su mueca me hizo estallar en mil carcajadas. Cuando me recompuse sentí un leve mareo que me hizo tambalear, su rostro cambio inmediatamente.

—¡Jacqui! —gritó mientras me cogía al vuelo evitando que me diera un golpe contra el suelo—. ¿Estás bien?

Me recompuse como pude, me seguía notando mareada, y las piernas me temblaban. Klaus me apoyó en su pecho y juntos fuimos hacia la cama, me sentó en ella y después se puso de rodillas ante mí. —Jacqueline, ¿estás bien? —Me miró sin parpadear—. Te has puesto blanca.

—Lo siento. —Me toqué la frente y me di cuenta de que quemaba—. Llevo varios días notándome rara, me mareo muchísimo. No había caído en el significado que podían tener mis palabras, hasta que lo vi más rígido que una estatua, mirándome con los ojos abiertos de par en par; juraría que estaba a punto de gritar o de desmayarse, o quizá todo a la vez.

—¡No estoy embarazada! —Espeté, a lo que suspiró—. Ya puedes volver a respirar.

—¿Estás segura, Jacqui? —podía oír su corazón.

—Tomo la píldora diariamente, tonto... ¡claro que estoy segura!

Sonrió de una manera poco sincera, que me pareció gracioso, después me besó la frente y fue cuando dio un brinco.

—¡Estas ardiendo!

—Eso te iba a decir, creo que tengo fiebre, desde hace unos días me duele la garganta.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes? Podríamos haber ido al médico, por si no lo sabes, aquí en Alemania también tenemos médicos...

—Pero si siempre me duele... —sonreí acariciándole la cara—. Ya llevaba tiempo sin pillar una buena infección de garganta. —¿Cuándo narices decidirás operarte? —dijo llevándose las manos a la cabeza.

Le ignoré y me recosté en la cama, de repente me notaba exhausta, puede que toda la tensión con Klaus, los nervios y demás, me hubieran abandonado dejándome relajada. Quizá mi cuerpo había visto el momento de rebelarse, genial. Klaus me ayudó a desvestirme, hasta quedar únicamente en ropa interior, después me cubrió con una sábana y se sentó a mi lado mientras me ponía el termómetro.

—Bueno, ¿me vas a decir para qué es todo eso que hay en las bolsas, o qué?

Me eche a reír, aun sin ganas.

—Es una especie de uniforme de cuero. —Alzó una ceja—. Uno que llevaría una domina, en la otra bolsa están los zapatos de aguja, un látigo, un collar y unas esposas.

—Jacqui...

—Es para un libro... Respira hombre, no quiero atarte y azotarte. —Le miré y fruncí el ceño—. Bueno, rectifico, no quiero atarte y azotarte ahora; hace veinte minutos te hubiera matado. —Se echó a reír y besó mi frente mientras sacaba el termómetro de mi axila, lo miró y me miró enfadado—. Yo no tengo la culpa de la fiebre, no me mires así.

—No te miro de ninguna manera, Jacqueline, es solo que no te cuidas y luego te pones mala.

—¿Piensas estar mucho rato en modo padre? Porque si es así, avísame que me voy a dormir un rato.

No me contestó y desapareció de mi vista para poco después reaparecer con un vaso de leche caliente y varias aspirinas; lo dejó en la mesita y se sentó de nuevo a mi lado.

—Necesitas descansar, pequeña. —Besó mi frente—. Y bueno, cuéntame, en que está pensando esa cabecita que tan loco me vuelve.

—El otro día, cuando fui a hacerme el tatuaje pasé por delante de un sexshop, y de repente me vino a la cabeza una historia. He comprado todo esto para meterme en el personaje.

—Algo así como, ¿attrezzo?

—Justo eso. —Sonreí.

—¿Y de qué iría exactamente la historia?

—De una mujer que tiene una doble vida. Una aburrida cajera de supermercado de día, y una agresiva y vivaz domina de noche. —Se echó a reír—. La historia empieza cuando su jefe, un cabrón desarmado, contrata sus servicios como domina.

—¿Y no la reconoce?

—No, ella siempre lleva una especie de antifaz supersexy.

—Me miró alzando una ceja y sonreí—. Bueno, aún tengo que pulir ciertos detalles... ¡Estoy febril! ¿Qué pretendes?

—Así que... Su jefe cabrón, la contrata como domina y no la reconoce...

—Exacto.

—¿Y ella se enamora de él?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Y yo que sé, Klaus! —exclamé a lo que se echó a reír—. La historia aún está en proceso, me falta atar algunos cabos para que todo enlace. —Me quedé pensativa—. Quizá el ver que su jefe no es el megalómano y seguro de sí mismo que acostumbraba a aparentar, hace que le vea más humano. Quiero que empiece una relación más allá de domina y sumiso, y que ella tenga que disimular cuando él la mangonea cuando solo la cree una simple trabajadora. —Se quedó pensativo—. Necesitaría el punto de vista de una domina de verdad. Saber cómo es un día en su vida normal, obtener información, quizá me ayudaría a entablar las bases de la historia.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Ni idea... —Me recosté en su pecho—. Quizá por internet. —¿Puedo ayudarte? —Le miré sorprendida—. Me encantaría ayudarte con esto, de verdad.

—¡Claro que sí! —Sonreí como pude, pese a que los ojos se me cerraban.

—Tú déjame a mí, duérmete.

Y sin rechistar eso hice, necesitaba descansar y, por una vez en mucho tiempo, estaba lo tranquila que deseaba.

Unas risas me hicieron abrir los ojos. No sabía exactamente cuánto había dormido, pero lo cierto es que me sentía mucho mejor. Cuando me incorporé y después de haberme restregado los ojos miré a Klaus, que estaba en la mesa del escritorio frente al ordenador riéndose a carcajadas, cuando se dio cuenta que estaba despierta me sonrió.

—¿Se puede saber qué está usted haciendo, señorito Grass? —Lo siento nena, ¿te he despertado?

—Ojalá mi forma de despertarme todos los días fuera el sonido de tu risa.

Se volvió completamente hacia mí y me regaló la sonrisa más impresionante del mundo.

—Parece que estás algo más recuperada.

—Eso parece... —Me incorporé y caminé hacia él, se apartó del escritorio y me senté en sus piernas—. ¿Qué has estado haciendo? —Pues...— Me apretó a él, y coloqué mi cabeza en el hueco de su cuello—. He estado pensando en tu historia, y he estado buscando cosas por internet. —Miré un puñado de hojas impresas sobre la mesa—. Eso lo he sacado de Wikipedia —dijo al ver que miraba los papeles—. Pero no me terminaba de convencer, no pone nada que ya no sepamos. Y como has dicho que querías hablar con una

domina real, me he creado varios perfiles en distintas páginas de internet — ¿Cómo? —pregunté sonriendo.

—En dos páginas, mi perfil es de sumisa, y en otro de domina; y en otras dos, mi perfil es de observador—le miré con los ojos de par en par—. He imaginado que también querrás saber qué piensa una sumisa real, y no Anastasia Grey.

—Anastasia Grey, nunca llega a ser una sumisa. —Lo que tú digas...

Le besé el cuello mientras intentaba ocultar mi sonrisa, no me había percatado de que, con los dedos, muy suavemente, me acariciaba mi tatuaje impregnado de crema, aquello me derritió. —bueno, ¿qué has descubierto en tus distintos perfiles? —Que hay gente muy pervertida. —Me miró y quise lamerle entero—. Aparte de eso, nada.

—¿Qué nombre te has puesto?

—Intensa. —Le miré y me eché a reír, tanto, que me dolía la barriga—. ¿Qué pasa?, ¿Acaso no me pega?

Le miré intensamente sonriendo.

—¡Oh por Dios!, claro que te pega.

Pasamos el resto de la tarde/noche mirando por internet, intentando entablar alguna conversación seria, pero era inútil; al final agotados apagamos el ordenador. Había mucha gente en aquellas páginas, pero no habíamos dado con nadie profesional, o que me diera la sensación de que en realidad se dedicara a eso ¿Qué podíamos hacer? —¿Y si buscamos anuncios reales? —apuntó Klaus mientras miraba por la enorme terraza.

—¿Y tú crees que nos querrán atender?

—Bueno, por intentarlo no perdemos nada.

Dejé a Klaus mirando de nuevo por el ordenador, mientras yo iba a darme una ducha. Cuando salí quince minutos después, Klaus sostenía mi móvil en la mano y fruncía el ceño.

—¿Va todo bien?

—Sí —dijo sin mirarme a la cara—. Has recibido un mensaje. —Un escalofrío recorrió mi espalda—de David.

—¡Ah! —Intenté disimular—. y bueno, ¿qué dice? —dije dándome la vuelta, como si estuviera buscando algo.

Carraspeó y escuché como inspiraba.

—«siento no haberte atendido bien cuando has llamado, han pasado muchas cosas que deseo contarte, me ha encantado oír tu voz, como siempre Jacqueline, es un placer escucharte.» —No pude evitar sonreír aprovechando

que le daba la espalda a Klaus, David, siempre provocaba una sonrisa en mí —. ¿Le has llamado? —su tono de voz me erizó la piel, «Otra vez, no»

—Sí. —Me volví y le miré—. Estaba muy enfadada, y bueno, le echaba de menos, y...

—No tienes que darme explicaciones —para mi sorpresa sonrió—. No me importa que le llames.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿No te importa?

—Bueno... —Se rascó la cabeza—. Nunca me fiaré por completo de él, pero sé que es tu amigo y que es importante para ti. Y si para ti él es tan importante, para mí también lo será. —Me quedé helada al escucharle, y algo en sus ojos me afirmó que hablaba en serio; así que corrí a sus brazos y como si fuera un mono me apreté a él—. Tranquila nena—sonrió mientras intentaba que me soltara de él—. Me acabarás asfixiando.

Le solté, no sin antes darle un morreo de infarto, que nos alteró a ambos.

—¡Ale!, anginas contagiadas —dijo dándome un azote en el trasero, a lo que sonreí—. He enviado un correo a un anuncio que me ha parecido bastante serio.

—¿De verdad?

—Sí, es la única manera de contacto. —Se encogió de hombros—. Así que, por probar...

Le acaricié la cara dulcemente, estaba loca de amor por él, de eso no cabía duda, poco rato después le escuché tocar la guitarra y me dispuse a redactar yo misma, un correo a «Discreta y exótica» para explicarle bien para qué quería ponerme en contacto con ella.

Hola “Discreta y exótica”;

Me encantaría poder dirigirme a ti de algún otro modo, pero no tienes nombre en tu anuncio.

Hace unas horas habrás recibido un correo, ha sido mi pareja.

Mi nombre es Jacqueline Amorós, soy una escritora con varios libros publicados, y para esta nueva aventura en la que me voy a embarcar, me gustaría poder contar con ayuda.

Después de incansables horas frente al ordenador, mi novio ha dado con tu anuncio, y, si eres realmente una domina, me gustaría poder entablar una conversación. Espero no incomodarte. Simplemente necesito información, puntos de vista de una mujer con tu oficio. Necesito estructurar bien a mi personaje, siento si te estoy incomodando y espero tu

pronta respuesta.

Atentamente

Jacqueline Amorós.

Esperé durante diez minutos frente al ordenador, como una niña espera a papa Noel, pero no obtuve respuesta. Frustrada, apagué el ordenador, por un momento pensé que sería inútil y que quizá debería pensar en otras historias.

Klaus seguía tocando la guitarra, no reconocía la canción, pero me relajaba bastante. Cerré los ojos y me recosté en la silla intentando pensar. Por el rabillo del ojo vi que su móvil se iluminaba, quizá no debería asomarme, pero mi vena cotilla parpadeaba incluso más que su pantalla, agarré el móvil y desbloqueé la pantalla, «soy una espía», había varios Whatsapps, intuí que eran del trabajo, porque eran de Dana, donde le recalca fechas y lugares concretos; ambos me habían dicho que era algo relacionado con publicidad. Imaginé que él haría fotos para algunas marcas o algo así, y cuando iba a dejar el móvil donde estaba sin dejar prueba aparente de que lo había estado husmeando, me encontré de frente con algo que me impactó.

De fondo de pantalla había una foto mía, que ni sabía que existía. Salía sonriendo con los ojos muy expresivos. No recordaba de donde era esa foto, ni siquiera recordaba que me la hubiera hecho, y lo que más me conmovió fue lo que había escrito justo debajo de mi cara.

«Más que besarla, más que acostarnos juntos; más que ninguna otra cosa. Ella me daba la mano, y eso era amor.»

¿Cuándo había hecho ese montaje? ¿Y cómo sabía que esa era una de mis frases favoritas de Mario Benedetti? Sonreí como una idiota, y sin querer pensé en mi prima Andrea y en cómo se sentiría en aquel momento. Justo ahí en aquel instante, sentí una empatía que me hizo erguirme y encender el ordenador. Necesitaba mandarle un correo, yo había estado en su mismo lugar, y sabía cómo podía estar sintiéndose, aunque yo en cierta parte sabía que Klaus estaba enamorado de mí, más bien, sabía que nunca había dejado de estarlo.

Enviado: Andrea

Asunto: Rayuela, Julio Cortázar.

A veces uno amanece con ganas de extinguirse. Como si fuéramos velitas sobre un pastel de alguien inapetente. A veces nos arden terriblemente los labios y los ojos y nuestras narices se hinchan y somos horribles y lloramos y queremos extinguirnos. Seguro que ahora no

comprendes esto, pero cuando seas mayor, habrá días en que amanezcas con ganas de que un aliento gigante sople sobre ti, apagándote. Así es la vida, un constante querer apagarse y encenderse.

No me olvido de ti, no te apagues preciosa, se luz, siempre se luz. Te quiero Andrea.

Diez minutos después.

Recibido; Andrea

Asunto;...

Mis ojos gritaban, lo que mi boca negaba... y nadie lo notó.

Siempre luz Jacqui, incluso cuando no ilumine y el camino esté oscuro, siempre podré volver a ser luz.

Suspiré, sentí el dolor que ella sentía; deseé matar a ese capullo con mis propias manos, y cuando iba a estallar como una loca, apareció esa música, esa preciosa música que se metía dentro de mi alma, consiguiendo calmarme hasta el punto de terminar sonriendo. Me curé los tatuajes embelesada con aquella música. Iba a vestirme medio hipnotizada cuando tropecé con aquellas bolsas que casi hacen que me diera un porrazo contra el suelo. Las miré fijamente un rato, hasta que yo sola empecé a reírme. Me desnudé completamente, saqué las esposas de la bolsa con sumo cuidado y me tumbé en la cama para esposarme a ella. Klaus siguió tocando alrededor de veinte minutos más, yo estaba desesperándome por sentir esos dedos mágicos sobre mi cuerpo.

—Jacqui —gritó, pero no le respondí—. ¡Nenaaa!

Permanecí como una estatua hasta que escuché que se acercaba; en aquel instante mi corazón empezó a volverse loco. Cuando me vio se paró en seco, y ahí estaba yo, tendida como si de una ofrenda a los dioses se tratara, moví mis muñecas para que viera que estaba enteramente dispuesta para él.

—¡La madre que te parió!, Jacqueline —susurro suspirando. —Señor Grass.

—¿Cómo vas de la fiebre?

—Como verás, a punto de arder. —Me mordí los labios co queta y sonrió.

—Es usted, una viciosa empedernida.

—No sabe cuánto...

Me miró con los brazos en jarra, comiéndome con los ojos, yo estaba completamente derretida...

—¿Qué voy a hacer contigo? —pronunció suavemente, mientras

caminaba hacia mí.

—¡Quédate ahí! —Se paró en seco—. Desnúdate como hacías antes.

Torció la boca y sonrió. Durante unos segundos se quedó quieto, pero poco después con sumo cuidado, se quitó la camiseta suavemente; tanto, que me parecía una tortura. Pasó las manos por sus abdominales y me lamí los labios. Quizá no había sido buena idea decirle que se desnudara ¿Por qué lo hacía tan lentamente? ¿Quería matarme de un infarto? ¿O de una combustión espontánea?

Puso sus pulgares en la goma de sus pantalones cortos grises y me miró.

—¡Oh por dios! —exclamé retorciéndome.

—Vamos —sonrió—. No seas tan impaciente.

Refunfuñé unos segundos hasta que volví a verlo moverse, deslizó con cuidado los pantalones seguido de los bóxers, y el corazón me dio un vuelco cuando le vi ante mí. A mi Apolo particular, a mi dios griego, a mi Poseidón, a mi Hércules ¡Y a todo el puñetero Olimpo! Se arrodilló en la cama y gateó hacia mí sin apartar sus ojos felinos de mi cara. Me abrí de piernas y se posicionó en medio, se incorporó, y pasó su dedo índice por mi tatuaje.

—Solo para mis ojos —susurró, después, se agachó y lamió cada letra élfica, saboreando mi piel tatuada—. Tienes el mejor sabor que pueda existir, nena.

Pasaron varios días sin obtener respuesta del correo que habíamos mandado a la Domina. Había conseguido escribir las primeras páginas del libro, pero era inútil seguir, porque no tenía ni idea de nada ¿Cómo piensa una domina real? ¡Era todo un asco! Klaus apenas había estado «en casa», sus idas y venidas con su padre me ponían de mal humor. No es que no quisiera que estuviera con su padre, era solo que ¿por qué no me hacía participe? Quería conocer a ese hombre, quería hablar con él, tener una relación un poco más normal, y ahora que sabía el secreto de Klaus, ¡Con más motivo!

Por suerte para él, mis anginas habían empeorado y había estado casi sin poderme levantar de la cama, estaba claro, tenía que operarme. Estuve distraída mirando varias cosas por internet, incluso vuelos de vuelta a España. Aquí en Alemania ya lo había hecho todo y, siendo sincera, estaba más que aburrida; por no mencionar que necesitaba un poco más de mi gente, de mi familia, y... quería ver a David. Tenía todo el rato la extraña sensación de que algo no iba bien, pero ¿Cómo contarle a Klaus? Se había mostrado muy maduro y comprensivo con el mensaje de David, pero... ¿Soportaría más que eso? Estaba en todos esos devaneos mentales cuando escuché la puerta, miré

hacia la entrada y un Klaus reluciente apareció ante mí, con una impecable sonrisa.

—Pareces feliz —espeté de no muy buena gana. —Sigues con ese humor de perros, por lo que parece. —Sí... —Me recosté de nuevo en la cama.

—No era una pregunta. —Me miró, a lo que le tiré un cojín—. Pero incluso hecha un asco y de mal humor, te quiero pequeña. Le miré frunciendo el ceño hasta que desapareció de mi vista camino al baño ¿Hecha un asco? Pero ¿¡Este de qué va!/? Después de pensarlo unos segundos, me miré; lo cierto era que iba echa un trasto, y necesitaba una ducha urgentemente. Ya iba a apagar el ordenador, cuando vi que había recibido un nuevo email, me senté en el escritorio y cuando lo abrí casi me caigo de la alegría.

Hola Jacqueline Amorós:

Como verás, he recibido tu mensaje, y te mentiría si te dijera que no ha llamado mi atención.

Nunca suelo contestar a este tipo de correos, sobre todo los de hombres que parecen querer saber de mí mediante excusas absurdas, y eso fue lo que pensé de tu novio, —te aconsejaría que le dieras clases de escritura y expresión, con urgencia—

No puedo ponerme a relatarte mi vida, así sin más, mediante correos fríos. Tampoco te conozco con la profundidad que debería para rebelarte mi mundo. No te creas que he respondido simplemente por tu correo, he verificado quien eres, he usado mis contactos, quienes me han asegurado que eres tú.

No soy una triste aficionada que trabaja en esto para sacarse unos euros. Me dedico entera, y completamente a este oficio, que aparte forma parte de mí y de mi forma de vivir. No tengo alter ego, soy como soy, y punto.

Lo que sí puedo, es solucionararte una de tus curiosidades, solo domino y someto a hombres; siempre bajo su total permiso. Me gusta, para que mentir.

Ahora mismo no me encuentro en España, y sé que tú tampoco. Hasta que podamos tener una cita en condiciones, no me importa ir hablando mediante correos. También me gustaría que me comentaras más un poco sobre qué va el proyecto exactamente.

Y te pediría que los correos que reciba sean únicamente tuyos; no me interesa otro tipo de relación contigo ni con tu pareja, que, si de mí dependiera, le daría unos cuantos azotes por meterse en asuntos que no le

importan.

PD: Mándame una foto vuestra. Quiero estar convencida que se trata de vosotros, la foto tiene que contener algo que demuestre la fecha de hoy.

Atentamente
Katiusca.

Me quedé realmente sorprendida, no sabía exactamente qué esperar de aquel contacto, pero aquella forma de hablar, aquella seriedad y respeto con el que se dirigía a mí me gustaba. Quizá desprendía un poco de prepotencia, pero ¿Acaso no esperaba algo así? Justo después de leer varias veces aquella respuesta, toda la historia cambió por completo en mi cabeza, y esa bombilla era la que llevaba buscando todo ese tiempo, y sin más, me eché a reír.

—¿De qué te ríes? —Apareció Klaus, recién salido de la ducha.

—¡Ha respondido! —Espeté de un brinco—. ¡La domina ha respondido!

Klaus abrió los ojos de par en par y corrió hacia mí, me distraje momentáneamente por su desnudez, «como haga eso otra vez, no lo cuento.» Se acercó y lo leyó rápidamente, pude ver que fruncía el ceño, sonreía, y se avergonzaba; aquello estaba siendo realmente divertido.

—¿Qué te parece? —exclamé cuando lo hubo terminado.

—No sé...

—¿No sé? ¿Esa es tu respuesta?

—Es que... —Se rascó el cogote—. Estoy entre emocionado y cabreado.

Durante unos segundos le miré alucinada, y después me eché a reír.

—¿Emocionado y cabreado?

—Sí ¿Curioso no?

Me encogí de hombros, la verdad era, que imaginarme a mí misma dándole un azote a Klaus, me había hecho gracia; pero no creía que su enfado pudiera ir por esos roles, era una tontería.

—¿Por qué estás cabreado?

—Mujer, pues...—se puso los brazos en jarra—. Me ha tratado como si fuera un analfabeto, ¿pero de que va? Le escribí lo más educadamente posible. No sé Jacqui, esa tía me parece una gilipollas, y, además, no me hace gracia que te proponga que me des unos azotes ¿Quién se ha creído que es?

—Habla en sentido figurado, ¡por dios! —Sonreí negando con la cabeza. Se sentó en la cama sin estar muy convencido—. ¿Qué pasa, Klaus?

—Le gustas... —refunfuñó como un niño pequeño. —¿A quién?

—¡A esa tipa!, a Daikusa o como se llame.

—Katiusca —le corregí, ganándome así una mirada asesina—¿Y qué idioteces estás diciendo? Tú estás majara.

—¡Jacqueline! Aterrizza y mira como huele el mundo. Eres una escritora conocida, guapa, atractiva, y solo quiere hablar únicamente contigo, ¡Venga

hombre! Esa lo que quiere es...

—¿Comerme el tigre? —dije interrumpiéndole, mientras me reía.

—Jacqueline, estoy hablando en serio, esa mujer quiere algo de ti.

—¡Y yo de ella! ¿Qué no lo ves? —Le miré fijamente—. Soy yo quien ha contactado con ella. Soy yo la que quiere saber su modo de vida ¿Por qué narices presupones que le gusto? ¡Si le ha faltado mandarme un escupitajo virtual! —No pareció quedarse muy convencido, aun así, no dijo nada más—. Venga, acércate, vamos a hacernos la foto como nos ha pedido; tiene que salir algo que contenga la fecha de hoy.

—¿¿Qué?? —Se levantó de golpe—. ¿Pero tú estás loca? ¡No sabemos quién es, ni para qué usará la foto!

—Vamos Klaus, por favor, necesito tu ayuda. —Me miró fijamente —Es muy importante para mí este proyecto. Necesito superar Si tan solo fuera sexo, ¡Por favor! no puedo quedarme anclada, necesito a esa mujer.

—No, Jacqueline—sentenció y caminó por toda la habitación. Yo le seguí la mirada con los ojos más tristes que podía haber, él evitaba mirarme, vi cómo se ponía una camiseta y venía hacia mí—. Hago esto, solo porque te amo.

Sonreí como una niña pequeña, incluso aplaudí para mi interior. Encendimos la cámara del ordenador, y con la pantalla del móvil de Klaus con fecha y hora concreta, nos hicimos varias fotos hasta dar con una adecuada «yo salía con cara de elfo en todas».

Poco después le envié la foto, esperando una respuesta lo más rápido posible.

Andrea, España.

—¡Joder! —grité cerrando de un porrazo el ordenador—. ¿Cómo se puede ser tan cerdo?

Grité de nuevo mirando al techo de mi habitación, luchando con todas mis fuerzas por no llorar ni liarme a estrellar cosas contra la pared, cosa que se me estaba haciendo realmente difícil. Después de unos segundos de calma, decidí refrescarme la cara con un poco de agua fría. Quizá así la ansiedad que oprimía mi pecho se disipara, aunque no tenía mucha fe en aquel hecho. Al secarme la cara vi mi estado ante el espejo, mi pelo ya no era tan rubio, y de mis ojos verdes caían unas ojeras que me daban un aspecto tétrico y enfermizo; estaba consumiéndome. Toda aquella mierda con Dominic estaba consumiéndome.

Aquella noche estaba siendo una tortura, aun podía sentir sus manos en mi piel, mientras que el cabrón había subido fotos de su bonita familia, en todas las redes sociales que tenía, y lo peor eran los encabezados...

«No se puede estar más completo en esta vida, que, mirando a cada rincón de tu hogar, y que una princesa te devuelve la mirada.» Y justo debajo, la foto de su mujer...

¡Hijo de puta! ¿Cómo podía si quiera, escribir semejantes palabras refriéndose a su mujer, cuando no hacía ni veinticuatro horas estaba perdido en la humedad de mi coño? No soporto la gente mal hablada, pero hoy solo puedo sacar mi rabia así.

Lloré desconsolada arrodillada en el suelo del baño. Aquello me lo había buscado yo, y Jacqueline tenía razón, me atormentaba la situación. Estaba tocando fondo y solo tenía rabia, una rabia que temía que estallara.

Había ratos que me sentía tan sola, que tenía la necesidad de hablar con alguien, pero si llamaba a Jacqui y le contaba aquello, sería capaz de coger un avión y cruzarle la cara. Necesitaba salir de casa, no podía más, las paredes cada vez se hacían más pequeñas.

Me puse cuatro trapos y salí de casa con dirección a ningún sitio. Mi madre estaba dormida y no había oído la puerta, menos mal, porque no estaba

de humor para dar explicaciones. Vagué perdida por ninguna parte durante una hora. Finalmente, me vi aparcada frente al hospital; mi mejor amiga tenía guardia aquella noche, y con un poco de suerte podría despejarme con ella en su rato libre. Entré por la puerta que se abrió a mi paso. A las tres de la mañana no era una hora demasiado concurrida; pero, aun así, había algunas personas, acompañantes de pacientes que iban y venían, ya fuera a por un café o algo de comer, o simplemente estirar las piernas. Subí hasta la planta de oncología, y me dirigí al cuartito donde estarían seguramente las enfermeras. Conocía a casi todas, ya que acudía de voluntaria cada día que tenía libre, entretenía a los niños que estaban enfermos o incluso a pacientes que quisieran hablar. Me asomé por el marco de la puerta y una de las enfermeras me sonrió.

—Dios mío, Andrea.

—Lo sé, lo sé —gruñí—. Sé que tengo mala cara, no me encuentro muy bien.

—Pues has venido al sitio correcto —sonrió y dio una palmada al sillón a su derecha—¿Vienes a ver a clara?

—Sí, no podía dormir, y sé que está de guardia.

—Está en una de las habitaciones, no tardará.

Asentí y me recosté en el sillón, por suerte no pregunto más y lo agradecí, de lo último que tenía ganas era de dar explicaciones, habían pasado diez minutos cuando una enfermera en prácticas entró dando saltitos.

—¡El chico moreno está aquí! —
exclamó en un susurro exaltado.

—¿Ahora? —Preguntó la enfermera a mi izquierda—. Pero si se ha ido hace media hora.

Aquella jovencita vivaz, se encogió de hombros y sonrió.

—Me encanta que esté tanto aquí... —suspiró—. Es tan guapo.

Las otras sonrieron y no pude evitar imitarlas; por fin clara me contestó al mensaje, diciéndome que fuera a cafetería que me esperaba allí. Después de despedirme, salí decidida a entretenerme con las anécdotas de mi querida amiga, cuando me topé con una silueta que creía conocer... fruncí el ceño y me rasqué la pierna nerviosa, ¿podría ser él? Caminé por el lado opuesto al ascensor hasta estar justo en la espalda de aquel moreno impresionante, él miraba a alguien que estaba dentro de la habitación 217.

—¿David?

Se volvió, y abrí mis ojos de par en par.

—¡Andrea! —exclamó sorprendido y me sonrió—. Qué alegría, ¿Qué

haces aquí?

—Mi amiga tiene un pequeño descanso, y he venido a verla. —¿A las tres y media de la mañana?

—No podía dormir... —me encogí de brazos y sonrió—. ¿Y tú?

Volvió la cabeza hacia la habitación y después la cerró. —Visitando a una amiga...

—Lo siento...—agaché la cabeza, las visitas en la zona de oncología solo podían significar una cosa—. ¿Es muy grave?

—La operaron hace tres días, un tumor en el pulmón derecho. —Se rascó la cabeza—. Cuando se recupere un poco, empezará la quimioterapia.

Le sonreí con cariño, y me pellizcó el moflete con suavidad. Era tan guapo, que tenía que parpadear para saber que no estaba soñando.

—Iba a tomar un café... —Le tendí la mano—. ¿vienes?

Asintió y juntos caminamos en silencio hacia el ascensor. Ahora que lo miraba bien, parecía cansado, incluso más cansado que yo; aun así, estaba tremendamente guapo.

David

El parecido con Jacqueline conseguía ponerme los pelos de punta, no eran exactamente iguales, pero tenían la misma mirada, aquel verde intenso... infinito, verla me hizo darme cuenta de lo mucho que necesitaba a Jacqui.

Andrea se miraba los dedos mientras el ascensor bajaba, estaba muy desmejorada desde la última vez que la había visto, pálida y ojerosa, y una mirada tan triste, que me desesperaba, aun así, era preciosa, no había que ser muy listo para saber que aquella cara solo podía tener un responsable...el amor. Caminamos en silencio hacia la cafetería donde nos sentamos, su amiga aún no estaba así que pedimos, yo un café con leche y ella un batido de chocolate, cosa que me hizo reír.

—¿Pretendes espabilarte con un Batido?

—El insomnio me mantiene despierta —sonrió—. no necesito más aditivos, o me pondré a bailar zumba.

Me eche a reír como hacía tiempo que no me reía, nos miramos en silencio, y por fin habló.

—Hablé con Jacqueline hace unos días, por email. —¿Sí? —Sonreí—¿Y cómo está?

—Bien, estupenda, ¿qué quieres que te diga?, está perfecta —me eche a reír por el tono que había usado y frunció el ceño—está bien—sonrió más tranquila—es solo que, estoy de mal humor, lo siento.

—Conmigo no te disculpes, mujer.

—Ya... —miró su taza y me miró a mí—¿Cuánto hace que no la ves?

Me sentí incómodo, no quería hablar de eso.

—Sobre seis meses o cosa así, yo s...

—Lo sé, se lo que pasó, me lo contó. —Clavó sus ojos en mí—. Sé que te echa de menos, David.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No, pero hay cosas que no hace falta que se digan. —Nos miramos en silencio una vez más—. David, ves a verla...

—Ahora no puedo, Andrea, tengo cosas que hacer aquí, yo...

—Tú necesitas despejarte, si es por tu amiga, la vendré a ver cada día y te informaré de cómo está, mírate, estás hecho un desastre, y necesitas un aire.

—El aire me da cuando me paseo, no me hace falta ir a Alemania.

—Ella no sabe nada de tu amiga, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Lo suponía.

—No quiero molestarla con mis problemas.

—Eres su amigo, ¡por dios!

—Andrea, te aprecio, pero... no te metas, ¿vale?

Me miró sin decir nada, dio un sorbo más a la taza y se levantó, obviamente había herido sus sentimientos... últimamente estaba estropeando todo, hasta las relaciones con humanos. Pasó por mi lado y no dijo nada más, la agarré por la muñeca y nos miramos de nuevo.

—Sea quien sea, no merece esto —señalé su cara—. déjalo. —¿Cómo tu dejaste a Jacqui?

Contestó visiblemente enfadada, y apartó mi mano con desprecio, la vi salir por la puerta de la cafetería, resoplé mientras me frotaba los ojos, lo cierto era que con la única que me apetecía sentarme y pasar mi tiempo era con Jacqui, miré mi móvil y busqué vuelos para Alemania, quizá un aire, me viniera bien.

Jacqueline

Quien me viera en aquel momento, en aquella postura, y con ese halo de torpeza que me envolvía, hubiera estado riéndose de mí, horas y horas. Estaba de rodillas con la cabeza dentro de la ducha, intentado como podía no mojarme más allá del pelo, pero como tengo el equilibrio de una ameba, acabé tropezando y cayendo dentro de la ducha, casi en mi totalidad.

—¡Mierda! —gruñí de mala gana incorporándome.

Era la tercera vez en seis meses que me ponía un tinte castaño, de normal

solía ir a las peluquerías, pero desde que estaba en Alemania me apañaba sola, más bien porque me daba miedo de no saber explicarme y acabar con el pelo rosa. Ahora estaba Klaus, que podría acompañarme, pero... ¡que narices!, me daba pereza. El color negro que había estado llevando esos últimos años, poco a poco iba desapareciendo. Me sentía algo más feliz, ya que poco a poco iba volviendo a ser yo, por no mencionar el detalle de que el pelo más claro, me hacía más joven. Me puse en pie como pude, y después de quejarme del dolor de riñones me sequé el pelo con fuertes movimientos con la toalla, estaba a punto de pasar el peine por esa maraña de nudos, cuando Klaus gritó desde la otra habitación, haciendo que diera un bote.

—¡Nenaaaa, has recibido un correo!

—¡Joder Klaus! —grité—. ¿Es necesario ese berrido?

—Es de la, «Oh poderosa azotadora.»

Di otro bote y salí corriendo hacia la terraza, donde Klaus me esperaba con el portátil en su regazo, me arrodillé a su lado y leí ansiosa.

Querida Jacqueline Amorós.

Le pediré disculpas por no haber confiado del todo en que su correo fuera certero, en este mundo, la cantidad de depravados sube a un nivel que ni imaginaria.

He de confesar que he seguido un poco su carrera, y disculpe que ahora le hable de usted, ante todo soy educada, no vaya usted a pensar lo contrario... como decía, he seguido un poco su carrera, más por mis amistades que por mí, todo hay que decirlo. No me gustan las historias de amor y los finales felices, a mi parecer, creo que llenan la mente de fantasías absurdas, por eso la mitad de la población femenina que lee, acaba deprimida, ¡un hombre es lo que es!, ósea... algo simple y poco pomposo.

No quiero ofenderla a usted, ni a su trabajo, pero quiero que sepa mi opinión de ante mano. De todas formas, que se haya puesto en contacto conmigo a abierto de golpe las puertas de mi curiosidad, y créeme que ya pocas cosas me dan curiosidad, me gustaría que me pasara las bases de la historia, no quiero colaborar en algo que su fin sea de nuevo, engañar a las mujeres con falsos ideales.... Yo jamás me enamoro de un cliente, jamás, y no es por otra cosa más que el profundo asco que siento hacia ellos quizá es algo tremendo decirlo así, pero por eso me dedico a dominar hombres.... ¡no los soporto! ¿Soy lesbiana?, tampoco, aunque creo que el sexo con una mujer es infinitamente mejor que con un hombre, y desde mi humilde

opinión, debería probarlo, quizá sería más abierta a la hora de escribir otro tipo de historias, y yo... estaría encantada de satisfacer sus curiosidades.

Volviendo al plano profesional que nos ocupa, después de leerme que piensa hacer con lo que yo le cuente, le diré si me interesa o no participar, y de ser así, me gustaría escribir un prólogo antes de que empiece su historia, es mi única condición, esa y obviamente, mi anonimato.

Gracias.

—Madre mía —susurré algo nerviosa, pero con una sonrisa de felicidad.

Klaus, miraba el correo una y otra vez frunciendo el ceño, me miró durante unos segundos antes de suspirar y dejar el portátil en la mesa, se levantó y desapareció de mi vista.

—Klaus...

—No me gusta esa mujer —se dio la vuelta mirándome fijamente—, es una prepotente con serios problemas personales. A parte de una mal educada, probablemente se dedica a eso porque no supera que algún gilipollas le pegara la patada, no tiene vergüenza.

Sonreí durante unos segundos.

—Hombre, tímida no es, y me ha dejado claro que piensa de las historias que escribo —le sonreí—. Pero no me negarás que es muy carismática.

—¡Es una enferma!

—¿Y lo dices tú? —Me levanté poniendo los brazos en jarra—. Cada uno tiene sus mierdas y sus traumas, y forma su vida a raíz de eso, además que lo digas tú tiene tela...

—No te estarás refiriendo a...

—¿Hace falta que te recuerde que me robabas los tangas?

Miró hacia otro lado e intentó ocultar sin mucho resultado una sonrisa.

—Eso no es ser enfermo, es...ser fetiche.

Me crucé de brazos y volví la vista al ordenador, releí de nuevo el correo y me eche a reír, aquella mujer era carismática donde las haya, parecía inteligente, y no tenía pelos en la lengua, eso me gustaba, tener palmeros que te aplauden cada cosa que haces, no ayuda en nada. Poco después empecé a pensar en cómo sería... y aquello me dio muchísima curiosidad.

—Pequeña, tú sabes que te apoyo en todo lo que hagas, pero bajo ningún concepto voy a tener en la cual quieras experimentar y...

—¡Para, Para! —Me levanté de golpe y caminé hacia él—. ¿Todo esto es porque crees que quiero experimentar? —Asintió para mi sorpresa—. ¿Pero tú estás tonto?, esto es para documentarme, ¡nada más!, no quiero acostarme con

mujeres, ni quiero vivir otro tipo de relación que no sea la que tenemos...

—Mentirosa...

—Bueno... —me quedé pensativa—. Quizá me he precipitado en lo de no querer una historia fascinante a lo Christian Grey; pero, me conformo con la que me da Klaus Grass.

Se echó a reír y me miró con dulzura.

—Esa mujer me pone los pelos de punta, Jacqueline, lo digo en serio.

El tono de voz que usó, de niño atormentado, hizo que me desternillara de la risa, mi querido y pervertido Klaus, ¡realmente intimidado por una mujer que no conocía! Pasaron varios días en los que pensé en que responderle a Katusca, pero no se me ocurría nada, estaba como una pasa, cuatro días en blanco, para responder un único correo era de traca... ¡Vaya escritora de pacotilla!

Aquel día Klaus se había ido a ver a su padre, había tomado por costumbre quedar con él una vez a la semana, aquella decisión por su parte me había parecido estupenda, pero estaba algo frustrada porque seguía sin invitarme, cosa que sinceramente, me tenía algo mosca. Aburrida y casi a punto del asesinato en masa, me decidí por ordenar el vestidor e ir metiendo algunas cosas en la maleta, no sabía exactamente cuándo volvería a España, pero no quería tardar mucho más, sonreí cuando di con la bolsa que había comprado semanas atrás, el mono de cuero, y los zapatos de infarto de tacón de aguja, a simple vista... incomodísimos. Miré a ambos lados de la habitación, como si allí hubiera más gente que no quisiera verme, poco después me eché a reír, miré la bolsa de nuevo... ¿Por qué no?, me recogí el pelo en un moño y me enfundé en aquel uniforme de cuero negro que se me pegaba a mi piel de una forma espeluznante, quizá una talla más no hubiera estado mal, aun así, la cremallera me abrochaba. El tema de los tacones fue algo más caótico, ya que casi me caigo unas tres veces, llegué al espejo de puro milagro, cuando me miré casi me caigo, pero de la impresión.

¿Aquella era yo?, me miré de perfil, de frente, de espalda... ¡era puro sexo!, yo sola me estaba excitando de verme, y por qué no decirlo... de lo apretado que me estaba la costura del mono de cuero, empecé a notar un calor horroroso, pero al ver de refilón el ordenador, me vino todo a la cabeza.

Estimada Katusca;

Te ruego que me tutees, me siento infinitamente más cómoda. Gracias por haber respondido, imagino que tendrás una vida ocupada y que gastes unos minutos en mí, es de agradecer. Me alegra

haberte despertado cierto interés, sin el interés no somos nada, y aunque no comparto del todo tu forma de pensar en cuanto a las historias de amor, si es cierto que, son poco realistas, pero... ¿tanto realismo es bueno?, a veces soñar, es sano.

Referente a lo que me has dicho de los hombres... bueno, ya nos sentaremos a hablarlo en persona.

Volviendo al tema laboral, no veo problema alguno en querer hacer el prólogo, de hecho, es una idea genial, ya que... ¿Quién mejor que una domina de verdad? En los siguientes días te mandaré un correo especificando los puntos de la historia, ya que como entenderás aún tengo que pensar algunas cosas, pero te mantendré al tanto.

Gracias.

Me di cuenta de que una talla más volvía a ser la mejor opción, cuando me puse de pie para cambiarme, las piernas se me estaban empezando a quedar entumecidas, y con mi suerte... acabarían apuntándomelas, una cosa es que algo te quedara algo justo, y otra cosa era lo que a mí me estaba ocurriendo, justo cuando intentaba caminar la puerta se abrió, cuando me volví, Klaus me miraba boquiabierto.

—¡Santo dios! —susurró helado.

—¿Qué pasa que has entrado con esa cara? —No me contestó y se limitó a mirarme sin pestañear—. ¡Klaus!

—No lo sé —susurró de nuevo.

—¿No lo sabes? —insistí sonriendo.

—No. —Se lamió los labios—. Ya no me acuerdo. —Me eché a reír por la forma en la que me miraba, y lo mejor vino, cuando vi lo que su pantalón estaba empezando a rebelar—. ¡Madre de dios, ¡Jacqueline!, no te muevas.

—No pretendía moverme —contesté coqueta, lo que no estaba dispuesta a confesar es que, aunque quisiera, no podía.

—Necesito follarte, ya.

Me mordí los labios y le canté mentalmente alabanzas, a quien quiera que estuviera en el cielo por ponerme a huevo el quitarme aquella cosa asesina, empecé a desabrocharme el mono cuando gritó.

—¡No! —exclamó Klaus—. Con eso puesto.

—¿Qué? —Abrí los ojos de par en par—.

¡Esto no tiene agujeros!

No había terminado la frase cuando ya me había levantado y empotrado en la mesa del escritorio, me besaba como un loco, y aquel deseo

desenfrenado por su parte, me hizo sentir la mujer más sexy del mundo.

—Klaus...

—Calla y no te muevas. —Desapareció de mi vista y en pocos segundos apareció con unas tijeras—. Lo siento nena, pero te voy a hacer un pequeño apaño en esto que llevas.

Sonreí negando con la cabeza, y me partí de risa viendo la maña que le estaba poniendo para cortar el mono, cuando por fin pudo cortar un pequeño rodal, sin cortarme a mí, —cosa que creí imposible— respiré, ¡por fin corría mi sangre!, y antes de poder celebrarlo, me penetró tan fuerte que pegué un grito que, seguro que me oyó hasta el conserje, pero me dio igual, Klaus me envestía como un loco, y yo no paraba de retorcerme.

—¡Joder, no pares!, no pares Klaus —me retorció como una loca, no sabía si era por el cuero tan pegado a mi piel, o por ver a Klaus tan fuera de sí, pero estaba a punto de gritar hasta quedarme afónica, siguió moviéndose cada vez más agresivo, más ansioso de mí, cuando menos se lo esperó me incorporé levemente y le di un azote flojito en el culo, y se quedó quieto— Vamos...—resoplé —ha sido flojito.

Sonrió y reanudo el ritmo, me aferré a su trasero con ambas manos para que la penetración fuera lo más intensa posible, Klaus temblaba casi a punto del clímax, cuando grité sin poder contenerme al llegar al orgasmo, Klaus se dejó caer sobre mí, exhausto.

—¡Dios! —susurró con sus labios en mi cuello —me has puesto a mil con esto que llevas puesto.

Me eché a reír, y le acaricié el pelo.

—Necesito una ducha —susurré, mientras aún le sentía en mi interior.

—Y yo...

—¿Un segundo asalto, señor Grass?

—Y los que usted quiera, señorita insaciable —Se incorporó para dejar que me levantara y cuando iba al baño me dio un azote en el culo, me volví y vi como sonreía—. Ha sido flojito...

—¡Eh! —le señalé con el dedo índice—. Tengo un látigo y pienso usarlo.

—Yo tengo otro látigo, y también pienso usarlo.

Su mirada lasciva me volvió a poner a mil.

—Tira para el baño, ¡ya! —Me hice a un lado y pasó como si fuese un niño pequeño—. Y te vas a cagar con el segundo asalto... Cuando le escuché reír lo tuve claro... aunque una cosa me hacía dudar, ¿podría quitarme el mono, que, gracias al sudor, se me había quedado completamente pegado a mi

piel?

Varias horas después, estaba recostada en una tumbona en la terraza, el aire fresquito me sentaba de maravilla, y aun podía sentir las manos de Klaus por todo mi cuerpo, aquella tarde había sido una tarde de sexo salvaje y temático, lo había exprimido hasta más no poder, y aunque había acabado agotada, aquella sensación era maravillosa.

Después de estar un rato sin escuchar a Klaus trastear por la habitación, decidí asomarme para ver que estaba tramando, mi sorpresa fue cuando le vi tumbado en la cama, con un brazo por detrás de su cabeza, sus gafas sexys de leer, y concentrado en un libro... ya no era porque apenas llevara unos bóxers, sino que nada me parecía más sexy que un hombre leyendo concentrado, me embobé durante minutos mirándole, y para mi sorpresa ya estaba húmeda de nuevo... cuando fijé mi vista, observé que estaba leyendo “Pídeme lo que quieras” y sonreí.

—De verdad que no lo entiendo —dijo sin levantar los ojos del libro.

—¿Desde cuándo sabes que estoy aquí?

—Desde que he escuchado el segundo gemido. —Levantó su mirada—.

Te pongo, ¿verdad?

Me eché a reír, y me senté en el sillón frente a él. —¿Te gusta el libro?

—Sí, pero... no lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—¿Cómo puedes querer compartir a la persona que quieres?

Me paré a pensar.

—Hay gente que diferencia entre el sexo, y el amor.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—A ver, para eso debes tener un pensamiento algo abierto, la verdad, pero bueno, son personas que se quieren, pero pueden mantener sexo con otras personas mientras que la otra parte este de acuerdo, disfrutan del sexo juntos.

—Hasta ahí llego, lumbreras. —Me miró torciendo el gesto—. Pero eso de «ofrecer» a tu pareja... me pone el bello de punta.

—No es una historia de amor convencional, pero tiene su punto.

—¿Tú podrías? —preguntó cruzándose de brazos. —¿Ofrecerte a otras mujeres? —pregunté perpleja y asintió—. ¿Tú me has visto cara de idiota? —No contestó y, pero la sonrisa de autosuficiencia no pudo ocultarla, devolvió la vista al libro y yo me concentré en algunos apuntes... aunque había una pregunta que me reconcomía—. Oye, ¿y tú?, ¿me ofrecerías a otros hombres?

Me miró durante unos minutos sin contestar, ya estaba dudando de su

respuesta cuando la expresión de su cara cambió.

—Te mataría, antes de ofrecerte a nadie —tragué saliva ante aquella respuesta—. Acabo sonar como un psicópata, ¿verdad?

—Hombre, —me encogí de hombros—; un poco, me has puesto el bello de punta, Klaus.

Se echó a reír, e hizo un gesto en la cama, acudí a su llamado y me acurruqué en su torso.

—No quería asustarte, es solo que...

—No pasa nada—sonreí—solo de pensar en una mujer tocándote delante de mí... ¡antes, te la corto!

Pasaron varios días más en los que las buenas noticias eran abundantes, ¡volvíamos a España!, nos quedaríamos dos semanas más en Alemania, para que Klaus ayudara a su padre con unas cosas que no me había contado, pero pasaba de someterle a un nuevo tercer grado, cuando le diera la gana ya me lo contaría. Había estado unos días algo aburrída, hasta que Ivanna, la recepcionista, me contó que habría una fiesta en uno de los jardines del hotel, había visto los preparativos y ya estaba que me relamía de la emoción «que me gusta a mí, una fiesta», habían colocado un pequeño escenario donde suponía que allí estaría la orquesta, y una especie de pista de baile de madera sobre el césped, luces y farolas por doquier... durante unos segundos, me recordó brevemente a la boda de Klaus, pero me quite ese recuerdo horrible de la cabeza, ahora tenía que pensar en que comprarme para lucir aquella noche.

Había tenido varios días para comprarme algo, pero como siempre, lo dejaba todo a última hora, salí corriendo de la habitación, mientras me despedía de un Klaus entusiasmado con la segunda parte de “Pídeme lo que quieras”. Recorrí varias tiendas, hasta que di con el vestido perfecto, un vestido largo gris perla con la espalda al descubierto, tirantes y un sutil escote, con toda la emoción no me había enterado de las llamadas de Klaus, las vi cuando entregué las bolsas en la recepción y me informaron de que Klaus, me esperaba en uno de los jardines del hotel, fruncí el ceño, pero aun así, caminé feliz por donde me había indicado la recepcionista, que por cierto era nueva.

8

Cuando salí hacia los jardines intuí la figura de Klaus, mostrándome esa espalda perfecta tallada por los dioses. Hablaba con alguien a quien su espalda y el sol me impedían ver, cuando por fin se hizo a un lado y el sol me concedió una tregua, parpadeé porque no me podía creer lo que mis ojos estaban viendo, allí frente a Klaus, estaba David. Me quedé quieta por unos instantes, y el corazón empezó a revolcarse dentro de mi pecho, llevaba unos vaqueros y una camisa blanca holgada, remangada hasta los codos, con su perfecto pelo peinado hacia atrás y unas gafas de sol que le conferían un aspecto increíble... no me podía creer que aquello fuera real, caminé boquiabierta hacia ellos como si en cualquier momento aquella visión fuera a desaparecer, entonces David miró hacia mi dirección y nuestras miradas coincidieron. Solo faltó una simple sonrisa por su parte, para que mi estómago diera un vuelco, en aquel momento no pude contener mis piernas, ni mis impulsos, y corrí hacia él. Seis meses, seis largos meses sin verle... y ahora estaba a pocos metros de mí, él abrió sus brazos y me lancé hacia él, le rodeé el cuello con todas mis fuerzas, y al sentir su olor rompí a llorar, podía sentir con la fuerza con la que me abrazaba, y durante unos segundos creí que estaba soñando, pero no, era real, David estaba aquí... cuando me bajó al suelo y después de darle unos cien besos en las mejillas, me sujetó de los hombros y me sonrió.

—Tranquila mujer, me vas a desgastar.

—Lo siento —sonreí —tenía tantas ganas de verte. —Ya será menos.

—No —intervino Klaus con semblante tranquilo, demasiado tranquilo, diría yo—. Habla en serio, se acuerda de ti todos los días—. David le miró sonriendo, y asintió con la cabeza, durante una fracción de segundo se miraron de una manera extraña, no sabía exactamente qué sensación me dio, pero fue raro, Klaus acarició mi espalda y me besó en la mejilla—. Os dejo solos nena, tendréis mucho de qué hablar. —Le miré sorprendida.

—Klaus, no tienes por qué irte.

—No pasa nada David, seguro que querrás contarle mil historias, que sinceramente... no me interesan, así que, toda tuya.

Tragué saliva al escuchar las palabras de Klaus, ya estaba pensando en

que contestar, cuando David soltó una carcajada y le dio un golpecito en el hombro.

—Siempre tan sincero, Grass —asintió, y sonriéndonos se dio la vuelta y caminó hasta que lo perdimos de vista, pero ¿qué está pasando aquí?, cuando se hubo marchado, me volví a lanzar a sus brazos—. Jacqueline —susurró—. Dios, mi Jacqui...

—David... —le contesté conteniéndome las lágrimas—. ¿Cómo es que has venido?

Me apartó sonriendo, y caminamos hacia unas sillas de mimbre que se habían quedado vacías.

—Menudo hotelito —silbó mirándolo todo— ahora entiendo porque llevas aquí tanto tiempo.

—Pienso volver a España, en dos semanas —sonrió y le imité—. ¿Cómo sabías en que hotel estaba?, ni siquiera me has llamado.

—Llamé a Klaus hace unos días, y él me dio la dirección, quería avisarte, pero el insistió en que no te dijera nada, que te haría más ilusión verme sin esperarlo.

—¡Vaya! —Fruncí el ceño—. Espera un momento... —Me quedé pensativa—. ¿Llamaste a Klaus?, ¿mi Klaus?

—Sí, tú Klaus, ¿a cuántos Klaus crees que conozco? —Pero ¿desde cuándo vosotros...?

Se recostó en la silla y toqueteó sus gafas de sol.

—Digamos que, acercamos posturas hace meses —Mi cara era un auténtico poema, ¿pero de qué narices estaba hablando? —¿No sabes nada?

—¿Mi cara no contesta a esa pregunta? —se carcajeó y sonreí como una idiota.

—Fui el abogado de Klaus, en la separación con Ana.

Casi me caigo de la silla a escuchar esas palabras. —¿Qué? ¿Su abogado?

—Sí, no te había contado nada, ¿verdad? —asentí—. Lo sabía... Es un puñetero cofre de los secretos.

—¡Es un gilipollas! —Espeté cruzándome de brazos—. Esto es frustrante, ¡joder!

—¡Esa es mi Jacqui! —Le miré con el ceño fruncido y me acarició el brazo con ternura—. Vamos, ponte en su lugar.

—¡Me paso la vida poniéndome en su lugar!, David, de verdad que hay días en los que siento que no puedo más.

—Exageras.

—Sí, exagero, pero ya no sé qué más hacer para que me cuente las cosas, ¡yo le cuento todo! —Me miró alzando una ceja, pero ignoré aquel gesto—. ¿Y cómo narices acabaste siendo su abogado?

—Yo me ofrecí cuando me enteré por Bea, de las intenciones de Ana, él al principio no quería, pero al final cedió.

—Pues perdona por el comentario que voy a hacerte, pero, no le serviste de mucha ayuda.

—¿Cómo le voy a servir de ayuda, si renunció a todo? —¿Qué renuncio a todo? pensé...pensé que ella le había...

—En un principio así fue, recurrimos, encontramos facturas y cosas que probaban que él había contribuido en los pagos, pero al final Klaus, se echó atrás, se lo dio todo, y vino a buscarte. —Parpadeé varias veces, sin entender que pasaba, ¿Por qué no me había contado aquello...? —Si no te lo ha contado, es para que no te sientas culpable porque haya dejado su negocio, por venir a buscarte. —Le miré de soslayo—. Aún puedo saber qué piensas, enana.

—Capullo.

—Preciosa —sonreí—. Además, gana más en su nuevo trabajo, yo mismo redacté el contrato.

—¿Tuviste que redactar un contrato, para su nuevo trabajo?

—¡Pues claro!

Le miré como si me acabara de decir que el cielo es verde, pero preferí dejarlo estar, ya hablaría con Dana y me lo explicaría todo bien.

—Oye, aún no me has dicho para que has venido.

—Necesitaba un aire, y que mejor que venir a ver a mi amiga.

—Amiga, a la que tenías olvidada desde hace meses.

—Estaba contando los segundos para que me lo echaras en cara...

—No lo vuelvas a hacer más. —David sonrió—, te estoy hablando muy en serio.

—Lo sé. —Me miró fijamente—. No volverá a pasar.

Sonreí mientras le acariciaba las manos.

—Has venido en el día perfecto.

David me miró sin entender a que me refería, solo esperaba que hubiera traído traje o al menos, algo de ropa elegante.

Varias horas después

Estaba acabando de ponerme los zapatos y echándome perfume, cuando Klaus me llamó por el móvil por décima vez, casi reviento el aparato contra el suelo, pero desistí de la idea, para una vez que entendía un móvil... Antes de salir por la puerta de la suite, sonreí al ver la mochila de David en el cuarto de invitados, la situación era algo extraña, y el trato cordial que se proferían ambos, me desconcertaba, algo se me escapaba, pero estaba cansada de jugar a trivial con la vida de Klaus.

Cuando bajé las escaleras, para encaminarme al jardín donde había comenzado la fiesta de gala, me sorprendió y no pude evitar sonreír, al ver la conversación tan amigable que tenían Klaus y David, ambos vestidos con esmoquin, altos, fuertes, e increíblemente atractivos, me mordí los labios y suspiré para mis adentros...y saber que yo me había acostado con aquellos dos hombres, ¡la madre que me parió!. Sonreí ante mi lascivo pensamiento y fue justo entonces cuando ambos se volvieron a mirarme, la penetrante mirada de Klaus me dejó sin aliento, caminé hacia mis dos acompañantes y ambos me ofrecieron su brazo, y de ese modo, caminamos juntos hasta la pista de baile, podía notar las miradas de todas las mujeres del lugar, obviamente era la envidia... no me extrañaba en absoluto.

Nos detuvimos en el bufé que ocupaba gran parte de aquel hermoso jardín, David se estaba poniendo las botas, y Klaus, se estaba llenando el segundo plato.

—¿Qué está pasando aquí? —susurré a Klaus, que me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa con qué?

—¿Me tomas el pelo? —Le miré con las cejas alzadas—. ¡Tú y David! ¿Qué rayos pasa? ¿De repente sois amigos? ¿Ya no tienes celos de que me toque?

—Siempre tengo celos de cualquiera que te toca, Jacqui —dijo mirándome, penetrándome hasta el alma, tuve que suspirar para poder seguir hablando.

—Déjate de royos.

—Hablo en serio —sonrió.

—Muy bien, no me lo digas si no quieres, un día te ahogaras con tus propios secretos. —Me levanté y caminé en dirección a la orquesta—. ¡Puñetero alemán!

I ignoré a mis dos acompañantes, que entablaban conversación tras

conversación con algunos huéspedes del hotel, me había dado cuenta de que había gente que no se alojaba allí, que también estaba en aquella fiesta, de Klaus no me sorprendía, sabía hablar alemán, ¿pero David?, aun así, no paraba de parlotear. Yo me entretuve hablando con algunas españolas que también se hospedaban en el hotel, unas andaluzas divertidísimas que no paraban de pronunciar “mi arma” cada vez que Klaus o David me saludaban con la cabeza.

La orquesta ya había empezado a tocar, y la gente iba ocupando la pista de baile, di un brinco cuando reconocí una canción, ya que estando allí, a no ser que yo misma la pusiera en YouTube en mi habitación era difícil reconocer alguna canción, caminé hacia la pista de baile sumida en un hipnótico trance... aquella canción la escuché por primera vez cuando pase una temporada en Argentina, aquel tango me hacía cerrar los ojos, era una versión que había creado el grupo “Fugata Quintet”, aunque el intérprete original era “Astor Piazzolla”, recordaba las veces que la había bailado con Aníbal, y sonreí al pensar en él, y como le iría su vida.

Cuando volví al mundo real, un chico rubio muy guapo me había tendido la mano, sin dudarle le di mi copa de champán a una de las Andaluzas, y sin pensármelo dos veces empezamos a bailar aquel tango, él bailaba de maravilla, yo me defendía... aunque aquel chico, hacía parecer que el baile era facilísimo, cuando hubo terminado la canción aplaudí feliz, había sido increíble, aquel rubio se despidió de mi con un tierno beso en los nudillos y un guiño de ojos, a lo que me sonrojé y le sonreí coqueta.

—Estás coqueteando, querida enana —escuché a David a mi espalda.

—¿Me estas espiando, David? ¿Te has vuelto el leal vasallo de Grass?

Se echó a reír con ganas, justo entonces sonó una canción, cuando me di cuenta vi que la orquesta no tocaba, se habían tomado un pequeño descanso, y no habían podido elegir mejor canción que la que estaba sonando, allí a mil kilómetros de casa, escuchaba la suave voz de la cantante de «The Corrs», y la preciosa voz de «Alejandro Sanz» con la canción «Una Noche». Amaba, amaba esa canción, David me tendió su mano, y la acepté, empecé a bailar, y por un momento nos miramos.

«solo que aún hoy, aun hoy, sigo amándote, amándote a ti...aún hoy, aun hoy.»

Fue cuando me acarició la mejilla cuando no pude evitar soltar unas lágrimas que oculté antes de que el resto se dieran cuenta.

—Jacqui, no llores mujer... te arruinarás el maquillaje.

Sonreí ante aquel comentario, la música ya había terminado y cogidos nos hicimos a un lado de la pista.

—¿Eres feliz, Jacqueline? —le miré intensamente.

—Sí —sonreí—. Aunque soy más feliz, si tú estás en mi vida. —Tenía que irme, me entiendes, ¿verdad? —No contesté, pero mi mirada fue afirmativa, aun así, había cosas dentro de mí, que seguirían calladas por siempre—. A veces pienso, en que hubiera pasado si yo no hubiese sido un capullo y hubiera luchado por ti, cuando tuve oportunidad... o me hubiera lanzado cuando estabas loca por mí, antes de aparecer Grass.

—Me encanta tu modestia. —Se echó a reír—. Hay veces que yo también lo pienso —me miró—. ¿Y sabes qué creo? Que seguirías dejándome en la recámara, capullo.

Eché la cabeza hacia atrás en una carcajada y sonreí.

—Jacqui, aunque no me lanzara... eras especial, de verdad, y mírame, acabé enamorado de ti hasta las trancas, cuando para ti ya solo era un amigo, llegué tarde... pero oye, al final lo conseguiste.

—Nunca has sido solo un amigo, David.

—Lo sé, por eso Grass, me odiaba.

—¿Ya no te odia? —pregunté sonriendo.

—Creo que ahora, un poco menos... —ambos nos echamos a reír, la noche era preciosa, y todo olía de maravilla, parecía magia—, de una manera u otra... siempre estaré un pelín loco por ti —me eché a reír por el tono que había usado—. No sé si me explico. —¿Me dejas intentarlo a mí? —asintió—. Por mucho que ames a otra persona, siempre una parte de ti pensará, ¿Cómo estará Jacqui? Por muy enamorado que estés, siempre que hables de mí, sonreirás de manera especial, y siempre que veas una foto mía, algo en el estómago te impedirá que puedas respirar bien, una mezcla de cariño, anhelo y melancolía...

—Guau.

—Soy escritora, lo mío son las palabras y las descripciones. —¿Ahora quién es la modesta?

Me eché a reír.

—No lo podías haber descrito mejor, Jacqueline. —¿Sabes por qué?

—Sorpréndeme...

—Porque es lo que me ocurre contigo. —Me miró sin sonreír—. Amo a Klaus de una manera insana, de eso no hay dudas. Pero si él no existiera, sé que solo podría estar enamorada de ti, por muy mal que lleve el día, miro

alguna foto tuya y sonrío, pienso en como estarás, y solo deseo que seas feliz, no puedo evitar ciertas mariposillas, supongo que soy humana.

—Una pena que por Klaus sientas águilas imperiales, por el estómago — no pude evitar una carcajada—. Solo espero, que alguna mujer pueda amarme de la manera que tu amas a Klaus, si vieras como se te ilumina la cara cuando le ves... como te estremeces cuando te mira, o como se te eriza la piel cuando te roza, ¿Quién no desea eso?

Le miré sorprendida, ¿se había dado cuenta de todos esos detalles?, busqué a Klaus con la mirada y lo encontré hablando con el director del hotel, me lanzó una mirada y le sonreí, me devolvió la sonrisa y suspiré.

—¿Ves? A eso me refería —dijo David, echándose a reír.

Era de madrugada cuando decidí subirme a la habitación, había dejado a Klaus hablando con una de las andaluzas que estaba casada, le estaba contando las penas de su vida matrimonial, podía haberle echado un cable, pero preferí hacer lo que había estado haciendo Klaus conmigo toda la noche, ¡IGNORARME!, David había desaparecido de mi vista hacia una hora o así, así que imaginaba que andaría por ahí con alguna chica.

Después de una ducha estaba secándome en mi habitación cuando escuché la puerta, supuse que era David, porque Klaus habría venido directo a buscarme, y más sabiendo que David estaba en paradero desconocido, frustrada me tumbé en la cama, ¿pero qué narices le pasaba a Klaus?, cuando pensaba que todo estaba bien, algo pasaba que me hacía cambiar de parecer, después de mucho pensar, caí en la cuenta de que había estado evitándome toda la noche, ¿pero porque?, tampoco había hecho nada raro salvo bailar un tango y un simple baile con David, miré el móvil sintiéndome tentada a llamarle, pero por orgullo lo volví a dejar en la mesa, fue entonces cuando escuché unas voces. Salí de la habitación con sumo cuidado y vi a David frente al ordenador, era una videollamada, podría haberme vuelto a mi habitación a regodearme en mi incipiente y creciente mala leche, pero mi nivel de cotilla había aumentado de un simple 20% a un 95%.

—Deberías estar durmiendo, Esmeralda, es muy tarde.

—Deja de dar el coñazo, estoy bien, ¡mírame!, ¿algo que objetar?

Sonreí al ver como aquella chica, con un pijama divertido se pavoneaba frente a la cámara del ordenador, David reía...

—Estás muy guapa, nadie lo discute.

—Ei chico, siempre he sido guapa.

Me contuve una carcajada, me sentía un voyeur, pero me estaba

divirtiendo esa chica, que, por cierto, no conocía.

—¿Cómo te encuentras?, ¿Te duele algo?

—Bueno... estoy bien, hoy ha sido la primera sesión, me he sentido mal las primeras tres horas, ahora estoy más o menos. —¿Quieres que vuelva?, De verdad que no me importaría, en serio.

—Deja de decir chorradas, David, ¡disfruta de tu viaje!, mi hermano me está cuidado de maravilla, y Andrea viene a verme cada dos por tres, relájate, ¡joder!

—No seas mal hablada.

—No seas un plasta.

David sonrió y se recostó en la silla, eso me permitió poder verla mejor, era una chica morena, guapa, no cabía duda, llevaba el pelo recogido en un moño, y tenía una sonrisa que no la abandonaba en ningún momento, no me perdía detalle... ¿primera sesión?, ¿De qué?

—Deberías descansar.

—No tengo sueño, pesado.

—¿En qué piensas?, te conozco...estás pensando.

Todo se quedó en silencio.

—En que voy a raparme el pelo, no soporto la idea de que empiece a caerse.

—Esme...

—¡No, para!, no me hables en ese tono de compasión, que te vas a la mierda en menos de tres.

—Esme, por favor.

—Uno...

—Esmeralda...

—Dos...

—¡La madre que te pario! ¡Está bien!, joder.

—Ei no seas mal hablado.

Sonreí, y David también, aunque estaba algo rígido.

—Estarás genial, con lo que te hagas.

—Mientes estupendamente, gracias.

—De nada mujer.

—Oye, ¿y tu amiga?, no me has contado nada...

—Bien, guapísima como siempre...como si no hubiera pasado el tiempo.

—Me alegro, eso es porque sois amigos de verdad.

—Desde luego...

—Por cierto, ¡ya me he leído sus libros!, ¡me encantan! —¿De verdad?

—Sí, de hecho, tienen la culpa de que no esté durmiendo ahora mismo, dejé si tan solo fuera sexo para el final, y ahora parezco un búho... oye, ¿en serio fuiste tan cabrón?

—Pero ¿cómo sabes que Rodrigo soy yo?

—Soy lista.

—Y nada creída...

—Echo de menos tus sarcasmos.

—Y yo tu sucio lenguaje, aunque podrías prescindir de él.

—La quimio ayuda con el cáncer, no con las palabrotas, sigue soñando.

Di un paso hacia atrás cuando escuché cáncer, supongo que tenía la idea de que podía tratarse, pero escuchado de la boca de aquella chica me estremeció, volví a mi habitación y les dejé la intimidad que debía haberles dejado desde el principio. Me senté en la cama y poco después escuché la voz de Klaus, y aquello me enfureció, entró en la habitación y me miró.

—¿No duermes?

—No tengo sueño.

—¿Qué te pasa? —preguntó empezando a desvestirse, intenté no mirarle mucho porque su desnudez me desconcentraba. —¿A mí? —Espeté—. No me pasa nada, ¿tendría que pasarme algo?

—Joder —susurró rascándose la cabeza y sentándose en la cama—. No me digas más, te ha venido el periodo.

Dudé entre darle un guantazo o arrearle con la almohada, me decidí por la almohada, le di tan fuerte que como estaba mal sentado calló de culo al suelo, se me heló la sangre de pensar en la mirada asesina que me echaría, pero para mi sorpresa se echó a reír. —Al menos, pídemme perdón ¿no?

—¡Me has ignorado! —me crucé de brazos quedándome de pie frente a él, que seguía en el suelo—. ¡Toda la noche! —Pero ¿qué dices?

—¿Cómo que, que digo?, ahora me lo negarás.

—Jacqui, yo no te he ignorado, solo te he dado tu espacio. —¿Darme espacio es no acercarte a mí, en toda la noche?;

—Sí me he acercado —Se movió nervioso, resoplé de ver lo perfectamente bien que le quedaban esos bóxers negros.

—Dos veces, y apenas me mirabas.

—¡Jacqueline, por Dios! —puso los brazos sobre sus rodillas—. Has bailado el tango con el rubio, una canción demasiado romántica con David, has hablado con las españolas, con el metre, con varios camareros, sin contar

con que el grupo de holandeses te han tirado los trastos varias veces...—le miré perpleja—. ¿Eso es ignorarte? —Me rasqué el costado nerviosa, ahora no entendía nada—. No quería que pensaras que no te daba tu espacio, el que esté David aquí, es una situación rara, y no sé cómo comportarme... Estoy intentando no ser posesivo.

Me quedé de piedra, así que era eso por lo que estaba tan raro.

—Klaus, cariño...

—¿Te ha dado la sensación de que te ignoraba?

Le tendí la mano que agarró, tiré de él y lo tuve ante mí, perfecto y maravilloso, mirándome con carita triste, y fue entonces cuando me derretí.

—Ya da igual cariño, soy yo, que...

—Ven aquí.

Me abrazó y besó mi cabeza varias veces, levanté la cara para mirarle, ¡jolín!, era tan guapo, tenían tantísima luz aquellos ojos azules, con esa expresión tan dulce, aquellos labios perfectos que esbozaban esa leve sonrisa, no pude resistirme y le besé... lo que empezó siendo un tierno beso, acabó por transformarse en un beso apasionado, fuera de sí.

Me levantó por el trasero haciendo que le rodeara mis piernas por su cintura, en aquel momento solo le deseaba a él, a su cuerpo y a la pasión que nos envolvía, justo cuando me posó sobre la cama escuchamos una carcajada de David, que provocó que nos quedáramos quietos.

—Joder —susurró Klaus—, no me acordaba de él.

—Ni yo —suspiré—. Klaus, yo con él aquí...

—Tranquila —me sonrió—. Te entiendo, a mí también se me hace un poco raro, aunque bueno, creo que somos hermanos esquimales.

—Hermanos, ¿qué?

Se echó a reír y se apartó de mi negando con la cabeza, fruncí el ceño sin saber a qué se refería, supe que el momento pasional había acabado definitivamente, cuando vi que se metía en el baño y encendía la ducha, cuando me aseguré de que no se escuchaba nada salí de la habitación y allí en la terraza, esta vez con el portátil apagado estaba David, mirando el increíble cielo de aquella fresca noche, caminé hasta él y me senté a su lado.

—¿Insomnio?

—Supongo —Me miró sonriendo—. ¿Y tú?, Klaus hace rato que ha llegado, pensé que estaríais...

Agaché la cabeza avergonzada.

—Que va, solo estábamos hablando.

—Ya, no tienes cara de haber hecho más.

Le di una palmada en el cogote y se echó a reír.

—¿Quién era esa chica con la que hablabas?

—Una amiga.

—¿Una amiga? —Le miré detenidamente—. Conozco esa cara amigo, esa chica es algo más.

—La conocí en el aeropuerto, cuando volvía a España... me llamó la atención, y empezamos a hablar, y ¿sabes qué? —Asentí—. Era increíblemente divertida, quedamos varios días más y... —¿Y?

—Me dijo que no podíamos seguir viéndonos.

—¿Cómo? —Lo miré perpleja—. Pero ¿por qué?

—Me dijo que tenía cáncer de pulmón, que la operarían en breve, y lo más seguro que le dieran quimio—pude ver tristeza en sus ojos, quise abrazarle, pero me quede quieta mirándole —me dijo que no quería lastima, ni nada compasión, que seguir con ella sería inútil, «¿Quién quiere a una persona enferma?», esas fueron sus palabras... yo no me lo podía creer, Jacqui... ¿Cómo podía apartarme así de ella?, intente discutirsele, cambiarle las ideas, pero no hubo manera, así que le dije que por favor, al menos, me dejara estar como amigo. —Vaya. —Me había quedado sin palabras.

—Al principio me mandó al carajo, pero después cedió y hasta ahora —Me miró sonriendo, pero aquella sonrisa no le llegaba a los ojos—. Es una persona especial, nadie había sido tan especial desde... —Me miró—. Bueno, ya sabes.

—¿Y por qué narices no me lo habías contado antes? —No quería molestar, además, no tenía animo de nada. Resoplé entre molesta y triste.

—¡Estoy cansada de que las personas que quiero me oculten cosas!, sabes que jamás me molestas, puedo entender que no tengas ánimo, pero entonces, ¿para qué mierda estoy yo? Soy tu amiga ¡Joder! ...le dices a ella, y luego tú haces igual. —Me miró durante unos minutos, después me acarició la mano suavemente—.

¿Y qué vas a hacer?

—¿Hacer de qué?

—¿Cómo que de qué? ¡Con la chica!

—Ser su amigo, ¿qué más puedo hacer, Jacqui? Ella me lo ha dejado claro.

Me llevé las manos a la cabeza, «al final la noche, terminaría con un guantazo, y David tenía todas las papeletas»

—¿Quieres dejar de hacer el idiota y espabilar? —Me miró sorprendido —. Has conocido a una chica fantástica, te he visto hablar con ella, te conozco y te gusta... ¿Y me estás diciendo que no harás nada?

—Pero, si ella...

—¡Pero si nada!

Iba a rebatirme algo cuando Klaus salió por la puerta de la habitación, ambos nos quedamos en silencio, Klaus nos miró y se quedó quieto.

—Si queréis me voy... —dijo poniendo los brazos en jarra—. Joder, que silencio.

—Le estaba hablando de Esmeralda —Klaus asintió y caminó hasta sentarse a mi lado, yo miraba la escena alucinada. —¿Tú sabías lo de Esmeralda? —Le pregunté cuando lo tuve a mi altura.

—Me lo ha contado esta mañana, mientras llegabas de tus compras.

Miré a ambos lados y luego al cielo, ahora lo tenía claro, me habían debido de abducir los extraterrestres y me habían enviado a un universo paralelo en el cual, David y Klaus se llevaban bien... miré mis muñecas buscando una cicatriz del chip, que seguro me habían implantado, pero no di con él, luego me toqué la nuca —suele ser el sitio elegido en las pelis— pero tampoco tuve resultado, estaba distraída cuando una carcajada de David, me sacó de mi ensoñación. —¿Ya estás pensando paranoias? —preguntó riéndose. Miré a Klaus, que, pese a que no reía, su mirada era divertida.

—No estoy pensando en nada —mentí—. solo estoy cansada.

Minutos después y sin saber cómo, empezaron a hablar de futbol, así que me puse en off completamente, no tardaría en amanecer, pero ninguno estaba dispuesto a retirarse. Fui a por mí portátil y empecé a mirar cosas, miré mis correos y tenía uno de Bea, lo abrí sonriendo, y sonreí más, cuando vi que era un trozo del primer capítulo de la segunda temporada de True Blood, lo había visto mil veces, pero adoraba la escena en la que Bill, coincide en el centro comercial con Eric, ambos unos vampiros realmente impresionantes... resoplé, para cuando me di cuenta, tenía cuatro ojos fijos en mí.

—¡Oh, por dios!, ¿esos también te gustan?

—¿Pero tú no estás hablando con David?

—Tú suspiro me ha despistado...

Le miré con una ceja alzada, David sonreía y Klaus me miraba sin expresión ninguna.

—¿Te molesta que me gusten, o qué?

—Lo que no entiendo son tus gustos en cuanto a series, ¿te podrá gustar

alguna, que los personajes no sean vampiros? —¿Y qué hay de malo?, A todas las mujeres del mundo, les gustaría estar con un Vampiro —David soltó una carcajada y le miré con el ceño fruncido—. ¿Qué? No es ninguna mentira, la literatura ha hecho que un personaje temible como lo es un vampiro resulte atractivo.

—Si existiesen los vampiros, no serían como los pintan las series que tú ves, no serían Damon Salvatore o el hermano, o como los Cullen, o Bill y Eric de True Blood.

—¿Y tú qué sabes? —apoyé el ordenador en la mesa—. Para tú información, True Blood no los pinta como angelitos, además, ¿qué conversación es esta?, en mis fantasías mi vampiro será como a mí me dé la gana que sea, es decir, portentoso, agresivo y varonil, buen hombre...

—Ya... —contestó moviendo sus ojos azules.

—Vamos Klaus, True Blood no esta tan mal, a mí me gusta —habló David mientras sonreía—. Además, a cada rato hay sexo, y la protagonista es mona... y se tira a los dos la muy lista, ¡normal que vea la serie!, sería la fantasía de cualquier mujer.

—¿La fantasía de cualquier mujer?

—preguntó Klaus, incorporándose.

—Claro, fíjate, dos vampiros distintos, pero ambos impresionantemente cultos y atractivos, uno más bueno y otro más, digamos malo... pero ambos, pudiendo estar con mil, se sienten atraídos por ella, por una sola mujer, y ella, aunque al principio está ciega con uno, al final acaba confundida y probando a los dos. Con esto te acabo de argumentar True Blood y Crónicas vampíricas, pero ella en lugar de quedar como una fresca, es una pobre chica confundida, y ellos en lugar de matarse, compiten por ella, pero dentro de una relación ya sea de hermanos, o de medio amistad, ¿dónde se ha visto eso? —movió la cabeza en signo de negación—. Pero, sin embargo, cualquier mujer mataría por vivir una relación así.

—En la ficción...—inquirí nerviosa, de repente ya no me sentía nada cómoda con la conversación, ¿yo era una fresca?

—Y en la realidad —apuntó Klaus.

—Créeme cuando te digo, que estar confundida y acostarse con dos tíos que tienen relación entre ambos, no es nada divertido. —Bueno, ¿quién sabe? —dijo David mirando al cielo—. Nunca sabes cuantos hermanos esquimales, tiene uno.

Entonces y de repente, entendí que significaba ser hermano esquimal,

miré a Klaus que se tapaba la boca, ¿qué coño pasaba aquí?, ¿estábamos hablando tan tranquilamente de aquello, cuando nosotros tres nos habíamos visto envueltos en esta extraña historia, tiempo atrás?, intentaba no recordar mis encuentros sexuales con David, pero hablando de este tema era realmente difícil, estaba incomoda y nerviosa, y no podía entender como Klaus estaba tan tranquilo, ¿no se supone que estaba obsesionado conmigo?

—Con que... hermano esquimal —susurré mirando a Klaus de una manera... que, si las miradas matasen, Klaus habría caído al suelo fulminado—. Eres un capullo.

Dije levantándome de golpe, Klaus me agarró de la muñeca y me paró en mi huida.

—Pero ¿por qué te pones así? solo estamos hablando de esa serie, Jacqueline.

—¡No!, me estáis haciendo sentir incomoda, ¡Los dos!

Ambos me miraron perplejos.

—¿Que hemos dicho? —preguntó David.

—¿Me lo estás preguntando en serio?, una tía que se acuesta con dos, que tal, que cual. —Me crucé de brazos—. ¿En serio no caes, en que me puedo sentir incomoda?

—No.

Tomé aire rápidamente, porque estaba a punto de desmayarme.

—¡Yo me acosté con los dos! ¡Incluso durante el mismo tiempo! Ambos los sabéis, ¡Ahora uno es mi novio y el otro mi mejor amigo!, estuve confundida, y lo lie todo, ¡y no soy una fresca!... y ahora os lleváis estupendamente, y hasta Klaus, bromea con que sois hermanos esquimales, ¿me puede decir alguien, que narices pasa? ¿Soy la única que se siente incómoda en esta conversación?

—¡Hala bruta! —susurró David—. Eso mujer, tú enciende la mecha.

Se hizo el silencio, y aún me alteré más.

—Todos sabemos que has follado con los dos, —sentenció Klaus, con una voz que puso mi piel de gallina—. incluso con horas de diferencia —Me miró y me temblaron las piernas—. Procuro no pensarlo demasiado, porque si no me entran ganas de matar a tu mejor amigo, como tú lo has llamado... porque odio, estar sentado delante de una persona que sabe de memoria tu cuerpo, y que lo ha hecho vibrar como seguramente pocos hombres han podido, pero, porque te quiero, soy civilizado, pienso con la cabeza fría, e intento entender tu confusión, aunque a veces me vuelva loco. Así que, no

vuelvas a decir que eres tú quien se siente incómoda con este tema, porque te aseguro, que eres la menos indicada, porque, al fin y al cabo, tú no estás sentada frente a nadie que haya follado conmigo, y que además sea mi mejor amiga, no imaginas lo que es no volverse loco cuando bailáis una canción que habla sobre una noche de amor, y mierdas de esas. No tienes idea de lo que es intentar confiar en que tus sentimientos, no volverán a confundirse. —Se levantó y eche un paso hacia atrás— y no sabes lo que es saber, que esa persona por la que estás loco... a la que amas ¡incluso más que a ti mismo!, siempre sentirá ese algo especial, por una persona a la que tendré que tratar... porque ella le necesita en su vida, así que... no hables de sentirte incomoda, ¡ni un puto segundo! Tanto David, como yo, intentamos estar lo más cordiales posibles, por ti, y tú piensas gilipolleces.

—Yo... —intenté hablar.

—¡Tú nada! en lugar de ser madura, estás actuando como una cría.

—Klaus —intervino David.

Klaus le miró y me quedé de hielo, la tensión se podía cortar con un cuchillo, empecé a arrepentirme de todo.

—David, tú y yo, ya hablamos lo que teníamos que hablar, eres buen tío, pero no te metas en esto.

—Klaus, no seas así, entiéndela...

—David, ¿quieres que te lo repita?

En aquel momento, Klaus media dos metros y medio, David me miró con ternura, pero dio media vuelta y se fue a su habitación, cuando cerró la puerta, estuve a punto de echar a correr.

—¿Estás contenta? —susurró y tragué saliva.

—No.

Me miró de una manera horrible, después entró a la habitación ignorándome, segundos más tarde salió con una de las almohadas.

—¿Qué haces, Klaus?

—No pienso dormir contigo.

—Klaus, por favor.

—Y sin favor —pronunció tumbándose en el sofá, dándome la espalda.

Me quedé quieta durante unos minutos mirando su increíble espalda, esperando quizá que recapacitara y se diera la vuelta, pero viendo que me ignoraba de una manera impresionante, me volví hacia la habitación alicaída. Vale, me había equivocado en las formas de expresar las cosas, pero ¿acaso no era raro sentirse algo incomoda con aquella situación?, quizá fuera porque

aún no me había perdonado a mí misma por aquel comportamiento, pero si lo pensaba bien, no me arrepentía del todo.

Intenté dormir, pero me fue imposible, cansada de dar mil vueltas en la cama me puse unos pantalones cortos y decidí salir a pasear por el vestíbulo, con un poco de suerte, me toparía con cualquier ente que residiera en aquel hotel... deseché aquella idea de la cabeza al pensar en la oscuridad de los pasillos de aquel lugar, pasé cerca del sofá donde Klaus dormía, salí con sumo cuidado y empecé a caminar por el oscuro pasillo, aquello con Zack Bagans sería mucho más divertido, sonreí solo de recordar aquel encuentro. Bajé hasta uno de los salones y para mi sorpresa había un grupo de personas alrededor de una mesa, me llamó la atención la risas que sobresalían de allí, cuando me asomé, vi al grupo de holandeses que había conocido esa noche con algunos de los trabajadores que tenían libre y habían acudido a la fiesta, uno de ellos me vio y me hizo una señal para que pasara, dude durante unos segundos, pero al final entré. No estaba de muy buen humor, por eso, aquella botella de tequila me resultaba tremendamente tentadora.

David

Estaba intentando mear cuando unos gritos hicieron que esparciera pis por todo el inodoro, lo limpié enseguida, dudando en quien me daba más miedo, si Jacqueline o Klaus. Salí de la habitación a trompicones, ¿quién narices gritaba? Para mi sorpresa, Klaus dormía profundamente en el sofá. No imaginaba que la noche acabaría así para ellos, podía entender a Jacqui perfectamente, y ahora que me paraba a pensarlo bien, aquella conversación era lo menos que curiosa... Klaus y yo nos habíamos acostado con ella, y ella estaba en el mismo espacio cerrado con nosotros, podía entender su incomodidad con según qué temas, pero no podía negar que Klaus, tenía parte de razón en lo que había dicho, aunque quizá debería haberlo hecho en privado y no delante de mí, caminé hacia la habitación donde se supone que estaba Jacqui pero la puerta estaba abierta, me asomé con cuidado, no sé qué podría pasar, si Klaus me veía entrando en la habitación.

Fruncí el ceño al ver que estaba vacía, estaba empezando a preocuparme cuando unas risas volvieron a hacer que diera un bote, el jaleo procedía de una de las puertas abiertas de la terraza, me asomé con mucho cuidado de no despertar a Klaus, y aunque no veía nada, podía escucharlo mejor, pensé que estaba alucinando cuando me pareció escuchar la risa de Jacqui, pero cuando gritó y cito textualmente “el tequila es una maravilla”, supe al cien por cien que era ella, miré hacia Klaus que parecía dormido, y con sumo cuidado salí de la habitación. No sabía exactamente por donde dirigirme, aquel hotel era un jodido laberinto, pero mi sentido arácnido me llevó hasta una de las terrazas donde estaba la piscina, cuando entré al interior, había un grupo de unas quince personas, unas tantas en la piscina, otras alrededor de una mesa y unas pocas sentadas hablando, quizá me había confundido y no era Jacqui a la que me había parecido escuchar, ya estaba a punto de darme la vuelta, cuando me paré en seco.

—¡David!

Tragué saliva cuando la vi, salió de la piscina y corrió hacia mi abrazándome, iba en ropa interior y estaba claramente borracha. —Jacqueline,

¿has bebido? —pregunté sujetándola por los hombros, ya que se tambaleaba de un lado para otro, ahora que lo pensaba, aquella pregunta era una estupidez, estaba borracha, y no poco.

—Un poco.

—¿Cuánto es un poco?

—Diez chupitos —dijo mientras se le trababa la lengua—. Y me han sentado de maravilla, ¡ya no estoy enfadada!

Aunque luché con todas mis fuerzas por parecer enfadado, no pude evitar echarme a reír, incluso si lo miraba bien, la escena era hasta cómica, por no hablar de lo sexy que estaba Jacqui, en aquel momento.

—Vamos amiga, hay que irse a la habitación, necesitas un café bien cargadito...o, mejor dicho, necesitas dormir.

—¡Que sea un orujo! —pronunció levantando la mano. —¿Y tú ropa? — Me miró frunciendo el ceño. —Tu ropa, vas en bragas y sujetador.

Se miró y se tapó los labios sonriendo.

—La perdí.

—¿La perdiste? —la miré incrédulo.

—Vino un duende, e hizo ¡Pam!, Y la ropa desapareció. Volví a reírme, menuda castaña llevaba.

—Vamos chica duende, tenemos que irnos.

—Pero yo no quiero irme... vamos, ¡bebe algo!

—Jacqueline, son casi las siete de la mañana...! te van a echar del hotel, si sigues así!, por no hablar de Klaus.

—¿Klaus?, ¡Ja! ¡Menudo capullo!

Al final pude tirar de ella y sacarla de allí, la tenía agarrada de la mano, y pese a que apenas se podía mantener de pie, me seguía sin llevarme la contraria, así que preferí que se tropezara mil veces antes de que me montara un espectáculo. Varias personas que bajaban a desayunar nos miraron raro, ahí entendí que alguien de esa fiesta privada, había alquilado aquella zona del hotel.

—Así que, ¿Klaus es un capullo?

—Si—se tambaleó y la sujeté —folla como un dios, pero es un capullo, hay veces que lo mataría.

—Jacqueline...

—¡Ey!, no te sientas mal...—sonrió—tú también lo haces muy bien, eres mi favorito.

La miré y me paré en seco, tenía las pupilas completamente dilatadas y

sonreía como una niña, terminó contagiándome. —¿Tú favorito?

—Sí, después de Klaus, tú eres el mejor.

—Vaya, gracias... —no pude evitar cierta punzada de celos, ¿pero qué narices hacia ese tío en la cama?

—No hay de qué.

Después de estar más de diez minutos para movernos unos pocos metros, no pude más y me eché a reír, pasear con una Jacqui que apenas se veía, que apenas se mantenía en pie, soltando tonterías, en ropa interior y completamente empapada me ponía nervioso, y había veces que los nervios me producían una risa incontrolable.

—Jacqui, ¡Por Dios, no grites!, ¿Tú sabes la que se puede armar, si ahora mismo saliera Klaus de la habitación?

—Tienes razón, yo shhh... —dijo poniendo su dedo índice sobre los labios, para poco después carcajearse.

—¡Jacqueline, por tu vida!

Tiré de ella lo más fuerte que pude, en cuanto abriera la puerta de la habitación, la metería, aunque fuera subida a mi espalda derecha a su habitación, ya me apañaría como fuera para que se le pasara aquella borrachera sin que Klaus se diera cuenta.

—Vamos David... ¡tú antes, eras divertido!! hagamos una locura! —dijo soltándose de mi mano, y alzando las manos hacia el cielo.

—Jacqueline, por favor...

—Vamos... ¡solo una!

—¡La madre que te pario, Jacqueline! —La miré intentando enfadarme, pero era imposible—¿En qué estás pensando? —sonrió de aquella manera que yo muy bien conocía, pero no podía ser... ella no sería capaz, no, ¿no? —Jacqueline, ¿en qué estás pensando?

—En que... tú serías, con quien haría un trío.

Esta vez, el que se tambaleó fui yo, la miré impresionado y ella sonrió.

—Jacqueline, estás borracha... y mañana me voy a reír cuando te cuente la barbaridad que acabas de decir.

—Mañana es mañana, ¡desnudémonos! —La miré espantado, y corrí hacia ella cuando leí sus intenciones de quitarse el sujetador, cuando apreté sus manos en la obertura de su sujetador, ella soltó una carcajada. —Has picado.

Empezó a reírse a carcajadas, y yo no pude evitarlo, durante un instante temí que fuera capaz de hacerlo, estábamos riéndonos con mis manos aun

sobre las suyas, en la obertura de su sujetador, cuando sentí una presencia detrás de mí.

Klaus

No había manera de dormir, al menos más de media hora seguida... el ruido de la puerta me acabó de despertar del todo, pensé en Jacqui y en lo duro que quizás, había sido... pensaba todo lo que le había dicho, pero puede que hubiera fallado en las formas de decirlo, de repente quise ir a la habitación, abrazarla y hacerle el amor... ella, me había demostrado incansablemente su amor por mí... no, no debería haberla tratado así, y menos delante de David. Cuando entré en la habitación y vi que estaba vacía, me tensé, miré hacia la habitación de David que estaba cerrada, y un escalofrío me recorrió la espalda, ella no... no sería capaz, y menos estando yo allí, abrí la puerta y me sorprendió ver la cama de David desecha, pero vacía, ¿Qué narices? Esperé durante una media hora... nervioso y a punto de la locura escuché unas voces en el pasillo, no iba a asomarme, hasta que reconocí la voz de Jacqueline, luego escuché unas carcajadas y salí enfurecido hacia el pasillo, cuando abrí la puerta de la habitación, David tenía las manos sobre las de Jacqui en la obertura del sujetador, tragué saliva.

—¡Goouuu! y entra en escena el hombre de hielo, el mastodonte dominanteeee, ¡el palo de la justicia! —gritó Jacqui, completamente borracha.

—He visto que no estaba y he ido a buscarla —dijo David mirándome fijamente, asentí sin más.

—¿Vas borracha?

—No, voy... ¡muy borracha!

—¡Por Dios!, ¿cuántos años tienes?, ¿quince?

—pregunté furioso.

Verla allí, completamente empapada y en ropa interior, me cabreó de una manera impensable, debía controlarme, si no quería empezar a dar puñetazos.

—¡Oh cállate! —empezó a caminar hacia mí, y se adentró a trompicones a la habitación.

Supe que estábamos los tres dentro, cuando escuché la puerta cerrarse.

—Jacqueline, ¿ves esto normal?, ¿tú ves este comportamiento, de una mujer normal?

—¿Y el tuyo?, ¡don, putos secretos! —me señalo con el dedo, tambaleándose —¡estoy caaaaaansadaaaaaa!, ¡cannnsada de que no me cuentes las cosas!, ¡de que me dejes al margen de todo! me tienes harta, ¡Klaus Grass!

No puede evitar sonreír, muy a mi pesar, porque estaba verdaderamente

furioso, pero era prácticamente imposible entender que decía.

—¿Pero de que hablas?, ¿Qué he hecho yo ahora?

—Si no te quisiera tanto, ¡ya te habría dado una patada en el culo! pero te quiero, y follas de infarto... ¡es la suerte que tienes! —Cuando me volví a mirar a David, él estaba en la entrada intentando disimular su risa, la miré de nuevo a ella, que se tapaba los labios con los dedos, para poco después empezar a reírse—. Algún día te daré unos azotes, hombre de chocolate.

—Como sigas así, me da que seré yo quien te los de, Jacqueline.

—¡Ja!, seguro que me gustan, soy una pervertida, ¡y ahora me voy con mi música a otra parte, chavales!, la noche es joven...

Intentó caminar, pero se cayó de rodillas al suelo, corrí hacia ella y la ayudé a levantarse, estaba muy enfadado... pero no quería que se hiciese daño.

—Jacqui, ¿porque has bebido tanto...? —pregunté mirándola a los ojos.

—No quiero pensar —dijo apoyándose en mi pecho— no quiero pensar.

Miré hacia David que entendió mi gesto y se fue hacia su

habitación, levanté a Jacqui y la metí en nuestra habitación, cerré la puerta y la metí directa en la ducha, le di una ducha fría que pareció despejarle un poco, y segundos después, vomitó. Estuvo así durante más de media hora, luego empezó a llorar, a llorar sin consuelo, aquello me estaba partiendo el alma.

—Nena... no llores.

—Cásate conmigo—pronunció mirándome, con la cara llena de lágrimas —casémonos.

La miré alucinando, me tembló todo el cuerpo, tanto, que hasta ella lo notó.

—Jacqueline, vas borracha.

—Los niños y los borrachos, siempre dicen la verdad. —Permíteme que lo dude.

—¿Porque con Ana si, y conmigo no...?—sollozó y me partió el alma.

—Cuando me lo pidas sin llevar litros de alcohol en el cuerpo, te daré una respuesta.

Frunció el ceño, pero apenas le dio tiempo a contradecirme porque otra arcada le sobrevino, después de volverla a duchar la metí en la cama, y me acosté a su lado, ¿me había pedido que nos casáramos?, le besé la frente cuando se hubo dormido, y deseé más que nada que la resaca no le hiciera olvidar la propuesta, porque...la respuesta la tenía clara, la pregunta era, ¿de

verdad ella, quería casarse conmigo?

Jacqueline

Me revolví en la cama incomoda, me dolía la cabeza y tenía ganas de vomitar, ni siquiera sabía qué hora podía ser, pero me sentía peor que un trapo. Lo bueno de todo aquello, si algo bueno había... es que olía de maravilla. Durante los pocos minutos que llevaba despierta, varios flases iban y venían una y otra vez por mi cabeza, sabía que Klaus me había duchado al menos dos veces, y dado mi olor al gel de canela, mis flases estaban en lo cierto, cuando me incorporé sentí unas nauseas que casi me hacen volver a tumbarme, miré a un lado y sobre la mesita había una taza con una nota.

Tómate esto, te sentirás mejor.

Agarré la taza y cuando la arrimé a mi boca tuve de nuevo una arcada, olía a tequila mezclado con algo que no sabía bien que era, ¡Puagg!, había oído alguna vez, que no hay nada mejor para la resaca, que beber un mejunje que contenga gran parte de lo que te provocó la borrachera, pensé que sería una leyenda urbana, por lo visto, estaba equivocada.

Me lo bebí entero, pese a que me costó muchísimo terminarme el vaso, si eso no me arreglaba, tenía por seguro que me mataba... apenas cinco minutos después ya me sentía algo mejor, ¿aquello era verdad?, ¿O simple sugestión?, fuese como fuese, ya me sentía algo mejor. Me levanté y sentí un leve mareo, aun así, necesitaba lavarme los dientes urgentemente, entré al baño con los ojos entrecerrados, no quería encender la luz, así que me los cepillé a oscuras, me sentí increíblemente mejor cuando sentí mi boca limpia, la sensación de limpieza es una de las mejores sensaciones del mundo, nunca entenderé por qué la gente no se ducha. Encendí la luz para poder verme y cuando dejé de parpadear a causa de la molesta luz no pude evitar sonreír, pegada en el cristal y justo a mi altura había una foto que me hizo echarme a reír, era una foto de Ian Somerhalder vestido de traje, estaba increíblemente arrebatador, con un ojo guiñado y un cartelito en una mano que ponía ¿kiss me?, me mordí el labio sonriendo, ¡claro que le besaría, y quien no!, días antes había estado suspirando durante horas mientras miraba fotos de ese actor, tan pesada me puse que Klaus, desapareció de mi vista medio enfadado... si él supiera lo que me recordaba en los ojos, a aquel actor.

Salí de la habitación sonriendo como una tonta, aún me dolía un poco la cabeza, pero poco a poco iba volviendo a ser yo misma, y lo confirmé del todo cuando casi me caigo al tropezarme con la cama, iba a soltar un taco de los grandes, cuando empecé a escuchar música que provenía del salón, me

sorprendí al escuchar una bachata, ya que yo no era muy fan de esa música, y Klaus menos, durante unos segundos recordé que tanto Dana como mi primo Carlos, siempre tenían puesto a Romeo Santos, ya fuera en el coche, como en casa... pero de quien me acordé sobre todo fue de mi amiga Nieves, quien ya estaba enamorada de ese hombre, incluso cuando apenas era conocido, Nieves era de sangre caliente... y lo confirmó cuando se casó con el amor de su vida, un guapo y listo Dominicano, no queridas, mi amiga no era tonta, para nada.

Busque a Klaus por el salón, pero no lo vi hasta que miré muy al fondo, estaba de espaldas a mí, cuando me intuyó se dio la vuelta, justo entonces Romeo Santos empezó a cantar, y Klaus me hizo un signo con el dedo para que escuchara.

Ya me han informado que tu novio es un insípido aburrido, tu que eres fogata y él tan frío.

Me eché a reír al ver que asentía mientras escuchaba la canción, me miró divertido mientras yo me aguantaba las ganas de ir hacia él y besarle, pero tampoco me dio mucho tiempo para pensar, ya que, poseído por el ritmo de la canción, vino hacia mí como si de Patrick Swayze se tratara, y me agarró para bailar conmigo, cual bailarín profesional.

No te asombres, si una noche, entro a tu cuarto y nuevamente te hago mía, bien conoces, mis errores, el egoísmo de ser dueño de tu vida, eres mía...mía, mía.

No había caído en la letra hasta aquel momento, y era curioso porque al bailar con Klaus, lo más normal era estar desconcentrada, quizá me había quedado con la letra porque él la estaba tarareando, acabó la canción y me miró sonriendo, poco después acarició con cuidado mi cara y besó mi frente.

—No vuelvas a beber así, Jacqueline, no es la manera de olvidarse de las cosas.

—Lo sé —secó mi lagrima con su pulgar —es solo que, no pude más, yo...

—Tienes que perdonarte a ti misma, nena... mientras no lo hagas, siempre te sentirás así cuando estemos los tres juntos, dime eso que piensas, y que tanto callas.

La opresión el pecho se hizo cada vez más grande, estaba a punto de estallar, faltaban unos segundos...

—Le he hecho daño a David —empecé a hablar, o a intentarlo, porque las lágrimas me impedían hablar —no sabía que él sentía eso por mí, y yo en lugar de ser coherente, acudía a él cuando algo contigo iba mal, se portó de

maravilla, fue mi amigo, y yo no pensé que podía sentir algo más por mí... siento, siento como si hubiera jugado con él y como si todavía lo hiciera—. Klaus apretaba mis mejillas para que no rompiera el contacto visual con él, yo seguía llorando desconsolada—. Porque soy incapaz de decirle, que no le quiero de manera especial, pero sé que, diciéndoselo, solo le hago daño. Y luego estás tú, ¡joder Klaus!, te quiero más de lo que imaginas, no sabría vivir otra vez sin ti, hay veces que me asusta cuando me mantienes al margen de tus cosas, porque siento que no me implicas en tu vida, siento rabia e impotencia, y pienso que quizá no soy lo suficientemente buena para ti, ¡mírate!, y ya no solo porque eres físicamente perfecto, sino por tu personalidad, yo a tu lado soy un completo desastre... entonces es cuando pienso, ¿cómo narices va a querer implicarte en sus cosas? —respiré un poco, pero sin dejar de llorar — luego sé, que mi relación con David te crea inseguridad, pero, ¿qué hago?, sé que es muy egoísta querer que tú entiendas mi situación, ¡por dios! yo me volvería loca si tú me dijese que, aunque me amas más que a nada en el mundo... una amiga siempre será especial... no podría, yo no podría, Klaus.

Me cubrí la cara con las manos y lloré aún más, ¿Cuándo narices se me acabarían las lágrimas?

—Nena—levantó mi barbilla —nena, mírame—le miré fijamente—él único responsable de que sientas eso por David, lamentablemente soy yo.

—Pero ¿qué dices?

—Escúchame —me agarró por la nuca —si yo no hubiese sido un cobarde, si no me hubiese equivocado, nunca te habrías acercado a ese nivel con David, nunca... aunque sé que siempre sería un amigo especial, no hay que ser muy listo para ver la complicidad que tenéis, pero el que sientas esa conexión sentimental, es responsabilidad mía. Yo me he perdonado por aquello, y aunque me reviente, más o menos, lo acepto. Todos los errores tienen consecuencias, hasta el más mínimo, la consecuencia de mi cobardía es, que tus sentimientos, nunca serán al cien por cien míos.

—Ya son cien por cien tuyos.

—No como a mí me gustaría, y lo sabes, siempre algo de ti, querrá a David de una manera...

—¿Especial? —le interrumpí, al ver que no encontraba la palabra.

—Prefiero la palabra peculiar, siempre querrás a David, de una manera peculiar—sonreí acariciándole las mejillas—dejemos el pasado en el pasado Jacqueline, ni has hecho daño a David, ni yo te mantengo al margen de mi vida, solo que, no quiero agobiarte con mis cosas, bastante estresada te veo a

ti intentando concentrarte para escribir, como para llenarte la cabeza con las gilipolleces de mi padre.

—Tus cosas no son gilipolleces.

—Las mías no—sonrió —he dicho, las de mi padre —me eché a reír abrazándole de nuevo, él besó mi cuello y suspiró—prométeme, que siempre te verás con los mismos ojos que te veo yo— susurró en mi oído —¿recuerdas aquella frase?

Me aparté para mirarle de frente, claro que la recordaba, la pregunta sería, ¿sería capaz de olvidarla, alguna vez?, le agarré por el cuello y le besé fuerte, todo lo fuerte que era capaz, él me respondió de la misma manera, le deseaba, le necesitaba de una manera que dolía... le quería dentro de mí, y le quería ya. Me tumbó en el suelo y me quitó la ropa sin ninguna delicadeza, cosa que agradecí, cuando estaba ansiosa, lo último que quería era dulzura, le arranqué aquellos pantalones cortos que se había puesto y arañé su perfecto torso, jamás podría saber que hacía un hombre así conmigo, pero daba gracias a dios todos los días, por tenerle.

—Mía— susurró mientras lamia mi tatuaje con su firma— prométemelo.

—Te lo prometo—gemí cuando sentí su lengua por mi piel— Joder, Klaus.

—Shh... impaciente.

Durante la siguiente hora, la pasamos haciendo el amor desenfrenadamente, sin parar ni siquiera para coger aliento, jamás me saciaba, siempre quería más, con él era imposible no desear más, cuando le sentía dentro, podía sentir el éxtasis vibrar por todo mi cuerpo, cuando me investía de aquella manera conseguía volverme loca, y que una electricidad mágica se adueñara de mí, haciéndome delirar, si aquello no era mi cien por cien...no sé qué podía serlo.

Cuando salí de la ducha y me enfundé en algo cómodo, vi que Klaus miraba divertido algo que había sobre el sofá, cuando salí por completo, vi que David estaba sentado a su lado sonriendo. —¿Qué hacéis? —Pregunté, a lo que Klaus se volvió y así me dejó ver lo que estaban mirando—¡Mi ropa!, ¿cómo la habéis encontrado?

—El duende la ha traído esta mañana—se mofó David, mientras Klaus sonreía.

—¿Duende? —pregunté confundida.

—Ayer me dijiste que te la había quitado un duende—. Le miré sorprendida. —¿No lo recuerdas?

Me senté en el sillón con las manos en la sien.

—Pero ¿qué coño bebí ayer?

—Tequila, y mucho Jaguermaster—inquirió Klaus —le diste buena acogida a la bebida alemana por lo visto, es prácticamente imposible que puedas acordarte de nada.

Le noté cierto tono extraño al pronunciar nada, pero no le di mucha importancia.

—Te podría haber dado algo, Jacqueline.

—Bueno, pero estoy bien, ¿no?

—Ya, pero esa no es la cuestión.

—David, ¿ahora eres mi padre, y no lo sé?

Me miró y frunció el ceño, miré a Klaus que permanecía en silencio mirándome, le haría el amor allí mismo, otra vez. Cuando despedí a David una semana después en el aeropuerto, me sentí triste, nosotros volveríamos en pocos días a España, aun así, me dio pena decirle adiós. Aunque sabía que por mucho que quisiera quedarse unos días más, estaba ansioso por estar con esmeralda, a la que tenía muchísimas ganas de conocer, David y yo nos habíamos divertido mucho en las continuas ausencias de Klaus, me había dicho que su padre necesitaba ayuda con algunas cosas, y dado que se veían poco quería aprovechar para estar con él, le enseñé a David todo lo que pude, y al menos me sentía satisfecha de que no se quedara con el mal sabor de boca de la primera noche. Cuando me dio el último abrazo antes de embarcar, me sonrió y acarició mi mejilla. —¿Sabes?, me alegro de ser tú favorito, después de Klaus, claro.

Le miré desconcertada.

—¿Qué?

—Nada —se echó a reír.

—Otra de las cosas que dije borracha, ¿verdad? —puse los brazos en jarra— llevas toda la semana descojonándote de mí. —¡Y lo que me queda! —fruncí el ceño, pero no pude evitar sonreír.

Cuando llegué de nuevo al hotel, vi que justo en la entrada había una pequeña bolsa de viaje, junto con una mochila de Klaus, encima de ambas había una nota, y le eché un vistazo.

Nos callamos, tú miras el vaso entre tus manos. la ropa cae y arrastra consigo una tonelada de tristeza.

Luego duermes y yo pienso que tal vez, solo sea posible el amor cuando no lo retienes como a un preso, porque siempre querrá escapar.

Quizá, deberíamos aceptar la posibilidad de la caducidad del paraíso, tolerar la intermitencia de la felicidad, no meternos más en la boca la palabra porvenir y agradecer que estés aquí. Ahora. Marwan.

Al leer esto, he pensado en ti, llévate todo esto a la dirección de la nota, nos vemos en un rato. Te quiero.

Sonreí al leer la carta y acaricié con mis dedos su firma, aquella firma que tenía tatuada en un costado.

Cuando bajé ya había un taxi esperándome en la puerta, no se sorprendió, Klaus era muy concienzudo cuando quería, unos quince minutos después paró en una zona por la que no había estado en todos esos meses, me pareció algo rara la zona, ya que no era muy visitable (por así decirlo) aunque si él me había llevado allí, por algo tenía que ser. Cuando me decidí a bajar me vi delante de frente a un hostel precioso de tres plantas, «vale, ya sabía porque me había llevado allí» desde fuera era una autentica cucada, incluso parecía una vivienda inglesa... la fachada era de ladrillo rojo, y en cada balcón se encontraban varias macetas con unas flores preciosas, eso me animó bastante, crucé la puerta y una amable recepcionista corrió a recibirme, me habló muy rápido así que solo entendí, “segunda planta” “encantada”. Me sentí frustrada, llevaba el suficiente tiempo allí como para defenderme en el idioma, aunque la mujer hablara de carrerilla y sin casi respirar, aun así, tampoco me dio tiempo a decirle nada, desapareció de mi vista antes incluso de que pudiera tocar la llave de la habitación, ¡simpatía alemana!. Subí por las escaleras para ver mejor aquel lugar, y también porque no me fiaba de aquel ascensor viejo que daba un mal rollo de narices, las escaleras las cubría una moqueta roja, cosa que llamó mi atención, parecía algo antigua, pero estaba todo limpio y aunque la decoración era algo pasada de moda estaba todo muy bien cuidado, sin saber por qué una sensación extraña me hizo caminar más rápido por todo aquel pasillo, estaba todo iluminado y todo parecía estar normal, pero tenía una sensación rara, quizá era cansancio, ni siquiera lo sabía.

Abrí la puerta de la habitación y dejé las bolsas sobre un sillón que se encontraba cerca de la puerta, era una habitación amplia, y sencilla, color crema y con muebles antiguos, era un lugar un tanto romántico... bonito, así que sonreí, ¿Cuándo habría mirado Klaus todo eso? ¿y para qué?, durante los diez primeros minutos me sentí bien y a gusto, de hecho, le mandé un Whatsapp a Klaus informándole que ya estaba allí y que esperaba que no tardara mucho, no me contestó, aunque vi que lo había leído, sonreí y guardé mi móvil, imaginé que estaría ocupado, así que no me importó.

Media hora después, y cansada de dar vueltas por la habitación empecé a sentirme extrañamente incomoda, no quería emparanoiarme mucho, ni imaginar cosas raras (cosa que era muy común en mí), quizá había visto demasiados documentales de Buscadores de fantasmas, o puede que como siempre me informaba concienzudamente de los hoteles donde me quedaba, y en aquella ocasión no lo había hecho mi cabeza estuviera ideando maneras de atormentarme por no saber nada del lugar, Alejo me decía que eran tonterías, yo lo llamaba precaución. “Jacqueline, eres una puñetera paranoica” me dije a mi misma, mientras sonreía delante del espejo, después de un rato mirando la pared me dispuse a inspeccionar la zona, quizá dándome una vuelta se me fueran esas chorradas de la cabeza, salí de la habitación y bajé de nuevo las escaleras, para ser un hostel era bastante grande, en cuanto a espacio se refería, recorrí una sala que imaginé que sería un salón comedor, luego vi una terraza y salí a que me diera un poco el aire, habían varias mesas y sillas muy antiguas de hierro, que se veía claramente corroído, pese a eso, la terraza era muy bonita y tenía una vistas maravillosas, cuando estaba concentrada en mirar las vistas algo tiró de mi falda, di un bote de infarto, pero al volverme vi a un niño de unos cinco años de ojos azules que me sonreía, le miré fijamente unos segundos y después le sonreí, me arrodillé ante él y me sonrió.

—Hola —dije en alemán, el niño no contestó—¿hablas alemán? —negó con la cabeza Suspiré y me rasqué el cuello mientras miraba aquel niño, tremendamente guapo.

—Habló español, Jacqueline —dijo aquel niño mirándome mientras sonreía, dejándome completamente helada.

—Como...—respiré varias veces—¿sabes mi nombre? —asintió.

—Mi mamá me ha dicho que viniera a saludarte.

Aquella respuesta no hizo más que ponerme aún más nerviosa, ¿Quién narices podía conocerme en aquel lugar?, luego lo pensé con más calma... si hablaba español, puede que fueran españoles, y que quizá con un poco de suerte, la mujer me conociera... tenía que pensar con racionalidad, con urgencia.

—¿Tu mamá sabe quién soy?

—Claro.

—¿Cómo lo sabe? —se encogió de hombros, miré la dulzura de su mirada y sonreí, «Jacqueline, es un niño...» me dije a mi misma —me gustaría conocerla, ¿dónde está?

—En la habitación, en la primera planta la número 16. —Genial,

¿podrías avisarla de que voy a subir?, hace mucho tiempo que estoy fuera de España... me encantaría hablar con alguien que me entienda si poner caras raras.

El niño sonrió y me agarró la mano apretándola con bastante fuerza, tiró de mí hasta volver dentro del hostel, luego me soltó, subió las escaleras y corrió por el pasillo, escuché abrirse y cerrarse una puerta y sonreí, en aquella zona me sentía en paz, me volví para mirar la terraza cuando noté una figura detrás de mí.

—Señorita, aquí no puede estar, esta zona está cerrada a los huéspedes— pronunció una empleada con suave y lento alemán, cosa que agradecí.

—Lo siento, estaba dando un paseo y estaba abierta.

La mujer me miró como si le hubiera dicho algo raro, eso me hizo pararme a pensar en que había dicho, palabra por palabra, al ver que no había dicho nada raro, la miré desconcertada, ella en cambio tragó saliva y me sonrió, pero su sonrisa fue falsa, lo habría notado hasta un ciego, cerró la puerta de aquella terraza y echó la llave, después volvió hacia la zona de recepción. ¡Será idiota!, ¿Pero qué coño le pasaba a la gente de aquí?, subí las escaleras con impaciencia, tenía ganas de volver a ver a ese niño y hablar con su madre, todo menos encontrarme con más gente que trabajara en aquel lugar, si todos tenían aquel humor iba a terminar por tocarme la flor de mala manera.

Llamé varias veces la puerta 16, pero no abrió nadie, imaginé que aquel pequeño se había equivocado con la puerta y me dio pena, me hubiera gustado hablar con alguien... volví a mirar mi móvil, Klaus había contestado poniendo que estaba de camino, sonreí, estaba muy impaciente por verle y estar con él, sin más que hacer, volví a mi habitación.

Donde nuevamente volví a sentirme incomoda, ¿pero qué leches me pasaba?, me froté la cabeza nerviosa, durante unos instantes quise salir corriendo de allí, cuando de repente sonó la puerta, di un brinco y se me puso la piel de gallina. La abrí con sumo cuidado mientras aguantaba la respiración como podía, al asomarme vi que no había nadie, hasta que giré la visa a un lado, y en la otra punta del pasillo cerca de las escaleras estaba aquel niño, me sonrió cuando me vio y me hizo una señal de que fuera hacia él, fruncí un poco el ceño pero después de pillar la llave de la habitación me dirigí a él, me tendió la mano que agarré con cuidado, tenía la piel muy suave y algo fría, bajamos las escaleras y me guio hasta la habitación donde había acudido minutos antes, esta vez estaba abierta y un impresionante perfume a flores o a algo parecido me golpeo la cara, frente al alfeizar de la ventana había una

mujer de unos cuarenta años, vestía un vestido verde, un tanto antiguo, pero bonito, volvió la cara y me sonrió, tenía una cara preciosa y unos ojos chocolate que me impactaron de los preciosos y profundos que eran, entré y se cerró la puerta tras de mí, luego el niño correteó hasta su madre que le dio un dulce abrazo.

—Siento que Oliver le haya molestado— habló y sonreí solo de escuchar su suave voz —es muy travieso.

—No me ha molestado, al revés, deseaba encontrarme con alguien que hablara mí mismo idioma.

Me sonrió y señaló la silla que había frente a ella, me senté y pude verla más de cerca, estaba algo pálida, pero era preciosa.

—En verdad, era él quien deseaba encontrarse con alguien que hablara nuestro idioma... llevamos demasiado tiempo aquí.

—Entiendo lo que quiere decir—sonreí—vuelvo a España en unos días, y lo estoy deseando, ¿se quedarán por mucho tiempo aquí? Aquella mujer, la cual no me había dicho su nombre miró a su hijo, el niño jugaba con un avión de madera, miró a su madre y ella volvió la vista a mí.

—Más del que nos gustaría, ¿verdad cariño?

Oliver asintió, pero me dedicó la sonrisa más dulce que había visto en la vida.

—Me llamo, Jacqueline.

—¡Oh!, lo siento—exclamó la mujer llevándose las manos a la frente—no me he presentado, disculpa mi mala educación, soy Elena.

—Encantada, Elena.

Poco después empezamos a hablar de que nos parecía Alemania, me contó anécdotas de Oliver entre muchas otras cosas, me reí muchísimo con aquella mujer, era increíblemente divertida, aquel olor extraño que predominaba en la habitación hacía que me relajase, haciendo todo más agradable, había perdido la noción del tiempo, me sentía increíblemente a gusto, al pequeño Oliver se le partió una de las alas del avión de madera, lloró desconsoladamente, lo senté en mis rodillas, y le revolví el pelo como había hecho horas atrás en aquella terraza, el niño sonrió y su madre también.

—Pequeño, no llores— le sequé las lágrimas —te prometo que cuando venga mi novio, iremos los tres a por el avión más grande que haya en la juguetería.

—¿En serio? —preguntó con sus ojos azules, expectantes.

Asentí y sonrió, después volvió a jugar con el avión roto correteando por

toda la habitación lo miramos un rato en silencio y luego nos miramos.

—¿Sabe?, mi hijo mayor sigue en España, viajará pronto a visitarnos, estoy impaciente por verle.

Me tendió una foto, que toqué con cuidado, fruncí el ceño al ver que estaba algo amarillenta, aun así, me impactó la cara de aquel chico.

—Su hijo se parece mucho a un actor... —me miró doblando la cabeza —Evan Peters, creo que se llama.

—¿De verdad?

—Sí, son realmente parecidos, aunque también se parece mucho a usted, tienen los mismos ojos.

Me sonrió y se recostó en el alfeizar dando un suspiro, de repente me sentí triste.

—Creo que la están buscando, señorita Jacqueline —dijo volviéndose a mi sonriendo.

—¿A mí? —parpadeé.

—Me ha parecido escuchar a un joven llamarla.

Fruncí el ceño y miré mi móvil, me di cuenta de que estaba apagado y me extrañó, la última vez que lo había visto tenía la batería a tope, le devolví la foto y negó con la cabeza.

—Mi hijo se llama Dani, llévese la foto, quizá se lo encuentre, si es así dile que no tarde mucho, una ya está perdiendo la paciencia.

Sonreí y asentí acercando la foto a mi pecho, luego la guardé en uno de los bolsillos que tenía el vestido blanco que llevaba puesto.

—Me gustaría volver a verla, cuando vuelva a España—ella me miró sorprendida —mire—vi por el suelo un trozo de papel viejo, y con un bolígrafo de la edad de hielo que había por allí, escribí mi número de móvil, luego se lo entregué con todo el cariño del mundo, ella lo miró y me miró sonriendo —llámeme cuando quiera, y cuando vuelva a España prométame que nos veremos.

—Se lo prometo, señorita Jacqueline —me sonrió.

Miré a Oliver, que me miraba con los ojos apagados, me arrodillé y le revolví el pelo de nuevo, él sonrió y yo sonreí.

—En un rato pasare a por ti, para ir a por el avión ¿vale? —Vale —dijo mirando a su madre y luego mirándome a mí —si vienes y no estoy, ¿podrías comprármelo igual?

—¡Claro que sí!, si te has ido con tu mamá, te dejaré el avión en la puerta para cuando vuelvas, ¿vale?, me he dado cuenta de que no te gusta subir hasta

mi habitación.

—No —negó con la cabeza —está ese señor.

—Cariño—le interrumpió su madre sonriendo— deja que se vaya.

Me dio un abrazo enorme, y miré a Elena sorprendida, olí el pelo de aquel niño que olía como toda aquella habitación, le devolví el abrazo y el día un suave beso en la mejilla, me sorprendí al notarla tan fría, pero desde que había entrado en aquel hostel había notado que tenían el aire acondicionado muy frío, demasiado para estar en Alemania. Me despedí de Elena con un saludo que me correspondió, y salí de aquella habitación sonriendo, cerré la puerta y me encaminé escaleras arriba hacia mi habitación, estaba deseando que ya hubiera llegado Klaus y así podría conocer a Elena y a Oliver, cerca de la puerta saqué de nuevo la foto, y la miré detenidamente, era jodidamente parecido a Evan Peters, abrí la puerta sonriendo y guardé mi foto en el vestido, cuando levanté la vista vi a Klaus dando vueltas nervioso por la habitación.

—¡Jacqueline! —Corrió hacia mí —¿Dónde estabas cariño?, ¡llevo dos horas buscándote!

—¿Dos horas buscándome? —Me reí. —¿Pero ¿qué dices?, no llevaré ni una hora fuera de aquí, ¿qué hora es?

—Las seis de la tarde.

—¿Qué? —Abrí los ojos de par en par—. Pero ¡eso es imposible!, eran las 3 de la tarde cuando he leído tu Whatsapp y no hace dos horas de eso...

—¿Y tú móvil? —lo saqué del bolsillo.

—Está apagado, supongo que me habré quedado sin batería —lo dejé encima de la cama.

—¿Me vas a decir donde coño estabas?, he recorrido todo el hostel y no estabas en ningún sitio, ¿te crees que me puedes hacer esto?, ¿tú sabes el susto que me has dado?

—Klaus, cálmate—le toqué la cara y me di cuenta de que estaba sudado — no he salido de aquí —me miró atónito. —¿Cómo?

—He estado en la habitación 16, en la primera planta, he conocido a una mujer y un niño, son españoles, he estado allí con ellos.

—Jacqueline, deja ya la broma, no está teniendo gracia... —¿Qué broma, Klaus?

Se llevó las manos a la cabeza y se sentó en la cama.

—Te he buscado, yo y todo el personal por las tres plantas, habitación por habitación, no has estado en ninguna Jacqui, y menos en la 16, esa no está

disponible.

—Pero ¿qué mierdas me estás diciendo?

—Deja la broma por favor, Jacqui —me miró fijamente—si esto lo estás haciendo para devolverme la broma que te he hecho, dílo ya—le miré frunciendo el ceño—¿no has reconocido el hostel? —Negué con la cabeza —cuando vimos a Zack Bagans, estaban aquí porque iban a investigar este hostel.

—¿Queee? —me temblaron las piernas y me apoyé en la pared.

—Pensé que te habías dado cuenta... esperé que me llamaras diciéndome de todo, pero al ver que no, he venido a por ti, me dijiste que tenías curiosidad por saber que podría estar haciendo aquí, me enteré y quise gastarte una broma, se el repelús que te da todos estos temas, y lo maniática que eres para los hoteles.

Tragué saliva, y empecé a sudar.

—Klaus, no... no tiene gracia —dije empezando a sollozar.

—Te juro que no estoy de broma —se levantó y caminó hacia mí —¿me vas a decir dónde has estado?

—Ya te lo he dicho —dije mientras me caían lágrimas por las mejillas —he estado en la primera planta, en la habitación 16... con Elena y Oliver.

De repente tocaron varias veces a la puerta, Klaus me miró y yo le miré a él, empecé a temblar, ¿qué estaba pasando? Por un momento pensé en el pequeño Oliver, cuando Klaus abrió la puerta no había nadie... se volvió y me miró, para entonces yo ya estaba a punto del colapso nervioso.

—Nena, espérame aquí.

—¡No!, no me dejes sola.

—Espérame aquí, ¡joder! —Asentí y lo vi irse por el pasillo.

Diez minutos después, Klaus no volvía, yo no había parado de caminar en círculos por la habitación, después de tener que ir a mojarme la cara unas siete veces me decidí a buscar a Klaus. Salí con sumo cuidado de la habitación y caminé por el pasillo desierto, bajé las escaleras y vi la puerta de la habitación 16 abierta, tragué saliva y llamé a Klaus, pero no se oyó nada... caminé hasta la puerta, todo estaba a oscuras, y sentí que todo el bello se me ponía de punta, entré y busqué a tientas la luz, antes de llegar al interruptor algo se iluminó.

—iiiiiiSORPESAAAAAAAAAAAA!!!!

Casi me da un infarto, me llevé la mano al pecho después de dar el grito más fuerte que había dado en mi vida. Ante mí estaba Klaus, Alejo, Elena,

Oliver, mi hermano, mis padres, Bea, Dana, y el padre de Klaus, todos aplaudían sonriendo, mientras yo me decidía a llorar, a reír, o a liarme a puñetazos con Klaus.

—Pero ¿qué es esto?

Alejo caminó hacia mí y me entregó la segunda parte de Si tan solo fuera sexo, Cada parte de mí, el corazón se me aceleró más de lo que ya lo tenía, toqué la tapa, allí estaba mi libro, mi libro... lo olí y lo acerqué a mi pecho, ya era oficial, la segunda parte saldría en breve a la venta. Abracé con todas mis fuerzas a Alejo y me eché a llorar. Siempre me pasaba igual, cuando me enseñaba alguno de mis libros con la portada y casi a punto de publicar. Luego todos se lanzaron a darme besos y abrazos, lloré como una niña, cuando dejé de ser el centro de la atención me acerqué a Klaus, él me sonrió y se rascó la cabeza.

—No podías irte de Alemania sin probar la posada del miedo—se encogió de hombros —puedes elegir la historia y los actores la representan.

—Casi me muero, ¿lo sabías? —Dije intentado no echarme a reír—por un momento he pensado que había estado con espíritus, ¡Cabronazo! —se echó a reír—no te rías, no ha tenido gracia.

—En eso te equivocas, si ha tenido gracia, y eso que nada ha salido como tenía que salir —le miré frunciendo el ceño—se supone que tenías que haber visto las fotos que había nada más entrar, pero has pasado de largo, tampoco ha parecido sorprenderte ver al niño, ni has notado nada extraño, por un momento he pensado que te habías dado cuenta y me la estabas devolviendo.

—Me ha sorprendido ver al niño, pero he pensado racionalmente, me ha puesto nerviosa el hostel desde que he entrado por la puerta, pero no quería hacerte un feo. —Me crucé de brazos—. Y he notado muchas cosas extrañas pero ¿qué iba a hacer? Pero si te sientes mejor... Casi me desmayo del miedo cuando estábamos en la habitación.

Se echó a reír y me dio un abrazo abarcándome entera. —Quería que la entrega del libro fuera una fiesta sorpresa, y fuera inolvidable. —Me acarició la cara.

—¿En serio, este hostel...?

—No. —se echó a reír—. El que investigó Zack es el de aquí al lado, esta casa es para eventos y cumpleaños, una pasada ¿verdad?

—Así que él de la foto... —Saqué la foto de mi bolsillo—. ¿Es Evan Peters? —Él se echó a reír y supe que sí—. ¡Serás...! Casi me muero del miedo, Klaus! —Me eche a reír. —No vuelvas a hacerme esto nunca. —Miré

de nuevo la foto, y una idea empezó a surcarme la mente...—. ¿Y cómo habéis conseguido ese olor? —pregunté besándole el cuello —¿Qué olor? —frunció el ceño.

—El olor extraño a rosas, o algo parecido.

—El olor, es la señora Dante. —ambos nos volvimos, una de las actrices que había hecho de recepcionista estaba frente a nosotras con una Cola en las manos—. Fue quien ideó la utilidad de esta casa, murió hace tres años.

—¿Estás de broma? —preguntó Klaus, tragando saliva.

—Para nada, señor.

Ambos nos miramos, Klaus aterrado, yo risueña, ya que fuera lo que hubiera sido aquel olor, era un olor agradable, y, dado el hecho de que tenía a toda mi familia aquí, nada podía hacer que ese momento no fuera perfecto. Ahora que me fijaba bien, el padre de Klaus estaba aquí, hablando tranquilamente con mi hermano, por fin podría hablar con él, sabiendo que era el padre de Klaus, estaba impaciente por saludarle.

—Por un momento, me he visto saliendo en el programa Celebritis y sus experiencias paranormales —dije echándome a reír mientras miraba al pequeño, del cual no sabía su nombre corretear por la habitación.

—Ven Jacqui, quiero presentarme a mi padre. —Tiró de mi hasta que quedamos frente a su padre.

El señor Grass se volvió y se quedó mirándome, era increíblemente guapo, tanto que me temblaron las piernas. El momento había llegado... y estaba temblando, ¿no querías padre de Klaus? ¡Toma padre de Klaus!

—Papá. —me acarició la espalda—. Ya la conoces, pero bueno, esta es Jacqueline.

Aquel hombre, tremendamente atractivo pese a su edad, me tendió la mano sonriéndome; la acepté y tiró de mi hasta que me abrazó; me quedé de piedra, aunque eso no me impidió disfrutar de su perfume y de su tacto cálido. Luego me soltó y me dio dos besos en cada mejilla y, para mi sorpresa, me acarició el mentón, como solía hacer Klaus. Aquello me puso la piel de gallina. Por suerte, aquel olor a rosas hizo una aparición estelar y consiguió distraerme un poco, y no fui la única, Klaus miró a su alrededor, y me miró mientras fruncía el ceño.

—Señor Grass.

—¡Oh por Dios! No me llames señor, me siento un viejo si me hablas de usted. —Se pasó la mano por el pelo—. Llámame Kurt —¿Kurt Grass? —pregunté.

—Exactamente.

Miré a Klaus y sonreí, luego miré de nuevo a su padre que me sonreía, Dios, me ponía la piel de gallina.

—Kurt, encantada de conocerte.

—Igualmente. Aunque ya habíamos hablado, no nos habían presentado oficialmente. Mi hijo me tiene la cabeza loca contigo, le dije que o nos presentaba ya, o me iba a buscarte.

—Vaya... —sonreí mientras sentía que la sangre se me paraba en los pómulos.

—Me das muchísima curiosidad...

Abrí los ojos de par en par.

—Papá —intervino Klaus, visiblemente incómodo. —¿Qué?

—No la incomodes.

—No la incomodo —me miró—, si no le he dicho nada.

—No es lo que dices, sino el tono que usas... Te lo he dicho mil veces.

Resopló y aquello hizo que sonriera, tenían muchos gestos iguales, incluso el de ladear la cabeza hacia un lado cuando estaba pensando en algo, sin quererlo, aquel hombre era como el hijo, destilaba sexo.

—Jacqueline, siento muchísima curiosidad por conocerte —miró a Klaus—. ¿Así mejor hijo? —Klaus se estiró la piel de la frente, y se fue en busca de una copa. Yo reí divertida—. A veces parece que lleve un palo en el culo —dijo Kurt en voz baja, pero no pude evitar carcajearme.

—Sí... muchas veces es algo obtuso.

Cuando volví la vista a Kurt, él me miraba con cierto brillo en los ojos, no era nada lascivo ni mucho menos, pero no podía evitar ponerme nerviosa, tenía una mirada intensa, muy parecida a la de Klaus, ¿cómo no iba a ponerme nerviosa?

—Me dijo mi hijo que te había hablado de su problema.

—Sí, bueno, después de casi torturarlo... —se carcajeó y me miró divertido.

—Siempre ha sido un chico muy reservado, no había manera de que se abriera y te contara que era lo que le ocurría, ahora sigue más o menos igual, pero con una cosa distinta. —Me miró fijamente a los ojos—. Ahora tiene una debilidad casi insana, la cual puedo entender... —me miró de arriba abajo—. Ahora hace lo posible por no cargar con cargas muy pesadas. Aunque que te voy a decir, es de naturaleza reservado, nunca cambiará.

—Cierto, yo pienso lo mismo. La experiencia me ha enseñado que la

gente no cambia, al menos sus grades defectos, puede madurar, eso es otra cosa, pero quien es de una manera lo es hasta que se muere, como quien es imbécil...

—O como quien es obsesivo —me miró torciendo la cabeza y tragué saliva.

—Exacto —susurré—, aunque eso no me preocupa, Kurt. Hace todo lo posible por controlarse, de echo si él no me lo hubiera dicho, jamás me hubiera dado cuenta. Sé que es cabezón en cuanto a cuando se le mete algo en la cabeza, pero jamás habría dicho que sentía obsesión por mí.

—Vaya... —levantó las cejas—. Klaus tenía razón, en cuanto a que tienes muy poca autoestima.

—Sí tengo autoestima —sonreí.

—No he dicho que no tengas, he dicho que tienes poca. Y por lo que te he podido observar, es cierto. —Le hubiera preguntado en qué se basaba para soltarme todo aquel sermón, pero luego pensé si realmente me interesaba ponerme a hablar de ello en aquel momento, y la respuesta la tuve clara—. Klaus está loco por ti, Jacqui; y nada me hace más feliz que verle así. Hemos hablado mucho en todo este tiempo y es cierto que le he notado cierta mejora; aunque sabe fingir de maravilla, así que no bajas la guardia —me sonrió—. No le permitas hacerse con poderes que no le pertenecen, sus ansias de protegerte van más allá de lo que tú crees, querida.

—Habla de su hijo como si estuviera loco —susurré de mala gana.

—Es él quien cree que está loco, y yo soy el que le quita esas cosas de la cabeza. Solo quiero que sepas qué le pasa a mi hijo, para que no te sorprendan algunas cosas, no me gustaría que lo dejaras. Jamás..., jamás hubiera pensado que podría verle así. Aunque apuntaba maneras de bien pequeño. Siempre fue muy obsesivo, se obsesionaba con todo. Cuando le dio por el deporte se pasaba horas entrenando; cuando se obsesionó con los estudios, se pasaba la vida encerrado estudiando, una pena que aquella obsesión no le durara mucho... —miró hacia otro lado y sonreí—. Cuando creció, maduró un poco y con la ayuda de su psicólogo, pareció que ya estaba bien y que lo había controlado, pero luego conoció a esa chica...

—¿A qué chica? —fruncí el ceño.

—Una paciente de su psicólogo en España, no recuerdo su nombre.

Me puse algo nerviosa y me empezó a picar la palma de la mano.

—Y si usted es psicólogo ¿Por qué lo trataba otro? —Cuando la madre de Klaus y yo, pusimos fin a nuestro matrimonio, yo me vine a Alemania, y

Klaus nunca me lo perdonó. No entendió que toda mi vida la tenía aquí, y se tomó mi marcha como un abandono. Muchas veces le rogué que viniera a vivir conmigo, así podía estar mejor atendido, pero nunca quiso; estuvimos años sin tener mucho trato, hasta que rompisteis... —me revolví incomoda—. Luego se casó, y...

—Papá —interrumpió Klaus—. Jacqueline ya sabe el resto de la historia.

—Lo siento, discúlpame —agarró mi mano y la acarició—. A veces hablo de más.

Negué con la cabeza sonriendo, luego se disculpó y poco a poco fue desapareciendo de mi vista, no fue muy lejos, se acercó a hablar con Dana, que reía con las idioteces que le estaba diciendo mi hermano.

—Lo siento, Jacqui, mi padre es...

—Tranquilo cariño —le acaricié la nuca—, es un hombre muy simpático, no me dio esa impresión cuando lo conocí en el... bueno, allí donde...

—¿Sitio de descanso mental? —acabó la frase por mí, y me eché a reír.

—¿Descanso mental?

—¿Prefieres manicomio? —levantó una ceja.

—No —me eché a reír—. Mucho mejor descanso mental. Por cierto, me he dado cuenta de una cosa —me miró mientras me daba el vaso a tope de vino blanco—. Tu padre y tú, tenéis las mismas iniciales.

—¿Qué? —me sonrió.

—K. K, Klaus Grass, Kurt Grass —me miró sonriendo y me acarició la mejilla.

Estuvimos un rato más hablando con el resto de la familia, hasta que agotada de tanta emoción me fui a un rincón de la estancia, todo el mundo que allí se encontraba parecía animado y con pocas ganas de irse, sonreí sin poderlo evitar, no sabía ni qué hora sería, pero tampoco me importaba, miré varias veces el móvil y una de ellas vi una llamada perdida de Angy, mi tatuadora y la hermana de Sara, me pareció raro, y justo cuando iba a devolver la llamada, Sara estaba en el umbral de la puerta mirando en mi dirección.

No pude evitar mi cara de sorpresa, cuando nuestros ojos se cruzaron, sonrió ampliamente, parecía tan feliz, que no parecía ni ella, ¿Cuándo le habían dado el alta?, ¿y por qué Klaus no me había dicho nada?, me saludó con la mano y le respondí el saludo, luego levanté dos copas en señal de que si quería una, y asintió, así que más feliz que una perdiz empecé a rellenar dos copas, como seguramente estuviera con medicación, en la suya solo puse refresco, estaba acabando de rellenar uno de los vasos, cuando vi como Kurt

salía de la habitación con el móvil en la mano, busqué a Sara por toda la habitación, pero no volví a verla, luego recordé que Kurt estaba allí, así que seguramente estuvieran hablando fuera de nuestra vista, en ese momento Klaus vino a donde yo estaba.

—¡Ya te vale! ¿Por qué no me habías dicho que le han dado el alta a Sara? —me miró sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—Pues que acabo de ver a Sara ahora mismo, —cerró la boca y me miró fijamente—. de hecho, este refresco es para ella. —¿Estás segura, Jacqui? Mi padre no me ha dicho nada, ¿habéis hablado?

—Me ha saludado, le he hecho una señal de que, si quería una copa, y me ha dicho que sí...

En aquel momento Kurt apareció en nuestro campo de visión, su expresión estaba completamente diferente a como había estado toda aquella tarde, se acercó a Klaus y le dijo algo al oído que no pude escuchar. El semblante de Klaus se transformó, me miró con los ojos muy abiertos y luego miró a su padre, quien se volvió a salir de aquella habitación.

—Jacqui, ha habido un problema en el sanatorio y tengo que ir con mi padre, cuando acabe todo vuelve al hotel, nos veremos allí. —Evitaba mirarme a la cara, y eso me daba mala espina.

—Klaus... —le agarré de la mano antes de que pudiera irse lejos—. ¿Qué ha pasado?

—Jacqueline, hablamos luego. —sin decirme nada más, se fue.

Me quedé varios minutos mirando a la nada como una tonta, Sara también había desaparecido de allí, así que seguramente todos habían vuelto al sanatorio, después de tomarme una copa de vino en soledad pensando mil cosas que podían estar pasando, me uní a mi familia quien llevaban una fiesta importante.

Me enteré de que todos pasarían aquella noche en mi hotel, las habitaciones llevaban días reservadas, Dana, Bea y mi hermano volverían a España al día siguiente en un vuelo que salía por la tarde; mis padres se quedarían unos días más de vacaciones, aquello me puso inmensamente feliz. Después de despedirnos de las chicas de aquel hotel aventura, nos fuimos de nuevo al hotel donde alucinaron con las vistas de aquel lugar, todos parecían encantados de estar allí, sobre todo mi hermano que miraba fascinada cada rincón del lugar.

Cuando vieron mi habitación ya se volvieron locos, yo no podía evitar

sonreír con cada cosa que decían, echaba mucho de menos a mis amigas, y tener al menos a dos allí consiguió hacerme la más feliz del mundo, sobre las diez de la noche nos bajamos a cenar al restaurante del hotel donde nos pusimos la botas, en todas aquellas horas no supe nada de Klaus, pero intuía que algo estaba pasando, así que no quise molestar, me limité a mandarle un emoticono de un corazón, que vio, pero no contestó.

Cerca de las dos de la mañana, mis familiares dejaban la terraza de mi habitación para ir a descansar a las suyas, en aquel momento yo era un manojo de nervios, Klaus seguía sin dar señales de vida, y aquello solo significaba una cosa... algo muy grave había pasado, si en media hora él no había vuelto, yo misma podría rumbo al sanatorio.

Y casi a punto de salir por aquella puerta, escuché que se abría para poco después cerrarse en un semi portazo, fui corriendo hacia la entrada donde vi a Klaus arrodillado en el suelo, el corazón se me paró en aquel segundo, y corrí hacia él, me arrodillé frente a él y le toqué la cabeza ansiosa por verle la cara, cuando me miró vi que estaba llorando, me abracé a él con toda mi alma sin entender que estaba pasando.

—Se ha ido, Jacqui, se ha ido —dijo sollozando. —¿Quién? ¿Quién se ha ido, cielo?

—Sara —dijo rompiendo en llanto de una manera que me hizo temblar, ¿Sara?, ¿marcharse?

—¿Qué estás diciendo? ¿Dónde se ha ido Sara? —Klaus clavó sus ojos en mi—. Klaus... ¿Qué pasa?

—Ha muerto, Jacqui, Sara ha muerto —dijo mientras se ponía en pie como podía y caminaba hacia el interior de la habitación. Yo seguía de rodillas en el suelo, con una bola enorme en la garganta, un par de lágrimas me cayeron por las mejillas.

—¿Cuándo? —dije con la voz entrecortada—. Yo la he visto, Klaus, y estaba bien...

Al ver que no respondía me di la vuelta, seguía sentada en el suelo, ya que no encontraba la fuerza necesaria para ponerme de pie, Klaus se había sentado en una silla, tenía los codos sobre las rodillas y me miraba fijamente.

—Se ha suicidado —dijo sin apenas parpadear. Me llevé las manos a la boca y el corazón empezó a bombear de una manera increíble en mi pecho — Pero... ¿Cómo ha podido ser?

—Consiguió un bote de pastillas, nadie sabe cómo pudo saltarse los controles donde están las medicinas... —me miró fijamente—. Lo hizo ayer a

mediodía, poco después de que tú llegaras al hostel.

Le miré durante unos segundos sin acabar de entender bien lo que me estaba diciendo, me puse de pie como pude, e intenté caminar para despejar mi cabeza, aquello no podía ser cierto, ¡era imposible!, ¡Yo la había visto!, de repente la realidad se hizo patente y me puse a llorar, a llorar sin consuelo alguno.

—Klaus...—susurré como pude—yo... yo la vi, no estoy loca...

—Tranquila —dijo sin moverse apenas un ápice de donde estaba—. Te creo, es solo que me cuesta entender todo esto ¿Cómo pudiste verla si ya estaba muerta?

Ambos nos miramos y yo empecé a temblar, ¿había visto un espíritu?

10

Los siguientes días los recuerdo en una nebulosa, como si mi cabeza no hubiera querido quedarse con todo aquel dolor. Después de contarles a mis padres lo que había pasado ellos intentaron como pudieron animarme; no es que hubiera compartido mucho con aquella chica, pero me llevé un bonito recuerdo de ella, y ver lo devastado que estaba Klaus me ponía aun muchísimo peor.

Le hicieron una pequeña misa en la capilla del sanatorio, habló el padre de Klaus, el propio Klaus, su hermana Angy, y varias personas más que la habían conocido; no pude entender la mitad de las cosas que decían, pero tampoco me importaba, me dedicaba a mirar el suelo a visualizar a Sara como la recordaba. Y no me refería a la vez que visité el sanatorio, sino a cuando ella vino a despedirse de nosotros días atrás. Tras darle muchas vueltas, lo tuve claro, ella vino a despedirse, probablemente de Klaus, pero sin querer, yo la vi.

Klaus apenas hablaba, cuando dijo aquellas palabras en honor a Sara, era lo primero que le escuchaba decir en días, y es que, aunque él no lo dijera, no podía entender como Sara había venido a mí, y no a él. Angy nos dijo que incineraría a Sara y esparciría sus cenizas en un parque maravilloso donde le encantaba ir a pintar antes de caer tan enferma. Klaus retrasó nuestra vuelta a España para poder acompañarla, no me opuse, al revés, me parecía lo justo; ellos habían sido muy amigos durante el tiempo que él había estado allí, y aparte de todo, había que recoger las cosas de Sara que quedaban en la habitación que Klaus le había cedido, y donde ella había decidido irse para siempre. El mismo día de la incineración, por la tarde, fue cuando quedamos en ir a ayudar a Angy a recoger aquella habitación, yo me hubiera mantenido al margen, pero Klaus me pidió que le acompañara, y me fue imposible negarme. Aquel día, estaba nublado y llovía cada pocas horas, por lo visto el tiempo había querido acompañarnos. Angy ya estaba en la puerta de la habitación con Kurt, estaba desolada, y, por el aspecto que tenía, llevaba días sin dormir. Le dimos un gran abrazo cuando nos vimos, Klaus y ella se metieron en la habitación que había estado cerrada desde lo ocurrido, yo me quedé con Kurt en el umbral de la puerta.

—Es la primera vez que ocurre esto aquí —dijo Kurt con el semblante serio y sombrío— aun no entiendo cómo pudo hacer eso, parecía estar mejor.

—Quizá solo fingía —dije sin pensar, con la mirada perdida—, nunca se sabe.

—Espero que haya encontrado la paz, aunque por el camino haya destrozado vidas —dijo visiblemente enfadado, poco después me di cuenta de que no era enfado, sino tristeza. Tras decir aquello se fue camino a su despacho.

Y allí me quede yo, sola en aquel enorme pasillo algo oscuro, mirando al suelo siendo incapaz de levantar la cabeza, desde lo de Sara estaba algo miedosa, y con razón. No fue hasta que Angy me llamó que levanté la vista, delante de mí estaba Klaus, sentado en la cama apretando un papel contra su pecho, Angy me indicó con la cabeza que me acercara a él y eso hice, no hizo falta hablar, me tendió el papel y se agarró a mi cintura llorando, miré a Angy quien se secaba las lágrimas y guardaba un sobre en su bolso.

No he cumplido nuestra palabra, Klaus.

Pero te pido que no me odies, ni me guardes rencor. Tú me conoces y sabes que mi llama se estaba apagando, que ya no quería seguir más aquí; no me culpes por querer se libre.

Sé que pensarás que soy una cobarde. Lo sé porque me lo has dicho muchas veces cuando se me ocurría hablarte de estas locuras, y probablemente lo sea, la vida no está hecha para mí, y estoy harta de estar sufriendo, de sentir ese agujero gigante en mi alma, de sentirme incompleta con todo, como si yo no formara parte de este lugar.

Me ha encantado conocerte y me llevo conmigo cada charla que hemos tenido de todo. Gracias por enseñarme lo que es el amor desde tus ojos, y gracias por haber pasado tu bonito tiempo conmigo. Me voy, pero me voy feliz.

Siempre estaré a tú lado, siempre.

Nos quedan pendientes varias cosas, como una exposición con mis cuadros junto con una de tus fotos, quizá en otra vida... o quizá te animes y quieras que, durante un rato, vuelva a estar a tu lado, lo que hagas, bien hecho estará.

Te quiero y querré siempre.

Cuando acabé de leer aquella carta yo también rompí a llorar. Sara lo tenía claro, y nada la hubiera hecho cambiar de idea. Angy y Klaus terminaron de recoger sus cosas, Angy se anotó la dirección de Klaus para hacerle llegar

los dibujos de su hermana, ya que aquella tarde, delante de todas sus cosas, Klaus le prometió que tendría su exposición, tal y como ambos habían soñado. Aquella habitación quedó cerrada, y seguramente así sería por mucho tiempo.

Tres semanas después

Habían sido días difíciles, pero parecía que todo iba volviendo a su lugar, excepto Klaus, que por algún motivo parecía esquivo conmigo, se pasó todo el camino de vuelta leyendo un libro sin prestarme la menor atención, ¡genial!

Despedirme de Hamburgo me había costado más de lo que pensaba, dejar aquellas vistas, aquella habitación... parte de mí se había quedado allí, y era algo que no podía obviar, aunque había algo que no echaría de menos, ¡al fin podría entender lo que la gente hablaba!

Llegué agotada y aburrida del vuelo, pero enormemente feliz de estar en España, aunque estaría por poco tiempo, en unos meses empezaría una pequeña gira por Latinoamérica, el libro se publicaría simultáneamente tanto en España como fuera, así que tenía que ir preparando las cosas. Klaus no podría acompañarme a la gira y eso me entristecía, pero bueno, no podía tenerle pegado siempre... si nos, al final acabaríamos por ser ese tipo de parejas que no saben hacer nada por separado, Y ante todo y pese a que lo amaba con locura, quería seguir teniendo un poco de mi independencia. Íbamos cargados con varias maletas, cuando Klaus se detuvo y se quedó mirando hacia una cafetería, me paré al darme cuenta de que había caminado unos metros sola, volví hacia atrás y miré en su dirección.

—¿Esa no es tú prima Andrea? —miré en su dirección yforcé la vista.

—Sí —susurré—, es ella.

—¿Sabía que veníamos? —negué con la cabeza.

Entonces fue cuando me di cuenta de que en la mesa donde ella estaba había más gente. Reconocí a dos compañeras de su trabajo, y a dos personas más que no conseguía ver, ella estaba mirando hacia otro lado, hasta que nuestras miradas coincidieron, levantó las cejas sorprendida, y creo que yo también las tenía así, antes de darme cuenta ya la tenía dándome un abrazo de oso.

—¡Que ganas tenía de verte, Jacqui! ¿Por qué no me has dicho que volvías? —preguntó mirándome fijamente.

—Han pasado muchas cosas, pensaba avisarte una vez estuviera aquí — Sonreí—. ¿Qué haces en el aeropuerto?

—Hemos venido a despedir a Lucas, vuelve a su país. Al ver su mirada

derrotada, le acaricié la cara. Lucas era uno de sus mejores amigos, aparte de su compañero de trabajo. Era argentino, y, por motivos familiares, había decidido volver a su tierra al menos por un tiempo. Sabía lo que aquello podía entristecer a Andrea, no era un secreto que ambos estaban muy unidos.

—Lo siento, cariño.

—Es lo que hay —miró hacia otro lado.

Cuando iba a preguntar qué tal todo, me di cuenta de que sus compañeras y dos personas más venían hacia nosotras, las dos chicas se presentaron sin dejar un segundo a que Andrea dijese nada, eran muy simpáticas, Klaus sonreía a mi lado, después una tercera persona se puso en mi punto de mira, pude notar la incomodidad de Andrea, y no era para menos.

—Jacqueline, él es mi jefe Dorian, —levanté una ceja—. Dorian, ella es mi prima Jacqueline.

Nos sonreímos, él me dio dos besos que yo correspondí, después miré fijamente a sus ojos verdes, como si así pudiese ver que podía pensar, y porque no decirlo, por si podía hacerle vudú mental, por ser un gilipollas y un bueno para nada.

—Encantado de conocerte, Jacqueline, tú prima me habla mucho de ti.

Asentí y fingí una sonrisa que consiguió amargarme el estómago, la verdad era que me hubiera encantado soltarle un guantazo, pero supongo que no me correspondía a mi dar ese paso. Después se presentó su mujer, y fue cuando sentí una pena intensa en el pecho, Klaus reía divertido con las cosas que las compañeras de Andrea contaban, yo miraba a Andrea fijamente, que permanecía ausente, mientras que Dorian no podía disimular lo mucho que le gustaba mi prima, con una excusa muy poco hábil conseguí que me acompañara al baño más cercano, por suerte nadie más se apuntó, así que pudimos disfrutar de unos minutos de intimidad.

Cuando entramos en el baño y después de haber cerrado con pestillo, se apoyó en la pared, se tapó la cara con las manos y resopló... irradiaba tensión, le acaricié el hombro y apoyó una mano sobre la mía.

—¿Cómo estás?, aparte de echa una mierda, claro —sonrió un poco.

—Cansada. —le miré ladeando la cabeza—. Esta situación se me está haciendo insostenible, no puedo más.

—¿Has pensado qué vas a hacer?

—Voy a dejar el trabajo en cuanto consiga otro. Mi amigo Santi me ha dicho que conoce un sitio donde buscan una camarera, es en otra ciudad, así que la semana que viene en mi día libre iré a hacer la entrevista.

—¿Le has dicho algo a Dorian?

—No —resopló—. Me diría que no me fuera, y yo le haría caso.

—Ya veo, ¿ha vuelto a pasar?

No hizo falta que contestara, simplemente con la mirada de culpabilidad me di por respondida, y es que era obvio, cuando existe una atracción tan patente entre dos personas, puedes resistirla una vez, dos, quizá días o semanas, pero tarde o temprano vuelve a estallar como una llamarada, hay sentimientos que uno no puede reprimir... aunque lo intente de todo corazón, y ese era el caso de Andrea. Cuando salimos del baño me fijé en que Dorian les estaba haciendo una foto a Klaus y a las dos compañeras de Andrea, fruncí el ceño.

—¿Qué? —Preguntó Andrea al ver mi cara—. No seas celosa, ¿qué esperabas?

—¿Que esperaba de qué?

—Es normal que se hagan una foto con él.

—¿Normal? —sonreí iba a añadir algo más, pero cuando quise darme cuenta, ya estábamos demasiano cerca.

Hablamos durante unos minutos más, luego pusimos rumbo a casa, necesitaba desesperadamente una ducha y sentarme en mi sofá, por no hablar de que Klaus tendría que traer las cosas de su estudio a mi ático, pero intuía que no serían muchas. Aun así, estaba entusiasmada con poder tener a Klaus en el mismo espacio cerrado que yo, los últimos días antes de volver habíamos decidido poner en venta el ático, y comprarnos una casa que fuera de los dos, entendía que no quisiera pasar dos veces por lo mismo y a mí me entusiasmaba la idea de que en un papel figuraran nuestros nombres juntos, aquello me hacía sentir emocionada, durante unos segundo me imaginé de blanco, dándole el sí quiero... (como diría La vecina Rubia; me estoy haciendo ilusiones, y me están quedando preciosas), meneé la cabeza quitándome esa absurda idea con la cabeza, con todo lo que había pasado Klaus, imaginaba que de lo último que tendría ganas seria de casarse... y no podía negar que aquello, me ponía un poco triste.

Estaba distraída pensando en todo eso, que no me di cuenta de que Klaus le daba indicaciones al taxista, al principio me puse en off, estaba embelesada mirando las calles de mi ciudad que tanto adoraba, pero poco después me di cuenta del increíble rodeo que estaba haciéndole hacer al taxista, si hubiera seguido mis indicaciones ya estaríamos en casa, ¿Qué le pasaba para no querer pasar por el centro? Al final harta y temiendo que el taxista lo mandara

literalmente a la mierda, intervine y guie al taxista por el centro, ignorando la cara de mala leche de Klaus, no había que ser muy lista para notar que se había pues modo puñetero, tanto es así que estuve a punto de ahogarle con mis propias manos, tuve que usar toda mi energía en distraerme mirando edificios, sino lo acabaría tirando del taxi, poco después estaba entretenida mirando algunos Whatsapps cuando paramos en un semáforo, no me hubiera llamado la atención si no hubiera notado que llevábamos mucho rato quietos, levanté la cabeza y una enorme cola me saludó, resoplé de mala gana, cuando más ganas tenía de llegar a casa, más impedimentos salían. Iba a devolver la vista al móvil cuando me dio por mirar a Klaus, y lo que vi me sorprendió un poco, estaba completamente quieto, e irradiaba una tensión contagiosa, tenía sus manos sobre las rodillas y no apartaba la vista de ellas, primero sonreí, tenía más cambios de humor que yo, en plena semana hormonal.

Negué con la cabeza mientras miraba por mi ventanilla sonriendo, poco antes de reanudar la marcha, mis ojos fueron a parar a unas vallas publicitarias gigantes, no las recordaba tan grandes, por eso llamaron tanto mi atención, las miré y cerré los ojos un segundo, las volví a mirar y pestañee varias veces, hasta que cuando fui consciente de lo que estaba viendo ahogué un grito, que se me quedó en la garganta. Él coche arrancó, pero aquello no impidió que apartara la mirada de aquellas cosas gigantescas, terminé de rodillas en el asiento trasero del taxi para mirar por el espejo trasero, cuando giramos por una esquina aún seguía en aquella postura, con la boca abierta y los ojos abiertos de par en par, no sabía que tamaño podría tener aquella valla publicitaria, mediría al menos cinco metros de largo por cinco de ancho, no lo sé, solo sabía que había dejado atrás una foto de Klaus gigante, y cuando digo gigante, digo gigante, ¿pero qué estaba pasando aquí?

—Klaus... —me volví hacia él con un hilo de voz.

—Ahora cuando lleguemos —susurró—, no montes una escena.

No sé si me callé por el susurro amenazador de su voz, o porque me había quedado sin palabras, la cuestión es que permanecí petrificada en aquella postura lo que me parecieron horas, luego escuché la voz de Klaus y le vi pagar bajar del coche, sin darme cuenta me encontraba cargada de las maletas y en la puerta del ático, había hecho todo ese recorrido en una especie de shock, cuando dejé las maletas y reconocí el olor a vainilla de mi ambientador, me relajé.

—¿Por qué estás en una valla publicitaria del tamaño de Missouri en ropa interior?

—Es el trabajo de publicidad que te dije, el que me consiguió Dana — dijo tranquilo, como si aquello no fuera con él.

—¿Me dijiste que habías hecho de modelo? ¿Me estás vacilando? — Levanté la voz—. Ni siquiera me comentaste por encima de qué se trataba.

—Tú tampoco preguntaste.

—Klaus, ¡Por Dios! No seas cínico. Al no hacer más mención, pensé que sería como fotógrafo ¿Cómo narices voy a imaginar que era haciendo de modelo?

—¿Te molesta? —preguntó con las manos en los bolsillos.

—Me molesta que no me hayas contado nada, ¡joder Klaus!

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —Paseé por el salón con las manos en la frente—. Podría entender que sientas no haberme contestado a un mensaje, que sientas haber llegado tarde a una cita, pero no comentarme nada de esto... ¡Eso no se siente! ¿Cuándo narices pensabas decírmelo?, ¿o creías que no me iba a dar cuenta?

—Por esto mismo no te había dicho nada, Jacqueline... ¡Sabía que me ibas a montar una escena! —parpadeé sin podérmelo creer.

—¿Piensas que te monto una escena por el hecho de que hayas hecho de modelo? —No me contestó, pero la forma desafiante de mirarme, me dio la respuesta—. De primeras, no te estoy montando una escena; y de segundas, si te montara una escena no sería por que hayas hecho de modelo, mírate, eres perfecto para ese oficio; de hecho no sé por qué no lo habías hecho antes. Y para terminar y para que lo entiendas, estoy muy dolida por tener el cinismo tan grande de no decirme nada. Como siempre... vuelves a dejarme al margen.

—Jacqueline...

—¡Ni Jacqueline, ni mierdas, Klaus! —grité—. Has tenido todo este tiempo para contármelo, y no ha sido precisamente poco. Pero como siempre haces, te callas y no me hablas de tus cosas a no ser que te pille o te ponga un ultimátum. Estoy cansada, Klaus. Cansada de tener que adivinar qué puede estar pasándote, cansada de sentir que me ocultas cosas, ¿Qué más no me cuentas?

Se encogió de hombros y miró hacia el balcón que seguía cerrado.

—No me gusta que lo sepas todo Jacqui, son quebraderos de cabeza innecesarios.

—¡Eso deja que lo juzgue yo! —Estaba fuera de mí, mientras que él parecía sumamente tranquilo—. Me enteré de rebote que eras tú, el que había renunciado a la mitad de la casa y del negocio, y quise entender que, quizá, no

querías preocuparme. Pero visto lo visto, creo que lo haces porque disfrutas ocultándome cosas.

—¿Qué disfruto ocultándote cosas?

—¡Sí! —Intenté reprimir las lágrimas—. Yo no puedo más, Klaus... No puedo, así no es como funcionan las relaciones, con secretos y mentiras.

—Yo no te he mentado en ningún momento.

—La ocultación dista poco de la mentira, Klaus. —Eso lo será para ti.

—Y para cualquier persona, ¡Joder! —Me sequé las lágrimas que empezaban a caer por toda mi cara—. Mira... yo así no puedo. Piénsate bien lo que quieres y cómo lo quieres; y cuando lo sepas, llámame y hablamos.

Abrió los ojos de par en par y entonces, y solo entonces, pude verle preocupado.

—¿Me estás echando de tu casa?

—No. —Agarré mi mochila y el bolso—. La que se va, soy yo.

Pude oírle pero le ignoré, estaba muy enfadada, y disgustada, no sabía cómo explicarle que ese comportamiento no nos ayudaba en absoluto. Ahora mismo y muy a mi pesar, sentía una distancia abrumadora entre los dos.

Caminé unas manzanas en dirección a casa de Dana. Ya que él se negaba a explicarme sus cosas, tendría que recurrir a terceros —como tenía que hacer siempre—, para poder enterarme de algo.

Dana me estaba esperando en la puerta con los brazos cruzados, solo con mi tono de voz sabía que algo me pasaba, cuando pasé y cerró la puerta me volví hacia ella.

—Ya te has enterado, ¿verdad? —resopló y volvió a cruzarse de brazos.

—¿Tan evidente es?

—¿Cuándo te lo ha dicho?

Me senté en el sofá tremendamente cansada.

—¿Decírmelo? ¡Ja! Lo he tenido que ver en la puñetera valla para que se me dignara a decirme algo.

—¿Cómo? —Parpadeó sin poder creérselo—. Al menos te habrá explicado algo...

—¿Quieres que te diga lo que me ha dicho? —Asintió—. Pues que le he montado una escena por el hecho de que sea modelo. —no es así... ¿verdad?

—¡Claro que no! Tengo ojos en la cara, sé que podría haberse dedicado a eso mucho antes, lo que me jode es que no me cuente nada. Se sentó a mi lado y acarició mi mano dulcemente.

—Me dijo que te lo diría antes de volver, sino te lo hubiera dicho...te lo

juro.

—Lo sé —le sonreí—. Lo sé... ¿Cómo ha terminado en una valla publicitaria, Dana?

Ella me miró mientras sonreía, se levantó caminó hacia el balcón de su piso, abrió las puertas de par en par y casi me desmayo. —Vista privilegiada de tu novio, nena —sonrió volviéndose hacia mí—. No sé si sabes que la tienda donde trabaja tú primo Carlos ha contratado a mi empresa de publicad... —negué con la cabeza—. Cuando ascendieron a tu primo, él se puso en contacto con nosotros y nos propuso una idea para relanzar la marca de ropa. Estábamos en la búsqueda de un modelo, cuando todo pasó. —Se sentó de nuevo y cruzó las piernas—. coincidí con Klaus en una cafetería, estaba con David, ¡imagina mi cara! —Gesticuló y no pude evitar echarme a reír—. No quise pecar de cotilla, así que después de saludarlos me pedí mi café y me senté en la barra a tomármelo mientras leía una revista, una cosa llevó a la otra y total... terminé sentada con ellos, y enterándome de todo. Fue cuando Klaus me dijo que estaba bajo mínimos, y que estaba viviendo con Claudia y su novio, le dije que te llamara, pero no quería que te preocuparas, así que después de un breve mensaje a tú primo, y teniendo en cuenta los dos, lo guapo que es Klaus le propuse que se presentara a la prueba. Tu primo habló con la agencia de modelos, y como le debían un favor, accedieron a hacerle una prueba a Klaus. Y fíjate tú... fue seleccionado.

—¿Tuvisteis algo que ver en su selección?

—No, el único favor que le hicieron a tu primo fue entrevistar a alguien que no fuera profesional, el trabajo se lo ganó él solito, por motivos obvios. Sé que le pagaron bien, y con ello pudo costearse el pequeño estudio al cual se trasladó y el viaje a Alemania. —Le han salido más trabajos ¿verdad?

—Muchos —sonreí— pero no ha aceptado ninguno. —¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé —se encogió de hombros—. ¿tienes hambre?

Asentí mientras la vi perderse por el interior de la cocina, tenía la cabeza hecha un lio. En aquel momento sonó mi teléfono móvil, no me hizo falta mirar quien me llamaba, Klaus tenía un tono especial, así que cuando terminó de sonar lo apagué... estaba dispuesta a darle una lección.

Klaus

Ver como se daba la vuelta, y salía por la puerta ignorando las veces que le dije que no se fuera, me partió el corazón; pero ver que ella abandonaba el ático en lugar de decirme a mí que me fuera, me hizo sentir algo mejor dentro de lo horrible que me sentía. Me había demostrado, una vez más, su amor

incondicional. Aquella no era mi casa, y ella se había comportado como si lo fuera. Intenté que se me fuera el nudo de la garganta, pero lo único que conseguí fue que se intensificara cuando no me cogió el móvil ninguna de las cinco veces que la llamé.

Cuando estaba a punto de volverme loco, recibí un mensaje de Dana donde me decía textualmente; «Eres un cabronazo. Como sigas tentando a la suerte, al final te dará una jodida patada en el culo. Por cierto, está en mi casa. Estate tranquilo.» Sonreí, aunque sin ganas ningunas. Pese a todo pude relajarme un poco y dejarme caer en el sofá, durante unos minutos dude si irme a mi estudio o no, pero sabía que si me iba todo empeoraría, quería empezar una relación de verdad, nada de las mierdas que siempre habíamos tenido, quería un compromiso, así que iría a mi estudio, pero para recoger mis cosas y traerlas al ático, al que sería mi hogar hasta encontrar una casa que pagáramos los dos.

Me sentía tremendamente avergonzado, y lo peor, es que no había sabido llevar la situación... si ella supiera las veces que había intentado decírselo, cuando Dana me avisó que habían elegido mi foto para las vallas publicitarias casi me desmayo, ahora ya no solo era una patata caliente en mis manos, ahora tenía una bola de nieve de 100 kilos directa a mi cara, ¿Cómo explicárselo?

Necesitaba dinero, dinero para poder empezar una vida, y aquello me vino de maravilla. Pero ella merecía más que un cutre fotógrafo frustrado que se había pasado al otro bando y ahora posaba en ropa interior. Ella era una escritora seria y respetada ¿Qué dirían cuando la vieran con el chico del anuncio? Merecía más; mucho más. Y aún no sabía por qué me había elegido a mí. Y lo peor de todo, es que me habían salido muchos más trabajos bastante bien remunerados; podría vivir más cómodamente, y llenar a Jacqui de regalos, pero una vez más pensaba... ¿En serio ella querrá estar con un simple modelo? Resoplé resignado, ahora es cuando odiaba a los héroes literarios ¿Por qué no ser un jodido multimillonario? Negué con la cabeza mientras intentaba calmar el incipiente dolor de cabeza. Tampoco podía ocultar que lo de Sara me había hecho polvo, durante tres días estuve seriamente hundido sin poder dejar de pensar; la idea de que podría haberme dado cuenta me reconcomía a cada segundo. Suspiré mirando al techo, nada volvería a ser igual desde aquel día, yo no volvería a ser el mismo después de aquello.

Llevaba un rato llorando en silencio cuando me di cuenta que estaba volviendo al bucle de aquellos primeros días sin Sara, volví la vista para buscar algo que me entretuviera y vi aquella pared. La personalidad de Jacqui

estaba en cada esquina de aquella casa, en cada minúsculo lugar de aquella casa estaba reflejada ella, y me dio mucha pena hacer que se desprendiera de aquel lugar. Yo estaba loco por ella, así que no me importaba no haber colaborado en la decoración de la casa, de hecho me encantaba sentir la esencia de ella allí por donde fuera.

Quizá, si aceptara aquellos trabajos, podría obligarla a coger la mitad de lo que le hubiera costado la casa; me daba igual un nombre más en las escrituras, conocía muy bien a Jacqui, y con eso me bastaba. Paseé por aquella casa, ahora vacía, sin ella... tenía que arreglarlo, tenía que hacer que volviera, pero mientras... me di una vuelta por la zona de lectura. Necesitaba ocupar mi cabeza en algo que no fuera ir a buscar a Jacqui, sabía que estaba muy muy enfadada, y cuando estaba así, era mejor darle su espacio, al deshacer mis maletas me encontré con algunos garabatos que había hecho Jacqui mientras estaba a punto del delirio en el avión, ¿Cuándo lo había metido ahí?, pase mis dedos por sus letras y se me removi6 el est6mago, fui en busca del pincel, necesitaba dejar algo escrito, algo importante... algo que para ella, tuviera significado.

«Comprendo que tus besos jamás han de ser míos, comprendo que en tus ojos no me he de ver jamás, y te amo y en mis locos y ardientes desvaríos bendigo tus desdenes, adoro tus desvíos, y en vez de amarte menos, te quiero mucho más A veces pienso en darte mi eterna despedida, borrarte en mis recuerdos y hundirte en mi pasión; más si es en vano todo y el alma no te olvida, ¿qué quieres tú que yo haga, pedazo de mi vida?, ¿Qué quieres tú que yo haga con este corazón?»

Sonreí cuando lo vi terminado, sabía que le gustaría, lo único que había leído de Manuel Acuña era eso, pero era tan bonito... me encantó en el momento en el que lo leí, después me entretuve ojeando unas frases que tenía Jacqui anotadas de uno de sus escritores favoritos, Oscar Wilde y hubo una en concreto que me llamó muchísimo la atención. Me había dado cuenta que toda la casa estaba llena de su esencia, pero curiosamente su habitación era la única que estaba estándar. Blanca y muy simple, demasiado para ser de ella, aun recordaba la habitación del piso en el que vivió Jacqui, con aquella palabra enorme delante de su cama, Renacer, adoraba esa habitación. Entonces, justo en ese momento un montón de ideas me golpearon, y lo tuve claro, ¡ya sabía qué hacer!

Jacqueline

Habían pasado dos días y seguía confinada en casa de Dana, no había

salido para nada, de hecho, la había obligado a ir a mi casa a recoger algo de ropa, y aunque sabía que ella había estado con Klaus, me reprimí las ganas de preguntarle si le había dicho algo. Estaba tan ofuscada que yo solita había conseguido que todo ser humano me evitara, incluso Milou, el precioso perro de mi amiga me esquivaba cuando nos cruzábamos por la casa, era curioso cómo pese a saber que ese piso había sido mío, ya no lo sentía como tal. Dana había desplegado sus dotes de decoradora de interiores frustrada y le había hecho unas reformas impresionantes... parecía otro, al menos yo lo sentía así. Pasaba más horas de las que me gustaría asomada a la terraza mirando al Klaus de casi cinco metros, él me devolvía la mirada en ropa interior mientras se llevaba algo a la boca, no podía evitar resoplar una y otra vez, ¿Cómo no me contó nada?, ¿en serio creería que no me enteraría?, seguía tan enfadada, que eso incrementaba mis ganas de verle... y para más inri, hoy era la presentación en prensa de Cada parte de mí la segunda parte de Si tan solo fuera sexo.

Días antes habíamos estado hablando sobre este día, yo estaba emocionada y contenta de que por fin pudiera acompañarme a un acto así, tenerle a mi lado animándome, y dándome ese empujón que siempre me hacía falta cuando tenía que mostrarme ante los periodistas, odiaba mostrarme en público porque me sentía muy torpe, y siempre pensaba que no sabría contestar o que haría algo que me hiciera quedar en ridículo, Klaus se reía cuando le contaba mis miedos, él siempre tocaba mi mano, besaba mis nudillos y me decía “tranquila nena, tú solo mírame a mí, y piensa que estamos solos”

¡Ja! espeté mirándome en el espejo y negando con la cabeza, una vez más, iría sola, había acompañado a Aníbal a la presentación de su último libro, sabía lo que era presentar un libro que había creado tanta expectación... y me aterraba, aun así, sonreí al ver el aspecto que me había dejado la maquilladora que había elegido Alejo, al menos él me acompañaría, saber que él estaría a mi lado, me hacía sentir algo más tranquila.

Me miré una vez más en el espejo de aquella tarde a mediados de agosto, dispuesta a darlo todo, el vestido color turquesa realzaba mis ojos, y aunque no había dormido mucho, el maquillaje había hecho perfectamente su labor, si había algo que arreglaba un poco el día era el hecho de que Alejo había organizado una fiesta para después del acto oficial. Como siempre, Alejo había decidido que fuera de disfraces, para que resultara más divertida... «O eso pretendía él» en cualquier otro momento me hubiera negado en rotundo,

pero me lo dijo en mis días de odio al mundo, y con el telón de fondo, el enorme Klaus de cinco metros.

Ahora estaba empezando a arrepentirme, pero para mi sorpresa, toda la prensa a la que había invitado para la fiesta después del acto oficial había mostrado un tremendo interés, alabando la idea de Alejo, «ver para creer» De todas formas, yo ya tenía el mío preparado, y el saber que había ignorado todos los consejos de Alejo sobre cómo debía ser el disfraz, me hacía sentir unas enormes ganas de ponérmelo. Cuando llegamos a la librería la cual yo había elegido para la presentación oficial, no cabía un alma, y eso que no eran unas fechas muy aconsejables para hacer nada, y quizá elegí aquel día por eso, para que hubiera el menos tumulto de gente posible, pues bien, me salió el tiro por la culata. Daba gracias al cielo de que el aire acondicionado estuviera a tope, sino aquello hubiera sido peor que una sauna, entre el público que había allí, pude ver a mis padres, a mi hermano, algunos de mis primos, y como no, a mis amigas unas sillas por detrás de mis padres, me sentí más segura y por fin entré en escena con mi mejor sonrisa.

—Lo has hecho genial, Jacqui. —dijo mi hermano, mientras me ayudaba con el maquillaje.

—No ha sido para tanto —Sonreí y noté que me tiraba la piel—. ¿Es normal que esto esté tan pegado?, apenas puedo sonreír.

—Tranquila, así no se te caerá.

Le miré de reojo con cierto reproche, me daba la sensación de que se había pasado con el pegamento facial, pero bueno, lo importante era que quedara bien, mi hermano siempre había sido un artista en cuanto a dibujos y manualidades, así que ¿quién mejor que él, para ayudarme con las cicatrices a modo de hilo cosido?, Sonreí cuando me dijo que ya había terminado, y me llevé las manos a la boca cuando vi el resultado, parpadeé varias veces, y me eche a reír como hacía días que no hacía, ¡estaba genial! Estaba segura de que, si Tim Burton me viera en aquel momento, pensaría que estaba ante la Sally de carne y hueso, corrí a la habitación que Alejo me había habilitado para ponerme el vestido, vestido que había comprado por internet años atrás, siempre lo había tenido guardado esperando el momento oportuno, y por fin había llegado. Recordaba como Dana había puesto el grito en el cielo cuando se enteró de que me había costado casi quinientos euros, pero lo cierto es que lo valía, el vestido era una calca al de Sally en Pesadillas antes de Navidad, cuando me lo puse, pasé mis manos por la tela, seguro que un puñado de

coleccionistas me habrían dado caza, y me habrían arrojado por un precipicio al ver que usaba aquel disfraz, que en teoría era de colección, el cual nunca debe salir del envoltorio original.

—Yo misma hubiera podido hacerte eso que llevas puesto, y no te hubiera costado más de tres euros—aunque había notado su mirada de asombro al verme aparecer, no había podido evitar soltar su coetilla.

Estábamos en la entrada de la sala habilitada para la fiesta, mi hermano iba detrás de mí perfectamente caracterizado de Jack Esqueletor, íbamos geniales, y me sentía muy orgullosa, quizá parecía una tontería, pero ponerme aquel disfraz había hecho que me sintiera medianamente feliz.

La fiesta estaba hasta los topes, no cabía un alma, y como había intuido, todos iban disfrazados, tanto es así, que apenas sabía con quién hablaba, Alejo se llevó las manos a la cabeza cuando me vio aparecer, pero acabó por darme la enhorabuena al ver las increíbles felicitaciones que había recibido de casi todo el mundo, estaba segura de que mi cara estaría en varios Twits de la gente que se encontraba allí, todo era perfecto para quien viera la fiesta desde fuera, para quien la viera desde mi perspectiva estaba siendo una fiesta triste, no podía dejar de pensar en Klaus, y en que me hubiera encantado que él hubiera estado aquí, quizá me sentía algo frustrada, había esperado que Klaus viniera a por mí... pero no lo hizo, quizá estaba dándome mi espacio, ¡pero joder!, yo no quería mi espacio, si él no estaba en él. La sala se llenó de aplausos y risas cuando el dj puso la canción Halloween, la canción con la que empieza la película Pesadilla antes de navidad, y aunque sonreía y parecía feliz, por dentro no hacía más que pensar en la canción de Sally, “presiento que algo va ocurrir, una tragedia para mí, y aunque yo quiero estar con él, tengo una extraña sensación... ya se avecina lo peor, no se da cuenta que estoy sufriendo, quizá será, que no soy para él”

Me bebí dos copas tarareando la canción, mis ánimos estaban por los suelos, me hubiera encantado que hubiera estado David allí, pero él había declinado la invitación, su Esmeralda estaba en plenas sesiones de quimio y no se encontraba muy bien, y él cómo él maravilloso Cebo, o como el dulce Quasimodo, había decidido estar a su lado.

Sonreí para mí misma al hacer aquella comparación, y abrí una nota mental que subrayé, para contarle la gracia que se me había ocurrido cuando volviera a hablar con él, sonreí varias veces al escuchar algunos remembers de los 80, y disfruté como una enana bailando Forever Young y Take on me. Poco a poco me iba animando, no sé si era yo, la música, o el alcohol, pero ya

no sentía ese peso en el pecho, varias horas después hubo un momento en el que dudé de mi estado de embriaguez, fue cuando me pareció ver varios minions de la peli Gru , y me reí a carcajadas cuando supe que no había sido mi imaginación, sino que varios amigos de mi hermano a los que había invitado, habían decidido ponerse ese disfraz, si lo habían hecho con la intención de ligar les había salido de maravilla. Ayudé a los del catering a reponer las bebidas varias veces, a medida que las horas avanzaban la fiesta iba a más, la gente no se iba, al contrario, cada vez estaban más y más a gusto, y más y más perjudicados, aquello estaba siendo la mar de divertido, en uno de los momentos en los que me quedé en el centro de la pista mientras me hacía una foto con un periodista que iba disfrazado de Jhon travolta en Grease, sonó una canción preciosa, era una de Phill Collins, “In the air thonight”, solté un OHHHH cuando escuché la las primeras frases, y un aplauso general hizo que todos nos echáramos a reír, podía escuchar como muchos la cantaban, yo solo me atrevía con el estribillo, que era lo único que me sabia sin equivocarme. Mucha gente la cantaba alzando las copas, el alcohol estaba haciendo estragos, y era de lo más divertido, en uno de los estribillos miré hacia las escaleras por donde se accedía a la fiesta, allí había gente subiendo y bajando, bailando, haciéndose fotos, cantando con la copa en alto, con mecheros encendidos a modo de concierto... sonreí al ver aquello, y parpadeé varias veces cuando vi una figura escultural descender por las escaleras, justo en aquel instante el corazón se me paró, ¿es él?

Cuando lo vi bajando los últimos escalones tragué saliva... no había duda, era él, enfundado en un traje negro, presumiblemente de marca, aunque ignoraba cual podría ser, tuve que tragar varias veces saliva, y casi me desmayo cuando fijó sus increíbles ojos azules en mí, torció su cabeza y sonrió de una manera tan dulce que me relamí los labios inconscientemente, como si pudiera notar algún sabor en los labios. Caminó hacia mí con las manos en los bolsillos, mientras la voz de Phill calaba dentro de mí, cuando lo tuve frente a mi ahogué un sollozo, di gracias a la música por haberlo ocultado.

—Guau, nunca pensé que diría esto, estando vestida así, pero... estás preciosa —acarició la cicatriz que había en un lado de mi cara—mi dulce Sally.

—¿Y tú, de que se supone que vas? —Dije cruzándome de brazos—¿De Mario Casas en “A tres metros sobre el cielo”? —se echó a reír, y yo quise desmayarme, le amaba, le amaba con locura. —Muy graciosa, voy de Víctor.

—¿Víctor? —Fruncí el ceño, de repente se hizo la luz—¡VICTOR!, ¿el de “Novia Cadáver”?

—El mismo.

Me eché a reír, iba a lanzarme a sus brazos sin importar nada más, cuando una voz nos interrumpió.

—Disculpe —dijo una chica bajita a nuestra derecha, disfrazada de campanilla —¿es usted Klaus Grass?

—Sí —contestó frunciendo el ceño.

—Hola, disculpe que le moleste, soy Diana, reportera de la revista Fantasy heart, ¿le importaría que le hiciera una foto con la señorita Amorós? —Sonrió y me miró a mí —Estamos cubriendo el evento de hoy, la presentación del libro y la fiesta de disfraces para un reportaje.

—¡Claro, sin problemas! —exclamó recobrando el buen humor, me agarró de la cintura y me acercó a él, sentir sus manos por mi baja espalda, me hizo sentir una fuerte electricidad, aquella electricidad que tanto había echado de menos.

Ambos miramos hacia la reportera y sonreímos, segundos después el flas nos dejó medio ciegos, varios segundos parpadeando para recuperar la visión después, la chica nos enseñó la foto sonriendo, no hacía falta ser muy lista para darse cuenta de cómo miraba a Klaus, lo cierto es que iba increíblemente impresionante. —¿Quiere que ponga algo especial en el pie de foto? —Klaus ladeó su cabeza y aquella chica se sonrojó—algo más aparte de, Klaus Grass el modelo insignia de Eleganza —dijo en apenas un susurro. Me miró fijamente a los ojos, nos habíamos soltado después de la foto para restregarnos los ojos, pero justo en aquel momento y mientras sus ojos calababan en mi interior, tocó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos, ante la pequeña chica que iba abriendo los ojos de par en par.

—El modelo insignia de Eleganza Klaus Grass, acompañando a su novia, la escritora Jacqueline Amorós en un día muy especial. —Dijo solemne, mientras no apartaba los ojos de mí.

—¿Novia? —Preguntó la chica asombrada —¿Son...son pareja?

—Sí —contestó mirando a la chica que agachó la cabeza sintiéndose intimidada, no la culpaba, a veces Klaus tenía ese efecto.

—Muchas gracias, que lo pasen bien —dijo aquella chica y como si de verdad tuviera polvos mágicos, desapareció de nuestra vista y correteó en dirección a la salida.

—¿Me he precipitado al decir que eres mi novia? —¿Qué? —Abrí los

ojos de par en par—¡Para nada!

—No quiero avergonzarte, Jacqueline.

—¿Avergonzarme por qué?

—Mírate, eres una mujer impresionante, y una escritora de éxito, ¿no te importa estar con un modelo de tres al cuarto?, ¡que narices!, si ni siquiera me gusta trabajar de esto.

—Escúchame, ni aunque te dedicaras a quitar mierdas de las alcantarillas, me avergonzaría de ti, te quiero por lo que tú representas, por cómo eres conmigo, y por lo que me haces sentir cada vez que me miras, o me rozas—acaricié su mejilla y levanté su barbilla para que me mirara—y no eres un modelo de tres al cuarto, Eleganza, nunca contrataría un modelo de tres al cuarto, así que...fue por eso, por lo que no me contaste esto ¿verdad? —no me contestó, y me di por respondida—¡Joder Klaus!, no sé qué voy a hacer contigo —fruncí el ceño —estoy cansada de tus absurdas inseguridades, ¿cuándo coño vas a darte cuenta de que te amo?, te digo una cosa, y esta vez te juro por mi vida que es verdad, si vuelves a mentirme o a ocultarme algo importante, esto que hay entre nosotros dos, habrá terminado... —se mordió el labio inferior y el corazón me dio un vuelco—va enserio, Klaus, creo que es la cosa más sincera que he dicho en mucho tiempo.

—Mensaje captado.

Quería estar seria, no reírme, pero con él era imposible, me sentía tremendamente feliz de verle allí, ya no me sentía nada sola, al contrario... jamás me había sentido tan acompañada.

David

Me levanté del sofá en cuanto escuché ruido en la habitación de Esmeralda, corrí y me quedé en el umbral cuando vi que ella estaba vomitando en el cubo que le había dejado junto a la cama, me había quedado quieto porque previendo que iría en cuando la escuchara, tenía su mano estirada hacia la puerta en señal de stop. Esperé pacientemente hasta que volvió a recostarse, suspiré, y con una toallita mojada me acerqué a ella, aún me costaba acostumbrarme a verla con ese pañuelo, le dije varias veces que se lo quitara, pero ella prefería que no la viera sin pelo, si ella supiera lo preciosa que me parecía, de todas las maneras posibles... aún no podía creerme lo que esa chica estaba haciéndome sentir, y ni siquiera la había besado, al menos un beso de verdad, ¿puedes enamorarte de alguien sin ni siquiera besarle?, ¿puedes añorar algo que nunca has tenido?.

Le sonreí cuando me miró con el ceño fruncido, se resistía a mis cuidados, pero dado que era el doble de cabezón que ella, había optado por rendirse, aparté el cubo y lo dejé en el baño, luego me senté en una silla a su lado, y con la toallita sequé el sudor de su frente y su cara, deteniéndome en esos labios que ahora estaban recobrando el color.

—No sé porque coño haces esto.

—Deja de ser mal hablada y deja que te ayude, sabes que no me importa.

Me sonrió y el cielo se abrió, durante unos segundos sentí que estaba sobre la cima de un rascacielos... aquel hormigueo en mi estómago cada vez se iba a adueñando más de mí.

—Tenías que haber ido a esa fiesta, seguro que era importante para Jacqui que estuvieras allí.

—Jacqui ha entendido perfectamente por qué no he ido, de hecho, me ha dicho que cuando te encuentres mejor, le gustaría conocerte.

—¿De verdad? —Preguntó con los ojos como platos—¿me traerá el nuevo libro?

—La razón por la que no lo tienes ya, es porque ella quiere entregártelo en persona.

Se echó a reír, y me sentí tremendamente feliz, era tan fácil hacerla feliz, que me prometí a mí mismo hacerla sonreír así, cada día. —¿Dónde vas?

—Necesito una ducha y lavarme los dientes—espetó saliendo de la cama — no me digas que ahora necesito tú permiso para moverme.

—Eres una cascarrabias.

—Y eso te gusta—sonreí sin poder ocultarlo, ella me devolvió la sonrisa y se metió en el baño, juntó la puerta para que no la viera, pero la dejó entreabierta por si en algún momento se sentía indispuesta, pudiera entrar— ¡Por fin vuelvo a ser persona! —dijo mientras salía del baño con ropa limpia, y un nuevo pañuelo, en la cabeza, sonreí al ver que Jacqui había acertado en el color, le sonreí y me devolvió la sonrisa, se sentó en la cama y dio varias palmadas para que me sentara a su lado, no le di tiempo a dar la tercera palmada y ya estaba a su lado— ¿qué he debido hacer para merecer a alguien como tú?

Tragué saliva al escuchar esas palabras de su boca, y volví a tragar saliva cuando me dejó acortar la distancia, ahora entendía las águilas imperiales que sentía Jacqueline por Klaus, le acaricié el mentón y cerró los ojos mientras suspiraba.

—David —susurró mientras abría los ojos, dejándome sin aliento —estar conmigo, es apostar al caballo lesionado, podré correr... pero nunca llegaré la primera.

—¿Acabas de compararte con un caballo? —fruncí el ceño y sonrió.

—¿Qué pasa?, me encantan los caballos.

Le sonreí mientras le pasaba el pulgar por los labios, había intentado resistirme, pero cada vez mi deseo de besarla era más, y más intenso... estaba cansado de decirme a mí mismo, espera, espera, ¡ya no podía más! Aún no sé cómo encontré el valor para acortar la distancia que nos separaba, quedé a pocos centímetros de sus labios, pudiendo sentir su aliento en mi cara, abrí los ojos mientras tragaba saliva, cuando asintió con un gesto suave, me relamí los labios y con mucho cuidado y como si fuera de cristal, la besé suavemente, apreté el labio inferior para poco después abrirme paso a través de su boca, el roce de su lengua fue la cosa más impresionante que había sentido nunca, unos sentimientos que creía perdidos se agolparon en mi estómago... deseando salir, pero debía ir con cuidado, no podía ser brusco con ella, así que la deleite con un beso suave, y sin esperarlo, me apreté el cuello con las manos y transformó el suave beso en un beso pasional que me dejó sin respiración, cuando paramos a respirar y nos miramos se echó a reír, imaginé que mi cara

debía ser un poema, se echó a reír de nuevo y me acarició los labios.

—Que esté enferma no significa nada, lo dulce está bien, pero si me das a elegir, prefiero la pasión desenfrenada.

—Ya lo he notado.

Nos echamos a reír, y volví a perderme en sus labios, aquellos labios que me abrían paso a un mundo que había creído perdido.

Jacqueline

Volvíamos a casa a las tantas de la madrugada, estaba agotada, pero aun así no podía evitar sentir ciertos nervios en el estómago, de saber que dormiría con Klaus... aunque si era sincera, esperaba no dormir.

El pequeño calentón en el ascensor bajando de casa de Dana de recoger mis cosas se había esfumado cuando habíamos subido al coche, Klaus parecía entretenido cantando mientras golpeaba el volante, yo lo miraba con una sonrisa de idiota en la cara, y sin darme cuenta seguía el ritmo de la canción con la cabeza.

—Quierooo casarme contigo, quedarme a tu lado, ser el bendecido con tu amor, por eso yo quiero dejar mi pasado que vengas conmigo por ir de tu brazo dulce amorrrr... —cantó mientras esperábamos a que el semáforo nos diera paso, cantaba el estribillo mientras bailaba sentado en el asiento, yo me partía de risa y me mordía los labios sintiéndome la mujer más feliz de mundo —¿qué?, ¿no me habías escuchando cantar o qué?

—Si —sonreí de nuevo—pero no sabía que te gustara Carlos vives.

—Me encanta Carlos vives, sobre todo esta canción—sonrió y subió el volumen.

—Puedo boxear en las olimpiadas, puedo mendigar por tu perdón, puedo mudarme a la castellana, agua fría por las mañanas...—canté para su sorpresa, haciendo que su sonrisa fuera mucho más extensa.

Cuando quise darme cuenta, la estábamos cantado los dos con las ventanillas bajadas, y seguramente despertando a casi todo el mundo, jamás olvidare ese momento, y aquella canción... aquella canción que Klaus cantaba con todo el sentimiento no podía evitar sonreír al ver las muecas que hacía, era sencillamente perfecto. Subimos a casa entre risas, cuando abrió la puerta y me dio paso me quedé en el umbral alucinada.

—Son mis cosas —dijo rascándose el cogote—pensé que era una tontería alargar la mudanza, prometo que mañana estará todo despejado.

—Tranquilo—dije sonriendo mientras me abría paso entre las cajas que había por todo el salón—¿todas estas cosas estaban en el estudio que habías

alquilado?

—No, el estudio era minúsculo, Claudia me dejó su trastero— se encogió de hombros—¿en serio no te importa?

Miré hacia la zona de los sofás, y vi su portátil en la mesa, sus películas en una de las estanterías, y allí donde miraba había algo de él, y aquello sencillamente me encantó, di un largo suspiro con una sonrisa en mi cara que no había manera de ocultar.

—¿Importarme? —Me miró sonriendo—. ¡Me encanta!

Dejé las cosas en la mesa y caminé por el salón, Klaus me miraba sonriendo, subió las escaleras para poco después bajar con un sobre en las manos, que me tendió mientras le miraba sin entender que estaba pasando — ¿Qué es esto?

—Ábrelo—cuando lo abrí y saqué un trozo papel casi me caigo hacia atrás, se trataba de un cheque con una cantidad bastante importante— la mitad de la casa.

—¿Cómo? —pregunté asombrada.

—Se lo mucho que te gusta esta casa, mírala, está llena de ti... además es lo suficientemente grande para los dos, de hecho, es enorme—sonrió mirándolo todo —no quiero que te desprendas de ella, pero no pienso quedarme en ella sin sentir que al menos, he colaborado en algo.

—Pero Klaus, no... no hacía falta, yo...

—Sí que lo hacía, además, así me siento mucho mejor—acarició mi cara deteniéndose en mis labios —quiero considerar a algo mi hogar, y jamás me había sentido más en casa, que cuando estoy aquí, contigo.

—Guau—sonreí mirando de nuevo el cheque —pero esto es una barbaridad, en serio, que no hace falta.

—No es una barbaridad, esta mañana ha estado mi amigo el del banco, ha tasado el ático, y esta es la mitad, así que, si quieres compartir su mitad conmigo, esta es la parte proporcional. Sonreí mientras miraba el cheque, ¿de dónde había sacado tanto dinero?, luego imaginé que sería el pago por algún trabajo de modelo, y deseé que así fuera, eso sería señal de que había aceptado más trabajos.

—Claro que quiero, el lunes mismo le diré que preparen las escrituras.

—Jacqueline, eso no es necesario, con saber que aceptas mi mitad, me basta —dijo sonriendo.

—No—fruncí el ceño—las cosas se hacen bien o no se hacen, si me das la parte proporcional a la mitad de ático, es mitad tuyo, así que tú nombre

debe figurar en las escrituras.

—Junto al tuyo... —susurró, y a mí se me paró el corazón. De repente, la idea de que nuestros nombres estuvieran juntos en un papel me pareció estupenda, y en una fracción de segundo me imaginé a mí vestida de blanco, sacudí la cabeza y deseché la idea de mi cabeza, seguramente que Klaus quisiera la seguridad de un hogar, no quería decir que quisiera casarse... “otra vez”. Poco después subía las escaleras seguida de Klaus, estaba deseando ducharme y quitarme todo el maquillaje, por unos minutos se me había olvidado de que habíamos estado hablando todo aquello, estando yo disfrazada con cicatrices por todos lados, ahogué un grito cuando entré en mi habitación, me di la vuelta y Klaus sonreía con las manos en los bolsillos. — ¡Dios mío, Klaus! —susurré sin voz, mientras caminaba temblorosa por mi habitación, corrijo, nuestra habitación.

—¿Te gusta? —preguntó a mi espalda.

—¿Qué si me gusta?, es, es...

—Como tú —me volví y le miré con los ojos llenos de lágrimas.

Si no fuera porque estaba en mi casa, no hubiera dicho que aquel sitio fuera mi habitación, había pintado todas las paredes de un blanco impresionante, había colgado varias estanterías, había puesto algunos libros sobre ellas, había colgado un mural lleno de fotos en una de las paredes, y había enmarcado mis tres libros que colgaban presidiendo la habitación, arriba de nuestro cabecero había una foto nuestra en blanco y negro que ocupaba toda la pared, era de uno de los días que habíamos estado en Alemania, yo sonreía con el sombrero de paja poniendo una mueca, y él me miraba con una ternura impresionante.

También me di cuenta de que había varias estanterías con cosas suyas, y aquello me hizo sentir en las nubes, había sacado un escritorio que tenía allí y lo había substituido por un diván blanco que le daba un toque elegante a la habitación, me asomé al vestidor y lo vi lleno hasta los topes, de su cosas y de las mías... aquello me encogió el corazón, y se encogió aún más, cuando vi su perfume y sus cosas en el baño.

—¡Ha quedado genial, Klaus! —dije con el hilo de voz que la emoción me permitía— ¿y la foto?, ¿Cómo has podido hacerla tan grande?, ¡ocupa media pared!

—Es papel —dijo acariciando la foto— mandé la foto y la plasmaron en papel— fue entonces cuando me di cuenta de que, en un lado de la foto, había algo escrito.

Caminé y me sentí minúscula ante la imagen de mí misma en aquella foto, abrí los ojos todo lo que pude para leer mejor que ponía.

A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante. Oscar Wilde.

Me llevé las manos a la boca, me había quedado tan impactada con toda la habitación que no había leído las letras que estaban a un lado de la foto, impresas en negro y cursivas, dando un toque original a la foto, fue entonces cuando vi que justo al lado de su cabeza en aquella foto había algo más escrito.

Solo nosotros, sabemos estar distanciamos juntos Julio Cortázar.

Hubiera acariciado aquellas letras, pero estaban demasiado altas.

—¿Cuándo narices has hecho esto? —pregunté algo más repuesta.

—Estos dos días, han dado para mucho...

—¿En dos días?, ¿Cómo es posible?

—Bueno, sin descansar y durmiendo muy poco se consiguen muchas cosas —dijo sonriendo, y yo me derretí.

Entonces ese era el aspecto que lucía un Klaus, que apenas había dormido... quise morirme. Si yo hubiera estado dos días sin dormir y sin parar de hacer cosas, mi cara sería un poema, por no decir que las ojeras me llegarían a los labios, y, sin embargo, él estaba tan increíblemente perturbador que dolía mirarle, allí tan sereno, aparentando una seguridad en sí mismo, que costaba creer que no fuera del todo la realidad, con ese traje negro, y esa pajarita que me hacía reír cada vez que la miraba.

—¿De qué te ríes?

—Tu pajarita, te quedan tan bien...

—La que tú me regalaste, aún me queda mejor, ¿no?

—Eso ni lo dudes—sonreí y me imitó.

—Voy a preparar el baño... no tardes.

Asentí mientras lo veía meterse en el baño, cuando escuché el agua caer, me relajé, empecé a quitarme las cicatrices de la cara y me acordé de mi hermano al menos un millón de veces, ¡joder! Espeté cuando aparté la última, tenía la cara algo en dolorida, ¡la madre que lo pario!, gesticulé un poco, hasta que mis labios y la cara en general me dejó de molestar, abrí de nuevo una nota mental, apunté y subrayé, «depilar con cera hirviendo, los testículos de mi hermano»

—Jacqueline —escuché a Klaus llamándome desde el baño, y como una niña obediente fui hacia él—ya está.

Sonreí algo cansada, y cuando iba a desvestirme, sujetó mis brazos haciendo que sintiera un leve mareo.

—Deberías quitarte primero el maquillaje, ¿no crees? —Me eché a reír, se me había olvidado por completo el maquillaje —Siéntate, yo te lo quito.

Asentí obediente y lo observé atentamente mientras se movía con agilidad por el baño, sacó la leche limpiadora, unos algodones y con una gracia innata, volcó un poco en el algodón y con sumo cuidado lo extendió por la cara, había fruncido el ceño concentrado en quitarme todo el maquillaje, estaba tan guapo... aun así, pasé mis dedos por la arruga de su frente, y besó mi muñeca mientras seguía atento a dejarme con mi color pálido habitual (hubiera pagado por ser algo morena de piel) , cuando me sonrió supe que ya había terminado, me puso de pie y me hizo alzar los brazos, le obedecí sin rechistar, la realidad era que me había puesto muy nerviosa, no me había dado cuenta de lo ansiosa de él que estaba, una vez estuve desnuda, me ayudó a meterme en la bañera y cuando estuve sentada besó mi frente. —¿No te metes conmigo?

—Claro, —sonrió y me subió la fiebre.

Y como si de un espectáculo se tratase, se quitó la chaqueta del traje maravilloso que le quedaba como un guante, luego deshizo la pajarita y me la lanzó, la cogí al vuelo y sonreí alzándola como si de un premio se tratase, luego poco a poco fue desnudándose cuidadosamente sin apartar los ojos de mí, a esas alturas yo estaba con la boca ligeramente abierta intentando respirar , aquella visión de ese apolo, ante mí, desnudándose como si estuviera abriendo un regalo me puso la piel de gallina, cuando estuvo desnudo, suspiré... recé a dios y di gracias por regalarme ese bombón de testosterona, algo desequilibrado algunas veces, sí, pero me volvía loca.

Torció su cabeza y sonreí, puse un poco de espuma en mis manos y soplé, la espuma voló como por arte de magia, y algunas motas de espuma acabaron en su torso, me sonrió y me aparté para dejarle entrar, me recosté sobre su pecho y apoyé mi cabeza en el cuello, el besó mi frente y me rodeó con sus brazos.

—Ya no te escapas.

—Jamás me escaparía —susurré acariciando sus manos.

Cerré los ojos mientras sentía sus manos acariciándome, yo ya estaba a punto de la locura, excitada a más no poder y ansiosa por sentir sus manos por lugares que me pedían ansiosos un poco de la atención de ese dios griego, que jugaba con mi cordura demasiadas veces, fue entonces cuando le escuché tararear.

—¿Qué tarareas?

—Estaba pensando ahora mismo, en una canción—besó mi frente— se llama be still de The fray, ¿la has escuchado alguna vez? —No me suena, ¿qué dice la canción?

—Quédate quieto y sabrás que estoy contigo, quédate quieto y sabrás que estoy aquí, cuando la oscuridad venga sobre ti y te cubra con miedo y pena quédate quieto y sabrás que estoy contigo... es muy triste, pero bonita.

—Las mejores canciones, siempre suelen ser tristes.

—Como las películas, y muchos de los libros.

—Mi madre dice que los mejores libros, o los que más recuerdas, son aquellos que no esperaste que acabaran mal, el final te sobrecoge tanto, que es imposible olvidarlo.

—¿Tú piensas lo mismo? —preguntó dándome un beso en la mejilla.

—¡A mí me da mucho por culo que un libro acabe mal! —Espeté y empezó a reírse —no te rías, va en serio, luego se te queda esa sensación extraña en el estómago que... ¡Buf!, durante unas horas, no sabes que harás con tú vida.

—Pues usted señorita, acabó su primer libro con un final desastroso.

—Si usted no hubiera sido un cabrón, hubiera estado de buen ánimo para escribir un final de película.

—Mea culpa —susurró en mi oído— aunque creo que he pagado mucha penitencia, ¿no crees?

—Bueno...

—¿Bueno? —Besó mi cuello y se me puso la piel de gallina—. Busquemos entonces la forma de redimirme.

Sin darme tiempo a decir nada más, y antes de que pudiera siquiera moverme, me apresó en sus brazos y devoró mi cuello con fuerza haciéndome estremecer, di por hecho de que me dejaría unos cuantos cardenales en la piel, pero ¿sabéis qué? Me daba igual, vivía por y para él, y aunque tuviera que ir con un pañuelo en mitad de agosto me daba igual. Bajó sus manos en dirección a mis pechos, donde apresó uno de los pezones haciendo que sintiera un calambre por el cuerpo, me convulsioné a la vez que gemí, aquello era... increíble, después mientras me torturaba un pezón fue bajando su mano por mis costillas, bordeando mis caderas, haciendo casi que suplicara para que por fin me acariciara mi parte más sensible, que imploraba por ser acariciada, por esas manos, por esas manos que se habían convertido en sus dueñas.

—¿Qué opinas ahora? —Me susurró al oído mientras me penetraba con

un dedo —¿crees que merezco que me perdones?

—No se...

—¿Y ahora? —volvió a susurrar introduciendo otro dedo, y retorciéndolos dentro de mí, haciendo que me dieran espasmos —puedo seguir así, eternamente.

Subí temerosa las tres escaleras que me separaban de Esmeralda, tenía mi libro entre las manos, y daba gracias a dios que se lo había traído envuelto, sino habría desecho la portada de papel de los mismos nervios, estaba realmente nerviosa, como si fuera a tener una entrevista de vital importancia, incluso me acordé de la primera vez que vi a Alejo en persona, prácticamente eran los mismos nervios, ¿pero que me pasa?, ¡solo es la novia de David, por favor compórtate!

—Relájate Jacqui —me susurró David, mientras metía la llave en la cerradura— solo es mi novia, ni que fueras a conocer a Bustamante.

—Si fuera a conocer a Bustamante, te aseguro que no estaría tan nerviosa —me sonrió y le imité, a decir verdad, si fuera a conocer a Bustamante, ya me hubiera dado un paro cardíaco —¿crees que le gustaré?

—¿Pero qué tonterías dices?, ¿en serio te preocupa eso?

—Le has contado lo que tuvimos, eso es presión extra... tengo miedo de que me tenga manía o algo así, ella es muy importante para ti, quiero seguir formando parte de tu vida, si no le gustara al final acabaríamos por distanciarnos y yo...

—Y tú me quieres —acabó la frase y me acarició la mejilla— y yo también te quiero, y es por eso, por lo que ella también te quiere —fruncí el ceño— te tiene mucho cariño... ya sabes que soy muy bueno contando anécdotas.

—¡Miedo me das!, a saber, que le habrás contado.

—Bueno, si te sirve de algo, ella está de tu parte, así que... No acabó la frase y abrió la puerta, tragué saliva como pude, era la primera vez que realmente quería gustar, necesitaba gustarle a aquella chica, más que nada en este mundo.

Cuando me adentré vi que la terraza estaba abierta, tuve una extraña sensación, durante unos segundos reviví el momento que viví con Ana unos meses atrás, tuve un escalofrío y meneé la cabeza para quitarme esa imagen de la cabeza, cuando quise darme cuenta una chica con una sonrisa de oreja a oreja atravesaba el pasillo dando saltitos hacia mí. Llevaba unos pantalones cortos color rosa, y una camiseta de tirantes blanca, se había puesto el pañuelo

que días atrás le había dado a David para que se lo regalara, le sonreí con los nervios a más no poder, y cuando quise darme cuenta me tenía rodeada por el cuello y daba pequeños grititos, sonreí y le correspondí el abrazo, olía a fresas y a David.

—¡Jacqueline Amorós!, por fin nos conocemos —dijo después de darme dos sonoros besos en las mejillas— cuantas ganas tenía de conocerte.

—Lo mismo digo, Esmeralda —sonreí tímida.

—Eres muchísimo más guapa en persona, ¡vaya que sí! —No pude evitar ponerme más roja que un tomate y mirar hacia el suelo varias veces, David sonreía y ella estaba entusiasmada—. Gracias por el pañuelo, ¡me encanta!

—De nada, mujer, me encantó en cuanto lo vi —ambas nos miramos sonriendo, era una autentica belleza —por cierto, esto es para ti.

—¿Para mí? —Abrió los ojos de par en par. —¿No será...? —Asentí y volvió a dar otro gritito. —¡Oh dios mío, por fin!, estuve mirando por las librerías y no había manera.

—Aún no han llegado a todas las librerías, seguramente estén la semana que viene.

—¿Soy de las primeras en tenerlo?

—Se podría decir que sí.

Antes de darme cuenta la volvía a tener rodeándome el cuello, era tan fácil hacerla tan feliz, que se me puso un nudo en el estómago. —¿Estas llorando? —Preguntó al apartarse de mí—. Lo siento, yo sé que con el pañuelo parezco una...

—¡No!, ¡No! —La interrumpí—. Mi tía tubo cáncer, no se me hace raro verte así —sonreí —es que... no sé, tenía ganas de conocerte y no sé, soy idiota, lo siento.

—¿Está bien?

—¿Perdón?

—Tu tía —sonrió acariciando la tapa del libro.

—¡Ah! si, perfectamente, gracias.

Después de aquello nos movimos a la terraza y allí estuvimos alrededor de dos horas hablando de muchísimas cosas, nos hizo contarle como David y yo nos habíamos conocido, como fue cuando me enteré de que Klaus se había casado, lo cierto que me hizo pasear por recuerdos que tenía apartados, y fue curioso cómo incluso los recuerdos que no eran del todo buenos tenían un sabor menos amargo, todo quedaba muy lejos, y daba gracias por ello.

—¿En serio no puedes quedarte a comer? —preguntó haciendo un

puchero.

—Esme, no la atosigues —interrumpió David— tiene cosas que hacer.

—¿Te llamas Jacqueline y escribes libros? —David frunció el ceño y negó con la cabeza— ¡Pues entonces, chitón!, no estoy preguntándote a ti.

No pude evitar echarme a reír, e ignoré la mirada asesina de David.

—Me encantaría poder quedarme, pero he quedado con Klaus y... —la miré durante unos segundos, tenía la expresión de una niña el día de navidad y no me pude negar— y... pueden esperar, estaré encantada de quedarme.

—¡Genial!

—Yo avisaré a Klaus —apuntó David, dejándonos solas en la terraza — parece ser que aquí sobro.

Espetó a lo que nos echamos a reír.

—Sé que animaste a David, en cuanto a que no se rindiera conmigo.

—Oh—agaché la cabeza —bueno, solo le dije lo que necesitaba oír, lo que tú le haces sentir, hizo el resto.

—Gracias, intenté alejarle, pero no había manera... es muy cabezón — me eché a reír— que te voy a contar, que no sepas.

—Os merecéis el uno al otro, no te niegues a vivir nada por esta enfermedad, —le acaricié y apretó mi mano —esto es temporal, y David puede ser para siempre.

Se secó las lágrimas intentando disimular y le correspondí el apretón.

—Tenía miedo de no gustarte, Jacqui —abrí los ojos de par en par.

—¿Cómo?, ¿Por qué?

—Tú eres muy importante para David, eres especial para él, y no pretendo cambiar eso, tú opinión es crucial, y tenía miedo de no gustarte, de que no me vieras lo suficientemente buena para él, sé que, aunque no habéis sido pareja...ya sabes.

—Esmeralda... eres todo lo que siempre había querido para él, he visto como le miras, como le tocas, como se te iluminan los ojos cuando pasa por tu lado, yo jamás habría podido mirarle así, le miras como si no existiese nadie más, y ¡guau! —Sonreí. —Yo sí que tenía pánico a no gustarte.

—¿Tú? ¿Por qué no ibas a gustarme?

—Por lo que tuvimos en un pasado.

—Mira —me levantó la barbilla —si hoy David es como es, es por lo que sintió por ti, si no hubiera sido así, sé que no me habría tomado en serio, le hizo madurar a un nivel que no imaginas, y justo ahí aparecí yo.

Ambas nos echamos a reír, miré la terraza de un lado a otro, y sonreí,

¿Qué narices tenía aquella dichosa terraza?, noté como me miraba, así que no tuve más remedio que contarle mi experiencia allí mismo, meses atrás, obviando el hecho de que Klaus había estado en un sanatorio, claro está.

Cuando estábamos con la mesa puesta sonó la puerta y un escalofrío me recorrió la columna, aún no lo había visto y ya sabía que era él, y no porque lo estuviéramos esperándolo, sino porque tenía la habilidad de sentirle. Cuando lo vi caminando hacia nosotras sonreí, se había puesto un pantalón de lino blanco y una camiseta de manga corta azul, estaba... Increíble, saludó a David estrechándole la mano, y luego siguió caminando hacia nosotras, Esmeralda se había quedado como si fuera de hielo, con la boca entreabierta, sonreí al verla y más cuando vi como David fruncía el ceño.

—Así que tú eres la famosa Esmeralda —la tomó de la mano, la miró a los ojos fijamente y le dio un beso en los nudillos sin apartar los ojos de ella, pude escuchar como ahogaba un suspiro y negué con la cabeza mientras me movía hacia David, que miraba la escena resignado —encantado de conocerte, soy Klaus.

—¿Crees que lo está haciendo para cabrearme? —le miré sonriendo y le acaricié la espalda —te lo estoy preguntando en serio. —Definitivamente, si —me miró y le sonreí —tenías que haberlo sabido.

—Rencoroso —susurró y solté una carcajada que hizo que Esme y Klaus nos miraran.

—¿Qué esperabas? —Susurré en su oído cuando Klaus y Esmeralda retomaron la conversación—. Te acostaste con su novia, en repetidas ocasiones.

—Espera, espera, ¿Cómo está eso? —Me miró incrédulo—. Su novia también se acostó conmigo y a ella le regala orgasmos —me cubrí la boca para ahogar la risa y me miró divertido —me da a mí que el señorito Grass, es de rencor selectivo.

—Puede ser —me encogí de hombros— ¿acaso quieres que te regale los orgasmos a ti?

Se echó a reír, y cuando iba a contestarme nos dimos cuenta de que había demasiado silencio, cuando miramos al frente vimos a Esmeralda y Klaus mirándonos, Esme sonreía, y Klaus intentaba disimular que no le hacía mucha gracia aquello.

—Es genial ver la complicidad que tenéis —dijo Esmeralda sonriendo, Klaus miró hacia otro lado.

El resto de la comida transcurrió tranquila, sin demasiados aspavientos,

con una conversación sosegada, para mi sorpresa Klaus se mostró bastante relajado, y me sentí muy cómoda, Esmeralda era una chica estupenda, sin lugar a dudas, David había acertado, de vez en cuando me quedaba callada, mirando la escena, mirando como Esme miraba a David con adoración, ¿yo miraba a Klaus así también?, Klaus reía ante las bromas y las anécdotas que David contaba sin parar, sé que aunque no lo reconociera jamás, David le caía bien. Sonreí para mí misma varias veces, para mí, aquella simple comida de amigos estaba siendo uno de los mejores momentos de hacía unos meses.

Fruncí el ceño cuando recibí un mensaje de Alejandro, (mi agente) ese mismo jueves tendría una entrevista de radio en una emisora importante, y el viernes otra en el Arena, uno de los mejores hoteles frente a la playa, no tenía ni idea de que tenía que empezar con las entrevistas esa misma semana, el mensaje era muy escueto así que acepté tomar un café con él al día siguiente, para que me comentara mejor de que iba todo aquello. Cuando volví a centrarme en la comida, ya estaban preparando el café.

—Te has quedado ausente —dijo David, observándome sentado frente a mí.

—Lo siento, cosas del trabajo, ahora empieza el follón...

—¿Viajarás mucho?

—Por Latinoamérica, durante unos meses —le sonreí— no me puedo quejar.

David sonrió y miró detrás de mí esbozando aún una sonrisa más amplia, cuando me volví pude ver porque sonreía, Klaus y Esme hacían muecas y se hacían fotos en la cocina, mientras esperaban a que saliera el café, me volví hacia David y nos miramos fijamente.

—Se caen bien—sonreí.

—Ya te digo—frunció el ceño—demasiado bien, diría yo, seguro que todas esas fotos se las está pasando a sus amigas. —¿Estas celoso de que haga eso? —Me eché a reír—. Vamos... es Klaus.

—Sí, ¡del cual ahí vallas publicitarias gigantes por toda la ciudad!, no sé cómo te lo tomas tan bien.

—¿Y qué quieres que haga?, ¿les prendo fuego?, me meterían en la cárcel por pirómana, por no hablar de todo el papeleo que se armaría.

Se echó a reír durante unos segundos hasta que sentí que dejaba de sonreír y fruncía el ceño, se levantó de golpe y se perdió por el pasillo, pude escuchar que abría la puerta de su despacho, me distrajerón las risas de Klaus, que venía hacia mí con una bandeja con el café y varios pasteles, le seguía

Esmeralda con una sonrisa increíble, ambos se sentaron y empezamos a servirnos el café, cuando casi había olvidado el comportamiento de David volvió a aparecer por el salón con una carpeta en las manos, miró a Klaus y sonrió.

—Casi se me olvida, Klaus —se rascó el cogote— aquí tienes los papeles que me pediste.

—¡Ah! —Sonrió nervioso—. Gracias, así que, ¿ya es oficial?

—Sí, ya estas oficialmente Divorciado.

Aquello me dejó de hielo, no sabía porque había imaginado que ya estaba divorciado del todo cuando vino a Alemania, Klaus apretó la carpeta y la metió en mi bolso sin mirarme, evitaba a toda costa mi mirada, pero... ¿Por qué? Intenté ignorar que el hecho de que ya se hubiera casado me cabreaba soberanamente, poco después nos despedimos de la pareja de enamorados y nos metimos en el coche en silencio, yo tenía el bolso apretado, y podía sentir como si tuviera algo que gritaba en su interior.

—¿Todo bien? —Preguntó devolviéndome a la realidad —Estas muy callada.

—Sí, estoy bien, ¿dónde estamos?

—Quería presentarte a alguien, si no te importa, claro. —No me importa —sonreí— ¿y a quien me vas a presentar?

No dijo nada, pero me sonrió, cuando salí del coche me estaba esperando, me agarró de la mano, besó mis nudillos, y ambos caminamos juntos hacia una casa que estaba tras un precioso jardín, no era muy grande, pero era preciosa, toda blanca exceptuando las ventanas que estaban de un color azul, un azul como los ojos de... Klaus. Sonreí sin poderlo evitar, aquella pequeña casa parecía sacada de un cuento, tiró de mí al ver que me había quedado quieta.

Cuando me di cuenta, Klaus había entrado en aquella casa, y me había dejado en el umbral, allí en una mecedora, frente a una ventana, había una mujer que se mecía sin percatarse de que había alguien allí, Klaus le tocó el hombro y la mujer se volvió, cuando lo vio se quitó unos pequeños cascos que tenía y le abrazó después de sonreírle, Klaus le dijo algo y aquella mujer se volvió hacia mí y todo el semblante de felicidad desapareció y yo sentí que la sangre se me helaba.

—Madre, esta es Jacqueline —dijo Klaus en voz baja, aquella mujer asintió y caminó hacia mí.

Tenía el pelo a melena negro, y los ojos muy marrones, tanto, que me

daba la sensación de que eran negros, durante unos segundos tuve que apartar la vista de aquella mujer, porque me daba la sensación de que podía leerme el pensamiento.

—Así que, ¿tú eres la famosa escritora? —me tendió la mano, que acepté — he oído hablar mucho de ti.

—Gracias.

—Así que mi hijo, haciendo caso omiso a lo que le aconsejé, fue a buscarte, ¿verdad?

Abrí los ojos de par en par, miré a Klaus que tenía un semblante de disgusto.

—¿Ya empieza, madre?

—Klaus —dijo interrumpiéndole— te había dicho que quería conocerla, quería saber quién ha sido la responsable de la recaída de mi hijo, para poder decirle a la cara las cuatro cosas que pienso.

—¡MAMA! —gritó Klaus.

—¿Cómo dice? —pregunté frunciendo el ceño.

—Tú engatusaste a mi hijo con tus tonterías del amor, para luego dejarle tirado como un perro, ¡no sabes cómo sufrió! —Gritó con los ojos fuera de sí —Si me hubiera hecho caso, jamás habría pasado por eso, ¡jamás!

—¿Hacerla caso? —pregunté echándome a reír, pareciéndome todo aquello demasiado surrealista para ser real —¿está usted loca?

Aquellas palabras salieron de mí sin darme cuenta, Klaus me miró con los ojos abiertos de par en par, y no era el único, aquella mujer me miraba del mismo modo.

—¿Qué has dicho?

—Lo que está oyendo, usted metió a su hijo gilipollecas en la cabeza, culpó a su marido de todo, e hizo que su hijo no quisiera saber nada de su padre, se ha pasado todos estos años compadeciéndose de usted misma, culpando a todo el mundo de que su marido la abandonara, ¿se ha parado a pensar, si usted fue la responsable?, —Jacqueline, por favor —dijo Klaus, caminando hacia mí.

—Cállate —dijo mirando a su hijo con una calma extraña— continua...

—¿Cómo?

—Que sigas diciéndome que piensas de mí, me resulta... interesante.

Miré a Klaus alucinada, ¿pero qué mierdas le pasaba a esa mujer?, él me miró con el mismo semblante y se encogió de hombros.

—Creo que ya se lo he dicho todo. —Dije con un halo de desconfianza.

—Vaya... bueno, ha estado mejor de lo que pensaba, ha habido un momento en el que pensé que te pondrías a llorar y saldrías de aquí, me has sorprendido —me sonrió ignorando mi cara de escepticismo—. Me llamo Lilian.

—¿Cómo? —Tartamudeé—. Encantada Lilian, supongo.

—Pasad —Sonrió—sentaros—Klaus se movió hasta posicionarse a mi lado, y me llevó hasta el sofá, donde nos sentamos frente a Lilian, que me miraba sonriendo— perdona mi actitud de antes, quería comprobar que mi chico estaba con una mujer con carácter, y después de todo lo que ha hecho por ti, quería comprobar si serías capaz de aguantar a una bruja como suegra.

Bruja se quedaría corto.

—¿Y tienes que hacer este espectáculo, justo hoy? ¡Joder madre!, ya sabes lo importante que es que Jacqui te conociera, ¡ha estado a punto de darme un jodido infarto!

—Vamos, no seas blando —se levantó y miró por la ventana— ¡Francesco está llegando!, esperar un momento, no os mováis.

Dijo entusiasmada y salió de aquel salón completamente iluminado por el sol, yo seguía algo extraña, ¿Qué narices había sido aquello?

—No sé, pero pensaba que tu madre era...

—¿Una mujer deprimida? —asentí sin mirarle— lo era hasta hace unos años —dijo en un tono algo extraño, pero como aún seguía alucinada por lo acontecido no hice mucho caso— se apuntó a clases de teatro para mayores, lo que ha hecho antes ha sido una escena de improvisación... está loca, solo a ella se le ocurre semejante escenita, la madre que la parió.

—No te enfades, ha sido algo raro —me eché a reír con ganas, sin poder parar —esto ni en mis libros, es buena actriz, ¡desde luego que sí!

—Ya pararás de reírte —susurró a lo que yo me reí con más ganas— me prometió que se comportaría, seguro que ha sido ese...

Se quedó en silencio cuando escuchamos las risas de Lilian, acompañadas de la voz de un hombre, abrí los ojos de par en par, expectante de pensar a quien vería entrar por la puerta de aquella casa, ya que Klaus estaba súper tenso, no había que ser muy lista para saber que quien quiera que fuese ese hombre, no era de su agrado.

—¡Hola Klaus, encantado de volver a verte! —dijo un hombre alto y fuerte, de unos cincuenta años, del estilo de su padre, súper cuidado, tanto, que, si no fuera por su pelo blanco y las arrugas en su cara, le habría puesto muchos menos, Klaus le estrechó la mano y fingió una sonrisa que no le llego a

los ojos— ¡anda!, veo que has traído a la joven promesa de la escritura, soy Francesco.

—Encantada —dije tendiéndole la mano, que apretó y se llevó a los labios para besar mis nudillos.

Pude notar la incomodidad de Klaus, y no supe porque, aquel hombre era tremendamente educado y caballeroso, y tenía una peculiar y picante manera de mirar a Lilian, no sabía si Klaus lo había notado, pero era demasiado evidente, o quizá era yo, que era demasiado observadora.

No sabía porque, me había creado una imagen de Lilian que era muy diferente a la que estaba viendo, quizá la imagen que tenía de ella, era la imagen de la antigua Lilian, que ahora parecía completamente rejuvenecida, me moría de ganas de poder estar a solas con Klaus para que me contara que narices le pasaba, aunque creo que estaba claro, y de hecho tenía nombre, Francesco.

Dos horas y media después, Klaus conducía en silencio, yo llevaba en la mano unas pulseras que me había regalado Lilian, eran royo hippie y la verdad que me encantaban, sonreí cuando le miré, pero fruncí el ceño al ver que apretaba el volante.

—¿Se puede saber que mierdas te pasa, Klaus?

—No me pasa nada.

—Ya, ¿sabes?, deberías ir a las clases de teatro de tu madre, te ayudaría bastante.

—Deja el cachondeo, que bastante vergüenza ajena me ha dado.

—No seas cuadrículado —me miró fijamente— vale que me haya dejado un poco alucinada con aquel numerito, pero luego ha sido divertido, sobre todo cuando Francesco nos ha contado las veces que había ensayado alguna de las cosas que me iba a decir.

—A mí no me hace gracia, y menos Francesco.

—¿Pero qué dices? ¡Si es un encanto!

—Ha vuelto a mi madre más loca de lo que ya estaba —dijo en tono de asco, y no le pegué un capón, por no provocar un accidente.

—No es a la única —puntualice mirando por la ventana, sentí la mirada de Klaus en mi cuello, pero le ignoré, no hacía falta que me explicara que le pasaba con aquel encantador Italoespañol, no le era cómodo saber que su madre gozaba de un sexo tan estupendo, que había hecho que se olvidara de aquella horrible depresión, y si la había curado, ¿Por qué tenerle tanta manía? Yo si fuera él, le hubiera dado un diploma.

Llegamos a casa en silencio, Klaus estaba muy molesto, y decidí pasar de él, y lo conseguí hasta que me preguntó porque sonreía de aquella manera.

12

—Es David, me acaba de mandar un mensaje, a Esme le apetece salir mañana, y me ha dicho que, si nos apetece acompañarlos, irán al karaoke donde trabaja el hermano de Esme—. Klaus me miró con cara de «que pinto yo en un Karaoke»

—¡Oh vamos! no me mires así, será divertido.

—No me apetece.

—Pues aquí te quedas tú, yo desde luego pienso salir.

—¿Tanto te apetece? —preguntó cruzándose de brazos mientras yo cerraba la puerta.

—El jueves empiezo la primera entrevista, y después empiezo la gira de promoción, apenas tendré tiempo de hacer nada—le miré intentado potenciar mi mirada triste y parece ser que funcionó, porque intentó reprimir una sonrisa.

—De acuerdo —dijo acercándose a mí como si fuera una pantera a punto de darle caza a su presa, para aquel entonces ya había dejado de respirar— pero tendrás que darme las gracias de alguna manera.

—¿Las gracias?

—Odio los karaokes —susurró a pocos centímetros de mi boca —pero por ti, haré una excepción.

—¿Y por eso debo darte las gracias?

—Ajá —susurró pasando los dedos por mis labios —desnúdate y metete en la ducha, no enciendas el agua.

—¿Cómo? —pregunté sonriendo.

—¿No me has oído?, desnúdate y ves al baño, pero no enciendas el agua.

Iba a rebatirle, pero algo en sus ojos me hicieron quedarme en silencio y hacer lo que me pedía, el corazón me latía desbocado, me había quedado sin saliva y me sentía húmeda por momentos. Así que me desnudé como él me dijo, suspiró cuando me quedé desnuda frente a él, y yo suspiré cuando me miró de aquella manera tan abrasadora, cuando terminé el movió la cabeza y entendí su señal, así que sin saber porque exactamente seguía sus órdenes como si de mí dueño se tratase, entré al baño y esperé allí inquieta, pocos minutos después lo vi entrar completamente desnudo y con una cuerda en las

manos, habría gritado pero verle completamente desnudo y tan erecto me hizo quedar en silencio, entró dentro y pude sentir lo alto y grande que era a comparación mía, estaba serio, con la mirada fija en mí, con los ojos casi negros a causa de la excitación —Junta las manos y levántalas.

—Pero ¿quién te has pensado que eres?

—¿No puedes hacerme caso sin más?, levanta las jodidas manos, Jacqueline.

No dije nada, aunque le miré alzando una ceja que no había visto antes, ja, hice lo que me pidió, ató mis manos a alg

—¿Cuándo has puesto esa anilla ahí? —no me contesto, se limitó a sonreír de medio liado.

Creándome un amago de infarto, resoplé quedándome completamente quieta, dejándome llevar por el brillo de sus ojos, que decían más que cualquier palabra, inspiró y con su dedo índice de la mano derecha me acarició el labio inferior, que segundos después mordí, siguió bajando el dedo al que ahora se habían unido tres, por mi garganta, entre mis pechos, hasta mi ombligo donde se detuvo, me miró fijamente y antes de que pudiera inspirar me devoró los pezones de una manera que rozaba el dolor. Era un dolor placentero, yo me sacudía sin poder evitarlo, mientras continuaba con esa deliciosa tortura pude sentir los dedos de nuevo en movimiento, dieron un rodeo por mi ombligo y fueron descendiendo hasta adentrarse en mi hendidura que rugía nerviosa, y ansiosa de él, acarició mi clítoris con sumo cuidado y dulzura, pero como estaba tan excitada lo sentí tanto que creí marearme. Mientras iba endureciendo las caricias y haciéndolas más persistentes seguía devorando mis pezones de aquella manera tan abrasadora, me había excitado tanto que si hubiera podido soltarme le habría acabado arañando como una loca, cuando empecé a sentir esa oleada de fuego por mi bajo vientre me arqueé, sentir sus dedos por mi clítoris, y su lengua por mis pezones era más de lo que podía soportar, y cuando creía que acabaría estallando introdujo un dedo y lo movió presionando aún más mi clítoris, cuando empecé a sentir los primeros espasmos del orgasmo. Klaus movió su mano y de repente un chorro de agua helada cayó sobre mí, aquel cambio de temperatura en otro momento me habría cortado el clímax, pero justo en ese instante mi piel se tornó hipersensible, y aun pude notar más las caricias haciendo que me propulsaran al orgasmo más increíble de mi vida, me arqueé y retorcí hasta que no pude más, supe que había gritado cuando sentí mi garganta rasposa.

—Así me gusta— susurró devolviendo su boca a mis labios y

devorándolos con increíble pasión.

Antes de que pudiera darme cuenta me había dado la vuelta, entendiendo que pretendía, me incliné para darle la vista que necesitaba, y después de un gruñido me penetró tan fuerte que me di contra la pared, estaba medio recuperada del primer orgasmo cuando empecé a sentir que le acompañaba otro, ¿podía ser? Cuando escuché su respiración y sus dedos apretar mis caderas me dejé llevar en otro grito, que provocó que se vaciara en mí entre gruñidos y arañazos.

Cuando salió de mí, estaba tan débil que me fallaron las rodillas, sino hubiera sido porque seguía atada me habría caído de culo, Klaus me agarró por la cintura y me ayudó a ponerme bien, me apoyó contra la pared y apretó su cuerpo contra mí para evitar que volviera a caerme, me sonrió dulcemente y me lancé a sus labios como una loca, apenas tenía fuerza para sostenerme, pero aquello que sentía por él, me daba la fuerza que necesitaba. Se había vuelto a empalmar, pero supe que había notado mi cansancio cuando en lugar de volverme a penetrar se dedicó a lavarme el pelo con sumo cuidado, después me desató y me llevó a la cama en volandas, no hace falta decir que después de recuperarme pasamos una entretenida tarde de sexo temático fantástico... me encantaban los maratones de sexo, sobre todo si eran con aquel poderoso, fuerte y atrayente hombre que me volvía loca.

Me miraba frente a un espejo con los ojos abiertos de par en par, pasaba mis manos sobre el traje para sentir el tacto de la tela, suave y blanca, llevaba un recogido en el pelo, habían dejado mi pelo con bonitas ondas al agua, y me habían hecho un recogido a media altura, me habían hecho una raya en un lado y decorado mi pelo con pequeñas perlas que parecían brillantes, habían maquillado mis pequeños ojos verdes de tal manera que estaban más brillantes que nunca, inspiré en el momento en el que la modista me acabó de colocar la mantilla que caía en cascada por mi espalda hasta la cola, torcí la cabeza en un gesto que había aprendido de Klaus y sonreí, aquel traje de corte romántico ceñido al cuerpo del cual se abría una larga cola por la parte de atrás, me sentaba como un guante.

—Estás preciosa —dijo Bea a mi espalda.

—¿En serio?

—¡Mírate por Dios! pareces sacada de una sesión de fotos de Rosa Clará.

Me eché a reír, miré el reloj y supe que debía ponerme en marcha, de camino en la limusina que nos llevaba a la iglesia me retorcí las manos varias

veces, manos que he de decir que estaban preciosas con la increíble manicura que llevaba, nunca había pensado que me casaría en una iglesia, siempre había creído que me casaría en una playa o algo así, no sé, algo más hippie y más informal, aun así todo estaba siendo de ensueño, cuando me vi frente aquella maravillosa iglesia sentí que se me oprimía el pecho, allí dentro estaría Klaus, mi Klaus... esperándome, decidido a pasar el resto de su vida conmigo, estaba perdida en mis cosas cuando vi una mano tendida que reconocí enseguida, mi padre me ayudó a salir de la limusina y a ponerme bien el vestido, estaba feliz, y orgulloso, aunque le veía cierta tristeza en los ojos, sonreí cuando le acaricié la cara, y fingió un estornudo para evitar un sollozo, agarrados de la mano subimos los escalones, en la entrada estaban mis amigas, que me sonrieron de oreja a oreja, pude ver como Dana se secaba las lágrimas, y Bea evitaba mi mirada a toda costa, si fijaba sus ojos verdes en los míos, acabaría estropeando su perfecto maquillaje por segunda vez, y me había costado dios y ayuda arreglarle el destrozo que se había hecho cuando me había visto el peinado terminado... desde mi posición podía ver la iglesia abarrotada, empecé a ponerme muy nerviosa.

—Jacqueline —mi padre me acarició la mejilla con ternura —¿Eres feliz?

—Jamás lo había sido tanto, papá.

Ambos nos miramos intentado no llorar.

—Durante un tiempo, pensé que me había perdido muchas cosas de ti cuando me fui fuera a trabajar... cuando volví ya no vivías en casa, estabas trabajando, y sentía que te habías acostumbrado a estar sin mí.

—Papá, no... —sollocé.

—Dejé una niña, y me encontré con la mujer más increíble que he tenido el placer de conocer—. Para aquel entonces, yo ya era un paño de lágrimas—. Gracias por hacerme sentir tan afortunado. —Papá, te eché de menos cada segundo, de cada día en los que no estuviste, no volví a estar completa hasta que volviste, te quiero de una manera tan especial, eres mi hombre preferido en la faz de la tierra.

—Mmm —sonrió— ¿por encima de Klaus?

—Klaus necesitará mucho para igualarse—sonreí dándole un golpecito en el pecho —pero lo intenta, y por eso lo amo tanto. —Me alegro cariño, jamás he visto a nadie mirarte, como te mira él—apretó mi mano—no puedo creer que se vaya a casar mi niña —me besó la frente y apreté mis ojos para evitar más lágrimas— no quiero volver a estar lejos de ti mi Jaqui, no quiero

volver a perderme nada, nunca más.

—Nunca te has perdido nada.

—¿No?

—No —sonreí —no puedes perderte nada, cuando estás conmigo, dentro de mí, no importa la distancia papá, tú vives en mí. Me abracé a él, mientras llorábamos, sobre todo mi padre, jamás lo había visto llorar así, después de varios minutos nos repusimos y pude retocarme el maquillaje que por suerte no había sufrido grandes estragos con aquella llantina, sonreí cuando nos avisaron que era el momento, inspiré y cuando empezaba a pensar que sonaría la típica canción de bodas, empecé a escuchar “what a wonderful world”, tocada con un saxo, miré a mi padre que sonreía cómplice, cuando quise darme cuenta, ya estaba caminando por la pasarela, todo el mundo estaba en pie, todos me sonreían, yo estaba aferrada al brazo de mi padre, estaba segura que le acabaría por salir un moratón, cuando fije mi vista al frente, Klaus me sonreía, radiante, vestido de esmoquin, increíblemente perfecto y perturbador, podía distinguírle los ojos azules desde donde yo estaba, caminando hacia él, hacia el hombre de mi vida, con el que deseaba pasar el resto de mi vida, y a quien quería engañar, había estado deseando casarme con él desde casi el principio. —Jacqueline —susurró cuando por fin estuve a su altura —recuérdalo.

—¿Klaus? —Fruncí el ceño—¿Qué dices?

—Aquella noche, recuérdalo.

—¡Dios! —exclamé incorporándome completamente sudada, me toqué la cara intentado recordar donde estaba, estaba amaneciendo y gracias eso vislumbré que estaba en mi habitación, ¿Qué había sido eso? —Recuérdalo... —susurré sin entender porque había soñado eso.

Estaba intentando sacar de mí, la increíble sensación de felicidad que había sentido en aquel sueño, cuando sentí una mirada en mi nuca, me volví e incorporado en la cama, y terriblemente tenso estaba Klaus.

—Yo... lo siento, no quería despertarte.

—Tranquila—por fin pareció tranquilizarse, temí que supiera que había estado soñando, el temor de una negativa por su parte me aterraba, pero al ver cómo me sonreía supe que por el momento no se había percatado de nada —me he despertado cuando he notado que te incorporabas, ¿todo bien?

—Sí, ha sido un...—dude —una pesadilla, supongo. —¿Una pesadilla?

—preguntó abriendo los ojos de par en par.

—No exactamente —sonreí nerviosa intentando ignorar los flases del sueño que me sacudían una y otra vez—déjalo... cosas mías.

Le sonreí esperando que no me preguntara nada y para mi sorpresa así fue, me recosté y él me imito, me abraza a él, y apoyé mi cabeza en su pecho, no pude evitar intensificar el abrazo, tanto que estaba segura de que le había hecho daño, y sin poderlo evitar, besé su torso poco después de inhalar su aroma, aquel aroma que me volvía loca.

—Si sigues haciendo eso, no creo que te vaya a dejar dormir —susurró erizándome la piel.

—¿Quién ha dicho que quiera dormir?

Me estaba poniendo extremadamente nerviosa, me miré en el espejo del baño donde me refugié para no matarle, me hubiera mojado la cara, si no fuera porque había decidido maquillarme, aunque mataría por sentir el agua helada por mi cara, me lavé las manos y me las sequé apoyada en la pared de aquel lujoso baño, en el que estaba segura de que se podía comer en el suelo, resoplé y respiré aire varias veces, «tranquila, no pasa nada. Un día tonto, lo tiene cualquiera», me mentía a mí misma, una y otra vez, y parecía funcionar, ya que me encontraba algo mejor.

Cuando salí del baño vi que David, Klaus y Esme ya me esperaban en la puerta, el karaoke quedaba a pocos metros del restaurante, así que iríamos caminando, sinceramente nos hacía falta a todos, sobre todo a Klaus. Fruncí el ceño cuando pasé por su lado, y me encaminé unos pasos por delante de él, poniéndome a la altura de Esme. —¿Ya estas mejor? —me preguntó sonriendo.

—Si—miré hacia atrás y vi que Klaus estaba partiéndose de risa con David, y me encantaría ese hecho si no fuera porque Klaus, estaba empezando a estar como una cuba —primero no quería venir, y ahora míralo, no ha dejado de beber en toda la noche, parece un crío.

—Déjalo mujer, se está divirtiendo, no hay nada de malo en beber un poco.

—Sí que haya bebido un poco, no es lo que me molesta—resoplé al ver que ya estábamos llegando—es todo el comportamiento extraño que está teniendo, está enfadado desde que se ha levantado, se ha pasado el día refunfuñando de que si no lo dejo dormir porque sueño y le doy patadas, luego ha estado enfadado porque según él, tengo la habitación echa un asco, con ropa por todos los lados, ¿Pero de que va?, ¿Quién se cree que es? ¿Mi madre? ¡Ag!, no lo he mandado a la mierda de puro milagro, y luego llegamos y de

repente con vosotros esta simpatiquísimo y es el alma de la fiesta, y a mí ni me mira.

Para mi sorpresa Esmeralda se echó a reír, y consiguió que yo también lo hiciera, pero me duró poco, ya que cuando me volví a mirarle vi que ya estaba en la barra pidiendo, me senté y me pasé las manos por la frente, intenté pensar que había podido hacer para que estuviera tan enfadado, pero por más que lo pensaba ¡no le había hecho nada!, La noche anterior, cuando me desperté de aquel sueño extrañísimo estaba bien, hicimos el amor como dos locos, y luego nos quedamos dormidos, ¿Qué bicho le había picado?

—A Klaus le pasa algo—apuntó David, cuando se sentó a mi derecha con una cerveza—¿se puede saber que le has hecho?

—Cállate—escupí de mala gana y miré hacia Esmeralda.

—¡Oye!, conmigo no lo pagues, enana, solo te estaba ofreciendo los datos de los que dispongo.

—Así que, tus datos son... que a Klaus le pasa algo, ¡vaya! Y que no hayas descubierto la cura contra el sida.

—Pues porque no me pongo a ello, sino...

Aquel comentario me hizo reír, me ofreció su cerveza y pegué trago, resoplé de nuevo al ver que Klaus se estaba haciendo otro chupito con el hermano de Esme.

1 hora después

Estaba alucinada de ver la mierda que había pillado Klaus, yo estaba como en un segundo plano observando la situación, me costaba no reírme ya que encima estaba gracioso, pero no podía entender a qué venía este numerito.

—¡Vamos a cantar! —Protestó Klaus —Estamos en un karaoke, joder.

—Deja de decir tonterías, apenas puedes mantenerte sereno sentado, ¿acaso quieres caerte?

—¡Oh Jacqui! mi Jacqui... ¿cómo puedo quererte tanto? —Balbuceó mientras achinaba los ojos —Me tienes loco, en serio, me paso el día empalmado por tu culpa, ¡eso no debe de ser bueno!

—¡KLAUS! —exclamé mientras me di cuenta de que David y Esme, estaban riéndose a carcajadas.

—¿Queeee?, Son siriiiiincero....

—Dirás, sincero—le corregí y me miró sonriendo. —Diris sinciris, tiquis miquis —me rasqué la frente nerviosa y avergonzada—¡Oh vamos! no pongas esa cara, te cabreas porque dices que no te cuento cosas y cuando lo hago ¿te enfadas? —No me enfado por eso, ¿acaso no ves que vas borracho?

—No... —sonrió mirando a David— directamente no veo, así que...— Intenté apretar los labios para no reírme, y creo que lo conseguí, al menos por un momento—además, jamás en el mundo habrá nadie que te supere a ti, cuando te emborrachaste en Alemania, hasta que empiece a ver duendes como tú, aún me queda —susurró acariciándome con torpeza la cara.

—En eso tiene razón— intervino David —tu trompa de Alemania fue una pasad...

La forma en que lo miré provocó que se quedara callado al instante.

—David, tío, te quiero... ya sé que de normal aparento que te tengo asco, pero es por toda la situación con Jacqui, Esme no te ofendas, ya sabes a qué me refiero— Esme negó con la cabeza sonriéndole— pero eres buen tío, y de verdad que te aprecio, si tocas a Jacqui te mato, pero en el fondo, te quiero.

Dios, dios dios.... Ya no sabía dónde meterme, David se habida echado a reír, al igual que Esmeralda, y yo estaba a punto de quitarme las bragas y metérselas en la boca, a ver si así se callaba.

—Madre mía, ya ha llegado a la fase exaltación de la amistad —susurró David y sonreí aun sin ganas—¿Sabes qué?, el Klaus borracho, me cae infinitamente mejor, que el Klaus normal. —Te estas divirtiéndote, ¿verdad? —insinué alzando una ceja. —No sabes cuánto, por fin Klaus esta relajado, por un momento temía que el palo que tiene en el culo le saliera por la garganta — se encogió de hombros y me reí a carcajadas —es verdad, Jacqui.

—Klaus no tiene un palo en el culo, lo que pasa es que cuando está contigo, le cuesta no estar tenso.

—Lo que tú digas.

Estaba echándome a reír, cuando me di cuenta de que Klaus no estaba a mi lado, cuando estaba a punto de volverme para mirar donde estaba, David me agarró la mano y tiró de mi hasta que miré al frente, encima del escenario, y con una sonrisa socarrona estaba Klaus, con el micro en la mano y fijando la vista hacia la pantalla.

—Dios...—susurré llevándome las manos a la boca. —¿No me digas que va a cantar?

—preguntó David sonriendo.

—Hombre, o eso o piensa dar un discurso.

Miré a Esmeralda y me eché a reír, negué con la cabeza y miré a cada lado, no sabía en qué momento exactamente se había llenado aquel sitio, pero no cabía un alma.

—¡Buenas noches! —habló un chico moreno, que por la sonrisa de Esme

intuí que era su hermano —pocas veces presentamos a los participantes, pero hoy es un día especial, quiero decir a todos los presentes que esta noche entre el público se encuentra mi querida y preciosa hermana Esmeralda, Cariño, ¡no sabes cuánto te adoro! —todo el mundo empezó a aplaudir y eso provocó que Esme tuviera que levantarse y saludar a la sala —viene acompañada de mi querido cuñado David —la sala volvió a aplaudir. Esme estiró de David hasta que él se puso de pie y saludo, para aquel entonces yo ya estaba más roja que un tomate, me agaché todo lo que pude en mi silla para que nadie me viera —por si esto fuera poco, hoy contamos con una eminencia de la escritura—en aquel momento deseé morirme—con todos nosotros, la encantadora Jacqueline Amorós, la escritora de la famosísima novela, Si tan solo fuera sexo, ¡vamos Jacqueline, saluda al público! —apenas podía escuchar nada a causa de los nervios, tragué saliva y me levanté saludando a la sala que estaba rota en aplausos, supongo que más de la mitad no tendrán ni idea de quién era, aun así aplaudieron, al final acabé sonriendo, minutos después Esme, David y yo nos volvimos a sentar suspirando. Y ahora por último y no menos importante, quiero presentaros, sobre todo a las féminas de este karaoke, que contamos con la presencia del hombre del momento, ¡el hombre que ocupa todas las vallas publicitarias de esta ciudad!, mi novia casi se estampa tres veces con el coche por quedarse atontada mirando una de ellas, así que sé de qué hablo, gente —todos se echaron a reír, menos yo— con todos nosotros, ¡Klaus Grass!

Creí que me desmayaría al verle salir de las penumbras sonriendo, ahí supe exactamente qué grado de alcoholismo llevaba encima, a Klaus no le gustaba ser el centro de la atención, aunque siempre lo era, quisiera o no, era un hombre que atraía todas las miradas, sobre todo de las mujeres, era un auténtico adonis, y esta vez no era menos, ante mí, estaba mi querido y deseado Apolo, vestido con unos vaqueros y una camisa azul, remangada, la cual dejaba a la vista sus increíbles antebrazos, se había echado el pelo hacia atrás y había utilizado su gomina efecto mojado, estaba realmente imponente, la sala rompió en aplausos y escuché varios grititos, no me volví porque en aquel momento no quería mirar a nadie, agarró el micro con las dos manos y me miró directamente a los ojos.

—Esta canción, se la quiero dedicar a mi chica —Sonrió y escuché unos cuantos suspiros—. Cariño, te quiero.

Cuando escuché los primeros acordes de la canción abrí los ojos de par en par, no sé exactamente que me pasó, pero me quedé sin poder escuchar los primeros minutos, mi cerebro no podía procesar lo que estaba pasando, no

escuchaba la canción, solo un pitido incesante en mi cabeza, cuando la realidad me dejó de nuevo en aquel karaoke, vi a Klaus cantando como si de un cantante profesional se tratara, la canción de Mana, “Rey tiburón” aquello era más de lo que podía soportar.

—¿Que estás haciendo? —escuché el susurro de Esme y volví la cabeza, David había sacado su móvil y lo estaba grabando en video, ella se lo impedía intentando tapar el objetivo —cuando se le pase la moña te matará, y yo no pienso impedirselo.

—Shhh ¡calla!, ¿tú sabes lo que me voy a reír, yo después?

—¡Eres un cabrón, David! —sonreí ante el comentario de Esmeralda.

—Déjale—fijé la mirada al nuevo cantante de moda que bailaba con dos jovencitas que se habían subido al escenario— quiero que vea lo que hace el alcohol, yo veía duendes, pero este se cree que está en Got Talent.

Ambos se echaron a reír, y yo los imité, volvió la vista hacia Klaus que seguía cantando, jamás una canción se me había hecho tan larga.

—Canto a la vida que soy tiburón, Que estoy del amor enamorado, sé que encanto en la vida y encanto al amor, que yo soy un tiburón enamorado, ayyy ayyy ayyyy —cerré los ojos cuando desafino y me eche a reír— que te como mi amor... entierro mis dientes mi ardor, ayy ayayyyyyy bom bom...

Me estaba riendo con ganas, y más imaginándome la cara que pondría cuando le enseñara el video una vez sobrio, y no era la única, David se secaba las lágrimas a cada agudo del soprano que tenía como novio, y Esme se mordía los labios para aguantar las carcajadas, lo mejor era el baile que se estaba marcando, aquello hubiera estado genial, si no estuviera tan bebido, pero por suerte no se le notaba tanto allí arriba, todo fue bien hasta que una de las chicas, que pude ver que estaba de despedida de soltera, (por el pene que tenía de diadema...) se ponía en pompa, y le restregaba todo el culo por el paquete de Klaus, ¡por el paquete de MI Klaus!, solté un gruñido, y un fuego horrible me recorrió del estómago a la garganta, Klaus estaba tan ensimismado que no se daba cuenta, quizá suene un poco neurótica, pero me fijé en si se empalmaba o no... porque si lo hacía, pensaba cortársela a cachos y dársela a los cerdos, cuando me volví David seguía grabando, pero ya no sonreía, vi que hacia el amago de apagarlo y sostuve su mano.

—¡No!

—Jacqueline, no quiero grabar esto, ya no tiene gracia.

—Como apagues el video, te corto el dedo —susurré mirándole fijamente a los ojos, los míos estaban segura de que podían echar fuego.

Volví a mirar al escenario cuando escuché un grito de Esme, y lo que vi me hizo apretar la silla con los dedos, aquella zorra, le había cogido la mano libre y se la había colocado en su estómago mientras que él cantaba lo que suponía que sería el último estribillo, había pegado su espalda completamente en el pecho de mi dios griego, y la otra penca, estaba a su espalda y con las dos manos acariciaba su pecho, aquello era más de lo que podía soportar, mi deseo era levantarme y estrellarle la silla en la cabeza a esas dos zorras, pero no podía montar el espectáculo... allí no. Así que después de decirle unas cosas a David en el oído, me levanté y salí de aquel karaoke como alma que lleva el diablo.

El aire algo más frío, de los últimos días de agosto me azotó en la cara, empecé a caminar sin detenerme un segundo deseando salir de allí, no sabía que narices le pasaba a Klaus para haberse comportado así, llevaba un día de lo más raro, y encima aquel numerito con aquellas dos... ¡Agg!

Estaba a pocos metros de mi casa, cuando me detuve en seco. —¿Aníbal? —un hombre increíblemente atractivo, se volvió con una sonrisa hacia mí.

—¡Jacqueline!

Nos fundimos en un abrazo sonriendo, pude notar que seguía usando el mismo perfume, y sonreí cuando me besó la mejilla. —¿Qué haces por aquí? —pregunté entusiasmada.

—He vuelto hace poco de Edimburgo, y la verdad, he salido a pasear y sin querer he parado aquí, he estado a punto de llamar al timbre por si estabas, aunque en el último momento no me he atrevido.

—¡Que tonto estás! —Le di un golpe en el hombro —¡Haberme llamado!, podríamos haber quedado a tomar un café. —Esa era mi segunda opción —me eché a reír —¿estás sola?, ¿dónde está ese 4 x 4 que te has echado de novio?

—Lo he dejado borracho como una cuba, cantando el rey tiburón en el Karaoke de la calle Morán.

Soltó una carcajada y le imité.

—¿Quieres tomar algo? —Preguntó con las manos en los bolsillos.

—Claro que sí.

Nos sonreímos y nos dirigimos a una pequeña cafetería frente a mi casa que seguía abierta, él se pidió un Gintonic y yo un batido de vainilla, se echó a reír y estuve aguantando sus bromas hasta que se cansó, a sus treinta y cinco años estaba increíble, tenía el pelo en un corte parecido al de Klaus, llevaba unos pantalones cortos negros, de vestir, y un polo blanco de Ralph Lauren.

—Cuando te vi en aquella revista disfrazada de Sally con el modelo de

moda, casi me caigo hacia atrás—sonrió mientras daba un trago a su copa—y no solo porque aparecieras en una revista del corazón, sino porque aparecías con novio formal.

—La que casi se cae soy yo, ahora mismo, al saber que lees revistas del corazón.

—No las leo, te vi por casualidad.

—Ya, eso díselo a mi mano—extendí la palma en dirección a él y se echó a reír —Klaus es el chico del que te hablé.

—¿El chico? —Entrecerró los ojos unos segundos y después los abrió de golpe—¡No ¡

—Sí.

—¡Madre mía! Osea que, ¿se separó?

—Sí.

—¿Por ti?

—Mmm, no lo sé.

—No seas modesta Jacqui, apuesto mis dedos a que fuiste una razón de peso para ello—sonreí y bebí de mi batido. —bueno, ¿tú que tal, sigues con esa chica?

—¡Oh sí! —Me impactó ver un brillo especial en sus ojos —¿Sabes Jacqui? Voy a ser padre.

Justo en aquel entonces me atraganté de manera estrepitosa, me relajé un poco al notar su mano acariciándome la espalda.

—Perdona Aníbal. —Me sequé las lágrimas—. Se me ha ido por el otro lado.

—Tranquila, sé que es una noticia impactante.

—¿Cómo ha pasado?

—Bueno, Papá planta la semillita dentro de la barriga de la mamá, y...

—¡Déjate de guasa! —Sonreí —Me refería a si ha sido buscado.

—Claro que sí, ya tengo una edad, y sabes que me muero por ser padre, así que después de hablarlo nos pusimos a ello, y ahora de esta de dos meses y medio.

—¡Enhorabuena! —Grité y me lancé a darle un abrazo—. Vas a ser un padre estupendo.

Ambos nos sonreímos y seguimos hablando de nuestros viajes y nuestros libros, me comentó que andaba escribiendo una novela histórica y que era todo un reto para él, ya que solía escribir sobre romances complicados, y fantasía, pero estaba segura de que le iría como en todos sus libros, estupendamente,

me enseñó fotos de su chica, y de su nueva mascota, un conejito precioso llamado Deimon.

Poco después se le ocurrió que podíamos hacer una foto para acordarnos de ese día, así que ambos posamos con nuestras respectivas bebidas y sonreí al ver como la subía al Twitter, y ponía de título Con una compañía muy especial, hablando de embarazos y 4 x 4.

—Muy ocurrente.

—¿A qué sí? —se echó a reír y me guiñó un ojo.

Poco después me acompañó a mi casa y nos despedimos con otro abrazo, este mucho más duradero, nos despedimos con promesas de seguir en contacto más a menudo, y estuvimos de acuerdo en fijar una cita al menos una vez al mes, estar con él unas horas, me había enchufado la adrenalina de la creatividad, subí las escaleras de dos en dos, y entré corriendo para ponerme a escribir antes que la dichosa inspiración volviera con Aníbal.

Serían las cuatro de la madrugada cuando escuché unas voces en mi rellano, levanté la cabeza del ordenador y fruncí el ceño, fui hacia la puerta y la abrí.

—¡Ole!, mira quién está aquí —sonreí irónica —el nuevo Luis miguel, ¿dónde te has dejado a tus bailarinas?

Klaus miró al suelo avergonzado, y David intentó contener una sonrisa.

—Quería asegurarme que llegaba bien—. Susurró David, cuando Klaus se hubo perdido por el interior de la casa a trompicones. —¿Y Esmeralda?

—Abajo, en el coche.

—Muchas gracias por todo, David, te debo una.

—Tranquila enana —me dio un beso en la frente —hablamos mañana.

Cerré la puerta poco después, y me fui en busca de Klaus, pero antes me detuve al lado de mi móvil que parpadeaba, tenía varios Whatsapps, recordé que lo había puesto en silencio al empezar a escribir.

Esmeralda (David)

Jacqui, aquí te paso el video tal y como me ha dicho David que haga.

4:10

Él se ha quedado sin batería, ¡no veas la que se ha liado, nena! He estado a punto de llamarte, pero tranquila, que ya me he encargado de repartir unas cuantas leches a esas desvergonzadas.

4:12

Y no te asustes, Klaus no ha hecho nada... ya te contaré mejor, o quizá

te cuente él, si se acuerda, se ha vuelto loco al ver que no estabas... si querías darle una lección ya lo has conseguido, hemos estado tomando un café para que se le pasara la moña. Descansa cariño y que tengas dulces y RECORDATORIOS sueños...

4:15.

Miré los Whatsapp frunciendo el ceño, ¿Qué quería decir con recordatorios sueños?, le contesté con un largo y gracioso mensaje y después cuando iba a dejarlo donde estaba, divisé el móvil de Klaus en el mueble de la entrada, así que reenvié los videos a su móvil con el siguiente mensaje.

Ya me dirás a que ha venido este numerito, por cierto, cambia de bailarinas.

Sonreí después de aquello, y subí las escaleras, Klaus estaba en el baño de nuestra habitación lavándose los dientes después de haberse dado una ducha, estaba completamente desnudo, y aun algo húmedo, contuve el aliento todo lo que pude, aunque estaba segura de que me había puesto roja, y si me apurabas me había subido hasta la fiebre. No dijo nada, simplemente me miró a los ojos a través del espejo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté cruzada de brazos.

—He estado mejor—contestó de mala gana después de enjuagarse la boca, y pasar por mi lado sin mirarme.

—¡Vaya!, así que encima del día que me has hecho pasar, ¿tú eres el ofendido? —no me contestó— como tú quieras, Lady Gaga, que descanses.

—¿No te acuestas? —preguntó sin mirarme.

—Estoy escribiendo—dije saliendo de la habitación sin darle opción a respuesta.

Me encontraba fatal, y apenas podía abrir los ojos, y cuando lo hacía me veía en ropa interior, pero ¿y mi ropa?

Podía notar como Klaus me desnudaba con determinación y me metía debajo de la ducha, el agua estaba muy fría, y aunque quería salir, apenas podía moverme, cuando el agua por fin salió tibia me relajé, Klaus me lavaba el pelo con ternura y me susurraba en el oído mientras lo hacía.

—No vuelvas a beber así, enana.

Me hubiera encantado responderle, pero apenas podía hilar palabras, y cuando por fin pude hablar, empecé a vomitar hasta la última papilla, sentía que no resistiría una nueva arcada, pero unas manos fuertes me sujetaban y apartaban mi pelo mojado de la cara, y no contento con soportar aquel

numerito, también me secaba las lágrimas de las mejillas, vomitar siempre me hacía llorar. No sé por cuanto tiempo estuve así, pero imagino que más del que me gustaría, aun así, Klaus seguía a mi lado, no sabía exactamente por qué, pero de repente y sin más, empecé a llorar, a llorar sin parar.

—Nena, no llores. —Dijo acariciándome las mejillas con dulzura, a la vez que me secaba las lágrimas.

Le miré durante unos segundos, y creí estar viendo a un ángel, arrodillado a mi lado, y sonriéndome estaba él, tan guapo, tan maravilloso, con tantos problemas de autoestima como yo. Y aun así, fuerte y valiente, enamorado de mi... podía vérselo en sus ojos, entonces supe que quería pasar el resto de mi vida con él, quería todo lo que él pudiera ofrecerme, quería ser suya más de como ya lo era, quería que todo el mundo supiera que yo era su mujer y el mi marido, quería ponerle un anillo en el dedo y recitar unos votos que ya tenía pululando en mi cabeza, así que sin poder retener mis labios...

—Cásate conmigo—dije echándome a llorar—¡casémonos! Me miró alucinado y le tembló todo el cuerpo.

—Jacqueline, vas borracha...

—Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

—Permítame que lo dude.

—¿Porque con Ana si, y conmigo no? —sollocé sin poderlo resistir.

—Cuando me lo pidas sin llevar litros de alcohol en el cuerpo, te daré una respuesta.

Iba a rebatirle, cuando de nuevo me dieron ganas de vomitar, entonces como si todo se volviera una nebulosa, me vi en aquella iglesia, caminando hacia él mientras me miraba con esos ojos azules, del color del paraíso.

—Jacqueline —susurró cuando por fin estuve a su altura —recuérdalo.

—¿Klaus? —fruncí el ceño—¿Qué dices?

—Aquella noche, recuérdalo...

—¡No! —grité despertándome de golpe.

Miré hacia todos los lados, me había quedado dormida en los minutos de descanso que me había concedido a mí misma, después de haber escrito más de treinta y cinco páginas sin parar. Me restregué los ojos y comprobé había sudado, el corazón me iba a mil, me levanté torpemente, ¿Qué había sido eso?, tragué saliva varias veces, y de repente me avergoncé de haber recordado mi fatídica borrachera, ¿Cómo había olvidado que le había pedido que se casara

conmigo?, golpeé mi frente contra la pared y gruñí.

—*Cuando me lo pidas sin llevar litros de alcohol en el cuerpo, te daré una respuesta.*

Mi mente no paraba de repetir aquellas palabras, ¿qué respuesta era esa?, ¿un no?, ¿o un...Sí? Seguramente al ver mi estado, no me dijo que no, por evitar un cataclismo de lágrimas o un berrinche de niña pequeña cuando le dicen que no le van a comprar un juguete. Aunque podría haberse reído y no contestar nada, entonces recordé la cara que tenía la noche anterior cuando me desperté de aquel sueño, pero ¿cómo podría saberlo?, ¿había hablado en sueños?... apagué la débil luz que iluminaba el salón después de apagar el portátil, estaba amaneciendo... fui al baño donde me lave la cara y los dientes, aunque me notaba cansada, la cabeza me iba a mil, entonces y como si de una luz se tratase, algo iluminó mi cabeza, si hubiera sido un dibujo de comic tendría una bombilla iluminada encima de mi cabeza.

Caminé sigilosamente hasta posicionarme al lado de Klaus, toda la habitación estaba en penumbras, y tardé unos segundos en que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, él estaba dormido como un tronco, desnudo y ligeramente erecto, tuve que controlarme por no subirme arriba y ¡Buff!, inspiré y viendo que jamás podría hacer, lo que había ido hacer si seguía mirándole así, le cubrí cuidadosamente con la sabana hasta la cintura, se movió un poco y me quedé como una estatua, segundos después me incliné y tomé aire... con mi hermano al menos funcionaba.

—Klaus— susurré en su oído —he recordado una cosa—esperé pacientemente unos segundos, se removió un poco—Klaus, ¿te casas conmigo? —susurré de nuevo, de repente y ante mi sorpresa me sonrió, por un momento pensé que estaba despierto, hasta que dio un leve ronquidito.

—¿Te acuerdas? —habló muy flojito.

—Claro que sí.

—¡Gracias a dios! —Dijo algo más que no entendí, aunque también podía ser porque me había quedado de piedra.

Me senté en el suelo con los ojos como platos, tragué saliva, cerré los ojos e inspiré, y de repente una imagen azoto mi mente, Recordatorios sueños... ¡Esmeralda!, ¡ella lo sabe!, exclamé como una loca, no estaba segura del todo, no quería montarme mis propias paranoias, pero todo encajaba, el mal humor, que bebiera de esa manera... ahogué un gritito y sentí que el corazón me iba a mil por hora, aún no sabía que iba a hacer, pero sentí que necesitaba dormir, o al menos relajar la mente. Con cuidado me metí en la

cama, me tapé y le miré, estaba impresionante, así que no me pude resistir, e incorporándome un poco, le besé la mejilla y los labios.

—Te quiero pequeño —abrió un poquito los ojos, y me sonrió.

Unos segundos después volvió a quedar en coma, me recosté a su lado, y tardé unas tres horas en poder dormir. Me desperté con una sed terrible, no sé qué hora sería, pero Klaus no estaba en la cama, me levanté y me encaminé hacia el salón, miré el reloj y me sorprendí, solo eran las tres de la tarde, y teniendo en cuenta que me dormiría sobre las diez de la mañana...

Cuando bajé el último escalón vi que Klaus miraba su móvil, por lo que podía escuchar desde donde yo estaba, eran sus berridos cantando, ahora que lo escuchaba por el móvil aun sonaba peor que en directo.

—Qué, ¿revisando tú última actuación de la gala? —pregunté a lo que se volvió hecho una furia.

—¿Quién grabo esta mierda?

—Vaya, ¡gracias a los dioses, Klaus ha vuelto! —Me crucé de brazos y alcé una ceja—. Y aun tendrás valor a enfadarte tú.

—Pues claro que me enfado, ¡esto es mofarse de mí!

—Esto no es nada más, ni nada menos, que ver lo que hace un puñetero borracho.

—¡Por dios!, como si tú nunca hubieras bebido.

—Sí, claro que he bebido, pero dónde queda eso de... ¿que eres una cría?, ¿cuántos años te crees que tienes, quince?, pues yo tendré quince, pero tú no pasas de diez.

—Estás exagerando —se levantó y caminó hacia la mesa. — ¿Exagerando? —Le seguí— ¿Pero tú has visto el roce de cebolleta, que te pegas con esa tía?

—¿Roce de cebolleta? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—¡Si joder! que restregaba su culo sobre, sobre tu... ¡sobre tú paquete!

—Sí, ya lo he visto... —me miró fijamente— y podías haberlo detenido y no dejar que montara ese espectáculo patético. —¿Cómo tienes tanto morro?, ¿qué querías? ¿qué me liara a guantazos con aquellas dos?, hice lo que tenía que hacer, que era irme, ya eres mayorcito para hacer eso, y yo para meterme en peleas.

—Ya, pero no eres mayorcita para hacerte una foto y subirla a Twitter, ¿verdad?

Le miré sin saber a qué se refería, entonces fue cuando me lanzó un papel que cogí al vuelo, aquella hoja estaba sacada de una página de cotilleos

digital, habían sacado la foto del Twitter de Aníbal, y debajo del título que había puesto Aníbal habían añadido; parece ser que la joven escritora y novia del modelo Klaus Grass, se divierte en brazos de su ex prometido, el también escritor Anibal Luna... ¿será que Grass está libre y en el mercado?

—Alucino—. Resoplé. —¿Desde cuando lees esta mierda?

—Tengo una alerta en Google, que me avisa si se habla de nosotros.

—¿Desde cuándo?

—¡No me cambies de tema!, ¿qué hacías con ese? —Ese, se llama Aníbal —le miré fijamente —el cual no hubiera visto, si tú no hubieras hecho el capullo.

—¡Contéstame!

—Volvía a casa, ¡¿VALE?! —Grité—. Y nos encontramos en la calle, fuimos aquí enfrente de casa y nos pusimos al día de nuestras vidas, me pregunto por ti, y luego me conto que va a ser padre, ¿te parece bien o tienes algo que objetar?

Se calló y relajó el gesto. Cruzó sus brazos y me miró fijamente, a mí se me cortó el aliento.

—Siento lo de ayer. —Dijo al fin y solté el aire —El haber bebido de esa manera y haberme descontrolado.

—Bueno, ya da igual— fruncí el ceño—¿quieres que te regale el Sing Star? —sonreí y me lanzó una camiseta que estaba por doblar, encima de la mesa.

—Deja la coña o veras...—afiló sus ojos.

—Ay, ay mi sirena de amorrrrrrr... —canturreé imitando sus desafines.

—Muy bien, tú te lo has buscado.

Y sin más, empezó a correr detrás de mí, cuando se paraba a coger aire, volvía a cantar haciendo que me lanzara todos los cojines que tenía a mano... al final me acabó pillando y me torturó con millones de cosquillas, hasta que me rendí, y deje de cantar, pero no por mucho rato.

Si decía que no estaba algo nerviosa, mentía, aquella mañana me había levantado demasiado temprano, acababa de amanecer y la casa aún permanecía en penumbras, Klaus dormía a mi lado plácidamente, debo de reconocer que me daba envidia, mi cabeza no paraba, ¿Qué iba a hacer ahora que sabía que Klaus quería casarse conmigo?, porque daba por hecho, por su respuesta y su sonrisa, que sí que quería, aunque también podía no fiarme demasiado, ya que, estaba durmiendo... pero como era la república independiente de mi cabeza, prefería pensar que sí que quería, sino, ¿a que venían esos extraños sueños?, por no hablar del mensaje de Esmeralda, a la que por cierto vería más tarde.

Me encontraba dentro de un atolladero, con muchas ideas en la cabeza pero sin poder proceder con ninguna, para más inri, Alejo me había informado que no podría estar en la entrevista, «para LA primera y MÁS importante entrevista» que tenía desde hacía meses, me había aconsejado que Klaus me acompañara, y aprovechando que tenía talento con la cámara, que sacara fotos mientras procedíamos con el acontecimiento, para después subirlas a la página oficial de la escritora “Jacqueline Amorós” ósea, yo.

Iba a ser un día muy movidito, ya que yo tenía mi primera entrevista y a las ocho de aquella tarde teníamos la inauguración de los cuadros de Sara, Angy había llegado hacía unos días a España, y ella y Klaus habían estado preparándolo todo, habían conseguido que una galería muy importante se interesara por los cuadros, así que parecía que todo salía a pedir de boca. La galería se encontraba en pleno centro de Valencia, y aunque no había dado tiempo a preparar invitaciones a todo el mundo, el boca a boca había obrado milagros, eso y por qué no decirlo, el propio Klaus. De momento no podía ponerme más nerviosa de lo que ya estaba.

Respiré aliviada, al menos no estaría sola, así que estaba feliz, me cambiaría una siete u ocho veces, para después terminar con mi primera elección, un vestido sencillo blanco royo “hippie” con unas sandalias romanas y el pelo recogido en un moño desenfadado, la verdad era que no me apetecía demasiado peinarme, y dado que aún hacía demasiado calor, no resultaba llamativo. Iba como casi todo el mundo que vi paseando por la calle, de aquel

viernes a finales de agosto, Klaus había optado por un vaquero y una camiseta de manga corta azul oscuro, se había humedecido y engominado el pelo, y se había peinado hacia atrás... estaba realmente increíble, ni siquiera sabía cómo podía desprender tantísima sensualidad en cada movimiento que hacía, incluso rascarse el ojo me parecía un movimiento maravilloso, y eso que lo hacía involuntariamente, hasta me parecía sexy cuando se rascaba su entrepierna cuando creía que no lo miraba, puede que aquello no fuera extremadamente sexy en otra persona, pero en él, joder, me sonrió las cincuenta veces que me pilló mirándole descaradamente, no sabía que podía ser posible verle más guapo de lo que ya era, pero aquel día estaba especialmente perturbador, quizá influía que yo estaba más feliz que una perdiz, por intuir que quería formalizar la relación conmigo, y justo ahora que estaba despuntando como modelo de firma. La oportunidad que él no buscaba le había encontrado en su segunda juventud, y debía de decir, que era como el buen vino, mejoraba con los años, a sus treinta años estaba para tumbarlo en una camilla, y devorarlo con sumo cuidado, sin perderse ningún detalle de su perfecta e increíble anatomía.

—Jacqueline, ¿estás bien?

—¿Perdón? —Susurré moviendo la cabeza—. Estás distraída y sonriendo, ¿qué me he perdido? —Sonreí y le acaricié la mejilla, frunció el ceño, pero se distrajo cuando fui bajando mis dedos por su estómago y tiré del botón de su vaquero—Jacqui, vamos justos de tiempo, llegarás tardeeeee Sonreí otra vez, al ver como alargaba la palabra cuando apreté su abultado paquete, sin romper el contacto visual me arrodillé ante su mirada, tenía los ojos abiertos de par en par y me miraba sin sonreír, pero con unos ojos vivaces. Allí, de rodillas ante él, y con su cabeza un tanto agachada mirándome con atención pude ver su luz, quizá fuera porque estaba en el centro de la ventana y el sol le iluminaba, pero justo en aquel instante hubiera jurado que le vi extender unas alas... «Madre mía, estoy como una cabra» aun así, resultaba perturbador y excitante, allí ante mí, con ambos brazos extendidos a los lados de sus caderas, con ese olor que me embriagaba de aquella manera... si Klaus era un ángel, yo debía ser el anticristo, ya que estaba dispuesta a hacerle una increíble felación a ese ángel caído del cielo, me lamí los labios mientras le desabrochaba los botones, y se los bajaba acompañado de sus bóxers.

—¿A qué viene esto? —sonrió y gemí al notar el tono grave de su voz.

—A que me caes bien.

—Ya... —me acarició la cabeza—¿solo por eso?

—Bueno, y porque estás increíble con esta ropa. —¿Y?

—Porque me pones muy —le lamí con mucha destreza y gimió tambaleándose —muy, pero que muy, cachonda señorito Grass. Lo escuché gemir y decirme palabras soeces, y me sentí orgullosa, si hubiera podido me hubiera colgado galeones. El camino hacia la entrevista lo hicimos en un silencio divertido, ya que Klaus se había quedado con ganas de hacerme el amor en cada rincón de nuestra casa, y me miraba con ese brillo perverso en los ojos, que me ponía la piel de gallina, si esto fuera una película, o un musical, ahora mismo me pondría a cantar una estúpida canción de amor. Como en aquel capítulo de Anatomía de Grey, en la que se pasan el capítulo cantando, (debo decir que me encanta ese capítulo y Eric Dane, me trae loca... hubiera estudiado medicina si me hubieran asegurado que habría semejante plantilla en mi hospital)

Cuando llegamos al edificio donde estaba una de las emisoras más importantes del país, me tembló todo, ya estaba acostumbrada a hacer entrevistas por radio, pero justo con aquella cadena no, ya que no solo se podía escuchar por audio, también se grababa en video y se podía ver la entrevista por YouTube, ¡sesión de ataque de nervios! ... ¡Marchando! Klaus también estaba emocionado, ya que el sí que era seguidor de ese programa presentado por un chico, que por qué no decirlo... me daba un morbo alucinante, obviamente no le dije nada a Klaus de eso, hay cosas que deben permanecer en silencio. «Risa malvada»

Klaus apenas pudo hacer fotos, ya que se nos había olvidado que ya no era una persona anónima, mucha gente ya lo conocía, y pasó lo que tenía que pasar, acabó sentado a mi lado en el set de grabación muerto de los nervios, fue muy gracioso verlo así, y pasar aquella divertidísima entrevista juntos, nos preguntaron de todo y como estábamos dentro de aquel ambiente tan divertido hablamos con naturalidad de nuestra relación, incluso Klaus comentó lo de la exposición de arte de aquella misma noche, así que el éxito estaba asegurado.

Galería de Arte Exposición de Sara

Aquel lugar estaba hasta los topes, desde que se habían abierto las puertas no habían dejado de venir personas, gente entendida en arte, críticos, prensa del corazón, incluso los chicos de la radio donde habíamos estado esa mañana, sin duda había sido un éxito.

Los cuadros de Sara resplandecían por todo aquel lugar, tenía un arte increíble para retratar casi cualquier cosa, desde retratos, paisajes, y dibujos abstractos que te dejaban sin habla, había varios cuadros de Klaus, incluso

uno mío, cosa que llamó poderosamente mi atención, Klaus se había puesto de gala aquella noche, y hacía de anfitrión del lugar junto con Angy.

Los cuadros estaban a la venta, y todo lo que se recaudara iría para un fondo benéfico, obviamente para ayudar a familias que habían tenido los mismos problemas que Sara, Kurt no había podido acudir, pero ya había comprado dos cuadros que estarían en el sanatorio a modo de homenaje, yo también había comprado un cuadro de Klaus, en el que obviamente por sus pintas en aquella época, no se sabe que es él, todo en aquel lugar era Sara, se podía sentir su esencia por toda la estancia, incluso una leve brisa recorría el lugar...

—Esta chica tenía mucho talento. —Dijo una voz de mujer a mi espalda—. Una pena que tomara aquella horrible decisión —Me volví para mirarla con el ceño fruncido— ¡Disculpa! —Dijo al ver como la miraba—. Soy Norma, la dueña de la galería, Klaus me habló de lo que le había pasado a la artista, no quería importunar.

—Discúlpame a mí, estoy un poco nerviosa —Sonreí tímidamente, fue entonces cuando aquella mujer me tendió la mano, que acepté—. Gracias por haberte interesado por esto, se lo debíamos a Sara, es una pena que ella no pueda verlo.

—¡Claro que puede! —La miré detenidamente, era muy muy guapa—. Tengo la firme creencia, de que nunca morimos del todo, puede que ya no puedan vernos, pero estoy segura de que seguimos vagando cerca de los nuestros por un tiempo, hasta que llegue nuestro momento de ir a un sitio mejor, ¿no crees?

—Es una bonita forma de verlo. —Sonreí tristemente—. Ojalá así sea.

Poco después Norma me pidió permiso para atender a otras personas, y yo asentí, aquella mujer era rara, muy elegante y estirada, sobre todo con los hombres, supongo que hay ciertos trabajos en los que hay mucha competitividad, y ese parecía uno de ellos, estaba divagando todas esas cosas cuando vi que David y Esmeralda hacían su aparición estelar, no iban solos, iban con mis amigas, que se fueron directas al catering, me eché a reír sin poderlo evitar, la única que siguió caminando hacia mí fue Esmeralda.

—¿Cómo va? —Dijo señalando a Klaus con la cabeza— ¡Lo está llevando bien?

—Bueno, finge que está bien, y atiende a todo el mundo con una sonrisa, pero cuando se está quieto, su mirada se pierde, creo que esto le abruma un poco.

—Y a quien no, era su amiga, tiene que ser difícil.

—Lo es...

Antes de que pudiéramos hablar más, Klaus acudió a saludarla, así que no pude preguntarle nada más, me limité a estar con mis amigos y a estar con Klaus los ratitos que podía escaparse para estar con nosotros, cerca de la media noche, y una hora antes de dar por finalizada la exposición Klaus pidió que le dieran un micro para decir unas palabras... y yo me puse nerviosa.

—Buenas noches a todos, primero de todo, en mi nombre y en de Angy, queremos daros las gracias a todos por haber venido hoy aquí, en este día tan especial, —tomó aire—y estamos muy orgullosos de poder anunciar, que todos los cuadros han sido vendidos, y todo lo recaudado irá para un fondo muy importante y necesario—todos rompimos en aplausos—Sara era una mujer maravillosa, a la que conocí en un momento muy difícil para mí, estuvo a mi lado sin juzgarme, y estoy seguro que gracias a ella, hoy estoy yo aquí...—paró durante unos segundos visiblemente emocionado—a veces es difícil ver la luz, pero siempre hay ángeles que nos ayudan a llegar hasta ella, yo tengo claro que Sara fue mi ángel, y ahora, desde algún lugar maravilloso, ella nos está viendo—levantó su copa al techo—Por ti querida amiga, por los sueños que hemos cumplido, y los que nos quedan por cumplir, ¡te querré siempre!

Todos brindaron, excepto yo que era un mar de lágrimas, después de decir aquellas palabras y saludar a la gente que fue a felicitarlo se escapó a la esquina donde yo me había relegado, y sin decir una palabra, se abrazó a mi llorando, sacando todo el dolor que había estado acumulando esa noche, le dejé llorar todo lo que necesitó para poder reponerse, después le miré con todo el amor del mundo. —Sara debe de estar muy orgullosa de ti, Klaus. —¿Tú crees?

—Y tanto que sí.

En aquel momento lo llamaron los de catering, y desapareció de mi vista, sonreí al verle de espaldas... aquel hombre era de otro planeta. Un poco más tarde mis amigos vinieron a despedirse, entre ellos Esmeralda, con la que quedé al día siguiente en el hotel Las Arenas, para después de mi entrevista, tenía cosas que contarme, se lo veía en los ojos. Poco a poco la gente se fue marchando, la exposición duraría unos días más, después se entregarían los cuadros a sus nuevos dueños.

Estaba paseándome por los casi desérticos pasillos cuando vi a la dueña, Norma, parada frente a uno de los cuadros, me acerqué a ella y antes de que pudiera verme, sintió mi presencia.

—Por cosas así, es por lo que me gusta mi trabajo. —Dijo algo más relajada—. Aunque hay muchas otras cosas que me gustan, esto diría que es lo más.

—No hay nada mejor que poder vivir de lo que te gusta... —De eso lo sabes tú bien. —Me miró fijamente—¿No? —Si claro—dije mirando al suelo, sintiéndome bastante incomoda—soy una afortunada.

—Y dime Jacqueline —dijo mirándome y moviendo un trozo de papel que tenía en la mano—¿Sigues queriendo información sobre cómo es una Domina?

Durante más de treinta segundos me quedé de piedra, ¿Cómo podía saber eso?, después la miré fijamente a los ojos, y casi me caigo hacia atrás, ¡era ella!

—Pero... ¿Cómo puede ser? —ella se llevó el dedo índice a los labios y me guiñó un ojo, después me entregó aquel trozo de papel, y se marchó sonriendo, yo seguía de piedra con una cara de boba de tres pares de narices, cuando miré el papel vi que era su número de teléfono—¡La madre que me parió!

No me podía creer lo que me acaba de ocurrir, así que después de mirar varias veces el móvil, no pude evitar echarme a reír, nunca me había parado a imaginar cómo sería ella... pero desde luego que así no. Estaba yo en mi propia pompa de la felicidad cuando Klaus apareció en mi campo de visión, al principio no me di cuenta, pero cuando lo tuve delante de mí supe que algo había pasado, estaba blanco y una capa de sudor aparecía por su cara.

—Klaus... ¿estás bien?

—Sí. —Dijo mirando a su espalda algo nervioso—. Tenemos que irnos, esto va a cerrar ya.

—Voy a despedirme de Angy y...

—¡No! —Me interrumpió elevando el tono de voz—. Ella ahora mismo está reunida con la dueña y un inversor, ya me he despedido de ella por los dos, por favor Jacqueline... vámonos.

Aquella insistencia me hizo sentir nerviosa, ¿y si había pasado algo malo y no me había dado cuenta?, fuimos hacia el coche en completo silencio, él apretaba el volante con sus manos y no dejaba de morderse los labios, yo lo miraba alucinada y confusa, hasta que una idea se formó en mi cabeza....

—La has visto—dije mirando fijamente a la carretera, Klaus volvió la cabeza hacia mí—Sara ha venido, es eso, ¿verdad? —Su cara de asombro me contestó.

—¿Tú también la has visto? —Dijo mientras le temblaba un poco la voz.

—No —¿Entonces, como lo sabes?

—¡Mírate! Estas histérico, y me recuerdas a mí, cuando me pasó lo mismo...—tragué saliva—. Da miedo el primer rato, luego te lo tomas como lo que es, una despedida.

No dijo nada más, se limitó a conducir en silencio hasta que llegamos a casa, parecía mucho más repuesto, al menos ya no se mordía los labios ni los nudillos de las manos, nada más entrar por la puerta fue directo a la habitación, yo me entretuve tomándome un zumo y una pastilla para la cabeza, me dolía horrores. Cuando llegué a la habitación Klaus seguía vestido, se había desabotonado la camisa y se había sentado en la cama mirando al suelo en completa oscuridad. —Estaba mirando uno de sus cuadros—empezó a hablar —me acerqué por si era una compradora, cuando se dio la vuelta era ella, —levantó la cabeza y me miró—lo juro, era ella de verdad, me sonrió con una sonrisa que jamás había visto, parecía tan tranquila... tan en paz, y en cuando pestañeé dos veces se esfumó.

—Supongo que quería que supieras que está bien, quédate con eso y no le des más vueltas, ella no lo querría.

Nos miramos en silencio unos minutos más, después le ayudé a desvestirse y le metí en cama, cuando dormía parecía mucho más joven, le besé los labios y me abracé a él, y antes de que me diera cuenta, ya estábamos dormidos.

Cuando llegamos al hotel Las Arenas, que estaba frente a la playa de La Malvarrosa, sonreí, siempre había querido estar en ese hotel, aun podía recordar cuando Dana y yo íbamos a la playa y nos quedábamos embobadas mirando hacia ese hotel suspirando, muchas veces habíamos podido ver a las chicas que trabajaban allí tomando un descanso al aire libre, y siempre nos sorprendía el verlas con el típico uniforme de empleada antigua, iban de negro, salvo el delantal y el cuello de la camiseta, (aunque verlas fumar les quitaba un poco de encanto), siempre sonreíamos, ya que parecían disfraces, aquel hotel era de los buenos... incluso Madonna se hospedó allí cuando vino a un concierto años atrás.

Cerca del vestíbulo estaba la periodista que me haría la entrevista, la reconocí de lejos... no era precisamente de mi agrado, pero en estas cosas, una no puede opinar, Klaus nos hizo varias fotos y desapareció de nuestra vista cuando empezamos con la entrevista, no fue muy larga ni demasiado complicada, más bien, eran las típicas preguntas que me hacían casi siempre. Una hora después me despedía de aquella mujer y ponía rumbo a la terraza donde sabía que estaba Klaus, quien parecía tener una interesante conversación por el móvil, cuando me vio colgó el teléfono y se quedó pensativo, estaba tan guapo... cuando estuve a su altura me miró y me regaló una de esas sonrisas que hacen que el suelo tiemble, cuando me besó casi consigue que me desmaye.

—Has quedado con Esme, ¿verdad?

—Si—titubeé —en unas horas, más o menos.

—¿Habéis quedado aquí, en el hotel? —Asentí —Sé lo que te gusta este hotel, así que, ¡Nos dejan una suite! —Di un alarido y me llevé las manos a la boca —Solo tengo que hacerme unas fotos en varias zonas del hotel, para las redes sociales y la web, el modo de pago es ese ¿Qué te parece?

—¡Oh dios mío! —Grité—. Pero ¿Cómo ha sido?

—Estaba dando una vuelta por ahí mientras hacías la entrevista, y el director del hotel me ha visto, hemos estado hablando y ha surgido esto y oye, ¿Por qué no hacerlo?

—¡Me voy a caer muerta! —hice un aspaviento y se echó a reír.

—Sabía que te haría ilusión, yo ahora tengo que irme, tengo que prepararme para las fotos y para algunas cositas más, ¡te veo luego! —diciendo esto, me dio un besazo en los labios y desapareció de mi vista.

Pese a que estaba más feliz que una perdiz por estar allí no era tonta, había algo en Klaus que me hacía estar alerta... ¡pero que narices!, ¡voy a ser reina por un día! Así que sin pensármelo dos veces fui a la recepción del hotel, donde la chica muy simpática me entregó la tarjeta de mi habitación, casi suspiro de emoción cuando la tuve en mis manos, pero me contuve para no hacer el ridículo delante de nadie. Subí a mi habitación dando saltitos y me dejé caer en la cama como una niña, estaba feliz de narices, y a veces el estar una sola, consigo misma viene de perlas. Sobre todo, cuando te enteras, que dentro de la oferta que le han hecho a tu novio, ¡ENTRA EL SPA!

Así que ansiosa conforme estaba por probar las instalaciones de aquel lujazo de hotel, ni corta ni perezosa salí a una tienda que estaba cerca de aquel majestuoso edificio, y me compré un bikini monísimo, y corrí de nuevo para el hotel, ¡aquello, era vida! Varias horas después, con la piel ultra hidratada, y el cuerpo completamente destensado a causa de los masajes, me dispuse a comerme todo el puñetero buffet que había... y no miento cuando hablo de comida, me puse las botas, tanto es así que durante un rato tuve que quedarme sin moverme porque creía que vomitaría en el suelo. El tiempo que tardó Esmeralda en llegar, me vino de perlas para que se me bajará toda aquella comida, cuando llegó salimos a una de las increíbles terrazas que había con vistas al mar y sonreímos como dos tontas, ella se pidió una copa de helado gigantesca, yo una manzanilla con un hielo... estuvimos un rato hablando de aquella mañana, y de todo lo que había ocurrido, hasta que Esme no pudo más.

—Jacqueline, suéltalo... —la miré asombrada.

—Que suelte, que.

—Eso que tienes en la cabeza, te lo noto... suéltalo—sonrió y la imité.

—Bueno, el día de la borrachera de Klaus, tu Whatsapp decía, buenos y recordatorios sueños o algo así, y en un primer momento no entendí a que venía, hasta que caí en el extraño sueño que había tenido unos días antes, soñé que me casaba con Klaus—Esmeralda me atendía casi sin parpadear—y cuando desperté, él estaba mirándome, pero se comportó como si nada, para después hacer el imbécil aquella noche, y para remate final, luego tú me mandaste aquello... ¿Qué sabes exactamente?

Se echó a reír y me miró divertida.

—¿Y qué es lo que recordaste? —Miré al suelo avergonzada.

—El día en el que vi duendes —ignoré su carcajada— no se me ocurrió otra cosa que pedirle matrimonio, pero como iba como una pandereta, acabé vomitando y no solo la declaración... cosa que este último detalle, se me olvidó por completo.

—¿Cómo se te pudo olvidar?

—¿Que como?, ¡pues bebiéndome todo el alcohol equivalente al mar muerto!

Se echó hacia atrás riéndose a más no poder, sus carcajadas habían llamado la atención del resto de personas que tomaban sus copas cerca de nosotras, los miré y les sonreí a modo de disculpa. Luego cuando se hubo serenado, me miró con dulzura.

—Cuando a tu querido novio se le pasó un poco la borrachera, se echó a llorar...

—¿Qué?

—Obviamente, aún le duraba la moña —me sonrió—pero ya estaba más o menos coherente, y no pudo evitarlo, David y yo nos quedamos sin saber qué hacer, hasta que empezó a contarnos —la miré con ansiedad —Jacqui, ese hombre está completamente loco por ti.

—Loco sé que está —puse los ojos en blanco y sonreí—y me encanta que uno de los motivos sea yo, ¿pero para que lllore?

—Si nena, tú chico ahí donde lo ves, llora como una nenaza.

Me eché a reír acariciando el vestido que me había comprado unas horas antes, (a veces en los chinos hay gangas y cosas chulas, como el vestido que llevaba en aquel momento) me encantaban los vestidos veraniegos.

—¿Que dijo exactamente?

—Que se muere por casarse contigo, que aquella noche se moría por decirte que sí, y odió que estuvieras tan borracha como para no recordarlo, que eres toda su vida. Que quiere poder decir en voz alta y al mundo entero que es el marido de Jacqueline Amorós.

Tragué saliva y tomé aire.

Cuando estaba a punto de responder a aquel comentario que me había dejado en shock, sonó el teléfono de Esmeralda, asentí y ella contestó, segundos después se fue hacia el exterior para escuchar mejor, yo estaba demasiado nerviosa para estar quieta, así que me puse de pie, y me apoyé en balaustrada para mirar mejor el mar, parecía tan tranquilo que si te quedabas en silencio podía escucharlo llamarte.

Me llamó la atención la cantidad de gente que había en la playa en aquel

momento, y lo raro era que no estaban tomando el sol precisamente, estaban montando unos pequeños arcos blancos en la arena frente al mar, deduje que aquel trozo pertenecía al hotel, ya que no creía que se pudiera poner todo aquello sin permiso... una vez asentados los arcos lo decoraron con flores, haciendo que todo quedara forrado por una flores blancas y moradas, después vi como dejaban con cuidado una especie de base blanca, que quedaba a un escalón del suelo, en una especie de mini escenario, todo aquello estaba tomando una forma maravillosa, resoplé y achiné los ojos mientras sonreía como una idiota... allí se iba a celebrar una boda.

Cuando estaba embobada mirando como colocaban una tela roja, por donde suponía que pasaría la novia, escuché un carraspeo y me volví a la tercera o cuarta vez que lo escuché, y allí detrás de un pilar lo suficientemente grande como para ocultar dos personas, Klaus asomaba su cabeza, cuando se dio cuenta que lo había visto me indicó que fuera hacia él, fruncí el ceño y miré a Esmeralda que seguía con el teléfono pegado en la oreja ignorando a todo bicho viviente, caminé hacia Klaus con una mezcla extraña de nerviosismo y ansiedad, cuando estuve frente a él, me sonrió y me dio un suave beso en los labios, cuando abrí los ojos me miraba enseñándome toda su dentadura. —Hoy estás rara, Jacqueline, ¿va todo bien?

—¿Y me lo preguntas tú?, ¿hace falta que te recuerde que estamos escondidos detrás de una columna? —Me miró divertido y cambió el peso de un pie a otro—Klaus, ¿qué pasa? —le miré fijamente a los ojos, que apartó para mirar hacia la entrada, le seguí la mirada y vi como David entraba por la puerta y se desviaba hacia la derecha, si no recordaba mal, allí había una zona de descanso bastante amplia y cómoda —¿David?, ¿qué está haciendo aquí?

—Escúchame Jacqueline, es importante que me escuches...— miró hacia donde estaba Esmeralda y volvió a mirarme a mí—cuando yo vaya con Esmeralda, tú iras donde está David, es importante que ella no te vea ¿vale?

—Pero ¿me puedes decir que pasa? —pregunté sujetándole los hombros.

—Es una sorpresa —susurró, a lo que levanté una ceja. —Vaya... no había caído—sonrió ante mi ironía.

—Esta tarde, sobre las siete y media empezarán a llegar los invitados, no hay tiempo que perder.

—¿Invitados?, ¿tiempo que perder? —Puse los brazos en jarra. —¿Me vas a decir ya, que coño pasa?

—David y Esmeralda, se casan hoy a las ocho.

Hubiera dado un alarido si me hubiera salido la voz, o cualquier sonido,

pero supongo que mis cuerdas vocales se habían quedado como el resto de mi cuerpo, de hielo.

—¿Qué?

—¡Joder Jacqui! —Miró hacia todos los lados y volvió a fijar esos ojazos en mí —¿Quieres hacer el favor de hablar más bajo? —susurró casi sin voz.

—Lo siento —le imité y frunció el ceño— pero me has dejado de piedra, ¿cómo que se casan?, ¡Esme, no me ha dicho nada!

—Esmeralda no te ha dicho nada, porque... ¡Esmeralda no sabe nada!

—¿Qué? —elevé la voz sin darme cuenta.

—¡Jacqueline, joder!

—Lo siento, lo siento... —me disculpé mirando el suelo.

—Haz el favor de ir con David, él te contará el resto.

Me dio otro beso, y cuando pasó por mi lado para ir hacia la nueva teleoperadora, que ya había colgado y me buscaba con la mirada, me dio un azote en el culo tan fuerte que me movió unos pasos hacia delante, el corazón me iba a mil, y dudaba de que ni siquiera pudiera caminar. Acababa de tener una conversación con ella sobre el matrimonio y ahora me veía envuelta en una sorpresa, en la cual el matrimonio (no el mío) era el protagonista, me mordí el labio y empecé a caminar hacia donde había visto a David, miré una vez más hacia ella, que esta vez reía con alguna ocurrencia de Klaus.

Anduve por el espacioso hotel que aún y pese a la sorpresa y los nervios, seguía dejándome obnubilada, empecé a pensar que jamás lo encontraría cuando lo vi de pie, frente a una inmensa ventana, apenas se movía, pero notaba su nerviosismo, cuando le di unos golpes en la espalda dio un bote y me miró con aprensión.

—¡Joder Jacqueline! ¡Qué susto me has dado! —se puso la mano en el pecho.

—¿Cómo es que te casas? —Pregunté mirándolo fijamente, aun conmocionada por la noticia.

—Un “hola” no hubiera estado mal —sonrió rascándose la cabeza —ya veo que Klaus te ha soltado la bomba, y sin vaselina... dado tu cara.

Me eche a reír por primera vez desde que había visto a Klaus, poco después David me dirigió al ala oeste del precioso hotel, caminamos en silencio hasta que abrió la puerta de una habitación, a simple vista era perfecta, con un color crema que te hacía sentir tranquila y en calma, por no hablar de la cama, que era gigante. Todo eso lo vi en el umbral de la puerta, ya

que aún no había entrado, en aquel instante tardaba unos segundos en reaccionar a las cosas, cuando al fin entré me quedé embobada mirando los paquetes que había encima de la enorme cama, David me rodeó y caminó hacia unos sillones que estaban frente a un enorme ventanal, se quedó en silencio durante minutos, que a mí me parecieron horas, yo me apoyé en el marco de la puerta mientras esperaba pacientemente a que empezara a hablar.

—En tres días, le dicen a Esmeralda si está completamente limpia— levanté la mirada y me encontré con sus ojos— a limpia me refiero, a que la quimioterapia ha funcionado y no hay rastro del cáncer— asentí— ella finge que está bien, que no le preocupa, pero sé que miente, está distante y nerviosa, supongo que tiene miedo de que haya podido quedar algo, y sé que es normal cuando pasas por una enfermedad así, siempre queda ese miedo, ¿verdad? — le miré con cariño, pero no respondí, intuí que había sido una pregunta para sí mismo. Más que para mí—pero sé que ella se pondrá bien, tiene... tiene que hacerlo —agachó la cabeza y aunque intentó disimularlo con un pequeño gruñido, se notaba que se contenía para no llorar en exceso, aun así, pude ver como se limpiaba las mejillas, caminé y me acuclillé frente a él, levanté su barbilla y cuando nuestros ojos se miraron le sequé una lagrima que tenía a punto de recorrerle su mejilla enrojecida.

—Claro que se pondrá bien —me hubiera encantado decirle más, pero tenía una presión extraña en el pecho, que apenas podía dejarme hablar, él me sonrió sin mostrarme los dientes y me acarició la mejilla —no tengas miedo.

—Es imposible no tener miedo, aun así, sé que estará bien, pero ella tiene la estúpida idea de que, si vuelve a estar enferma, yo voy a verme obligado a cuidar de ella, y no entiende que, para mí, estar con ella es lo mejor que me ha podido pasar en la vida. —¿Por eso te casas con ella?

—No —sonrió —me caso porque estoy seguro de querer pasar el resto de mi vida con ella, tengo esa increíble sensación de sentir que tiene una luz que la rodea, y cuando estoy a su lado, siento que esa luz se acopla a mí, haciéndome sentir más fuerte y más vivo a la vez, ¿sabes a lo que me refiero? —le sonreí a la vez que asentía —pero sé que, si se lo propusiera, ella me diría que esperara al resultado, y no quiero que unas dichas pruebas intervengan en una decisión que se tiene que tomar únicamente con el corazón, así que, con esta locura, no tendrá opción... si dice que si, como si dice que no, será solo y únicamente por lo que sienta por mí realmente, no habrán otras cosas que se interpongan.

—Guau —me senté en el sillón frente a él y sonreí —arriesgas mucho

haciendo esta locura, pero es una pasada.

—La idea fue de Klaus.

Abrí los ojos de par en par, y aunque intenté no abrir la boca no pude evitarlo.

—¿Cómo?, ¿de Klaus?, ¿Cuándo?

Se echó a reír y se dejó caer en el respaldo del sillón.

—Cuando Esme fue a por un café para él, el día de la borrachera, nos quedamos solos, él seguía lloriqueando porque decía que no querías casarte con él —no pude evitar sonreír—yo le dije que no dijese tonterías, que al final acabarías acordándote, —me guiñó un ojo y me puse como un tomate —bueno, supongo que necesitaba hablar con alguien y viendo que él estaba en un estado el cual no podía echar a correr, se lo conté.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que la solución la tenía delante, pero era tan simple que no la veía—le miré palideciendo —tranquila, no me sentó mal, al revés, me hizo gracia el tono en el que me lo dijo, me recordó a ti, —se encogió de hombros y sonreí aliviada—entonces me dijo que él no se lo pensaría dos veces, haría algo lo suficientemente loco como para que ella no pensara, tenía claro que se casaría antes de los resultados, de esa manera demostraría que le daba igual fuera cual fuera la decisión del destino.

—¿Decisión del destino? —levanté las cejas.

—Iba borracho, no seas tiquismiquis, además, convive con una escritora, es normal que tenga facilidad de palabra.

—Ya.

—Por muy cursi que sea...

Me eché a reír, mi dulce y borracho Klaus.

—¿Y porque yo no sabía nada?

—Porque aún no había nada decidido, fue una conversación que se quedó en el aire, ni siquiera le hice caso en un principio, dudaba de que se acordara de lo que habíamos hablado, hasta esta mañana, me ha llamado y me había dicho que había encontrado el sitio ideal, y que si estaba dispuesto estaría encantado de ayudarme.

Miré toda la habitación una y otra vez, ¿Klaus había organizado todo aquello en apenas unas horas?

—¿Y el vestido?

—En la cama, no sé qué ha hecho para conseguirlo, pero me ha dicho que es precioso, todo lo que ha hecho, ha sido... —le miré y volvía a reprimir las

lágrimas.

—Oye, ¿vas a dejar de llorar de una vez?, estás hecho un niño llorón — echó la cabeza hacia atrás en una carcajada.

Fui hacia la cama y tendido sobre ella había un forro negro lo bastante grande y lo bastante abultado como para esconder un traje de novia, o un cadáver lo cubría, tragué saliva sintiéndome incapaz de abrirlo.

Escuché de fondo decir a David si podría ponerlo en el maniquí que había en una esquina, ni siquiera lo había visto el maniquí, y eso que era lo bastante grande como para que hubiera pasado desapercibido, por el rabillo del ojo lo vi encerrarse en el baño, y segundos después escuché correr el agua, suspire, ¿David se casaba?

Tragué saliva y sentí unas ganas terribles de llorar, y lo más curioso era que no sabía que sentimiento era el que predominaba en mí, quería poder sentir absoluta felicidad, pero mi parte egoísta, odiosa, y narcisista se negaba a ver a David dar el sí quiero, y me sentí una persona horrible. Aquello me hizo soltar una lágrima que rodó por mi mejilla, la sequé rápidamente y tomé aire, cuando me disponía a abrir la cremallera de aquella funda me di cuenta que me temblaba la mano, aun así hice acopio de toda mi fuerza y abrí la funda, segundos después tape mi boca y di un alarido, frente a mí tenía uno de los vestidos de novia más bonitos que había visto nunca, no era pomposo ni estrafalario, era bonito, más bien precioso y sencillo, el idóneo para una boda en la playa al aire libre.

Era de un blanco impoluto, palabra de honor con escote de corazón fruncido, era de corte recto y un poco después del pecho, se iba abriendo hasta crear una pequeña cola, era de gasa, la espalda estaba hasta media altura, y era realmente espectacular. Apenas encontraba las palabras para poder describirlo, pasé los dedos por la gasa y me mordí los labios, era realmente espectacular... cuando lo iba a sacar por completo escuché la puerta del baño y lo tapé rápidamente. —¿Aún no lo has puesto? Joder Jacqui, que el tiempo se nos echa encima. —Dijo David mientras revoloteaba por toda la habitación.

—¿Estás loco? —Se quedó mirándome —No voy a poner el vestido en ningún sitio mientras tú estés pululando por aquí, no puedes ver el vestido ¡trae mala suerte!

—¡Venga ya!, ¿en serio crees en esas tonterías?

—¡Claro que creo!, así que ya te estás largando de aquí—dije señalando la puerta —¿Y dónde quieres que vaya?, tengo toda mi ropa aquí.

Saqué mi tarjeta del pequeño bolsillo de mi vestido y se la tendí.

—Es mi habitación, ves y cámbiate allí.

—¿Me vas a hacer cambiar todas mis cosas de la habitación? —¿Hasta el día de tu boda vas a estar protestando? —puse mis brazos en jarra y se echó a reír, le ayudé a meter sus cosas en una mochila y cerré las puertas tras él.

Moví el maniquí hasta dejarlo en el centro de la habitación y con mucho cuidado puse el vestido sobre él, me obligué a mí misma a no pensar idioteces, estaba sintiendo demasiadas emociones en muy poco tiempo. Aquello no debía ser bueno, tragué saliva de nuevo, pese a mi estado no podía ignorar que aquel vestido era increíblemente precioso, abrí otra caja y en ella había dos sandalias romanas de un blanco impoluto, sonreí como una tonta, solo a Klaus se le habría ocurrido tal cosa... y entonces sentí aquella sensación que me producía el pensar en Klaus.

Si en cinco años separados, no había sido capaz de olvidarle, era porque sentía un amor que superaba cualquier barrera, pero no podía negar que pese a eso, David, era una parte de mi pasado, de mi presente y de mi futuro, pero por mucho que lo quisiera (que lo quería) lo que sentía por Klaus era algo indescriptible, y ver de lo que había sido capaz, por ayudar a mi amigo, por el cual sabía que siempre sentiría algo peculiar como él había querido denominarlo, me hizo sentir que aquello no podía ser otra cosa, que no fuera un amor inmenso por mí. Inconscientemente toqué mi dedo anular, miré a mi alrededor sin saber exactamente que buscaba.

—David ¿has comprado los anillos? —escuché como resoplaba al otro lado de la línea.

—¡Ay dios!, ¡se me ha olvidado!, ¿Qué vamos a hacer?

—Pues... voy un momento a recepción, quiero preguntar si hay alguna joyería por aquí cerca.

—¡Espera, te acompaño! —Oí que abría una puerta —¡Te espero en la recepción, date prisa!

Bajé corriendo las escaleras, jamás una mañana había dado para tanto, pasé corriendo por unos pasillos hasta que frené en seco al ver de refilón a mis amigas, parpadeé varias veces, pero antes de que pudiera hacer nada, sentí vibrar mi móvil en el bolsillo, así que corrí hasta la recepción donde David hablaba con la recepcionista que sonreía.

—Jacqui, aquí tienen departamento de joyería —Sonrió soltando un suspiro.

Asentí y sin tiempo que perder, fuimos a la otra parte del increíble hotel

donde nos esperaba una dependienta y otro señor vestido de traje.

—Les estábamos esperando, señorita Amorós. —Dijo tendiéndome una mano, que acepté mientras que David se volvía loco intentando decidir.

Me quedé en un segundo plano mirando como David sonreía con cada alianza que le enseñaba la dependienta, yo a su vez sonreía de verle tan feliz, observando aquella escena, entendí muchas cosas, una de ellas fue, que el amor verdadero existe, solo que hay veces que tardas un poco en encontrarlo, pero cuando lo haces. Ya no puedes dejarlo escapar.

—¡Ya los tengo! —di un respingo saliendo de mi ensoñación —¿Te gustan?

Me acerqué al mostrador y los miré sonriendo, mientras la dependienta los sostenía a mi altura para que los viera mejor, eran preciosos, de oro blanco, finos y sencillos.

—Claro que me gustan, es muy tú —me guiñó un ojo y sonreí.

Su móvil sonó y se distrajo lo suficiente como para que yo les pidiera que pasaran la cuenta a mi habitación, el hombre de traje que había permanecido en silencio todo el rato asintió y la dependienta tecleó algo en el ordenador, y guardó los anillos en sendas cajas, cuando David se dispuso a pagar, el señor de traje negó con la cabeza y miró en mi dirección.

—Jacqueline Amorós, haz el favor de cogerme el puto dinero.

—Señorito David deja de hacer el idiota, y tómalo como un regalo de boda.

—¡NO!

—¿No? —Puse los brazos en jarra —No pienso cogerte el puñetero dinero, es un regalo, es tu boda, ¿eres tonto?, ¿en serio te apetece estar discutiendo por un regalo, en el día de tu boda? Se quedó mirándome en silencio, cuando vi que su ceño se iba relajando supe que se lo había pensado mejor.

—Has ganado una batalla, pero la guerra es mía.

Sonreí siguiéndole hacia la salida, hasta que se paró en seco y miró hacia el hilo musical de donde salía una canción que me sonaba, aunque no caía en cual era, sacó su móvil, pulso la aplicación Shazam, y lo elevó cerca de donde salía la música.

—Me encanta esta canción, y nunca hay manera de saber cómo se llama.

Sonreí negando con la cabeza, miré al señor del traje que parecía un mafioso, cuando me miró, me disculpé con un pequeño asentimiento, el solo me sonrió mientras retomaba su tarea, me llamó la atención ver con que

delicadeza limpiaba un añillo de plata, saltaba a la vista que era un anillo para hombre, quizá fuera porque estaba empezando a desarrollar una especie de locura transitoria dado el día de locos que llevaba, pero aquel anillo transmitía virilidad, fuerza. —¡Por fin te tengo! —le miré —whant to know what love is —fruncí el ceño, ¿de qué me sonaba? —es de los 80, seguro que la has escuchado.

—Me suena—dije intentando recordar —¿de quién es?

—Foreigner—se encogió de hombros—, sonó cuando llevábamos a Klaus a casa, escuché como la cantaba, pero cuando iba a preguntarle le vi con los ojos cerrados.

Entonces sentí que el suelo temblaba debajo de mis pies, ¡¡La canción!!, giré mi cabeza y vi como aquel señor se disponía a guardar el anillo de nuevo en el mostrador.

—¡Espere!

—¡Jacqueline! —Esmeralda corrió hacia mí, que aún no había dado dos pasos dentro de la habitación —¿Tú sabias algo de esto? Miré a Klaus, que miraba orgulloso el vestido en el maniquí con las manos en los bolsillos, se volvió cuando escucho que Esme me nombraba y me sonrió, haciendo que empezara a sudar sin ningún motivo más allá que no fuera su belleza perturbadora, miré a Esmeralda con un nudo en la garganta y caminé hacia el interior de la habitación.

—Me he enterado hace un rato —me senté en la cama y tragué saliva —te prometo que no sabía nada.

La morena me miraba con los ojos entrecerrados como intentando adivinar si le mentía o no, pero después de unos minutos en silencio se relajó y se sentó a mi lado.

—¡Madre mía, Jacqui!, esto es una soberana locura, ni siquiera sé si quiero casarme ya, ¡Por dios, soy muy joven! —Klaus se echó a reír— ¿Y tú, de que te ríes?

—De que tienes un miedo muy común, Esme, además vosotros ya vivís juntos, no sería un cambio demasiado grande.

—Eso ya lo sé, pero casarse... es algo demasiado serio, es para siempre, y eso es mucho tiempo.

—Hay para siempre demasiados cortos, y minutos demasiado largos — Esmeralda suspiró y clavó sus ojos en mí —Piensa en el presente, en lo que quieres, porque es en el presente donde sabes con seguridad que para siempre

quieres, luego puede cambiar, claro que sí, pero importa lo que sientas en el momento, y yo te pregunto... ¿ahora que sientes?

—Jacqui, yo...

—¿Quieres un sí? —Dejó de respirar —¿O quieres un no?, tomes la decisión que tomes, David estará a tu lado.

Esmeralda miró a Klaus, que se había apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados haciéndome sentir extrañamente nerviosa, él le guiño un ojo, y tuve que mirar hacia otro lado.

—Esmeralda—las dos le miramos —hace cinco años, una noche, en concreto la de mi cumpleaños, Jacqui me preparó una sorpresa increíble, me hizo regalos increíbles, y lo preparó todo sin que me diera cuenta, cuando llegué y empecé a ver todo lo que había hecho por mí, sentí que... que el pecho se me oprimía, en aquel momento sentí la necesidad de pedirle que hiciésemos una locura, que viajáramos y nos casáramos en las vegas... o incluso en el juzgado al día siguiente.

—¡Oh por dios— bufé sonriendo— aquí está mi Chicochica!

Esme sonrió y Klaus me miró dulcemente.

—Pero no lo hice porque me pareció precipitado, éramos muy jóvenes, y obviamente a esa edad, piensas que con quien convives será tu amor verdadero, tu chico o chica ideal, y generalmente se suele estar equivocado, así que me quite esa estúpida locura de la cabeza, ¿y sabes qué? —ella le miró inquieta, y yo como una estatua—si el tiempo volviera atrás, si me dieran la oportunidad de nuevo, me hubiera arrodillado ante ella aquella noche, y le hubiera rogado que se casara conmigo, porque el no haberlo hecho, me estuvo persiguiendo cada uno de los días que estuvimos separados, y si nunca nos hubiéramos reencontrado, creo que aquello hubiera acabado por matarme. Así que... si una parte de ti, por diminuta que sea te dice Esme, di que sí, escúchala, porque esa vocecilla es la que sale de tu corazón. —¿Y si sale mal? —susurró mientras se le escapaba una lágrima.

—Siempre podéis empezar de nuevo—se arrodilló a su lado y le acarició la mejilla —pero hay locuras que sientan de maravilla, créeme.

—¿Y si...?

—¡No! —La corté —no pienses en eso, ¡tú vas a estar bien!, no dejes que eso decida por ti. Tú tuviste cáncer, sí, eso está claro, pero el cáncer no te tuvo a ti.

Me miró sin hablar pero extrañamente algo en su expresión había cambiado, me sonrió a la vez que miraba el vestido mordiéndose los labios,

sin más empezó a llorar a reír y a llorar otra vez, yo la miraba divertida, sabia de esa sensación, los sentimientos encontrados se agolpan y salen de golpe, haciendo que llores y rías a la vez, quizá alguien pensara que estaba esquizofrénica, pero si eso era ser esquizofrénica, no me asustaba, ya que yo estaba cortada por el mismo patrón.

Se levantó y fue hacia su vestido, lo acarició como si fuera de cristal y se fuera a romper si apretaba demasiado, sus ojos brillaban y lucían como jamás lo había visto, miró a Klaus que sonreía y le dio un abrazo tan fuerte que incluso juraría que Klaus dio un leve gemido.

—Lo malo es... —me miró y su mirada era triste —¿qué hago con esta peluca?, no quiero llevar esta mierda de pelo con este traje.

—La peluca esta genial, ¡no digas tonterías!

—Pero llevo este puñetero pelo todos los días.

Klaus sonrió y de no sé dónde, sacó dos cajas y las puso entre nosotras.

—Ya había pensado en eso, Clara, la estilista de la última campaña publicitaria que he hecho, tenía dos pelucas de pelo natural que no había usado, recuerdo que me llamarón la atención porque eran preciosas, así que ha hecho el favor de regalármelas. —¿Y qué has tenido que hacer a cambio? —pregunté a lo que Esmeralda se echó a reír.

—Solo he tenido que prometerle que acudiría a su clase de arte, y posaría para sus alumnas.

—¿Desnudo?

—¡Claro! —sonrió y Esmeralda se echó a reír, preferí no darle importancia, al menos de momento.

Abrió las cajas y sacó dos pelucas increíbles, una de ellas era de pelo castaño, bastante parecida a la que llevaba puesta Esme, solo que un poquito más larga y con unas ondas preciosas, aquella morenita puso los ojos como platos cuando la vio, pero cuando la toco se hicieron aún más grandes, la otra peluca era rubia, de un sedoso y largo pelo rubio con un immaculado flequillo recto.

—Definitivamente, esta no —dijo acariciando la sedosa peluca rubia que Klaus sostenía— estaría un tanto rara, ¿no creéis? —los tres nos echamos a reír, pero paramos cuando volví a notar que sus ojos se entristecían —dios, parezco una niñata dominada por las hormonas.

—¿Por qué estas triste ahora? —preguntó Klaus sonriéndole.

—Sé que es una gilipollez, pero no me hace especial ilusión ir con peluca el día de mi boda, llámame tonta —se encogió de hombros —todo el

mundo me mirará pensando ¿será su pelo?, ¿por cierto se lo habéis dicho a mi familia?

—No te preocupes por eso—intervino Klaus —de eso ya nos estamos encargando, a las ocho de la tarde toda la gente a la que quieres estará aquí.

Miré a Klaus, que me sonrió cuando se dio cuenta de mi escepticismo.

—Y no te pongas así por el pelo, es lo de menos, te sentará genial.

—Si ya lo sé, Klaus, no me hagas caso, de repente estoy súper nerviosa, me he convertido en una de esas idiotas que empiezan a protestar por todo, después de todo lo que habéis organizado en un día, y yo aquí quejándome porque todo el mundo sabrá que es peluca, ¿como si no lo supieran ya!

Me eché a reír.

—Si es por eso, yo te quitaré el protagonismo en cuanto a pelucas— ella me miró sin entender —dame esa peluca, Klaus.

Cuando me la tendió, caminé hasta quedar frete al espejo, me apreté el moño que llevaba como pude, y puse la preciosa peluca rubia sobre mi cabeza, la ajusté y me encantó sentir como caía por mis hombros.

—¿Qué os parece?

Klaus me miraba sin hablar, y Esmeralda se retorció en la cama muriéndose de risa.

—¡Oh por dios!, Jacqui, de verdad, no es necesario —dijo secándose las lágrimas.

—¡Oye!, ¿tan mal me queda? —Me miré en el espejo y moví mi cabeza haciendo que Esme tuviera que sujetarse la barriga para poder respirar — Ahora mismo soy una rubia de ojos verdes, tampoco es tan raro.

—Estas muy guapa, Jacqueline.

—Sí, ahora... encima que lo hago para que nadie mire tu peluca—volvió a echarse a reír y me contagió —bueno, tú... ¿me vas a decir algo o piensas quedarte como una estatua todo el rato? Klaus seguía sin decir nada, aunque ahora me sonreía.

—Pareces una barbie, no sé si me gusta demasiado la idea de la peluca... estás demasiado exuberante.

—¿Barbie? —Me eché a reír —Como no sea la Barbie curvilínea, o la Barbie pistoleras —resopló indignado —no sé yo que concepto tiene este tío, de cómo es una Barbie.

Esme volvía a secarse las lágrimas y carcajeándose, hasta que acabó contagiándome otra vez.

—La llevaré durante la ceremonia...—esta vez me sonrió dulcemente—

luego no creo que aguante, hace demasiado calor.

—Gracias Jacqui... —me dio un abrazo que me dejó de piedra—no sé cómo podré devolveros esto que estáis haciendo por mí. Le solté un par de barbaridades a lo que ella y Klaus se echaron a reír, Poco después llegó la maquilladora que había enviado Laura, mientras Esmeralda procedía a ponerse la nueva peluca, me fijé en que no tenía nada de pelo, y aun así parecía una sexy teniente o`Neil, se colocó la peluca y nos sonrió, estaba súper guapa.

Para mi sorpresa, y según lo que me había contado Klaus, todas mis amigas que, a su vez, eran amigas de David, se habían encargado de avisar a la gente, sobre todo a familiares. Dana y mi primo Carlos le habían ayudado a conseguir el vestido y los accesorios. Laura se había encargado de avisar a todos los amigos que David quería que estuvieran aquel día, Bea había estado eligiendo en un tiempo récord, un detalle que se les haría a los pocos invitados que había, y Martina estaba ayudando a la decoración del salón de bodas improvisado, todas habían estado toda la mañana incluso más atareadas que yo, me sentí un poco inútil ya que me había estado quejando cuando apenas había tenido que moverme, sonreí mientras me miraba en el espejo, me estaba haciendo mayor.

Cuando salí de la ducha de mi habitación, Klaus se disponía a empezar a vestirse, David había desaparecido, aunque suponía que estaría por la zona donde se darían el sí quiero ayudando en lo que hiciera falta.

Sobre la cama vi extendido el vestido que había elegido Klaus para mí, tenía mil para elegir, y tuvo que escoger ese, que me traía no demasiados buenos recuerdos, pasé mis dedos por él y parecía que sentía de nuevo las mismas emociones que sentí en su momento. —De tantos que tengo, ¿y eliges este?

—Es precioso, y el negro nunca pasa de moda.

Le miré frunciendo el ceño, ¿estaba de broma?

—Ya sabes porque te lo digo, no te hagas el tonto.

—Jacqueline, este vestido es sencillamente espectacular, y no te lo he vuelto a ver puesto, ¿Por qué?

—¡Porque la última vez que lo llevé puesto, fue el día de tu puñetera boda! —Puse los brazos en jarra —¿Acaso quieres torturarme?

Me miró como quien miraría a una bruja con escoba y verruga de regalo, le ignoré y me dispuse a vestirme, no es que no me gustara el vestido, a decir verdad, me encantaba, sobre todo su espalda descubierta y sus tiras de

pedrería en forma de X. Me había sentido tentada a ponérmelo más de una vez, pero era demasiado maniática o supersticiosa para hacerlo, la ropa que solía asociarla a momentos malos, la desterraba de mi ropa habitual, «ya ves tú, que gilipollez» me dije a mi misma cuando me vi en el espejo, había cogido unos kilos desde la última vez que me lo había puesto, y había que decir, que ahora me quedaba quizá demasiado...

—¡La madre que pario, Jacqueline! —vi a Klaus detrás de mí por el reflejo del espejo de cuerpo entero, por el que me estaba mirando.

—Me hace gorda ¿verdad?

—¿Gorda? —Tragó saliva y empezó a sudar —me he muerto y estoy en el cielo.

Levantó sus manos e hizo como que daba gracias al cielo, me eché a reír negando con la cabeza.

—Klaus, estoy hablando en serio.

—Yo también, estás... ¡joder! has cogido los kilos más maravillosos del mundo.

—¡Oyeee! —grité.

—Pero ¡si te lo estás diciendo tú!

—¡Eso ya lo sé! pero es tu deber como novio, decirme que exagero, que estoy guapa y delgada, ¡no es el momento de darme la razón!

Se echó a reír a carcajadas, y de repente empecé a verme cada vez más redonda frente al espejo ¿Por qué nos pasa esto a las mujeres?

—Jacqueline, no te vuelvas loca —me agarró la cara y me hizo mirarle a los ojos, entonces se me olvidó el mundo —el día de mi boda, estabas por debajo de tu peso, te vi guapa porque ¡dios!, para mi eres preciosa, pero parecías un cadáver, solo tenías boca... y te quedaba demasiado holgado, ahora te queda... increíble.

—Sí, arréglalo ahora.

—Escúchame, ¿nunca has visto la foto que nos hicimos aquel día verdad? —Fruncí el ceño—. Ya veo que no, pensé que te la había enseñado, espera aquí.

Me dio un tierno beso en la frente y desapareció de mi vista durante unos segundos, cuando volvió a mi plano de visión, llevaba su móvil en la mano, supe que estaba mirando por las distintas carpetas de fotos que tenía dentro de su móvil.

—¡Aquí esta! —me tendió el móvil.

Lo que vi me dejó de hielo, había olvidado ciertos detalles de aquel día,

como por ejemplo lo increíblemente hermoso que estaba. —¿Has recortado a Ana?

—El fotógrafo hizo mal la foto, y como ella salía desenfocada, decidí recortarla, aunque no se atrevió a enseñársela, así que solo a mí me hizo partícipe de su error —¿Y qué te hace tanta gracia? —dije al ver como sonreía.

—Siempre he pensado que esta foto era una especie de señal—se encogió de hombros —me encanta como nos estamos mirando.

Volví la vista a la foto y la miré bien, era cierto, justo entonces recordé que aquella foto fue la primera de las dos que nos hizo, yo le estaba mirando en aquel momento cuando el flash me hizo darme cuenta de donde estaba, ambos nos mirábamos sin sonreír, quizá demasiado tensos como para ser conocidos, y quizá demasiado intensamente como para ser escritora y admirador, ¿el fotógrafo lo habría notado?, Quizá fuera que sí, y por eso no se había atrevido a enseñársela a Ana. Fue entonces cuando realmente me miré a mí, y debo reconocer, que ni siquiera me acordaba de que hubiera estado tan sumamente demacrada, entonces vi a que se refería con que el vestido me quedaba demasiado holgado, sonreí y le devolví el móvil. —¿Pero en serio piensas ponerte la peluca?

—¿Pero en serio creías que iba de broma?

—Deja de imitarme —me dio un golpe en el hombro y sonreí.

Me ayudó a que me quedara en su sitio, y le ignoré cuando le vi echarse a reír.

—Este vestido está maldito—escuché a mis amigas y a Klaus echarse a reír.

Estábamos todos en nuestros respectivos sitios, eran las ocho y diez de aquella tarde de finales de agosto, y las cincuenta personas que nos encontrábamos allí sonreíamos del mismo modo. Frente al mar y con el sol desapareciendo, hacia todo más hermoso si cabía posible, los arcos habían quedado increíble, y el juez que se encargaría de casar a la pareja, ya estaba subido en el pequeño escenario improvisado esperando a los novios.

Nos habíamos sentado en la segunda hilera de la parte derecha, detrás de los padres y hermanos de David, curiosamente todos los familiares y amigos de David estábamos en la derecha, y los de Esme en la izquierda, aun así todos nos mirábamos sonriendo, había un buen rollo que se trasmitía por todo el lugar, podía escuchar las bromas que seguían haciéndome Dana y Bea, y

como Laura y Martina intentaban no caer redondas de la risa, yo me atusaba la peluca rubia y hacía como que no me importaba lo que dijeran, y a decir verdad, no me importaba, ya que muchos me habían dado la enhorabuena por el cambio de look, ¿debería plantearme volverme rubia?, estaba nerviosa y me sudaban las manos, y estaba deseando ver a David, ni siquiera sabía que ropa había decidido llevar, pero seguro que estaba increíblemente guapo.

—¿Porque crees que está maldito? —susurró Klaus, haciendo que sintiera un escalofrío al sentir su aliento en mi lóbulo.

—Lo llevaba el día de tu boda, y ahora me haces llevarlo en la boda de David, ¿te parece poca coincidencia?

Pude escucharle reír, pero yo seguía con el ceño fruncido, aquel vestido ya había aguantado una boda demasiado emocional para mí, y ahora tenía que soportar otra, esta vez me aseguraría de tirarlo en cuanto me lo quitara, ¿Por qué esta tela tenía que ser testigo de las dos bodas, de dos de los hombres más increíbles que había conocido? (no quise añadir, de los cuales he estado enamorada) resoplé, la impaciencia podía conmigo, volví a buscar con la mirada a David, pero en lugar de eso obtuve un asentimiento del primo de Esme, al que había ayudado con la música, juntos preparamos las canciones para el banquete de después, y cuando consiguieron poner unos altavoces al aire libre, decidimos poner una canción para cuando los novios pasearan por aquella tela roja que hacía de pasarela.

Lo tuve claro, y al ver la cara de sorpresa y de emoción del primo de Esme, supe que había acertado. Quizá había cometido un error al poner esa canción, siempre la había querido para mí, pero después de mucho pensar... es lo que quería poder decirle a David, así que ese era otro de los regalos que le ofrecía, un regalo que decía más de lo que yo probablemente hubiera sido capaz de decir. Me tensé cuando empecé a escuchar la música... incluso creo que temblé y apreté los labios para contener las lágrimas, Klaus me miró frunciendo el ceño, había reconocido la canción, le ignoré, no estaba preparada para afrontar su mirada, cuando la voz de Louis Armstrong empezó a cantar todos nos volvimos, y allí al pie de aquella improvisada pasarela estaba David, su madre le tenía del brazo, y pude ver cómo le daba un apretón cariñoso, él tomó aire y empezó a caminar con su madre a su lado, sonriendo a ambos lados, saludando, y pude notar como buscaba a alguien con la mirada, aunque lo disimulaba bastante bien, me perdí en una de las palabras de “What a wonderful world” en la cual decía, “veo el cielo azul, y las nubes blancas, el brillante y bendito día, y la oscura noche sagrada y pensé para mí

mismo , que maravilloso es el mundo...”

Cuando abrí los ojos, del cual cayeron unas cuantas lágrimas, me di cuenta de que David me había visto, torció la cabeza mirando mi pelo y me eché a reír, cuando por fin estuvo a mi altura me sonrió como él solo, sabía hacer, después siguió caminando hasta llegar al pequeño escenario donde saludo al juez que le miraba sonriendo, le dio un beso a su madre, que llevaba una llantina parecida a la de Dana y Laura. Yo aún no sabía cómo me mantenía medianamente tranquila, llegó el momento de instrumental y apreté mis manos, Esme no tardaría en aparecer, y a mí la garganta me ardía, como había predicho, David estaba encantador, no iba vestido de novio corriente, llevaba unos pantalones de tela beis, una camisa blanca, que llevaba remangada dejado libre sus antebrazos, y un chaleco del mismo color de los pantalones, iba increíble, maravilloso, y guapísimo.

Cuando terminó de decirle algo juez, se volvió hacia todos nosotros que le sonreíamos emocionados, estaba visiblemente nervioso, tanto, que no pude evitar sonreír, cuando menos lo esperaba clavó sus ojos en mí y todo lo que sentí en aquella mirada jamás sabré explicarlo, pero principalmente amor, no un amor entre hombre y mujer, sino un amor, verdadero, un amor de infinita gratitud, un amor superior a muchas otras cosas, y un amor que sobre todo me decía gracias por estar a mi lado, cuando me sonrió creí que estallaría en llanto, pero gracias a dios apartó la mirada y sonrió a alguien que estaba detrás, después de un largo “Ohhh” me volví, y allí, a los pies de la pasarela estaba una radiante y llorona Esme, del brazo de su padre. Le caían lagrimas por la cara, pero aun así estaba preciosa. David la miraba como si no hubiera visto a una mujer jamás en su vida , empezó a caminar y casi estaba a mi altura cuando Armstrong nos deleitaba con mi trozo preferido de la canción “Escuche niños llorando, los vi crecer, aprenderán mucho más, de lo que yo jamás sabré y pienso para mí mismo, que maravilloso es el mundo”, sentí el brazo izquierdo de Klaus rodearme por los hombros, y atrayéndome a él, hasta que quede pegada en su torso, su brazo me rodeaba el cuello, y le acaricié suavemente, mientras me daba cuenta de que ya lloraba sin poderme aguantar, fue entonces cuando agachó su cabeza y unió su mejilla con la mía, después me dio el besó más dulce del mundo, mi corazón iba a cien por hora y estaba segura de que Klaus lo podía notar. En aquel momento Esme pasaba frente a nosotros, llorando sin poder parar, y cuando nos miró nos dio las gracias entre suaves murmullos, ambos asentimos, y aunque no veía la cara de Klaus, sabía que estaba sonriendo con todo su ser, y en aquel momento, si aún era posible,

le amé un poco más.

Cuando miré hacia David, pude ver como se le escapaban las lágrimas, miraba a Esme con el mayor amor de mundo, cuando el padre de esta se la entregó, le dio tal abrazo a aquella preciosa chica, que todos los que estábamos allí dimos un sollozo colectivo, después al apartarse, la miró como si fuera el regalo más maravillo del mundo, le tocó el pelo... y sonrió, después miró en nuestra dirección y apretó sus labios intentando no llorar descontroladamente, así que tragó saliva fuertemente mientras miraba a Klaus con mucho de algo que no entendí, pero que hizo a Klaus estremecer tanto, que hasta yo lo noté. Fue cuando miré a Klaus, y le vi haciendo esfuerzos por permanecer sereno, cuando me miró, le sonreí, poco después nos sentamos y empezó una boda llena de amor, de vida, y se juraron amor eterno para el resto de sus largas vidas.

—¡Dios, que picor llevo!

Dejé la peluca encima de unos de los tocadores de mi habitación y me dejé caer en la cama, Dana estaba retocándose el maquillaje junto con Laura, Martina estaba mirando por la terraza y Bea no dejaba de observarme. Había subido a quitarme el matojo de pelo que ya empezaba a incomodarme, me lo hubiera dejado todo el convite, pero ya me empezaba a resultar imposible aguantar el picor, dejé mi pelo suelto que me calló con unas hondas improvisadas que me hicieron soltar un suspiro, realmente no me apetecía en absoluto ponerme a retocármelo, Bea me echó un poco de laca y sonreí de verme de nuevo con mi color.

Todo el jaleo se encontraba abajo, desde mi habitación podíamos escucharlo, Klaus se había ido con los recién casados a hacerse unas fotos por el lugar, aunque fuera una boda completamente improvisada tenían cada mínimo detalle, incluso Claudia había acudido a cubrir la boda de David, aquella chica era realmente encantadora. Miré a Laura que me sonreía, ya se le notaba la tripita y estaba realmente guapa, todo el mundo le decía que era porque estaba en estado de un chico, en unas semanas saldría de dudas.

—¿Os acordáis de la obsesión que pilló con David cuando le conoció? —dijo Martina sentándose en uno de los taburetes del tocador, todas sonreímos al unísono.

—¡Oye! —Fruqué el ceño—. Era una cría, y él era mi prototipo ideal.

—Si...—masculló Dana—un chulo, con anillos de plata. Me reí sin poder evitarlo.

—Me encantan los hombres con anillos en los pulgares— resoplé acordándome de aquella noche— pero a Klaus, no le da la gana ponérselos... me resulta tan sexy.

—Estás como una cabra —apuntó Bea y nos echamos a reír.

—¡Oye! Cada una tiene algún fetiche, me gustaría saber el vuestro tanto que habláis.

Todas nos reímos, y poco después volvimos al salón donde todos estaban casi en sus sitios, vi a Klaus hablando con el hermano de David y sonreí, estaba como un queso, cuando me vio, caminó hacia mí dándome un beso de

me alegro de verte que hizo que dudara en quedarme o echar a correr con él detrás y hacerle el amor en cualquier rincón oscuro de aquel hermoso lugar.

Todos nos sentamos en nuestros respectivos asientos, no habían pasado dos minutos cuando nos volvimos a poner en pie cuando los novios hicieron su entrada triunfal al sonido de Rock you Body de Justin Timberlake, caminaron de la mano mientras se movían al ritmo de la canción dejándonos a todos alucinados, se quedaron frente a todos nosotros bailando, después de estallar en carcajadas todos empezamos a bailar, dejando alucinados a los camareros que estaban allí para empezar con el convite, cuatro minutos después y tremendamente muertos de la risa y del cansancio, nos sentamos después de un largo aplauso por el baile que nos habíamos pegado todos los asistentes, incluso Klaus se había pegado sus pasos de bailarín.

Brindamos con una copa de champan y dimos comienzo el banquete, que trascurrió entre risas, bromas y muchos «¡Que se besen, que se besen!!» todo estaba siendo maravilloso, y la comida mejor, imposible, varios familiares de los recién casados se acercaron a nosotros para darnos las gracias, y ya que estaban allí se hacían varias fotos con Klaus, yo lo miraba divertida. Antes de que los novios cortaran la tarta, se pusieron de pie, todos nos quedamos en silencio, David fue a por un micro y después de toser varias veces y de tomar de la mano a Esmeralda, empezó a hablar.

—Buenas noches a todos los que os habéis dado lugar aquí. Sé que ha sido precipitado, que muchos ya teníais planeada la noche del viernes y entre esos planes no entraba una boda sorpresa... creerme, hoy cuando me he levantado, tampoco lo sabía— todos nos echamos a reír —sabemos que falta mucha gente, pero estamos felices porque estáis aquí las personas más importante para nosotros, hablo por mí y por mi mujer Esmeralda, ¡Dios!, ¡mi mujer!, creo que me estoy mareando... —todos nos volvimos a carcajear—. Bueno, sigo que me lio. Hablo por mí y por Esmeralda, cuando os digo que muchas gracias, habéis hecho de este día, un día maravilloso, que jamás, pase lo que pase olvidaremos, más adelante repetiremos esta locura, con la gente que nos falta, así que por fiestas no os preocupes, y queremos hacer una especial mención a las dos personas que han hecho esto posible, quiero dar las gracias a mi amiga Jacqueline, por todo lo que ha hecho por mi hoy, y siempre, porque quererme como lo hace, y por acompañarme en cada momento de mi vida, mucho ha quedado atrás enana... tenemos muchos recuerdos en común, y si todo volviera atrás, repetiría todas y cada una de las cosas que he hecho contigo y junto a ti, bueno todas no, quitaría las malas... —me eché a reír y me

sequé una lágrima—gracias por tus ánimos, y por tu ¡lucha por ella! Puede que, sin tu impulso, no fuera hoy todo como es, espero tenerte por siempre en mi vida. —Todos aplaudieron, incluso yo, aunque me sentía sin fuerzas—. Y bueno, ahora quiero agradecer a una persona toda su ayuda, debéis saber que esto ha sido gracias a él, si me llegan a decir que acabaría pensando que es un tío increíble, no me lo hubiera creído, Grass, sé que nuestro comienzo fue duro, que nos teníamos una peculiar manía, pero estoy feliz porque hoy puedo decir que somos amigos, y quiero que sepas, Klaus, que me has demostrado ser uno de los mejores amigos que una persona puede tener, y sinceramente... creo que has montado todo esto tan rápido, para que no te quite a Jacqueline y así quitarme del medio de una vez —todos aplaudieron y se echaron unas risas —pero gracias por haberlo hecho de esta forma y no dándome una paliza... ahora en serio, gracias Klaus por todo esto, jamás estaré lo suficientemente agradecido, os quiero.

Aplaudimos, incluido Klaus que aún se estaba riendo por las palabras de David, él le tendió el micro a Esmeralda y aplaudimos cuando ella sonrió.

—Bueno, no quiero ser pesada, además, David a dicho todo lo que yo iba a decir así que me deja con poco margen a la sorpresa, gracias por estar aquí, es muy importante para nosotros contar con vuestra presencia, gracias a todos, y a las amigas de David que han ayudado bastante a que hoy podamos estar aquí todos...—mis amigas se miraron y asintieron sonriéndole a Esme— gracias a mi padre y a mi hermano por estar siempre a mi lado, y no dejarme sola jamás, sé que os he dado mucha faena, pero si soy como soy, es gracias a vosotros, así que... ¡¡¡No os quejéis tanto!!! , y bueno, quiero dar las gracias a unas personas especiales para mí, Jacqui y Klaus, siempre recordaré esta época de mi vida, y no por lo malo que ha habido en ella, sino porque os he conocido, y sé que apenas nos conocemos, pero os habéis portado de maravilla conmigo y con David. Jacqui, nunca se me olvidará que quisiste quitarme el protagonismo con esa peluca rubia, y por ello te estaré agradecida siempre, y a ti Klaus... que puedo decirte, simplemente que eres el hombre , después de mi padre y mi hermano, y bueno, mi marido que sino luego le entran los celos —me eché a reír —quiero que sepas que eres uno de los hombres más impresionantes que conozco, y no solo por ser un dios griego, como diría Jacqui, sino por cómo eres en tú interior... que es incluso más hermoso que tú exterior, Gracias por cada segundo de tú día que has compartido conmigo.

Todos nos levantamos a aplaudir, habían sido unos agradecimientos

espectaculares que habían dejado a Klaus en modo ñoño, poco después volvimos a charrotear unos con otros, estaba distraída hablando con Dana cuando una camarera se acercó a mí.

—Señorita Amorós, hay un señor de la sección de joyería que pregunta por usted —Miré hacia donde me señalaba y allí de pie y con el mismo traje de aquella mañana estaba aquel señor elegante, que cada vez parecía más un mafioso, creo que hasta me intimidaba un poco.

Asentí mientras tragaba saliva, él sostenía en sus manos el santo grial, al menos mi santo grial, caminé hacia él completamente decidida, aquella noche iba a por todas.

Recorrí toda la estancia con la sensación de que llevaba una bomba escondida en el escote de mi vestido, y no es que fuera una bomba de tipo, catástrofe, sino era una bomba en plan “Dios... la que voy a liar”, intenté quitarme la cara de estreñida que tenía en aquel momento, pero era difícil, ya que me costaba disimular que tenía algo escondido debajo del pecho derecho.

Me daba la sensación de que llevaba un letrero en la frente que ponía, «Oye tú, mírame la teta ¿no ves nada raro?». Negué con la cabeza mientras sonreía, conseguí serenarme cuando los novios cortaron la tarta e hicieron la típica parafernalia del momento, compuesta de... corto la tarta, te doy un cacho y te mancho la cara, todos nos reímos, era una tarta de tres pisos de chocolate negro y chocolate blanco, desde lejos se intuía que debía estar hecha por los mismos ángeles, tenía una pinta maravillosa. Cortesía del nuevo ligue (pastelero) de Martina.

Estuve en lo cierto referente a la tarta cuando se hizo el silencio mientras la degustábamos, cualquier susurro podía llegar a ser audible, incluso hasta me resultó cómica la situación, ya estaba relajándome, disfrutando de mi última porción cuando escuché hablar a Dana por el micro.

—Primero de todo, ¡Enhorabuena a los novios!, ¡Tranquilo David! no estoy aquí porque te hayamos preparado una canción, respira, que te veo cara de agobiado —todos nos echamos a reír —Estoy aquí para deciros, que me alegro enormemente de vuestro matrimonio, os deseo la mayor felicidad del mundo, y bueno, desde aquí decirle a Martina, que si tu amigo pastelero hace todo como las tartas... ¡dámelo si no lo quieres!

Todos se echaron a reír y aplaudieron, por lo visto había sido un pensamiento generalizado de todas las mujeres que nos encontrábamos allí, y si me apuras, hasta de algún que otro hombre. Sonreí mientras negaba con la cabeza, coincidí con los ojos de Laura que me miraban divertidos, podía

escuchar como Dana seguía hablando, haciendo que todo el mundo se echara a reír.

—¿Pero que se ha tomado? —susurré a lo que Klaus me sonrió —lo digo en serio.

Antes de que pudiera contestarme, escuché que mencionaban mi nombre y levanté la vista.

—Quien mejor que ella para dedicar unas palabras al joven matrimonio —Dana sonreía abiertamente, mientras a mí me entraban ganas de que me diera un shock anafiláctico o como narices se llame y, o me tragara la tierra— vamos mujer, ¡no seas tímida!

—No—susurré mirándome las manos —otra vez no...

Pero cuando empezaron los vítores decidí cortar por lo sano y levantarme, sabía que Dana utilizaría cualquier cosa para que participara en su ocurrencia, y si empezaban a aclamarme seguro que saldría corriendo, pero hacia la salida. Klaus me dio un suave azote en el trasero, cuando me dispuse a caminar hacia Dana que me miraba divertida, lo que nunca sabrá... es que llevaba demasiado tiempo pensando en mi venganza, y aunque aún no había dado con una lo suficientemente buena, no perdía la esperanza de encontrarla y entonces, y solo entonces podría resarcirme de las dos veces que me había hecho hacer el ridículo ante tanta gente. Cuando llegué a su altura resoplé, (que nadie note que llevo algo escondido, que nadie note que llevo algo escondido), aunque justo en aquel momento y con el micro en la mano, una idea empezó a hacerse cada vez más y más intensa, y ahora me daba cuenta de que quizá... y solo quizá, había visto demasiadas películas.

Me ofreció el micro y sonreí. Miré a todo el salón que me miraba expectante, al menos en la boda de Laura, cuando habíamos subido al escenario a berrear la canción de sting la gente iba algo más, ¿cómo decirlo?, ¿ebria?, si, ebria, resoplé... en aquel momento tenía la mente en blanco.

—Que sea escritora no quiere decir que tenga palabras para todo—. Todo el salón se echó a reír y me sorprendió, no esperaba resultar graciosa—. Jorge Luis Borges dice, cada persona que pasa por nuestra vida es única, siempre deja un poco de sí y se lleva un poco de nosotros, habrá los que se llevarán mucho, pero no habrá de los que no nos dejaran nada. Esta es la prueba evidente de que dos almas no se encuentran por casualidad. y no solo estoy de acuerdo con él, sino que además creo firmemente que cada persona que pasa por nuestra vida, nos enseña algo, a veces bueno, otras no tanto, pero siempre somos distintos después de haber ocurrido, por eso se, que si nunca

hubiera conocido a David, hoy jamás sería quien soy, porque él me ha enseñado muchísimas cosas, y sobre todo, me ha enseñado a conocerme más a mí misma, David gracias por estar en mi vida, y Esme, aunque no nos conocemos mucho... sé que nos queda toda una vida para hacerlo, y que como ya te he dicho alguna que otra vez, eres lo mejor que podía pasarle a David, os quiero mucho pareja.

Sonreí cuando empezaron a aplaudir, quería decir mucho más, pero apenas me salían las palabras, intentaba disimular la creciente emoción que sentía en mi pecho, caminé hacia David que ya me esperaba con los brazos abiertos, me dio un abrazo enorme y besó con dulzura mi cabeza, después Esme me regaló un abrazo y dos tiernos besos, suspiré mientras me sentaba al lado de Klaus, que me sonreía. Los novios iniciaron el baile, con la canción Hold my hand de Michael Jackson, como gran fan que era de Michael, era obvio que no pudiera fallar en su boda, y que mejor homenaje que abrir el baile con esa preciosa canción, con un mensaje tan importante para él, Toma mi mano. Me fijé en como cantaba la canción mientras bailaba con Esme, aunque no me lo hubiera dicho, sabía que esas palabras, esa canción, era un mensaje para ella. Y como estaba siendo una costumbre para mí aquel día, se me escaparon varias lágrimas que sequé tan rápido como pude.

Una hora y media más tarde, un setenta por cien de los invitados que se encontraban allí ya llevaban un par de copas de más, tal y como había imaginado a mí el alcohol no me había servido de nada, seguía incluso más nerviosa que antes de que se me ocurriera la genial idea, por suerte entre los invitados de la boda exprés estaban los amigos de Leo y David, que cantaron en la boda de Laura. Tuve un debate interno sobre si hacer o no participe a alguno de la locura que se me había ocurrido durante mi discurso, y aun a sabiendas de que pudieran reírse de mí, aproveché que se habían quedado rezagados hablando entre ellos, para meterme como quien no quiere la cosa en su conversación, contaba con la ayuda divina de que sabía que les caía bien y para mi sorpresa no solo no se rieron de mí, sino que estuvieron completamente dispuestos a ayudarme, en concreto uno de ellos, casualmente el más Heavy se sabía la canción con la que pretendía dar el pistoletazo de salida, así que se mostró encantado de ayudarme en mi locura, así que mientras todos (incluido Klaus) bailaban con la música que había preparado el primo de Esme en un tiempo récord, yo me encontraba en un rincón del salón con uno de los cascos en los oídos intentado memorizar del play —back de la canción, después de ver mi cara de angustia, ante la negativa de mi cabeza a

memorizar nada, me dijo que él me daría el pie, así que después de un largo suspiro de satisfacción, me dispuse a beberme un chupito de lo más fuerte que tuvieran en la barra, que resultó ser absenta, me ardió la garganta tanto que creí marearme, unos minutos después sentí un calor por todo mi cuerpo que me hizo reír, y diez minutos más tarde, estaba más mareada que una peonza, y dispuesta a cualquier locura. Era curioso el efecto del alcohol en según qué ocasiones, y toda eufórica que estaba, empecé a recordar trazos de aquella conversación tiempo atrás, en la cual Klaus me decía, como de pequeño imaginaba que una chica le pedía que se casara con él mientras la canción de “Foreigner” sonaba de fondo, me hizo tanta gracia que me estuve riendo bastante tiempo, por no decir que le dije que era un tanto Chichica.

Y me reafirmaba, era bastante Chico —Chica, porque, a decir verdad, era más común que fuera yo, la que deseara que le pidieran matrimonio con una canción, pero que fuera él... un portento de hombre quien deseaba aquello, por muy sueño infantil que fuese, sorprendía.

Cuando salí, concretamente al paseo marítimo, sentí como si allí afuera, el aire tuviera otro sentido, era como si allí, lejos de todas aquellas personas pudiera darme cuenta de la pequeña burbuja que se había formado en el interior de aquel increíble hotel. Cuando llegué esa mañana jamás pude imaginar a lo que me llevaría aquella entrevista, y mucho menos lo que pasaría después, hay días en los que nunca pasa nada y otros en los que todo lo que ocurre, abrume de una manera asombrosa. A aquellas horas, el paseo marítimo estaba repleto de gente joven, iban y venían de un lado a otro, a unos cuantos metros de allí había una de mis terrazas de verano favoritas, incluso desde donde yo estaba podía escuchar la música, consiguió distraerme durante unos minutos, y a decir verdad se me olvidó el motivo de mi escapada del hotel, hasta que lo visualicé de nuevo, allí en la otra esquina estaba aquel señor vendiendo rosas, corrí hacia él con miedo de perderle de vista otra vez, y después de comprar varias rosas, me encaminé de nuevo al hotel donde me esperaba mi destino. Sonreí cuando vi a Klaus bailar con Dana, le había dicho que iba un momento a la habitación a cambiarme los zapatos, así que sabía que no se había percatado demasiado de que quizá estaba tardando un poco demás, parecía entretenido y aquello me venía de perlas para mi idea original, Diego (el heavy) me esperaba cerca del escenario, cuando me vio sonrió mientras hablaba con el primo de Esme, mientras yo me escabullía hacia el escenario intentando pasar desapercibida, y gracias a dios así fue, cuando estuve a su lado, me acarició el hombro. —¿Empezamos princesa?

—Claro que si —contesté intentando que no me temblara demasiado la voz.

Cuando se subió al escenario, a mí se me removió todo el estómago y sentí vértigo, ¿en serio iba a hacerlo? De repente me acordé de donde había guardado el anillo, (que por un momento se me había olvidado) y después de sacarlo sin que pareciera algo raro, lo guardé en mi manos cerrando el puño con todas mis fuerzas, cuando escuché a Diego hablar por el micro y a la gente reír estuve a punto de vomitar, en aquel momento me arrepentí del chupito dichoso, desde mi posición y amparada por una débil oscuridad vi cómo algunas personas se sentaban a escuchar con tranquilidad la canción que había anunciado Diego, uno de ellos era Klaus, que se sentaba al lado de Bea, no sin antes mirar en dirección a la puerta... me buscaba.

Cuando aquel chico empezó a cantar, todos quedamos en silencio, escucharle era una auténtica maravilla, mi faena estaba clara, yo cantaré el estribillo, así que cuando tuviera que subir el me haría una señal, saber que me guiaba por otra persona me hacía sentir más tranquila.

—Debo tomar un poco de tiempo, un poco de tiempo para pensar las cosas, es mejor que lea entre líneas, en caso de que lo necesite cuando este viejo, esta montaña que debo escalar se siente como un mundo sobre mis hombros, a través de las nubes veo al amor brillar, me mantiene cálido mientras la vida se enfría. En mi vida, tuve un gran dolor en el corazón, yo no sé si podré enfrentarlo nuevamente, ahora no puedo parar, he viajado muy lejos para cambiar esta vida solitaria.

Diego me hizo un gesto con la cabeza, debía subir al escenario, y sentía los pies pegados al suelo, el primo de Esme ,al cual no había visto, me tendió un micrófono y de un empujón me subió al escenario justo a tiempo para cantar junto a Diego el estribillo, se pudo escuchar un gran “ohhh” en toda la sala, hasta pude escuchar la carcajada de David, incluso las voces de mis amigas, todo aquello en apenas segundos, encontré los ojos de Klaus, mirándome sorprendido, con la boca casi abierta y no pude evitar echarme a reír.

—Quiero saber lo que es el amor, quiero que tú me enseñes, quiero sentir lo que es el amor, sé que puedes enseñarme...

Aunque mi inglés era un tanto patata, la voz de Diego, de fondo, me ayudaba bastante, sabía que lo bueno empezaría en el segundo estribillo, así que sonreí cuando Diego continuó la canción mientras yo no apartaba los ojos de Klaus que me sonreía de una manera maravillosa, si él supiera...

Me miró de nuevo y supe que era mi turno, y esta vez había llegado el

momento... me llevé el micro a la boca

—*Quiero saber lo que es el amor, quiero que tú me enseñes, quiero sentir lo que es el amor, sé que tú puedes enseñarme.*

Y mientras repetía el estribillo, empecé a caminar hacia Klaus, que permanecía quieto como una estatua, con las manos se había tapado la boca y me miraba con los ojos fuera de sí, con una mezcla de tantas cosas, que se me hizo un nudo en el estómago, cuando me quedé frente a él que seguía sentado, recordé las frases que venían a continuación.

—*Vamos a hablar del amor, el amor que siento por dentro, estoy sintiendo tanto amor, no, Tú no puedes ocultarlo.*

En aquel preciso momento vi una lágrima caer por sus ojos, yo ya no podía cantar y era la increíble voz de Diego la que se escuchaba, aunque esta vez noté que ya no cantaba tan alto...y esa era su señal, había llegado el momento, tragué saliva y aunque por un momento sentí que me moría, al abrir los ojos y verlo ante mí, completamente desecho en emociones, sentí que las rodillas empezaban a ceder, sin más me vi de rodillas ante él, la mano en la que ocultaba el anillo en su cajita volvió a latir, me llevé el micro a la boca y con una voz algo temblorosa, —Klaus, esto no es como tu escena de Pretty Woman preferida, pero esta si es tu canción —me miraba sin saber que podía decir —como en un sueño que tenías hace mucho tiempo, hoy aquí ante ti, con esta canción de fondo te pido... ¿quieres casarte conmigo?

Abrí con cuidado la caja y le se la tendí, tragué saliva, y cuando me encontré con esos ojos, todo mi mundo tembló, en aquel momento podía escuchar como mis amigas daban pequeños grititos, Klaus me miraba apretando los labios tan fuerte que se debía de estar haciendo daño, cuando le vi echarse a llorar, no pude evitar llorar yo también.

—¿Y bien? —pregunté con un hilo de voz.

Y sin esperarlo, tiró de la mano que tenía extendida con la cajita y me sentó en sus rodillas, agarró mi cara con sus dos manos, y me miró fijamente a los ojos con tanto amor, que se me fue el aire de los pulmones, me apretó fuertemente de la nuca, y me estampó contra sus labios, en aquel momento todo el mundo rompió a aplaudir, pero yo no escuchaba nada, era extraño, era como un estruendo silencioso, en aquel instante solo existíamos los dos, sus besos y sus ansias de mí... me estaba haciendo algo de daño de lo fuerte que me apretaba, pero me daba igual, ya todo me daba igual. Cuando me soltó tardé varios segundos en poder abrir los ojos, hasta incluso creía que había estado

algo bizca, él acarició mi mejilla sin dejar de sonreír, no dijo nada, solo asintió con la cabeza sin poder parar de reír, le imité y me devolvió el “sí” más contundente que se puede dar con un simple movimiento de cabeza. Esta vez fui yo la que lo besó, y me hubiera quedado allí en esos labios infinitamente, si no fuera porque sentí un peso en mi mano derecha, al apartarme vi que se trataba de la cajita con el anillo que deseaba ver puesto en el dedo de Klaus, así que lo saqué con cuidado, él me tendió su mano derecha con una sonrisa en los labios, tan deliciosa que me relamí inconscientemente, tomé su largo y robusto dedo anular (aunque hubiera preferido el pulgar) y deslicé el precioso anillo de plata y oro blanco sobre él, ahogando un gemido por el simple hecho de entender lo que aquello suponía, él mordió sus preciosos labios y me besó tan apasionadamente que todo aquel salón empezó a silbar, fue entonces cuando recordé que había mucha más gente siendo testigo de aquel momento tan íntimo.

—Es precioso, Jacqueline —susurró mirando el anillo con una adoración, que me llevó a la luna.

Sonreí porque me vi incapaz de hablar, estaba abrumada de una manera que no podía explicar, lo siguiente que recuerdo fue el abrazo de mis amigas, que lloraban de emoción ante lo ocurrido. Klaus no se quedaba atrás, ya que estaba recibiendo las felicitaciones de gente que incluso no conocía, cuando todos me hubieron felicitado, me di cuenta que había echado de menos unos brazos que tanto me habían abrazado durante mucho tiempo, le busqué con la mirada y lo vi apoyado sobre el escenario ahora vacío, mirándome con las manos en los bolsillos, me sonrió y le devolví la sonrisa, pero supe que aquella sonrisa no era del todo sincera, no le llegaba a los ojos, y enseguida supe que estaba sintiendo lo mismo que yo había sentido cuando supe que él se casaba. Quise acercarme, pero cada vez que lo intentaba alguien me cortaba el paso para felicitarme, después Klaus y yo éramos incapaces de soltarnos las manos, bailamos, reímos, y bebimos, sintiéndome así la mujer más feliz en la faz de la tierra. Ignoraba que hora podría ser, pero la fiesta se había trasladado a la terraza de verano que estaba a unos metros del hotel, allí podríamos estar hasta el amanecer sin ningún problema, y viendo cómo estaba la gente de animada, tenía toda la pinta de ser así. Luis Fonsi sonaba a toda pastilla dejándome sorda por momentos, dejé de tener a Klaus cerca durante unos minutos, ya que, como era lógico, la gente le reconocía, sobre todo las mujeres, así que se pasó gran parte de la noche haciéndose fotos con jóvenes muchachitas demasiado... como decirlo ¿frescas?, y no, no estoy celosa,

bueno si, un poco si... aunque cada vez que veía a alguna coquetearle demasiado poco sutilmente, él sonreía educadamente y les enseñaba el anillo para poco después señalarme con el dedo y sonreírme de una manera que conseguía tranquilizarme, era curioso como yo que era una escritora de fama reconocida con muchísimos libros vendidos, pasaba desapercibida, (relativamente) y un modelo de no más de unos meses de exposición al público, tenía un club de fans femenino allí donde fuera, pero era obvio, solo había que verlo, aquel hombre tenía una belleza superior a cualquier otra, era el hombre más guapo que conocía, y eso incluía a amores platónicos como Bustamante, Bagans o un par de estrellas de cine.

Me sentí satisfecha cuando vi que entablaba conversación con un grupo de chicos que un rato antes se habían hecho una foto conmigo, me habían reconocido casi al instante de cruzarnos de camino al baño, y no pude evitar echarme a reír con las ocurrencias que me daban para futuros libros, eran inteligentes, divertidos, e increíblemente imaginativos, y era obvio que no sentían ningún tipo de atracción hacia las mujeres.

Cuando volvía del baño por quinta vez en menos de una hora, vi la espalda de David salir por una de las salidas de la terraza, miré a ambos lados y no vi que nadie le siguiera, después de enseñar mi pulsera de todo incluido al seguridad, me dejó salir del local no sin antes darme un guiño de ojos que consiguió acelerarme el corazón, madre mía... anduve unos metros por el paseo marítimo que seguía abarrotado, David no podía estar muy lejos, había salido casi al instante después que él lo hiciera, ¿Dónde se había metido? , cuando me alejé un poco y me adentré en una zona donde las luces eran más tenues, pude ver una silueta caminar en dirección a la playa, no tuve dudas, era él. Así que, sin pensármelo demasiado, me quité los zapatos (no sin antes dar varios tras pies, que casi me ocasionan la rotura de la crisma) y empecé a correr hacia él, la tercera vez que lo llamé se volvió hacia mí, empecé a caminar agotada, arrastrando los pies por la arena, estaba en una forma física horrible, cuando estuve a su altura él miraba hacia el mar, que rugía tranquilo aquella noche de agosto.

—No me habías dicho que se lo pedirías hoy.

—Ni yo misma sabia cuando me iba a atrever a hacerlo.

—Ha sido precioso —se volvió y me miró con aquellos ojos cristalinos —muy tú —me ruboricé y dejé caer los zapatos en la arena, me rasqué el cogote algo tímida y miré las estrellas con impaciencia, había situaciones que aún me resultaban algo extrañas—¿Me creerías si te digo que he sentido algo

raro, cuando le has pedido que se casara contigo? —me miraba intensamente y me pregunté si quizá, yo estaba mirándole igual.

—David... —resoplé —pues claro.

—¿Por qué me siento tan mal, por no alegrarme del todo? —sacó las manos de sus bolsillos y se las pasó por la cara.

—Supongo que, no sé, te sientes mal porque crees que engañas a Esme de alguna manera —me miró, pero no dijo nada —pero no debes sentir eso, porque estas muy enamorado de ella.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Es que ni siquiera yo lo sé, David, solo sé que a mí me ha pasado igual, no podía alegrarme al cien por cien, ni siquiera sé porque nos pasa esto, es confuso y...

—Frustrante—interrumpió, devolviendo la vista al mar.

—Sí, aunque bueno... —me encogí de hombros—yo acepté esto hace un tiempo, Klaus fue quien me lo hizo ver sin tantos dramas, simplemente me dijo que siempre sentiría un sentimiento peculiar hacia ti, y cuando antes lo afrontara, antes dejaría de sentirme culpable por ello.

—¿Peculiar? —preguntó sonriendo.

—El prefería la palabra peculiar, a la palabra especial, creo que es porque así se siente menos amenazado.

Se echó a reír y le imité, después nos quedamos en silencio el mirando el mar, y la increíble luna llena, que iluminaba cada rincón de aquella playa.

—¿Qué hubiera pasado, si nunca nos hubiéramos conocido más a fondo?, ya sabes, si solo hubiéramos sido dos extraños con una persona en común.

Me quedé pensativa, era algo que yo también solía pensar.

—No lo sé, quizá hubiera estado enamorada de ti en secreto, durante años —se echó a reír —puede que incluso deseando que coincidiéramos en los mismos lugares para después no atreverme a decir ni mu, y con los años probablemente hubiéramos perdido el poco contacto que tendríamos, yo me sacaría novio, y tú tendrías una novia que seguramente me pareciera horrorosa para ti, y acabaríamos por casi olvidarnos, quien sabe.

—¿De verdad? —Asentí con la cabeza.

—Sí, pero como me conozco haría algo para que, en parte, fueras algo que no he de olvidar jamás.

—¿Cómo qué?

—Seguramente hubiera escrito un libro en el que tú, fueras uno de los personajes principales, y la historia girara en torno a ti, de una manera poco

perceptible.

—¿Y acabaríamos juntos? —preguntó con sorna.

—Pues... —dudé —no, seguramente me decantaría por la triste realidad, y no acabaría contigo, sino con otro personaje que te eclipsara por completo, así no sería una mierda de final.

Se echó a reír a carcajadas.

—Me hubiera gustado leer ese libro, el personaje inspirado en mí, de tu libro real, me deja como un cabrón—ahora la que reía a carcajadas era yo—Y dime, ¿me hubieras dicho algo de ese “libro secreto”?

Le miré a los ojos.

—No.

—¿No?, ¿pero por qué?

—Probablemente porque sería una cobarde, y no querría que supieras mis devaneos mentales exageradamente románticos hacia ti —se echó a reír de nuevo.

—¿Y cómo me hubieras llamado?

—Pues... conociéndote, te habría puesto algún nombre de macarra de esos que tanto te gustan, algo así como Jota, o algo así... —¿Jota? —se rio a carcajadas y le imité.

—¿Qué?, ¿acaso no te gusta?

—Sí, a decir verdad, sí.

—¿Ves?, lo sabía —le sonreí—eres un macarra.

—¿Y pondrías lo del single ladies?

Me eché a reír a carcajadas.

—¡Y tanto que sí!

—¡Dios, qué vergüenza! —me eché a reír y él me sonrió de nuevo —así es como el chico, se dio a conocer a la preciosa chica de ojos verdes.

—Y entonces ella se enamoró perdidamente de aquel chulo, con anillos de plata en los pulgares.

—Y quién diría que años después, el joven guapo, se casaría con una preciosa señorita.

—Y que la joven de ojos verdes se prometería con un guapísimo modelo.

—Supongo que vivieron felices...—apuntó sonriendo. —comieron... ¿perdices? —Fruncí el ceño —Las perdices no me gustan, puede ser ¿y comieron chocolate?

Se echó a reír en una carcajada y me envolvió en un abrazo de oso, me aferré a su cintura y sentí que ese era el abrazo, que tanta falta me había hecho.

—Siempre serás mi chica de ojos verdes— besó con cariño mi frente.

—Y tú mi macarra, de los anillos de plata —le sentí reírse.

—Enhorabuena por tú compromiso, enana.

—Lo mismo te digo.

Varias horas después volvía hacia el hotel con Klaus, el andaba normal, pero yo parecía dos cosas, o una borracha que iba de lado a lado, o una imbécil que no sabía andar con tacones, vamos... un show, en aquel momento hubiera vendido mi alma al diablo por unas sandalias planas, ¡los pies me dolían horrores!, y encima para más inri, no podía caminar descalza porque a algún gilipollas le había dado por romper botellas de cristal por el paseo marítimo, tenía la rabia a punto de ebullición, sin embargo Klaus, estaba increíblemente soberbio, elegante y maravilloso, sin darme cuenta suspiré a lo que se volvió. —¿Por qué suspiras?

—¿Cómo puedes estar tan increíblemente guapo a estas horas de la noche? —fruncí el ceño y él se echó a reír—de verdad te lo digo, ha sido un día larguísimo, no hemos parado para nada, y son las tantas de la noche, ¿por qué narices no aparentas una pizca de cansancio?, ¡es frustrante!

—¿Frustrante?

—Si —Espeté mientras se reía—. A tu lado soy un moco, mírame, llevo el pelo de una loca, se me ha corrido la pintura, por no mencionar que llevo cojeando una hora y media, mi resumen a esta hora es, que parezco Quasimodo...

Se tuvo que parar a punto de entrar por las enormes puertas de aquel paraíso que teníamos como hotel, porque apenas podía andar de la risa, subimos en el ascensor hasta nuestra planta en silencio, bueno, en silencio no, sus carcajadas llenaban el silencio, y adoraba escucharle reír, aunque en aquel momento me estuviera dando algo de coraje. Caminamos (ahora ya descalza) deprisita hasta nuestra habitación, cuando abrió y me dio paso respiré al ver una cama, estaba deseando tumbarme y cerrar los ojos, al menos varios minutos seguidos, corrí hacia la ducha, y cuando sentí el tibio chorro de agua caer sobre mí, me sentí algo más revitalizada, cuando abrí los ojos Klaus me miraba desde el marco de la puerta con los brazos cruzados, creo que, durante unos segundos, se me fundieron los plomos. —¿No sabes que me intimidas cuando me miras así? —¿Cuándo te miro cómo? —su voz era grave y yo estaba empezando a sudar de nuevo.

—Así como si fuera algo... —dudé.

—¿Comestible? —sentí un latigazo que me hizo tragar saliva—vas a ser

mi mujer, vete acostumbrando, además... créeme cuando te digo, que si eres comestible —me hubiera encantado contestarle, pero me había quedado muda, la ducha que acababa de darme, ya no me servía, así que volví a enjabonarme de nuevo ante su atenta mirada—sé que has estado hablado con David —le miré mientras me secaba con la toalla —te quiero y confié en ti, si pasara algo me lo dirías, ¿verdad?

—Klaus...—fruncí el ceño, pero me eché a reír cuando me sacó la lengua.

Mientras me secaba pasó por mi lado, se quitó la ropa de una manera demasiado provocativa para ser casual, y ante mí abundándote charco de babas que había ocasionado, se echó a reír.

—Y ahora si no le importa, futura señora Grass, quiero darme una ducha tranquilo.

Y así sin más y después de darme un azote en el culo me sacó del baño, estuve mirando la puerta durante unos minutos hasta que al final pude moverme, ¿alguna vez podría ignorar su cuerpo desnudo? El señorito modelo, llevaba casi media hora en la ducha, sabía que había sido un día un tanto duro, aun así, estaba tardando demasiado. Pero todo tiene su parte buena, así que fui a por las rosas que había comprado unas horas atrás, las saqué de su estupendo escondite y después de abrir la impresionante cama, me dediqué a deshacerlas y echar los pétalos sobre la cama, estaba muy cansada, pero el pensar en el cuerpo de Klaus, me revitalizaba, ya que sentía cierta adrenalina que acababa despejándome, cuando ya había dejado la cama repleta de pétalos, varias velas encendidas y mis nervios bailando un tango de concurso, tocaron a la puerta, miré mi reloj que apuntaba las cinco de la madrugada, resoplé y me dirigí hacia la puerta. La entreabré con sumo cuidado, ya que no me fiaba de quien pudiera ser, para mi sorpresa era una chica con el uniforme del hotel con un paquete en sus manos.

—¿Es usted Jacqueline Amorós? —Asentí sorprendida mientras abría la puerta del todo—disculpe la molestia, pero nos han dejado este paquete para usted en la recepción, nos han dicho que era muy urgente y que lo estaba esperando.

—¡Vaya! —Mentí soberanamente—¡El paquete, gracias a Dios! —La chica sonrió aliviada—¿Me puede decir quien ha dejado el paquete?

—Un hombre Joven, Jota ha dicho que se llamaba, ha dado todos sus datos y los datos de usted, así que hemos sabido que no se trataba de nada raro.

Agarré el paquete aguantándome las ganas de reírme, ya sabía quién era el remitente de aquel paquete, después de despedirme de la chica, dejé el paquete sobre la cama y lo miré durante un rato sonriendo, ¡puñetero David!, después no pude más con el ansia y abrí el paquete con cuidado, dentro de la caja, había un sobre, sonreí como una idiota.

Yo también tengo mis propios recursos, espero que me aceptes esto como regalo de boda, o como agradecimiento por lo que has hecho en la mía. Pd; ¡Jamás le digas a Klaus, que esto ha sido regalo mío! David.

Cuando quité la gasa que lo cubría, me llevé las manos a la boca para poco después echarme a reír, en aquella cajita de lencería, había un ¡tanga de perlas!, había visto alguno por internet y en algún sex shop de alto nivel, pero jamás se me ocurrió la idea de tener uno, lo saqué con cuidado y toque las perlas, salvo las dos gomas negras que habían a cada lado, todo lo demás eran perlas, es decir que, aparte de no cubrir nada en absoluto, una tira de perlas me acariciaría mi intimidad en toda su plenitud... aluciné en colores, pero eso no era todo, habían unas pegatinas para los pezones que brillaban a causa de unos cristalitos que tenían pegados, mi cara era todo un poema, pero no podía negar que era un señor regalazo, ¿Cuándo me lo había comprado?, después de un rato de risas en solitario me di cuenta que Klaus seguía sin dar señales de vida.

—¿Klaus, estás bien? —dije después de dar varios golpes en la puerta.

—Sí, cariño.

—¿Se puede saber que estás haciendo?

—Relajándome.

—No te estarás tocando, ¿verdad

—¡Jacqueline!

Me aparté mientras sonreía al escuchar las carcajadas de Klaus por detrás de la puerta, me senté en la cama y accidentalmente lo hice sobre el regalo de David, lo miré una vez más detenidamente, y una sonrisa perversa me inundó la cara. Busqué el aceite corporal que me había metido Klaus en la pequeña maleta que había traído de casa con los vestidos y demás, me puse bastante aceite para que quedara brillante, por suerte mi piel se chupó casi toda, y dejó la justa para que quedará brillante e incluso daba la sensación de que estaba más morena, después de soltarme el pelo, y ahuecármelo, me dispuse a meterme aquel diminuto tanga de perlas, di las gracias a dios por lo fácil que fue ponerme aquello, pensaba que quizá me vendría pequeño... salté y bailé con el tanga puesto, y he de decir que sentir las perlas en contacto

directo con mi zona sensible, me puso a mil. Después me puse las pezoneras y me miré en el espejo, cuando supe que de verdad era yo, me sentí algo avergonzada, vergüenza que se me pasó de repente cuando me eché a reír, así que, más feliz y excitada que un mono, me tumbé en la cama para esperar a mi hombre.

Cuando estaba a punto de quedarme dormida, escuché la puerta y me despejé de golpe, del baño salió una increíble cantidad de vahó, no era mentira, el señorito Klaus se había estado relajando con un baño en aquel jacuzzi, cuando se volvió hacia mí se quedó helado, tanto es así, que, al dar un paso hacia atrás, se dio con el cogote en la pared.

—Menos mal, pensaba que te habías muerto.

—¡Dios mío, Jacqueline! —tragó saliva —hoy vas a matarme—. Caminó por la estancia bordeando la cama sin apartar los ojos como platos de mí, yo le seguía con la mirada sin perderme detalle, como si fuera una pantera que observa a su presa, se quedó quieto justo a los pies de la cama, y torció su cabeza haciéndome sentir un latigazo enorme en el estómago—. No te muevas. —Dijo con aquel tono de voz, que erizaba mi piel de aquella manera.

Le hice caso, mientras miraba el techo sin moverme un ápice, le escuchaba trastear, después sentí la cama moverse y cuando quise darme cuenta, estaba de pie, subido a la cama con su cámara (la que yo le había regalado) en la mano.

—Klaus, ¡No!

—Jacqueline, ¡sí! —Me apuntó con la cámara —no puedes pretender ponerte así y no esperar que quiera inmortalizar este momento.

—Puedes inmortalizarlo en tú memoria.

—Nunca le haría justicia, créeme.

Después de echarme varias fotos, se arrodilló a horcajadas sobre mí y empezó a poner mi mano y mi cabeza en diferentes posturas hasta que encontró la que él quería.

—Joder... no te muevas.

—Te recuerdo, que aquí el modelo eres tú

—refunfuñé sin moverme.

—También soy fotógrafo, señorita Amorós, ahora cállate y sonríe —eso hice y me devolvió la sonrisa —ahora mírame—le obedecí de nuevo—¡dios mío, Jacqueline! estás increíble.

Fruncí el ceño a lo que sonrió, me echó un par de fotos más, y después miró su trabajo sonriendo, bajó de la cama de un salto. Aquello me dejó

confusa, quizá no era eso lo que esperaba, yo hubiera deseado que se tirara encima de mí y me desgarrara aquel tanga con un ágil movimiento.

—¿Qué piensas? —le miré sin saber a qué se refería —tienes la expresión extraña.

—Nada —sonreí—supongo que tengo demasiado sueño.

—¡Oh no!, no puedes ponerte así y pretender dormir, cariño...

Entonces sentí que mi cuerpo vibraba de nuevo, gateó por la cama sin ni siquiera pestañear, para aquel entonces mi boca estaba sequísima y hubiera pagado por tener un vaso de agua a mano, temía que, si no ingería algún tipo de líquido, mi lengua sería la de un gato, pero me olvidé de ese pensamiento cuando sentí su lengua por mis labios.

—Llevo deseando follarte todo el día, ¿tú sabes lo que es eso?, es demasiado tiempo, señorita.

Tuve que cerrar los ojos al escuchar aquello, sentía su aliento en mi cara, y no sabía si era por las ganas de él, o por el roce del tanga, pero estaba a un paso de llegar a un orgasmo increíble, cuando los abrí no pude resistirme y le agarré fuertemente de la nuca dejándome caer en la cama enganchada a él, su saliva lubricó mi boca en apenas segundos, nos besábamos, nos devorábamos y aun así quería sentirle más y más. Arañé su espalda inconscientemente y gimió en mis labios haciendo que sintiera un calambre increíble en mi estómago, cuando estaba intentando bajarle los bóxers me paró.

—Klaus...

—Antes de nada —me sonrió incorporándose —hay una cosa que quiero contarte.

—¿Y tiene que ser ahora? —resoplé intentado besarle de nuevo, pero después de unos cuantos picos, me apartó con dulzura y se puso de pie.

Se sentó en la cama y después de unos segundos me senté a su lado en silencio... agarré su mano y la apreté fuerte, tan fuerte que creí que le estaba haciendo daño.

—Tenía pensada una sorpresa que has echado a tierra, de la manera más maravillosa del mundo—le miré expectante y sonrió —tenía pensado hasta un discurso, y varios pros por si te negabas, pero con todo lo del convite y la canción... me he visto abrumado, pero necesito dártelo, porque aunque quizá haya perdido un poco el factor sorpresa, —diciendo esto se puso de pie, para poco después arrodillarse ante mí, tragué saliva y el corazón empezó a latirme a mil por hora—para mí es importante, aunque créeme que me es muy difícil hablarte estando así vestida, o estando así de desnuda, míralo como quieras,

me desconcentro con demasiada facilidad, no sé si lamerte un pezón o decirte un poema, o incluso las dos cosas a la vez —suspiré y sonrió al ver el efecto de sus palabras, movió una mano y de debajo de la cama sacó una cajita roja que abrió— tengo esto varios días, y como me lo has pedido tú, digamos que esta es la pedida para las bodas de plata —me eche a reír—ahora en serio ¿quieres hacerme el honor de regalarme el resto de tu vida?

Me llevé las manos a la boca y sentí que unas lágrimas me recorrían las mejillas hasta perderse por mi barbilla, fue entonces cuando levemente incorporado, pasó su lengua por mi mejilla y limpió mis lágrimas, suspiré y gemí casi a la misma vez, y cuando puso ante mi aquel anillo, creí que estaba a punto de desmayarme.

—¡Klaus, por Dios! —Intenté tocarlo, pero aparté la mano de lo que me intimidaba—¡Es impresionante!

—¿Te gusta?

—¿Qué si me gusta? —Ante mí tenía un anillo fino de plata y oro blanco, con un diamante de corte rectangular en el centro, lo bastante grande como para quitar el sentido. Luego por todo el fino anillo había pequeños diamantes —. Te ha debido costar mucho, no debías...

—Claro que, si debía, señorita Amorós—. Y diciendo esto, sacó el anillo de su cajita y lo acomodó en mi dedo anular de la mano derecha —Te queda genial.

No le dejé acabar de hablar, me lancé encima haciendo que ambos nos cayéramos al suelo, se echó a reír y antes de que pudiera tomar aire le besé profundamente, desesperadamente, como si fuera a desaparecer en cualquier momento, y por si acaso así era, lo apreté a mí de una manera tan posesiva que vi su sorpresa en los ojos, con una habilidad estupenda me dio la vuelta y se posiciono encima de mí.

—Jacqui, yo...

—¡Joder Klaus! —Me aparté algo enfadada —¿Cuándo narices piensas follarme hoy?

Se puso de rodillas entre mis piernas y después de ladear la cabeza, se echó a reír.

—¿Desde cuándo eres tan ansiosa? Y, ¿desde cuándo hablas así?

—¡Desde que llevo todo el día más caliente que un motor de avioneta! — Volvió a echarse a reír —Me alegra divertirme.

—Haces muchas otras cosas aparte de divertirme, —se puso de pie y me tendió la mano, que acepté, me ayudó a levantarme del suelo y acarició con

suavidad mi mejilla— tumbate, voy a enseñarte como había pensado darte el anillo.

Le miré expectante, parecía una niña el día de navidad. —¿Me va a doler?

—¿Te gustaría que te doliera? —Susurró y me temblaron las piernas, fue tan notorio que se echó a reír—. No, no te va a doler.

Sonreí como una idiota y me tumbé en aquella maravillosa cama.

—Oye, si alguien pregunta, la versión oficial será que me diste el anillo estando vestida.

Apareció por el hueco por el que había salido y negó con la cabeza mientras sonreía.

—¿Qué hay de malo en decir la verdad?, ha sido original.

—Ya...—miré hacia otro lado durante unos segundos.

Cuando volví la vista al frente, casi me da un espasmo, ante mí y a los pies de la cama, estaba Klaus completamente desnudo agitando un bote de nata mirándome sin rastro de humor en la cara, tembló toda y cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Tumbate y estate quieta —iba a decirle algo, cuando se puso el dedo índice sobre los labios —y no hables.

Nunca había sido muy obediente, pero en aquel momento sabía que era lo mejor que podía hacer, tragué saliva cuando gateó sobre la cama hasta quedar a horcajadas sobre mí, movió un poco el bote de nata, y depositó un puñadito en mis labios, segundos después lo lamió haciéndome suspirar, dejó el bote sobre la cama y poco a poco fue sacándome aquel tanga que empezaba a apretarme demasiado, después me quitó con los labios las pezoneras haciéndome unas cosquillas deliciosas, cuando estaba despistada respirando su maravilloso olor, dejó dos puñados de nata sobre mis pezones haciendo que soltara una leve sonrisa, después deslizó la nata por todo mi estómago hasta el ombligo, donde dibujo un círculo, después descendió hasta mi parte ansiosa de él e hizo una montañita de nata que me hizo reír.

Después de una bolsita de plástico que no había visto, sacó unos lazos y unas flores comestibles que se usan en pastelería y las fue depositando por mi cuerpo pegajoso por la dichosa nata, odiaba los juegos sexuales que conllevaran comida, pero como siempre me pasaba con Klaus, cualquier cosa hecha por él me parecía una maravilla, así que no dije nada y me dispuse a mirarle sin casi parpadear, cuando hubo terminado, me miró sonriendo.

—¡E aquí un rico cup cake, de Jacqui!

—Eso ya lo veo —me eché a reír —¿Y el anillo donde hubiera estado?

Ladeó su cabeza, y me miró de aquella manera que conseguía hacerme sentir de cristal, se agachó y con sus dientes cogió uno de los lazos que había depositado en mi pezón, me miró mientras lo masticaba y me asombré al darme cuenta de cómo un movimiento tan normal como era masticar algo, viniendo de él, podía resultarme tan increíblemente sensual.

—Aún no lo tenía pensado, supongo que habría improvisado sobre la marcha.

Me eché a reír sin poder evitarlo, antes de que pudiera decir cualquier otra cosa empezó a lamermme a trozos y a provocar que más de una vez acabara convulsionándome, era curioso como mi deseo hacia él, jamás descendía, siempre me tenía alerta, siempre respondía a su tacto de una manera que hasta yo misma me asombraba. Últimamente había caído en la cuenta de que me excitaba cada mínima cosa él, había veces que cuando estaba algo nervioso se pasaba los dedos por la ceja izquierda una y otra vez, a simple vista no es un gesto muy estimulante, pero el ver como se le tensaba el ante brazo con aquellos movimientos, me hacía sentir cierto vértigo o por ejemplo, otras veces cuando bebía con demasiada ansia ya fuera agua o leche, y se le escapaba alguna gota que le caía por la barbilla, me encantaba el fruncimiento de ojos que hacía, incluso cuando estaba distraído leyendo... todo él era un pozo sin fondo de erotismo, incluso podría jurar que una vez le vi de espaldas mear, y solté un suspiro, (obviamente esto último no se lo había contado a nadie, pensarían que soy una enferma) y ahí estaba yo, retorciéndome a causa de aquella experta lengua que conocía cada rincón de mí. Cuando quise darme cuenta había parado. —¿Ya te has cansado? —pregunté sonriendo.

—¿De lamerte? —me miró fijamente—. Eso jamás, nena. Suspiré, y creo que hasta me mareé, ahora en lugar de un cup cake de Jacqui, había un merengue de pegajosa Jacqui, iba a obligarle a limpiarme cuando se pegó completamente a mí y restregó todo lo que quedaba de nata por el cuerpo de ambos.

—¡Klaaaaaussss, noooo! —Intenté apartarlo sin resultado¡por dios, que asco!

—¿Asco?, esto es una delicia, nena, nata con un toque de Klaus... ¡te quejaras! —levantó una ceja y me eché a reír. —¡Para de restregarte, por favor!

—Pero, si te estás riendo...

—¿Acaso quieres que llore? —Reí de nuevo. —¡Para, por tu madre,

para!, como sigas así acabarás por hacer mantequilla. Se quedó quieto y nos echamos a reír, estábamos hasta los ojos de nata, pegajosos y para mi sorpresa me estaba riendo como si no hubiera mañana, en otra situación ya me hubiera vuelto loca y hubiera corrido a ducharme, pero me estaba divirtiendo, y eso que soy de las que cree que con la comida no se juega, nos miramos sonriendo y cuando quise darme cuenta, Klaus sostenía su cámara con una mano. —¡Ah, no!, así sí que no.

—Vamos mujer, estás muy guapa, así cubiertita de una fina capa de pegajosa nata.

Era inútil resistirse, así que ambos sonreímos hasta que el flas nos cegó, poco después y después de quitar las sabanas pringadas y dejarlas a un lado nos dirigimos a la ducha.

—La que ha liado, señorito Grass, ¿qué edad se cree que tiene?

—¿Tú sabes las mujeres que darían una fortuna, por estar untadas de nata conmigo? —le lancé la esponja, que le dio en la cabeza.

—Como vuelvas a decir algo así, no tendrás con que lamer esa nata, don Juan.

—Solo quiero lamerte a ti, nena.

—Arréglalo ahora...—abrí el agua y le di gracias a dios por el agua y el jabón.

Sentí su presencia a mi espalda y lo metí debajo del chorro de agua tibia empapándonos a ambos.

—Jamás volveré a ver los cupcake de la misma manera, creo que acabaré cachondo perdido cada vez que pase por algún escaparate.

—Con la edad, te estás haciendo más vicioso.

—Esto ya me venía de serie, y lo sabes.

Me eche a reír, poco después ya estábamos enjabonados y otra vez limpios, sin restos pegajosos de una deliciosa nata, por suerte había otro par de sabanas en uno de los armarios, así que después de hacer la cama me encontraba increíblemente cansada, ya era de día, y mis fuerzas me habían abandonado, y no era la única. Cuando nos estiramos de nuevo en la cama ambos resoplamos, le di un suave beso en los labios y me di media vuelta para cerrar los ojos que me pesaban toneladas, él me abrazó con dulzura por detrás apretándome a él, no pretendía ser sexual, pero era imposible no reaccionar ante aquellas caricias, cuando besó mi nuca por tercera vez me volví y nos quedamos a pocos centímetros mirándonos a los ojos, no hablamos, no dijimos nada, él se posiciono cómodamente entre mis piernas, y después de pasar sus

dedos por mis labios, me penetró suavemente, haciendo que sin querer hiciera un pequeño puchero, ambos gemimos cuando estuvo completamente dentro de mí, no dejamos de mirarnos ni un segundo fijamente a los ojos, y he de decir que hay veces que intimida un poco estar haciendo el amor, y sentir que te miran fijamente a los ojos, más que nada porque te sientes tan vulnerable que crees que la otra persona podrá ver a través de ti, pero aquella vez, ninguno de los dos podíamos dejar de mirarnos los ojos, mientras me penetraba una y otra vez , despacio, suave, como si fuera a romperme, y aunque no era un secreto que yo prefería la rudeza, estaba siendo deliciosamente increíble sentirle tan suave, sentía cada parte de él, cada parte de mi uniéndose , haciéndome sentir un huracán de sensaciones que impedían que ni siquiera pudiera parpadear, no sé en qué momento pasó, pero cuando fui algo más consciente, me di cuenta de que tenía ambas manos arriba de la cabeza con las suyas entrelazadas, no sabía cuan fuerte le estaba apretando hasta que vi mis nudillos blancos, aun así me creía incapaz de soltarle, él era un auténtico frenesí, y por si aquello fuera poco, deslizó sus labios por los míos, en el beso más tierno que jamás había dado, el beso era suave, lento, y a la vez pasional... jamás había hecho el amor así, ni siquiera sabría explicarlo, cuando sentí que me besaba con fuerza supe que estaba a punto de llegar, y aquello solo consiguió encenderme lo suficiente como para dejarme llevar al orgasmo más impresionate que creía recordar.

*** Octubre ***

Salí a toda prisa de casa, me había dejado a Klaus tirado en la cama agotado después de un maravilloso maratón de sexo, había pasado unas semanas tan malas a causa del trabajo acumulado, que apenas habíamos podido hacer nada juntos, y que el cada vez tuviera más trabajo no ayudaba bastante, en unas horas viajaría a Italia a un desfile, y odiaba pasar tiempo lejos de él, al menos con aquel despliegue de sexo desenfrenado podría estar tranquila... (No me fiaba un pelo de las mujeres)

Era el tercer Whatsapp de Dana que había ignorado, me iba a caer una buena en cuanto llegara a la tienda de novias donde me esperaba Bea, Laura, mi madre y ella, en cuanto supe que el 18 de diciembre daría el sí quiero lo tuve claro, solo Dana podría ayudarme a dar con el vestido ideal para mí, y tanto era así, que había estado cerca de dos meses buscando los mejores trajes posibles de novia, había hecho una selección y hoy me enseñaba a los candidatos a posible traje de novia, si me hubiera tenido que encargar yo, probablemente habría visto dos o tres y me hubiera quedado con el primero que sintiera un flechazo, y seguramente me habría precipitado, de esta manera Dana podría controlarme y enseñarme distintos estilos para que al menos decidiera estando segura, estaba realmente nerviosa y algo estresada, era una auténtica locura organizar una boda en cuatro meses, aun podía recordar la conversación con Klaus que desató toda esta locura.

—¡Jacqueline! —Klaus entró en la habitación como alma que lleva el diablo y me dio tal susto que se me cayeron las cosas al suelo. —¡Lo tengo!

—Si quieres no quedarte viudo antes de tiempo, procura no darme estos sustos —se echó a reír—¿qué es lo que tienes?

—El Castell Peralada.

Me llevé las manos a la boca y volví a dejar caer las cosas al suelo.

—¿Cómo que lo tienes?, hemos estado mirando y no había hueco hasta dentro de tres años —torcí el gesto y le miré fijamente— Klaus... ¿qué has hecho?

—No me mires así.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si hubiera hecho algo malo.

—No habrás dicho que posarías desnudo otra vez, ¿verdad? —se echó hacia atrás muerto de risa —te lo digo en serio.

Estuvo un par de minutos más riéndose, hasta que se enderezó.

—No, no he posado desnudo, estate tranquila —se sentó en el sofá y se recostó —pero por estas casualidades que pasan, hoy tenía la sesión de fotos con la sobrina del dueño y...

—¿Y?

—Puede hacernos un hueco, el 18 de diciembre.

Le miré alzando los ojos sonriendo.

—¡Sí! —Di varios brincos de pura felicidad —¡Tendremos un año entero para preparar todo!, ¡biiiiiiien!

—No, no Jacqui—se levantó y caminó hacia mí sonriendo —18 de diciembre, de este diciembre...

—¿Qué?, Pero si eso es dentro de...

—Cinco meses—habló tan tranquilo, que me puso aún más nerviosa —no es mucho tiempo, pero si nos ponemos las pilas...

—¡¡¡Es una locura!!!

—Y en esta vida cariño, ¿qué no es una locura?

Entré en la tienda de novia todo lo rápido que pude, y sentí que las piernas me temblaban, era la última que había llegado a la elección de mi traje de novia...genial. Ignoré las miradas de reproche de mi madre, Dana, Laura, y Bea, y me presenté a la dependienta que me sonreía ampliamente, poco después nos hizo pasar a una sala de unos setenta metros cuadrados, con espejos a cada rincón, y un pequeño escenario de unos pocos metros redondo justo enfrente de los espejos, había varios sofás de cuero blanco en el que me senté para tomar un poco de aire, odiaba ir con prisas.

—¿Y Martina? —Susurré a Laura, que se había sentado a mi lado.

—Ha ido a hablar con el pastelero—sonrió—¿no querías que él te hiciera la tarta?

Asentí sonriendo y salivando, en aquel momento pagaría por tener un trozo de esa rica tarta de tres chocolates, cuando estaba babeando ensimismada en mis pensamientos noté varios pares de ojos mirándome fijamente, cuando quise darme cuenta había varios trajes de novia ante mí.

—Hola Jacqueline, ¿aterrizas ya?

Fruncí el ceño a lo que Dana se echó a reír, odiaba cuando se ponía en ese plan, siempre me recordaba al sentimiento de vergüenza cuando la profesora de clase te pillaba hablando o leyendo alguna notita, y ella sabedora de ese hecho, lo hacía incluso a más mala leche, aun así no pude estar mucho más tiempo sin mirar los trajes, y ante mí vi cinco trajes apilados en uno de esos carritos en los que se cuelgan los vestidos que llevan ruedas... yo siempre los había llamados percheros con ruedas, pero sabía de sobra que no se llamaban así.

—Bueno Jacqui, Laura y yo hicimos esta pequeña elección, debo decirte que ambas tenemos nuestros favoritos, pero no te vamos a decir nada, no queremos influir en tú decisión.

—Nunca influyes en mis decisiones.

—Lo sé, y sé que si te digo cual es mi favorito, elegirás el opuesto —sonreí.

Y así empezó a enseñarme y a explicarme uno por uno, la miraba impresionada... ¿se había aprendido todo eso de memoria?, Bea no hacía más que reírse y resoplar con cada vestido, por la cara de mi madre veía que le gustaban todos, y a mí me costaba horrores poder decir que uno me gustaba más que otro, ya que eran todos realmente impresionantes, hasta que lo vi.

—Este como verás, es una auténtica pasada —me miró orgullosa de sí misma, no había dicho nada, pero supe que era su favorito—de escote palabra de honor , tiene un suave fruncimiento en el pecho, pero no demasiado marcado, es de tela Mikado, seda natural... mira, tócalo— pasé mis dedos por aquella maravillosa tela, y sentí que el corazón se me aceleraba —como te decía, es seda natural gruesa, con textura ligeramente granulada lo que confiere más cuerpo y consistencia a los vestidos, como puedes ver es increíblemente elegante, por no hablar del pequeño detalle de pedrería que tiene en el lado derecho, que le da un toque de color a este blanco roto, es ahuecado y tiene un poco de cola, es maravilloso Jacqui, e increíblemente elegante, no tiene nada pomposo y aun así es arrebatador... es de la firma Pronovias, ¿Qué me dices te gusta?

Supe que tenía la boca abierta, cuando sentí que necesitaba agua, era el... ese era mi traje.

—Este es.

—¿Cómo? —escuché la voz de Laura, detrás de mí.

—Este es mi traje —las miré a todas —quiero probármelo, es este, lo sé. Recuerdo entrar corriendo al probador y con ayuda de la dependienta que

había permanecido en silencio todo el rato, me acabó de colocar el traje para que quedara perfecto, se tomó la libertad de recogerme el pelo en un moño, cosa que agradecí cuando me vi los hombros despejados, tragué aire, me sentía en una montaña rusa, aquel...aquel era mi traje, y me sentaba de maravilla, toque la tela unas mil veces antes de decidirme a salir, y cuando lo hice, sentí que las piernas me temblaban, caminé hasta el pequeño escenario redondo sin perder detalle de los suspiros que se escuchaban en aquella sala.
—Bueno, que me decís, ¿os gusta?

No hizo falta que dijeran nada, mi madre que siempre había sido algo contenida empezó a lagrimear, Dana se llevó las manos a la boca y Laura se mordió los labios, evitaba mirar a Bea, pero cuando lo hice vi que era un auténtico paño de lágrimas, ¿Por qué la elección de un traje de novia les hacía llorar?

—Pero bueno, ¿por qué lloráis?, ¡no me voy a morir!

—Eres única para arruinar momentos —susurró Dana, mientras recuperaba el habla.

—¿Toda esta emoción es porque es un sí? ¿es mi traje, me queda bien?

Escuché un sí generalizado y varios gritos, me miré de todas las posturas posibles y cada vez me gustaba más, si tenía que ser sincera, ¡no quería quitármelo! Un grito hizo que me volviera de golpe, y cuando lo hice me encontré a una Martina, que me miraba con los ojos como platos.

—Jacqui, es maravilloso.

—¡Gracias Martina! —Caminé hacia ella para darle un abrazo, olía a chocolate y me di cuenta de que tenía hambre —Hueles a chocolate.

—¡Ah sí!, de eso quería hablarte, he estado hablando con Marcelo y él se encargará de hacer la tarta de la boda inspirada en ti, pero...

—¿Pero?

—Por el volumen de los invitados, quizá quede algo escasa, y había pensado ya que la tarta que hará Marcelo está inspirada en ti, quizá quedaría bien hacer una inspirada en Klaus, así los invitados podrían comer de la tarta que prefieran o de las tres.

La miré asombrada, era obvio que la idea me encantaba. —¡Claro, estaría genial!, ¿pero podrá con tantas cosas?, sé que tiene mucho trabajo, Martina y no quiero sobrecargarlo.

—Ahí viene lo bueno, la tarta Inspirada en Klaus... la haría yo —la miré perpleja —la haría en su taller, y bajo su supervisión, sabes que estudié pastelería y que tengo buena mano, Jacqui, confía en mí.

—Sí, si confío en ti— quise sonar lo más convincente posible —así que tu harías la tarta inspirada en Klaus ¿no?

—Si —¿No iras a hacer un pene?, ¡que mira que te conozco!

Escuché carcajadas a mi espalda, pero no me di la vuelta, Martina me miró entre ofendida y divertida.

—Para eso tendría que guiarme por el original, y no creo que me quedaran ojos después.

Sonreí con ganas.

—De acuerdo Martina, haz lo que quieras, confío en ti. Se lanzó y me dio un abrazo que me dejó sin aire durante unos segundos.

—Gracias por tú aprobación, de todas formas, Klaus ya me había dado permiso.

—¿Entonces para que narices me preguntas?

—Se me acabaría escapando tarde o temprano, así que... —¿Y la otra tarta?, has dicho antes que probarían tres.

Se echó a reír y torcí el gesto en un movimiento muy común de Klaus.

—Klaus ha sugerido, que le gustaría tener una tarta inspirada en vuestra relación.

—¡Dios mío!, va a ser la boda de las tartas...

¿no te parece demasiado?

—Nunca es demasiado, Jacqui.

No estaba completamente de acuerdo, aun así, sonreí, si se le había metido a Klaus en la cabeza, no habría manera de quitarle esa idea, aunque si aquella tarta tenía que ser inspirada en nuestra relación, miedo me daba imaginármela, ahora la que no dejaba de pensar en una tarta de pene era yo... que cabeza la mía.

—¿Han pensado en un segundo traje? —Escuché la vocecilla de la dependienta —En las bodas importantes, o multitudinarias la novia suele tener dos trajes.

—Bueno, no creo que mi boda sea algo demasiado importante.

—¡Por dios, Jacqueline! aterriza y mira como huele el mundo—. Miré a Dana que caminaba en círculos por la estancia—. Se casan Jacqueline Amorós, la escritora de moda, con el guapísimo modelo Klaus Grass, ¡Claro que es importante!, y habrá prensa.

—Me importa una mierda la prensa, Dana, no paran de emparejar a Klaus con modelos con las que desfila, he estado a punto de cortarme las venas unas siete veces, por no hablar de que hasta he intentado inventar un artefacto

casero y lanzarlo en varias agencias.

—No hables así delante de tu traje —susurró Bea, a lo que sonreí.

—Y por si no estábamos todas, apareció la mujer que susurraba a los vestidos.

Todas se echaron a reír, e incluso la dependienta, había veces que no pretendía ser graciosa, simplemente sarcástica, pero me salía mal.

—Yo también había pensado en eso— interrumpió Laura poniéndose de pie y caminando hacia los trajes desechados, sacó uno y lo puso en mi campo de visión— este es precioso, es de la nueva colección de Rosa Clará, como verás tiene unos tirantes finitos de pedrería, es largo y tiene unos dibujos con pedrería gris a la altura de las caderas que hace que la parte de arriba quede holgada, en el pecho tiene los mismos dibujos, es de seda, este tejido es la estrella de los vestidos, no solo de novia sino de cualquier ocasión especial, y cual más especial que esta—sonreí —la tela es milenaria de origen chino , creo que la extraen de los gusanos de seda, se reconoce por su ligereza, es muy sofisticado, y de un blanco impoluto, largo pero sin tener cola, fácil de llevar para el baile, yo de ti me llevaría los dos.

—Dios mío, es...

—Precioso. —Escuché la voz de mi madre —Es muy buena idea Jacqueline, llevas el otro con su respectivo recogido durante la ceremonia y el convite, y después de la tarta te cambias te sueltas el pelo y a pasar la noche lo más cómoda posible.

—¡Claro! ¡lo quiero, quiero los dos!

**** Noviembre ****

—Mi hijo esta como una puñetera cabra, y la culpa es tuya por consentirle las cosas.

—Lilian...—le sonreí con cariño—nos han pasado muchas cosas, y es normal que tengamos ganas de casarnos.

—Si veo bien que os caséis Jacqueline, ya tenéis una edad, y al menos esta vez se casa enamorado. —Me miró de soslayo, pero no me moví un ápice—. Pero mujer, podíais haber esperado un tiempo. —¿Cinco años te parece poco tiempo?, estoy de acuerdo contigo en que está siendo todo muy rápido, pero me hace mucha ilusión, aunque sea una locura.

Cuando la miré estaba sonriendo, poco después la dejé en la verja de su casa y supe que estaba feliz, aquella mujer era un tanto rara, pero había sido buena idea pedirle que me acompañara a la prueba del vestido para ver cómo habían quedado los pequeños retoques, quería que se sintiera involucrada, ya

que su hijo por algún motivo que aún no sabía, la mantenía al margen de prácticamente todo, no sabía si era por algún tipo de resentimiento hacia su madre, o porque no aprobaba la relación que esta tenía con un hombre maravilloso, Klaus y sus celos absurdos.

Llegué a la cafetería donde ya me esperaban mis amigas, ellas no lo sabían, pero había decidido en el último momento que quería tener damas de honor, el simple hecho de recordar lo que significó para mí, ser dama de honor en la boda de Laura, me bastaba para querer que ellas sintieran lo mismo, aún no les había dicho nada, y llevaba el vestido que llevarían perfectamente colocado en la funda estirado por todo el asiento trasero del coche, puede que me dijeran que no... aunque como era mi boda, deberían hacer todo lo que yo quisiera ¿no? Entré sonriendo cargada con el vestido, la suerte estaba echada. —¿Y se te ocurre decírnoslo ahora? —Exclamó Dana poniéndose en pie, ignorando la enorme funda que intentaba sostener sin que rozara el suelo—. Tenemos que buscar vestidos, Jacqui.

—Dana tiene razón, sé que estás estresada, porque organizar todo en apenas meses es mucha batuta, pero mujer, ¡esas cosas se avisan!

—¡Di que sí, Martina! —Dijo Bea mirándome—. No puedes hacer lo que te plazca solo porque sea tu boda, nos vas a matar de un infarto, ¡no paras de cambiar cosas!

—Chicas... —susurré.

—Ni chicas, ni nada—. Dana se sentó y apoyó la cabeza en sus manos—. Dios mío, ahora vuelta a empezar a ver vestidos... Jacqueline, no me malinterpretes, me hace muchísima ilusión ser dama de honor en tu boda, pero me tienes la cabeza loca, has cambiado de decorado unas siete veces, por no hablar de que no te aclaras con la música... en el Castell ya me tienen como contacto habitual, llamo casi todos los días, y el organizador está a punto del suicidio, mujer, ¡aclárate ¡

—¿Has terminado ya?

—Podría tirarme horas—frunció el ceño—pero creo que se te va a caer el brazo.

La miré de mala manera y después le saqué la lengua.

—Muy amable... bueno, os cuento, hace unos días me sobrevino la idea de que os quería como damas de honor, y antes de volveros locas—le eché una mirada fulminante —me puse a buscar un vestido que estuviera a vuestra altura, y encontré este—con sumo cuidado abrí la funda y pude ver como se les iluminaba la cara —¿os gusta?

Ante ellas había un traje largo de noche, entre gris perla oscuro y algo azulado, no sabía describir el color con exactitud, un elegante traje de palabra de honor con un fruncimiento que remarcaba el pecho de una manera elegante y bonita, un poco más abajo y sobre la zona de la cintura un cinturón añadido al vestido con un fino dibujo, y después una larga falda cubierta por una preciosa tela de encaje que hacían varios dibujos, dos estilos en un mismo traje, algo elegante bonito y original... y viendo sus caras, había acertado —Jacqui, esto parece un vestido para una entrega de unos Oscars, o algo así, es demasiado.

—¿Eso quiere decir que cuenta con su aprobación, señorita Dana?

—Eso quiere decir que me acabo de enamorar, señorita Jacqueline.

**** Diciembre ****

Estaba de los nervios, realmente de los nervios, apenas quedaban dos semanas para mi boda, y sentía que aquello no iba conmigo, apenas dormía, la cabeza me iba a mil por hora, a cada instante se me ocurría una cosa distinta, estaba al borde de la locura, y no era porque aún me durara la resaca de la despedida de soltera que me habían organizado mis amigas , que eso era otra cosa... en mi vida había visto tantos objetos decorativos con forma de pene, no quería recordar el vergonzoso momento que había vivido cuando se me olvidó quitarme la pegatina de un pene gigante del abrigo que usé aquella noche , y con el que acudí a una reunión con los directivos de la editorial unos días después, ellos se rieron, a mí me faltó llorar.

Klaus había disfrutado de su despedida de soltero hacía dos noches, en uno de los fines de semana que pudo disfrutar con tranquilidad, trabajaba sin parar para poder tener unos días libres cuando nos casáramos, y aunque sabía que lo hacía con buena intención lo echaba terriblemente de menos, nos casábamos fuera de Valencia, y había mucho que organizar, empezando por los autobuses que llevarían a los invitados que así lo quisieran a Girona (Barcelona) , al Castell Peralada, que era donde nos daríamos el sí quiero, en una preciosa boda civil, de la que ya no me contaban nada. Dana y el organizador estaban en contacto continuo, pero a mí me mantenían al margen, y en parte lo agradecía... estaba hacia la mitad del libro y quería avanzarlo lo máximo posible, la ayuda de Norma me había servido de mucho, pero Alejo no paraba de presionarme con la entrega de los capítulos, para después devolvérmelo subrayado y con anotaciones para ampliar situaciones o eliminar otras... ¡le hubiera metido el rotulador rojo por el Culo!, y lo mejor de todo es que se partió de risa cuando se lo hice saber.

Había algo que me hacía estar bajonera, en aquel instante Klaus se

encontraría llegando en Italia, apenas habíamos pasado tiempo juntos, y había veces que pasaba semanas enteras sin verle, y el poco tiempo que pasó aquí, lo uso para irse de compras, había ido con mi hermano a comprarse su frac para la boda... según él, no había nada más elegante, y la verdad que hasta con un chándal de los años 90 estaría increíblemente impresionante, así que me parecía bien, pero odiaba no haberme podido sentar en una mesa tranquilamente y escucharle hablar de sus cosas, había días en los que sin querer pensaba en si estaría haciendo lo correcto... luego me daba de hostias a mí misma por esas dudas idiotas, el tenerlo lejos me perturbaba, era adicta a él... si, yo era una yonqui.

Necesitaba meterme en la cama y dormir un día, o quizá dos, el tiempo suficiente para que cuando despertara, Klaus estuviera en casa. Entré a casa con severa desgana, estaban siendo unos meses algo complicados, había estado presente al menos en una porción de tiempo durante la preparación de la boda de Laura, y ella había estado tranquila, con los nervios típicos, pero tranquila, y yo estaba de los nervios porque pensaba que no podría con todo, resoplé cuando cerré la puerta y me apoyé en ella, la casa estaba desierta, vacía, las maletas que Klaus había dejado junto al rincón de leer ya no estaban, y cuando las maletas no estaban ahí, era señal de que ya se había ido, suponía que estaría a punto de embarcar, no me había mandado ningún mensaje, ni me había llamado, cosa rara en él, ya que siempre solía hacerlo antes y después de llegar a su destino.

Aun así dejé las cosas sobre lo primero que vi, y subí pesarosa las escaleras directa a mi habitación, era medio día, pero me daba igual, necesitaba meterme en la cama aunque solo fuera para vagar, la puerta estaba entreabierta y me extrañó, ya que Klaus solía dejar todas las puertas abiertas cuando se iba, era una manía curiosa pero que se me había pegado, y verla así me llamó curiosamente la atención, tardé unos segundos de más en atreverme a abrir la puerta, pero cuando lo hice me quedé de piedra, Klaus estaba bocabajo sobre la cama desecha, estaba sin camiseta y la sabana le tapaba desde la cintura hasta los pies, tenía las manos entrelazadas sobre la almohada y su cara apoyada en ellas, entré con sumo cuidado ya que le vi con los ojos cerrados, pude verlo perfectamente ya que se había colocado atravesado sobre la cama, sonreí como una idiota, el verle allí me aceleró el pulso, caminé hacia él y me arrodillé en el suelo a centímetros de su cara, me moría por pasarle la mano por su precioso pelo, o acariciar con mis dedos su nariz o sus labios... pero no quería despertarle, me fijé en que se había dejado

algo de barba, y me moría por pasar mis dedos por ella, cuando estaba mirándole como una idiota abrió los ojos haciéndome dar un brinco, aquellos increíbles ojos me miraron hasta el fondo de mi alma, y todo el bello se me puso de punta.

—Siento haberte despertado— sonreí después de que relajara el gesto.

—Estaba despierto, solo estaba escuchándote moverte por la casa, no hay cosa que me guste más que tú sonido.

Me sonrojé como una idiota, sin esperarlo me alcanzó de un brazo y con un hábil movimiento me metió en la cama con él, nos miramos durante unos segundos y entonces me di cuenta de que hacía demasiado tiempo, que no estábamos así.

—Hola —susurró.

—Hola.

—Te echaba de menos, pequeña —Acarició mi mejilla con su nariz, y sentir su aliento en mi cuello me erizó toda la piel.

—Y yo también, por cierto, ¿no deberías estar en un vuelo hacia Florencia? Creía que tenías un reportaje.

—Y lo tengo, pero lo he cambiado de fecha, lo he retrasado, no quiero irme.

—¿Y puedes hacer eso? —Acaricé sus labios con mis dedos, los cuales besó con ternura.

—Soy Klaus Grass, nena, ¿tú qué crees?

—Que se te ha subido a la cabeza, Klaus Grass.

Se quedó pensativo unos minutos después de echarse a reír, y poco después me miró intensamente.

—Hay algo que me gustaría contarte.

**** *Unos años atrás* ** Klaus**

—¿Te has decidido ya por un traje? —Ana me miraba con el ceño fruncido, no se fiaba que me hubiera tomado la molestia de elegir sin su ayuda un traje de novio.

—Sí, no me es tan difícil, tengo criterio, ¡relájate!

Me miró sonriendo mientras cerraba las maletas, aquella misma tarde había recogido el traje que había escogido, lo escondí para que Ana no lo viera, seguro que le sacaba alguna pega y no me apetecía en absoluto cambiar nada. Recogí unas cuantas cosas del baño y empecé a empaquetar mis cosas, al día siguiente volaríamos hacia París, y luego tomaríamos otro avión para Pierrefonds, donde sería la boda, cuando tenía la maleta casi a punto escuché a

Ana caminar hacia la habitación.

—Te informo de que acabo de toparme con tu traje de novio, y que sepas que eres patético a la hora de esconder las cosas, —¡Oye!, se supone que no debes ver el traje de novio antes de la boda, ¡da mala suerte! —Me miró divertida y se echó a reír.

—Eso es con el traje de novia, he visto que no había corbata... ¿vas a usar pajarita?

Me volví unos segundos, intentando que el aire que se había tornado pesado se disipara, abrí el cajón de la mesita de noche y saqué una caja negra, que destapé con cuidado, allí perfectamente expuesta estará la pajarita.

—Voy a llevar esta—se la tendí y vi como abría los ojos de par en par.

—No la había visto nunca, es muy bonita, no es nueva, ¿verdad?

—No...—agaché la mirada— fue un regalo, un regalo especial.

No dijo nada, cosa que agradecí, me tendió de nuevo la cajita y me dio un beso en la mejilla antes de salir de nuevo de la habitación, miré la pajarita con atención y pasé los dedos sobre aquella tela, estaba como nueva, la cerré porque los recuerdos me golpeaban demasiado fuerte, la metí dentro de la maleta y la cerré, escuché a Ana hablar por el móvil, y aprovechando que no me preguntaría, le hice señales de que salía un momento, asintió y sentí que era libre.

Anduve por las calles de aquella calurosa noche, no sabía en qué dirección iba, pero iba demasiado distraído como para fijarme, simplemente andaba, sin pensar, hasta que me tope frente al portal del edificio donde había estado el piso de Jacqui, tragué saliva, mi subconsciente me había llevado hasta aquel lugar, tome aire y miré hacia su ventana, había luz y se me sobrecogió el corazón solo unos segundos, ya que sabía que ahora lo ocupaba Dana, justo en aquel momento un vecino salió del portal y sin pensar entré cuando dejó la puerta entreabierta, subí las escaleras con una extraña mezcla en el estómago, no debería de estar allí, y sin embargo era en el único sitio donde quería estar, toqué la puerta y antes de lo que me esperaba, Dana me abrió, con una expresión que me extrañó demasiado.

—Te he visto por la ventana—. Se hizo a un lado para que pasara —No sabía si te decidirías a subir.

—Bueno, estaba dando un paseo y de repente me vi aquí.

Me sonrió con dulzura y caminó hacia el balcón donde se había montado una terraza increíble, ya no era el mismo piso, de hecho, estaba tan cambiado que me costaba recordar cómo había sido antes, aunque curiosamente estar en

aquel lugar ahora tan diferente me hacía sentir tranquilo, la seguí y me senté frente a ella, ambos nos miramos en silencio demasiado tiempo.

—Ella está bien, Klaus.

—¿Está aquí? —Frunció el ceño —En España, me refiero.

—No, aunque no creo que tarde mucho en volver a residir aquí, bueno al menos eso espero, ¿qué tal tú?

—Bien.

—Hacía tiempo que no venias por aquí —me volvió a sonreír con dulzura y algo en ella me recordó a Jacqui.

—Estoy ocupado con algunas cosas.

—¡Por Dios, Klaus!, te he visto con esa chica y me parece bien, a mí no tienes que ocultarme nada.

Apreté la mandíbula y asentí.

—¿Se lo has contado?

—No creo que sea algo que ella necesite saber, de todas formas, han pasado casi tres años.

Miré en otra dirección, habían pasado tres años, y seguía pensando en ella a diario, me había comprado sus libros, y los releía una y otra vez, leía sus blogs, visitaba casi a diario su página web para saber dónde iba y donde no, me sentía un espía, o algo peor, un acosador, pero no podía evitarlo, necesitaba saber de ella de alguna manera, y aquello era una auténtica locura, ni siquiera sabía porque había aceptado casarme con Ana, la quería, eso sí, pero no estaba enamorado, al menos como debería, unos minutos después me fui al baño, estar en aquella casa tenía efectos secundarios, uno de ellos era saber que en aquella casa había vivido los mejores meses de mi vida junto a ella. Moje mi cara y la sequé con la toalla, sabía de sobra por qué mis pies me habían llevado hasta allí, había ido a despedirme, a despedirme de mi historia, de Jacqui y de todo lo que ambos habíamos vivido. Cuando salí de baño vi varias cajas en un rincón que no había visto cuando había entrado, busqué a Dana por toda la estancia, hasta que la vi salir de la habitación.

—¿Y todas estas cosas?

—Son de Jacqui—miró hacia el suelo —aquí no me queda espacio, e iba a dejarlas en el trastero, todo menos esa caja, que me ha dicho que la tire.

Miré por encima las cajas, eran libros y papeles, marcos de fotos y poco más, luego deslicé la vista por la caja que supuestamente era para tirar y sin poder evitarlo saqué los leggins negros de la caja, al tenerlos en mi mano, mi corazón sé aceleró.

—¿No se llevó esto?

—No—se echó a reír —me ha dicho que me deshaga de ellos.

Lo apreté con fuerza junto a mi pecho, jamás olvidaría la primera vez que se los vi puestos.

—¿Me los podría quedar? —Dana abrió los ojos de par en par —no me mires así...

—¿Te habían dicho que eres un tanto pervertido? —levantó una ceja divertida, a lo que sonreí.

—Alguna que otra vez— hice una pequeña reverencia —para mí es un alago.

Se echó a reír, y después de despedirnos con un largo abrazo, miré la estancia una vez más, era el momento de romper con los pequeños lazos que aún quedaban, y aun no sabía porque, pero me producía una tristeza tan fuerte que tenía que contenerme para no perder los nervios.

Tenía sus leggins apretados contra mi muslo, y en lugar de volver de nuevo a mi casa donde sabía que me asfixiaría, me fui directo a aquel parque que estaba junto a su finca, y me senté en aquel banco estratégico desde el cual podía estar frente a su balcón, a esperar a la nada, a esa nada en la que me estaba embarcando, me había rendido, había perdido toda la esperanza de que mi vida volviera a tener esa chispa, y era horrible ese sentimiento, horrible y acosador. Es horrible sentir que echas de menos a una persona que jamás podrás volver a tener, ese sentimiento es angustioso, y tan triste que te sobrecoge el alma, y si, serás capaz de sonreír, incluso de reír con ganas en algunas situaciones, pero nunca sentirás que estás completo, porque la ficha que falta la perdiste, para nunca más ser encontrada.

Llegamos a Pierrefonds y antes de tan siquiera deshacer las maletas Ana me obligó a recorrer alguna de las calles del pequeño y precioso pueblo, ahora entendía porque Jacqueline había usado aquel lugar para uno de sus libros, parecía que te adentrabas en un mundo de fantasía e ilusión, con ese pensamiento y algo más animado me dispuse a caminar junto a ella, que no hacía más que saltar de entusiasmo a cada cosa que le parecía bonita, yo sonreía, ¿Qué podía hacer?, parecía tan feliz que incluso me sentí mejor conmigo mismo, sin darnos cuenta nos adentramos por una de las callejuelas, y fuimos a parar frente a un portón enorme de madera, era un callejón sin salida así que después de alzar la vista para mirar cuan alta era aquella casa, nos dispusimos a deshacer nuestros pasos y encaminarnos al hotel para asistir a la cena de gala Preboda. Antes de poder dar dos pasos una anciana salió por la

puerta, tendría unos setenta años, y no pareció sorprenderse de ver a dos absolutos desconocidos frente a su portón, nos sonrió como si nos conociera de toda la vida y clavó sus ojos verdes, en mí.

—¿Vienen a lo de los deseos?

—¿Deseos? —susurró Ana, mientras me miraba de soslayo.

Empezaron a hablar, y yo me distraje mirando aquella enorme casa, y fue cuando vi un macetero enorme lleno de pequeños papeles doblados.

—Se dice que Antuan, el antiguo dueño y señor de este caserón, concede los deseos de amor, pero no deseos superficiales, sino los verdaderos y anhelantes deseos del corazón.

—¿Antuan?

—¿Pero es que tú no escuchas?

—Lo siento —susurré— estaba mirado la arquitectura, no prestaba atención.

La anciana me miró, no me sonrió, ni mostro rasgo alguno, y eso me puso la piel de gallina.

—Antuan era un conde señor Grass, que se enamoró perdidamente de la hija de su ama de llaves, una dulce y preciosa chica destinada a seguir con el legado de su madre, en aquella época no se podía aspirar a más, serviría en aquella familia al igual que había hecho su madre. Como era tradición, su padre ya le había buscado una esposa, también de buena familia, con tierras y un porvenir abundante como el suyo propio, ambos se unieron en matrimonio y se trasladaron a esta casa, donde la joven chica servía de doncella de la nueva señora de la casa, el joven conde, sabía que no debía sentir nada por aquella joven chiquita, pero el simple roce de su aroma le hacía sentir vivo. Ella apenas hablaba, ni siquiera le miraba a los ojos, era obediente, e invisible para todos menos para él, una noche el conde enfermó, y en poco tiempo acabó postrado en una cama sin apenas moverse, los doctores no sabían que le pasaba, así que simplemente intentaban apaliar el dolor, su esposa por miedo a contagiarse se trasladó a la otra punta de la casa, y aunque visitaba asiduamente a su marido, apenas pasaba tiempo con él, los pocos ratos en los que el joven estaba consciente los pasaba leyendo historias, libros de aventuras y romances, con el tiempo, apenas podía leer, en todo aquel tiempo, aquella humilde doncella, pasaba los días frente a la puerta de su señor, no tenía permiso para atender al conde directamente, así que iba y venía con lo que le mandaran hacer, una noche de tormenta, la señora que cuidaba de Antuan se sintió indispuesta y por imposición de la señora de la casa, la joven

doncella sería la nueva cuidadora de Antuan, para aquel entonces, el joven apenas veía, apenas se movía, y ya casi ni hablaba, se moría, todos los sabían, incluso el, que tras haber aceptado su destino, esperaba la muerte día tras día, aquella noche cuando la joven cruzó el umbral el volvió su cabeza, por costumbre, ya que la luz producida por las velas le imposibilitaban la ya difícil tarea de poder ver, la doncella se sobrecogió al ver el deterioro del apuesto conde, aun así se arrimó a él y se postró en su lecho, y con su mano acaricio suavemente la mejilla de su señor.

—Señor, perdóneme por este atrevimiento, sé que puede escucharme, he estado cada día desde que enfermó frente a su puerta, por si necesitaba de mí...

—¿Anabella?

—Si mi señor, ¿cómo me ha reconocido?, ¿puede verme? —Su olor, jamás olvidaría su olor... ¿dónde se encuentra?

—Frente a usted, mi señor.

—Llámame Antuan.

Ella asintió, y de alguna manera el conde supo que así fue, estiró sus manos con la poca fuerza que tenía, ella le ayudó tomando sus manos y guiándolas hasta su cara, el conde, lleno de gozo acarició por primera vez el rostro de aquella doncella, la cual ya no podía ver, aun así, en su cabeza su recuerdo estaba fresco, con sus dedos recorrió cada parte de su cara, y se sorprendió de lo suave que era su piel, su corazón ya apenas vivo, latió como nunca, y de sus ojos ya ciegos brotaron unas lágrimas de alegría —Antuan, no llore... no esté triste.

—No estoy triste Anabella, estoy tocando el cielo por primera vez en mi vida, es usted lo más bonito que hay en este mundo, y es ahora cuando mis ojos no pueden verlo, cuando sé que es así.

—Mi señor.

—Perdóneme, Anabella.

—¿Qué le perdone por qué?

—Por amarla en mi cobardía, por no haber desobedecido las órdenes y haber huido con usted. La amo desde que tengo memoria, perdóneme por eso y podré irme en paz.

—Perdóneme usted por amarle en mi desobediencia, por atreverme a observarle aun cuando usted creía que no, por pensarle en silencio, por desearle a cada segundo, jamás me he atrevido a hablarle por miedo a que mi boca traicionara mi razón, estoy muriendo con usted.

Las manos seguían en el rostro de aquella joven y él podía acariciar sus ojos y secar sus lágrimas.

—No nos hizo falta hablar para amarnos Anabella, nos amamos en miradas infinitas, en silencios sepulcrales y créame que nos amaremos de nuevo en otras vidas—. Anabella rota de dolor, apoyó su cabeza en el pecho débil del joven conde, y rompió a llorar hasta que no quedo lágrima en aquel pequeño cuerpo—. La esperaré joven Anabella, le prometo que vendré a buscarla, pero antes... ¿podría concederme un deseo?

—Todos los que quiera, mi señor.

—Bésememe con el corazón, con toda la desobediencia que sea capaz, riámonos de lo prohibido, y regálememe el elixir de sus tan deseados labios, un beso para que pueda marchar, mi querida—Anabella temblorosa, juntó sus labios con los del joven conde, y ambos corazones latieron a la vez—elegiría este final, si fuera la única forma de besarla.

—Mi señor...

Cuenta la leyenda, que pocas horas después Antuan murió en su lecho, con su mano entrelazada con la de la joven Anabella, su rostro yacía más vigoroso que estando en vida, enterraron su cuerpo junto al de sus abuelos, en una zona privada donde la servidumbre no les estaba permitido el paso, así que Anabella escribió una nota que enterró en aquel macetero enorme, donde el señor había plantado unas flores años atrás, en aquella nota ponía “le espero en esta y en otras vidas, vuelva pronto por mi” la regó y cuidó cada día de su vida. Veinte años después Anabella partió en una lluviosa noche de Julio, algunos dicen que la escucharon hablar poco antes de partir, otros decían que simplemente sonreía, y su anciana madre aseguraba que la había escuchado mencionar el nombre de Antuan, nadie sabe si la leyenda es cierta o no, pero se dice que, si deseas algo de corazón, y lo dejas escrito sobre esta maceta, la amada pareja reencontrada en la otra, vida te lo concede.

Miré a la anciana alucinado, Ana me había apretado la mano mientras escuchaba aquel relato, miré de nuevo hacia una de las ventanas más altas de aquel caserón, y me pregunté hasta qué punto sería cierta la historia, —Así que, se supone que, si escribo en un papel un deseo de corazón, ¿se me cumplirá?

—Así es.

La miré algo escéptico y por primera vez me sonrió.

—Al menos pruébelo.

Nos despedimos de aquella mujer pocos minutos después, Ana dejó una

nota, yo preferí no hacerlo, hasta dos días después de mi boda, y de mi reencuentro con Jacqueline, el mismo sentimiento que me había llevado hacia el piso de Jacqueline unos días antes, era el mismo que me guiaba aquella tarde, en dos días volveríamos a España, y sin darme cuenta me vi frente a aquel portón, acababa de casarme y de reafirmarme en mi pensamiento de que viviría enamorado de Jacqui, toda mi vida, nadie sabe lo que lloré cuando la vi despedirse desapareciendo por aquella esquina, y ese sentimiento de increíble tristeza fue el que me había llevado hasta allí, saqué un trozo de papel, pero me di cuenta que no llevaba ningún bolígrafo en mano, así que cerré el papel y con mis ojos cerrados pedí mi deseo.

“trámela de nuevo, no importa el tiempo que pase, devuélvela a mi vida”

Arrojé el trozo de papel, y me fui de allí, dejando una parte de mi alma en aquel lugar.

Jacqueline

No dejaba de pensar en la historia que me había contado Klaus unas noches atrás, yo misma recorrí Pierrefonds de cabo a rabo y jamás di con aquella casa... si lo hubiera sabido, hubiera saturado al Conde Antuan a catorce mil deseos, tanto es así que hubiera acabado por sacarme de sus tierras, a patadas.

Llegué a Girona un día antes de la boda, y hacia una semana que no veía a Klaus, su día de novillos le había repercutido, y ahora había tenido que ir a Venecia a pagar el favor que le hicieron al darle aquel día libre, me sentía algo sola, que no estaba del todo mal, a veces la soledad es buena, sobre todo para los escritores. A veces los sentimientos extremos nos quitan o nos dan inspiración, al menos esa soledad me daba ganas de escribir, concreté los viajes de los invitados, y ayudé en todo lo que pude al organizador de la boda, que no es que me las diera muy de lista, pero me daba la sensación de que me había empezado a coger un poco de manía, y no me extrañaba.

Cuando el coche me dejó frente al Castell Peralada, el día de antes de mi boda, creí morir, me encontré frente a un castillo de la edad media. Frente a mí destacaban dos torres a cada lado, haciéndolo todo majestuoso, frente a la puerta había un redondeado jardín maravilloso, a la vez que sencillo, parte de las paredes estaban cubiertas de una capa de enredaderas, que le daba un tono maravilloso de verde, era algo tan maravilloso que era apenas descriptible, ya

había anochecido y habían encendido las luces que rodeaban aquel castillo, y aquello era realmente un sueño, en un lado habían hermosos jardines, y por otro un lago precioso que hacía de aquello un paraíso majestuoso... me llevé las manos a la boca, lloré en silencio, en soledad, y en una profunda alegría, quizá me hubiera gustado llegar de la mano de Klaus, pero el hecho de no vernos hasta el gran día tenía su punto, al menos sería mucho más emocionante verle allí después de unos días sin toparme con sus preciosos ojos, tan llenos de vida como los míos.

Al menos nuestras cosas ya se encontraban allí, y mis padres y familiares ya estaban en Girona, los que faltaban irían llegando a lo largo de la noche y de la mañana de la boda, pasé al interior de aquella enorme estancia del brazo del encargado que habían puesto solo para mí, me acompañó por la gran estancia hasta abrirme las puertas de una suite del tamaño de toda una planta, vi mi vestido de novia en aquel maniquí, mirándome sin ojos, recordándome que daría el sí quiero en apenas unas horas ... miré el móvil y como siempre tenía unos doscientos Whatsapps de Klaus, hacia una semana que no le veía, pero hablaba más con él, que cuando estábamos uno frente al otro, con una sonrisa de oreja a oreja me acerqué a uno de los impresionantes ventanales de aquella habitación y con el fondo del lago me hice una foto sonriendo que le envié, tardó segundos en responderme con una docena de iconos y con una foto ataviado con un traje que parecía futurista, estaba en pleno desfile, y no dejaba de pensar en mí, lo conocía de sobra, y sabía que se sentía culpable de no estar allí junto a mí, yo no paraba de repetirle que me hacía muy feliz, aunque no estuviera junto a mí en aquel momento, pero él prefería pensar que era un capullo, al final le di la razón.

Después de recorrer aquella habitación de cabo a rabo, me abrigué todo lo que pude y me puse a pasear por la increíble estancia, sabía de sobra que había uno de los mejores viñedos que pudieran existir, entonces me di cuenta que habían varias estancias a las que no podía entrar, sobre todo a un ala de los inmensos jardines, supe que se estaba celebrando una boda porque vi una carpa preciosa abarrotada de gente en uno de los jardines, sonreí como una idiota, me encantaban las bodas en navidad y yo iba a tener la mía propia, cuando estaba predispuesta a colarme con todo mi morro, me avisaron que habían llegado Dana y Bea al Castell, ellas pasarían la noche conmigo para no estar sola, mi madre vendría a primera hora de la mañana, cenamos entre bromas y risas, era un placer pasar mi última noche de soltería con dos de mis mejores amigas.

—Yo si sabía de aquella historia de Klaus—. Miré a Bea mientras fruncía el ceño—. No me mires así, me lo contó como anécdota hace unas semanas.

—¿Y se puede saber dónde?

—Coincidimos en el aeropuerto, yo iba a recoger a mi suegra, ¿recuerdas? —Asentí solo por no darle a entender que había veces que no la escuchaba (que a veces era así, pero no lo hacía aposta) —Te dije que lo había visto.

—Sí, si me lo dijiste, pero no me comentaste nada más.

—¡Hay mujer!, no seas celosa, no caería la muchacha...—intervino Dana a lo que sonreí.

—Bueno, como el avión de mi suegra se retrasó y el de Klaus también, nos tomamos un café, fue el día que iba a rodar el anuncio en París.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo—ignoré su mirada, a veces era mejor así —me mandasteis una foto tomando un café.

Se echó a reír.

—Pues justo ahí me lo contó, de hecho, me dijo que volvería solo para darle las gracias.

La miré con los ojos como platos, Klaus siempre me había dado a entender que era bastante escéptico, hasta que vio a Sara, pero eso es otro tema... generalmente se había mostrado poco creyente en leyendas y ese tipo de cosas, todo lo contrario, a mí, que yo creía hasta en los unicornios.

—¿Y se pasó por aquel caserón?, ¿se lo preguntaste?

—La verdad que sí, hace unos días por casualidad. —¿Y?

—¿Y? —repitió haciendo una mueca.

—¡Joder Bea!, ¡que, si volvió al caserón, coño!, ¡no tomes más vino, que te pones en modo furby! —Me reí a carcajadas con el comentario de Dana, que seguía la historia sin parpadear.

—Relaja la raja maja... ¡que no te digo donde tengo lo furby, por respeto! Volviendo al tema...me dijo que sí, que le dio las gracias o algo así, no me acuerdo muy bien.

Aquello me dejó un tanto confundida, no me había comentado nada, ¿Por qué contarme toda aquella historia y no decirme que volvió a dar las gracias?, odiaba que se callara detalles, aun así, me hizo ilusión el pensar en que quizá una fuerza que no podemos ver junto al deseo de un corazón desesperado se hubiera hecho realidad. Unas horas después, nos quedamos dormidas las tres en la quilométrica cama, hasta que una brillante luz me hizo parpadear, miré

hacia la mesita y estaba mi móvil vibrando, me levanté con sumo cuidado, eran casi las cinco de la madrugada, y el manto de la noche cubría todo aquel lugar, abrí el mensaje aun parpadeando.

“Te espero en el jardín trasero”

Tragué saliva, miré de nuevo el número y no lo reconocí, e incluso me dio algo de miedo, ¿Quién podía ser?, pero como era curiosa hasta la medula, me lavé la cara y sin cambiarme el pijama me eché el abrigo y la bufanda y me dispuse a salir con sumo cuidado, casi doy un grito cuando vi a un trabajador del hotel apoyado en la pared frente a mi puerta.

—Siento asustarla señorita Amorós, tenía que tocar a su puerta si en diez minutos no salía —Le sonreí aun con el corazón a mil —La están esperando abajo, vengo a acompañarla.

Asentí sonriendo, después acabé dándome golpes mentales, al darme cuenta de que llevaba un maravilloso abrigo rojo, con una carísima bufanda de cachemira, y unos pantalones de pijama rosas con corazones, ¡ah! Por no hablar de las zapatillas de deporte de Dana, que me había puesto con las prisas, pero aquel chico pareció no fijarse, y si lo hizo, lo disimuló a las mil maravillas, bajamos por unas escaleras caracol maravillosas, todo aquel lugar era precioso, nos movimos con rapidez, evitando la zona que ya empezaba a sospechar que sería donde se celebraría mi boda, salimos por donde había visto que se había celebrado la boda anterior, la carpa ya estaba vacía, las cortinas recogidas y vacía por completo. Exceptuando las luces que seguían encendidas, él se quedó en el umbral y me indicó que entrara, allí, de espaldas a mí y debajo de un techo blanco lleno de pequeñas luces azules, y una bola de discoteca que colgaba en el centro del lugar, estaba él de espaldas, vestido con unos simples vaqueros, y una camiseta de lana de cuello grueso que hacía de su cuerpo las mil delicias, me llevé las manos a la boca para ahogar un suspiro, pero lo hice de pena porque se volvió sonriendo hacia mí, corrí hacia él y me fundí en un abrazo tan fuerte que creo que le hice daño en el cuello. Cuando le solté pude ver como sonreía.

—Pero ¿qué haces aquí?

—He llegado hace media hora—acarició mis mejillas—y no podía esperar hasta mañana para verte.

—¿Y dónde duermes?, yo estoy en nuestra habitación con Dana y Bea, como se suponía que llegabas mañana por la mañana...

—Adelanté el vuelo, y tranquila, duermo con mi madre y Francesco en la otra parte del castillo, la idea era que no nos viéramos hasta mañana... pero

necesitaba de ti, de tus ojos de tu boca, ¿sigues queriéndote casar conmigo?

—Te diría que sí, hasta con mi último aliento.

—Eres increíble...

—Te amo.

Esta vez no me dio un beso casto, sino pasional, maravilloso, dulce e increíblemente profundo, tanto es así que me temblaron las piernas, antes de que pudiéramos soltarnos del todo, empezó a sonar una canción.

—¡Oh por dios! —Sonreí después de soltarle. —¿Por qué eres jodidamente perfecto?

—No soy perfecto, te recuerdo que estoy tarado.

Me eche a reír sin poder evitarlo, agarró fuertemente mi cintura y al ritmo de Moon River en la versión de Rod Stewart bailamos bajo aquella enorme bola y entre millones de luces, que hacían más patente que estábamos en Navidad, sonreí como una idiota al recordar que aquella canción siempre suele salir en películas sobre la navidad.

Ríos de luna, más ancho que una milla, te cruzaré con estilo... algún día. Tú, creador de sueños, tú, rompecorazones. A donde quieras que vayas, yo seguiré tus pasos.

Mientras bailábamos sonreíamos, me soltaba y me daba vueltas para después volver a abrazarme, incluso llegó a hacer un paso de baile de salón que me hizo reír a carcajadas, en aquel instante, el mundo desapareció, y solo estábamos él y yo, bailando en aquel lugar lleno de luces, adoraba, amaba, las luces, sobre todo las luces de navidad. Me hubiera quedado en aquel instante toda mi vida, bailando bajo aquel manto de luces y amor.

****18 de diciembre****

Estaba desecha en nervios, eran las siete de la tarde, en una hora estaría dando el sí quiero en una carpa que no tenía ni idea de cómo sería, me habían hecho el recogido, me habían maquillado y estaba a punto de vestirme. No había visto a Klaus desde la noche anterior, pero sabía que había estado por la misma zona que yo, la verdad que el hecho de saber que estaba allí aunque no pudiera verle hasta el sí quiero, me hacía sentir ciertos nervios increíbles, mis amigas ya estaban completamente vestidas con sus maravillosos trajes de dama de honor que les quedaban como un guante, lloré unas tres veces cada vez que las miraba, llegó mi momento, y entre la modista que habían traído para que me ayudara y mi madre me fueron vistiendo, cuando sentí que anudaban el ultimo botón de la parte trasera del vestido, sentí un extraño sentimiento en mí.

Aquella suave tela acariciaba mi piel, mientras que yo acariciaba con mis manos aquella tela, aquella sencillez echa elegancia, pasé los dedos por mi escote un tanto fruncido, por la pequeña decoración en perlas grises en un lado del vestido, para acabar tocando la suave tela de la falda, me miré la espalda en uno de los espejos y vi la maravillosa cola que salía de aquel hermoso vestido, me habían hecho un peinado estilo años XX con una raya al lado y el resto con unas preciosas ondas al agua que se recogían en la nuca, me sentía una artista de cine, ni yo misma me podía creer que aquella que veía frente al espejo fuera yo, cuando me avisaron de que ya estaba todo preparado el estómago se me removió, tragué saliva y acompañada por mi sequito de damas lloronas de honor salimos por uno de los jardines que había estado vetado para mí. Fue entonces cuando me sobrecogí, apreté el ramo de rosas blancas que tenía en la mano sobre mi pecho, aguantando las ganas de echarme a llorar que tenía, eran las ocho de la tarde de un 18 de diciembre, el cielo ya se había oscurecido, pero un manto de estrellas nos cubría... desde la puerta que daba al jardín, hasta donde había una carpa había una tela a modo de pasarela, todos los árboles que habían cerca de allí estaban rodeados de luces, y por la pasarela habían velas dentro de unos recipientes de cristales con una

decoración navideña, tome aire y fue cuando sentí la mano de mi padre en mi hombro, me volví hacia él intentando sostener las lágrimas, que se me agolpaban en los ojos.

—Papá.

—Shh... —puso su dedo en mis temblorosos labios —esto es poco para lo que tú te mereces, ahora agárrame del brazo y vayamos a tu paraíso.

Sonreí mientras se me escapaba una lágrima, escuché una música de guitarra, y levanté los ojos, no me había dado cuenta de las dimensiones de aquella carpa, era gigante, apreté el brazo de mi padre y caminé hacia el interior, había supuesto que la música de guitarra era la señal de que Klaus había adentrado por aquella pasarela y ya me esperaba allí frente al altar, intensifiqué el apretón cuando sentí que ya nos adentrábamos en el interior.

Si en algún momento había creído que lo que había fuera era lo más bonito que había visto en el mundo, lo que me esperaba en el interior lo superaba con creces, el techo era un manto de telas blancas y luces doradas, que caían por doquier de una manera maravillosa, me impactó tanto que hasta me paré en seco y me llevé las manos a la garganta, incapaz de decir o emitir algún sonido, ante mí se abría lugar inmenso, había una pasarela enorme blanca, igual que la que me había dado entrada pero esta vez era doblemente ancha. A cada lado muchísimas sillas blancas como todo aquel lugar, cada pocos metros y hasta el altar habían unos árboles blancos decorados con luces blancas, que los rodeaban hasta las ramas, de las que caían decoraciones blancas levemente iluminadas, aquello era realmente un sueño, un sueño hecho realidad, y al final de la estancia, en un lado, estaba Diego (el amigo de David y ahora mío) sobre un taburete, con una guitarra y un micro, desde mi posición intuía más personas tras él, pero no podía verlas, pero a quien sí que vi fue a David, que lucía increíble con aquel traje que le concedía un aspecto impresionante, y como si lo hubiera llamado miró en mi dirección, yo estaba escondida detrás de mis amigas, pero aun así me vio, me sonrió de oreja a oreja, me despisté durante un momento mientras mis amigas se iban posicionando para entrar, y cuando miré frente a mí, allí estaba, con esos ojos llenos de un amor que sabía que siempre sentiría por mí. Solté durante unos segundos a mi padre y antes de que pudiera moverme, ya me estaba rodeando con sus increíbles brazos.

—Jacqueline, estás increíble —se separó de mí, sin soltarme los hombros —mírate, ¡Dios mío!, Klaus se morirá cuando te vea.

—¡Espero que no!

Los dos nos echamos a reír.

—Esto es como un sueño, dulce Jacqui.

—Como sigas así, me vas a estropear el maquillaje.

Cuando iba a contestarme, el organizador nos avisó de que ya era hora de entrar, después de asentir ambos nos miramos, acaricié su mejilla con mis dedos temblorosos, besó la palma de mi mano y volvió a su asiento pasando completamente desapercibido, empezó a sonar la guitarra y se me puso un nudo en el estómago, ni siquiera sabía que iba a tener música en directo, Bea, Laura, Dana y Martina, se enderezaron y después de mirarme con un amor inmenso, empezaron a caminar mientras sonaba la suave melodía de aquella canción... el corazón me latía desbocado y se acentuó más, cuando mi padre tiró de mí para ponernos en posición para así estar a la vista de todos, e iniciar el camino hacia Klaus, todo el mundo estaba en pie, mis damas iban llegando a su posición y al fin pude ver a Klaus frente al altar, entre aquellas luces maravillosas, con su frac con pajarita negra que le quedaba a las mil maravillas, tanto es así que tuve que tomar aire, entonces se volvió y sus ojos se abrieron de par en par, estábamos a metros de distancia, pero el mundo desapareció, escuché de nuevo la guitarra y entonces reconocí la canción, se trataba de *God must have spent* había escuchado esa canción cantada por el grupo *N'sync* pero reconocí que Diego cantaba la versión que me volvía loca de esta canción, que era la del grupo "Boyce Avenue" .

—Jacqui, espera —mi padre sujetó mi brazo— yo... yo quiero pedirte perdón por...

—No...—susurré con el hilo de voz que me quedaba, vi que se contenía por no llorar, entonces Diego empezó a cantar.

¿Puede ser esto real?, dime, ¿puede ser esto real?, ¿Cómo puedo poner en palabras lo que siento? Mi vida estaba completa, pensé que estaba lleno, ¿porque siento que estoy perdiendo el control?

Justo después de aquella frase, miré a mi padre, y después a Klaus, que me sonrió de esa manera tan increíble que derretiría a la mismísima Antártida, miré de nuevo a mi padre.

—¿Bailas? —susurré a lo que me miró alucinado.

—Pero Jacqui, tienes que entrar, esta canción es para ti, para Klaus...

—Lo sé, pero quiero bailar al menos un trozo con mi padre, ¿acaso no puedo?

Asintió a la vez que le caía una lágrima que sequé rápidamente con mi pulgar, abracé a mi padre mientras seguía sonando aquella preciosidad de

canción, mientras todos nos miraban, allí a la entrada de la pasarela.

Nunca pensé que el amor se pudiera sentir así, y has cambiado mi mundo con un solo beso, ¿Cómo puede ser que justo aquí conmigo, este un ángel? Es un milagro.

Mi padre me soltó para mirarme con los ojos llenos de ese amor, que solo puede sentir un padre, acarició mis hombros y besó con dulzura mi frente —Gracias por este regalo, ahora es tu turno, ¿me tomas del brazo?

—Preferiría ir de tú mano.

Ambos volvimos a lacrimonear, extendió su mano, que apreté fuertemente después de entrelazar mis dedos con los suyos, miramos al frente, donde Klaus me esperaba sonriendo y con los ojos visiblemente brillantes y así por fin empezamos a caminar juntos de la mano, mientras aquella voz calaba en mí.

Tú amor es como un río pacífico y profundo, tú alma es como un secreto que nunca pude guardar, cuando veo tus ojos sé que es verdad, dios debió haber gastado un poco más de tiempo en ti.

Caminaba de la mano de mi padre sin apartar los ojos de los profundos y llorosos ojos de Klaus, y aquella letra... cantada tan dulcemente, aquella guitarra... me iba aproximando a él y cada vez apretaba más la mano de mi padre.

Un poco más de tiempo, si, lo hizo cariño, en toda la creación todas las cosas, grandes y pequeñas eres la que superas a todas, más preciosa que cualquier diamante o perla, rompieron el molde cuando llegaste a este mundo y me es difícil comprender como logré vivir sin ti...

En aquel momento llegué frente a Klaus, que se secaba las lágrimas yo me mordía los labios sin poder evitar llorar a mares, mi padre sin soltarme de la mano besó mis mejillas, agarró la mano de Klaus que también besó y después de soltarse de la mía las unió y aquella electricidad tan característica de nosotros se hizo presente, Klaus miró a mi padre con un sentimiento tan intenso que creí que no podría más, entregué mi ramo a Dana, que era la que más cerca estaba de mí, Klaus me puso ambas manos en la cintura, y le rodeé el cuello con mis manos, juntó su frente con la mía y nos miramos a los ojos sin dejar de sonreír.

Tu amor es como un río, pacífico y profundo tú alma es como un secreto que nunca pude guardar, cuando veo tus ojos, sé que es verdad, dios debió de haber gastado un poco más de tiempo en ti, nunca pensé que el amor se pudiera sentir así y has cambiado mi mundo con un solo beso, ¿Cómo puede

ser que justo aquí conmigo este un ángel? Es un milagro...

Miramos como Diego tocaba los últimos acordes, y después todo el salón se llenó de mil aplausos, jamás había escuchado una canción con una letra que dijera tanto lo que para mí era Klaus, y así empezó nuestra boda.

El juez que nos casaba en aquella maravillosa carpa empezó a hablar, queríamos una boda familiar, no algo típico, queríamos que los invitados se implicaran, algo que realmente nos emocionara, sin esperarlo Dana se acercó a un pequeño atril donde había un micro nos miró sonriendo, y tomó aire — Haber convivido con Jacqueline te enseña varias cosas, una de ellas es, como no matar a una persona con cien personalidades—. Nos echamos a reír—. Y la otra, es que te enseña mundos sin moverte de un sitio, te enseña fantasías, sueños, y palabras que nunca habías escuchado, pero que cuando las escuchas, tú vida cambia, ella me enseñó a Jaime Sabines. Y Jaime Sabines escribió sin él saberlo un sentimiento que ella siente hacia Klaus...

En esta rechingada hora de insomnio y de vergüenza estas presente, te necesito, te amo hasta quien sabe dónde, más mucho más allá del amor y de la vida, te amo hasta la muerte; de tal modo que en vez de decir “te quiero”, necesito decir; te muero, muero de ti, me muero.

El amor que veo en ellos es tan impresionante que cuando los tienes cerca, es imposible no sentirlo, estabais destinados a ser. Me sequé las lágrimas después de sonreír de oreja a oreja a Dana, que se sentó en su asiento visiblemente emocionada, después subió Bea que no me miró a mí, sino a Klaus.

—A veces el destino nos pone a prueba, nos hace ser fuertes pese a que nos sentimos débiles, saber que te amo, y ser prisionero de mi silencio, es lo que me hace sentir débil, pero el sentir tu fuerza al amarme, me hace querer ser fuerte, ámame en cada rincón del mundo, en cada segundo del día, ámame en tus palabras y en tus silencios, ámame en tus recuerdos y en tus anhelos, ámame hasta que ya no puedas hacer otra cosa, porque así es la única manera en la que entenderás cuan de loco estoy por ti.

Klaus dio un suspiro y apretó mi mano, aquellas palabras eran de Klaus, no lo sabía con seguridad, pero algo en mi me decía que así era, y cuando pensaba que no podía pasar nada más vi a David caminar y posicionarse frente al atril. Tomó aire, nos miró y sonrió. —Mario Benedetti, dice algo que veo bastante apropiado. “de todas aquellas manos que he acariciado, la suya era la única que me transmitía la vida” esa es vuestra relación, y espero que así sea por siempre, y todo lo que pueda decir, está de más... ¡Os quiero!

Todos rompieron a aplaudir, nunca había estado en una boda así, en la que se aplaudía a cada momento, pero adoraba que durante la ceremonia fuera todo tan natural, después de las típicas palabras de siempre llegó la hora de los anillos, mi hermano le entregó un anillo a Klaus, tendió su mano que acepté, abrí los dedos de la mano derecha y le miré a los ojos, —*Casi deseo que fuésemos mariposas y viviéramos solo tres días de verano, tres días así contigo, los llenaría de más placer que el que cabe en cincuenta años, es de Jhon Keats , pero eso ya lo sabias*—sonreí—cada vez que la leo, pienso en ti...como en todo lo que hago y todo lo que siento, te quiero para el resto de mis días, y prometo darte cada rincón de mi alma, sin reservas , sin mentiras, porque tú eres yo, y yo soy tú, préstame tus alas para que podamos volar juntos y regálame el placer de quererme eternamente. Porque hasta que la muerte nos separe, se queda corto, sé que te amaré más allá de todo eso. Y cuando existe algo así como lo que tú y yo somos, no muere jamás, conviértete en mi mujer y te regalaré mi mundo ahora completo, porque tú perteneces a él.

Ahogué un suspiro, y le miré a esas perlas azules que lucían brillantes de emoción, miré como sostenía mi dedo anular y con cuidado pese a sus manos temblorosas deslizó la alianza hasta el final para después besarla con los ojos cerrados, cuando los abrió y me miró de aquella manera, sentí que mi pecho se extendía, sentí que, si de verdad quería, podría volar.

Mi hermano Lucas me tendió el anillo que sería de Klaus, y después me dio un beso en la mejilla que me removió las emociones de nuevo, apreté el anillo en mi puño y miré a sus ojos ansiosos de mí, antes de que pudiera tenderle la mano, él ya me la había tendido a mí, separó sus dedos y con una ternura que no pensé que pudiera tener, acaricié su dedo anular.

—Si todo pereciera y él se salvara yo podría seguir existiendo; y si todo lo demás permaneciera y él fuera aniquilado, el universo entero se convertiría en un desconocido totalmente extraño para mí... cuando leí Cumbres borrascosas, entendí estas palabras, tanto, que me faltó el aire, y supe que serían las que diría el día que me entregara a ti, estoy hecha de poesías, de fantasías, de música, de inseguridades, de miedos, y de trozos de ti, perdona mis errores, mis partidas, mi incomprensión, y acepta este amor que es más grande que el propio universo, regálame tus locuras, tus misterios, regálame tú ser, y prometo compensarte cada día por tú amor por mí, *siempre te estuve esperando, y te esperaré en estas y en otras vidas, veo el cielo azul y las nubes blancas, el brillante y bendito día y la oscura noche sagrada y pensé para mí mismo ... What a Wonderful world* —sonreí mientras se deslizaba

una lágrima por mi mejilla— dije que estaría en mi boda —sonrió—mi alma late dentro de ti, y el día que lo veas de verdad, solo entonces, sabrás lo grande que es mi amor por ti.

No aparté los ojos de sus brillantes ojos, de los cuales caían pequeñas lágrimas, con sumo cuidado metí el anillo en su dedo, y al igual que había hecho el, besé su dedo, y después su mano.

—Y sin duda, os declaro marido y mujer, puedes besar a la novia.

Ambos miramos al juez que contenía la emoción de una manera sorprendente, Klaus se lanzó hacia mi sujetando mi cara entre sus manos, apretando sus labios sobre los míos hasta hacerme daño, el lugar rompió en aplausos, nos echamos a reír y volvió a besarme dejándome caer en sus brazos en un pose de película haciendo que todos se echaran a reír, en aquella postura volví la cara para toda la gente, que sonreía y aplaudía, mis ojos fueron a parar a mi tía, que estaba de pie junto con mi primo Carlos aplaudiendo como la que más, ella era igual de soñadora que yo, una compañera de fantasías, volví la vista a Klaus y sonreí.

—Gracias —susurró mientras nos preparábamos para salir, lo miré sin comprender —gracias por regalarme tu vida.

—No puedo regalarte algo, que siempre has tenido.

David

Salimos de aquella preciosidad de carpa decorada como en un sueño, miré una vez más hacia atrás y vi a Jacqui y a Klaus, ya como marido y mujer deshaciéndose en besos y miradas apasionadas. Sonreí mientras sujetaba a Esme de la mano, estaba feliz por Jacqui y por Klaus, aquella pareja destilaba un amor sobrenatural. Nos fuimos colocando todos a cada lado de la pasarela exterior, creando un pasillo por el cual pasaría la pareja de recién casados, cuando los vimos salir empezamos a lanzarles arroz y pétalos de rosas blancas, haciendo que una capa blanca los cubriera, todos sonreímos mientras ellos intentaban esconderse muertos de risa. Miré a Esme que sonreía a mi lado mientras Dana le decía algo que la hacía sonreír incluso más. La amaba, la quería con todo mi corazón, aquella preciosidad era mi mujer, y lucía bella y sana... y daba gracias a dios porque todo hubiera salido bien. Frente a mi estaba Andrea, la prima de Jacqui, que aplaudía y sonreía con una felicidad que no le había visto la anterior vez en la que la vi, me miró y me sonrió, estaba realmente guapa, no sabía si seguiría con aquel chico que la hacía estar tan decaída, pero algo me decía que no, poco después los novios se fueron con Claudia, la fotógrafa que había trabajado con Klaus para hacerse fotos por la

zona, la gente del personal nos acompañó al salón donde se celebraría el convite. Mientras nos dirigíamos hacia allí pude ver los últimos retoques de la carpa que después ocuparíamos para la fiesta y sonreí al ver la cantidad de personas que iban y venían, entonces me di cuenta que el salón comunicaba con aquella carpa, aquello me pareció mucho más de lo que había ni siquiera imaginado, y de repente me vi en el mismísimo paraíso, el enorme salón era de un blanco impoluto, las paredes, los ventanales que dejaban ver por los cristales los árboles exteriores rodeados de luces, las cortinas, los suelos... todo era blanco, exceptuando las mesas redondas que las cubría un mantel gris dándole un toque de color al lugar, también me fijé que las cortinas que darían acceso a la carpa para la fiesta, eran de color de los manteles... Era sencillamente increíble, cuando levanté la cabeza y vi aquellas lámparas de araña de cristal, elegantes a más no poder no pude evitar suspirar, todo aquello era simplemente un sueño, parecía que todo estuviera cubierto de un manto de nieve, de pureza, de Jacqueline.

La mesa de los novios estaba justo en el centro de la increíble estancia, y todos estábamos alrededor de ellos, era sencillamente precioso, apreté la mano de Esmé que miraba la estancia tan embelesada como yo, y en aquella preciosa cara vi la pureza que desprendía aquel lugar, y aunque ella no era Jacqui, era la mejor persona que podía estar a mi lado.

Jacqueline

Apreté con fuerza la mano de mí ya marido Klaus, estaba muerta de frío y de hambre, me besó un millón de veces durante el rato que habíamos estado solos, yo no podía ser más feliz, cuando nos dieron la señal de que había llegado el momento, empezó a sonar una canción que me hizo aplaudir y saltar a la misma vez. Klaus se echó a reír tapándose la boca, las luces del salón empezaron a parpadear, escuchamos que los invitados se ponían en pie, el organizador de la boda nos miró sonriendo.

—Pareja, es la hora.

Nos dimos la mano, mordí mis labios y entramos mientras que sonaba el remix de la canción Forever Young del grupo Alphaville una de mis canciones favoritas, todos los allí presentes bailaban al ritmo del remix, y empezaron a aplaudir cuando nos vieron entrar en el salón, pero sin poder evitarlo, nos soltamos de la mano hacia la mitad del recorrido, y empezamos a bailar como hubiéramos hecho en una discoteca, Klaus y yo nos encontramos en la mesa presidencial mientras nos íbamos acercando bailando, en aquel instante no podía ser más feliz.

No dejé de sonreír en toda la noche, había ratos en los que me quedaba embelesada mirando a mi marido, después miraba a mi alrededor y allí donde mirara estaba toda mi gente, y aquella era mi felicidad absoluta, todo estaba siendo un sueño, un sueño maravilloso... llegó la hora del postre. Klaus y yo nos pusimos en pie, y al ritmo de campanas de música navideña entro una tarta tan grande que me dejó sin respiración, la tarta iba sobre un carro con ruedas y sobre él estaba la tarta, de cinco alturas con motivos navideños, la tarta iba sobre un carruaje, conducido por Santa Claus, que tiraba de dos renos blancos, todo se podía comer, menos el carruaje que estaba hecho con alambres con decoración navideña, me llevé las manos a la boca y ahogué un grito. Cuando la tarta estuvo a nuestro lado creí que me caería redonda, fue entonces cuando Martina entró a la sala empujando otro carrito con la tarta que ella había hecho inspirada en Klaus, Klaus no pudo evitar llevarse las manos a la cabeza cuando vio seis pisos de mini tartas blancas, presumiblemente sería chocolate blanco con una decoración a modo de pajarita negra como la que él llevaba, en el piso de arriba estaba el trozo más grande de aquella preciosidad, y sobre él, el muñequito que solía estar en lo alto de las tartas, y cuando vimos cómo era todos nos echamos a reír, el muñeco del novio estaba de pie, con la novia subida a él con el traje de novia, y con sus piernas rodeando la cintura, del novio, y fundiéndose en un apasionado beso, me llevé las manos a la cara que la tenía como un tomate, Klaus se reía a carcajadas y no tardó más de tres segundos en abrazar a Martina que reía de una manera contagiosa, cuando rodeé mis brazos al cuello de Martina escuché el sonido del micro y todos nos volvimos y allí estaba como no, Dana.

—Tranquila pareja, que no voy a hacer de las mías... quiero decir que está siendo una boda de ensueño, está siendo preciosa, dios todo esto es un sueño, las luces la decoración, la música... —todos aplaudieron —como no, ¡las tartas!, ha valido la pena todo el esfuerzo después de ver vuestras caras de asombro, y de absoluta felicidad, os quiero muchísimo, y todos nos damos cuenta de cuánto amor os procesáis, pero para los que estuvimos desde los inicios, sabemos que no fue un camino fácil, los vimos sufrir y llorar, y aunque todo ha tenido un final feliz os advierto algo, después de la paliza que nos habéis dado, ¡no os está permitido divorciaros!, y es por eso que habíamos pensado incluido el novio, que no podía faltar una tarta que representara vuestra relación... ¡aquí la tenéis! —Y por una de las puertas que no había visto, entraron mis amigas con una tarta de tres pisos, con los pisos desiguales, pero bien sujeta, cada piso tenía una decoración distinta, y en todas

sobresalían una cantidad enorme de pétalos de rosas rojas, ambos nos miramos mordiéndonos los labios—esta tarta demuestra que sois diferentes, pero algo os mantiene aferrados pese a vuestras diferencias, y una de esas cosas es vuestra increíble pasión. Queríamos reflejarlo en esta tarta, y que sepáis que os queremos con locura.

Todos aplaudimos cuando Dana caminó hacia nosotros y nos fundimos en un abrazo inmenso, cortamos las tres tartas, y probamos cada una de ellas entre risas, después con un hábil movimiento, me tomó en brazos y me arrimó a la tarta inspirada en él y agarré el gracioso muñeco entre risas.

—Se parece bastante a nosotros, ¿no crees? —susurró a lo que sonreí.

—Esta noche te vas a enterar.

*****Baile nupcial*****

Habíamos acabado de tomar el postre, y creía que iba a reventar. Klaus iba y venía hablando y riendo con todo el mundo, estaba feliz y adoraba verle así, incluso le sonreía a su madre, cosa rara en él. Cuando estaba distraída intentando no pensar que me iban a estallar los botones del vestido de novia, abrieron las cortinas grises que habían estado echadas en la otra punta del salón, y pude ver unas puertas acristaladas que en teoría darían al jardín, pero me quedé de piedra cuando vi que justo ahí, era la entrada de una de las carpas más impresionantes que había visto en mi vida, los invitados fueron entrando al lugar, Klaus tomó mi mano y caminamos hacia su impresionante interior, aquella carpa era completamente transparente, se podía ver el exterior iluminado, incluso las estrellas por aquel transparente techo, justo del mismo caían hileras de luces moradas y doradas, y en varios rincones se alzaban farolas con luces tenues que hacían del lugar algo maravilloso, habían asientos blancos en algunos rincones, una barra donde servirían las bebidas, y al fondo sobre un escenario la discomóvil preparada para la gran fiesta.

—Bienvenidos señores, señoras a la zona donde transcurrirá el baile y la fiesta, espero que todo esté siendo de su agrado, ahora requeriría la presencia de los recién casados al centro de la pista, para empezar con el primer baile de la noche.

Klaus y yo nos dirigimos al centro de la pista, donde todos nos hicieron un corro, Kurt, el padre de Klaus me guiñó un ojo, y me sentí tímida de repente, aquel hombre estaba increíblemente perturbador. Sentirme el centro de atención nunca me había gustado, pero tenía a Klaus, a mi marido, frente a mí, con ese frac que le quedaba divinamente, tanto, que me costaba mirarle sin

babear.

—Se me olvidó elegir canción—susurré sin querer mirar al público, que no apartaba los ojos de mí.

—Tranquila, ya hice eso por ti.

Guiñó un ojo, y casi me provoca un infarto, estaba increíble, lo adoraba, él había elegido todas y cada una de las canciones que habían soñado aquella noche, pensé que con todo el trabajo que tenía no estaba todo lo pendiente que debería, otro error mío, no dejó de pensar en cosas para hacer, para que mi día fuera aún más especial, sin más empezó a sonar una canción que me hizo echarme a reír. —¿Frank Sinatra?

—Exacto nena, ya sabes que soy un romántico.

Negué con la cabeza sonriendo, y empezamos a bailar Fly me to the moon. Llevó sus labios a mi oído y empezó a susurrarme la canción mientras bailábamos.

Llévame volando a la luna, déjame jugar con las estrellas, déjame ver cómo es la vida, en Júpiter y en Marte En aquel momento me soltó para darme una vuelta, mientras se movía teatralmente por la pista sin dejar de sonreírme *En otras palabras, toma mi mano, en otras palabras querida, bésame* dicho esto, tiró de mí y me plantó un besazo mientras seguíamos bailando, todo el mundo empezó a aplaudir, me soltó y volvió a darme otra vuelta mientras seguía cantando, en voz bajita para que solo yo pudiera oírle, *Llena mi corazón de canciones, y déjame cantar siempre más , porque tú eres todo lo que anhelo , todo lo que admiro y adoro, en otras palabras, por favor se sincera , en otras palabras, te amo* me eché a reír cuando alzó la ceja, me solté de él poniendo mis manos en la cintura al ritmo de la canción y moví mis hombros mientras él me miraba como si de un mafioso se tratase, haciendo que todos se echaran a reír *Llena mi corazón de canciones y déjame cantar siempre más porque eres lo único que me importa, todo lo que idolatro y adoro en otras palabras, por favor se sincera, en otras palabras, yo te amo a ti* el final de la canción nos pilló dando una vuelta mientras reíamos, me inclinó hacia atrás y me dio un maravilloso beso, todos aplaudieron de nuevo y así dimos inicio al baile.

Poco después fui a cambiarme, a ponerme el segundo traje para estar algo más cómoda, cuando volví a la fiesta, la gran mayoría ya estaba algo entonado, Klaus bailaba con su madre, Kurt con la mía, mi padre con Bea, y yo miraba aquello con una admiración sobrehumana, Alejo reía con uno de sus nuevos romances, fui hacia la barra a pedirme algo, ya que tenía la boca seca, unas

horas después llevaba más fiesta encima que los platos de dj de David Guetta.

—Parece que te lo estás pasando bien —me volví y sonreí a David que sostenía su vaso en la mano.

—La fiesta no está nada mal, ¿verdad?

—La verdad que no —me pasó un brazo por los hombros y me acerco a él —estamos casados Jacqui, no me lo creo.

—Ya te digo, todo parece un sueño, cinco años David... parecen una eternidad, ¿verdad?

—Para mí han sido como cinco minutos—le sonreí mientras le acariciaba la cara —¿eres feliz, preciosa?

—Como no lo había sido nunca, ¿y tú?

—Ídem—nos sonreímos durante unos minutos, después me fundí en un abrazo donde apoyé mi cara en su pecho, para sentir su corazón latir—prométeme que nunca te irás de mi vida, enana.

—Ni con agua caliente —sonrió y me miró desde su altura.

—Gracias Jacqueline —le miré una vez más y después besé con dulzura sus mejillas, después me arrastró hacia la pista donde bailamos un par de canciones, haciéndome reír como siempre había hecho.

David siempre sería especial, siempre.

Horas después, todos los allí presentes bailamos canción tras canción, hacíamos ronda de chupitos y de nuevo a bailar, la noche estaba siendo maravillosa, a las tantas de la madrugada Klaus subió al pequeño escenario medio desvestido, ya que se había quitado la pajarita que ahora llevaba yo en el cuello, y se había desabotonado los primeros botones de la camisa —Echando la vista atrás, me doy cuenta que hay muchos recuerdos, y en casi todos estas tú, mi dulce Jacqui, sé que soy muy importante para ti... pero sé que un pilar fundamental en tu vida son tus amigas, así que quiero por favor, que hagan un corro alrededor de esas preciosas chicas —miré a Klaus con los ojos como platos— mi mujer me está mirado con ojos de asesina, así que les pediría que os dierais prisa —todos rieron y así me vi envuelta en un círculo, pero esta vez estaban Dana, Laura, Martina, y Bea —esta canción es para vosotras chicas, ¡bailarla como si nadie os viera!

Empezó a sonar la versión de discoteca de la canción Everytime we touch, y así sin más, y después de cerrar los ojos durante unos segundos y abrirlos, miré a mi alrededor y las vi allí, a mis amigas, mis confidentes, a mis ojos cuando estaba ciega, a mis manos cuando necesitaba ayuda, a mis pilares, las que me hacían tener los pies en el suelo, las que aportaban ese toque

especial que solo pueden aportar las amigas... y después de sonreír con todo mi ser, empecé a bailar como si la vida me fuera ello al igual que ellas, saltando riendo, cantando, Dana se quitó los zapatos para bailar Harcord y todos empezamos a ahogarnos de la risa, miré a Klaus que nos miraba sonriendo , tiré de él y lo puse en el centro frente a mí, le rodeé con mis brazos el cuello, juntó su frente con la mía sonriendo.

—Gracias por el mejor día de mi vida.

—Oh no, preciosa, esto es tan solo el principio.

—Prométeme que me querrás siempre.

—Hasta el final de mis días, Cada parte de mí, ¿recuerdas?

—Cada parte de ti...

Epilogo

Me recosté en el sillón reclinable del despacho de Alejo, con mi nuevo borrador en la mano, salir de casa me había sentado bien, había estado recluida muchos meses sin querer ver a nadie, y el motivo no había sido otro que un duro golpe de realidad, meses después de mi boda, mi tía fue diagnosticada de cáncer, de nuevo... era al segundo que se enfrentaba, y después de varios meses de lucha, se fue, aquello truncó mi vida por completo, ya que ella era mi compañera de fantasías y mi mejor lectora...¿Qué iba a hacer sin ella?

Klaus estuvo a mi lado en todo aquel proceso, e incluso me dio espacio cuando me encerré en mí misma, el tiempo calmó todo un poco, pero de momento no había curado nada, aunque debía fingir que estaba medianamente bien, escuché a Alejo hablar a lo lejos y volví a la realidad, y para que no me dijera que me había vuelto una pasota, decidí echar una ojeada por encima a algunas páginas y el rojo resaltaba por doquier... alarga momentos, recorta escenas, explica mejor esta emoción... ¡AGGG! me restregué los ojos, ¿Cómo decirle a mi editor, a una de las personas que más confía en mí, que no tenía ganas de retocar nada, por simple pereza?, le debía todo, ¿Cómo podía ser tan egoísta? , aun así no podía evitarlo, me notaba enormemente cansada y deprimida. ¿Si escribía un libro sobre lo agotada física y emocionalmente que estaba vendería mucho?, sonreí negando con la cabeza. Lo que me había ocurrido me había hecho ver la vida de otra manera, y eso también había influido en mi trabajo, que había dado un cambio muy grande. Sin dejar la literatura erótica que era la que me había llevado a la fama, me había aventurado en nuevas historias de otras ídoles, el último libro que me habían publicado se llamaban Ella, lo había escrito en mis días de duelo intenso, y en homenaje a aquella parte de mí que ahora volaba libre por las estrellas... era un tanto raro, y no estaba enfocado al drama ni ese tipo de cosas, pero era... como decirlo, extraño, pero para mi sorpresa había superado las ventas de Si tan solo fuera sexo y eso era casi imposible de creer.

Recordaba la noche de nuestro primer aniversario de boda, yo seguía algo tocada pero fue una noche especial e increíble, hacía meses que no había hecho el amor de aquella manera, pero debo reconocer que sentaba de

maravilla, después del increíble despliegue de sexo que Klaus me ofreció no podía dormir, me levanté entré agotada y dolorida y porque no decirlo, después de todo el frenesí, me volvió la tristeza, así que para apaliar todas aquellas emociones que se peleaban dentro de mí, me fui al estudio que me había habilitado en casa, me senté frente a mi ordenador que llevaba días apagado, y sobre él, algunas fotos de mi tía que había sacado para ponerlas por la casa, así que me entretuve buscando marcos vacíos y poniendo las fotos en ellos, tenía uno de plata pequeño con dibujos de mariposas que cuando le daba el sol, el marco se iluminaba de diferentes colores, quité la foto que había y puse una de mi tía y lo dejé sobre mi escritorio, al lado del ordenador y de mis libros que ella tanto adoraba y sin más, una idea de lo más extraña empezó a rondarme la mente, tanto fue así, que tuve que encender el ordenador y escribir.

Atenea era una mujer que se había quitado la vida tras perder el amor de su vida, cuando su entrada al paraíso fue negada por haber cometido un pecado imperdonable (el suicidio) se le presenta el ángel de la muerte, quien el ofrece un trato, podrá limpiar su alma impura haciendo su trabajo durante un tiempo indefinido, siendo ella la nueva Muerte, pasa siglos de su vida recogiendo almas a las que le había llegado su hora, triste por su desdicha decide tomarse un descanso en una ciudad, volver a ser visible para los humanos, y disfrutar durante un tiempo de aquella vida moderna que tanto le atraía, y es ahí, cuando sin esperarlo se topa con su amor perdido, su alma había sido reencarnada de nuevo, mientras que ella seguía pagando su castigo...

Había sido una apuesta arriesgada, pero Alejo no dudó en apostar por mí, y ahora una vez más debía no matarle, cada vez que veía mi nueva historia completamente subrayada de rojo. Tomé aire, al menos a algo no le había puesto objeción, ya que se había dedicado a decorarlo con corazones, al menos en eso había acertado “A donde me lleves”

Salí de aquel despacho después de abrigarme hasta los ojos, aquel día era nuestro segundo aniversario de boda, hacíamos dos años como Matrimonio, y debo decir que, quitando de mi perdida, habían sido los dos años más divertidos y felices de toda mi vida, incluso había vuelto una cosita a nuestra vida, Play. Después de la muerte de mi tía me sentía triste y recelosa, y cuando Kurt nos llamó para contarnos que Play había enfermado, no dudé en traerlo de nuevo con nosotros, no podía permitir que él también se fuera, ¡no! por suerte mejoró rápidamente y ahora se había hecho el dueño de la casa. Al

menos no me sentía tan sola cuando Klaus salía de viaje a causa del trabajo. Llegué a casa y como era de costumbre Play me esperaba con la correa en la boca, resoplé mientras le sonreía, solo deseaba sentarme, aunque fueran diez minutos, aun así, cogí la correa y ambos nos encaminamos hacia la calle. Él como un loco intentando olisquearlo todo, yo algo más pesarosa, pero estaba tan feliz de volver a tenerlo con nosotros, que sería capaz de cualquier cosa.

Cruzamos una esquina y no sé exactamente qué pasó, pero sentí que mis piernas dejaban de tener fuerza, me tambaleé y durante unos instantes cerré los ojos, cuando los abrí, estaba sentada en el suelo con Play frente a mí, lamiéndome la frente, hacia un frío espantoso y yo me moría de calor, después de acariciar con dulzura la suave piel de aquella cosita que cuidaba de mí, me puse de nuevo en pie, miré a ambos lados y no pasaba nadie por la calle, «menos mal, menuda vergüenza» cuando me sentí con fuerza para volver a caminar, retomamos la marcha, pero esta vez Play caminaba a mi lado sin tirar de mí, levantando su cabeza hacia mi varias veces para comprobar que estaba bien, negué sonriendo, aquel animal tenía más de humano que muchos que caminaban a dos piernas, pese a que me encontraba mejor, tenía demasiada calor, iba a quitarme el abrigo cuando sentí un suave tirón de la correa, esta vez era porque yo me había adelantado y Play se había quedado quieto frente a una farmacia.

—¡Play! —tire de él, pero no se movió —¿qué haces?

Antes de que pudiera decir nada más, la alarma que no recordaba haber puesto de mi móvil sonó, la saqué y vi unas luces parpadeantes en el calendario, me recordaba que debía recoger el regalo de navidad que había encargado para Klaus, al revisar todo el calendario vi otra anotación que se me había pasado. El número estaba en negro así que debía de ser importante, cuando lo vi, esta vez me mareé pero de verdad, en el día 1, había marcado un recordatorio, “Amiga roja” que para mi forma de hablar se trataba de la menstruación, periodo, regla, o un auténtico coñazo, como quieras llamarlo... pero había algo que no cuadraba, intenté recordar el último periodo, recordaba que la había tenido la última vez que Klaus a París, recordaba haberla pasado en cama queriéndome morir, recordé ducharme para después ponerme el parche anticonceptivo, pero...

De repente me quedé de hielo, instintivamente me quité el abrigo mientras Play me miraba sin moverse de la puerta de la farmacia, palpé por debajo del suéter de lana que llevaba puesto aquella mañana, que empezaba a picarme ya que mi cuerpo oscilaría los 30 grados. Toqué un lado de mi espalda a la altura

de la paletilla unos centímetros debajo del hombro, donde siempre tenía mi parche anticonceptivo la primera semana, toqué y toqué y solo podía sentir mi piel, no había parche, toque mi cadera y tampoco, no había nada, ¡nada!, las piernas empezaron a temblarme.

Me llevé las manos a la cara, las rachas de tristeza que me venían de vez en cuando me hacían estar ausente y despistada, había cosas que tenía que superar, o al menos aprender a llevarlas, me mordí los labios inquieta.

—¿Se puede saber qué es esto? ¡Está lleno de perros!

—Es una cafetería donde se admiten perros, Bea —sonreí como pude, pese a los nervios —¿No la habías visto?

—No—miró a ambos lados—¡Y yo congelándome en las terrazas, esperando a que Nico deje su rastro por todos lados!

Me eché a reír aun sin ganas, negué con la cabeza y fue cuando sentí sus ojos fijos sobre mí.

—¿Qué pasa, Jacqui? Me has asustado con tú llamada —me acarició las manos—sé que te acuerdas mucho de tu tía, y más hoy, pero no puedes seguir así —la miré a los ojos—tienes que superarlo cariño, además, ella debe de estar super enfadada de ver los bajones que te dan.

—No es eso, Bea, que también, tienes razón en lo que has dicho, pero no es por lo que te he llamado —me miró como si no entendiera nada—lo siento, estoy muy nerviosa —apreté mis manos—Bea, no tengo el parche puesto.

—¿Perdón?

—El parche anticonceptivo, el que siempre llevo, no lo tengo...

Me miró con los ojos de par en par y ahogó un grito con las manos.

—¡Dios mío!, ¿estáis buscando familia? —Se echó a reír aplaudiendo, hasta que vio mi cara y paró en seco —¡Oh! —Exacto, ¡oh!, esto es algo de lo que habíamos hablado, pero para más adelante, y más con mis rachas depresivas... esto no puede ser.

—A ver, intenta hacer memoria, ¿cuándo fue la última vez que te lo notaste puesto?

—¡No puedo pensar, estoy histérica!

Me sujetó por los hombros y clavó sus ojos verdes sobre los míos.

—Jacqueline, tienes una memoria increíble, relájate, cierra los ojos e intenta recordar—miré una vez más sus ojos, y después a Play que estaba tumbado más tranquilo que una estatua, suspiré y cerré los ojos—Jacqui, piensa... ¿la última vez que lo viste? Forcé mi mente.

—Era el fin de la tercera semana, me lo quité de la cadera —la miré— ya sabes, cada semana me lo pongo en un sitio, en el hombro, en el brazo y en la cadera, siempre sigo el mismo patrón para no olvidarme—tragué saliva— entraba en la cuarta semana la cual no hay que ponerse parche porque es cuando viene el periodo—apreté mis ojos—recuerdo que me moría del dolor, pasé los días en cama, Klaus no estaba, recuerdo ducharme y dejar el parche dentro de la cajita frente a mí en el espejo, habían pasado los siete días, y ya me tocaba, y me tocaba en el hombro—toqué inconscientemente mi hombro— salí de la ducha y me sequé y lo saqué de la cajita donde los guardo para ponérmelo y... —de repente me quedé en blanco y empecé a temblar. —¡Que Jacqui!, ¡que!

—Que Play me lio una de cuidado, escuché que había tirado algo y salí corriendo del baño, había tirado una foto de mi tía y lo reñí, él estaba muy alborotado y no paraba de ladrarme, cosa que nunca hace. Cuando conseguí que se calmara Alejo me llamó por teléfono, tenía que enviar con urgencia el tercer capítulo, me puso de los nervios y discutimos, después tocaron al timbre y ¡joder!

—¿Qué?

—No me lo puse... —me tapé mi cara con las manos —se me olvidó.

—¿Cómo se te puede olvidar?, ¿dónde coño lo dejaste? Tendrías que haberlo visto por algún sitio...

—Estaba en el baño cuando fui a abrir, era mi hermano con mis primos, estuve con ellos un rato, hablé con mi primo Carlos para saber cómo estaba de ánimo y todo eso, hablamos un poco de mi tía, y vimos como Play entró al baño... al rato fui a por él porque siempre se mete en la bañera, pero curiosamente estaba tirado en el suelo como cuando alguien le toca la barriga, me hizo tanta gracia que llamé a mi hermano y a mi otro primo para que lo vieran y después... ¡no! Bea me miraba intentando infundirme paz, la pobre no lo hacía demasiado bien.

—Tranquila mujer, tranquila, a ver, pensemos... ¿cuánto hace de eso?

La miré con los ojos vidriosos.

—Un mes.

—¡Un mes! —gritó a lo que todos la miraron —¡¡Un mes!! —¡Quieres hacer el favor de hablar más bajo! —asintió— he visto la anotación que tenía para saber cuándo me viene más o menos, siempre lo hago y debía haberme venido a primeros de mes. —Pero a ver, vale que se te pasara la primera semana, ¿y las dos restantes?

La miré mordiéndome los labios.

—Yo... estaba muy agobiada con la entrega de los capítulos, mi madre vino a verme y la vi fatal y me vine abajo, casi no toqué la calle, anulé todas las alarmas del móvil excepto las de las reuniones con la editorial... y no me preguntes porqué, pero siempre me daba la sensación de que lo llevaba puesto, ¡soy un desastre!

—Tranquila, vamos a ver, ósea que tienes una falta de un mes y medio, puede ser una reacción a la falta de hormonas del cuerpo no lo sé, o quizá...

—¡Cállate, no lo digas! —la miré asustada.

—¿Te has comprado una prueba de embarazo? —Negué con la cabeza—
¿Y a qué coño esperas? —agaché la cabeza mientras miraba mis manos, cuando la oí reírse a carcajadas.

—¿Se puede saber de qué narices te estás riendo?, ¿te hace gracia mi drama?

—¿No te has dado cuenta? —Dijo aun muerta de la risa—. Esto ha sido cosa de tu tía.

Me quedé blanca y un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Qué dices, loca?

—Párate a pensarlo todo... Play tira una foto de tu tía justo cuando ibas a ponerte el parche, luego se te pone a ladrar, pasan miles de cosas y después de que el entre al baño desaparece el parche, por no hablar de que lo viste boca arriba como cuando le acarician la barriga, ¡es tu tía, está claro!

—Bea, por favor.

—Ni Bea ni leches, esto lo ha provocado tu tía para que saques la cabeza del culo.

Estaba sentada sobre la tapa del cuarto de baño mirando la prueba de embarazo que estaba sobre la pila del baño, me lo había hecho hacia media hora, pero había sido incapaz de mirarlo, y cuando me disponía a alargar la mano me moría del pánico, ¿estaba dispuesta a ser madre? ¡Dios!

—¡Joder tía! —Dije mirando al techo—¿En serio no había otra forma de reñirme?, voy a mirar la prueba, pero que sepas que no me parece correcto esto—miré al suelo sonriendo—y es que seguro que te estas riendo, lo sé.

Cuando me armé de valor para cogerlo de la pila escuché la puerta y a Play ladrar, soplé mirando el techo y corrí por todo el baño hasta las escaleras, Klaus acababa de llegar a casa, bajé por las escaleras corriendo, deseaba verle más que otra cosa en el mundo. —¡Nena! —Me abrazó por la cintura y me levantó como si pesara dos kilos.

—¡Señor Grass!, cuanto deseaba verle.

Nos fundimos en un beso que me hizo olvidarme de todo, le rodeé con mis piernas la cintura, y caminó cargado de mí hacia el sofá, donde me dejó caer para después arrancarme la ropa como un bestia, y hacerme el amor como un auténtico poseso... adoraba sus vueltas de los viajes, siempre eran realmente increíbles.

Unas horas después Klaus estaba en la cama ojeando una revista, yo me cubrí con una toalla después de una ducha rápida, entonces me di de bruces con la realidad, ¡la prueba!, ¿Cómo se me podía olvidar una cosa así?, ¿pero que me pasaba? Agarré la prueba con una mano, mientras que con la otra intentaba que no se me cayera la toalla, miré la prueba... una I negativo, II positivo.

—Que sea lo que tenga que ser—susurré mirando al techo. Salí temblorosa por la puerta del baño, con los ojos brillantes miré a Klaus, que estaba sobre la cama en ropa interior leyendo concentrado una revista de coches, le observé atentamente, sus largas piernas, su bóxer favorito, viejo y descolorido que le hacía tremendamente sexy, con su ceño fruncido mientras leía con detenimiento, levantó la vista y clavó sus ojos azules en mí, después sonrió y me temblaron las piernas.

—Nena, he pensado en que podríamos comprarnos un coche. —Ya tenemos un coche—sonreí —decir verdad, dos coches.

—Bueno, este podría ser un pequeño capricho, siempre he querido un Lamborghini.

Me eché a reír.

—¿Un Lamborghini?, ¿no crees que es muy caro?

—Vamos... concedámonos un pequeño capricho. Le miré y miré mi mano, me senté temblorosa sobre el sillón que había a un lado de la habitación, él me seguía con la mirada. —Quizá tengamos que ahorrar, Klaus, ha surgido un imprevisto.

Se irguió nervioso sobre la cama.

—Yo... —me intimidaba su mirada—olvidé ponerme el parche anticonceptivo y... bueno.

—¡Ay, Dios mío! —susurró poniéndose de pie y caminó hacia mí, hasta quedar de rodillas.

—Hace un mes —tragó saliva —fue un cumulo de cosas y con todo el lio de los capítulos y lo días malos que tengo... Me acarició la mejilla con dulzura.

—Tranquila —miró mis manos y vio la prueba—¿te lo has hecho ya?

—Sí.

—¿Y...?

—Ha salido positivo —me miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Estamos embarazados? —alzó la voz, a lo que di un brinco.

—Sí —Se puso en pie en un segundo y empezó a dar saltos mientras reía a carcajadas fuera de sí, caminaba en círculos llevándose las manos a la cabeza, yo miraba la escena como si fuera una espectadora de un teatro. Sin verlo venir, tiró de mi mano y se abrazó a mí, echándose a llorar—Klaus...—susurré.

—Gracias Jacqueline, por el mayor regalo que puede haber en este mundo, y gracias por dármelo tú.

Klaus me tenía la mano tan apretada que apenas podía moverla, le hubiera dicho que estaba a punto de provocarme la amputación de esta, pero preferí quedarme en silencio, estaba casi más nervioso que yo, que ya es decir, mientras él estaba en modo histeria, yo intentaba distraerme, miraba todo sin pararme en nada en concreto, sino entraba el ginecólogo enseguida empezaría a gritar, o a vomitar, según me diera.

—Siento haber tardado—entró por la puerta sonriendo un doctor bastante joven, incluso era bastante llamativo, me sonrojé y solo sonreí mientras se apartaba la bata y se sentaba en el sillón frente a nosotros—bien, deciros que en efecto estas embarazada, la prueba de orina ha dado más que positivo, así que enhorabuena.

Nos miró y nos echamos a reír, Klaus me miró con los ojos más llenos de luz que había visto jamás, tenía el poder de hipnotizarme.

—Vamos a ver, Jacqueline, ¿cuántas faltas has tenido hasta que te hiciste la prueba?

—Una —apenas podía mirarle.

—¿Tomabas algún tipo de anticonceptivo?

—Sí, el parche, pero olvidé ponérmelo—levantó la cabeza de sus papeles y me miró durante unos segundos—he estado algo estresada por el trabajo, hay veces que no sé dónde tengo la cabeza —me disculpé sin saber exactamente por qué.

—Tranquila —me sonrió— sé quién es usted, mi mujer tiene todos sus libros, estas cosas pasan, de acuerdo, así que tiene una falta... su fecha de su última menstruación, ¿la recuerda?

—Sobre el 1 de noviembre, creo recordar.

Apuntó algo más en aquel folio y se puso en pie.

—Bueno, vamos a ver de cuantas semanas está ¿no cree?

—¿Perdón?

—Vamos a realizar la primera ecografía, más que nada, para ver de cuantas semanas estas y saber si todo va bien.

Tragué saliva y miré a Klaus, que aún no había quitado esa sonrisa de modelo de su maravillosa cara, nos levantamos a la vez, me ayudó a tumbarme en la camilla, y antes de que pudiera hacer nada subió mi camiseta con delicadeza y desabrocho mis vaqueros con una dulzura que me dejó alucinada, y no solo a mí, el doctor le miraba sin perder detalle, luego me miró a mí, y torció sus labios en una sonrisa cómplice, suspiré cuando sentí un gel helado en mi abdomen. —¿Preparada para echar un vistazo a su bebé? —yo solo asentí, Klaus había apretado mi mano y miraba la pantalla sin perder se detalle.

El doctor empezó a pasar el escáner por mi abdomen con cuidado, presionando suavemente, luego se detuvo y frunció el ceño, el aire se me quedó en la garganta.

—¿Pasa algo doctor? —pregunté con hilo de voz. —No, es muy pronto para asegurar nada, pero parece que hay más de un embrión —me mareé estando en la camilla —tranquila —dijo al verme más blanca que la pared— puede que me equivoque, lo sabremos con más seguridad durante el primer trimestre de gestación, y por lo que veo aquí, usted está de cinco semanas.

Miré a Klaus que no apartaba la mirada de la pantalla, miró en mi dirección y me sonrió.

—Pero tú que tienes ahí, ¿una diana? —dijo mientras el médico me limpiaba el abdomen sonriendo.

—¿Yo? —Respondí indignada —¿Y tú?, ¿Acaso pensabas que era tiro al blanco?

—Al menos sé que tengo puntería. —Dijo guiñándome un ojo.

Volvimos a la consulta y nos sentamos frente al doctor que seguía sonriendo.

—Ahora es pronto para asegurar nada, le recomiendo reposo, nada de estrés, y espero volverla a ver en un mes y medio, quiero tenerla vigilada, si se siente mal en algún momento no dude en acudir ¿de acuerdo?

Ambos asentimos, Klaus no soltó la ecografía de sus manos en horas.

12 semanas de gestación

—Tranquila nena, todo irá bien.

—Me hizo hacerme un análisis de sangre antes de lo que me tocaba, se ha empeñado en vernos, algo pasa.

—Quizá sea porque le has dicho que te encuentras fatal todos los días, sino fueras tan quejica—pellizcó mi mejilla.

Toqué mi barriga al sentir un pequeño pinchazo, mucha gente se pensaba que estaba de 4 o 5 meses, cuando solo estaba de 3, eso era decirme de una manera un poco sutil, que estaba bastante más tremenda de lo que tocaba, ¡cabronas todas!, sentía millones de cosas moverse en mi estómago, todos los días estaba agotada, mareada, por no hablar de las náuseas que no me abandonaban ni un solo instante de las mañanas, iba a responderle cuando el doctor entró en la consulta con una carpeta en las manos.

—¡Qué bien te veo, Jacqueline!

—¡Venga hombre! —miré hacia otro lado—. No me caben ni las zapatillas, déjese de coñas, haga el favor.

Se echó a reír, y miré a Klaus que negaba con la cabeza divertido.

—Bueno, debo decirle que hoy vamos a realizar el Doppler— le miré frunciendo el ceño —la prueba del ultrasonido fetal—sonreí— el análisis de sangre ha salido correcto, estate tranquila. Pero creo que estaba en lo cierto cuando sospeché que había más de un embrión, con esta prueba saldremos de dudas—miré a Klaus que me sonrió, de nuevo estaba en aquella camilla, con mi enorme barriga al aire, y con ese gel helado—ahora silencio —dijo el doctor, y empezó a pasar el escáner por mi abdomen mientras afilaba el oído y miraba la pantalla, en aquel momento mi corazón empezó a latir irremediabilmente rápido.

—Dios mío—susurré mientras una lágrima me caía por la mejilla.

—¿Lo escuchan? —Ambos asentimos—. Es el latido de su corazón, o bueno... de sus corazones.

—¿PERDÓN?

—Jacqueline, no te asustes, pero... hay tres corazones latiendo.

—¿Qué?

Giró aquella pantalla para que pudiera verla mejor. —¿Ves esto que hay aquí?

—Si...

—Son tres, hay tres fetos —me llevé las manos a la boca y miré a Klaus que se había quedado color cetrino—ahora sí que debes cuidarte, Jacqueline.

24 semanas de gestación

Estaba tirada en la cama sin apenas poder moverme, había echado de mi casa a mis amigas y a mi madre, me trataban como a un bebé... estaba cansada de no hacer nada y de un humor de perros. Klaus había anulado algunos trabajos, pero yo le había obligado a acudir a uno de los desfiles más importantes para su carrera, se había llevado la primera ecografía donde se veían claramente sus tres cuerpecitos, estaba embarazada de trillizos, de tres, no uno, ni dos...tres.

Pensé en el suicidio, pero lo deseché cuando vi con que amor miraba aquella ecografía Klaus cada mañana, además, se había ganado el cielo conmigo ya que yo estaba siendo poco tratable, pero me encontraba tan, tan, mal... estaba intentando leer cuando sentí que me miraban, levanté la mirada y frente a mí, aun con la maleta en la mano estaba Klaus mirándome apoyado en el marco de la puerta, no lo había escuchado entrar, y como a Play se lo había llevado mi hermano porque no podía moverme, no había forma de saber cuándo llegaba Klaus a casa.

—Eres la cosa más preciosa, que he visto en estos tres días— caminó hacia mi quitándose la chaqueta.

—No me tomes el pelo, ¡Parezco Shrek!, hace días que no me veo los pies, y cada día tengo la nariz más grande—se echó a reír sin poder evitarlo— ¡no te rías, que hablo en serio! —Sonreí mientras vi cómo se tumbaba a mi lado poniendo su cabeza con delicadeza en mi barriga —seguro que no has dejado de mirar a esas modelos escuálidas con las que trabajas.

Levantó la cabeza y clavó sus ojos azules profundos en mí. —En cada una te veo a ti, ¿Cuándo vas a entender que solo te veo a ti? —le acaricié los labios con ternura —Oye, ¿dónde está tú madre, y tus amigas?

—Las he echado a todas, me tienen hasta el gorro, y sabía que no tardarías...

—¿Pero tú no entiendes que no puedes estar sola? —se puso en pie, visiblemente molesto.

—¡Estoy embarazada, no invalida! —Intenté levantarme, pero no pude— además, ¡la culpa es tuya!

—¿Mía?, ¿Por qué?

—¡Por tener una remachadora, como flujo seminal!

Se cayó a la cama muerto de risa, yo no tenía ganas de reírme, pero al final me contagié.

—¿Una remachadora?

—Sí, ¡eso mismo! —Le miré frunciendo el ceño —Yo antes tenía una

vida, ¿SABES? Y ahora mírame, aquí empotrada en una cama casi sin poder caminar, ¡cada día más gorda!

—No debería haberte comprado los capítulos de Castle, mea culpa.

Le lancé un cojín que esquivó a la perfección.

—Necesito una ducha...

—Vaya... —murmuró— ¿me estas pidiendo ayuda?

Le miré frunciendo el ceño, segundos después le sonreía como una idiota, me ayudó a ponerme en pie, me desvestí y me ayudó a meterme dentro de la ducha, me dispuse a ducharme cuando vi que no me quitaba ojo.

—Que, ¿te excitan las embarazadas?

—Tú, si —dijo mordiéndose el labio.

—Eres un perverso.

Ambos nos sonreímos, después me ayudó a secarme y a ponerme un pijama extra tremendo nada sexy, y me ayudó de nuevo a tumbarme en la cama, después de recoger el baño se tumbó a mi lado y empezó a acariciarme la cara.

—¿Has pensado en cómo les vamos a llamar?

—Aún no sabemos el sexo de los tres, solo de uno—le acaricié las manos y le miré —había pensado en dejártelo decidir a ti. —¿Y los otros dos? —sonrió de medio lado.

—Ya me ocupo yo, soy escritora, seguro que se me ocurren más originales que a ti.

—¿Ah sí? —Me miró acariciando mis labios—. Dime uno.

Me quedé pensativa.

—Patrick, Patrick Grass... suena bien, ¿verdad? —¡Oh por dios!, ¿Patrick? —se echó a reír.

—Vamos, está genial y lo sabes.

—Te gusta Patrick, por Patrick Jane, el de “El Mentalista”

Miré hacia el otro lado.

—Bueno, en parte si... ¡pero el nombre me gusta!, da gracias de que no le ponga Deimon.

—Yo había pensado en Dylan, Dylan Grass Amorós... suena bien ¿verdad?

Le miré sonriendo, se me caía la baba no podía evitarlo, ahí tumbado junto a mí, haciéndome sentir mejor, hablando del nombre de nuestros hijos...

—Bueno, Dylan no está mal, pero Patrick es precioso.

—Tranquila nena, ¡tenemos tres!

18 de junio

—Tranquila, Jacqueline —me tocó la cara y me hizo mirarle —nena, todo irá bien, en embarazos así es normal que sean prematuros, además, es una cesárea, no notarás nada cariño.

—¿Me lo prometes? —me miró con intensidad.

—Con toda mi alma.

—Pues te cambio el sitio —me miró sonriendo mientras negaba con la cabeza.

Todo lo demás que vino fue rápido, me pusieron la epidural, me monitorizaron y cada vez se acercaba más la hora de la cesárea. Yo tenía mi mano aferrada a la mano de Klaus, había sido un auténtico milagro haber aguantado hasta los 8 meses. Mis bebés parecían sanos, al menos eso me decía mi ginecólogo, él había estado hablando con Klaus sobre todo en las últimas citas. Klaus sabía el peso estimado de cada bebe, yo preferí no saber nada, si sabía que tan solo uno de ellos estaba un poquito por debajo de lo sano, me pondría mal.

No me separé de Klaus ni de mi libreta que me seguía a todas partes, escribí unas cuantas anotaciones, frases cortas, cosas sin mucho sentido, pero todo lo que me venía a la cabeza quizá en un futuro valiera la pena. Nunca había preñado a una de mis protagonistas, pero quizá lo hiciera... ahora que estaba casi a punto de verle la carita a mis bebés, no podía evitar sentir tanta felicidad, tanto amor... que me embriagaba de una manera realmente impresionante, observé a Klaus, que, aunque estaba muy atento a mí, estaba visiblemente nervioso, puede que estuviera algo más relajada a causa de la epidural, y que eso me permitiera estar más tranquila y fijarme más en él, que no paraba de pasarse las manos por el pelo.

Cuando entró el doctor con la matrona, supe que había llegado el momento, entonces sentí un pánico horroroso, debía entrar sola, Klaus no podía entrar y debía esperar fuera, no sé quién se alteró más de los dos, justo antes de que nos separaran apretó mi mano y juntó su frente con la mía.

—Estaré justo detrás de esa puerta, preciosa, estoy contigo lo sabes ¿verdad? —Asentí mientras me caían lágrimas por la cara —no los veré hasta que podamos verlos juntos.

—¡No! —Acaricié su cara —Vigílalos el tiempo que yo no pueda, no los dejes solos, por favor.

Me sonrió mientras le secaba una lágrima que caía por sus preciosos ojos azules, las besé y justo entonces tiraron de la camilla para el quirófano, lancé

una última mirada a mi madre y a mi padre que esperaban al lado de Klaus. Sabía que mi hermano y David estaban de camino. Laura estaría conmigo en el quirófano, saber que estaría ella, me hacía sentir menos sola.

Toqué mi barriga, y creí sentirlos moverse, cosa poco probable dado que con la epidural ya no sentía nada por debajo de mis tetas, me metieron en una sala y me cambiaron de camilla casi sin apenas darme cuenta, Laura estaba allí, bajó su mascarilla y me sonrió.

—Animo Jacqui, que esto no es nada.

Le sonreí como se sonríe a alguien a quien quieres de todo corazón, extendieron mis brazos, y sobre el derecho me pusieron algo para saber mis constantes vitales, en aquel momento estaba algo ida y mareada, cuando quise darme cuenta tenía ambos brazos extendidos, Laura apretaba mi mano enfundándome tranquilidad, pusieron una tela verde justo en mi pecho, para que no pudiera ver nada, así que lo único que podía ver era a Laura a mi derecha apretando mi mano, una sábana verde y un foco enorme en el techo, podía escuchar mi corazón y aquello sin saber por qué me tranquilizaba.

—Bueno Jacqueline, esto empieza ya —escuché la voz de un hombre — quizá te sirva para uno de tus libros.

—Sí, es una buena idea, no había caído en ello, gracias.

Escuché que todos reían y de repente sentí un olor, sabía que era imposible, ¿estaba delirando? Cerré mis ojos, y otra vez aquel olor a flores frescas que poco a poco fue cambiando hasta convertirse en un olor, muy conocido... quizá era mi imaginación, mi subconsciente, o mi mente intentando escapar del olor de la sangre... pero, pero era ella, era el olor de mi tía. Durante todo el embarazo no pude dejar de pensar en lo que hubiera disfrutado de cuidar a mis bebés, a ella le encantaban los niños, y les creaba un mundo de fantasía maravilloso donde ellos eran los protagonistas. Lo hizo conmigo cuando yo era pequeña, y hubiera dado la mitad de mi vida para que ella estuviera aquí. Lloré durante muchas noches mientras acariciaba mi barriga pensando en ella, pero sabía que, de alguna manera, no me dejaría sola, y no me equivoqué aquel 18 de junio conmigo en aquella habitación, podía olerla, sentirla, había venido a ayudarme a que todo fuera bien. Abrí los ojos con la esperanza de verla, pero allí no había nadie, nadie que no fueran los médicos y Laura, que seguía apretando mi mano sin apartar los ojos de los médicos, pero aquel olor estaba ahí, junto a mi mejilla, lloré, no por dolor, ni siquiera por miedo, sino porque alguien a quien yo había querido de una manera especial que se había ido demasiado pronto, había vuelto de una manera tan notoria que

me lo hizo sentir. Recuerdo que susurré un gracias, todo lo demás pasó rápido, Laura me soltó la mano y acudió donde estaban todos los médicos, yo no podía ver nada y cuando empezaba a ponerme nerviosa, algo me hacía relajarme, ella... mi tía Amparin estaba allí, para hacerme saber que todo iría bien.

Abrí los ojos de nuevo y pude ver movimiento, de repente escuché el llanto más maravilloso del mundo.

—Jacqui, mira —Laura venia hacia mí con un bultito pequeño envuelto en una sabanita azul—es el primero, un chico. Lo arrimó a mi cara y pude verle llorando, era pequeñito con un poquito de pelo negro, reí y lloré sin poderlo evitar.

—¿Está bien? —Susurré—. Laura, mírame.

—¿No lo ves?, está hecho un toro —me eché a reír y escuché otro llanto —¡Ay Dios!, se acumula la faena, este es ...

—Patrick —susurré llorando.

—De acuerdo —se movió de mi vista —ya estás aquí, Patrick Grass Amorós.

Supe que lo metían en una incubadora, no me sorprendía, era algo que me habían hecho saber de antemano, dependiendo del peso estarían más o menos tiempo, pero tenía que hacerme a la idea de que estarían allí.

—¡Otro niño! —Escuché a Laura, que poco después apareció en mi campo de visión—Jacqui, ¡es otro chico!

Miré aquel bultito llorón, rojito, y algo hinchado, le acaricié la carita con mi nariz como minutos antes había hecho con Patrick, y no pude volver a evitar echarme a llorar.

—¿Y este es? —Sonrió mientras me miraba y miraba a mi pequeño bultito—¿Dylan? —Asentí sonriendo —Sabía que Klaus te convencería.

—¿Está bien?

—Sí, tranquila —desapareció de mi vista sonriendo.

Entonces aquel olor hizo acto de presencia otra vez, esta vez apoderándose de mí, como si me abrazara, abarcando todo mi ser, y escuché un tercer lloro, esta vez algo más débil, levanté la cabeza lo que pude, pero no veía nada, hasta que Laura apareció con una cosita pequeña...

—Jacqui, ¡Dios mío, es una niña! —la acercó a mi cara, lloraba, era diminuta, y preciosa.

—Dios —susurré —lo sabía, sabía que sería una niña —Lloré de nuevo.

—Es la más pequeñita de los tres, Jacqui, necesitamos llevárnosla ya.

Asentí no sin antes acariciarle la carita.

—Laura, se llamará, Alba.

—¿Alba?, es precioso.

—Si—sonreí mientras me lloraba—a mi tía le encantaba ese nombre.

Laura me miro con mucho cariño durante unos segundos, hasta creo que le saltaron las lágrimas, después desapareció de mi vista, pero el alma de mi tía, la cual sentía por su olor, estuvo abrazándome varios minutos más.

Klaus

Estaba desesperado, nervioso, necesitaba saber algo de Jacqui, mi padre no dejaba de llamar, y yo ya estaba harto de contestarle, así que le pasaba el móvil a mi cuñado y él se encargaba de hablar con él. Habían llegado Bea, Dana y Martina, y mi madre estaba de camino, mis suegros estaban igual de nerviosos que yo, estaba a punto de echarme a llorar como un niño cuando Laura salió por la puerta del quirófano con una sonrisa en los labios, cuando quise darme cuenta, todos estaban en pie y a mi alrededor.

—¿Cómo está Jacqui?, ¿está bien?, ¿y los niños?, ¿dónde están?

—Calma, hombre —sonrió —ella está bien, la están cosiendo ahora mismo, en un ratito la subirán a planta y podréis verla, referente a los niños, son dos chicos y una chica —me llevé las manos a la boca, el médico no acertaba a ver el sexo del tercer bebe—están bien, primero han nacido los dos nenes, y después la nena, Patrick a pesado 1 kilo 700 gramos, Dylan 1 kilo 400 gramos, y la nena es la que menos ha pesado, está bien aunque necesitara más tiempo en la incubadora, ha pesado 1 kilo 100 gramos, y es la que tiene que engordar un poquito, por lo demás, enhorabuena papá.

Me eche a llorar sin poder evitarlo, era padre, yo...Klaus Grass era padre, de tres bebes, dos niños y una niña... todos se abrazaron y me abrazaron a mí, Laura tocó mi brazo con cariño. —Ven, vas a conocer a los bebes —tragué saliva—. La nena se llama, Alba.

La miré sonriendo, sabía porque Jacqui le había puesto aquel nombre, como le dije en su momento, me parecía precioso. Varios minutos después nos dirigimos por un pasillo, entramos en una zona donde había varias incubadoras con bebes, me quedé en el cristal mirando atontado y nervioso.

—Entra por aquí —me guiñó un ojo—tienes un ratito para estar con ellos.

Abrió una de las puertas y vi tres incubadoras y varias enfermeras que me miraron sonriendo.

—Patrick y Dylan estarán unos días, no te preocupes. —¿Y Alba?

—Necesitará quedarse unos días más, pero está bien, de verdad...

siéntate —le hice caso sin rechistar, segundos después la vi aparecer con un bebe entre sus brazos, empecé a temblar, dude en si podría siquiera saber sujetarle, con cuidado lo dejó sobre mí, era tan pequeño.

Estaba con los ojos cerrados, pero movía sus manitas, vi su pulserita Patrick Grass Amorós... la acaricié, y varias lágrimas me recorrieron las mejillas, acaricié su carita, ese amor era indescriptible... Algo formado de ti, algo que respira, que se mueve y que está hecho de un pedacito de ti, es algo tan, tan grande que me sentí sobrepasado, y amé aun con más fuerza a Jacqueline, cuando quise darme cuenta Laura estaba frente a mí con Dylan en sus brazos.

—¿Podrás con los dos?

—No lo sé—contesté tembloroso—besé la suave piel de Patrick y se lo entregué a una de las enfermeras que estaba al lado de Laura, después tuve en mis brazos a Dylan, que estaba con los ojos abiertos. Tenía los ojos verdes, verdes como los de Jacqui, no pude evitar sonreír, con mi dedo índice acaricié su mejilla y de repente me miró, clavó sus ojitos en mí, como si supiera que yo era su padre. Tuve que sentarme de las emociones que sentí, durante unos segundos, que se me hicieron eternos ambos nos miramos—menudos ojos tienes, chico —susurré—no imaginas cuanto te quiero.

Estuve unos minutos más con él, después se lo entregué a Laura, y me llevó donde estaba mi hija. Se me partió el alma verla allí, más pequeñita que sus hermanos, quietecita, a ella no podían sacarla de la incubadora, al menos ahora, me arrodillé para verla mejor, y como si me hubiera escuchado abrió sus pequeños y achinados ojos azules, sentí que mi corazón bombeaba más rápido de lo normal, sentí la mano de Laura en mi hombro, puse la mano sobre el cristal. —Vamos pequeña, se fuerte.

—En unos días estará con vosotros, estate tranquilo, Klaus.

Me puse en pie, miré a Laura que me miraba sonriendo, algo en ella me tranquilizaba, justo cuando iba a salir olí un olor a flores o a algo parecido que me hizo darme la vuelta y mirar de dónde provenía después se desvaneció, fruncí el ceño, pero seguí a Laura que esta vez me conducía a planta, donde estaba Jacqui.

Cuando llegué a la zona de las habitaciones, vi que en el pasillo estaban Bea y Dana, ya habían estado con Jacqui y acababan de salir, esperé fuera hasta que salieran mis suegros, estaba nervioso y ansioso por ver que estaba bien, al final no puede más y cuando entré como si me hubiera escuchado miró en mi dirección, estaba algo hinchada, ojerosa, pero jamás la había visto más

preciosa que justo en aquel momento, y después de haber visto a nuestros hijos, mi amor por ella se había multiplicado, me sonrió echándose a llorar, corrí hacia ella, y con cuidado nos abrazamos.

—Son preciosos, has hecho un trabajo increíble —besé su frente.

—No lo hubiera hecho tan bien, si no hubiera sido por tú remachadora — me eché a reír sin poder evitarlo, besé con cuidado sus labios, se la veía tan débil... cuando quise darme cuenta nos habíamos quedado solos en la habitación. —¿Has estado con ellos?

—He tenido en brazos a Patrick y Dylan— sonrió—son tan pequeños que me daba miedo hacerles daño, Dylan tiene los ojos como tú —me miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Los tenía abiertos?

—Sí—se tapó la boca y derramó una lágrima—, y Alba los tiene azules, tan azules como yo, Jacqui...como yo.

Se echó a reír mientras se le escapaban las lágrimas, esta vez me besó ella. Escuchamos un ruido y ambos miramos a la puerta, allí de pie con un ramo increíble de flores estaba David, mirándonos, sonriendo.

—Patrick los tiene verdes, acabo de subir de verlos y los tenía abiertos. Esmeralda se ha quedado pegada al cristal, a ver como la despego de allí... —Jacqui se echó a reír, David tenía esa habilidad, siempre la hacía reír de esa manera, pero por esta vez no me molestó—. Al final va a ser verdad que tienes potencial, Klaus.

—Te lo dije —contesto Jacqui, a lo que sonreí, besé sus labios y me puse en pie.

Caminé hacia David y nos abrazamos.

—Buen trabajo, Klaus—sonreí y miré el increíble ramo de flores que traía en la mano.

—No dejarás de intentarlo nunca—se echó a reír —voy a ver a los nenes, cuidala —me volví hacia Jacqui que nos miraba sonriendo y salí de la habitación, aquello que yo sentía era mucho más que felicidad.

1 año después

Me levanté de golpe, tan rápido que casi caigo de la cama, me había quedado dormida, miré el reloj y después mi aspecto, que era un auténtico desastre. Había adelgazado en un año más que en toda mi vida, tenía un estrés que no podía con él, encima los tres habían empezado a andar a la vez y tenía toda la casa remachada con cojines, por no hablar de que tenía todo lleno de juguetes. Había veces que pensaba que no podía más... pero cualquiera de mis

pequeños me miraba y el mundo se me encendía. El día anterior habíamos disfrutado de su primer cumpleaños, estaba pensado seriamente en cambiarnos de casa, los juguetes se nos amontonaban, algún día desapareceríamos entre tanto peluche, al menos la casa nunca estaba silenciosa. Los primeros meses fueron duros, y Klaus estuvo inmejorable, él se encargaba de las tomas de las madrugadas, aunque había veces que los dos golfetes les daba por armar el llanto hasta que se lo teníamos que dar a la vez, Alba era un amor, aunque era horrible para que durmiera... tenía los mismos ojos que Klaus, en ocasiones me miraba enfadada y conseguía ponerme los pelos de punta, tenía la misma mirada de Klaus.

Klaus no podía estar más feliz, siempre miraba a los peques como si fueran todo su mundo, era cariñoso a un nivel que jamás pensé, siempre estaba tirado en el suelo jugando con ellos. Se empeñaba en darles de comer, bañarlos... la verdad que siempre conseguía sorprenderme para bien me había enamorado aún más de él, si podía ser posible.

Me di una ducha rápida, me adecené un poco y me puse a buscar a mis pequeños, todo estaba demasiado silencioso, cosa rara, ya que no había minuto del día en el cual hubiera silencio absoluto... salí de la habitación, bajé las escaleras y busqué por toda la parte inferior y allí no había nadie, cuando iba de vuelta al piso de arriba vi una carta sobre la mesa.

Esta carta no tiene un porqué, hoy te miraba mientras dormías echa un auténtico desastre, y pensé en que eras lo más maravilloso de mi vida.

Me diste una vida nueva en mismo instante en que te cruzaste conmigo aquella mañana en el psicólogo, después me devolviste las ganas de vivir cuando perdonaste mis errores y me regalaste el placer de vivir tú vida conmigo, y ahora me das a las tres personitas más increíbles del mundo.

Patrick travieso como él solo, que siempre me mira cuando está pensando en hacer algunas de las tuyas, hay veces que creo que puedo leerle la mente, Dylan, un llorón que me saca de quicio, pero me vuelve loco cuando corre a darme un abrazo cuando me ve entrar por la puerta, me sonrío y me da besos cuando menos lo espero. Y mi pequeña Alba, que fue la primera en decir Papá, tan cabezona como yo, pero tan dulce como tú. ¿Qué más puedo decir?...

Hay veces que pienso que esto es un cuento, que esto no es real, que algún día despertaré y estaré sin ti...y se me oprime el pecho, y deseo que, si todo esto es un sueño, no quiero despertarme nunca. sé que ahora que somos una familia, hemos tenido que repartir mucho de nuestro tiempo, y aunque

estoy todo el día contigo, siento que te echo de menos, ¿curioso verdad? Ahora hacer el amor contigo es algo aún más impresionante, Jacqueline, de hecho, había corrido a la habitación aprovechando que se habían quedado dormidos para perderme en ti, pero tú también habías caído muerta... ¡estabas para comerte!, Y de repente, he sentido la necesidad de decirte todas estas cosas, sin ti, solo sería la mitad de mi mismo, sin ti mi mundo no se mueve, eres el motor de mis días y solo puedo darte las gracias por simplemente, existir.

Te quiero más de lo que imaginas.

Di la vuelta al folio con un nudo en la garganta pero no había nada escrito, no estaba la posdata, fruncí el ceño y me pareció escuchar algo en el piso de arriba, subí las escaleras con la carta en las manos y vi una puerta entre abierta, me asomé y allí estaba Klaus, había aprendido a tocar el piano, y se había colocado enfrente de la cunita donde dormían los tres, donde se encontraba su piano y sorprendentemente les estaba cantando en Alemán, les cantaba muchas veces, sobre todo para que Alba durmiera, pero nunca le había escuchado cantar en alemán.

Creo que era de un grupo que se llama Silbermond, le había visto el cd en el coche, y alguna vez había escuchado una canción sobre todo porque era la que más ponía y repetía una y otra vez. Corrí a por mi móvil haciendo el mínimo ruido posible, y busqué por google la traducción de la canción Ja, se me puso un nudo en la garganta, entonces le escuché cantar y volví a la habitación.

Y si, te respiro, sí, me quemo por ti, sí, yo vivo para ti cada día. Y si, me reflejo, y si, te lo juro, y cada fibra de mí, dice sí. Todavía es tan difícil de creer...Préstame tus alas, cuando la duda prevalezca,

Su voz, aunque no era perfecta, era suave, y sobre todo mientras les cantaba a nuestros hijos esa canción, con tantas palabras, tanto sentimiento... me di la vuelta emocionada, intentando soportar las ganas de llorar, bajé las escaleras, y me senté en el sofá , rodeé las rodillas con mis brazos cerré los ojos, y recordé nuestro principio... cada recuerdo estaba muy vivo dentro de mí, aun podía sentir palabras, conversaciones en mi piel, cuando abrí los ojos, estaba de pie frente a mí.

—No sabía que te habías despertado.

—Yo no sabía que cantabas tan bien, en alemán —sonreí como una idiota.

—Jacqueline, soy alemán —le tiré un cojín que le dio en la cabeza.

Le tendí la mano y cuando la aceptó tiré de él y cayó al sofá, y no pude desaprovechar el momento de ponerme a horcajadas. —¿Sabe usted, señor Grass, que me tiene a dieta de sexo?, y eso no me gusta nada.

—¿Y me lo dice a mí? —Mordió mis labios. —¡Si cuando corro a buscarte, te pillo durmiendo!

—Soy madre de tres hijos, de un año...—se echó a reír—lo raro sería que no cayera dormida a cada instante que puedo, es tú deber como marido, despertarme y darme los mejores orgasmos del mundo.

Se mordió el labio.

—Te tomo la palabra —me agarró por el culo y me arrimó a él, empezamos a besarnos como dos locos, deseándonos como animales.

Estaba desecha por cada caricia que me otorgaba Klaus, como siempre, sabía donde tocarme para volverme loca, estaba perderme en él, cuando escuchamos un ruido y ambos nos volvimos.

—Papá—Alba estaba en lo alto de las escaleras con sus manitas en las barras de protección.

Klaus y yo nos miramos sonriendo, después de un largo suspiro me quité de encima suya y se puso en pie, me miró con esa mirada de pantera que me volvía loca y me mordí los labios, lo vi subir por las escaleras y aparté la vista.

—¡Jacqueline!, Patrick está correteando por nuestra habitación—gritó desde el piso de arriba, sonreí y subí las escaleras. Agarré a Patrick y después de morderle el cuello y hacerle reír a carcajadas lo cargué como un saco de patatas y me lo llevé a la habitación mientras él se reía, Klaus estaba haciéndole cosquillas a Alba que no hacía más que retorcerse de risa, Dylan nos miraba a todos y se reía. Estuvimos con ellos hasta que por fin se quedaron dormidos, salimos agotados de la habitación, Klaus fue a darse una ducha antes de dormir y yo bajé a prepararle un vaso de leche fría, ahora tenía la manía de beberse un vaso de leche fría antes de dormir, él y sus manías... subí dejé la taza sobre su mesita de noche y fui a echar un vistazo a los peques que esta vez dormían plácidamente.

Cuando volví a la habitación me quedé de piedra... Klaus miraba la calle por una de las ventanas de nuestra habitación, estaba en bóxer, con su taza en la mano y los brazos cruzados, estaba impresionantemente guapo, volvió la vista hacia mí.

—He leído tu carta.

—¿Acaso no sabes lo que es la propiedad privada? —sonrió dando un

sorbo a la taza.

—¿Aún no sabes que dejar un papel en la mesa lo convierte en propiedad pública de esta casa? —Se echó a reír y se removió el pelo—. No tenía posdata.

—Dylan ha empezado a llorar y no me ha dado tiempo a escribirla.

—¿Y qué ibas a ponerme?, caminé hacia él sin apartar mis ojos de los suyos.

Me puse frente a él, agarró mi cara con sus grandes manos.

—Gracias por hacer de mi vida, mi propio cuento de hadas.

Ella estaba desnuda ante mí, pero no estaba desnuda como quien se quita la ropa, Su desnudez era total, podía ver sus miedos, sus angustias, sus tristezas, su oscuridad difusa y atrayente, sus monstruos melancólicos, podía verla completamente sin importar nada más, aquel privilegio estaba guardado para aquella persona que supiera llegarle al corazón en un instante y supiera adueñarse de él, hasta llegar a ser parte de sus latidos.

Néstor Augusto Esquiél Donato

QUINTO ANIVERSARIO

(Final modificado de Ídem, tendrás que leértelo para saber realmente qué pasa)

18 de junio de 2017

Hoy 18 de junio de 2017 se estrena la esperada película basada en el bestseller «Si tan solo fuera sexo» de la escritora Jacqueline Amorós.

Y para mí, como periodista y fan, tanto de la historia como de la escritora, fue un honor que me cedieran el reportaje de esta historia. ¡Yupi!

En la premier no quisieron faltar grandes personajes del mundo de la literatura y del corazón. Hoy en día nadie se pierde un sarao.

Entre los allí presentes, no faltaron presentadores y cantantes de moda, algún que otro «personajillo» del corazón con pretensiones de estrella, y personas de bastante renombre literario. Fue un inmenso placer ver como Aníbal Luna, estaba allí apoyando a la que hace algunos años atrás fue su prometida, —sí, sí lo que leen— Jacqueline Amorós estuvo prometida con este galán de la novela antes de casarse con el bombonazo de Klaus Grass. ¡¡Me quedo muerta!!

Jacqueline acudió radiante como siempre, ni rastro de su último embarazo en ese cuerpazo que tiene. Acudió sin sus cuatro hijos, aunque no

paraba de repetir, «mi hija Alba me mata cuando sepa que he estado aquí y no la he traído». No dejó de hablar de sus pequeños en toda la noche, recalcó que no es fácil viajar sabiendo que dejas en casa a tus hijos, y más con la más pequeñita de la casa, la última integrante de esta familia que bien podría sustituir a la famosa serie de familia la tribu de los Brady.

El que estuvo arrebatador, como siempre, fue su marido Klaus Grass que se llevó casi todas las miradas de las féminas que allí nos encontrábamos. Este hombre es como el buen vino, mejora con los años.

Pero otro truhan que también robó protagonismo, si aquello es posible al famoso Grass, es el nuevo y aclamado escritor Sr Moore que apareció junto a su editora, Nadia Sánchez.

¿Será el amor lo que inspira al joven Moore a crear historias tan maravillosas como «Ídem y Allí donde estés»? Si es así, esperamos que no le falte nunca y que siga arrasando en las listas de libros más vendidos.

Para una que ama leer, encontrar su escritor favorito es como el mejor par de zapatos que puedas tener, podrás tener otros, pero cuando realmente quieras disfrutar, siempre recurrirás a los mismos. Aquí se despide para la página web de cotilleos literarios, una humilde servidora que os da las eternas gracias por estar ahí.

Myriam Ojeda.

Diciembre 2021

¡Queridos literadictos! Hoy vengo con noticias frescas y asombrosas.

Confieso que he tenido que hacer varias respiraciones antes de ponerme a darle trabajo a mis queridas y cuidadas manos, ¡traigo una bomba que no me aguanto! Pero vayamos por partes.

Como todas recordaremos, en junio del año pasado se estrenaba la tercera y última parte de la trilogía de la famosa escritora Jacqueline Amorós. Disfrutamos como enanas de las tres películas muy fieles a los libros, pero... ¿se había terminado ahí? ¡No!

Estoy muy feliz de comunicaros que el libro del escritor Sr Moore, «Ídem» también será llevado a la gran pantalla, ¿Y qué tendrá que ver Amorós en todo esto? Os estaréis preguntando. Pues bien, la adaptación del libro al cine será llevada a cabo por nada más y nada menos que la misma Jacqueline. Como bien ha dicho el encantador Moore en muchas de sus entrevistas, Jacqueline fue la persona que le descubrió ¿En quién podría confiar la dura tarea de adaptar un libro a un guion cinematográfico sino es

tu descubridora? Jacqueline ya cuenta con la experiencia en estos ámbitos. ¡Estoy deseando ver la película!

Pronto empezarán los castings para elegir quiénes pondrán cara a los famosos personajes de «Ídem». Yo tengo mi apuesta personal, pero no diré nada por si lo gafo. —Chris Evans, Chris Evans, ¡Por todos los dioses Chris Evans!— Volviendo otra vez a mi edad... ¡Chris Evans! Vale, ya paro.

Pero todo no puede ser bueno para esta prometedor mujer. Cada vez se hacen más fuertes los rumores sobre un distanciamiento entre Jacqueline y Klaus. Bien es cierto que siempre les rodea ese tipo de rumores; pero esta vez parece ser que algo de razón hay, ya que normalmente siempre suelen acallar los rumores con fotos divertidas e incluso con videos que cuelgan en sus redes sociales, pero desde hace dos semanas el Instagram de Jacqueline está criando malas. No tanto así, como el de su marido Klaus, quien se muestra muy activo enseñándonos sus viajes y sus múltiples desfiles. Klaus Grass a sus 39 años está en mejor forma que nunca.

Esperamos que esto sean solo rumores y esta idílica pareja pasen una bonita y feliz navidad.

Aquí se despide de nuevo una amante de la literatura y sus cotilleos; no sin antes recordaros que paso lista en enero y espero encontraros a todos. Como dice uno de mis cantautores preferidos, Alfred García ¡Qué nos sigan las luces! ¡Hasta el año que viene!

Myriam Ojeda

Febrero 2022

—Te pillé —di un alarido antes de darme la vuelta, casi se me sale el corazón del susto. En la puerta y con una sonrisa socarrona estaba David; si las miradas matasen se hubiera caído muerto en aquel instante—. No me mires así mujer, ha sido una broma.

—¿Cómo has entrado?

—Con la llave que me diste.

—Esa llave es para emergencias, no para que entres cuando te dé la gana.

—¿Y acaso no es una emergencia el hecho de que lleves dos días sin dar señales de vida? Te has mudado a las afueras, no a la comunidad del anillo.

Sonreí sin poderlo evitar, David tenía esa facilidad. Volví la vista a mi móvil y me recosté de nuevo en la silla.

—Podías haber llamado al timbre. —le miré sonriendo y dejé el móvil sobre mi escritorio.

—Ya he llamado, unas cinco veces por lo menos.

—Pues no he oído nada —dije frunciendo el ceño. David entró en mi despacho y se sentó en la silla que había a mi lado. —No me extraña ¿Con que está hecho este despacho? ¿Con materiales de un búnker de la segunda guerra mundial o qué?

—Está insonorizado —dije sonriendo—. Con cuatro hijos es imposible concentrarse.

Me miró sonriendo, estaba igual de guapo que siempre, la edad le sentaba bien y los suéteres de lana, mejor aún. No como yo, que últimamente tenía una cara horrible, y no era por haber llegado a la cuarentena, eso lo llevaba bien; era mi ánimo, hay cosas que nunca cambian.

—¿Estas así por tu cumpleaños? ¡Anímate! Los cuarenta son los nuevos treinta —dijo sonriendo mientras me acariciaba la cara.

—¡No digas tonterías! La edad se lleva en la mente, yo tengo unos veinte años mentales.

—Bueno, yo te pondría dieciséis, pero no quiero hurgar en la herida.

Nos sonreímos y poco después nos fuimos hacia mi cocina. Una casa tan grande sin mis hijos era horrible, parecía incluso sombría. Aunque también es verdad que se respiraba una tranquilidad abrumadora, y eso era lo que más necesitaba en aquel momento. David preparó el café como si estuviera en su casa; y mejor, no tenía ganas de hacer absolutamente nada. Mis hijos estaban pasando unos días con mis padres, junto con mis hijos iba mi maravillosa niñera —Vero—, a la cual adoraba sobre todas las cosas, no sé qué sería de mi vida sin su ayuda. Tenía mucho trabajo por delante con la adaptación del libro *Ídem*, y necesitaba concentración absoluta, concentración que con mis hijos era imposible, incluso teniendo a Vero, que me salvaba la vida en innumerables ocasiones.

Como nos habíamos mudado a las afueras a una casa con muchísimo terreno, Vero se había instalado en una casa modulable que le habíamos regalado Klaus y yo. Estaba lo suficientemente lejos como para hacerle un cercado con una entrada propia para que ella y su novio tuvieran intimidad, pero lo suficiente cerca como para que pudiera venir a mi casa dando un ligero paseo. Más que la niñera de mis hijos era como mi hermana pequeña.

El carraspeo de David me hizo salir de mi ensoñación, puse la taza entre mis manos y sonreí con agradecimiento, él me devolvió la sonrisa y se sentó frente a mí en la isleta de la cocina.

—¿Sabes algo de Klaus? —dijo sin más, haciendo que casi me

atragantara.

—¿Hace falta que me lo preguntes? Tienes su Instagram.

Se echó a reír y yo me sentí un poco ofendida, pero no dije nada, me limité a beber café.

—¿Te molesta que publique tantas cosas? —le miré—. Jacqui, sabes que, por contrato, tiene que promocionar ciertas cosas. Si miraras sus publicaciones verías que...

—Que me importa una mierda, David.

—¿Cuánto tiempo vais a seguir así? Ya tenéis una edad para hacer estas tonterías. Además, tenéis cuatro hijos, ellos están en medio de vuestras riñas de adolescentes.

—Nunca hemos discutido delante de ellos, David, y tú lo sabes.

—No hace falta que os oigan gritar para que no sepan que algo no va bien...

—Ellos están acostumbrados a que su padre pase temporadas fuera de casa, tampoco lo notan tanto. Además, cuando él viene yo me voy y creen que es a trabajar. Punto.

—Jacqueline, mírame. —Levanté la mirada—.

Él no te engañó...

—¡No digas más! —Me levanté indignada y di dos pasos antes de volverme hacia David— ¡No tienes ni puta idea de lo que es ver a tu pareja rodeado de mujeres impresionantes! ¡Notar que ya no te presta tanta atención como antes! Y, por si fuera poco, tener que ver fotos en revistas con una gilipollas que se cree la divina papaya. —Jacqueline... es su jefa.

—David, esa es un putón verbenero que va detrás de Klaus desde que desfiló por primera vez. Yo lo sé, tú lo sabes y Klaus también. Llegamos al acuerdo de que no acudiría a cenas o comidas privadas con esa mujer, me lo prometió.

—Eso está claro Jacqueline, pero tampoco has dejado que te explique nada...

—No hay nada que explicar. —Me toqué el puente de la nariz y respiré—. David, no imaginas lo pesado que se puso los últimos meses con el rodaje de la última parte de la trilogía. Los celos absurdos que pilló con el actor. La de veces que me repitió que me llamaba mucho, y que eso no era profesional; toda la matraca que tuve que aguantar por sus inseguridades, ¿y sabes qué? Lo llevé bien, no me volví loca y supe manejar la situación. Yo solo le pedí que, por favor, mantuviera la distancia con esa mujer.

—Jacqueline, puedo entenderte, de verdad. —David se llevó la mano al pecho—. Sé lo insufrible que se puso Klaus, pero a ti no te vendría mal un poco de autoestima, querida mía. —Antes de que pudiera seguir, un cojín le impactó en la cara—. Muy maduro, Jacqui. —Lo sé, gracias.

—Sabes perfectamente el deseo que siente Klaus hacia ti. —Le miré—. No le tortures ni te tortures a ti misma con estas niñerías. ¿Hablarás con él?

—No prometo nada, David. Pero gracias por preocuparte. —¿Esa es una sutil manera de decirme que me calle?

—No. —Le miré ofendida—. Te lo he dicho de verdad. Te agradezco que te preocupes. Tú tienes tu propia familia, y tus propios problemas; te agradezco que estés aquí.

—Sabes que siempre voy a estar para cuando necesites cualquier cosa.

Levanté la cabeza de mis pies, y le sonreí. Habían pasado los años, ya no éramos unos críos, pero seguía habiendo ese algo especial que rodeaba nuestra amistad. Y ese «algo» me daba la vida en momentos como aquel. Poco después despedí a David con pena, le hubiera pedido que se quedara, pero no podía ser egoísta. Como todo en la vida, hay cosas que debemos evitar y, en mi estado, era la dependencia que sentía hacia David. Durante unos minutos recordé de dónde surgió todo aquello, y mi mente se fue a París muchos años atrás; y el agujero que sentía en el estómago se hizo más grande.

Tuve dudas sobre qué hacer, si seguir trabajando —cosa que no me apetecía en absoluto— o intentar distraerme. Y sí, me decidí por lo segundo. Primero pensé en ir al pequeño gimnasio que Klaus había preparado en una de las habitaciones, pero me cansé de pensarlo. Y allí estaba yo, dando vueltas por una casa gigante completamente sola. A veces, la soledad te hace ver lo que no quieres, y yo no quería estar sola por no afrontar las verdades que podían hacer que toda mi vida cambiase por completo. Sin querer pasé por el despacho de Klaus, había estado evitando esa zona de la casa, pero, por alguna razón, allí estaba. La puerta estaba entreabierta, la abrí quedándome en el marco de la puerta. Olía a él, pero, por alguna razón que no sabía explicar había perdido su esencia. El gran piano negro descansaba cerca de la ventana, me acerqué a él y pasé mis dedos por las teclas, y me vino a la mente un recuerdo muy bonito que guardaba del día en el que Klaus decidió que era un buen regalo para mí, traerme un piano.

Llevaba bastante tiempo sin tocar, y aunque tampoco tenía mucha idea, había dado algunas clases, y me había venido bastante bien; ya que pude colaborar un poco con la banda sonora de Si tan solo fuera sexo. Empecé a

tocar melodías suaves, tristes y, de repente, me di cuenta de que estaba enfadada y así se lo hice saber aporreando el piano con rabia. La canción que estaba destrozando era una de las que más me acompañaba últimamente, era una canción de Pablo López, del 2018, El Patio. Pero la sentía tanto, que era única que podía tocar en aquel momento.

...Fuera, vete de mi casa Tú no eres mi amiga Que yo sigo jugando, qué más da. Sigo jugando solo, me aburro...

No sé cuántas veces la toqué en bucle; ya me dolía la garganta de gritarla y los dedos, que parecían ir solos. Me callé cuando supe que, si volvía a cantar, me sangraría la garganta o vendría la policía a detenerme por destrozando una canción como aquella con tanto grito. Pero, en el fondo, me sentía algo más aliviada. Cuando abrí los ojos David me estaba mirando desde el umbral de la puerta, con las manos en los bolsillos y una expresión rara en la cara.

—¿Qué haces aquí?

—No me quedaba tranquilo dejándote sola. —Tragó saliva—. No sabía que tocabas tan bien.

—¿A esto lo llamas tocar bien? —sonreí irónica.

—Tu modestia apesta, Jacqui.

Me eché a reír sin poderlo evitar. No quise pensar en que me había estado escuchando berrear como una loca, porque si lo pensaba en exceso, lo acabaría por echar de mi casa de la vergüenza más absoluta que sentiría. Sin esperar lo vino hacia mí, y se sentó a mi lado en la banqueta, tocó unas teclas y me miró.

—¿En qué piensas?

—En la canción esa que me tocaste por mi cumpleaños, del compositor que te gusta. —sonreí—. ¿Sería mucho pedir el estribillo?

—No me hago responsable de la tormenta tropical que va a caer después del día de hoy, pero bueno. Qué narices... además, me recuerda mucho a nosotros.

Empecé a tocar, la canción Por si te hace falta me vino a la cabeza y sonreí.

...Piensa que yo siempre tendré un hueco Para volverlo a intentar.

Por si te hace falta estaré aquí

Solo a un par de versos, de metros de ti Y es que, en cada historia, leyenda, hay un punto sin fin. Coge aire y vuelve...

—Qué bonita es —dijo David sonriéndome.

—Pues bien que te reías de mí en mis primeros momentos de fangirl con

Alfred García.

—Porque te pones un poquito pesada, ¿No te lo habían dicho? —sonreí —. Venga, cámbiate y vámonos a cenar fuera; necesitas que te dé el aire.

—¡Pero qué dices! Tienes familia. Esmeralda debe estar esperándote. No me parece bien que estés aquí conmigo y me saques a pasear; ya tenemos una edad.

—Esmeralda ya lo sabe, y está de acuerdo que, por tu salud mental, te dé el aire un poco.

—Míralos ellos qué majos...

Podría haber insistido en que no, pero realmente me apetecía la compañía de David.

Jacqueline

Dos semanas después de la boda de Klaus con Ana.

Las vistas al mar me relajaban y también me ayudaba a dormir. Y no es que pudiera dormir mucho últimamente. Llevaba unos días con el móvil apagado, solo lo encendía para hacer las llamadas justas y avisar de que seguía viva, después, cualquier conversación que se pudiera iniciar me parecía soporífera y la tenía que terminar si no quería acabar histérica.

Sabía que, con aquel comportamiento, solo hacía que la gente que me quería se preocupara más por mí. Pero en aquel momento, solo me importaba una cosa y era yo misma. Necesitaba unos días para mí en la más absoluta y estricta soledad. La única compañía era mi ordenador y un par de libros. El destino elegido había sido un pequeño pueblo costero de mi ciudad, Valencia.

En aquellos días de verano era temporada alta, miles de veraneantes disfrutaban de esas merecidas vacaciones en aquel pueblo tan bonito. Peñíscola era de mis sitios preferidos; y en el único sitio en el que podía visualizarme después de aquel varapalo. Era en el sitio donde tantos buenos recuerdos tenía, y no eran relacionados con Klaus, por el bien de mi salud mental. Allí había pasado unos días maravillosos tiempo atrás con mis mejores amigas. Nos habíamos alojado en uno de los hoteles más cercanos a la playa y habíamos disfrutado de sus vistas, de su gente y de sus fiestas. Allí por donde paseara en mi soledad, una sonrisa me iluminaba mi sombrío semblante; ya que por donde pasaba me parecía ver a Dana sacándose una foto, a Martina intentando ligar sin éxito con un guiri; o a la misma Laura intentando detener a Martina en su intento. Todo eran buenos recuerdos, recuerdos de los que tenía que estar rodeada para super lo que había ocurrido

solo unos días atrás.

La mitad del tiempo me sentía ridícula. Habían pasado tres años, tres años en los cuales no había querido saber nada de Klaus. Había estado evitando a toda costa alguna noticia suya. Jamás le busqué en ninguna red social, jamás volví por los mismos lugares cuando volvía a España de vez en cuando. Solo fui a mi antiguo apartamento una vez, y salvo aquel hombre barbudo de la cafetería, no vi a nadie más. Para no mentir, sí es cierto que, mientras mis pies se movían por aquellas calles, inconscientemente le buscaba en la mirada de todas las personas, pero nunca era él. Después de aquel día nunca más volví a intentar nada. Era normal que rehiciera su vida, se enamorara de nuevo y viviera todas las cosas que no había vivido conmigo... Era ridículo que me lo tomara tan a la tremenda.

Pero, por alguna razón que no entendía, sentía que aquellos tres años habían pasado como si fueran dos semanas. El tema de los libros había ido tan rápido, que apenas había podido parar a disfrutarlo. Por ese mismo motivo no había podido empezar de cero completamente. También, el hecho de retocar y escribir un poco más de nuestra historia no ayudaba en absoluto; era como volver atrás cada vez que me sentaba delante del ordenador. Pero, a decir verdad, era una bonita manera de volver a él cuando me sentía sola. Me había negado por completo a escribir una continuación, los finales no tienen que ser bonitos siempre, pero después de lo acontecido y de que tenía que sacar de alguna manera mis demonios fuera, quizá era hora de retomar la historia y esta vez inventar lo que me diera la gana. En la vida real no había terminado bien, pero quizá, en un rincón de mi corazón, poder acabar esa historia bien me ayudara.

Lo único que sabía era que verle casarse había sido una de las cosas más horribles que había visto en mi vida. Y me había servido para saber que no lo había superado en absoluto. No sé por qué, pero siempre había dejado la ventana un poco abierta... por si acaso el destino tuviera algo preparado para nuestra historia. Y ahora, se acababa de cerrar rompiendo los cristales tras de sí. Ahora ya todo era imposible. Había llegado el momento de empezar a vivir de verdad, aunque para ello debía de tomarme mis días. Debía llorar y odiar al mundo, para después ponerme en pie, respirar y volver a sonreír de verdad y, con un poco de suerte, volverme a enamorar.

Aquel día había amanecido nublado, aun así, era una preciosidad y la gente ya ocupaba una buena posición en primera línea de playa. A diferencia de otras ocasiones, esta vez había elegido un pequeño apartamento en la zona

algo más alejada de la playa. Desde mi balcón lleno de flores, podía mirar directamente el mar... y eso era increíble. Hice mi rutina de siempre, salir a dar un paseo, comprar el pan y algunos dulces —muchos dulces, a decir verdad—. Me compré un bikini bastante bonito en uno de los puestos que había por allí, y retomé la marcha de nuevo a mi apartamento. En la puerta vi a un chico al que no había visto nunca por allí, estaba de espaldas a mí, y entre las gafas de sol y de aquella cuesta que tenía que subir para llegar no podía observar bien. Paré a punto de llegar para poder respirar un poco; la calle era preciosa, pero mi cuerpo no se acostumbraba a aquella cuesta tan alta. Y allí estaba yo, al borde del infarto por estar en una forma física pésima. Como tardaba en recuperarme y me daba vergüenza que aquel chulazo se diera vuelta y me viera al borde del desmayo, me di la vuelta y me quedé dando grandes bocanadas de aire mientras miraba el mar. Estaba algo deprimida, pero no era idiota, y podía reconocer a un chulazo solo con verle la espalda. Seguramente viniera a visitar a mis vecinas del apartamento de abajo, eran tres chicas que se lo estaban pasando de cine, armaban un poco de jaleo por las noches; pero me recordaban tanto a mí y a mis amigas que no me molestaban. Quise darme la vuelta para mirarle de nuevo, pero me sorprendí a mí misma sintiendo vergüenza por si seguía roja como un tomate y desestimé la idea. Sonreí mirando al mar, me acababa de dar cuenta de que aún había esperanza para mí.

—¡Jacqueline! —El estómago me dio un vuelco y me di la vuelta con los ojos como platos—. ¿Para qué narices tienes el móvil? —¿David? —susurré mientras me quitaba las gafas de sol.

Casi me caigo de culo cuando me di cuenta de que aquel chulazo era, ni más ni menos, que David. Sonrió al ver mi cara de sorpresa, agarró una mochila que estaba en el suelo; que yo no había visto, y cruzó la calle. No pude evitar llevarme la mano que me quedaba libre a la boca y volví a sonreír. Después de aquello la bolsa se me calló al suelo, y antes de que pudiera cogerla David ya me estaba dando un abrazo de oso. No sabía lo muchísimo que necesitaba un abrazo hasta aquel entonces. Y sin saber exactamente por qué, me eché a llorar escondida en su cuello.

—Sabía que te alegrarías de verme, pero esto es pasarse. —Me separó de él y me secó las lágrimas con los pulgares—. ¿Cómo estás?

Me encogí de hombros incapaz de articular palabra. Después de todo, David era al que menos esperaba, pero debía reconocer que en quien más pensaba esos días—aparte de Klaus, claro—. Me ayudó a recoger las cosas de suelo, y nos subimos al apartamento. Yo aún seguía un poco sorprendida, y

algo avergonzada, por haber reaccionado así al verle. Cuando entró no pudo evitar sonreír, lo entendí a la perfección, a mí me ocurrió lo mismo la primera vez que lo vi por dentro. El piso era pequeñito pero muy bonito, y aquellas vistas te daban la vida.

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes de vacaciones? —pregunté mientras le miraba moverse por la estancia.

—Estoy aquí, por ti.

—¿Cómo? —exclamé sorprendida. Él se dio la vuelta y me miró fijamente.

—Sé lo que ha pasado. —Agaché la cabeza—. Y he pensado que necesitarías compañía.

—Bueno... —resoplé sonriendo—. El hecho que no le haya dicho a nadie dónde estaba en concreto, y que tenga el móvil apagado es una señal de que compañía, precisamente, no quiero.

Para mi sorpresa sonrió, y vino hacia donde yo estaba. Se sentó a mi lado y dejó caer su mano en mi rodilla.

—¿Por qué no me llamaste? Sabes que hubiera ido enseguida. —sonreí y acaricié su mano, que seguía en mi rodilla—. Estaba preocupado.

—Siento que te preocupes. Y no te llamé porque, simplemente, no pude. —Me encogí de hombros y miré al suelo—. Era incapaz de verbalizar lo que me había pasado. Pensé en llamarte varias veces, pero...

—Pero...

—Sabía que vendrías, y no quiero ser egoísta. Sé que estas conociendo a alguien y no es plan.

—Tú eres tonta —dijo besándome la frente—. No es nadie importante y lo sabes. Pero puedo entender que necesitaras estar sola, tuvo que ser raro e impactante.

—Muy impactante —susurré.

—¿Y ahora, cómo estás?

—Estoy —asintió, después se levantó y camino hacia la mini cocina que había—. ¡Oye! ¿Cómo me has encontrado?

Abrió la nevera varias veces, todos los armarios y se dio la vuelta visiblemente decepcionado.

—¡No hay comida! —exclamó sorprendido—. ¿Se puede saber qué comes?

—¡Claro que hay comida! —dije levantándome directa hacia donde David estaba revolviendo todo —Jacqui, aquí lo único que hay es pan de

molde, crema de cacao, bollería como para que te de una diabetes con solo mirarla, tabletas de chocolate blanco, helados y batidos de vainilla. ¿Con qué te estas alimentando, loca?

—¡Tengo ansiedad!, ¿vale? Solo me apetecen cosas dulces.

—Eso ya lo he visto —dijo susurrando mientras miraba toda la comida grasienta que tenía. Después me miró y negó con la cabeza—. Ahora vengo, date una ducha y en un rato estoy aquí. —¡David! Oyeee ¿Se puede saber dónde vas?

Y sin contestarme salió del apartamento dejándome con la palabra en la boca. Fruncí el ceño y resoplé. Por eso mismo quería estar sola, porque no quería tener que lidiar con nadie que no fuera yo misma. Después de unos minutos de frustración le hice caso y me di una ducha. Pese a que estaba nublado hacía un calor horroroso; así que me puse el bikini que me había comprado y encima un vestido blanco superbonito y algo transparente. Por primera vez en varios días me puse espuma en el pelo y le di algo de forma; me hice las cejas y me puse un poco de colorete y rímel; sonreí cuando me vi en el espejo, ya me parecía un poco más a mí misma.

Media hora después tocaron a la puerta y al abrir David entró al apartamento con un carro de la compra abarrotado hasta los topes. El pobre estaba empapado en sudor, pero tan guapo, que me ruboricé.

—El sitio es una pasada, pero joder con las cuestas. —Sonreí al verle sentarse en una silla del balcón.

—¿Qué es todo esto? —dije mientras sacaba las cosas del carro — Comida Jacqui. Comida con la cual puedes seguir viviendo sin morir por colesterol.

—David, no hacía falta.

—¡Claro que hacía falta! No puedes alimentarte de chocolate, vas a caer mala. Sé que no eres muy fan de la carne, así que me he limitado a comprarte pasta y millones de salsas para que cada día te hagas cosas distintas. También he comprado cosas para que hagas esas ensaladas que están tan buenas y... — se calló al ver cómo le estaba mirando—. ¿De qué te ríes?

—De nada. Gracias por preocuparte. Date una ducha que te invito a comer en un sitio muy chulo cerca de la playa ¿te apetece?

—Por favor —dijo dando un brinco.

Después de darse una ducha nos pusimos en marcha, no sin antes llevar con nosotros un bolso de playa con dos toallas. Aunque no estaba todo lo animada que él se merecía, la verdad que estaba bastante contenta a

comparación de los días anteriores. David no paraba de sacarme tema de conversación y de contarme cosas; así que había pocos silencios en los cuales pudiera acordarme de porque estaba allí.

Comimos hasta el exceso. Hacía días que no comía nada de verdad, y aquel arroz me había devuelto a la vida, aunque puede que acabara muriendo de un empacho. Después nos fuimos a la playa y nos tumbamos en las toallas, se estaba de maravilla.

—¿Cómo te sientes? —dijo después de un silencio merecido.

—A punto de reventar —dije sonriendo, a lo que me correspondió con su sonrisa espectacular.

—Qué tonta eres. —Se puso de lado y me miró—. Me refiero a cuando piensas en lo de Klaus.

Le miré fijamente unos segundos. Tampoco me había parado a poner palabras a mis sentimientos. Yo sabía cómo me sentía, pero decírselo a alguien con palabras que pudiera entender me era difícil; ya que, sin querer, me bloqueaba. Me tomé mi tiempo para pensar. Por primera vez en esas dos semanas, me apetecía expresarme.

—Pues... Siento un sentimiento fuerte de pérdida. Es decir, han pasado tres años, y lo normal es lo que ha pasado, que cada uno rehiciera su vida. —Le miré—. Pero puede que, por el hecho de escribir el libro, hablar de él tanto, en tantas entrevistas y todo eso... Haya hecho que no pudiera sobreponerme como es debido, ¿entiendes? —asintió—. Me he dado cuenta de que he estado viviendo en el pasado, y eso ahora me ha pasado factura. Cuando estoy sola me quedo mirando a la nada, ni siquiera pienso; es como un bloqueo mental absoluto. Tengo en el estómago esa sensación que sientes cuando alguien muere. Sé que es una locura, puede que me esté volviendo loca. ¿Me estoy volviendo loca?

—No —dijo intentando disimular una sonrisa—. Es muy normal lo que sientes. Aunque no estuvieras con él, de alguna manera... Ya sea por los libros o por lo que sea, sí que lo estabas; al menos de manera emocional. Y ahora, al darte una hostia como un campanario y verlo el mismo día de su boda... ¡Joder! Es un guantazo de realidad puro y duro. De alguna manera, algo que seguía ahí, ha muerto.

—¡Qué suerte la mía!

No se esperaba mi respuesta, y sin poderlo evitar se echó a reír.

—La verdad, es que lo vi un par de veces en todo este tiempo —dijo para mi sorpresa—. Después de que te fueras, una de las tardes fue a tu

antiguo piso. Sé que Dana habló con él, y nunca más volvió a aparecer por allí. Después lo vi en una biblioteca del centro, estaba mucho más delgado que de costumbre y se había dejado algo de barba; aunque él no me vio. Si te soy sincero, me sorprendió bastante que se hubiera casado. A ver, es muy joven aun para eso ¿no crees?

—Bueno, un poco sí. O quizá, somos nosotros los que vamos al revés del mundo.

—Eso será —dijo mirando al mar. Aunque el día seguía siendo nublado, hacia un calor importante. La playa no estaba tan a tope como días anteriores, pero había mucha gente. Sin pretenderlo me di cuenta de que estaba con mejor humor. Miré a David que seguía mirando al mar y a la gente que corría cerca de la orilla—. ¡Vamos a bañarnos!

—¿Qué? David aún no hemos hecho la digestión ¡Nos vamos a poner malos!

—¡Ay dios! ¿De verdad te crees esas mentiras de abuela? Los cortes de digestión dan por un cambio brusco de temperatura, entre otras cosas. El agua tiene pinta de estar bien ¡No me seas muermo, enana!

No pude luchar contra su poder de convicción, y más después de que se quitara la camiseta. No estaba en tan buena forma como antes, pero, aun así, tenía algo que a mí particularmente me volvía loca. Daba igual que estuviera gordo, delgado, fibrado o con un saco de heces en la cabeza, su «algo» me encantaba. Así que me quité el vestido y fui corriendo detrás de él luciendo por toda la playa mi bikini nuevo. Y, por primera vez en mucho tiempo, volví a reírme de verdad. Volví a sentirme viva. No tenía que fingir estar bien para contentar a los demás, era sincera con David y conmigo misma. Me reí con David hasta la extenuación, me lo pasé como una niña pequeña que se baña en la playa por primera vez. Ni siquiera pensé en mi paranoia infantil en la cual acababa picada por una medusa. Y, aunque no había un sol cegador de postal ni nada espectacular para hacer una foto de postureo; estaba siendo uno de esos momentos importantes de tu vida en los cuales no hay fotos, solo verdad, y verdad de la buena.

Cerca de las ocho de la tarde nos pusimos en camino a mi apartamento, cansados y llenos de arena, pero con la sensación de haberlo pasado increíble. Llegamos y casi nos peleamos por ver quién se duchaba antes; al final le dejé ducharse a él antes. Su razonamiento de que yo tardaba más no lo podía rebatir. Así que, mientras él volvía a ganar una pequeña batalla, yo me quedé en el balcón mirando las vistas y cómo poco a poco las luces del paseo y de

todo el lugar iban encendiéndose. Diez minutos más tarde, David salía del baño duchado y más rojo que un tomate.

—Madre mía, se supone que estaba nublado ¿Cómo puede ser que me haya quemado? Tengo la espalda hecha un cristo —dijo quitándose la camiseta para que lo viera. Me llevé las manos a la boca y, sin querer, me reí—. Eso, tu ríete.

—¡Perdón! De verdad que no me estoy riendo por eso, es que pareces un guiri, nada más. —Le di un beso en la mejilla y enseguida se le quitó la mueca de enfado—. Seguramente yo también esté algo quemada, los días nublosos son los días en que más me quemo... curiosamente ¿Te pongo crema? Tengo para después del sol, y una muy buena de aloe vera en la nevera.

—Dúchate primero y luego nos ponemos crema; porque tú no te quedas atrás, amiga.

Me metí al baño sonriendo, y lo cierto es que tardé casi media hora en ducharme, no lo podía evitar. Me encantaba quedarme debajo del chorro de agua y no pensar; era mi rato preferido. Después de salir y peinarme, me di cuenta de que mi piel estaba también hecha un cristo, ¡genial! Sali del baño mirando el suelo y allí estaba David con las manos en la cintura mirándome con sorna.

—Venga, dílo y que nos riamos todos...

—¿Me decías a mí algo de guiri? Señorita Amorós. —dijo descojonándose en mi cara.

Resignada fui a la nevera y saqué las cremas para después del sol que tenía, y nos embadurnamos, no si dar pequeños suspiros de dolor al rozarnos la piel... ¡Menudo cuadro!

—Joder, no me acordaba de lo que molestaba esto —dije sentada en una silla del balcón de manera que nada me rozara, embadurnada en crema y suspirando cada vez que la brisa del mar me rozaba la piel aliviándome la molestia.

—Siempre pensé que estaría genial esto de llenarnos de crema y tal. — Me miró con una sonrisa pícaro—. Pero joder, esto es pasarse.

—Ten cuidado con lo que deseas.

—Que se cumple...

No pude evitar echarme a reír al ver su cara. Entre unas cosas y otras se hizo la hora de cenar; y como aún estábamos algo doloridos, decidimos quedarnos en el apartamento y cenar algo para luego, quizá, salir a dar un paseo. Aunque no había vuelto a preguntarle, hasta que no me dijera cómo me

había encontrado no pararía. Mientras yo pedía sushi para cenar, David montó la pequeña mesa que tenía en el balcón; incluso le puso un par de velas que había por allí. Yo me partía de risa al verle intentando encender una de las velas y cagarse en todo al quemarse los dedos una y otra vez.

Cuando nos trajeron la cena, la atacamos como locos; no podíamos ocultar el hambre que teníamos. La verdad que en un principio pensé que David había exagerado con las cosas que había que pedir, pero después me di cuenta de que pidió lo que tocaba para dos estómagos vacíos. En un momento curioso de la noche, me pilló mirándolo de manera rara y frunció el ceño.

—¿Por qué me miras así?

—Porque no sé cómo darte las gracias.

—No tienes que dármelas, además, no me pediste que viniera...

—Lo sé. Por eso mismo te las doy, porque sabias que necesitaba esto, incluso antes que yo.

—Subestimas lo que te conozco Jacqui.

No dije nada más, me limité a sonreír. Seguimos cenando entre sonrisas y copas de vino. Lo estaba pasando tan bien que le pedí que nos hiciéramos una foto desde mi móvil; los dos cenando como cosacos a la luz de un pequeño farolillo y varias velas, con el mar de fondo y nuestra sonrisa. Guardaría esa foto siempre.

Después de terminar de cenar, empezamos a escuchar jaleo en el piso de abajo. Le comenté a David sobre mis vecinas; por lo visto aquella noche la fiesta sería en el piso, cosa que no me molestó. Empezaron a sonar canciones mientras que David y yo con dos copas de vino las cantábamos entre risas. Como nos habíamos olvidado completamente de dar señales de vida, decidimos contestar los mensajes mientras seguíamos disfrutando de la música de mis vecinas. Hubo un momento exacto en que la música paró, para poco después sonar unos arcades que me hicieron reír. Era la banda sonora de la película «Tú la letra, yo la música.», Way back into love. Quitando del hecho de que Hugh Grant me volvía loca, esa película me encantaba, no sé cuántas veces la había visto, pero me sabia todas las canciones que salían. Así que, sin darme cuenta, empecé a cantarla mientras contestaba los mensajes de mi madre. Cuando me callé me di cuenta de que alguien más la cantaba en voz baja mientras escribía en su móvil. Me levanté de la silla y vi a David de pie en el salón con el móvil en la mano, cantando la canción. Levantó la mirada y me vio mirándole con cara de sorpresa.

—¿Qué?

—Te sabes la canción —dije sonriendo—, me sorprende. —Oye, enana... También tengo sentimientos. —Sonreí y empecé a cantarla.

Para mi sorpresa, David dejó el móvil y salió conmigo al balcón; juntos cantamos la canción a grito pelado como dos críos. En ese momento, el pasado no existía. Todo era como a cámara lenta, saltábamos mientras cantábamos e intentábamos bailar. Nuestro inglés era patatero; de vergüenza para aquellos extranjeros que pudieran estar escuchándonos, pero daba igual, como decía Alejo, todos tenemos un artista folclore dentro. Lo dimos tanto y tan fuerte que, cuando acabó la canción, escuchamos aplausos y vítores. Nos miramos como saliendo de un trance, y una vergüenza enorme hizo que quisiera que me tragara la tierra. David se asomó al balcón y empezó a reírse, me hizo una señal con la mano y fui hacia él. Mis vecinas estaban en el balcón aplaudiéndonos, nos invitaron a su casa; no nos lo pensamos.

Febrero 2022

—Gracias por sacarme de mi casa —dije a la vez que levantaba una copa de vino y sonreía a David—. No sabía que necesitaba tanto que me diera el aire.

—De nada.

David me sonrió mientras también bebía de su copa de vino. Me había traído a un italiano y me estaba poniendo morada. Seguramente, al día siguiente me encontrara fatal después de todo lo que estaba cenando, pero... ¡Qué narices! Llamé a mis padres para preguntar por mis pequeños vándalos y se lo estaban pasando tan bien que apenas me hicieron caso. Por una parte, me alegré de que se lo estuvieran pasando tan bien; pero por otra me dio un poco de rabia que no me echaran ni un poquito de menos. ¡Ten hijos para esto!

—Jacqueline... —Miré a David mientras seguía engullendo como una loca—. ¿Cuánto piensas alargar esta situación con Klaus? —¿Otra vez me vas a preguntar lo mismo? Ya te he contestado antes David, no seas por culero.

—Es que, por mucho que pienso, no entiendo por qué narices estáis así de mal; tampoco ha pasado tanto.

Casi lo mato con la mirada, por suerte no tenía esos poderes, por suerte para él, claro.

—Tú no estás debajo de mi cama para saberlo todo; al fin y al cabo, sabes lo que yo te cuento.

—Déjate de royos, Jacqueline. —Fruncí el ceño, odiaba cuando me llamaba por mi nombre completo, siempre lo hacía cuando estaba enfadado conmigo—. Si hubiera pasado algo grave ya lo sabría. Te estás dejando llevar

por unos celos absurdos.

—Vaya ¿Ahora todo es culpa mía?

—No. Pero eres mi amiga y debo decirte en lo que tú estás fallando. Klaus también sabe lo que pienso de su comportamiento inmaduro; pero esto es algo de dos.

—David... —siguió diciéndome tonterías hasta que volví a susurrar su nombre, entonces me miró—. Él ya no me desea.

Y decirlo en voz alta hizo que lo que estaba reteniendo en mi interior saliera a flote. Me sequé las lágrimas como pude, y centré mi mirada en la copa vacía de vino. Aunque no estaba mirando a David, sabía que tenía sus ojos puestos sobre mí. Cuando al fin tuve valor a mirarle, él seguía casi sin parpadear.

—¿Qué locura estás diciendo?

—No es una locura David. —Le miré fijamente—. Ya no me mira como antes. Está distinto, frío... Antes del numerito que hizo que todo esto estallara llevábamos meses sin acostarnos juntos. Venía de viaje, se tumbaba a mi lado en la cama, y no me tocaba ni un pelo. Sabía que esto podía pasar, mejor dicho, sabía que esto iba a pasar. —¿Qué estas queriendo decir?

—Seguramente Klaus esté con otra persona... —al oírme decirlo en voz alta me llevé las manos a la cara—. Tiene que ser eso, sino no entiendo nada.

—Jacqui —susurró—. Klaus siempre te mira como si fueras algo comestible. Y entiendo de estas cosas. —Sin quererlo me hizo sonreír—. Es completamente imposible que esté con otra persona, está loco por ti.

—Lo nuestro ya no es como antes. Cuando tienes un hijo te cambia todo; imagínate con cuatro. Apenas teníamos tiempo para nosotros, luego nuestros trabajos, el tiempo que pasamos separados; cada vez la brecha se ha hecho más grande.

—Todo el mundo pasamos por crisis, Jacqueline. Todo no van a ser fuegos artificiales y sexo desenfrenado. Probablemente esto sea una crisis de pareja. Quizá un poco más fuerte de lo normal dado vuestra personalidad un poco...

—¿Un poco qué?

—Un poco dramática. —Fruncí el ceño—. No me pongas esa cara. Los dos sois unos dramáticos de cojones. Pero lo que sí que sé, es que está loco por ti.

—Pues tiene una curiosa manera de demostrarlo.

—Klaus siempre ha sido un poco especialito. —Levantó una ceja—. Qué

te voy a contar que no sepas.

—No sé, siempre ha sido tan hermético... —resoplé—. Te agradezco que intentes ayudarnos, de verdad, pero no sé si esto tiene solución.

—Tiene que tenerla —Le miré fijamente.

—¿Por qué dices eso?

—No sé qué podría pasar si tú... —Fruncí el ceño—. Tengo miedo de mí mismo Jacqui. Amo a mi familia, a Esmeralda la adoro con mi vida entera, lo sabes. Pero no quiero pensar en ti como mujer libre y soltera.

—David...

—Eres mi imán personal, no puedo evitarlo.

—Estás loco, pero de remate —sonrió y sonreí—. No puedes decirme esto ahora.

—¿Acaso no has pensado en qué podría pasar si lo dejaras con Klaus? Y me refiero a nosotros.

—Ya tenemos una edad para esto...

—Jacqui.

—Es una locura que estemos hablando de esto.

—Jacqueline...

—Tenemos hijos, y se quieren como familia.

—Júrame que no has pensado ni por un solo instante en mí en el caso de que Klaus y tú os separarais.

Tragué saliva y le miré fijamente.

—Claro que lo he pensado —susurré—. Es imposible no pensarlo David, y tú lo sabes. Somos amigos porque es lo único que podemos ser; por Klaus y por Esmeralda. Obviamente sin estar ellos... —De repente sentí una punzada en el estómago—. Puedo hablar contigo de todo, sé que hay algo y habrá algo entre nosotros, siempre.

—Pero no águilas imperiales —sonrió y me sequé una lágrima.

—Pero si algo peculiar.

Nos sonreímos con esa complicidad que teníamos. Si todo lo demás no existiera, estaría con David, pero no era el caso y eso no podía ser. En ese mismo momento sonó su teléfono móvil e hizo que saliéramos de esa extraña ensoñación en la que nos había llevado la conversación. Sonrió al ver quien era la persona que lo llamaba.

—Sabía que eras tú, —hizo una pausa y me miró—¿Cómo lo sabes? Sí, seguimos aquí. —David miró a su alrededor—. Vale, ahora se lo digo.

Colgó el teléfono y me miró.

—¿Qué pasa?

—Klaus. —Abrí los ojos de golpe—. Sabe que estamos aquí, —¿Tú le has dicho algo?

—No, entra en la página de cotilleos literarios por favor. Necesito ver una cosa.

Sin entender qué pasaba, entré en el buscador y busqué la página que me había dicho y casi me atraganto con mi propio aire.

¡DRAMA, QUE TE QUIERO DRAMA!

Bueno mis lectoras ávidas de noticias, estoy temblando. Aquí una servidora se encuentra en los premios más cool del año atenta a todo lo que se cuece, actrices, actores, modelos, y él. Sí señoras, Klaus Grass se encuentra en el mismo espacio cerrado que aquí una servidora.

Estoy respirando su mismo aire y no me hallo de lo feliz que me encuentro. No sabía de la habilidad de este portento de hombre como maestro de ceremonias. Ya que se encuentra presentado el evento con la actriz Paula Echevarría quien ha acudido al evento con su nuevo fichaje amoroso —entiéndase la ironía— que oye, el chico está de toma pan y moja, pero una es fiel a sus principios, y ¡viva Bustamante!

Que una esté a favor de seguir la felicidad, pero nena, que me muero yo por ese Bustamante que me traía loca desde mi adolescencia... en fin, soy optimista. Una menos. Por otro lado, Klaus Grass ha llegado solo al evento. Siempre tan serio, ha declinado hacer declaraciones sobre su vida privada; pero me ha dicho que estoy muy guapa. He necesitado dos aspavientos y un poco de aire fresco para volver en sí, ¡Qué me muero!

Pero esto no acaba aquí, y he aquí el drama. Me han hecho llegar estas imágenes de Jacqueline Amorós cenando en un restaurante la mar de feliz con David Álvaro, amigo y abogado de la pareja; más concretamente de Jacqueline. Las malas lenguas dicen que antaño, entre la escritora y el abogado hubo más que amistad. Mirad y opinad, pero aquí hay tema, que te quema.

Siempre vuestra.

Myriam Ojeda.

—Hija de puta —dije susurrando al ver las fotos que habían publicadas. Eran de hacía un rato. Salíamos David y yo sonriendo, y en una de ellas David estaba acariciándome la mano. Me mordí los labios, en ese mismo instante me acariciaba la mano porque le estaba diciendo que creía que mi marido no me deseaba, me estaba consolando, pero en aquella foto parecía otra cosa...—.

¿Quién nos ha podido hacer esto? A mí no me sigue la presa rosa, soy un moco.

—Ha podido ser cualquiera, no lo sé —dijo mirando a ambos lados—. Date cuenta de que Klaus está en un evento importante, donde hay prensa de todo tipo. Estoy alucinando. Klaus lleva un cabreo alucinante. —Levanté la vista del móvil y sonreí sin poderlo evitar—. Oye no te rías, cabrona.

—No me rio... —dije tapándome la cara como pude. —¿Cómo puede ser que te haga gracia? No es tu cuello el que está en peligro...Madre mía.

—Oye, relájate. Eres mi amigo, punto. Si se enfada que reviente.

—No me gusta que me utilices para ponerle celoso. —¿Yo? Pero si yo no he hecho nada.

—Lo sé, pero estás disfrutando como una enana de pensar que estará rabiando de celos ¿O me equivoco?

Bebí un poco de la copa para ocultar una sonrisa, David negó con la cabeza sonriendo.

—Había pensado en subir una foto nuestra a mi Instagram normalizando la cosa ¿Qué te parece? —David levantó la ceja—. No sé, poniendo cena de negocios o algo así. La mejor manera de desacreditar tonterías es ser natural.

—No es mala idea Le di mi móvil a David y nos hicimos una foto sonriendo de lo más natural. Al verla, mi mente recordó una foto muy similar y sentí una nostalgia tremenda. Miré a David que estaba distraído mirando su móvil, e hice un montaje, puse la foto que nos acabábamos de hacer junto con la foto que nos hicimos bastantes años antes, la foto la guardé en el archivo de la nube, accedí a ella en unos segundos. Me sorprendí de lo jóvenes que estábamos, y rojos como un tomate. Cuando abrí mi Instagram casi me caigo.

—¡Madre mía!

—¿Qué pasa? —dijo David asustado.

—Me han subido los seguidores una barbaridad, no he usado esto en semanas ¿Cómo puede ser?

—Klaus ha estado muy activo, y teniendo en cuenta que tú eres su mujer y los rumores que hay...

—Gracias por valorar tanto mi trabajo.

—Un día te atragantarás con tu ironía.

—Y tú con tu poco tacto.

Devolví la vista a mi móvil refunfuñando, puse la foto en Instagram y pensé seriamente en qué poner debajo de la foto. Me sentí ridícula, era escritora y me estaba siendo realmente difícil poner un pie de foto, matarme.

Muchos años de amistad, de aventuras y desventuras. Gracias por estar y por ser mi amigo, mi consejero y mi abogado. Te quiero #Picapleitos #AbogadoCarero #Tulaletrayolamusica #MeVengoArriba #YaParoConLosHastag

Miré el resultado y me eché a reír, le di a compartir y en poco le llegó la notificación a David de que había sido etiquetado. La cara que puso pasó del asombro a la risa más absoluta.

—¡Qué pasada! —Me miró sonriendo—. No recordaba la foto, no sabía que la tenías.

—¿Te gusta?

—Mucho, madre mía, cuántas cosas han pasado de una foto ç a otra...

—¿Es eso nostalgia, querido?

—Un poco. —Me miró ruborizado—. Guardo muy buen recuerdo de aquellos días, ¿le contaste a Klaus algo?

—No —Yo tampoco le he contado a Esmeralda nada de aquellos días.

—¿Por qué?

—Confirmarle que empezamos una relación, cuando siempre lo hemos negado, no hubiera ayudado en nada. ¿Y tú a Klaus, por qué nunca le dijiste nada?

—Porque cuando me lo preguntó ya no había nada, y porque no me atreví. —Me encogí de hombros.

—Es curioso como hemos estado evitando el tema incluso entre nosotros...

—Creo que no supimos afrontar las cosas. Yo viajaba, tú trabajabas mucho en aquella época y conocí más a Aníbal...

—Y seguías sin superar a Klaus —matizó mirándome fijamente.

—Y tú te negabas a dejar de zorrear con otras —sonrió—. No supimos ser algo más que amigos especiales. Nos conocemos demasiado.

—Me arrepentí tanto después. —No dije nada, estiré mi mano y acaricié la suya.

Nos unían muchas cosas, entre ellas un secreto que nunca dijimos a nadie.

Dos semanas después de la boda de Klaus y Ana. Peñíscola.

—Las resacas en la playa se pasan más fácilmente. —Miré a David quien yacía tumbado en la toalla con protector del 50 bajo un día nublado—. Tus vecinas son una pasada.

—La verdad que sí —dije sonriendo mientras me ponía por quinta vez protector solar—. La pelirroja no paraba de tirarte la caña ¿Por qué no te

fuiste con ella?

Giró la cara y me miró con la cara de indignación que me hizo sentir fatal. Repasé mentalmente qué había podido decir, pero no veía nada fuera de lo normal.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Que yo esté amargada no quiere decir que no puedas pasártelo bien tú. Te agradezco de corazón que estés aquí. Pero no puedo impedir que estés con otras personas.

—Alucino contigo, de verdad Jacqueline.

Y diciendo esto, se levantó, agarró su toalla y se fue dejándome allí con una cara de gilipollas increíble. Tardé unos veinte minutos en reaccionar e ir para el apartamento donde seguramente estuviera él. No podía entender qué había podido hacer que le molestara de aquella manera. Cuando entré no había nadie, pero escuche la caldera, así que supuse que se estaría dando una ducha. Me senté en una silla del balcón completamente bloqueada. Pocos minutos después salió David de la ducha con unos bóxers y aun medio húmedo.

—David ¿puedo hablar contigo? —le dije mientras le veía guardar las pocas cosas que había suyas en su mochila—. ¿Se puede saber que estás haciendo?

—Irme. Aquí no pinto una mierda. —Le miré completamente alucinada.

—Pero ¿por qué te vas? ¿Me puedes decir qué he dicho que te haya molestado tanto?

—Mira, Jacqueline, déjalo estar, ¿vale? —Cogió unos pantalones cortos para ponerlos y sin pensarlo se los quitó de la mano y los lancé todo lo lejos que pude—. ¿Qué haces?

—¡Dime qué te ha molestado!

Se quedó mirándome con los brazos en sus caderas, queriendo decir algo que, por alguna razón, se quedaba en alguna parte de él. Entonces y sin saber por qué lo entendí todo. Él estaba allí por mí... No por amistad, por algo mucho más profundo. Y mientras digería todo aquello, no podía apartar la mirada de sus ojos, de su pelo mojado. Después de mucho tiempo sentí que mi cuerpo reaccionaba a algo físico. El estomago se me removió, y mi corazón empezó a ir mucho más deprisa de lo normal. Había estado tanto tiempo fría, que había olvidado lo que era sentir algo; y quien había ante mí, era ni más ni menos al hombre que había deseado hasta que llegó Klaus. Había estado tan ciega, que no le había visto realmente. Sin más todo lo que había sentido por él, me golpeó tan fuerte que no pude sino abalanzarme sobre él, agarrarle del

cuello y besarle como hacía años que no besaba a nadie, con miedo, con urgencia y con deseo.

Por unos segundos creí que me estaba equivocando de nuevo, hasta que reaccionó apretando su cuerpo al mío, besándome tan fuerte como yo él. En aquel momento solo quise dejarme llevar, y él sería mi guía.

Después de muchas horas de sexo intenso y placentero me desperté. David dormía profundamente. Miré su cuerpo desnudo y mi anatomía volvió a reaccionar, sonreí, miré al techo y me sentí viva. Por primera vez en tres años mi cuerpo parecía pasar página; mi cabeza era otra cosa, pero confiaba en que ahora todo sería distinto. Como no podía volver a dormir me senté en el balcón con el ordenador e inspirada por lo que había significado para mí David en el pasado, y lo que me producía en el presente, empecé a escribir un prólogo de una historia que se llamaría «Tú.»

¿Has estado alguna vez frente al deseo más perturbador que hayas experimentado? ¿Has podido sentir cómo tu piel se eriza y tus músculos se contraen con solo una mirada?

Yo tampoco, hasta ahora.

Está sentado a pocos metros de mí, mirándome mientras bebe de su copa de vino, sabiendo perfectamente qué me está ocurriendo. Sabe cómo funciona mi cuerpo sin haberlo tocado nunca, y es porque yo se lo he dicho... sí, yo.

Me paso la vida evitando mis más profundos deseos, y aun no sé por qué. Puede que, por miedos o dudas, o quizá por ética. No lo sé. Pero con él es distinto; soy yo, por mucho que haya estado evitándolo, por mucha distancia que haya querido poner, es ver una señal suya y mojarme. Suena brusco lo sé, pero no puedo, ni quiero, evitarlo. ¿Qué me pasa?

Supongo que me he cansado de todo, de lo convencional, o lo que para mí es convencional. Estoy como una vela apagada; con la cera aún caliente pero apagada. Extraña metáfora, pero ahora mismo no soy racional; aunque sería lo que él quisiera que fuera, lo sabe, aunque ahora no tenga valor a decírselo mirándole a los ojos. Sabía que iba a pasar, se lo dije, me lo dijo, nos reímos de ello, pero hoy es real. Él se mantiene en su papel, yo me tambaleo.

Tengo miedo de mis instintos y de dónde pueden llevarme. Normalmente soy obsesiva, me enamoro con cierta facilidad, aunque pierdo el interés igual de rápido. Solo me obsesiono con aquello que en mi interior sé que no puedo tener; por la razón que sea, eso da igual. Nunca podré tenerle a él, y

aunque ahora mis sentimientos están muy lejos de ser románticos, hay una pequeña voz dentro de mí que me advierte a cada rato. La ignoro de maravilla, espero que esto no pase de aquí... Necesito respirar.

Sé exactamente el conjunto de acontecimientos que me han llevado a donde estoy ahora. Y de por qué ahora él me resulta tan jodidamente apetitoso. Siempre ha sido así, pero mis sentimientos en aquella época eran otros, yo era otra. Ahora todo me da igual, lo quiero, lo tengo, y me da miedo, ¿alguien me entiende?

Nunca olvidaré la primera vez que lo vi, mi cuerpo reaccionó a él de manera inmediata, hay algo que atrae... Era una luz y yo una polilla; y seguimos en el mismo rol. Sus ojos oscuros, su piel clara, su pelo negro, su forma de mirarme ¿Cómo no reaccionaría mi cuerpo a eso?

Es descarado, pero de una manera encantadora; yo soy más tímida, lo supo enseguida. Dicen que en realidad reaccionamos a algo químico, de ahí viene la atracción. Con él creo que es así, porque ocurrió en el jodido instante que puso sus ojos en mí. Como si de alguna manera activara algo perverso en mí. Sexo, solo pensaba en eso mientras intentaba mantener una conversación normal con él. Me pasó y me sigue pasando, ¿Ha venido a recomponerme mediante folladas de infarto?

He discutido muchas veces con mi propia ética, me culpo por desearle tanto; por querer que haga conmigo lo que le dé la gana. Me culpo por querer decirle guarradas para que se le ponga dura y tenga que esconderse porque no puede aguantar. Yo no soy así, me lo digo una y otra vez. Entonces ¿Cómo cojones soy? ¿Tengo principios distintos según personas? ¿Soy de ese tipo de gente? No me reconozco. ¿Qué pensaría de mí si le sigo el royo? No soy como las demás, ¿no? ¿Y cómo eres? Le deseas, quieres follarle, quieres que piense en ti y tenga que morderse los labios, ¿Eso es malo? ¿Soy una puta?

No quiero que él piense que hago esto con cualquiera, porque no es así. Se lo digo muchas veces, y creo que lo sabe, y se siente orgulloso de ser él quien haya roto mis barreras morales. Sé que él ha roto algunas conmigo, eso me hace sentir importante. Aunque no dejo de pensar en todas las que se haya podido follar, no quiero ser una más, típico, ¿verdad? No me quito de la cabeza que me comporto como una de ellas, ¿ellas? ¿Quiénes? ¿A las que se la suda lo que piensen los demás? ¿Las que disfrutan de quienes quieren y cuando quieren? ¿Las que no necesitan la aprobación de las demás?

Me hace una señal para que me siente delante de él, ya estoy mojada,

lo sabe... demasiada intimidad online, ¡joder! Aun así, mantengo mi pose, levanto mi barbilla y le miro con ojos de guarra. Sí, en aquel momento me siento así, y me gusta. Sabe que lo miro como algo comestible, y le gusta; y me lo hará probar pronto. De momento está manteniendo la compostura, eso me gusta. Va a follarme la mente como hace siempre, luego lo hará con mi cuerpo, será algo épico.

Le veo un rastro de timidez, ha sido solo por unos segundos... El alcohol irá haciendo efecto, necesito algo que me desinhiba, un poco, mis barreras morales; que siguen algo fuertes pese a todo. Me acaricia brevemente la mano, y mi cuerpo reacciona. Pienso en las noches que me han ido llevando a aquella situación. ¿Qué pasara después de esta noche?

Lo releí varias veces antes de enviárselo a Nadia para que me diera su sincera opinión. Nunca solía ser tan brusca escribiendo, normalmente me costaba escribir cosas demasiado soeces, pero, en aquel momento, no me salía escribir de otra manera. Siendo sincera conmigo misma, algunas líneas eran inspiradas en David, otras en Klaus; y otras, en el miedo que tengo a ser, a vivir y a sentir. No sabía si iba a seguir con la historia, aunque estaba empezando a tejerse algo nuevo en mi cabeza distinto a todo lo que había escrito antes. Apunté todas las ideas en mi libreta, y, aunque no estaba definida al cien por cien —no como las otras veces —me gustaba trabajar sobre la marcha. Cuando volví la vista a la cama David me estaba mirando. Sin querer, un recuerdo me azotó la mente y tuve que evitarlo con todas mis ganas.

—Me alegra verte escribir —dijo desperezándose—. Pones una cara curiosa.

—Sí —sonreí tímida—. Me lo han dicho antes.

Se incorporó en la cama y me miró en silencio. A veces los silencios me incomodaban, sobre todo los silencios que ocultan cosas.

—Me gustaría preguntarte una cosa, pero no quiero ponerte en un aprieto.

—Pues no deberías haberme dicho nada —dije cruzándome de brazos—. Desembucha, enano.

Sonrió ante mi comentario, se atusó el pelo e inspiró aire. Me temblaron las piernas al instante. Dudaba sobre que me iba a decir, y, a decir verdad, tenía miedo.

—Sé que suena a locura, créeme. —Me sonrió—. Pero... Me gustaría intentar algo contigo; algo de verdad.

—¿Una relación? —pregunté sorprendida.

—Llámalo como quieras, solo quiero ver qué puede pasar.

—David... —susurré mientras pasaba las manos por la cara—. Tú no sabes tener relaciones. —Para mi sorpresa sonrió—. No te rías.

—Me río porque parece que tú seas una experta.

—Obviamente no lo soy. Mírame, mi ex, al cual le daba miedo el compromiso y sentirse dependiente de alguien, se acaba de casar... —Me encogí de hombros—. Creo que soy experta en rehabilitar hombres para que hagan vida con otras.

—No te machaques con eso —dijo sonriendo al ver mi cara de circunstancia—. Si quieres, podemos llevarlo en secreto. Ver cómo va la cosa... Tampoco tenemos nada mejor que hacer.

—Gracias. —Fruñí el ceño enfadada—. Eso me anima mucho.

—Era broma. —Se levantó y caminó hacia mí. Se acuclilló y me tomó de las manos—. Me gustas muchísimo, Jacqui, quiero intentarlo, de verdad.

En aquel momento estaba bloqueada. No sabía qué iba a hacer con mi vida; pero cualquier plan en mi cabeza, si David iba incluido en el, parecía más interesante.

—Vale—sonreí—. No diremos nada por un tiempo. Conociéndote a saber...

—¡Oye! —exclamó sonriendo—. En dos años se casan Laura y Leo. Quién sabe, quizá vayamos como pareja.

Sonreí negando con la cabeza, le di un abrazo gigante y volvimos a la cama. Esos días fueron mágicos, llenos de esperanza y voluntad.

Febrero 2022

—¡Señorita Amorós! —Me di la vuelta sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

Ante mí estaba Darío López, el actor revelación que se había dado a conocer gracias a mi trilogía. Sí, él había puesto cara al personaje inspirado en Klaus, y al cual, mi señor esposo le tenía unos celos espantosos.

—¡Darío! —Me puse de pie y nos fundimos en un abrazo tremendo—. ¿No estabas en florida rodando?

—Sí, pero tenía unos días libres y he venido a ver a mi familia —diciendo esto saludó a David y se sentó con nosotros—. No sabía que estabais aquí, llevo toda la noche en el reservado.

—¿No has ido a los premios que daban hoy en Madrid? —intervino David

—Estaba invitado. Pero la verdad, no me gustan mucho esos eventos. Además, estoy un poco de incognito por aquí, así puedo estar más tranquilo.

Darío López tenía veintiocho años y estaba igual que cuando lo había

conocido años atrás. No se presentó al casting de la película, ni siquiera era actor; creo que el hecho de que Klaus le tuviera tantos celos era por cómo había dado con él. Llevábamos meses haciendo el casting de «Si tan solo fuera sexo» y teníamos prácticamente a todo el elenco menos al protagonista. Agradecí tremendamente que la productora me diera total libertad para dar mi última palabra para los actores. Al fin y al cabo, estaban en mi cabeza y solo yo sabía quién podía acercarse más a lo que yo imaginaba. Pero me estaba siendo realmente imposible encontrar otro «Klaus»; puede que David Gandy, pero se nos salía del presupuesto.

Casting masculino para la película «Si tan solo fuera sexo».

Ninguno me gustaba, los actores eran guapos, atractivos y con un físico alucinante, vamos... que estaba en el cielo con esos castings. Pero ninguno conseguía ponerme el bello de punta con solo una mirada, y sin eso era imposible hacer de Klaus, o de Antuan, —nombre que le había puesto a Klaus en el libro— Aquella mañana estaba desesperada. Habían pasado por allí tres chicos estupendos los cuales eran guapísimos y lo hacían genial, pero... ¡Ay dios cómo odiaba ese «pero»! Parecía una repelente diciendo que no a todos. Osea, no se lo decía a la cara a los chicos. Pero en cuanto salían por la puerta le decía al equipo de casting que no. Sabía de sobra que estaban de mí hasta las narices; ya que ellos habían dado el visto a dos concretamente, y se habían encontrado con un no rotundo de mi parte.

—Necesito que me dé el aire —dije después de revisar las fotos del último chico que había venido a la prueba—. Estoy agobiada.

—Jacqueline, entendemos que solo tú sabes qué estás buscando, pero cariño, se nos hecha el tiempo encima —dijo con un cierto ríntin Diana, la jefa de casting a la que yo me estaba pasando por el forro—. Tienes que decidirte ya.

—Sé que se nos hecha el tiempo encima. Pero este libro lo ha leído mucha gente, necesito que cuando Antuan aparezca en escena, les falte el aire y sientan lo mismo que imaginaron.

—Pero eso es completamente imposible —susurró tocándose el puente de la nariz—. Cada persona tenemos un gusto diferente, nadie estará del todo de acuerdo con quien sea que elijas.

—Lo sé, pero al menos necesito que a mí me falte el aire... —resoplé—. Parte de mi vida real se va a revivir en imágenes, Diana. Al menos necesito sentir que algo será real.

—Real es Klaus, cariño.

—Lo sé —dije poniéndome en pie—pero tiene que haber alguien que, al menos, se le acerque un poco.

Y diciendo esto salí por la puerta de aquella sala echa una furia. Me estaba frustrando no dar con lo que necesitaba para que este proyecto tuviera éxito. Llamé a Klaus para desfogarme un poco, y no paró de reírse mientras yo protestaba por no encontrar a nadie que pudiera interpretarle. En el fondo le inflaba el ego que aquello me estuviera pasando. Poco después le colgué el teléfono y me senté en una de las cafeterías que había cerca del hotel. Pasaba completamente de tomarme nada dentro del hotel, necesitaba aire y pensar. Como hacía buen tiempo, me senté en una terraza exterior y empecé a refunfuñar para mí misma.

—De eso no tenemos. —Levanté la vista y me quedé muda—. Disculpa, no lo he podido evitar —Sonreí porque me creía incapaz de hablar. Un chico alto y moreno con un poquito de barba me sonreía, llevaba las manos dentro de un delantal con el nombre de la cafetería. Estaba parado frente a mí, y yo estaba como una inútil mirándole—. ¿Un día duro?

—Algo así —dije con un hilo de voz.

—Bueno, hago unos capuchinos tremendos, animan a cualquiera, ¿se anima a probarlo?

—Desde luego.

Se apartó de mi vista después de sonreírme y se metió en el interior de la cafetería y no pude evitar seguirle con la mirada. Por culpa del sol, no había podido verle el color de sus ojos, y antes de que pudiera frenarme a mí misma me levanté y seguí sus pasos. Para cuando entré él se encontraba hablando con alguien más que también trabajaba allí. Su semblante ya no era tan risueño, de hecho, parecía enfadado y el corazón me dio un aviso.

Apoyé mis manos en la barra a pocos metros de él, pero no se había dado cuenta de mi presencia, hasta que la mujer con la que parecía enfadado le hizo una señal y se volvió hacia mí. Sus ojos azules intensos me miraron con el semblante serio, solo unos segundos, cuando me vio, sonrió rápidamente. Entonces lo sentí, miré mi brazo y tenía el bello erizado, levanté el brazo hasta la altura de mis ojos, y sonreí.

—Señorita ¿Necesita algo más? —le miré a los ojos después de salir de la burbuja, y sonreí.

—A ti —dije en un susurro.

—¿Perdón?

—Te encontré—dije con un poco más de voz. El chico parecía

sorprendido de ver a una mujer que acababa de ver mirarle como si fuera el santo grial.

—Creo que me ha confundido.

—No. —De repente volví al mundo real—. ¡Dios! Habrás pensado que estoy loca, que un poco sí, pero no de la manera que crees. —El chico sonrió y me miró un poco raro—. Me llamo Jacqueline Amorós, y estamos haciendo un casting para una película aquí en el hotel de enfrente.

—¿Qué? —se escuchó una voz estridente en el interior del local. De repente, la mujer con la que estaba discutiendo aquel chico salió como un resorte y se llevó las manos a la boca—. ¡La escritora!

—¡La que faltaba! —dijo el chico agachando la cabeza—. Disculpe, es mi hermana.

—Encantada —sonreí.

Sin esperarlo, aquella mujer se acercó a mí y me dio un abrazo superfuerte. Sorprendida ante aquella efusividad, no pude sino echarme a reír, no como su hermano, que no sabía dónde meterse de la vergüenza que sentía.

—¡No imaginas cuánto te admiro! —Me dio dos besos mientras me apretaba la mano—. ¡Tengo todos tus libros y casi me muero cuando se anunció que habría película! ¿Ya habéis elegido a quien hará de Antuan? ¡Dios mío! Primero pensé que lo haría su marido, como es modelo y es tan... —De repente frenó sus pensamientos y sonrió—. Tan simpático.

Me eché a reír sin poderlo evitar.

—El reparto está completo casi en su totalidad, falta justamente Antuan.

—Tiene que ser difícil encontrar a alguien que ha creado en su cabeza —dijo el muchacho que por primera vez participaba en la conversación.

—El personaje es su marido, pero es completamente imposible encontrar a alguien mínimamente parecido —dijo ignorando completamente que estaba allí.

—Bueno, pero, aunque se inspirara en su marido, seguramente tenga alguien en mente que pudiera ser el protagonista, sabe exactamente qué quiere.

Escuché a los dos hermanos hablar ignorando completamente mi presencia. Me había dado cuenta de que era una familia un tanto especial. Supongo que llevaban muchos años cara al público y que su clientela básicamente era la de siempre, excepto yo.

—Disculpad —interrumpí la conversación y ambos me miraron—. Tengo prisa, y me gustaría hablar un poco contigo antes —dije al joven que me miraba sorprendido—, si no te importa, claro.

—Por supuesto. —Sonrió y casi me desmayo, era guapo hasta decir basta.

Me guio por la cafetería hasta una mesa algo apartada del resto. Poco después su hermana me trajo el capuchino y sonreí; a decir verdad, estaba buenísimo. Ahora que lo tenía sentado frente a mí, me costaba concentrarme en lo que quería decirle. Empezó a darme una vergüenza tremenda.

—No me has dicho aún cómo te llamas —dije mientras daba un sorbo, y rompía un poco el hielo.

—¡Disculpa! —Sonrió tímido—. De normal no soy tan despistado, es usted que me pone algo nervioso.

—No me hables de usted por favor. —sonreí incomoda—. Y siento de verdad ponerte nervioso, no es mi intención. Aunque he actuado como una loca, lo entiendo.

—No me pones nervioso a mal, —sonrió—, al revés.

No pude evitar sentirme como una idiota; ya que me puse roja como un tomate y agaché la cabeza sonriendo como una quinceañera. Aquel chico tenía magnetismo, eso me había quedado claro.

—Gracias —dije cuando pude hablar de nuevo—. Lo que te vengo a decir, que me pierdo. Es que estamos haciendo las pruebas para el personaje masculino de mi libro. Y tienes que ser tú. —¿Cómo? —dijo echándose hacia atrás en el respaldo de la silla—. ¿Es una broma?

—Para nada. Sé que suena a locura, pero te he visto y tienes que ser tú. No me preguntes por qué.

—Siempre he querido ser actor —dijo sonriéndome—, pero no creo que tenga talento.

—¿Te has presentado alguna vez a algún casting?

—No, me da mucha vergüenza. —Se rascó el cogote—. Tengo pánico a hacer el ridículo.

Sonrió de una manera que hizo que me deshiciera en aquella silla, ¿acaso no se había dado cuenta de todo su potencial? Pocas, muy pocas veces había estado delante de un chico tan tan guapo y tan normal en su forma de ser y actuar. Había conocido hombres que no eran la mitad de completos que aquel chico, y tenían el ego por las nubes. —¿Me harás el favor de acudir mañana? —le supliqué con la mirada—. No te tomará mucho tiempo; además es aquí delante... por favor.

—Claro. —Sonrió—. No siempre se presentan estas oportunidades, quien sabe, quizá caiga una estrella. —Abrí los ojos de golpe. Tuve que hacer

todos los esfuerzos posibles para mantenerme tranquila, y no comportarme como una niña que se acababa de enamorar platónicamente—. ¿Tengo que estudiar algo?

—Pues... La verdad, me gustaría que te leyeras un par de páginas del primer libro. —Me quedé pensativa—. Creo que hay en el hotel, ahora mismo te lo traigo.

—No hace falta. —sonrió—. Mi hermana los tiene. Se lo pediré a ella.

—Cierto. —Me encogí de hombros sonriendo—. Me lo acaba de decir hace un momento, ¿ves? No eres el único despistado aquí. —Me guiñó un ojo y casi escupo el sorbo que estaba dando—. Me gustaría que leyeras más que nada, para que veas un poco cómo es el personaje para que te hagas una idea.

—Eso está hecho, ¿algo más?

—Lo que tienes que decir mañana en la prueba, te lo bajará una compañera mía ahora mismo —dije poniéndome de pie—. Tengo que volver que me van a matar.

—¿Es cierto que el personaje está inspirado en su marido? —dijo sonriendo—. Es el modelo Klaus Grass ¿verdad? El de las vallas publicitarias.

—Sí —sonreí—. Pero lo escribí al principio de nuestra relación. Bueno, ahora sí, tengo que irme ¿Qué te debo?

—Invita la casa —dijo poniéndose de pie—. Gracias por esta oportunidad. Prometo que lo haré lo mejor que pueda, y me llamo Darío, que no te lo había dicho aún.

—Cierto. —Sonreí tímida—. Encantada Darío, y no lo dudo de que lo harás bien —sonreí—. Ahora mismo te traerán el texto de mañana, y la hora de la prueba.

—Gracias de verdad.

—A ti.

Poco después salí de aquella cafetería con el convencimiento absoluto de que había encontrado a Antuan/Klaus. Al día siguiente, cuando se presentó a la prueba casi me caigo hacia atrás. No solo había leído unas líneas del libro, sino dos de los tres libros en una noche. Y no contento con ello, había estado mirado videos de Klaus para copiar movimientos que yo ponía en el libro. Absolutamente todo el equipo quedó fascinado con su interpretación, no cabía duda alguna.

Febrero 2022

—Oye —interrumpí a Darío, que le estaba contando a David algo de la

cuidad de Los Ángeles—. ¿Has visto a Leonardo DiCaprio de cerca?

—Sí —contento sonriendo.

—¿Y qué tal? —pregunté entusiasmada—. ¿Es simpático?

—No le vayas con tonterías —intervino David frunciendo el ceño—. Tú no quieres saber si es simpático, tú quieres saber si es tan guapo como parece.

—Ti quiris saber si es tin guapi como pareciiii.

—¿Me estás haciendo burla?

—Of course.

Darío se echó a reír y volvió a acaparar toda nuestra atención.

—Te echaba de menos Jacqui —dijo Darío haciéndome sonreír—. Pues la verdad es que, sí que es guapo, y super simpático. Estuve hablando un poco con él, me preguntó cómo había empezado en esto del cine. Imagina mi cara intentado actuar normal, Leonardo DiCaprio preguntándome a mí sobre mi carrera, ¡A mí! Que lloré como un condenado cuando le dieron el Oscar. Le conté como fue todo, y le hablé de ti.

—¿Cómo?

—Le dije que me había descubierto una escritora española, le dije tu nombre.

—¡Dios mío! —Me llevé las manos a la cara—. Leonardo DiCaprio ha escuchado mi nombre. —Hice una pausa dramática—. Ya puedo morir en paz.

Todos se echaron a reír, obviamente estaba de broma. No quería morirme, pero joder... el corazón me iba a mil.

—Pues te reirás, pero te puso cara cuando le dije que eras la mujer de Klaus Grass.

—¡Venga hombre!

—Su novia es modelo —intervino David.

—¿Y qué novia de DiCaprio no es modelo? —dije pensando en voz alta.

—Seguramente hayan coincidido en algún desfile, Klaus lo peta en América y Italia —dijo David distraído mirando su móvil. —Sí, lo peta en todos los sitios menos donde debería. —Volví a pensar en voz alta.

Por suerte, Darío estaba entretenido pidiendo unas copas para los tres y no me había escuchado, David sí, y me miraba bastante serio.

—Por cierto, Jacqui, ¿Dónde está Klaus? —preguntó Darío después de dar un sorbo a su copa.

—En Madrid.

—¡Es verdad! Presentaba la gala ¿no?

—Sí...

—He leído en revistas los rumores sobre vuestra separación, no estás mal —dijo tocándome el hombro a modo de consuelo—. No te he preguntado antes porque sé que son gilipollices que inventa la prensa de corazón. —Intenté sonreír sin parecer triste—. Desde que acabé tus películas, he tenido tres novias y un novio según la presa rosa; y lo cierto es que llevo sin ver unas tetas más de lo que quiero reconocer.

—¿Y penes? —dije bebiendo de mi copa.

—Penes veo a diario, voy al gimnasio y me ducho con más hombres.

—Mmmm delicioso.

—Déjate de guasa.

Los tres nos echamos a reír. Poco después salieron del reservado los amigos con los que había ido a cenar Darío, a la mayoría ya los conocía. Eran todos un encanto y bastante simpáticos. Se sentaron con nosotros y David se lo pasó pipa riéndose con ellos. Ya era hora de cerrar el restaurante y uno de los amigos de Darío propuso irnos de copas y a bailar un rato. David, aunque le apetecía, declinó la apetecible oferta para volver a casa con Esmeralda y su hijo. Yo, por el contrario, dudé un poco en qué hacer. Por una parte, me horrorizaba volver a esa casa tan grande en la más absoluta soledad, y aunque tenía mucho trabajo por hacer, necesitaba que me diera el aire. Pero, por otro lado, eran todo chicos, Darío hacía tiempo que no veía a sus amigos y tampoco quería ser una corta royo. Les hice saber de mi inquietud, directamente me mandaron a paseo y me metieron en el coche como si de una detenida se tratase.

Antes de despedirme de David, me dijo que tuviera cabeza. Y luego entendí por qué me lo había dicho. Música, alcohol, tristeza y un amigo que estaba como un tren no era una buena combinación. Eran más jóvenes que yo, estaba claro, pero lo di todo y más. Bailé todas las canciones, tonteeé con Darío todo lo que quise y más —siempre supe que yo le daba morbo, nunca entendí por qué, pero me subía la autoestima muchísimo. Y sí, es triste que mi autoestima dependa de un tercero, pero en aquel momento estaba bastante de bajón—. En definitiva, disfruté todo lo que no había disfrutado en años, eso sí, con cabeza —eso creo—.

¡TELA MARINERA, CHATA!

Buenos y ojerosos días mis literocotillas. Sí, queridas. Aún no hace ni veinticuatro horas de mi último post, cuando os vengo con noticias tan calientes que están a nada de saltar en forma de palomita.

La fiesta post premios de ayer estuvo muy bien, todos y todas muy

simpáticos, muy guapos y encantadores. Sí, un aburrimiento del copón bendito. Menos mal que estaba el irresistible Klaus Grass que conseguía distraerme de lo soporífera y prefabricada fiesta. Pero no vengo a hablaros de eso, nenas, no; os traigo algo muchísimo mejor.

Durante la noche de ayer, empecé a recibir mensajes de mis compis en Valencia. Los cuales me decían que la flamante escritora/ guionista/mujer de Klaus Grass, Jacqueline Amorós, estaba dándolo todo en una conocida discoteca valenciana.

¿Sola? ¿Con su amigo/abogado? ¡Pues no! Ayer nuestra pupila Jacqui tuvo que tener a tope su agenda de tíos potentes. Primero la cena —con foto en su Instagram— con su amigo/abogado/ex amor de juventud David Álvaro. Guapo a rabiar, todo hay que decirlo. Pero su noche no quedó ahí, qué ilusa yo... ¡Estuvo de fiesta ni más ni menos que con Darío López! Nenas, cerrar la boca que la mandíbula se va a partir en dos. Sí niñas, como recordareis, Darío nos robó el corazón poniendo cara a Antuan. El protagonista masculino de «Si tan solo fuera sexo» y no solo cara. Cara, cuerpo, actitud ¡absolutamente todo! Desde aquel momento la amistad entre Amorós y López era, y es, un hecho. Hubo rumores de que podía haber algo más entre ellos, rumores que Jacqueline negó rápidamente, y es que nenas, sin desmerecer a nadie ¿Quién podría engañar al señor Grass? O sea, muero.

Pero ahora con los rumores y cada vez más afianzados sobre la inminente ruptura del matrimonio Grass/Amorós, la aparición de Darío es, cuanto menos, sorprendente.

A qui os dejo las fotos de la tremenda noche Valenciana que se pegó nuestra Jacqui, mientras que su ¿ex? Marido se encontraba en Madrid. Obviamente hay química entre Amorós y López. Darío también subió varias fotos y videos en su Instagram enseñándonos la noche con Jacqueline y sus amigos. Aquí os dejo una recopilación de todo y cada una/o que piense lo que quiera.

Un abrazo y como siempre, ¡Gracias por estar ahí!

Myriam Ojeda.

Me dolía la cabeza horrores. Hacia menos de tres horas que Darío y sus amigos me habían dejado en la puerta de mi casa, y me había sido imposible dormir. Por estos detalles me daba cuenta de que ya era muy mayor para aquellas fiestas.

Me arrastré de la cama a la cocina, y me calenté un poco de leche de soja

con miel. Me acababa de dar cuenta de que, quizá, había cantado demasiado alto durante toda la noche. Me dolía la cabeza y la garganta ¿Algo más? Estaba removiendo el vaso distraída leyendo el prospecto de la pastilla que me iba a tomar para el dolor, cuando un portazo retumbó en mi cabeza, haciendo que tuviera que cerrar los ojos unos segundos.

Cuando los abrí, vi a Klaus entrar a la cocina en una exhalación. Maravillosamente vestido, irremediablemente guapo y enfadado. Aunque me dolía la cabeza muchísimo, mojé las bragas. ¿Es soez esta expresión? Mucho. ¿Era real? Totalmente.

—Dónde está —dijo manteniendo su falsa calma. Hacía meses que no hablábamos sin nuestros hijos delante.

—¿Es una pregunta?

—No. Es una afirmación.

—Aquí no hay nadie más —dije levantando una ceja—. ¿A qué viene esto?

Y sin más me lanzó un trozo de papel, lo atrapé antes de que se callera y le eché un vistazo. Me llevé las manos a la cabeza frustrada, pero ¿quién cojones era esa Myriam Ojeda y por qué narices escribía todas esas cosas?

—¿A ti te parece esto normal? —dijo en un tono frío como el hielo.

—¡Ay dios! Ya llegó la dama de las camelias —dije llevándome la taza conmigo. No le vi, pero sabía que me estaba siguiendo.

—¡Jacqueline! —me di la vuelta sin ganas—. Respétame. —Yo te respeto Klaus. Y tú ¿me respetas a mí?

—Te respeto cada día, Jacqueline. Cada día.

—Permíteme que lo dude.

Y diciendo esto fui hasta el salón donde me dejé caer en el sofá.

—¿Te encuentras mal de la fiesta de anoche?

—¿Es ironía eso, Klaus? Porque, si es así, no tengo ganas de hablar.

—¡Vaya por dios! ¿Llamo a Darío para ver si así te entran ganas de hablar?

—Ya estamos... —Me pasé las manos por la cara—. ¿Todo este numerito es por lo de ayer y por lo que ha escrito la Myriam esa? —¿Te parece poco? ¡Me has dejado en ridículo! —¿Qué yo qué? —Me puse en pie como un resorte—. ¿Quieres que te diga lo que es que alguien te deje en ridículo? Porque llevo esperando esta conversación meses.

—¡Quieto todo el mundo, que llegó la dramaqueen! —¿Me acabas de llamar dramaqueen? ¿Tú a mí? ¡Tócate los cojones! Tú, que has entrado en

casa que parecía que llevabas banda sonora. Con cara de indignado reclamando no sé qué mierda. Llevo aquí como una seta meses, en los cuales no has hecho nada ¿Y tengo que salir una noche y pasármelo bien para que hagas esto?

—Te recuerdo que me echaste de casa hace meses.

—Sí, cuando esto ya se había ido a pique y te pedí que no quedaras con la vieja de los cojones esa, y me ignoraste totalmente.

—¿Era mi jefa en aquel momento! —gritó fuera de sí.

—¿Y una oportunista! No te seguía la prensa rosa hasta que quedaste a comer con ella los dos solos. La gente hablaba en los programas de la tele sobre eso día tras día... Te avisé, te dije cómo se las gastaba y no me hiciste puto caso. ¿Te dije que con sentirlo no era suficiente! Siempre me haces lo mismo.

—¿Yo? —se puso las manos en la cadera y caminó en círculos—. ¿Acaso tú eres perfecta?

—No, todo lo contrario. —Me puse frente a él—. Pero al menos te sigo deseando.

—¿Y yo no? —Abrió los ojos de golpe.

—¿Te recuerdo cómo fueron los últimos meses antes de que te echara de casa? ¡No me tocabas ni con palo!

—Hay cosas más importantes que el sexo, Jacqueline, madura, que ya tienes una edad.

Sentí que el estómago se me rompía.

—Vete a la reverenda mierda, Klaus. ¡Vete de aquí y de mi vida!

—¿Qué me estas queriendo decir?

—Que no quiero seguir contigo, quiero el divorcio.

En aquel momento mi rabia hablaba por mí, pero por primera vez me miró de verdad. Se pasó la mano por el pelo, miró al suelo y después a mí. Entonces me di cuenta de que no nos habíamos mirado así desde hacía mucho. Había olvidado el color auténtico de sus ojos, la pequeña cicatriz que tenía a un lado de su parpado, su forma de mirar cuando tiene miedo...

Ambos empezamos a respirar algo más rápido, yo por miedo a que siguiera adelante con la majadería que acababa decir. Pero él no abría la boca, se limitaba a mirarme. Yo había ratos que incapaz de aguantarle la mirada, miraba al suelo esperando que el cualquier momento pasara por mi lado y se marchara. Pero no se movía. Después de no sé cuantos minutos dio unos pasos hacia mí sin dejar de mirarme los ojos, se puso a pocos centímetros de mí, y

pasó su mano por mis ojos mi nariz, y finalmente por mis labios. Justo en aquel momento un millón de lágrimas me cayeron por las mejillas. Había echado tantísimo de menos su tacto y su esencia, que aquello me superaba. Cuando abrí los ojos, sus ojos parecían estar viendo cosas nuevas en mí, tragué saliva porque él entero me producía reacciones físicas.

Me apretó fuerte la nuca y, sin esperarlo, me dio un beso que casi hace que me rompa los dientes. Me aferré a su cuello como si hiciera siglos que no nos veíamos. De repente sentí que me alzaba en el aire y hubiera estado increíble, si no fuera porque al empotrarme contra una pared sentí un dolor horroroso en la cabeza.

—¡Dios mío! —grité llevándome las manos a la cabeza.

—¡Lo siento! —exclamó al ver mi cara—. ¡Ay dios, que te mato!

Sonreí sin poder evitarlo hasta que miré mis manos y vi que tenía sangre. Abrí mucho los ojos y le miré, si no fuera porque Klaus estaba más blanco que yo... se me hubiera ido la cabeza y hubiera acabado en el suelo.

—Klaus ¿Qué tengo?

—Jacqui... Estoy muy mareado.

—Lo sé, pero disculpa que te recuerde que es mi cabeza la que está sangrando. —Tragó saliva y me miro el cuero cabelludo temblando.

—No veo nada Jacqui, hay mucha sangre. —Besó mi frente—. Vamos al hospital por favor.

—Seguro que no es para tanto, hombre —dije sentándome para ver su así dejaba de estar mareada.

—De eso nada.

Poco después estábamos en el coche de camino al hospital, yo llevaba una toalla para evitar mancharme de sangre. Klaus me miraba de vez en cuando, y cada vez que lo hacía me pedía perdón.

Llegamos enseguida y entró como un histérico a pedir ayuda; puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. Sali por mi propio pie del coche, y me puse a su lado.

—¡Jacqui, por favor siéntate!

—Tranquilo —sonreí—. Estoy bien, eres un escandaloso. Menos mal que no tienes que parir tú.

Me atendieron rápidamente, solo tenía una herida superficial, pero por seguridad me hicieron más pruebas, por si el golpe había ocasionado algo interno. Me senté al lado de Klaus en la sala de espera, apoyé mi cabeza en su hombro y me besó la cabeza.

—Nos hacemos viejos —me dijo a lo sonreí—. El empotramiento que casi acaba en muerte.

—Lo pondré en alguno de mis libros, no quepa duda.

Me miro y nos sonreímos.

—Perdóname por todo este tiempo. —Me agarró las manos y me miró—. No he estado nada bien.

—Sé que has pasado por algo, que no llego a saber. —Acaricié su cara—. Pero tienes la incómoda manía de apartarme de tus problemas.

—No quiero agobiarte con mis cosas, Jacqui.

—Puedo entender eso, pero millones de veces te he dicho que no me agobias. Además, comportándote así, lo único que haces es alejarme de ti.

—Lo sé —dijo mirando el suelo—. Estoy planteándome dejar mi trabajo. Lo miré sorprendida.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Porque me aleja de ti, y de los niños. —Acarició mis manos—. Descuido lo que más quiero por estar pendiente de otras cosas. Apenas estoy en casa, a veces veo lo que crecen en los meses que estoy fuera. Estoy perdiéndome cosas importantes y lo peor, te estoy perdiendo a ti.

—A mí me pierdes cuando dejas de ser tú, Klaus. —Levantó la vista y me miró—. ¿Ha pasado algo con alguien?

—¿A qué te refieres?

—¿Has estado con otra persona? —Abrió los ojos de golpe y me miró espantado.

—¿Qué? ¡Nunca! ¿Estás loca?

—No estoy loca, Klaus. —Me dejé caer en el respaldo de la silla—. Apenas me mirabas, por no decir que me evitabas. El sexo no es lo más importante, pero entre nosotros ha sido nuestra máquina que mantiene todo lo demás engrasado; y no entiendo qué te ha podido pasar.

—Estaba deprimido. —Pestañeo para no llorar—. Quería, te deseaba, pero no podía. Ni siquiera yo sé por qué. A veces sentía que me tratabas como a un extraño.

—¿Qué?

—Puede que todo me lo montara yo, no digo que no. —Tragó saliva—. Luego te veía cómo sonreías cuando estabas con Darío, cómo te hacía reír y sabía cosas de ti que yo no.

—Lo de Darío fue cuando las películas, y de eso hace tiempo. Y si, sabía cosas que tú no, porque básicamente nos veíamos todos los días y tú estabas

fuera trabajando. Y también me rio con más gente, no solo con él.

—Hay química entre vosotros...

—¡¡Ay, Dios! ¿En serio le vas a hacer caso a la gilipollas esa? Klaus por favor.

—Es una versión de mí, en joven... No sería raro que te sintieras atraída por él.

—Pero ¿qué narices te pasa con eso?

—Me siento viejo, Jacqui.

—No me digas que estás en plena crisis de los cuarenta, porque te mato. —Me miró sonriendo—. Eres uno de los hombres más deseados del mundo ¿En serio me estás diciendo que te sientes viejo? —Eres una autentica exagerada.

—No exagero, es la verdad. —Le acaricié la cara—. Las firmas importantes se te rifan. Pasan los años y cada vez estás más espectacular. Has debido hacer un pacto con el diablo, porque no envejeces.

—¡Claro que envejezco! Tengo millones de patas de gallo... —Hijo mío, estás como una pandereta.

Se echó a reír, y sonreí yo con él. ¿Cómo podía una persona tan bella tener una imagen de sí mismo tan distorsionada? Era elegante, guapo hasta querer morirse, desprendía una sexualidad que a nadie pasaba inadvertida ¿Por qué no podía ver eso? Luego entendí qué había sentido mi familia, incluso el propio Klaus cuando pasé por esa horrible anorexia. Aunque físicamente estaba recuperada y psicológicamente también, siempre tenía que ir con cuidado porque los bajones anímicos me atacaban en mi punto débil. Así que aprendí a distinguir esas situaciones y a tenerlas controladas. Nunca te curas al cien por cien, pero aprendes a conocerte, y saber qué es lo que te está ocurriendo y controlarlo. ¿Había sido yo la responsable de ocasionar a Klaus esas inseguridades? Había estado a mi lado en todas y cada una de mis rachas malas en ese tema ¿Podía haberle perjudicado indirectamente? —Es que, en serio —dijo pensativo—. Ya no me recupero de las cosas como antes. Pillé un constipado y desde entonces no he vuelto a levantar cabeza, todo me cuesta una barbaridad. —¿Qué constipado? —fruncí el ceño.

—Hace un mes. —Me miró—. Bueno, no de dije nada porque ya sabes... no nos hablábamos; aparte me pilló en Italia. De repente hice memoria.

—¿No será mononucleosis? —Me miró extrañado—. ¿Te acuerdas cuando estuve tan mala hace unos tres meses? —asintió—. Recuerdo que tuvo que llamarte mi madre para que vinieras a por los nenes porque yo no podía ni

levantarme de la cama. Al final me llevaron al hospital porque no levantaba cabeza, sé que es contagioso, puede que te lo pegara de alguna manera.

—No sabía nada del hospital —dijo con semblante serio.

—Le dije a mi madre que no te dijera nada. —Me encogí de hombros—. Además, solo estuve unas horas, dos goteros y a casa; eso sí, estuve medio muerta semanas...

—¿Y cómo pude contagiarme? Solo estuve dos veces en casa y no te vi porque estabas en la habitación.

Justo en aquel momento salió el médico y vino directo hacia nosotros. Klaus se levantó rápidamente, a mí me costó un poco más. El médico nos dijo que todo estaba bien, que había sido un simple golpe, y que no había problemas.

—Doctor —le dije antes de que se fuera—. Mi marido se encuentra muy mal. —Klaus me miró extrañado—. Yo tuve mononucleosis hace unos meses, ¿podría ser que lo hubiera contagiado?

—Es bastante probable —dijo el doctor mirándonos—. ¿Llevas mucho tiempo así?

—Más de un mes.

—Ven, vamos a hacerte un análisis de sangre. Tienes un color de cara algo amarillento, la mononucleosis suele tocar el hígado.

Me despedí de Klaus con la mano y me senté de nuevo en la sala de espera de aquel hospital privado. No iba allí por nada en especial, nos hicimos un seguro privado cuando tuvimos a los peques. Ni siquiera recordaba que yo estuviera en el seguro. Unos veinte minutos después salió Klaus más blanco que una pared y se sentó a mi lado.

—Odio la sangre.

—No le diré tu secreto a nadie.

Nos sonreímos y nos quedamos callados, Klaus con los ojos cerrados intentando recuperar el color de cara y yo medio adormilada. Cuando escuchamos la puerta ambos nos pusimos de pie. Era una médica, esta vez.

—¿Klaus Grass? —Klaus asintió—. Bueno, en los resultados ha salido positivo en mononucleosis. Hemos mandado otro análisis más específico, ya que creemos que ha tocado el hígado bastante, pero no es nada grave, tranquilo —dijo al ver la cara de Klaus—. No hay tratamiento, ya que es algo que tu cuerpo debe pasar. Hay personas que lo confunden con una simple gripe y otras que se ponen peor. Suele durar de dos a cuatro semanas, pero el cansancio puede durar muchas semanas más; depende de lo mal que hayas

estado. El reposo ayuda mucho a la recuperación.

—¿Cómo he podido contagiarme? Mi mujer lo tuvo, pero yo estaba de viaje en aquel momento.

—Bueno, el virus se puede contagiar en el mismo momento se la otra persona se infecta con él. La persona infectada pasa por un periodo de incubación de va desde cuatro semanas a siete semanas. Luego cada cuerpo funciona de una manera. Una persona puede ser portadora y no generar el virus y ni lo sabe. Se pueden infectar por un beso, beber del mismo vaso, usar el mismo cepillo de dientes por error, usar los mismos cubiertos; puede haber miles de maneras. Por eso se llama la enfermedad del beso, porque se contagia mediante la saliva.

—¿Me pondré bien?

—Por supuesto. —Sonrió la mujer, mientras me miraba divertida, yo negué con la cabeza mientras escuchaba a Klaus—. Yo te aconsejo que te tomes unos días de descanso, hagas reposo. —Tenemos cuatro hijos ¿puede ser peligroso?

—Hombre, si tenéis cuidado no tiene porqué pasar nada. No se sabe en verdad cuánto tiempo puede ser contagioso, pero no es nada grave. Es un virus como puede ser la gripe o algo así. Muchas personas lo han pasado y no lo saben. No es nada peligroso. Además, los niños son el top cien generando virus. —Nos echamos a reír.

Poco después estábamos volviendo a casa, Klaus anuló algunos compromisos para poner hacer un reposo que, por supuesto no había hecho. Bastó con un parte del médico a su representante para que le dieran todos los días que quisiera. Si Klaus era hipocondriaco, su representante más. Llegamos a casa y se dejó caer en el sofá. Lo miré con ternura, me lo hubiera podido comer en aquel momento.

—Y tú pensabas que te estabas haciendo viejo...

—De verdad que estaba realmente preocupado. —Me miró con pena—. Me acabo de acordar de como pude contagiarme.

—Cariño, es un virus, no vas a transformarte en zombi.

—Te estoy hablando en serio —refunfuñó.

—Yo también. —sonreí sentándome a su lado—. A ver, dime... ¿Cómo te contagiaste?

—Una de las veces, entré a la habitación donde estabas dormida. Y te besé.

—¿Cómo? —Le miré sorprendida.

—Cuando vine a recoger ropa de los nenes, tu madre me dijo que estabas moribunda en la habitación. Entré para hablar contigo, pero estabas super dormida. Estaba enfadado contigo, pero no pude evitar tumbarme a tu lado y estar mirándote un rato. —Acarició mi cara—. Luego, al ver que no abrías los ojos, te besé varias veces. Luego bebí agua del vaso que había en la mesita de noche y te lo rellené. Te dejé unos bombones al lado del agua, de esos que te gustan. —¿Fuiste tú el de los bombones? —exclamé sorprendida. —Claro ¿Quién si no habría podido ser?

—Pensaba que mi hermano. —Me encogí de hombros. —Tu hermano llegó justo cuando yo me iba, y se comió media caja el solo.

Negué con la cabeza sonriendo. Poco después me metí en la ducha, sentía que la cabeza me iba a explotar. Demasiadas cosas en tan pocas horas. A veces la vida es así, durante meses todo parece inerte, y un día sin más todo da una vuelta que lo trastoca todo. Cuando salí de la ducha me puse el pijama. No pensaba salir en todo el día, para mi sorpresa Klaus estaba dentro de la cama. Cuando se dio cuenta de que lo había visto sonrió.

—No imaginas lo que echaba de menos esta cama. —Se estiró.

—Normal, la elegiste tú —refunfuñé—. Tardé meses en acostumbrarme.

Me tumbé a su lado y me tapé hasta los ojos, Klaus tardó dos segundos en acercarse a mí.

—¿Por qué hemos dejado que esto nos pase a nosotros? —susurró en mi cuello.

—Porque no somos invencibles. —Besé su frente—. Tenemos que luchar por esto, esto no es uno de mis libros. —Sonrió—. Tener hijos nos ha cambiado a los dos, pero no tenemos que olvidarnos de nosotros.

—Hemos fallado en cosas esenciales. —Me miró a los ojos—. Tener a nuestros hijos es lo mejor que me ha pasado en mi vida, pero si tú no estás mi felicidad nunca podrá ser completa.

—Ídem.

—Prométeme que cambiaremos algunas cosas; para seguir siendo tú y yo solos. Aunque sean pocas horas al día, necesito de ti... —¿A qué te estás refiriendo en concreto? —dije sonriendo mientras sus ojos se achinaban.

Y sin contestarme me besó. Entonces todo lo demás quedó atrás, su cuerpo estaba caliente y duro, pasó sus manos por mis piernas y con cuidado me quitó toda la ropa. Fue cuando me di cuenta de que él ya estaba desnudo. Puso su cuerpo sobre el mío, y sentí que me faltaba el aire, a él era a quien tanto había necesitado todo ese tiempo. A él, a mí, y a nuestra intimidad. Nos

besamos como fieras, yo estaba a punto de deshacerme, como si fuera mi primera vez con él. Y él no se quedaba atrás. Se sabía mi cuerpo de memoria, sabía dónde tocar para hacerme estremecer. No pude aguantar mucho tiempo sin quitarle de encima para poner yo sobre él. Sus ojos me volvían loca, la forma en la que me miraba; aquello era lo mejor de todo. Besó mi cuello y sentí sus manos apretándome duro por la espalda. Bajó sus manos por mi cintura y apretó mi trasero contra su increíble erección. Me mordí los labios extasiada, me aparté un poco de él, quería tener un primer plano de su belleza.

Klaus se mordió el labio mientras pasaba su mano por mis pechos haciendo que cerrara los ojos. Me agarró fuerte de la cintura, nos teníamos demasiadas ganas como para esperar más. Y poco a poco entró dentro de mí, haciendo que gimiera como una loca. ¡Dios! ¿Cómo habíamos podido estar sin aquello tanto tiempo?

Me moví encima suya despacio, quería disfrutar cada centímetro de su anatomía. Nos estábamos disfrutando como dos enanos. Se movió posándose encima de mí. Estiró mis brazos arriba de mi cabeza, y me apretó las manos mientras me besaba. Poco después siguió con las embestidas que me llevaban al mismo cielo. Se puso de rodillas entre mis piernas, acariciaba mis muslos mientras se seguía moviendo, aquello era una auténtica locura, y ya no solo por las increíbles vistas de su torso y su preciosa y fuerte expresión, sino por todo el placer que estaba sintiendo en aquel momento.

Me lo hacía despacio porque si le metía caña, acabaría más rápido de lo que quería. Con sus hábiles dedos tocó mi centro de placer y casi rompo las sabanas.

—¿Me echabas de menos? —susurró mirándome casi sin pestañear.

—Demasiado —dije tocando la mano que tenía sobre mi pecho.

Él seguía moviéndose con movimientos que me llevaban a la luna, siguió moviéndose y acariciando mi centro hasta que yo misma le pedí que me diera fuerte. Eso ya fue una auténtica locura, yo tardé segundos en tener un orgasmo tan intenso que me costó respirar de nuevo. Y él terminó mareado sobre mi pecho después de un orgasmo increíble.

—Se supone que tendrías que estar haciendo reposo —le dije mientras Klaus volvía a tumbarse en la cama.

—Y en ello estoy. —Me miró sonriendo—. ¿Qué mejor reposo que este? Tengo que recuperar el tiempo perdido ¿No crees? —Ya... Pero deberías descansar.

—Sí tranquila, que yo descanso. —Me guiñó el ojo—. Pero en diez

minutos te vas a enterar tú de lo que es bueno.

—No deberías prometer lo que no vas a cumplir —dije sonriendo mientras volvía al baño.

Cuando salí Klaus estaba de pie en el marco de la puerta, apoyado sobre ella mirándome con una ceja alzada.

—¿Decías? —Torció la cabeza y yo tuve que morderme los labios.

—¿Quieres que vuelva a la cama? —pregunté haciéndome la tonta.

—No. —Abrí los ojos de golpe—nunca he follado encima de un piano, ¿y tú?

—Klaus...

—Jacqueline.

Marzo 2022

—¿Dónde están los niños? —preguntó Klaus mientras se bebía un refresco, era tan guapo que hasta por Skype conseguía ponerme a mil.

—A los trillizos se los acaba de llevar tu madre —dije rascándome el cogote—. Dice que quiere enseñarle la naturaleza y que están atontados con tanta tecnología.

—Pobrecitos.

—Klaus, tu madre tiene razón, parecen tontos con tanta maquinita. Les vendrá bien el aire puro.

—Supongo. —Se encogió de hombros y se pasó la mano por el pelo—. ¿Y la pequeña?

—Está aquí dormida, luego la llevaré a casa de mi madre. He quedado esta tarde para una entrevista.

—¿La vas a dejar a dormir con ella? —preguntó sonriendo de una manera que conocía muy bien.

—Pues... sí. —Sonreí—. Me ha dicho mi madre que la dejara a dormir porque mi hermano también va a llevar a mi sobrina a casa de mi madre, ya sabes que ellas se entretienen mucho juntas.

—No digas «mi sobrina» como si mía no fuera nada. —Disculpe señor Grass, «nuestra sobrina» ¿así mejor?

—Mucho mejor... y sé buena conmigo, porque vas a alucinar con lo que voy a llevar a casa.

—¿Me das un adelanto? —dije mordiéndome el labio —No... Llegaré sobre las diez de la noche, te quiero desnuda encima de la mesa del salón.

Me eché a reír sin poderlo evitar, Klaus también sonreía... era tan guapo, y estaba tan enamorada de él, que seguía sintiendo que me faltaba el aire.

—¿Algo más señor Grass?

—De momento no, si se me ocurre alguna otra cosa, te mandaré un mensaje.

—Estoy desenado que llegues, te echamos de menos mi fresita y yo...

—Por tú culpa, cada vez que veo una fresa me pongo cachondo. —Sonreí sin poderlo evitar—. Nunca había escuchado a nadie referirse a su vagina como a una fruta.

—Pero si fue cosa tuya, me dijiste que era rosa como una fresa. —Vi como resoplaba y se atusaba el pelo.

—Por favor cambiemos de tema, que mira cómo me tienes. —Se incorporó y vi su impresionante erección que aprisionaba sus vaqueros—. Te juro que me duele.

—Pobrecita... —Sonreí—. Cuando vuelvas, la colmaré de atenciones.

—¡Jacqueline, para! —dijo volviendo a sentarse—. Estoy esperando al taxi, no puedo ir por ahí así, no seas mala o te cuelgo. —¿No hace mucho calor? —dije quitándome la camiseta quedándome en sujetador. Se llevó las manos a la cara y dos segundos después me había colgado porque en aquel momento entró su representante a su habitación.

Me eché a reír sin poderlo evitar, poco después me di una ducha, preparé a la peque y la llevé a casa de mis padres. Después me dirigí a la cafetería para tener una cita con cierta periodista que se había dedicado a contar mis idas y venidas en un blog que decía ser literario ¡Ja!

Cuando me propuso hacer una entrevista para su blog, no me lo pensé. Le tenía ganas desde hacía tiempo, aunque en sus últimas publicaciones alababa mis publicaciones y mi trabajo, no se me olvidaba lo anterior. Llegué antes de tiempo, me senté en una de las mesas y esperé a la tal Myriam Ojeda apareciera. Me entretuve mandándole mensajes a Klaus, hasta que por intuición levanté la cabeza y la vi. Todo fue a cámara lenta. Entró a la cafetería con una sonrisa en la cara, cuando me vio la ocultó un poco. Nos miramos a los ojos y dio unos pasos hacia mí. Me fijé en que tenía los ojos pequeños y algo en ella me era terriblemente familiar.

—¿Nos hemos visto antes? —pregunté antes incluso antes de haberla saludado.

—Puede —sonrió—. El mundo es un pañuelo, quién sabe. —¿Y por qué me resultas tan familiar?

—Yo podría decir lo mismo. —Levantó una ceja.

Nos sentamos y estuvimos mirándonos un rato, había algo en ella que

había visto antes y no sabía dónde. Ella me miraba como si supiera algo que yo no. Eso me ponía algo nerviosa, pero me miraba con cariño. Todo aquello era tan raro...

—Gracias por aceptar mi entrevista, Jacqueline. —Se llevó la mano al pecho—. Voy a empezar un proyecto nuevo. Pero antes de cerrar esta etapa en mi vida, quería hacerte mi última entrevista.

—¿Quieres decir que ya no vas a estar escribiendo sobre mi vida? — pregunté irónica, a lo que ella sonrió.

—No, todo te irá bien. No tengo dudas.

—Eso espero...

—Te lo digo yo, te queda una larga y bonita vida. Se feliz, nos lo debes a todos.

—Gracias Myriam.

—A ti siempre, Jacqueline.

Agradecimientos

He escrito tantos agradecimientos con este libro, que ya no me quedan ideas para resultar graciosa... pero haré todo lo que pueda.

Quiero agradecer a mi familia y a mis amigos por su apoyo en todo momento, por animarme a seguir adelante pese a las circunstancias que me han tocado vivir en el duro mundo de las editoriales.

A mi nuevo maquetador, Oliver, que me ha salvado la vida. (Soy exagerada, lo sé, pero casi me vuelvo loca si no llega a ser por él, y por mi amiga dolo, que me sugirió la idea)

Esta vez, mi aventura la hago en solitario, confiando en que mi gente, mis seguidoras y seguidores, aquellas personas que en 2013 me dieron una oportunidad cuando aún no era nadie, sigan a mi lado.

Dicen que a la tercera va la vencida, y confío en ello, he llegado a odiar este libro por mis malas decisiones, y por haber dejado que manos sucias se aprovecharan de mí y de esta historia que cambió mi vida por completo. Pero el tiempo todo lo cura, y solo he tenido que releer algunas cosas para volver a enamorarme de ella, en segundos.

Gracias por todo el apoyo recibido estos últimos meses, a mis seguidoras de siempre y a las nuevas incorporaciones que la vida me va regalando, os debo mucho.

No me quiero olvidar de mis compañeras de pasión con las que he sentido una unión especial en estos últimos meses, vosotras sabéis quienes sois, gracias por vuestra ayuda, unidas somos más fuertes.

Y por último y no menos importante, quiero darte las gracias a ti, Gaspar.

Gracias por haberme ayudado tantísimo, por haberme apoyado en todo y por no haber pedido la paciencia cuando yo estaba por los suelos, no creo que hubiera tomado las decisiones correctas de no estar tú en mi vida. Te quiero con todo mi corazón.

Y a ti que me estás leyendo, gracias por regalarme algo que no tiene devolución, tu tiempo.

Tía Amparin, en todo lo que hago y pienso, estás tú. Ojalá estuvieras aquí.

Miriam Ojeda Morán.



Myriam Ojeda, nacida en Valencia en 1987. En 2013 empieza su aventura en watterpad, donde sin esperarlo, su primer libro “Si tan solo fuera sexo” llegó a los puestos más altos llegando a los 9 millones de lecturas. Más tarde llegó Ídem y varios libros más cosechando éxitos similares. Con un gran número de seguidores en España y Latinoamérica,

empieza su carrera como escritora llegando al bestseller en Google Play. Después de haber publicado con dos editoriales ha decidido probar como autopublicada.

Amante de los animales y de Harry Potter esta valenciana dedica toda su vida a darle forma a sus sueños.

La puedes seguir en las siguientes redes sociales

Wattpad @miii87

Litnet

Myriam Ojeda Página de Facebook Si tan solo fuera sexo Instagram
@miiiojeda

Table of Contents

Si tan solo fuera sexo

Miriam Ojeda

INDICE

Si tan solo fuer sexo

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

EPÍLOGO

FIN

Cada parte de mi

1

2

3

4

5

6

7

8

FIN

Cada parte de ti

1

2

3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17

QUINTO ANIVERSARIO